LA REVISTA

LITERATURA Y CIENCIAS

AÑO I—N.° 1 | Montevideo, Enero 10 de 1900 | TOMO II

SECCIÓN DE LITERATURA

MONTEVIDEO

La mañana que sigue á la noche de mi llegada, es como el descorrer de una cortina.

Necesito de un esfuerzo mental para darme cuenta de que despierto en Montevideo después de larga ausencia. Un viaje con todos los míos, resuelto, preparado y realizado en dos ó tres meses, no me ha dado tiempo de sacar mi ciudad natal del fondo de la memoria, de sacudirle el polvo de seis años, y de mirarla un poco, antes de que ella aparezca real y verdadera á mis ojos.

Y no hay duda: esa luz que entra por los resquicios de la ventana é ilumina á medias los muebles extraños del cuarto del hotel y el desarreglo de una primera noche de llegada, no es luz de París; creo reconocerla, como si fuera una mirada de ojos amigos. Reconozco asimismo inmediatamente la corneta acatarrada del tranvía que pasa por bajo mis balcones, y, sobre todo, la voz de las campanas madrugadoras que andan por el aire recitando de memoria su antigua canción rutinaria, semejante á los largos *¡amén!* de los fieles que rezan en voz alta. Son las campanas de mis torres, cuyas voces me parecen la continuación de las de mis amigos que anoche me esperaban, y me llamaban á lo lejos entre el rumor del mar. ¡Las campanas! Durante mi ausencia he oído muchas; algunas de ellas, las de los Jerónimos de Madrid, las de Saint Pièrre de Chaillot en París, me llamaban también á mí, pues eran las de mi parroquia;

pero esas me han hablado siempre con cierta sequedad ceremoniosa, con pocas palabras.

Estas que ahora estoy oyendo, me parece que me tutean, que me hablan á mí solo con alegre locuacidad; son la voz de alguien, de alguien muy conocido, la de muchos acaso; son un aliento sonoro que sale de bocas invisibles pero muy amigas, y que anda por el aire llenándomelo de recuerdos que parecen *reirse de mi emoción.*

Vamos, pues, pronto á la calle, á gozar de nuestra primera impresión; quiero mirar á mi Montevideo para saber cómo es realmente, como cuando se restregan los ojos para mirar bien y repentinamente una cosa; quiero observarlo como nunca lo he hecho, como vi á Sevilla ó á Nápoles ó á Verona; buscando sus rasgos esenciales y característicos, procurando contrastes. Yo desearía aprovechar de este momento para examinar así no sólo las cosas, sino también los hombres, las instituciones, el estado social de mi tierra; observarlo todo muy pronto, como extranjero, como viajero, antes de identificarme de nuevo con ello, antes de que este *yo* accidental y transitorio que hallo en mí mismo con relación á mi país, desaparezca sustituido por el *yo* permanente que ya siento salir del fondo de mi ser, al contacto del medio ambiente en que nació y para el que fué formado.

La mañana es hermosa; la lluvia de la noche ha lavado el empedrado: los adoquines, las losas de las aceras; el cielo es azul, el aire sano; siento una impresión de limpieza, de blancura y transparencia. Mi ciudad tiene indudablemente un carácter, un carácter que es preciso ir sorprendiendo. No veo aquí lo que acabo de dejar en Europa: ni bohardillas plomizas, ni tuberías de chimeneas, ni series de edificios iguales que prolongan, á lo lejos, su línea monótona. Las líneas rectas y blancas de las azoteas que determinan los diferentes edificios dan á cada uno de éstos entidad propia, se recortan en el cielo azul, suben y bajan; hay aquí relieves, luz, y sombra, y transparencia.

El cuadro matinal es frío, sin embargo, silencioso; parece que la ciudad se recata, no quiere mostrarse.

Allá, en el fondo de la calle solitaria, se ve el casco y las ruedas de un gran vapor blanco que la cierra; dos mujeres van por la

acera, en dirección á la iglesia; en la esquina, tres mozos de cordel hablan. Reconozco esos tipos: ahí están con sus camisetas de lana, sus fajas negras, sus boinas ó sus sombreros de fieltro, de un negro marchito, color de tabaco, sus apargatas. Una cuerda de cáñamo que les cuelga de los hombros, es el signo de su oficio, y éste, á su vez, denuncia su nacionalidad: son gallegos. Se rascan la cabeza, estiran los brazos, aguardan. Un tranvía vacío, de colores pálidos muy desteñidos, pasa tocando la corneta por entretenerse. Un hálito de pereza ó de atonía se difunde en el aire luminoso y vivificante; parece que éste envuelve las cosas sin compenetrarlas.

Mi impresión es de desencanto. Montevideo me parece triste. Y es porque mi espíritu está tan anhelante de verlo, que quisiera verlo aparecer todo entero de una vez, verlo á todas horas en una hora, en un minuto. Siento el impulso de sacudirlo, de llamarlo á gritos para que me reconozca, y se anime, y me devuelva las miradas intensas que le estoy dirigiendo. Me siento casi ofendido por su indiferencia. ¿Soy yo acaso aquí algún extraño, como lo he sido por esos mundos de Dios?

La iglesia de San Francisco está á algunos pasos de mi hotel. Voy á ella, ante todo, á oir una misa de acción de gracias. Quiero entrar un rato en mí mismo, y cerrar la puerta; hablar, allá adentro, con Dios, cerca de su tabernáculo, cuya ausencia ha constituido para mí, durante mi viaje en el «Espagne», la verdadera soledad del mar.

Encuentro la iglesia de San Francisco, tal cual la dejé: inconclusa, con su arquitectura indefinible, con su torre destechada como un tronco de árbol cortado y seco, con su retablo principal de carpintería abigarrada á medio hacer, con sus altares góticos metidos en arcos de medio punto; con un cuadrito muy feo y muy chico, que yo dejé en ese mismo sitio: sólo, encaramado y como perdido allá en el último tercio de una pilastra muy alta del arco toral... Mis esfuerzos por entrar dentro de mí mismo son vanos. El diablo, que no duerme, se ha propuesto hacerme notar que todo eso no es artístico, como si el arte lo fuera todo; que esas líneas ojivales de los retablos, se dan de bofetones con las de los arcos en que se apoyan; que los fondos azules de los rosetones no pertenecen al estilo y chillan; que ese cuadrito no está en su sitio ni mucho me-

nos; que muchas otras cosas no van. El diablo es artista. ¿Cuántas veces habré visto yo todo eso sin que se me hayan ocurrido tales ideas? ¿Y qué necesidad tenía yo de que ellas se me ocurrieran para turbar mi primera acción de gracias ante los altares de mi tierra, y sofocar en mi espíritu lo que mi voluntad quiere hacer predominar en él: el acto de fe sencillo y puro?

Dichoso aquel que no ha visto
Mas río que el de su patria.

No: yo no he recorrido el mundo en busca del árbol de la ciencia del bien y del mal, que hace perder el paraíso con la inocencia en materia de arte. Yo me he convencido, como fruto de mis viajes por el viejo mundo, de que el que llaman gran arte religioso no despierta por sí mismo en el espíritu humano movimientos de piedad y de fe; y creo, por el contrario, que el arte, bueno ó malo, que esos sentimientos consiga despertar es el verdadero arte religioso.

Líbreme Dios en todo del sensualismo, y muy especialmente en religión. Yo quiero la sencillez de mi fe, el oro puro nativo.

En algunos escritores contemporáneos, hastiados de lo material y grosero, ha nacido una especie de misticismo literario que los lleva á entrar á las catedrales, á ensayar actos de devoción, y á formarse el deleite de una religión con el pequeño instinto religioso que sobrevive en el alma humana á la fe perdida. Hay también pintores y escultores con ese mismo espíritu; hay demasiados, y el contacto con ellos me ha hecho daño, no hay duda. Ese misticismo artístico, y las obras que de él nacen, no son sino un sensualismo más refinado que los otros. Sí: líbreme Dios de él. ¿Es entonces la religión cristiana contraria al arte? No; pero le es infinitamente superior, y buscar en ella el placer estético, es empequeñecerla y profanarla. El arte, dice Brunctière, para llegar al espíritu del hombre, está obligado á recurrir no solamente á los sentidos, sino *al placer de los sentidos*. Si eso fuera así, (y bien puede tener razón el escritor francés) el arte no sería religioso, por más que la religión fuera artística, es decir, hermosa. No es por el placer de los sentidos por donde más fácilmente se llega á Dios desde nuestra naturaleza

caída é inclinada á la concupiscencia. Parece que la religión verdadera ha querido preservar á sus fieles del materialismo ó sensualismo artísticos al hacer que las imágenes más veneradas en el mundo sean feas; el Pilar, Montserrat, Guadalupe, Luján. Es que el arte no es, ni puede ser objeto de nuestro culto por más que lo sea de nuestra admiración, y porque es causa de nuestro deleite sensitivo y muchas veces sensual. El paganismo griego no fué otra cosa que el culto del arte: la forma perfecta era un Dios.

Yo desechaba con esfuerzo, lo confieso, la crítica artística que me molestaba en el templo de San Francisco; entraba en mí mismo á empujones, como el que, para entrar á su casa, tiene que disolver una turba gritona que le obstruye la puerta, y cuyas voces sigue oyendo desde adentro, de vez en cuando. Terminé, sin embargo, con la mayor atención posible, mi misa de acción de gracias; pero al bajar las escaleras de mármol del templo, para recoger mi primera impresión de mi ciudad natal con un propósito crítico, una idea molesta me sobresaltó.

¿Y si mi impresión de Montevideo fuera desfavorable como lo ha sido artísticamente la del templo de San Francisco, y si yo tuviera que aumentar el número de los que, al volver de Europa, donde han visto hasta los boulevares de París, suprema ambición de muchos viajeros, encuentran todo pobre y despreciable en su tierra?

Algunos extranjeros nos han dicho que Montevideo es una hermosa ciudad; pero ¿no será eso un acto de benevolencia ó de lisonja?

Esa idea me hacía daño; me despertaba un sentimiento raro, casi parecido á una tentación contra la fe. Sentía deseos de huir de la ocasión, y de aplazar mi primera impresión, como el que vacila antes de echarse al agua.

Mi tierra ha triunfado. Yo recorro encantado las calles de mi ciudad: la calle 25 de Mayo, la de Sarandí, la Plaza de la Constitución, la luminosa Avenida del 18 de Julio, que viene de lo alto de la colina y parece derramarse en la Plaza de la Independencia, los alrededores que envuelven la ciudad en una gloria de luz y colores que penetran en ella por las calles de un lado, mientras por las del otro llegan hasta los ojos las frescas notas del agua del mar.

No hay la menor duda: esto es hermoso, de lo más hermoso, aún para quien viene de París. Pero hay algo mucho más curioso: esto es original, lleno de carácter. Esta ciudad no se parece á ninguna otra: es indudablemente la gran capital de un pueblo distinto de todos los demás.

Mucho decir es eso, tratándose de una ciudad casi recién nacida. Difícil me sería, por otra parte, precisar los rasgos que le imprimen carácter: aquí no veo ni vetustos edificios, reflejo de una época histórica, ni calles que conserven vestigios de una vida social transformada por el tiempo; pero es indudable que una ráfaga de aire nuevo me ha dado en la cara al recorrer estas calles.

Montevideo me parece una ciudad núbil, pero muy fuerte, de una franqueza y de una ingenuidad encantadoras. Como las hermosuras sanas y vigorosas de los campos, parece no darse cuenta aún de su propia belleza; no sabe de actitudes ni de artificios: parece que ríe con los ojos todo niñas. No se ven aquí esos edificios enfáticos, esas avenidas postizas abiertas como un desmonte al través de las calles naturales, y que viven á expensas de éstas estragándolas á sus costados y empequeñeciéndolas con su vecindad; no se ve aquí ese esfuerzo por parecer grandioso con construcciones no digeridas ni adaptadas al medio que las rodea, que se encuentran en tantas ciudades modernas ó modernizadas. Montevideo no es una ciudad corregida; es hermoso de nacimiento; ha ido creciendo paulatinamente, realizando su plano primitivo y el de sus ensanches, adaptando, sin vanidad, sus construcciones á sus necesidades, y reflejando en ellas la justa distribución de la riqueza que caracteriza su población.

Tanto me lo habían dicho, que yo había llegado á creer que, viniendo de Europa, Montevideo aparece chato, de construcciones muy bajas.

Mi impresión ha sido radicalmente la contraria. Las ondulaciones no bruscas del terreno en que la ciudad se desarrolla; la proporción en el ancho de sus calles, y el frente no muy extenso de sus edificios, hacen que éstos se lancen al aire nítidos y esbeltos, aislados los unos de los otros, y sin formar esas enormes masas de construcción de centenares de metros á igual altura, y que producen el efecto de un largo muro con seis ú ocho hileras sobrepuestas de ventanas, tipo de las construcciones europeas.

En Europa, esas series de edificios dejan de ser altas á fuerza de ser largas, pues altura es relación. Todo el que entra en París por la primera vez, recibe esa impresión: lo grandioso desaparece en la uniformidad del conjunto; las más hermosas líneas arquitectónicas pasan inadvertidas entre la multitud al ajustarse al cartabón de la altura general; los grandes edificios parecen banales y de pacotilla al atrahillarse, el uno al lado del otro, en las largas avenidas.

Yo he pasado cien veces en París por al lado de joyas arquitectónicas, y no las he visto; ha sido necesario que me las hicieran ver, que me las sacaran del montón en que están confundidas como un ruiseñor en una banda tupida de gorriones.

En las grandes ciudades europeas, la anchura desproporcionada de las grandes avenidas abiertas en ellas hace que los edificios que las franjean se presenten como en cuclillas aplastados por la extensión; en cambio, las calles tributarias que se ven desembarcar en esas avenidas, van apareciendo como largos callejones encerrados entre enormes muros. Eso es apretado, es raquítico á fuerza de ser grande; da la idea de un gigante enfermo, enteco, de extremidades flacas y gran cabeza, mal constituído, y sometido á un constante tratamiento.

Montevideo es todo lo contrario: sus calles son proporcionadas; todas ellas tienen igual derecho á la vida, pues todas tienen aire y luz, ambiente y distancia proporcionada para sus edificios. No se siente uno aquí hundido en una calle como en el fondo de un tajo cortado á pico en la montaña, ni tampoco perdido en una extensión limitada por muros lejanos. Sobre los edificios de primer término se ven muy á menudo los más distantes levantados en la colina de detrás; los edificios de dos ó tres pisos, intercalados entre otros de menos altura pero siempre graciosos y de correcto estilo, aparecen muy esbeltos, porque cada uno de ellos tiene entidad y proporciones propias y se ofrece lleno de aire, de luz y de relieve; la línea que recorta sobre el cielo la serie de edificios de diversas alturas es viva, porque no es rígida, sube y baja, determina planos y aristas con mucho color; el sol brillante, al trazar sobre las calles blancas la proyección de esos edificios, da movimiento y expresión á la larga línea de luz y sombra que las recorre; la altura racional

de las construcciones permite que se vea la luz al través de los balaustres ó calados de los antepechos superiores, surgen y avanzan en el aire las cornisas apoyadas en sus ménsulas, se ven y se destacan las grecas, los arabescos y las volutas de los frisos, se cuentan las líneas de los arquitrabes.

Juan Zorrilla de San Martín.

PAISAJE OTOÑAL

Señor don Julio Herrera y Reissig.

Querido Julio:

A tus instancias repetidas he escrito estos versos. Como verás, son hermanos gemelos de los que publiqué el año pasado en el « Almanaque Sudamericano », del primoroso escritor Casimiro Prieto. Te pertenecen, pues, y te los dedico, sintiendo solamente que no sean dignos de ti, el primer poeta de tu generación, el más brillante y, al mismo tiempo, el más modesto. Mi pequeño poema, si tiene algún valor literario, tal vez estará en la sencillez y en la naturalidad de su lenguaje. Me he propuesto ser *sencillo,* porque creo (acaso sea un capricho) que la poesía puede ser comparada á una mujer de hermosura deslumbrante y sugestiva, que no necesita recargar su elegante tocado con adornos multicolores, para parecer más bella. Ya es encantadora con la frescura de su tez, con la gentileza de su cuerpo y con la gloria de su gracia. Te confieso que he tenido tentaciones de ataviarla, como hacen otros, con toda la pedrería que fabrica la imaginación, pero no me gusta verla con traje de serpentina. Lo he resuelto así y no seré yo quien la humille y quien la presente ridícula á los ojos de los que saben percibir y sentir la belleza. Tengo la seguridad de que, á pesar de todos sus defectos, la poesía así considerada, es la única que tiene derecho á vivir, porque es formada con el cerebro y el corazón de los seres que han amado y que han sufrido.

Después de larga ausencia, volvió el gallardo
doncel, de ojos dormidos, de tez de nardo,
de cabellos sedosos, de talle esbelto
y frente pensativa, pero no ha vuelto
sonriente, como cuando por vez primera
lo conoció la joven,—á la postrera
claridad de la tarde. Cumbres, llanuras,
rumorosas corrientes, selvas obscuras,
todo, á la vespertina luz de aquel día,
en un dulce letargo languidecía.
Ella lo vió acercarse, besar su falda,
y las flores azules de la guirnalda
que su cuello adornaba; sintió su aliento
en el mórbido seno, luego, su acento,
su inolvidable acento, llegó á su oído
trémulo y desmayado como un gemido.
Era el amor, el himno, de cuyas notas
oyó siempre los ecos en las ignotas
espesuras del monte, que en sus murmullos,
esparcen el deleite de los arrullos.
Era el amor naciente, cuyos latidos
percibió en las florestas, entre los nidos
bajo el palio tejido de enredaderas,
en las grutas musgosas donde las fieras
rugiendo se acarician, y en los enjambres
de insectos que se embriagan en los estambres.
¡Explosión del cariño! ¡Cuánta ternura
le brindó en sus abrazos! Fué una locura
aquel amor, intenso como un perfume
que ni el agua, ni el viento, ni el sol consume.
Le amaba, como se aman los imposibles;
ascendió hasta las cumbres inaccesibles,
donde el ideal rutila como una estrella
de hermosos resplandores; besó la huella
que su planta imprimiera sobre la alfombra
del césped, tan ligera como una sombra,
y del aura versátil, le envió en los giros,
el madrigal vibrante de los suspiros.
¡Hada de la floresta, gentil pastora
de una Arcadia sublime! Puso la aurora
en el raso viviente de su escultura,
el nácar con que esmalta la azul altura.
Sus cabellos undosos, finos y rubios,
por el aura movidos, eran efluvios

de cálices dorados; cuando reía
su rostro delicado resplandecía,
y al pasar, se escuchaban en los ramajes
armoniosas cadencias, choques de alajes.
¡Princesa de la gracia! Para ella sola
granos de oro en la playa puso la ola;
el Sol, calor y vida de sus amores,
de pétalos, cascadas multicolores
derramó en la campiña; flexibles lianas
colgó en las verdes copas, como persianas
de encajes transparentes; rompió la bruma
abrillantando el agua; pintó la espuma
con reflejos carmíneos; en orientales
palacios, se trocaron los pedregales;
en diamantes las gotas; en esmeraldas
los pastos de los cerros y de las faldas,
y en minas de topacios y de amatistas,
los torrentes, los picos y las aristas.

¿Qué voluntad oculta cambió el paisaje?
¿Quién su nupcial corona quitó al ramaje
y conmovió á las brisas que modulaban
la trova del ensueño, cuando volaban
á través de los campos reverdecidos?
¿Qué mano misteriosa rompió los nidos,
marchitó las gramillas y hasta sus blondas
de espumas irisadas robó á las ondas?
¿Fué visión de sus sueños? En las sombrías
hondonadas ¿no ha oído las melodías
de los himnos florales? ¿No vió en las lomas
brillar el espinillo rico en aromas,
agitarse las algas en los esteros,
y mecerse lo nidos de los boyeros
prendidos á los gajos? Si fué quimera,
si fué sueño, que vuelva la primavera
á verter sus perfumes sobre los campos;
que la luz se difunda, que incendie lampos
en el velo celeste del horizonte;
que una orquesta de trinos vibre en el monte,
y en la llanura ondulen como las olas,
los gérmenes sensuales de las corolas.
Fué vana su esperanza. Distante el astro
apenas en la altura dejó su rastro.

Cesaron los rumores; ni una eufonía
trajo el aura del llano; despertó el día
sin vibrar como otrora la extraña orquesta
de las aves que se aman en la floresta.
¿Quién lloraba? ¿El arroyo? ¿Tal vez las blancas
margaritas, ya mustias, en las barrancas?
¿Era, acaso, el suspiro, débil, sin eco,
de las cosas que mueren?...
El pasto seco
de la cuchilla, ondeaba; la fina hierba
de las altas colinas, que el Sol enerva,
dejaba al descubierto los pedregales;
el terciopelo obscuro de los chircales,
manchaba la planicie; deshabitado
se alzaba un viejo rancho junto al bañado;
matorrales de ortigas, cardos y abrojos
poblaban las mangueras y los rastrojos;
orillando el estero se dilataba
en haces amarillas la paja brava;
apenas la cañada se distinguía
oculta en un ribazo; la luz moría,
y en tinta de turquesas bañaba el monte,
los vapores, las cumbres y el horizonte.
Desde el abra del monte, la niña, ansiosa,
contemplaba el paisaje. No era la diosa
de la Arcadia sublime, cuya presencia
en el bosque, era un canto—la florescencia
del amor. ¡Oh misterio! Su voz tenía
el ritmo y la cadencia de una elegía.
Sus cabellos tendidos sobre la espalda.
Deshojadas las flores de su guirnalda.
Sus ojos irradiando fulgor extraño...
semejaba la imagen del desengaño
que viera disiparse sus ilusiones,
á manera de raudas exhalaciones.
La campiña, como ella, lánguida y mustia
se presentó á su vista. Sintió su angustia,
su pesar infinito. La flor nativa
de pálida corola, flor sensitiva,
que amaba perfumando, vió en la maleza,
el símbolo perfecto de su tristeza.
En tanto el arroyuelo de aguas obscuras
sin doradas riberas, sin espesuras,
arrastraba fragmentos de hojas y ramas,

plumas blancas de nidos y verdes lamas.
Eran los camalotes y las gramillas
un montón de despojos en las orillas.
Los pastos aventados junto á las parvas;
los troncos de los ceibos llenos de larvas,
y brillando en las matas, entre las quiebras,
las pieles desprendidas de las culebras.
Como ardiente rocío brotó su llanto.
Ensueño del perfume, fugaz encanto
hecho de luz y de alas. Si el astro no arde,
como en ondas de incienso baja la tarde,
mientras Sirio se enciende, fúlgido broche,
que á su veste de sombras prende la noche.
Se espesó la penumbra. Ráfaga fría
estremeció á la joven. Alguien venía
en dirección al bosque. Latió su seno
como nunca latiera.—Dulce veneno
del amor delirante ¿quién no te adora?
Ella sintió en su pecho como una aurora
volver la vida, un soplo, débil fragancia
de la flor de la dicha. Ni aún en su infancia
fué mejor arrullada, que en el instante
en que vió por la senda venir su amante.
Él era: su esperanza. ¿Qué le importaba
el tálamo deshecho que antes amaba?
¿Qué, los verdes tapices, las colgaduras
de lianas florecidas; las esculturas
formadas de ramajes, como doseles?
¿Qué, los cálices de oro llenos de mieles,
si él llegaba trayéndole las primicias
de otra estación más grata, de otras caricias?
Hacia él corrió. En sus brazos, ya sin aliento
cayó desfallecida, mientras el viento
rozaba con sus alas la mustia alfombra,
y los astros temblaban entre la sombra.

Santiago Maciel.

Villa Colón, Enero 2 de 1900.

IMPRESIONES DE ROMA

SANTA SABA

La calle estrecha, flanqueada de muros aterciopelados de húmedos musgos verdes, trepa la colina del Aventino, y en un recodo aparece la puerta del antiquísimo Monasterio de Santa Saba. Se golpea, y se presenta un chicuelo de diez ó doce años, que abre la vieja puerta carcomida y se entra á un patio silencioso, invadido por las hierbas. Parece un jardín de camposanto abandonado, todo florido de crisantemas de variados colores. Protegidos por los altos muros que cierran el recinto, crecen lozanos naranjos, cargados de fruta y azahares, y ellos dan el único hálito de vida que se respira en aquella mansión tétrica donde parece que ha dejado impresa una huella indeleble la desolación. La sencilla y graciosa arcada del claustro corre á todo el largo del edificio mirando á la campiña de Poniente que se extiende en una vasta planicie solitaria, sin más accidente que la prominencia del Testaccio, coronado por una cruz escuálida que abre sus brazos en el límpido horizonte del tramonto del Sacio.

Se entra á la iglesia por un pasadizo mezquino y una gran impresión de tristeza invade el espíritu en aquel ambiente de ruina y decadencia. En el piso, en las paredes, en la cripta subterránea, se conservan aún vestigios de la grandiosidad arquitectónica y de la riqueza ornamental de aquel templo de las edades primitivas del Cristianismo, el primero que surgió á la nueva fe sobre el Aventino, pero todo amenaza derrumbarse de un momento á otro, y las anchas grietas que surcan los muros acusan la moribunda vejez del monumento enfermo de melancolía desde que dejaron de resonar en sus ámbitos los cánticos del coro y quedó privado de los tibios perfumes del incienso. Gruesas vigas apuntalan los arcos ruinosos que dividen las naves, sostenidos por graníticas columnas arrancadas

de algún otro templo de la Roma pagana, que tan profusamente contribuyó con sus tesoros artísticos á enriquecer los monumentos de la nueva doctrina vencedora, decorando con la misma pompa con que había ennoblecido las aras de los Dioses mitológicos los altares del Dios revolucionario que instituyó una nueva dinastía celestial más poderosa, más dominadora, más perdurable.

La mano bárbara de la Edad Media deformó en mucha parte la pristina belleza arquitectónica y la suntuosidad ornamental de la iglesia de Santa Saba. La columnata que separaba la naves extremas está murada; los frescos que decoraban los arquitrabes fueron cubiertos con cal; algunas de las columnas de rico jaspe verde de los altares han sido robadas y sustituidas por pilastras de madera groseramente pintadas; los delicados mosaicos del piso han sido en parte arrancados, y todo revela la obra despiadada de aquella época en que se borró del espíritu de los pueblos el sentimiento estético que había florecido en las postrimerías del paganismo y que renació con el triunfo definitivo de la Iglesia Católica. Se diría que aquello fué un segundo Diluvio que arrasó la obra primorosa del arte humano como arrasó el primero toda la creación de la Naturaleza.

Salí con el alma contristada de aquel templo en ruinas, sin santos, sin crucifijos, sin tabernáculo, inerte como un cuerpo sin alma, y aspiré con delicia el aire tibio de aquella tarde de Otoño, serena y diáfana, sin una nube en el cielo. Era la hora del ocaso y una gran paz se difundía en todo el paisaje solitario, como si el silencio reinante entre los muros agrietados de Santa Saba se dilatase por toda la campiña romana, vasta y plana como un mar en calma. El sol caía lentamente sobre el horizonte envuelto en la aureola de las brumas lejanas del Tirreno, doradas en el incendio del Poniente, mientras el cielo empalidecía sobre Roma destacándose en la limpidez del ambiente la silueta esbelta de las torres y las gibas de las cúpulas. Al frente, por sobre el tejado de Santa Sabina, surgía la colosal de *San Pietro,* como una mitra gigantesca, y aquí y allá se distinguían los perfiles de San Alejo, de Santa Prisca, del Monasterio de los Caballeros de Malta, del Convento de los Benedictinos, todos los monumentos de la Ciudad Santa, erguidos en la gloria de su poderío haciendo contraste con las ruinas imponentes de la Roma Cesárea, el Palatino, el Coliseo, las columnas truncadas del Foro,

llenas de grandiosidad aún en su actual miseria, como los restos fósiles de la fauna antidiluviana que revelan con sus osamentas de gigantes su corpulencia y su fuerza empequeñeciendo las razas que la sucedieron.

Un único eslabón queda intacto de la cadena de los años: el Capitolio, cuya alta terre domina toda Roma, afianzando su soberanía de ciudad capital de un reino fuerte y glorioso. El monumento perpetúa la tradición, á ratos interrumpida, del dominio político, intelectual y artístico de Roma en toda la Itálica tierra y allí queda cimentado para siempre en las entrañas del monte inconmovible. Y mientras las sombras cadentes del cielo parecen aplastarlo todo bajo su manto, se diría que la torre Capitolina se agiganta absorbiendo los últimos resplandores del día, radiante como un faro entre las nieblas crepusculares del Tíber. Más que un objeto tangible, parece una idea luminosa que refulge con luz inextinguible; un astro sin ocaso: la estrella simbólica de Roma libre!

Contemplando aquel paisaje evocador de tan larga y tumultuosa historia, veía venir gradualmente la noche en la tarde plácida y tibia. El sol se había hundido ya en el horizonte dejando en el cielo como una aureola dorada de cabeza de santo bizantino, y la campaña ennegrecida parecía más vasta, más triste en su silenciosa soledad. Antes de alejarme dirigí una última mirada al viejo monasterio que acababa de visitar, y al verlo tan ruinoso en medio de aquel melancólico jardín de camposanto abandonado, mudas sus campanas, apagados los incensarios, desvestidos los altares, se me figuró que el verdadero ocaso no era el de aquel sol que se había sumergido en el horizonte lejano llevando toda su vida, su calor, su luz á otras regiones y que al día siguiente volvería á irradiar en este mismo cielo, si no el ocaso, de las creencias, de las supersticiones, de los fanatismos que se hundían en la lobreguez de una noche eterna, sin la esperanza consoladora de una nueva aurora, aplastadas bajo los escombros de aquellos muros condenados á una catástrofe suprema contra la cual serán inútiles todos los puntales con que el artificio humano pretende sostener en pie el viejo edificio privado del alma vivificante de la fe.

Es noche ya. En la solemne quietud de las sombras sólo se oye á lo lejos el tañido acompasado de una campana que convida á la

oración vespertina. Y los azahares, humedecidos por el relente, difunden su suave aroma virginal perfumando el ambiente quieto.

Daniel Muñoz.

Roma, Noviembre de 1899.

AÉREA

Ven, lirio de espuma,
Ven, mirto de Eleusis.

Como abeja de oro
Tu planta en el césped
En trémulo nimbo
Fulgura y se mueve.

Ven, hélice de onda,
Diadema de Oriente.

¿Qué peplo rosado
De niebla te mece?
¿Qué tiara de estrella
Se esfuma en tus sienes?

Ven, orla de nube,
Ven, rosa de nieve.

La luz de tus ojos
Se posa en mi frente
Como alma de errante
Paloma celeste.

Ven, randa de aurora,
Nelumbo naciente.

Custodie mis sueños
Tu mágica veste:
Te entrego en ofrenda
Mi rito y mis preces;

¡Oh, vaso de aromas,
¡Oh, flor de Citéres!

Pedro J. Naón,
Argentino.

Buenos Aires, Enero de 1900.

MANCHAS DE COLOR

SAPOS Y MARIPOSAS

Al brillante escritor
Julio Herrera y Reissig.

Hija, ¿va usted al baile?, dijo un sapo á una mariposa blanca, de alas de raso, que se había detenido un instante, como fatigada de su vuelo, en un arbusto en flor.

—¿Por qué lo dice usted?, preguntó la mariposa, juntando las alas y dejándose mecer por el céfiro en una de las más flexibles ramas del arbusto.

—Pues lo digo por ese traje hermoso que luce usted y que le habrá costado un dineral.

—¡Bah! así he venido al mundo...

—¿Vienen ustedes las mariposas al mundo en traje de baile? ¡es claro! su vida es una perpetua fiesta. En cuanto amanece Dios, empiezan las músicas en los nidos y en cuanto abren sus párpados las estrellas, comienzan los grillos á afinar sus stradivarius... ¡Y todo para que dancen ustedes en giros caprichosos por el aire ó para arrullar su sueño! no, lo que es para mí y mis congéneres, no se tomarían á buen seguro ese trabajo. ¡Ah! ¡qué felices son ustedes las mariposas! ¡siempre de jolgorio! ¡y cuidado si se regalan con mieles y perfumes!

—Y usted, ¿no es dichoso?

—¿Cree usted que puede ser dichoso un sapo? ¡el ser más desgraciado de toda la fauna! para nosotros no hay más conciertos

que los de los charcos, ni más diversión que los ejercicios acrobáticos de las ranas. Mientras ustedes lucen brillantes trajes de raso, nosotros andamos... ¡ya lo ve usted! ¡en cueros vivos! En el banquete de la vida no tenemos cubierto; ¿ni cómo habían de admitirnos, en un estado tan poco... presentable? ¡Ay! en nuestro *menú* no figuran las rosas...

—Pues al alcance de ustedes están...

—¿Y qué sacamos con eso, si carecemos del arte necesario para extraer su dulce néctar? ¿quiere usted desdicha mayor que la nuestra? Si yo hubiese nacido mariposa, sus nectarios no tendrían secretos para mí, y después de una orgía de mieles en el cáliz de una rosa, me bañaría en las ondas luminosas del espacio, lejos de este negro lodo donde ando á salto... de mata. ¡Ah! confiese usted que mi suerte es mucho más triste. Yo no sé dónde nacen ustedes las mariposas; he oído á un naturalista muy sabio y muy majadero que viene aquí todas las tardes á estudiar la naturaleza, no sé qué cuentos de larvas y crisálidas, pero á mí nadie me quita de la cabeza que ustedes no nacen en la tierra, sino que bajan del cielo... ¡y por eso son tan felices! He notado que después de las tormentas de verano, aparecen ustedes muy numerosas en el aire azul... y es, sin duda, que el arco iris se deshace en mariposas...

—Veo que tiene usted una imaginación de poeta.

—¡Como que ando en cueros!

Iba á proseguir el sapo lamentando su triste suerte y ponderando la felicidad de los seres que nacen bellos, como las mariposas, cuando vió acercarse cautelosamente un niño al brillante insecto...

Quiso advertirle del peligro que corría, pero aquel pequeño verdugo no le dió tiempo: rápido como el pensamiento, asió de las blancas alas á la mariposa y la clavó con un alfiler en el arbusto en flor...

Casimiro Prieto,
Español.

Diciembre de 1899.

DOS RIMAS

Señor Julio Herrera y Reissig.

Mi simpático amigo:

Ha triunfado usted, aunque, por esta vez, el triunfo valga bien poca cosa. Tantos aldabonazos ha dado en mi puerta de poeta, enmohecida por los años, que no he tenido al fin otro remedio que entreabrir una rendija. Por ella tengo el gusto de alcanzarle dos pequeñas rimas, que aunque no han sido escritas expresamente para La Revista, puesto que hace años figuran entre los valores *nominales* de mi cartera, han sufrido algunas correcciones y modificaciones de forma que, si no traje, les han puesto cuando menos corbata nueva. Ya sabrá usted algún día de pampero, que no se lo deseo por cierto, cuando las musas se hayan escapado á climas más apacibles y crean prudente entretenerse en ellos, desoyendo sus ardientes invocaciones,—lo que significa, para un poeta invadido por las canas y por la esterilidad, poner corbata nueva á alguna de sus composiciones. Téngamelo en cuenta, y crea que lo he hecho, no sólo por deferir á sus amables instancias, sino por demostrarle que lo acompaño vivamente en su empeño de sostener una buena revista literaria, y en el más amplio y esforzado de levantar bien alto, sobre estos tiempos de escepticismo en que la ciencia nos atrofia, absorbiendo hasta la última molécula del oxígeno que reclaman las facultades imaginativas,—el estandarte de la poesía, el estandarte de seda y oro que pasearon triunfantes de castillo en castillo los trovadores de la Edad Media, y que flotó invisible, pero envuelto en crespones, sobre el cortejo que acompañó al panteón los restos de Víctor Hugo.

Cuando se ve á adolescentes como usted poner al servicio de esa causa la herencia de talento y de educación que ha recibido de sus mayores, engarzando hermosos pensamientos en cinceladas estrofas y sembrándolas á profusión sobre tierras can-

sadas, refractarias al surco, el ánimo se conforta y la fe en el porvenir recupera su fuerza inquebrantable. Volverán los tiempos hermosos de Clemencia Isaura, los del Tasso en Ferrara y Gœthe en Weimar; volverán á imperar los ideales y á vestir armaduras caballerescas; volverá la humanidad á vibrar como una sola cuerda del arpa, cuando la pulse un ciego como Homero ó

José G. del Busto

un cojo como Tirteo. Es cuestión de años. No pasará el primer cuarto del siglo XX sin que la poesía recupere su cetro y reine sobre un imperio más dilatado que cuantos ha regido hasta ahora. La historia está compuesta sucesivamente de períodos de entusiasmo exaltado y de frío razonamiento; aún estamos nosotros en uno de éstos, pero su reino de cuarenta años toca á su fin. Abramos la ventana para esperar la aurora y saludar la vuelta de las oscuras golondrinas.

En la justa balanza de la vida
quise saber lo que pesaba yo:
arrojé en un platillo mi cabeza;
en el otro cayó mi corazón.

Y al levantar el fiel vi con sorpresa,
llena el alma de pena y de estupor,
que la cabeza se elevó á las nubes
y hasta el abismo el corazón bajó.

Ay! Es que cuando ruge la borrasca,
cuando se pone el sol,
en la balanza que la sombra cubre
pesa más que los sueños el dolor.

En las orillas de un labio
que olas de grana cubrieron
se encontraron frente á frente
una lágrima y un beso.

Rodando vino la lágrima
desde las cumbres de hielo
donde penas y huracanes
atormentan al cerebro:

subió el beso entre la lava
del cráter sanguinolento
que las pasiones salvajes
en el corazón abrieron.

Él era ardiente: ella fría;
Él era rayo: ella cielo;
el vado único y angosto;
inevitable el encuentro.

¿Qué sucedió? Estaba escrito:
la nieve cayó en el fuego
y entre las olas del labio
ahogó á la lágrima el beso.

De Vd. affmo. amigo.

José G. del Busto.

C/de Vd., Diciembre 12 de 1899.

WAGNERIANAS

Para el querido amigo poeta Vidal Belo.
Contestándole á *Pontifical.*

¡Oh, llévame con tus ansias; en las nevadas uvas de tus senos
Fermenta el vino sublime de los placeres azules.
Quiero libar en tu boca la satánica miel de los venenos;
Con el hatchitz de tus besos me harás ver mil Stambules!

Las románticas palomas se besan blandamente con el pico,
Y se abraza con las nubes — ogro de piedras — el cerro.
¡Une tu boca á la mía, mientras me embrujan con su ideal *chamico,*
Tus ojos, cafres ardientes, que se vengan de su encierro!

Pasaron las golondrinas: ideas de un espíritu iracundo;
Las nubes negras pasaron como viudas lacrimosas,
Y el Iris, risa de Flora, cayó cual serpentina sobre el mundo,
Y de él nacieron los sueños y las regias mariposas.

Las flores de porcelana son jarrones artísticos de Etruria;
Canta el crepúsculo herido su yambo de cisne griego.
Como un silfo ruboroso que se esconde en su lecho de lujuria
Entra el Sol en Occidente bajo sábanas de fuego.

¡Vamos á pasear, querida! Plutón fecunda la dormida tierra,
Y teje Dios en el cielo su luminoso arabesco.
Por entre las verdes cejas, que embellecen el rostro de la sierra,
Baja el río á la llanura como un sudor gigantesco.

Una loca pincelada, del Miguel Angel soñador de arriba,
Flota en la cúpula inmensa del etéreo Vaticano;
Sobre el triste campanario la aguja de metal se yergue altiva
Como el dedo de Dios mismo señalando un grande arcano!

Vamos á pasear, querida; florecen las dormidas amapolas
Como blasfemias sangrientas que Richepín cincelara,
Como bocas de odaliscas, como ardientes mejillas de manolas,
Como lenguas que Swinburne con su gran cincel tallara!

Como hipérbole de duda, nace la *noche blanca* de la bruma,
Y su ramazón de nieve forma un incienso de tules,

Cadavéricos jazmines va deshojando la nevada espuma,
Y los cardales nos miran con sus pupilas azules!

Como en el alma de Rubens, hay en el lago llamas y mirajes.
Dios sopla en la inmensa fragua y el cielo florece chispas,
Y celebran sus idilios sobre el grácil balcón de los ramajes,
Bayaderas de oro y plata, las armónicas avispas.

Las uvas negras esplenden, cual pupilas de reinas de Etiopía;
Un gran harem hay arriba que para Venus fué hecho,
Entre sábanas de raso duerme la reina en su lujosa umbría
Y los astros son gacelas que reposan en su lecho.

Como Pöe yo amo el negro: los negros novilunios de tus cejas
Que en el cielo de tu rostro fueron hechos de relieve;
La escandinávica noche de tu cabello, que flotar lo dejas
Para que forme un misterio sobre tu cuerpo de nieve.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Los tristes gajos del sauce lloran temblando su inmortal rocío;
El alma azul de Lucía, trémula, en ellos se arropa:
Como estrofas de Prudhomme lloran las ondas, cíngaras del río,
Y el zorzal ebrio de cantos es Verlaine frente á una copa!

Llora la huérfana noche su lluvia de impalpables terciopelos,
En las teclas del follaje Musset ríe, Heine se mueve;
En la sala azul del lago vibran quejas de raros violoncelos,
Y al reir muestran los lirios su dentadura de nieve.

Le Cordonnel tararea su triste Ave María de suspiros;
De Mallarmé dicen versos los neuróticos bactracios,
Y las luciérnagas de oro semejan, al formar extraños giros,
Una elegante gavota de hermosísimos topacios!

¡Vamos á pasear, querida; tus ojos son de luz cristalizada
Como el ardiente veneno que hizo cantar á Anacreonte;
Es tu boca el rojo Infierno donde el Dante labró sus llamaradas,
Y tus senos son dos versos cincelados por Leconte!

Julio Herrera y Reissig.

JUSTICIA HUMANA

« No deis á los perros las cosas santas, ni arrojéis vuestras margaritas á los cerdos, porque los cerdos se revolverán contra vosotros y os hollarán con sus asquerosas pesuñas. » *Jesucristo.*

Día claro y apacible hacía, lleno de luz y de colores, invitando al paseo y al descanso, induciendo á huir del centro de la labor diaria para buscar una tregua al trabajo semanal no interrumpido.

Mi amigo X y yo, objeto de esas impresiones como el que más, deliberada ó inconscientemente, hemos dejado, sin rumbo fijo, el bullicio del centro urbano; y llevados al acaso por nuestras voluntades tan acordes como veleidosas, entramos, perdidos en medio de gruesa columna de visitantes, á la gran casa de salud establecida en los suburbios de la ciudad.

Es domingo, día de visita á los pobres confinados allí por el fallo despiadado de inclemente sino. Los deudos, los amigos, y aun los extraños, guardadores de alguno de los desequilibrados en cura, se sienten llevados por curiosidad ó compasión á visitarlos, condolidos de la situación de aquellos desgraciados, verdaderos despojos de lo que fué un hombre.

Henos dentro ya: á lo largo de interminables y espaciosos corredores bien ventilados, cerrados por sólida reja contra la que se apiña compacta multitud de espectadores, vense, en grupos ó aislados, quietos ó en movimiento, á voz en grito y con grandes gestos, hablando quedo ó encerrados en absoluto silencio, los extraños y obligados moradores de aquella triste mansión. Unos sentados, otros de pie, aquél recostado á un pilar, éste de espaldas contra la pared, en cuanta postura imaginarse pueda, allí pasan las horas y las horas, ajenos hasta á la noción del tiempo, sin más deseo ni tendencia que salir y recobrar la libertad perdida, maldiciendo cada cual en su fuero interno á los que, sin comprenderle, le han encerrado junto con locos.

Miro con dolor y asombro aquel cuadro matizado por los mil colores de infinito número de vestiduras distintas, contrastando singu-

larmente con lo variado de los trajes, fisonomías y actitudes, el color parejo del uniforme de los enfermeros vigilantes que, con ojo avizor, miran en torno suyo, tan prontos á hacer una indicación pacífica de palabra, como una violenta con la correa, su compañera inseparable. El ruido ensordecedor de las conversaciones, entremezclado con los gritos, las carcajadas y los lamentos que del otro lado de la reja parten, produce en mi ánimo una sensación de laxitud y desaliento profundos; y sin articular palabra, sin oir siquiera la charla interminable de mi acompañante, permanezcó como clavado en mi sitio, siguiendo las evoluciones desordenadas y sin concierto de aquel mundo desconocido para mí.

De pronto, una exclamación casi unánime parte del lado de la reja en que me encuentro: ¡el orador, el orador! y mientras, como por encanto, todos callan y los vigilantes sonríen estúpida y compasivamente, uno de los reclusos, agitándose nervioso, se para de improviso sobre el banco que inmóvil ocupara hasta aquel momento, y con desenvuelto ademán y estentórea voz, que oímos todos distintamente, encarándose con el público:

« Amor, fidelidad, consecuencia » ... dice, « palabras vanas, términos vacíos y sin sentido en este siglo frívolo y de hielo para los afectos puros y sin mancilla. Hablad á la joven de hoy de estas cosas, encomiadle la gran cualidad de observar una conducta ejemplar, de vivir con la mayor economía posible, de mantenerse en su dignidad, de retener en su sitio al hombre que la pretende sin permitirle liberalidad alguna de esas que vejan cuando se autorizan; y se reirá de vuestras prédicas, porque no las entiende. La instabilidad de los afectos está á la orden del día, y la amante prometida de ayer pasa al lado de aquel á quien juró amor eterno sin mirarle hoy á la cara siquiera; antes bien, tras de ofenderle, oculta cuidadosamente su afecto y trata de aparentar desprecio. ¡Oh vida de ficciones y de formulismos, estudiados para vivir mejor en este siglo de corrupción y de mentira! El Siglo piensa, ha dicho *Max Nordau*, el Siglo piensa en la lucha, en las mejores condiciones de afrontar los peligros y eludir la ley del hambre, y el *homus lupum hominis* es la norma de conducta diaria: ¡el hombre trata de sacar el mendrugo de la boca de su vecino, aunque disponga de un saco repleto de pan, y la mujer busca un hombre, el más tonto que hallar pueda, para vivir á su costa sin

hacer nada y dando satisfacción á los punzantes aguijones de la carne, convertidos, por el excesivo trabajo mental de las generaciones, en acerados dardos que fomentan impúdicos y mal velados deseos!...

«¿Es que hay, acaso, algún afecto sincero al morir el Siglo XIX? ¿No habrán, quizá, ocultado para siempre, las luces deslumbradoras del talento inventor de sus hombres, la ya tenue y debilísima de los afectos del corazón? ¡Oh! sí; sólo existe en este mundo reducido y mezquino, en el conjunto del Universo, como mezquinas y reducidas son las pasiones de sus habitantes, el amor del autor á su obra, del inventor á su composición, del investigador á su descubrimiento; y ¡tal vez por esto, sólo el amor paternal, único afecto verdadero, ha salvado en el siniestro en que pereció, ha mucho ya, el corazón de los mortales!

«¡Hombres que queréis vivir felices! ¡guardaos de mirar profundamente y juzgar con elevado y sano criterio las frivolidades buenas y las profundas maldades de esta época de carcoma moral y material, pues si lo hacéis, os espera, sin duda ninguna, ser desgraciados! ¡Reíd, reíd siempre, aunque sea como Garrick, y haceos cómicos, como él; que grande es el teatro del mundo, donde todos somos comediantes y espectadores! La vida no puede ser cosa de gran monta donde todos mienten y nadie es sincero; y no vale seguramente la pena el vivirla con desvelos, siéndolo, si mintiendo todo se ha conseguido ó puede conseguirse»...

El chasquido de un latigazo, mitad sobre la ropa, mitad sobre desnudas carnes; un coro de carcajadas estridentes y que dan frío; un grito de dolor y un sollozo, cortan el discurso y hacen caer al orador sentado sobre el duro banco que le sirviera de tribuna, ocultando la cara entre las manos: debía restablecerse el orden que el loco *manso* había interrumpido, porque los demás comenzaban á excitarse. Por otra parte, él ya se había desahogado, y en muchos días no volvería á salir de su actitud cavilosa y de su profundo mutismo habitual. Bien sabían todo esto los enfermeros vigilantes, y el más cercano había dado fin á la arenga cuando lo juzgó prudente...

Nerviosamente movido por un impulso interno, arrastré á mi compañero fuera de la lúgubre morada: sentía oprimido el pecho,

flojas las piernas, febriles los músculos... Cuando traspuse los umbrales, preso de una amargura infinita, mis pensamientos todos se condensaron en estas palabras, escapadas de mis labios á mi pesar, dejando atónito á mi irreflexivo acompañante: ¡al que diga la verdad, no faltará quien le azote, como al Cristo del Calvario! ¡Conténtese si le hacen el favor de creerle loco!

Ambrosio L. Ramasso.

Noviembre 26 de 1899.

FUGAZ

Crece, se marchita y muere,
de mi vida en el misterio,
por el infortunio herida
la flor de mi pensamiento.

¡Pobre flor! no es bella y tiene
el color del terciopelo,
color que le dan mis penas
en las horas de hondo tedio.

Con mis lágrimas revive
al calor de un sentimiento:
¡Mejor que crezca olvidada
como lo dispuso el cielo!

Del día que ya alborea,
entre los vagos reflejos
se columpia, intenta erguirse,
y se deshacen sus pétalos.

Levantándose sombría,
como visión de un ensueño,
silenciosa cual la muerte,
La imagen de mis recuerdos.

Luis Martínez Marcos.

Santa Fe, 1899.

HUGO

Para José Enrique Rodó.

Fué un hábil y genial malabarista
de viejas tempestades. En su mano
la lira fué una tea y del arcano
rasgó el velo. Cantó: fué otro salmista

como David. Lloró: la hiriente arista
cayó á sus pies! La Envidia quiso en vano
truncar su pedestal. Como el romano
fué cielo y después sol, héroe y artista.

De pie ante las ráfagas de insultos
melló sobre el frontal de los estultos
la espada de sus cláusulas de acero.

La Muerte le venció: sobre su fosa
debiera haber grabado, sentenciosa:
¡El Sol aquí se encuentra prisionero!

Manuel J. Sumay.
Argentino.

Buenos Aires, Primavera del 99.

CLARO DE LUNA

Entre tules cuajados de diamantes,
Que retrata la poética laguna,
Majestuosa se eleva, por instantes,
La faz resplandeciente de la luna.

Y si entre tenues gasas se percibe,
Adivina mi mente el cuerpo hermoso,
De una bacante que fugaz exhibe
La alba tez de su seno luminoso!

¡Oh, luna, cuando ostentas tu blancura,
Me parece la fronda del paisaje,

Huérfana que su negra vestidura
Cambia feliz por el nupcial ropaje!

Arranca de las hojas dulces trinos,
Y á medida que su órbita recorre,
Del *chalet* escondido entre los pinos,
La sombra como un manto se descorre.

Con la abundosa cabellera suelta,
Luciendo rutilante pedrería,
Va descendiendo una mujer esbelta,
Por la espaciosa y blanca gradería.

¡Con qué garbo al columpio se encamina,
Ondulante su blanca vestidura!
¡Jamás la forjó el Dante tan divina
Ni el Giotto concibió tanta hermosura!

Sobre el columpio de nogal blanquea
Cual la leve espiral del incensario,
Y allí, en su cuello virginal, chispea
Cual pupila iracunda el solitario!

Ella es toda mi vida y mi esperanza,
Es la divina diosa que me inspira,
La que arranca la erótica romanza
De las cuerdas más dulces de mi lira!

El vaivén del columpio la enardece,
La deleita la brisa perfumada,
Es Venus soñadora que se mece
Con un beso de luz en la mirada!

Sus ojos de ternuras opalinas,
Semejan en su rostro alborozado,
Esas manchas azules, vespertinas,
Que agrietan el celaje sonrosado!

. . . .
. . . .

Cesó el vaivén y mi gentil amante
En un papel detuvo su mirada!..
Mientras que yo sentía en ese instante
En un suspiro el alma desgarrada!

Me aproximé, y con mi ilusión perdida
¡Oh, Dios, sentí mi corazón deshecho!
Y cual gotas de sangre de una herida
Brotaron las palabras de mi pecho!

Su palidez la luna diluía,
Al ambiente las flores embriagaban.
Mientras yo sus traiciones reprendía,
Ay! la luz y el perfume la besaban!..

Aumentaba mi encono su hermosura,
Y, ¡oh pérfida! — al sonreir á mis enojos,
Exhibía en su blanca dentadura
La miel hiblea de sus labios rojos!

Y cuando resistir ya no podía
Mi lacerado pecho su delito
Díjome, en la explosión de su alegría,
«¡Eres un tonto, para ti la he escrito!»

Francisco G. Vallarino.

MAL DE MUCHOS

Para un exagerado sensualista.

Avalancha de eróticas legiones
son las ideas de su pobre mente,
cuando copia el furor incandescente
de Salomé y Cleopatra en sus pasiones.

Soñando con fantásticas visiones
se mueve entre los sátiros, y siente
en un pesado, voluptuoso ambiente
los perfumes de amor de mil Trianones...

¡Gran insensato! á la Razón injuria
cuando quiere probar que no es pigmeo,
que hay alientos de cíclope en su furia!...

Y no es más que un lascivo Prometeo
atado con cadenas de lujuria
á la maldita roca del Deseo!...

Alfredo Varzi.

Diciembre del 99.

DE MI CARTERA

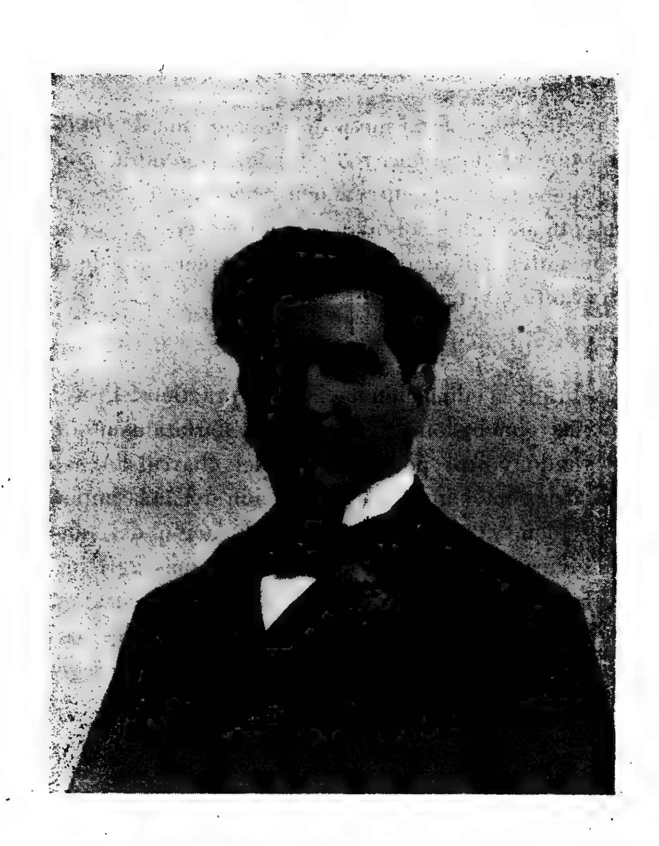
A los novios debiera aplicarse rigurosamente la disposición del artículo 2278 del Código Civil, relativa á los acreedores prendarios: «el acreedor no puede servirse de la prenda en manera alguna».

Todos los días llega á mi mesa de trabajo una de estas revistas americanas que el decadentismo en boga engendra, conjunto de vaciedades que á ratos me entretienen y hacen reir. Sus redactores, ordinariamente anónimos, olvidan que no es ser escritor ser portavoz de semejantes novedades y bufón complaciente de una decadencia enervante y vergonzosa.

Hay que dirigir la educación hacia fines prácticos. Prescindiendo un poco de las conclusiones teóricas del charlatanismo de reputaciones sin fondo, y otro poco también del charruísmo salvaje que nos devora, llegaremos un día á la solución del más importante de nuestros problemas: el relativo á la educación del pueblo. Más educación cívica práctica, más Constitución, más agricultura, más juegos y gimnasia al aire libre, menos ciencia abstrusa, más conocimiento de nuestras cosas y de nuestras necesidades: eso necesitamos para arribar al puerto tan anhelado de nuestra regeneración social, intelectual y política.

Individuos que van á los puestos públicos á satisfacer bajas pasiones, cuando no por el afán de un exhibicionismo pueril; que nunca aceptan gustosos lo que se les da, sino que, como dicen, lo hacen sacrificándose, sólo por acompañar á una situación ó á un gobernante, nunca faltan. Pero siempre traerán á mi memoria el recuerdo de un gran tomador de vermouths que conocí en mi infancia, italiano de nación, quien infaliblemente aceptaba los envites

LOS ESCRITORES DE «LA REVISTA»



Carlos Martínez Vigil

de sus compañeros con esta frase de corte posibilista: *Bueno*, decía aun cuando estuviera rabiando por tomar: *lo haré per tanto per campañarlo.*

Bizantinus—escribía yo en vez pasada—es una personalidad sumamente simpática, por su gran corazón, su patriotismo y el buen fondo moral de su alma. Creo que su último folleto, si exceptuamos la exageración relativa al busto de Leandro Gómez y algún otro detalle, bastaría á demostrarlo por sí solo, si los antecedentes todos de su vida no probaran acabadamente que no es hombre de esos que obran impulsados por un cálculo frío y razonador. En esto estoy seguramente en desacuerdo con el doctor Alberto Nin, si he de mirar como juicio sereno suyo y si he de dar valor de juicio á algunas frases aisladas del opúsculo que juzgando á *Bizantinus* escribió. Creo que las ideas de éste están llenas de unción patriótica y que algunas de sus palabras merecerían grabarse en bronce. Hay en él verdades de á puño; me parece que es imposible negarlo. Pero, con todo, entiendo que exagera. Digo que exagera al suponer muy próximo el triunfo de sus ideas generosas, triunfo que yo no diviso sino en un lejano porvenir, y en cuanto afirma que es obra del constitucionalismo el progreso que hemos alcanzado á pesar de todo en materia política, porque el progreso del país no se debe á la influencia exclusiva del constitucionalismo, cuya acción benéfica no niego: se debe al esfuerzo de sus hombres todos, á la difusión mayor de las luces cada día, á las lecciones diarias de la experiencia, á la marcha inevitable de las cosas cuando encierran en sí mismas condiciones de indiscutible vitalidad. Si así no hubiera sido, hasta hubiéramos dejado de existir como nación. «El progreso ó la muerte»: he ahí una ley que rige á todo lo que en el mundo vive. (1).

Carlos Martínez Vigil.

---

(1) Continuará en el número siguiente.

SECCIÓN CIENTÍFICA Y MILITAR

EL SOLDADO DEL PORVENIR

Ante todo corresponde que expliquemos nuestra presencia en las columnas de LA REVISTA.

Estábamos empeñados en la tarea ingrata de allanar dificultades que se presentaban para el sostenimiento de un órgano del Ejército en circunstancias que el ilustrado señor Herrera y Reissig nos invita galantemente á escribir en la importante revista de su dirección.

Predominaba, entre los compañeros animados del pensamiento de la publicación militar á que hacemos referencia, la opinión de que escollaríamos indefectiblemente en nuestra empresa, siguiendo esa ley fatal que ha gravitado sobre todos los periódicos militares anteriores y á la que no podríamos sustraernos, máxime si se tenía en cuenta la pobreza de nuestras calidades y la excelencia de las de nuestros predecesores.

Conciliando la manera de precavernos y apartarnos del precipicio donde se despeña la prensa militar, encontramos en la invitación del director de esta importante revista una coyuntura expedita para la realización de nuestros propósitos.

No desconocemos que es algo híbrido involucrar en las publicaciones de esta índole, asuntos extraños á su naturaleza, y reconocemos también que nos falta personería y talla intelectual para tratar cuestiones militares complejas. Consecuencia de estas premisas nos llevaría á declinar indudablemente el ofrecimiento si no fuera que las razones apuntadas y el deseo de corresponder en alguna forma la atención del señor Herrera y Reissig se han complotado conspirando contra nuestras preocupaciones y justos recelos.

Sirva, pues, el precedente exordio, para explicar, como lo decimos, nuestra presencia en las columnas de LA REVISTA.

El Ejército permanente de nuestro país se recluta, en su mayor parte, con soldados voluntarios ó contratados, aptos para el servicio de las armas, que llenan las prescripciones de la ley ó disposiciones vigentes. No hay exclusiones con respecto á la calidad de las personas; de manera que las puertas de nuestros cuarteles están indistintamente abiertas para todas las clases sociales.

Pero aquí, como en todos los países que se costean Ejércitos permanentes en estas condiciones, ó el servicio militar no es obligatorio, se choca á cada paso con grandes dificultades para mante-

ner los efectivos del Ejército en un pie de organización compatible con las necesidades y servicios que está llamado á prestar.

El soldado que entra al servicio en las condiciones estipuladas por nuestra ley de reclutamiento, salvo excepciones, generalmente se aburre y busca rehuir el compromiso las más de las veces, cuando empieza á ser utilizable, es decir, cuando ha sido instruido y disciplinado. A este respecto siempre hemos creído que subsistiría el mal enunciado, mientras la ley misma no constituya por sí sola, garantía eficiente de permanencia ó estabilidad del contratado en el cuerpo que lo enganchó.

Pero dejando de lado estas apreciaciones, que tendremos en cuenta para cuando tratemos detenidamente tan importante cuestión, preguntamos: ¿el soldado voluntario ó contratado es el soldado del porvenir?

Inmediatamente salta á la vista que ponemos en el tapete de la discusión el problema del servicio militar obligatorio, sistema que otros países sudamericanos, más preparados que nosotros, no han logrado implantar, á pesar de los ensayos y propagandas patrióticas en razón de circunstancias, á las que, justo es decirlo, han respondido las masas cívicas mientras las dichas circunstancias han estado latentes.

Y no podía ser de otro modo. ¡No pueden, de ninguna manera, comulgar en los mismos altares, tendencias acomodaticias de la vida del hogar, muelle y regalada, con las restrictivas y sobrias de la vida militar, de campamento ó guarnición!

La profesión militar lleva consigo aparejada el sello de la abnegación y del sacrificio y su acción es inflexible en todo tiempo y lugar; las demás profesiones ó artes liberales en que se desarrolla la actividad humana, excluyen completamente toda coacción no ejercitada en salvaguardia de reglas fundamentales de organización social.

Es por eso que tiene su explicación lógica, en la clase que no es militar, ese retraimiento del servicio, aún mismo con leyes dispositivas en vigencia, y mientras no lo aconsejen grandes intereses comprometidos. No se echa de ver su parte censurable, porque ella se funda en una ley igualitaria que en estos países de creciente desarrollo tiene que desestimarse para dar campo á la acción fecunda de la industria y riqueza nacionales.

Predicar la doctrina contraria es hacer propaganda estéril que se estrellaría contra la masa férrea de multitudes que protestarían airadas contra el régimen militar, opresión militar ó lo que llamarían militarismo.

No hay que pensar, pues, por ahora, en el soldado del porvenir, producto del servicio militar obligatorio. Por otra parte, las pasiones políticas no están morijeradas y la fuerza pública ejercitada, sin más guardián que la del honor militar, sería un incentivo poderoso en manos de los partidos que nos mantendría en zozobra permanente, cuando no conmovidos por acontecimientos de otra trascendencia.

Pero hay que preparar el espíritu nacional para esa gran obra del porvenir que se impondrá con fuerza incontrastable cuando la corriente del progreso lleve á nuestro país á ocupar un sitio preferente entre las demás naciones sudamericanas, que es modestamente á lo que se debe aspirar. Hay que preparar las generaciones venideras, divulgando los conocimientos militares en las escuelas públicas, esparciendo ese ambiente en las aulas escolares para que, haciéndose carne en la masa cívica, no se sientan repulsiones por los hábitos militares y la vida del soldado á que se ha de tener necesidad de recurrir cuando, lo repetimos, encauzados en las corrientes del progreso, dejemos de ser inaptos para constituir una nacionalidad con rumbos bien marcados en la política y deliberaciones de los demás países del mundo.

La infancia es la edad indicada para que se manifieste, en toda su plenitud, el placer por las cosas militares. El brillo de las armas, las armas por sí solas, las músicas marciales, los colores vistosos del uniforme, el paso arrogante y resuelto de una tropa que pasa, produce en la imaginación del niño un efecto irresistible de imitar.

Hay que aprovechar el terreno favorable. El alma de la juventud se forma en esa edad y la influencia decisiva de la primera educación ejercería influjo poderoso más tarde en el cumplimiento de los deberes para con la patria.

Tengo para mí también que, á parte que se estimula el desarrollo de las fuerzas físicas, se excita el desarrollo del corazón, porque éste se adapta, por excelencia, al medio, y un medio ambiente varonil le es propiciatorio. ¡Corazones grandes de ciudadanos esforza-

dos de esas repúblicas sudafricanas que se creían de pastores, se han adelantado á prejuicios militares de autoridades competentes, compeliéndolas, por una serie de triunfos, á proclamar la necesidad de modificar el arte de combatir moderno!

De esto son capaces los ciudadanos que van á la guerra á combatir por la patria, por sus derechos, por sus propiedades, bienes, familias ó en reivindicaciones de prácticas y costumbres sancionadas por principios inmutables y humanitarios. Y para estar habilitados como tales es necesario formar el soldado del porvenir en las aulas escolares en las escuelas públicas, con ejercicios gimnásticos y de resistencia y una conveniente instrucción militar.

¿Nos singularizaríamos acaso con estas innovaciones al plan de enseñanza de nuestras escuelas? Estados Unidos de Norte América nos proporciona un ejemplo digno de imitación. La instrucción militar en sus escuelas está comprendida desde la primera enseñanza y, á medida que se desarrollan los programas en las escuelas normales y secundarias, los programas militares siguen ampliándose progresivamente.

Chile, la República sudamericana de organización militar más sólida, que ha llegado á su estado actual de desenvolvimiento, consultando todas sus necesidades y haciendo un estudio profundísimo de las organizaciones más adelantadas para prepararse militarmente, no ha descuidado la instrucción militar en sus colegios, implantándola desde principios del año próximopasado.

La República Argentina, en circunstancias que debatía complicados problemas internacionales, incluyó en sus programas secundarios esta enseñanza, bajo una amplitud demasiado absorbente, es cierto, encomendada á profesores militares, enseñanza que fué, más tarde, suprimida por una resolución que no estaba dentro del plan ministerial y que exteriorizó propósitos altruistas. Transcurrido cierto tiempo, se ha notado que ha habido imprevisión en la medida tomada, y es muy posible sea incluída nuevamente durante este período, dada la propaganda patriótica que se hace en su favor y el gran partido que cuenta entre los hombres públicos de aquel país.

A esta altura, cerramos nuestro artículo para volver, en otra oportunidad, á tratar este interesante asunto con más acopio de

datos. Nos permitiremos opinar, sin embargo, que implantando en nuestras escuelas el sistema de enseñanza propuesto, daríamos un paso adelante adoptando prácticas saludables de proyecciones benéficas para el futuro, que harán desaparecer asperezas y preocupaciones del espíritu público que cree ver en el ciudadano armado un peligro permanente para la sociedad, en lugar de una garantía de su bienestar.

Julio Dufrechou.

Montevideo, Enero de 1900.

PSICOLOGÍA DEL AVARO

En la democracia de las bajas pasiones ninguna es más vulgar que la avaricia. La fiebre del centavo se acompaña con tales manifestaciones, exige tal contextura íntima que, con plena justicia, debe colocársela entre las peores enfermedades del sentimiento y la inteligencia. Afecta, en mayor ó menor grado, las facultades humanas superiores, y así se explica que el avaro presente una fácil característica de inferiorización general.

Se sabe que esta infección reposa en una hiperestesia del concepto económico. El sujeto atacado considera las cosas sólo desde el punto de vista de su naturaleza económica, ó, por lo menos, le atribuye importancia determinante.

Sería errado sostener que sólo es avaro aquel que se priva hasta de lo indispensable. Es necesario juzgar el asunto con arreglo á un amplio criterio. Hay personas que se tratan bien, lo cual no impide que sean Shilochs más ó menos azucarados. Sólo los *ultras* llegan al extremo de vegetar como anacoretas en una analgesia total de sentimientos y apetitos. A renglón seguido deben clasificarse los egoístas que no dan dinero ni nada al prójimo. Por el contrario, siempre cavilan en la mejor manera de usufructuar al vecino.

Este tipo de avaro por egoísmo es muy frecuente. Nunca tiene espontaneidades que impliquen gasto en favor de un tercero ó de

la sociedad; podría representársele, en el más favorable de los casos, por un sujeto que mete la mano en el bolsillo, pero que se guarda de retirarla en tiempo oportuno. Es el que llega siempre tarde para el abono; el que no distrae suma alguna sin inmediata compensación. Es el eterno concurrente á las fiestas gratis ó baratas; el que no acostumbra galanterías que cuesten dinero, si ellas no han de reportarle ventaja cotizable; el que prefiere hacer lo que en sociedad se llama un feo papel, ante que contribuir á la realización de ideas nobles que importen una erogación; es, en fin, aquel que en todo momento calcula los medios de obtener lo más, dando lo menos posible, el hombre aritmético que hila muy delgado en cuanto pudiera favorecer á alguien además de su propia persona; el que deja podrir la fruta y las flores en su quinta, si no puede negociarlas; el que conoce todas las habilidades para no dejarse engañar por el proveedor; el que todo lo compra en remate ó á vil precio y sabe aprovechar las buenas ocasiones; el que se rebaja hasta la súplica ó el engaño para que cualquier pobre diablo le trabaje gratuitamente ó poco menos; el que sufre una apoplejía cuando le llega la noticia de la muerte de un deudor; el esquilmador con pactos de retroventa y negocios usurarios; el que sostiene que un centavo más otro centavo suman dos centavos, que á interés compuesto producen un tercer centavo; el que siempre está dispuesto á recibir y nunca á dar.

Por cierto que estos detalles son demostrativos de avaricia cuando constituyen la preocupación constante de un individuo, cuya posición pecuniaria podría evitarle las continuas bajezas y frotamientos inherentes á este sistema acumulativo repugnante. Nada puede decirse en contra del pobre que se ve forzado á proceder de igual suerte, por más que exista siempre un límite, pasado el cual ya no es disculpable semejante actitud.

Existen, pues, dos categorías de avaros. El que llamaré *absoluto* porque se daña á sí mismo con privaciones desproporcionadas á sus recursos ó que aspira á un capital sin necesidades equivalentes, por inferioridad intelectual y moral, y el que puede titularse *egoísta-avaro*, acumulador de grandes sumas, relativo buen vividor, pero que se guarda de favorecer directa ó indirectamente á nadie, con una migaja apreciable de su renta.

No sería lícito exigir tampoco que, por el simple hecho de poseer cuantiosos ó relativos bienes, se halle obligada una persona á repartir obsequios á diestro y siniestro en beneficio de holgazanes y aprovechadores sin delicadeza. Se cometen grandes errores de juicio en tal sentido y á veces hasta los hombres económicos caen bajo el mote de avaros, gracias á este principio acomodaticio.

Hay individuos que encuentran muy racional que un tercero les facilite á título graciable una limosna apenas disimulada bajo el carácter de préstamo y reclaman esta protección con tanta frecuencia que llegan á constituirse un *modus vivendi*, significativo de una inmoralidad y relajación tal vez mayor que la misma avaricia. Estos tipos constituyen la verdadera plaga de los hombres ricos y de aquellos que, sin serlo, viven con una modesta apariencia obligada por sus gustos ó por imprescindibles exigencias sociales.

Hay que descartar, por consiguiente, esta causa de errores más importante de lo que pudiera creerse y bastante extendida entre cierto gremio de intelectuales mendicantes, refractarios, *por excelsitud de naturaleza*, al principio económico y moral que obliga á cada uno á ganarse honesta y derechamente la subsistencia, ó á acomodarse dentro de sus medios, sin mayores pretensiones á la hacienda ajena.

Precisamente los avaros exageran este principio racional, que no atenúan por razones de sensibilidad. Esta es una de sus cualidades distintivas á la que debe agregarse la reducción de la inteligencia; es decir, que el avaro carece de las más elevadas facultades humanas. Vive en un mundo inferior, y por eso es que los espíritus delicados lo tachan de vulgaridad y lo miran con sincera repugnancia.

La prodigalidad bien entendida siempre se ha considerado como signo de magnificencia y la generosidad ha sido muestra, en toda época, de nobleza y distinción. Ellas son, en efecto, reveladoras de sentimientos aristocráticos, hasta el punto que á todo el mundo chocan esos *intelectuales* y *distinguidos*, dominados por la avaricia tan frecuente en la sociedad actual. Son flores con perfume de ácido sulfhídrico. Nadie puede excusar

á la naturaleza haber creado tales sujetos en tono de burla para la ciencia y el arte, que viven de armonías. Pero la ciencia estudia, sin embargo, en el capítulo de la patología, á estos aristócratas por el cerebro y plebeyos por el corazón, que combinan la obra intelectual y social con la discusión sobre el precio de los comestibles que se consumen en su casa.

Carlos Baires,
Argentino.

Buenos Aires, Enero 2 de 1900.

LA UNIÓN HACE LA FUERZA

Siendo el Ejército la única fuerza legalmente reconocida para mantener la tranquilidad y paz de una nación, siendo él, la fiel custodia de los intereses nacionales, de la integridad territorial, la confianza del ciudadano que se dedica á la labor diaria para fomentar la industria, el comercio y el progreso en general de esa misma nación, estando llamado por tanto á desempeñar uno de los roles de más significación en el bienestar social, es necesario, de imprescindible importancia, que se contraigan á él todos los esfuerzos posibles para completar su organización, y con ella, su fuerza, para que en esa forma pueda desempeñar cumplidamente su elevada misión, correspondiendo así á los sacrificios destinados á su sostenimiento.

Es así, que llamado por ese deseo que debe animarnos á todos los que ambicionamos sacar á flote nuestra nacionalidad, para que pueda ocupar el verdadero puesto que le corresponde entre las demás naciones, dado su adelanto intelectual y su progreso científico en todo lo que importa un paso más en el sentido de la ciencia moderna, venimos á insinuar ideas benéficas para que haciéndose eco de ellas nuestros compañeros de armas, tomen cuerpo si son aceptadas como buenas, y en esa forma, reuniendo todos nuestros esfuerzos en uno solo, sean llevadas á los cuadros del Ejército, para que puedan surtir los efectos ambicionados, y en caso contrario,

quedará, por lo menos, constancia de nuestros deseos, de nuestros trabajos en pro del adelanto y progreso de ese Ejército, y en esa forma contribuiremos dentro de nuestra esfera, al adelanto general de la patria, porque no hay duda alguna que depende en gran parte de la confianza en la fuerza armada, de esa paz cimentada con la labor administrativa y las energías reconocidas de un ejército, el desarrollo más ó menos importante de la nación que él representa.

Pero para conseguir ese fin deseado por todo militar celoso del uniforme que viste, es necesario primero que desaparezcan por completo las separaciones ó círculos que pudieran haberse formado entre el elemento militar, que nos reunamos todos y acudamos á un mismo fin: el adelanto de nuestro Ejército y la felicidad de nuestra patria; que en abrazo común, y como miembros de una misma familia, la familia militar, participemos juntos sus beneficios y presentaremos en esa forma, al extranjero que frecuenta nuestras playas, un ejército unido, porque es disciplinado, y cuya instrucción y preparación no dejará absolutamente nada que desear.

Alimentando tales ideas, que representan en sí un fin grandioso para todo buen oriental, no debemos titubear al decidirnos todos los que seguimos la carrera de las armas como un honor, una satisfacción, una verdadera vocación, en reunirnos para trabajar, que seguramente encontraremos en las altas autoridades de la Nación el apoyo necesario, porque sabrán comprender el fin loable de nuestra decidida empresa y lo noble de nuestros propósitos.

Ya que se nos ofrece un periódico científico-literario, que alimenta ideas de adelanto y de progreso, es necesario que cada uno, dentro de sus humildes fuerzas, responda á ese atento ofrecimiento presentando las ideas que el estudio y la práctica, ayudado de la mejor preparación de cada uno, puedan, una vez hechas prácticas en los cuadros de nuestro Ejército, redundar en beneficio de nuestra noble institución.

Es llegado el momento de que nos preparemos para trabajar nosotros también, pues es ya tiempo de que descansen nuestros veteranos y que esta nueva generación que viene ingresando llena de vida y deseosa de adelantar en sus primeros pasos en la carrera, releve á la guardia vieja, que en su azarosa existencia de soldado,

supo contribuir con su tributo al sostenimiento de nuestro ejército, dejando, sin embargo, para los difíciles casos que pudieran presentarse en la vida activa del cuartel ó campamento, sus sabios consejos, como guías ó faros que puedan iluminar las partes oscuras de la carrera, donde los libros no llegan á identificar verdaderamente lo cierto y práctico de nuestra campaña, y estoy seguro que recibirán nuestras insinuaciones, como fiel reconocimiento á sus servicios y sacrificios por el Ejército.

Es de desearse, pues, que emprendamos una era de progreso que encamine á nuestro valiente ejército á ese fin loable que buscamos, ofreciendo en esa forma, este contingente al engrandecimiento de nuestra querida patria.

Jaime F. Bravo,
Teniente 1.°

Montevideo, Diciembre 28 de 1899.

NOTAS DE REDACCIÓN

Nuestros lectores disculparán que La Revista haya salido el 10 en vez del 5 como estaba anunciado. A última hora resolvimos definitivamente sacarla los días 10 y 25 de cada mes.

Están prevenidos los impacientes.

Extraordinariamente regio se presenta en público el número 1. de nuestra publicación, con el que comienza el tomo II de La Revista.

El material no puede ser más valioso y selecto. Dejamos á los lectores que hagan los comentarios á su placer, aunque nosotros también los haremos á nuestro modo.

Daniel Muñoz, el primero y más brillante de todos nuestros escritores en prosa, nos ha remitido (desde Roma donde, con el aplauso de todo el país, desempeña el alto cargo de Ministro Ple-

nipotenciario, el trabajo magistral que reproducimos, y que constituye una de las descripciones más sentidas y hermosas que se han hecho de Santa Saba. El querido Sansón Carrasco, que tanta gloria le ha dado á las letras nacionales y que posee un estilo verdaderamente inimitable, se ha expresado, por carta que acabamos de recibir, en conceptos verdaderamente honrosos para nuestra modesta persona, declarándose, además, colaborador de LA REVISTA y lector de todo lo bueno que esta aristocrática dama exhibe.

—Juan Zorrilla de San Martín, el genial autor de «Tabaré», el primero, ó uno de los primeros poetas de América, nos ha favorecido con una nueva producción en prosa titulada «Montevideo». Léanla los lectores y pronuncien el fallo sobre su mérito.

—Del trabajo de Santiago Maciel hablaremos más abajo, porque es tan importante que merece juicio aparte.

—Lo mismo decimos respecto á la hermosísima filigrana de Pedro J. Naón, de la que hablamos más adelante.

—Casimiro Prieto Valdez, el escritor primoroso y delicado por excelencia, nos ha obsequiado con una de las producciones más brillantes que han salido de su pluma de oro. Nadie como él podría cultivar ese género de literatura, ingenioso, poético, elevado, transparente, que encierra en su fondo una moraleja profunda. Sus «Manchas de color» seducen por la originalidad sublime que les da vida y por el estilo fresco y sencillo en que el autor cristaliza sus ideas. «Sapos y mariposas», que nos honra altamente por la dedicatoria con que el autor nos manifiesta su alto aprecio intelectual, es una escaramuza de chispas y perfumes.

¡A cuántos nos pasará lo que al sapo, y cuántos no habrá que sean mariposas! La enseñanza que surge del final de la fantasía, revela una vez más el talento del autor y la originalidad que constituye su idiosincracia literaria.

—José G. del Busto es otro valiente caballero de la literatura nacional, que á nuestras instancias toma el cincel y la lira y vuelve por su gloria pasada, por su vigorosa inspiración que dió vida á su gran himno al descubrimiento de América y á su sentido canto á Polonia, que le mereció los más altos honores, tanto en nuestro país como en Europa.

Pepe Busto, como le llaman cariñosamente los amigos, es un poeta verdadero, porque ha nacido con estro, porque posee una fantasía brillante y porque sabe lapidar como pocos el mármol de Heredia. Lástima grande que, como Joaquín Castellanos, se haya abandonado casi por completo y no cultive el gran arte; de otro modo podría figurar en la vanguardia de los poetas de Sud América. Constituye una gran adquisición para La Revista la hermosa carta y las sentidas rimas del inspirado vate, que publicamos en el presente número, primeramente por lo que valen en sí, y después porque dejan entrever la esperanza de que continúe pulsando el laúd, para honra de él mismo y de La Revista.

—Carlos Baires, uno de los hombres de ciencia más ilustre del vecino país y en la actualidad Presidente del Ateneo de Buenos Aires, nos ha honrado con su valiosísima producción « Psicología del avaro », por la que se puede juzgar del valiente escalpelo de su distinguido autor y del gran panorama moral que abarca con su profunda y sutil observación.

Carlos Baires es un nuevo colaborador de La Revista. Así nos lo ha expresado él mismo en una afectuosa carta que hemos tenido el honor de recibir, y en la que sobresalen los conceptos más elogiosos para nuestra publicación.

—Ambrosio L. Ramasso es otro debutante que verdaderamente vale. « Justicia Humana » es una producción de mérito que encierra mucha belleza y acusa una profunda observación.

—Sólo nos resta presentar á Luis Martínez Marcos, inteligente compatriota que reside en el vecino país, desde hace ya tiempo. La musa de Martínez Marcos es delicada y sentimental. Semejante á la extranjera misteriosa que adoraba en sueños Musset, la cabellera empapada en lágrimas le cae como las hojas de un sauce y, cuando la brisa le da en el rostro, parece que la quiere arrebatar para conducirla al cielo. Luis Martínez Marcos es poeta de sentimiento y de inspiración y La Revista acepta complacida sus finos y honrosos galanteos.

Vienen ahora los conocidos. ¿Qué decir de los hermosísimos y originales pensamientos de Carlos Martínez Vigil, uno de nuestros escritores de más valer, aplaudido en los cenáculos de toda la América? ¿Qué decir de Sumay, uno de los pocos de su genera-

ción que sobresalen en el vecino país, y que parece haber heredado el cetro de los grandes? ¿Qué de la hermosa composición de Vallarino? ¿Qué del bello soneto de Varzi?

Ahora nos corresponde hablar de la sección científica y militar á cargo de los primeros hombres de ciencia del país, y de los militares más aventajados de nuestro Ejército.

Julio Dufrechou, capitán de artillería, es uno de los oficiales más inteligentes de nuestro Ejército, y goza de una reputación envidiable entre sus compañeros. Con un bien meditado artículo que se titula « El soldado del porvenir » inaugura brillantemente la sección militar cuya existencia en nuestra revista se debe á su gentileza y á su decidido empeño en hacer propaganda por el progreso del Ejército.

Síguele el teniente Bravo, que es también un oficial aventajado y de seria preparación en el arte de las armas.

Ambos distinguidos compatriotas son acreedores á nuestra más alta estima intelectual y á nuestro agradecimiento por el concurso que nos han prestado.

—Pedro J. Naón, el inspirado poeta modernista que se distingue por una encantadora originalidad y por un idealismo vago, que flota como una bruma de nieve sobre sus versos, es desde ya nuestro colaborador.

De todos los de su generación es el que sobresale en la otra orilla y, á nuestro juicio, su individualidad literaria, de primera categoría y de una robustez inapreciable, está destinada á marcar rumbos y á dejar huellas profundas en el campo literario del continente.

Leyendo sus brillantes y sentidas poesías se adivina que la musa de este joven poeta es hermana de la que inspira á Federico Bala[illegible]do de que un algo sublime, muy amado y perdido para [illegible]uja sus caricias de ultratumba en los ensueños de ambos artistas.

Naón posee, lo que diría Houssaye, « el arte de hacer arte ». La hermosa poesía « Aérea » que tenemos el honor de publicar, es una filigrana de luz y de color en un cielo exótico como el que ven en

sueños los fakires. Todo flota, todo se deja ver á medias. El poeta, como el espíritu de Loda, se halla escondido en la nube de su tristeza.

—Nuevamente Santiago Maciel ha vuelto á pulsar su lira, y con inspiración tan feliz, tan elocuente, tan pura, que es imposible no felicitarlo por este nuevo triunfo de su numen vigoroso y fecundo que respira el oxígeno de la patria y que luce en su corona poética nieve de margaritas primorosas y púrpuras de ceibo real.

Nosotros, que hemos aprendido á hacer versos admirando sus esculturas, lo declaramos nuevamente, sin que esto importe una retribución á sus elogios que no merecemos y de los cuales no nos vanagloriaremos jamás, que de todos nuestros poetas ninguno cincela como Maciel, ninguno es tan puro ni tan correcto en la forma, ninguno presenta una plaza más inexpugnable á la crítica severa, ninguno, por lo sobrio, se acerca más al ideal del arte fino, sin mezclas, sin chafalonía, sin cursilerismo y sin vulgaridad.

«Otoñal», que mucho nos honra por la dedicatoria que lo acompaña, es un poema simbólico, inspirado, lleno de fresca melancolía, como una alborada de Mayo, original en la concepción, nuevo, muy nuevo en las ideas. Sin sentar una absoluta, nuestra modesta opinión le asigna un puesto avanzado entre las joyas de arte que ha producido el amigo poeta.

El gallardo doncel de ojos dormidos, de tez de nardo, personifica la estación de la palidez y de la niebla. Ella, *la diosa de una Arcadia sublime,* no es otra que la Flora silvestre de la patria, que se enamora locamente y por contraste de fisonomía, del enfermo poeta, que lleva la muerte en su corazón y el veneno en su aliento helado y sin perfume.

Ella lo ama, á pesar de que presiente su desventura porque su guirnalda de flores frescas se deshoja; porque su cabellera, como un oro de crepúsculo que muere, flota sobre su espalda; porque su voz se apaga como el eco de un sollozo de Lucía. Llega el instante postrero, el idilio de la muerte que llamaría Musset. Él viene en dirección á ella que ostenta en sus pupilas el llanto de un sauce fúnebre. Ella tiembla de placer. Todo cambia de repente. La aurora polar de la agonía llena de colores su alma. Es la aurora del amor que mata, la aurora del frío. Es el último ensueño que sonríe

cuando clava su puñal de oro. Pero, con todo, ella es feliz, porque está ebria y desconoce el engaño. Impulsada por un instinto fatal, corre hacia él y cae en los brazos del amante que había soñado, en tanto que el viento, frío como el ala de los cuervos de Pöe, abanica la frente pálida y tibia de la gentil princesa y los astros sienten una contracción de fuego en sus corazones ardientes.

El otoño llora nieve sobre los senos marchitos de la muerta, últimos lirios del amor.

Nuestros sinceros plácemes al artístico taller de *El Siglo Ilustrado* que tiene una parte honrosa en la iniciativa que dió por fruto las brillantes reformas con que hoy se estrena el tomo II de LA REVISTA. Nuestros lectores y favorecedores podrán darse cuenta del mérito y del arte que da vida á nuestra publicación, examinándola desde la carátula hasta la última página, pues que en todos lados resalta el gran principio estético de la tipografía moderna que viene á ser para un libro ó para una revista, que se tenga por buena, lo que una regia iluminación para una artística sala.

LA REVISTA sale vestida de gran gala, con tipo nuevo, llegado recientemente de Alemania, y por la elegancia de la forma y por la nitidez del impreso, bien podemos asegurar, excluyendo nuestra modestia, que honra á la tipografía nacional, no habiendo, hasta la fecha, visto la publicidad ninguna otra publicación en su género, tan ricamente ataviada y tan aristocrática en su porte.

¡Un aplauso á nuestros amigos los inteligentes directores de *El Siglo Ilustrado,* señores Gregorio V. Mariño y M. Risso.

Pedimos disculpa á nuestros lectores por el pequeño atraso de dos días que ha sufrido nuestro periódico, atraso que se debe al mucho material que ha entrado en la composición de LA REVISTA y á las muchas reformas que se han llevado á cabo.

En adelante todo quedará regularizado, para no dar lugar á que se le ocurra decir á cualquier chusco: «LA REVISTA de Herrera es un cometa que no tiene órbita fija y aparece cuando se le da la gana»...

LA REVISTA

LITERATURA Y CIENCIAS

AÑO I—N.° 2 | Montevideo, Enero 25 de 1900 | TOMO II

SECCIÓN DE LITERATURA

LULÚ

I

Pensando á voces.

Hace una hora, dos horas, tres horas!.. Ella no sabe cuánto tiempo hace que está reclinada, perezosamente, en el diván. Su existencia se precipita ó se condensa en una idea. La vaguedad de sus pupilas denuncia el pensamiento acariciado á través de los días; el temblor de sus labios acusa un sordo monólogo, cuyas ondulaciones bajan lentamente hasta expirar en la espumosa y entreabierta gargantilla de su traje.

En una exageración de ese poeta — piensa Lulú, pasándose la mano por la frente, como si quisiera ahuyentar aquella idea. Me dijo que tenía todos los florecimientos y todas las plenitudes de la hermosura inefable, propias para ser vitoreadas por el ritmo;... que soy bella con la belleza de las vírgenes de Ossián!... Esos poetas inflamables, de cualquier cosa hacen una lira. No se les debe creer nada. Sin embargo, más de una vez he consultado detenidamente con mi espejo y, la verdad, creo que soy así como él dice: una mujer con todas las ondulaciones artísticas de la belleza suprema; los ojos negros, grandes, aterciopelados, el haz de pelo arrogante como el de las diosas; la garganta con redondeces fugitivas. ¡Si hubiera hablado de mi seno dijera que estaba dotado para el

amor eterno, como las caderas, armoniosas, firmes, robustas... ¡Qué loca soy! Pues no estoy creyendo todo lo que en el baile me ha dicho ese Byron furioso!

Hasta hoy sólo he tropezado con hombres serios, amigos de mi padre. Sus conversaciones han sido impropias, estúpidas, indignas de una joven: el negocio, la política, la religión nueva, la economía, la ciencia ¡qué sé yo! Lo único que sé es, que todo esto ha constituído por mucho tiempo mis salones, ó mejor dicho, mis relaciones. De mis tertulias de colegio sólo recuerdo vagamente aquellas « charlas-gorjeos » sobre amores novelescos, que comenzábamos las muchachas entre risas para terminarlas con un suspiro de prematura ansiedad... Ahora no me convencerían los amores novelescos. Mi temperamento debe de ser impasible como mi hermosura; me divierte, pero no me preocupan los héroes románticos...

No obstante, creo que siento alguna desazón con las declaraciones de ese poeta nacido bajo el sol de los trópicos: me escribe algunas cosas tan bonitas! A veces me hallo envuelta en sus frases como en una ola de caricias; es una pasión violenta llevada á una idolatría que inspira miedo. Y yo confieso que no sirvo para esos ímpetus.

He ido á ese baile con impaciencia, como se va á un espectáculo donde se ve y se oye siempre lo mismo. A propósito.—¿No sería ese baile una emboscada? Aquel señor cincuentón que me colmó de sonrisas y me invitó, con su voz de tiple trasnochada, al primer rigodón ¿será el hombre que mi padre me elige por marido? ¿Por qué extrañarlo?... Yo he leído, no recuerdo dónde, que el matrimonio es una razón social como otra cualquiera; pero ¡Dios mío!, es tan cursi « ese » señor!... Nunca se le ha ocurrido, como al poeta, compararme con las vírgenes de Ossián.

II

En la alcoba se respira un tranquilo calor de matrimonio, el último de una luna de miel sin voluptuosidades, sin rumor de caricias, sin ruido de ósculos ardientes.

Con la cabeza caída sobre el espaldar de un ancho sillón, Lulú piensa nuevamente á voces:

Por fin me he casado con «ese señor»... No sé si siento amor ó desprecio por mi marido: es un hombre que come con el cuchillo y repite el plato; gasta abrigo á cuadros en invierno y gabán claro, tirando á verde, en primavera.

Creo que quisiera verme detestablemente vestida de amarillo, como sus gustos, ó de color de chocolate como una monja carmelita. Es bueno, sí; de pasta flora; siempre con su voz de tiple y con un ojo cuyas pestañas son blancas: esto me hace muy mal efecto. Á todo me he acostumbrado, lentamente, menos al ojo de las pestañas blancas. Este hombre hace magníficos negocios; juega al tresillo en casa y me da el tratamiento de «hija», como si fuera mi padre. Verdad es que yo quisiera un hombre menos padre y más amante. Un amante desaforado como aquel poeta: «aquel» sí era un amante, á ratos melancólico ó lleno de éxtasis, como un niño de quince años; tenía la seducción de lo imprevisto, y era verdaderamente seductor en sus cartas á cuatro caras.

Pero con él tenía que defenderme...

El pobre muchacho emprendió la lucha con una decisión digna de mejor suerte. Yo siempre era vaga en mis contestaciones y me divertía en citarlo para alguna iglesia, donde él se la pasaba las horas muertas esperándome; otras veces le hacía ir y venir por enfrente de mis balcones, mientras yo gozaba, viendo, á través de las cortinas, sus impaciencias. Se detenía, andaba de prisa, regresaba, abría los ojos desmesuradamente escudriñando el balcón, hasta que se enfurecía y se iba atropellando transeuntes. ¡Qué naturaleza la de ese chico!

La fría indiferencia que le fingí; las vacilaciones afectadas, las respuestas á sus cartas hechas en pedacitos de papel, como de limosna, todo eso me valió el triunfo de aquella comedia. Cuando me amenazó con marcharse á París, llevando á cuestas la montaña de mis injusticias, como él decía, no le quise creer. Pero cumplió su amenaza; se fué, se marchó en medio de un arranque de ternura y de una explosión de lirismo impetuoso... sin compararme á las vírgenes...

III

Hay momentos en que creo que la felicidad no es precisamente « esto »: bienestar, holganza, satisfacción de caprichos, joyas, carruajes. Hay momentos en que creo que el amor es una necesidad. ¿Habré nacido yo para amar mucho, para que me amen con toda el alma?...

(Y Lulú se levantó bruscamente y abrió la ventana. A lo lejos se hundía el postrer rayo de sol de una primavera enferma; un silencio augusto se extendía prolongadamente por sobre los árboles del parque, y el cielo aparecía diáfano como un inmenso lago de resplandores. Lulú, emocionada, sobrecogida por algo inexplicable que le invadía el alma, sintió que sus ojos se humedecían, que se le apretaba el corazón; y presa de un estremecimiento involuntario, añadió en voz muy baja, como para no turbar aquel solemne silencio de crepúsculo:)

—¡Dios mío, ¿qué se habrá hecho aquel poeta que me comparaba con las vírgenes de Ossián!...

Miguel Eduardo Pardo.
Venezolano.

EL SILENCIO DEL POETA

Para La Revista.

¡Silencio de volcán! ¡sombra de aurora!
¡calma que anuncia tempestad cercana!
lampo sutil que el horizonte dora
y en áureo sol se trocará mañana!

No porque calle la sonante lira
cesa en su eterna gestación la idea:
el sacro fuego que al poeta inspira,
bajo la cripta de su sien chispea...

¡Silencio, es él! En su mirar sombrío
hay no sé qué de grande y sobrehumano;

va como Hamlet, taciturno y frío,
con el cráneo de Yorik en la mano!...

Oh multitud anónima y oscura,
que en el desierto mundanal perdida
te arrastras sin dolor y sin ventura,
sonámbula del limbo de la vida;

Tú que jamás á contemplar te paras
de lo sublime el panorama inmenso,
y del ideal en las divinas aras
nunca aspirastes el sagrado incienso,

¡Déjale meditar! Pronto los tules
se rasgarán de sus nublados días,
y te hablará de alcázares azules,
mundos de luz y elíseas travesías...

Escala el cóndor la soberbia altura,
rasgan sus alas el cerúleo velo,
y más tarda en tornar á la llanura
cuanto más alto se remonta al cielo.

Así el numen también, cuando el poeta
de su cerebro las antorchas vela
y, tras los sueños de su mente inquieta,
hacia las cumbres de lo excelso vuela!

Germán García Hamilton.

Buenos Aires, Enero de 1900.

EL ROMANCE DE UNA OBRERA

Especial para La Revista.

De la ventana sólo podían ver los techos de las demás casas y un pedazo de parque con árboles raquíticos bajo los cuales fumaban sus pipas y dormitaban como lagartos, los viejos vagabundos del miserable barrio. Al fondo la gran ciudad, los balcones llenos de flores,

las cúpulas de oro que hería el sol de verano, largos cordeles negros donde secaban ropas las lavanderas y la galería de zinc y cristales ahumados de una estación donde las locomotoras roncaban sus adioses y silbaban sus bienvenidas.

Rosa trabajaba en la máquina. Sus diez y seis años doblados sobre la camisa á medio acabar, cosiendo puños mientras la imaginación volaba construyendo ideales escenas donde se veía ella, reina y amada, de rubias trenzas y mirada soñadora.

La madre, la rumana, de ojos enfermos, callaba en un sillón, en aquella miseria de último piso, donde la estufa de hierro irisaba y el lecho ancho parecía una hermosa azucena.

Tres años antes, el trasatlántico, de bandera alemana, las arrojó en medio de la vida, el padre husmeó, luchó, las garras de la gran ciudad lo derribaban, cada hospital parecía reclamarlo, y en aquellas largas noches sin pan ni fuego, el buen hombre cerraba los ojos pensando en su casita de París, en su jardincito de la calle de Rousseau, vendido para combatir la horrible pálida, la desolada visión de la muerte.

Y emigró; pero como allá, el infeliz indagaba, pedía, su corpachón honrado rozaba tímidamente las rejas de las oficinas y en su mirada de solicitante había una chispa de orgullo que lo sostenía.

Era un buen orfebre. Sobre el diamante su buril tallaba finamente, sus ojos copiaban las luces extrañas de las piedras y en íntima fiebre pulía la joya que había de palidecer en los senos de las hermosas: una casa francesa le ofreció un puesto, y abandonó llorando á sus dos seres amados.

La rumana recibía carta tras carta; pero nunca dinero. El honrado orfebre ganaba tan sólo su sustento, y entonces fué cuando Rosa, ángel de amor, trabajó de día en el enjambre de los talleres, y de noche á la luz lívida del gas, para conseguir el sombrerito de pluma tirolesa que ansiaba en su coquetería de virgen.

Sus mejillas eran siempre rosas, sus ojos tenían siempre luz, y á sus labios las sonrisas venían como olas gemelas.

Un día Rosa de vuelta del taller, lloró mucho en brazos de su madre: Amor—le decía—he sido despedida del taller, tan sólo por que no visto como las demás obreras!

Y la madre miraba el anaquel donde el pan mermaba y los ve-

gatales carecían; pero besó la frente pura de la doncella y escondió lágrimas que caían de sus ojos enfermos.

«Vendréis á París, amadas mías — escribía el padre — antes que la nieve caiga volveremos á recordar amores en nuestra casita de la calle de Rousseau».

Y con esta esperanza Rosa levantó el busto turgente de su perfumada juventud y gritó: lucharé!

Al día siguiente mil obreras de donde Rosa era empleada rehusaban trabajar mientras el obrero de nariz de buho no restituyera el salario á la niña despedida, y cansadas de la opresión exigieron tenazmente y con valentía!..

Hoy, lejos, en el pisito alegra, en la calle de Rousseau, la rumana ciega y anciana, es feliz. Rosa, libélula dorada, viste como una niña del gran mundo y el obrero de los diamantes lleva sobre su chaleco de ante amarillo la gruesa serpiente de oro de donde pende su reloj!..

Francisco García Cisneros.

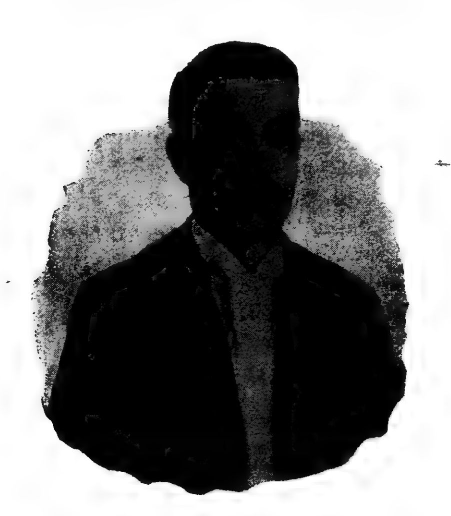
Nueva York, 1899.

RUINAS

A mi padre.

El árbol se ha despojado
De su túnica lozana,
Y abate las ramas mustias
Como esqueleto con alas,
No hay en el templo del bosque
Pavimento de esmeralda,
Ni colgaduras de frondas
Verdes, límpidas y mágicas,
En sus altares flotantes
Han callado las plegarias,
¡Pobres altares vacíos,
Sobre cariátides pálidas,
La cruz tendida en el polvo,

Sin óleo las truncas ánforas,
Con las molduras deshechas,
Sin estructura estatuaria,
El lienzo descolorido,
Rotas las místicas lámparas,
Despojado, el pebetero
De las ondas perfumadas,
Las iniciadas del culto
Lejos de sus mustias aras;
Yerguen la escueta figura
Como huesas desoladas,
En que sólo gime el viento,
Cruzando en las noches lánguidas



PEDRO J. NAÓN.

Con su velo tembloroso
La inmensidad funeraria,
Como un legionario ignoto
De aérea liza fantástica;
Sólo un collar de hojas secas
A sus columnas se enlaza,
Corona vieja y musgosa
Batida por las borrascas,
Frágil ofrenda, sin vida,
Sin color y sin fragancia,
Guirnaldas de los recuerdos

Por el tiempo marchitada
Pero pronto será el árbol,
Cuyos brazos desencaja
La mano de la tormenta
Con invencible pujanza,
Vívido cáliz que al céfiro
Tienda sus hélices de ámbar.
Cuando la diosa del canto,
La primavera rosada,
Vuelva á cruzar por la tierra
Con su tul de lilas blancas,
Vestirá el templo del bosque
Con nuevas pompas lozanas;
Tendrá miríficas orlas
Que festonen, como caudas
De lúcido raso nítido,
La cortina de sus ramas,
Amplia bóveda soberbia
De ojivas tornasoladas,
Entreabiertas y oscilantes,
En que las fúlgidas llamas
De sol, vendrán á quebrarse,
Como ráfagas de plata;
Sutil tejido de felpa
Ornará sus puertas áureas,
Un mosaico de clemátides
Bordado con rosas cándidas
En lujosa grama límpida
Vestirá el pie de sus aras,
Y la Natura, su diosa,
Se verá otra vez cantada
En vario son, por las aves,
Esas cítaras con alas,
Vibraciones del espacio,
Del bosque eternas plegarias.
Sólo al templo desolado
Del hondo invierno del alma,
No vuelve la primavera
De la fe y de la esperanza.

Pedro J. Naón,
Argentino.

LOS CELOS DE NINÓN

Y Ninón que volvía del baile, cerró de un golpe la puerta de su *boudoir* despidiendo malhumorada á la somnolienta doncella que la aguardaba para desnudarla.

La *poupée*, como cariñosamente la llamaban sus cortesanos, traía el rostro encendido por ardiente cólera, sus deditos temblorosos y torpes arrancaban las joyas y adornos que engalanaban su figurita de biscuit, abandonándolos por el suelo, y un ramo de rojas margaritas caía también y era pisoteado sin piedad por el piececito de Cenicienta que tenía Ninón, la *poupée*, como la llamaban sus cortesanos.

En enaguas y en corsé, sentóse ante una pequeña mesa de palo-rosa y pasando las manos por sus cabellos que caían en rizadas ondas de oro, quedóse pensativa.

Breves instantes permanece muda, pero luego dice:

—Bah!, que no me quiera, y qué? Que se va con otra, y qué? Acaso faltan hombres?

Y una contracción nerviosa de suprema angustia se dibuja en su carita de ángel caído y se lleva á los labios una copa de champagne que bebe con avidez; y vuelve á pensar, y vuelve á beber, y al dar fin con una botella de rico champagne « Cordon Rouge » ya su cerebro desvaría, ya sus ojos glaucos se empañan, ya su lengua se torna pastosa y un intenso sentimentalismo se apodera de la mundana.

—No, mentira, yo le quiero, si él aceptase, nos iríamos á vivir lejos, muy lejos, á orillas de un río; yo sería para él una mujercita amante y juiciosa, yo por él me regeneraría y lo tendría siempre prisionero entre la jaula de mis brazos, y luego juntos, muy juntitos, vagaríamos por horas enteras contemplando cómo se aman las flores, cómo se aman las aves, cómo se aman las estrellas.—Pero no, él no me quiere, él quiere á otra, y me abandona, y me desprecia, y mi alma que para todos fué de hielo, se deshiela para él, porque él supo engendrar con sus palabras de fuego, cariño; para él que supo despertar mi alma.

Y dos lágrimas candentes ruedan por sus mejillas descoloridas por los excesos y sus manos temblorosas vuelven á escanciar champagne y más champagne.

Y al cabo de un rato, borracha, completamente borracha para olvidar penas, se mira ante un espejo, y sus ojos se incendian al contemplar su mórbida belleza y sus deseos cabalgando en rápido pensamiento van en busca de Ricardo, su ex amante, y sus venas azules se hinchan, y sus uñas rosadas se clavan en sus carnes de raso.

Un traspiés la hace caer y prorrumpe en sonora carcajada, sumiéndose inmediatamente en profundo sueño, y dejando en descubierto sus dombos que parecen de marfil y que oscilan blandamente, como las olas que movidas por apacibles auras van á morir en la cercana orilla.

Dos aristocráticas orquídeas que quedaron abandonadas sobre la mesa, cuchichean alegremente y se burlan de la borracha, y un rayo rubio del sol que amanece se cuela por el ojo de la cerradura y atrevido curiosea á Ninón la mundana, la *poupée*, como sus amigos la llamaban.

Casimiro Prieto Costa,
Argentino.

A GUIDO Y SPANO

En el aniversario de su natalicio.

No es tu verso el rugido de la plebe,
No es tu estrofa la risa del verdugo,
¡No le pediste al gran Leconte nieve
Ni fuego de volcán al Monte Hugo!

Tu inspiración es la armonía eterna
Que se traduce en el brillante ejemplo:
¡No bebes con Verlaine en la taberna,
Ni con Carducci fumas en el templo!

En tu lira de tules no se mofa
Byron, el ángel del amor perverso:
¡Un pétalo de lirio es cada estrofa,
Una gota de sol es cada verso!

¡Hombre y ángel, crepúsculo y aurora,
Pudiera ser tu inspiración divina:
Bálsamo en la sublime Pecadora,
Y plegaria de luz en Fornarina!

Tu alma es un globo que al subir se enciende:
Como á la alondra ideal de los amores,
La atrae el brillo que en el lodo esplende,
Remonta el vuelo si no encuentra flores!

No tuvo con Fray Luis dulce retiro,
Ni con Mirón oscuro calabozo:
¡La pulsó Lamartine con un suspiro,
Y Alfredo de Musset con un sollozo!

Acorde celestial de Cherubini,
Brota de ti la hermosa poesía,
Como brotan las quejas de Bellini
De una caja sublime de armonía!

Arcángel del amor, dejas un rastro
Que fué como el de Ossián: ritmo y aroma.
¡Eres un puente, entre la flor y el astro,
Formado con un ala de paloma!

Tiene tu musa, que soñando vuela,
El garbo cadencioso de una zaida,
¡La espuma de los senos de Graciela
Y el vino de los ojos de Zoraida!

Tu brillante y hermosa fantasía
Fuera un bazar de telas en Bassora,
¡Un miraje en el cielo de Turquía,
Y en el alma de Rubens una aurora!

Alfredo de Vigni donarte quiso
La cuerda oscura de su enferma lira:
¡Eres una porción de paraíso
Bajo un triste horizonte de Palmira!

Es tu altiva cabeza un Mongibelo
Cubierto con la nieve de la historia:
¡La cumbre helada en que descansa el cielo,
El templo alabastrino de la gloria!

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

¡Al vate contemplad! Sin que le importe
El vil aplauso; á todo indiferente,
Es el pino que Heine pinta en el Norte
Soñando con la palma del Oriente!

El ideal es la mágica sibila
Que le habla al corazón y lo enamora,
Es el astro que enciende su pupila,
Y de su pluma hace brotar la aurora!

¡Llanto mezclado con ardiente vino,
Sollozo por Heredia cincelado,
Se viste con el oro de Aladino
Y sale por el mundo disfrazado!

Es, por su inspiración, el extranjero
Que ríe y llora en medio de la zambra:
Es un regio y alegre Trocadero
Enamorado de una triste Alhambra!

Llanto y risa á la vez; nuevo Proteo,
¿Qué incógnita sonámbula te inspira?
¡Me pareces la escala de Romeo
Que está soñando en el sauzal de Elvira

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

¡Canta, Poeta, tu postrer lamento;
En ti la eterna juventud se afirma,
La gloria ha de sellar tu testamento,
Y le pondrá la eternidad su firma!

¡Canta, Poeta; en medio de tu Otoño,
Cuando la noche invada tu horizonte,
Será tu canto el vívido retoño
Que perfumó las canas de Anacreonte!

Junto á la eternidad tienes más bríos
Para imponer silencio á los que cantan:
¡Los grandes hombres son como los ríos,
Llegan al oceano y se agigantan!

Julio Herrera y Reissig.

BODAS DE ORO

La lluvia, cayendo sin violencia, mecía la casa con un repiqueteo rítmico y dulce que convidaba al sueño. Todo dormía, y en la alcoba, sobre el velador, la lamparilla continuaba ardiendo. Su mecha, ya carbonizada, enrojecía el tallado globo de cristal; una columnilla de humo denso subía por el tubo ennegrecido, y un resplandor suave, de un rosa pálido, bañaba los muebles, la alfombra, los desnudos amorcillos del cielo-raso.

En medio de aquel gran silencio de la media noche, el acompasado *tic-tac* del péndulo del comedor llegaba hasta allí como el débil latido de la casa dormida; y en el lecho, entre el blancor de la colcha, de las almohadas, de las coquetas cortinillas de muselina, los dos abuelos continuaban despiertos.

Ambos estaban inquietos, febriles, nerviosos; excitadas sus infantiles imaginaciones por toda una polvareda de recuerdos felices, de cosas ya pasadas y lejanas, que, como una alegre bandada de mariposillas blancas, parecían aletear allá en las espesas sombras en que dormían sus gastados cerebros de viejecillos octogenarios.

¡Cómo! ¿conque era verdad? ¿conque hacía cincuenta años de la primer noche de bodas?...

Se admiraban, se aturdían ante ese loco correr del tiempo que todo lo echa abajo. En medio del derrumbamiento de todo lo de-

más, la época plácida y feliz de sus amores resurgía como un ensueño de entre aquel pasado ya vuelto escombros. Arrastrados por los recuerdos creían ver de nuevo el jardín donde se daban cita, el verde limonero á cuya sombra cambiaron el primer beso. Luego, aquella mutación lenta y sucesiva operada en el amor, mostrándolo en todas sus diversas fases, hasta transformarlo en su misma esencia, en un amor espiritualizado, ya libre de pasiones y de deseos, acababa de asombrarles. ¡Dios mío, cuánto cambio en aquella mitad de siglo transcurrido!...

Se interrumpieron: la llama de la lamparilla osciló. En el rojizo resplandor que poco antes bañaba los muebles, la alfombra, los desnudos amorcillos del cielo-raso, hubo una última contracción, un supremo espasmo en que la luz pareció fundirse. Todo quedó en sombras.

Y entonces, en la obscuridad, bajo las cobijas, ante aquellos recuerdos de antaño que ellos vislumbraban allá en sus gastados cerebros, los dos abuelos se abrazaron llenos de emoción. Una necesidad de confesarse mutuamente sus pensamientos, de volverse á contar todas las impresiones recogidas ese gran día y evocadas esa noche, los dominaba. Los detalles íntimos, los menores incidentes de la boda, desfilaron uno á uno.

—¿Recuerdas qué noche hizo, Luisito?

—¡Sí, Rosita; bastante fría, pero nó tanto como ésta!

—A ti me parece verte, toda de blanco y cubierta de azahares. ¡Si parecías un ángel!

—Recuerdo que, después, ya vueltos de la iglesia, bailamos un *minué*.

—¿Y cuando nos hallamos los dos solitos, frente á frente, en nuestro dormitorio?

—¡Ah!...

—¡Te besé en los ojos!...

—Sí...

—Tú estabas ruborizada, ¡no querías!...

—¡Tonto!

Y siempre así, en medio de la densa obscuridad que los envolvía, bajo aquel repiqueteo rítmico y dulce con que la lluvia parecía mecer toda la casa, ambos seguían charlando, quedo, muy quedo,

junto al oído como dos novios. Después, sus vocesitas, sus cuchicheos, sus risillas picarezcas de chicuelos precoces, fuéronse debilitando gradualmente. Las frases quedaban sin terminar, los intervalos se hacían más largos. De pronto enmudecieron. Y entonces, dos ronquidos prolongados, llenos de calma, resonaron en la alcoba fría, somnolienta, poblada de sombras.

Se habían dormido.

Juan Picón Olaondo.

RESURREXIT

¡Despierta, corazón! Encantadora
La musa bella que tus versos guía
Se levanta otra vez, como una aurora
Desbordante de luz y de armonía.

¡Sí, levanta, levántate rïente
Como en las horas de tu fe primera,
Y deja que la sangre más ardiente
Te anuncie, nuevamente, Primavera!

¡No importa, no, si el huracán bravío
Batió la esfinge y destrozó la palma;
Siempre al Invierno sucedió el estío
Y á la indomable tempestad, la calma!

¡No importa si en tus noches de tristeza
Viste arrancarte la inmortal corona
Que donde todo acaba ¡todo empieza!
La muerte con la vida se eslabona!

Deja dormir en el eterno olvido
Aquel cinematógrafo brillante
De tu pasada edad; gracioso nido
Tanto más bello cuanto más distante!

No pienses más en reprimir tu anhelo
Conocida del mundo la asechanza:
Opón á las desdichas el consuelo
Y al triste desengaño la esperanza.

Si es tu credo cantar, sigue cantando
Dispuesto siempre para el lance rudo;
Se dignifica el hombre que luchando
Muere como el atleta con su escudo.

Sé como el águila que en raudo vuelo
Traspone el risco donde el Sol caldea
Y altiva, por la página del cielo,
Señora de los aires se pasea.

Como ella desafía la borrasca,
Del mundo desdeñando los honores
Que pasan, como pasa la hojarasca
Barrida por los vientos bramadores.

¡Levanta, corazón! Dificultosa
Te será la jornada; acaso nunca
Llegues al valle donde el alma goza
Y la nostalgia del amor se trunca.

Acaso, ya en alados escuadrones
Se alejen otra vez las golondrinas;
Aquellas que entonaron sus canciones
A la sombra estival de las glicinas.

Acaso, vuelvas á escuchar la queja
De cruel y punzadora remembranza
Que brega y lucha, cuando el Sol se aleja
Sangriento como un sueño de venganza.

Acaso, vuelvan á romperse luego
Las vibradoras cuerdas de la lira;
Pero hoy, que sientes alentar el fuego
Del ideal purísimo que inspira,

Debes, como el zorzal en la espesura,
Sin regla ni compás, independiente,
Cantar con entusiasmo la hermosura
De lo más noble que tu vida siente.

¡Debes cantar! Tu espíritu levanta
Como en Septiembre se levanta el brote
Y todo se renueva, y nos encanta
Con su flor más azul el camalote.

¡Debes cantar! ¿Qué importa si á tu acento,
La multitud, con sórdido egoísmo,
Desdeña el esplendor del pensamiento
Por el que da servil materialismo?

Mientras haya en la selva mariposas
Ebrias ya con el néctar de las flores,
Y en las tardes de Otoño, vagarosas,
Ligeras nubecillas de colores;

Mientras abra sus regios abanicos
La fronda tropical de los palmares,
Y allá, las aves de canoros picos
Preludien hermosísimos cantares;

Mientras haya una dulce serenata
Y un mundo de sonrisas en la cuna,
Cuando derrame su fulgor de plata
Desde el cenit, esplendorosa luna;

Te darán, corazón, para extasiarte
Bañado por la luz de un nuevo día,
Su vigorosa inspiración, EL ARTE;
Su helénico laúd, LA POESÍA.

Eugenio C. Noé,
Uruguayo.

Buenos Aires, 1899.

Á TRAVÉS DE UN POEMA

«CASTALIA BÁRBARA» — EL POETA Y LA OBRA

Ricardo Jaimes Freyre, sale del trópico y va á abrevar su espíritu en las nebulosas fuentes septentrionales, donde no llegaron los fulgores del gran sol helénico.

El poeta que nació al pie de las montañas andinas, que escuchó el rumor de la honda oceánica y el bramido del torrente despe-

ñado, que cabalgó muy cerca de las nubes en su pegaso, ha sentido la obsesión de la naturaleza pujante, de la luz meridiana, de los horizontes inmensos, del infinito azul, y se lanza al mar de la Leyenda y de la Historia, en busca, también él, de su Venecia fantástica.

¡Qué larga trayectoria, la recorrida por este joven esteta desde su iniciación periodística allá en Lima, quince años ha, hasta sus recientes cartas de viaje á «La Nación», desde el Janeiro y Sucre, elegantes y concienzudas, nutridas al par de observación aguda y gracia singular!

¡Cuánta diferencia entre el versificador amanerado é ingenuo de antaño y el artista de hoy, sereno y severo, dueño de su instrumento, consciente de sus facultades, seguro de sus alas, diestro y afinado en el manejo de los ritmos, que hace ondular el verso como una cinta de seda y aureolea la estrofa de un difuso resplandor!

¡Qué lejos está de la caravana romántica de Zorrilla, este discípulo de Verlaine! Y, sin embargo, empezó celebrando la placidez de los retiros solitarios con Fray Luis de León, madrigalizó con Bécquer, hizo su oda á la libertad como Quintana, renegó de la existencia con Espronceda, y en plena aurora de la juventud y de la vida, elevó un himno al suicidio como Hartmann.

Un día, al sondar su corazón, vió que no había sentido nada de aquellos lamentos hiperbólicos, de aquellas aleluyas patrioteras, de aquellas blasfemias satánicas, y exasperado consigo mismo de tamañas incongruencias, arrojó al fuego sus rimas escritas é impresas, con firmes propósitos de enmienda.

Dióse al estudio paciente y tenaz de las literaturas antiguas y modernas, bebiendo en los mejores manantiales, persuadido de que el artista no debe remedar, sino crear. Abominó el calco. Después de haber sido reflector, quiso ser luz. El atrevido argonauta navegó en su carabela flamante por el vasto océano de las edades, tocando en todas las etapas que la humanidad selló con geniales empresas, con portentosos descubrimientos, con inauditas hecatombes. Se detuvo en los acantilados abruptos de Escandinavia, visitó la selva famosa de Thor y la fuente de Imer. Y de aquellas regiones brumosas de los crepúsculos pálidos y de las auroras veladas por extrañas neblinas, ha vuelto cubierto de piedras preciosas, resplandeciente, es decir: victorioso.

Porque *Castalia Bárbara* representa un triunfo doble en nuestra lengua de tambores y de cobres: el triunfo del claro-obscuro y de la delicadeza sutil; y el de la innovación métrica, injertando un retoño poético,—el verso libre,—en el tronco de la vieja encina castellana.

Dejaré á otros, más versados en materias de técnica literaria, el examen interpretativo del poema y el analítico de esas innovaciones líricas, estableciendo hasta dónde lo son en realidad para ceñirme á un punto: penetrar, si puedo, el espíritu del poeta y definir su idiosincracia.

Ricardo Jaimes Freyre posee del Arte un concepto vasto, universal y *único*. Aristócrata é individualista, desprecia los preceptos escolásticos, los cánones de la liturgia retórica y el frío exclusivismo por considerarlos trabas de la belleza estética. No quiere limitaciones de ningún género: amplitud de visión mental y libérrimo vuelo. El pensamiento no debe ser cóndor enjaulado, sino águila libre, que vuele á los cuatro vientos del espíritu. Puesto que el engarce centuplica el *valor* de la joya, quiere que la idea vaya hermosamente ataviada como una emperatriz. Para él, como para Joubert, la sola sencillez no es belleza, y cree con él que, á veces, es inevitable pasar por lo sutil para elevarse y llegar á lo sublime, como hay que pasar por las nubes para subir al cielo.

El mundo interior lleno de panoramas, de paisajes y de tempestades, donde las pasiones estallan sordamente, le seduce más que el mundo físico. Aparece casi insensible á la naturaleza circunstante y cuando por incidencia ésta entra en sus líricas, es *complemento* y no *fin*. Su musa, puramente subjetiva y sugestiva, ni hace contorsiones ni da grandes gritos, ni atruena el aire con ruido de cascabeles: se desliza silenciosa y serena, envuelta en tules vaporosos y flotantes. El sol le quema las pupilas y el humo de las fábricas la ahoga. Por eso vuela hacia atrás, hacia el pasado; porque el pasado es poesía, es ensueño, es recuerdo. ¿Y cómo no ha de huir de esta época nefanda, adoradora del becerro de oro, de las charreteras militares y de los fáciles éxitos del histrionismo político, si el presente es sombrío, si el interés venal ahoga la voz de las conciencias, si la justicia misma perece?

¿Qué poesía puede inspirar nuestra sociedad práctica, razona-

dora y materialista, que ha contemplado impasible el entronizamiento de los más cínicos egoísmos y la derrota del ideal?

La enervante ráfaga pesimista, que sopla sobre todas las cabezas en este fin de siglo tan lleno de problemas pavorosos, aleja á los intelectuales de su medio. Unos, van á buscar inspiraciones á países exóticos; otros, á las fuentes eternamente puras de la antigüedad.

Leopoldo Díaz, encuadra en el polo *La Leyenda blanca;* José Juan Tablada, sueña con Manón, bajo las frondas del ideal Versalles; Rubén Darío, escucha el coloquio de los centauros en tierra helénica; y Jaimes Freyre, extrae de la mitología escandinava su *Castalia Bárbara;* reconstruye el viejo panteón germano, resucita las figuras de los héroes y de los santos de la leyenda medioeval, aviva las cenizas de los muros plateados del Wallhala, y celebra el triunfo del valor, de la energía y de la fuerza, que caracterizó aquella época soñadora y heroica.

El artista, en plena cantera de Carrara, talla ahora sus bustos mórbidos y blancos.

Pasa *Lok* en su barca salvaje, cantando á las olas rugientes, entre vapores de sangre; pasa el *Bárbaro* semidesnudo, sudoroso, herido, lanzando un alarido formidable y lúgubre; pasa el *Héroe* que cae estremecido y se yergue y amenaza con su espada, mientras en sus labios expira el canto heroico y rudo.

El suelo tiembla. Cubre la noche aquella desolación de muerte. Con sus rubias cabelleras luminosas se acercan las hadas. El alba refleja sus rayos diamantinos sobre la cúspide de los altos montes. Amanece un nuevo día para la humanidad. Un Dios misterioso y extraño visita la selva. Ese Dios, que con su palabra profética ilumina las conciencias y derrumba los viejos ídolos místicos, es Cristo. Aquí, el poeta ha logrado descorrer uno de los velos que ocultan la belleza inmortal. Ved:

«Un Dios misterioso y extraño visita la selva.—Es un Dios silencioso que tiene los brazos abiertos.—Cuando la hija de Nhor espoleaba su negro caballo,—Le vió erguirse, de pronto, á la sombra de un añoso fresno,—Y sintió que se helaba su sangre—Ante el Dios silencioso que tiene los brazos abiertos.

«De la fuente de Imer, en los bordes sagrados, más tarde,—La

noche á los dioses absortos reveló el secreto;—El águila negra y los cuervos de Odin escuchaban.—Y los cisnes que esperan la hora del canto postrero;—Y á los dioses mordía el espanto—De ese Dios silencioso que tiene los brazos abiertos.

«En la selva agitada se oían extrañas salmodias;—Mecía la encina y el sauce quejumbroso viento;—El bisonte y el alce rompían las ramas espesas,—Y á través de las ramas espesas huían mugiendo.—En la lengua sagrada de Orga—Despertaban del canto divino los divinos versos.

«Thor, el rudo, terrible guerrero que blande la maza,—(En sus manos es arma la negra montaña de hierro),—Va á aplastar, en la selva, á la sombra del árbol sagrado,—A ese Dios silencioso que tiene los brazos abiertos.—Y los dioses contemplan la maza rugiente,—Que gira en los aires y nubla la lumbre del cielo.

— «Ya en la selva sagrada no se oyen las viejas salmodias,—Ni la voz amorosa de Freya cantando á lo lejos,—Agonizan los dioses que pueblan la selva sagrada,—Y en la lengua de Orga se extinguen los divinos versos.

«Sólo, erguido á la sombra de un árbol,—Hay un Dios silencioso que tiene los brazos abiertos.»

Con razón afirma Lugones, que es esta una pieza de alta poesía desbordante.

Me permito agregar que, si el poema no tuviera otra, bastaría por sí sola para salvarlo del olvido. En una forma armoniosamente bella, ha simbolizado la derrota del culto de Odin y la victoria del cristianismo.

El espacio de que dispongo, me impide insistir sobre el mérito de otros fragmentos de *Castalia Bárbara*, en que la feliz fusión de la armonía y la melodía, dentro del verso libre, ponen de relieve la bondad de los procedimientos ensayados.

Las disonancias y polifonías, que el oído acostumbrado á la música, descubre á trechos, son puramente aparentes; y cuando realmente existen, puede afirmarse que han sido colocadas de exprofeso, para dar una sensación rara, sugerir una imagen ó producir un acorde majestuoso.

País de sueño contiene las notas sentimentales, las rimas apasionadas y las galanterías del enamorado trovador. Allí están los

deseos liliales, las ansias infinitas, las sonrisas del primer amor, las cándidas y divinas ternuras de la juventud, cuando el desaliento y el tedio no han amargado aún con su hiel las fibras íntimas, y la fe alumbra como una antorcha colosal, las tortuosas y ásperas laderas del abismo, en cuyo fondo están los asfodelos de la Duda.

De entre el grupo de mujeres que llevan la bandera del amor imperecedero, figuras de porcelana quebradiza—esfumadas entre palideces de nácar y fantasmagorías de crepúsculo—surge la de la Adorada, soberana y gentil:

> Deja que empolve tu cabeza blonda
> ¡Oh, mi amada, maligna y hechicera!
> Serás, bajo la nívea cabellera,
> Una joven duquesa de la Fronda.

Una voz dulcísima y extraña murmura extrañas cosas. El ambiente se puebla de trinos. Flores exóticas, abren sobre la frente del bardo, corolas maravillosas. En su alma florece la primavera como un lirio; da al aire el madrigal, rima besos, pone púrpura en las mejillas y en los labios adorados. Plasma el verso como una cera blanda.

Y viene el *País de sombra*. Cruzamos la zona de fuego del dolor y de los amargos desengaños. «Viento y mar, cielo y tinieblas, están para el poeta de angustias y de despedidas llenos». El dardo punzante de la desesperanza anubla en llanto sus pupilas. La lágrima tiembla en sus párpados pero no cae; vuelve á esconderse temerosa del mundo. Atraviesa las alamedas sombrías de la vida, «soñador y nostálgico y triste hasta la muerte», sin proferir una maldición ni un sollozo.

Aquella impasibilidad arcana, tiene una grandeza trágica.

Se suceden las evocaciones. Renace el tiempo de las dichas idas, las noches otoñales, «llenas de murmullos, de perfumes y de música de alas»; llama á la alondra simbólica y á la virgen blanca. La alondra ya no canta. Ya la mano de la amada está fría; en los rizos tiene espinas, palideces en el rostro y en los ojos hogueras de martirios. Sobre el alma del creyente han nevado todos los desencantos, y el invencible olvido desciende como una mortaja sobre su corazón.

Extraño y raro fenómeno: el soñador, el idealista, el místico, próximo á naufragar en el piélago sin confines del escepticismo absoluto, ve en la densa obscuridad, donde se cuaja la tiniebla, el parpadeo de una estrella. ¡Y se salva!

«Yo he buscado—dice el poeta á su amada—el fondo obscuro de la noche del olvido y la noche se poblaba con los ecos de tu voz».

Un sólo rayo del amor inextinguible y eterno ha bastado para disipar el horizonte borroso, devolverle la perdida esperanza y llevar á puerto el arca santa de su fe!

Con todo, un hálito de hosco pesimismo, que no es afectado ni rebuscado, que está en su misma naturaleza sensible y vibrante, flota en torno de su cabeza y la agobia.

Yo advierto á través de él, el hastío incurable de la vida, el dejo amargo de la lágrima, la infinita vanidad del todo.

El desacuerdo entre el poeta y el mundo, entre la realidad aplastante y el ideal soñado, ha engendrado esta musa melancólica y aristocrática, nebulosa é intangible, que vive abismada en la contemplación interior.

Antes de rematar estas líneas, indignas del asunto que desfloran, quiero reproducir el soneto en que pinta la Agonía.

Dentro del marco reducido—catorce versos—está el cuadro completo: una victoria del artista:

Nocturnas, largas horas, pobladas de visiones,
Que giran tambaleantes en torno de su lecho,
Se agolpan á sus labios febriles oraciones
Y desgarran las uñas su enflaquecido pecho.

Extrañas formas tienen las pálidas visiones
Que pasan y se inclinan sobre el revuelto lecho
Mientras murmura el mísero confusas oraciones
Y enrojece la sangre sus uñas y su pecho.

Se acercan, y sus luengas flotantes vestiduras,
Como la niebla tenues, como la sombra obscuras,
Ocultan á sus ojos la moribunda luz.

Un grito ronco apagan las luengas vestiduras,
De las visiones pálidas, como la sombra obscuras,
Y se desploma un Cristo clavado en una cruz.

He celebrado abiertamente el talento indiscutible del lírico y su admirable instrumento.

Séame permitido, en gracia á la verdad, señalar los defectos. El capital, entre todos, es la nebulosidad con que viste las ideas, complaciéndose en diluirlas hasta el extremo de que á veces apenas si queda el esqueleto de ellas. Hay demasiada bruma en su concepción, y exceso de vaguedad en el contorno de las cosas. No cristaliza nunca el pensamiento, ni corporiza las imágenes.

La preocupación inquietante de retocar el verso para convertirlo en arpegio, está visible. Entre el concepto gráfico y el *musical*, opta por el segundo.

Extrema el procedimiento D'Annunziano, sacrificando á menudo la claridad, con tal de producir con los vocablos, armoniosas combinaciones orquestales.

Peca de metafísico y abstruso. En suma, falta luz y sobra sombra. Y donde las gradaciones del color no están armonizadas, predominando unas sobre otras, podrá haber arte, habrá poesía; pero no el encanto avasallador del contraste, que realza toda buena obra, sea ésta de la pluma, del pincel ó del pentágrama.

Yo desearía, pues, que este cerebral, que es á la vez un *virtuoso*, fuera menos etéreo y menos esotérico; que en lugar de esbozar siempre la figura, la acabara; que el símbolo saliera alguna vez, radiante como un dardo de luz; que no pudiendo exteriorizar el sentimiento á la manera de Wagner, entre una tempestad de acordes con escalas homéricas, tratase de ser algo más *humano*, reconcentrando el dolor en un verso delicado, con temblores de angustia.

Y ahora, que he manifestado con entera libertad lo que pienso del autor de *Castalia Bárbara*, haré una advertencia:

Los que buscáis la *utilidad* en el arte, no os acerquéis á él, pues no le comprenderéis. Id, los que lleváis en vuestra alma una imagen amada; los que soñáis con cosas supraterrestres, los que sentís amarguras nostálgicas y desfallecimientos angustiosos; los que perseguís la belleza en todo: en la mujer, en la flor, en la mariposa y en el astro; en las tardes serenamente augustas, y en los helados crepúsculos de invierno, cuando el viento ahulla y la lluvia azota vuestras ventanas; los que padecéis la sed de lo desconocido; los que tenéis en las venas una gota de la divina esencia y en la me-

moria una romanza inmortal; los que sentís, en fin, rebeliones salvajes y aspiraciones sin término.

Y si lográis penetrar esa poesía armoniosa y complicada, refinada y sutil; desdeñaréis, creédmelo, el verso banal y la prosa plebeya; sentiréis el imperio de una fuerza magnética que os sobrecoge y os arrastra; probaréis goces íntimos al ver cómo se iluminan las palabras de una extraña luz interior; escucharéis el rítmico ondear de las estrofas que vuelan en cadencias continuas y desfilan á compás como un ejército en marcha; y os convenceréis, sobre todo, de que estos poetas moteados de decadentes, de incomprensibles y de locos, que sirven de blanco á las iras gratuitas de la crítica miope y á la rechifla de la estúpida ralea literaria, recogiendo, en vez del aplauso, el silbido, y la mofa en vez del laurel, son —en estas repúblicas de grafómanos— los únicos dignos de calzar el coturno y vestir la púrpura de los emperadores.

Luis Berisso,
Argentino.

TUYO

¡Imposible olvidarte!... si te adoro
Con todo el corazón, con toda el alma!
¡Imposible olvidarte!... este cariño
Ha vuelto á mi existir la fe y la calma.

¡Imposible olvidarte!... nunca dudes
De la firmeza de mi amor profundo;
Él da ideas y fuego á mi cerebro,
Calma mis penas y embellece el mundo.

¡Oh, no dudes jamás!... que yo por siempre
Te entrego el corazón lleno de amores;
Es tuyo... ¡sólo tuyo! dale vida
Borrando sus tristezas y dolores.

Ernestina Méndez Reissig.

Verano de 1900.

CRISTO EN LA TIERRA

I

Fuera de la ciudad, á un lado del camino, Juan descansó un momento.

Acababa de pasar por todas las amarguras. La epidemia le había arrebatado á sus seres queridos y la huelga su mezquino jornal, arrojándole de la fábrica. Sintió todos los horrores del hambre y de la desesperación; nadie hizo caso de sus protestas, ni hubo mano cariñosa que enjugara sus lágrimas, y entonces, sólo y vencido, triste y acongojado, se decidió á abandonar la ciudad, frío testigo de todas las emociones de su vida, para ir en busca de trabajo por esos mundos de Dios... Antes de emprender la marcha definitiva descansó un momento á un lado del camino.

Era al morir de la tarde: el viento traía á sus oídos el rumor sordo de la ciudad, que allá en el fondo encendía sus luces... Juan la miró con rabia y con tristeza ¡era el pasado, con sus alegrías y sus penas, que le abandonaba!.. El porvenir inseguro, incierto, estaba en aquel camino que se perdía á lo lejos confundiéndose con el horizonte...

Y, después de todo, ¿qué le importaba á nadie del pasado de aquel miserable? ¿Qué le importaba á él mismo de su porvenir?

Esto pensaba Juan, mientras el cielo, ya esclavo de la noche, arrojaba sobre él sus tinieblas, y la ira y la venganza se apoderaban de su espíritu acongojado.

De pronto, súbita claridad hirió sus ojos, dando forma á los objetos que ya borraban en las sombras sus duras siluetas...

La claridad venía del camino y se acercaba; se acercaba lentamente hasta mostrarse tal cual era... Y era un hombre hermoso, de faz pálida y ojos dulces y apacibles; un nimbo de luz ornaba su cabeza; la amplia túnica que le cubría ondeaba al viento; su paso era firme y majestuoso.

Juan, sobrecogido un momento, se levantó de pronto y le habló:

—¡Cristo! ¡Bien venido seas! ¡Te esperaba!

—¿Eres desgraciado? ¿Sufres? Pues bien, no me has esperado inútilmente... ¡Aquí me tienes!

—Sí; soy desgraciado y sufro; ¡pero también odio!

—Entonces no es á mí á quien esperabas. Yo no sé lo que es el odio. El amor me anima solamente.

—Yo tampoco sabía lo que era odio; pero me lo han enseñado, me lo han hecho aprender los que me arrojan de la vida, negándome el derecho que conforta y el pan que alimenta. ¡Yo esperaba tu resurrección, porque se la habías prometido á los que lloraban tu muerte y sufrían por tu ausencia!

—¿Mi resurrección? Resucité el tercer día de entre los muertos...

—¡No! Tu cuerpo, al que diste forma humana, desapareció, dejando el recuerdo de su martirio; tu espíritu sublime, que lanzaste al mundo, no vive entre nosotros... ¡lo han arrojado de la vida los mercaderes que tú arrojaste del templo! Mira si no la injusticia, reina y señora de la tierra; la desigualdad encarnando en las leyes; la humildad escarnecida; el amor llorando en sus soledades... ¡Los hombres hacen lo superfluo con lo necesario de sus semejantes, y esperan confiados entrar en los cielos, aunque el camello no pase por el ojo de la aguja!.. ¡Ya no reinas entre nosotros!.. Por eso los pobres, los humildes, los abandonados, los tristes, esperábamos tu resurrección...

—¡Calla! en tu voz palpita el odio... ¡Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos! ¡Pero malditos los que tienen hambre y sed de venganza, porque ellos no entrarán en mi reino!

Dijo, y se alejó hacia la ciudad, con el paso firme y majestuoso con que cruzó en otro tiempo las encrespadas aguas del Tiberiades, mientras Juan, trémulo y convulso, caía á un lado del camino...

II

A la media noche, cuando el gallo canta y la doncella sueña con sus amores, y el artista idealiza sus pensamientos, y el vicio se revuelve en el lecho del placer, Cristo volvía de la ciudad. Volvía triste y pensativo; la amplia túnica ondeando al viento; el andar

vacilante; la noble cabeza caída sobre el pecho; los apacibles ojos llenos de lágrimas... ¿Era verdad lo que el obrero le había dicho algunas horas antes? Tal vez, porque al llegar al lugar en que se hallaba, llamóle con aquella voz dulce que hizo salir á Lázaro de su tumba, y, ya en pie, le dijo con tristeza:

—¡Odia!

. . . .

Juan miró con ansia cómo aquella luz, que era la vida, se alejaba á lo largo del camino, y luego amenazó con su crispado puño á la ciudad, que era la muerte, y que aparecía en el fondo negra, muy negra...

Antonio Palomero,
Español.

ARTIGAS

(FRAGMENTO)

A Samuel Blixén.

Difunde por el ámbito aterido
Su redoble de truenos la borrasca,
Mientras la fiera del tirano oprime
La tierra dolorida entre sus garras.

Obscura noche dormitando siempre
Por todas partes sin reposo vaga,
Y el ángel sepulcral de las tristezas
Cubre los llanos con sus grandes alas.

Fueron siglos de déspotas y esclavos,
Del fondo transparente de las almas
Brotaban en tropel imprecaciones,
Fragores de la cólera sagrada,

Que encendía con fuego de volcanes
Los ojos centellantes de los parias,
Al ver los pabellones extranjeros
Flameando en las almenas de la plaza.

En la nave gentil, en los torreones,
En collados y sierras solitarias,
Cuyos picos se muestran á lo lejos
Cual cabezas impávidas de estatuas.

Y que al calor de Febo se despojan
De sus ligeras envolturas blancas,
Y que tiemblan cual juncos delicados
Cuando el pampero enfurecido pasa.

Donde al llegar la aurora peregrina
El primer rayo de la luz se para,
Recobra fuerza en mísero descanso
Y luego al fondo de los valles salta.

Donde encendió el intrépido *charrúa*
El signo anunciador de sus fogatas,
Para agrupar las tribus valerosas
Que yacen en las negras lontananzas.

Tiempos en que los criollos *tupamaros*,
Del viejo pago sin cesar escapan,
Buscando como incógnito refugio
Las soledades de las selvas gayas.

Huyen de los satánicos prebostes
Que pretenden doblar la erguida espalda,
Y extraer con sus tétricos suplicios
Altos secretos que la mente guarda.

Son los bosques refugios de paisanos
Que el lugar do nacieron idolatran,
Que entran, salen, se van, se desvanecen,
Como seres de un mundo de fantasmas.

Teniendo por manjar á la *mulita*,
A la urdimbre de troncos por muralla,
Al crugir de las hojas por señales,
Y al *recado* vistoso por almohada.

A la tímida estrella por amante,
Al ombú secular por atalaya,
Al río fulgurante por espejo,
Y á la veste de polvo por mortaja.

Suben las frentes amplias y radiosas,
El horizonte en un segundo abarcan,
Surcan el cielo vasto, interminable
Mas no mayor que su ímpetu y sus ansias.

Y siempre está la noche en las alturas,
Nunca veloces las tinieblas se alzan,
No hay en las lomas, ni en las pampas yertas,
Sombras de viaje por llegar el alba.

No retumba una voz, ni un anatema,
En el monte, en la gruta, en la barranca,
Las pobres hijas que el monarca oprobia
Sufren el golpe, se retuercen, callan.

José Salgado.

LA LEYENDA DE LA ROSA BLANCA

A mi estimado amigo don Jorge Fernández C.

El conde Senil, el más querido de la comarca por la nobleza de sus sentimientos, había partido para la Palestina dejando, por defender la cruz, abandonada á su esposa en el solitario y extenso castillo. Endulzaba, sí, la tristeza de ésta, su hijo Roberto, lozano retoño que crecía rico en la savia de virtudes de sus padres. A las puertas de Jerusalem, cayó herido de muerte el conde, y la noticia de tal suceso desterró para siempre la alegría del castillo y de toda la comarca.

Berta, la pobre viuda, recibió su desdicha resignada por la santidad de la causa que inmolara á su esposo, y se contrajo con más ahinco á cuidar de su hijo y hacer el bien á sus vasallos.

Roberto era ya un hermoso mancebo, en cuyo rostro resplandecían los nobles rasgos del conde y en cuya alma brillaban las mismas bondades del cruzado. Su madre le quería con un cariño sin límites, y daba gracias todos los días al cielo por el doble parecido.

Un día enfermó Roberto. ¡Con qué solicitud y ternura le cuidó su

madre! Fueron llamados los mejores médicos, y ninguno pudo mejorarle. El joven se moría sin remedio; y esta pérdida destrozaría el corazón de la madre, colmando el cáliz de sus amarguras y arrastrándola á ella también al sepulcro.

Desesperada salió una tarde Berta del aposento en que el joven estaba ya casi agonizante. Anegada en un mar de lágrimas, atravesó el jardín del castillo y se internó en un abrupto bosque. Aquí se sentó al pie de un añoso nogal para elevar sus dolientes plegarias á la Virgen. Rezaba el rosario.

Al llegar en las letanías á esta dulce invocación de: *Rosa mística, ora pro nobis*, abrióse repentinamente el árbol y «apareció (relación de Mery Terry) en el fondo del tronco la Virgen María, majestuosa, divina, rodeada de una aureola de luz, teniendo en su mano derecha una rosa blanca. *Ve*, díjole, *pon esta rosa en un vaso de agua, consérvala siempre, y tu hijo recobrará su salud*».

La imagen se esfumó incontinenti, pero quedando en las manos de Berta una preciosa rosa blanca. La afligida madre volvió en un suspiro al aposento. Los fieles servidores, al lado del lecho del enfermo, gemían creyendo llegada para él la última hora. Berta se echó á los pies de la cama de su hijo, exclamando con voz dolorida y gozosa, á la vez: ¡Roberto, vas á sanar! La Virgen me lo ha prometido, y en prenda me ha entregado esta rosa blanca! Vuelve á la vida, hijo mío!

Roberto abrió los ojos, cesó de jadear su pecho, una sonrisa se dibujó en sus cárdenos labios! Pocos días después, se había restablecido por completo de su enfermedad y volvía á repartir sus limosnas á los pobres de la comarca.

Berta, no obstante, cuidaba de la flor con el mismo esquisito esmero que si su hijo se hallase expirante.

La virtud prodigiosa de la flor y demás circunstancias del milagro circularon por muchas leguas á la redonda. Cierta tarde se presentó, sollozando, á Berta una niñita, que iba á pedirle la rosa blanca para salvar á su madre que se iba á morir.

La condesa tuvo una cruel lucha entre sus sentimientos de piedad maternal y su compasión de la niñita. Venció ésta, al fin, y le entregó la rosa.

—Oh, Virgen Madre! exclamó, arrojándose ante el altar de

María, perdonad mi desobediencia, y mantened con vida á mi hijo.

Un ángel se le apareció entonces y le dijo y le anunció larga y feliz existencia á Roberto, en premio de tan bellísima acción.

«En el sitio mismo de la aparición de la Virgen hizo construir la condesa Berta un monasterio, que conservó el nombre de *Rosa Blanca,* hasta que las hordas Hoche lo demolieron en tiempo de la Convención. No contenta con esto, á partir de aquel día, el centro del escudo de los Senil se aumentó con un nuevo cuartel, en cuyo fondo se ostentaba la rosa blanca, y al pie de ella, á guisa de mote, la invocación de la letanía de la Virgen».

Desde el siglo XII hasta nuestros días viene transmitiéndose, de padres á hijos, entre los sencillos aldeanos de la Bretaña, la poética leyenda; y cuando alguno está moribundo, después de elevar una ardorosa plegaria á María, ponen cerca del lecho una rosa blanca, á ver si se repite el milagro...

Clemente Barahona Vega,
Chileno.

¡VEN!

Ven, virgen mía, vamos al campo,
Tu eres el lampo
De luz rosada, crepuscular;
Yo soy la blanca nube esponjosa,
Tu eres la rosa
Que en su lenguaje convida á amar.

Ven, mi adorada, dame tu brazo.
Que en un abrazo
Por siempre el cielo júntase al mar;
Y nuestras almas, también unidas,
Y confundidas
En aleteos, querrán volar!

Vamos al campo, niña querida,
Tú eres la vida
Que infunde alientos á un corazón.
Yo soy el bardo, que delirante,
En un andante,
Canta estallidos de su pasión.

Mi reina, vamos al bosque umbrío
Do el manso río
Los camalotes suele besar;
Seré el poeta, que enamorado,
Siempre á tu lado
Versos y estrofas le harás cantar.

Mira cual salta, de rama en rama
Diciendo: ama
Con dulces trinos, el cardenal.
Yo soy la brisa, que juguetea
Y colorea
Tu faz rosada como el coral.

Ligero, vamos, á la pradera
Que nos espera
Un sonrosado nido de amor;
Yo soy el beso, tú las caricias,
Y estas delicias
Serán un bálsamo á mi dolor.

Y allí en mis brazos, en dulce calma,
Niña del alma,
Como en columpio te meceré;
Y tú risueña y enamorada
No sabrás nada
De un gran poema que te diré!...

Pedro Erasmo Callorda.

JUNTO Á LA CUNA

(Del libro «Fantasías y Recuerdos», próximo á aparecer)

Para La Revista.

Aquella noche parecía interminable.

El viento gemía afuera como mendigo friolento que busca abrigo. Dentro la alcoba á media luz, las sombras replegadas en el tapiz del muro y la veladora lánguida mandando efluvios azules que caían como lampos de consuelo sobre las colgaduras blancas de la cuna, en la que el ángel del hogar, el último vástago de un amor inmenso, luchaba con la muerte.

Majestuosa como una virgen helénica y doliente como la madre del Crucificado, está la reina de la casa, la compañera de la vida. Vela, y vela angustiosa, reteniendo con los latidos de su corazón, con sus gemidos y con sus sollozos, aquella vida que quiere escaparse, llevándose un girón de su alma.

De pronto, el silencio es interrumpido por un golpe de tos que sale de la cuna y se pierde en la estancia después de haber repercutido en el pecho de la infortunada madre.

¡Oh, la tos, la tos! Durante el día, cuando el sol quiebra sus rayos de oro en los ramilletes de la alfombra y prende sus claridades en los florones del tapiz; cuando el bullicio llega hasta la estancia sombría, creciendo ó decreciendo, desde el piar del ave hasta los ruidos que el trabajo alza en los talleres; cuando la soledad ha huido y los lamentos hallan eco y las tristezas se disipan algo con la luz consoladora, aquella mártir del amor, aquella esclava del sentimiento reposa un poco, sin que su espíritu dé tregua al sufrimiento.

Pero de noche, en el aislamiento en que el dolor es más acerbo y la pena se agiganta con la sombra, no puede reposar ni un instante. Teme que la implacable robadora de vidas, oculta en el misterio, venga á helar aquella sonrisa angelical, á matar de un soplo

despiadado aquella mirada en la que se refleja un edén de esperanza.

Cuando el cuerpo de aquella matrona augusta se inclina ante la cuna para besar al niño enfermo, parece una estatua sepulcral asida á una tumba blanca.

Cuando llora inconsolable, y su llanto cae sobre las colgaduras del pequeño lecho, huye la robadora de vidas y se detiene oculta entre las sombras que se han replegado en el tapiz del muro.

Y así, en esa lucha en que se disputa un ser querido, en esa contienda en la que se dejan pedazos del alma, la madre hállase enferma también, agobiada por tanto y tanto sufrimiento.

No importa; ella quiere sucumbir antes que su hijo, quiere salvarlo y lo salva.

Pasa la noche; y un día, el más alegre para el corazón de aquella madre, luce por fin.

El niño está aliviado y ella está en cama.

No importa; espera resignada á la implacable robadora de vidas.

No se escucha ya la tos del enfermito. En la cuna duerme tranquilo el ángel del hogar y la madre ve desde su lecho cómo sonríe, soñando, el fruto de su amor.

El sol prende sus rayos de oro en la alfombra y en el tapiz, rayos que alegran brillantemente la cuna.

La luz azul de la veladora cae sobre los blancos cortinajes cuando la noche llega y el silencio sólo es interrumpido por el viento que gime.

Lázaro Pavía,
Mejicano.

Méjico, Enero de 1900.

SECCIÓN CIENTÍFICA Y MILITAR

EN PRO DEL EJÉRCITO

Deseosos siempre de poder contemplar nuestro Ejército en un pie de organización é instrucción que no deje nada que desear, no trepidamos en borronear algunas carillas de papel para manifestar ideas que la censura justificada de los hombres de saber aprobará ó desaprobará, y el criterio más ó menos sensato ó la práctica de la vida militar, con su experiencia adquirida en los muchos años de servicio, podrá abrir opinión; de cuyos juicios ú opiniones equiparadas, sacaremos ese resultado que buscamos; mejor preparación y mayor caudal de conocimientos militares, los necesarios para poder declararlos como doctrina, sirviendo así de guías ó puntos de arranque á esa futura organización. Si ella no se consigue por el momento, no será tiempo perdido, sin embargo, porque quedará constancia de nuestros buenos deseos, cariño y respeto hacia el Ejército.

Cumple con un deber todo buen ciudadano, celoso de su patria, máxime si es militar, haciendo todo lo que esté al alcance de sus humildes fuerzas para verla florecer y oirla ponderar por el extranjero que estudia y escudriña nuestro modo de ser, que critica ó alaba este ó aquel adelanto local, pero que siempre, como en todos los países, es al Ejército al que dedica su especial atención, y es atendiendo á esa circunstancia y llevados por el espíritu egoísta que cultivamos para nuestra nacionalidad, egoísmos perfectamente legítimos, admitidos como tales en todas las naciones civilizadas, que dedicamos los escasos conocimientos que pudiéramos haber adquirido á ese fin tan deseado que encarna todas nuestras aspiraciones de soldado.

Es precisamente en estos momentos que tenemos por delante un ejemplo grandioso y sublime: un pueblo pequeño, casi desconocido en el mundo, peleando con una de las naciones más importantes, una de las primeras potencias del globo, la colosal Inglaterra.

Los pueblos del Transvaal y Orange, considerados en un orden completamente inferior, tanto por su preparación científica como militar, han dado y están dando, á la faz de las demás naciones, una prueba elocuente de lo esencial y de trascendental importancia que es tener una organización más ó menos completa en las fuerzas militares.

Una movilización de 80 á 100,000 hombres, verificada en 48 horas por el ejército boer, es un ejemplo que nos debe servir de norma para el futuro. Si bien es cierto que dicho pueblo se había preparado para una acción de esta naturaleza, es cierto también que esa preparación se venía operando, sin noticia alguna por parte del protectorado inglés, lo que demuestra perfectamente el orden y sigilo con que estaban *madurando* su plan guerrero, para emanciparse de quien los oprimía y les privaba de su absoluta libertad é independencia.

Han hecho movilizar los Estados del Transvaal y Orange á 100,000 hombres de las reservas inglesas, para pretender sofocar los justificados levantamientos que en favor y apoyo de sus aspiraciones han conmovido la tranquilidad de dichos Estados. Se ha visto obligado el Ministerio de la Guerra inglés á organizar numerosos cuerpos de ejército, cuyos valientes jefes y oficiales, cumpliendo con sus deberes de militares de honor y respondiendo al llamado de su patria, acudieron al campo de batalla, donde muchos han sucumbido, pagando con su tributo de sangre las exigencias de la guerra actual, mientras otros, como prisioneros de guerra, se hallan encerrados en la plaza de Pretoria.

Se nos dirá quizás que nuestra independencia está garantida por las leyes del derecho internacional, que no somos amenazados por ningún país extranjero, que no tenemos enemigos; pero les responderemos, á los que así piensen, que no sólo la soberanía nacional y el honor de la patria descansan siempre y en todos los momentos en la fuerza que representa un Ejército, sino también la tranquilidad interna de esa misma patria. Cifra en el Ejército su confianza el trabajador, mientras se dedica á su faena diaria, mientras gana el sustento para su hogar, explota la industria y da empuje al comercio con su trabajo. Le consta positivamente que durante su tarea cuotidiana, el soldado, el defensor del orden, cuida de la pa-

tria y de su tranquilidad, escudando en esa forma, con su fuerza material y la que la misma patria le confiere mediante sus leyes, el progreso de la nación que representa.

Los boers, de cuya preparación militar nunca hubiérase formado una idea semejante á la que han probado tener en las diferentes fases de la guerra que hoy sostienen, han conseguido grandes victorias á costa de su sangre y denodado valor, de las excelentes disposiciones tácticas y estratégicas, de los inmejorables elementos de guerra y de la unidad de mando perfectamente cimentada en las fuerzas combatientes.

Dichas victorias son el tributo que reciben como pago á sus justificadas pretensiones de pueblos libres é independientes, porque no hay duda alguna que si hay causa justa y legítimamente aceptada en el mundo para que un pueblo se levante en son de guerra, una de ellas debe ser cuando lo hace por su libertad é independencia absoluta, como en el caso presente.

Ejemplo como la guerra anglo-boer debe ser considerado por todas las naciones como una sabia lección para el futuro, sobre todo cuando se trata de una guerra de conquista. Inglaterra, considerada militarmente, no es la misma que cuando se la considera en su poder naval, y así jamás hubiera creído quizá, que para sofocar un levantamiento armado como el presente, y sin tener aún probabilidades de éxito, haya enviado á esta altura de la guerra 130,000 hombres al teatro de operaciones; las tendrá ó no dichas probabilidades, pero será siempre á costa de doble número de fuerza y un presupuesto enorme que atrasará, como es natural, las finanzas inglesas, aparte del efecto desagradable que necesariamente tienen que causar victorias de esa naturaleza.

La preparación militar de un ejército no es en un día ni en un año que se consigue, y así vemos que las naciones más poderosas, las primeras organizadas militarmente, desde las remotas épocas de los griegos y los romanos que registra la historia antigua, épocas eminentemente guerreras, que retrataban acabadamente el espíritu de aquellos pueblos indomables y valerosos, han pasado por etapas ascendentes de progreso, hasta nuestros días, en que nos dan un ejemplo de completa organización militar.

Nosotros no podemos ambicionar tanto, pero sí debemos aspirar

á ocupar el puesto que nos corresponde entre las naciones americanas; debemos propender á que nuestro adelanto militar esté en relación con el adelanto civil, y que cuando se presente el caso práctico de que el Ejército tenga necesidad de ponerse en campaña para salvar nuestro honor ofendido, ó llamar al orden al ciudadano que se levanta en armas, conmoviendo el tranquilo bienestar de la patria para llenar ambiciones bien ó mal fundadas, en ese caso, la concentración pronta y bien organizada hará que el movimiento iniciado no tome cuerpo, salvando así los perjuicios que su continuación podría ocasionar.

Es necesario, pues, que olvidando todo cuanto no sea trabajo y contracción al estudio, nos dediquemos á hacer práctico lo adquirido en la cátedra ó en la experiencia del servicio, con arreglo á nuestras necesidades locales, no con la pretensión de innovar radicalmente, proponiendo proyectos inconcebibles en nuestro Ejército, sino de una manera lenta y progresiva, que es la que seguramente proporcionará mejor resultado ó tendrá más probabilidades de éxito.

Describiremos, pues, de acuerdo con lo expuesto y con nuestros escasos conocimientos, todo aquello que consideremos benéfico y que pueda ser aplicado al Ejército, habiendo realizado con ello un deseo legítimamente aceptado por todos los que seguimos la carrera de las armas como verdadero objeto de nuestras ilusiones.

Jaime F. Bravo,
Teniente 1.º.

Montevideo, Enero 19 de 1900.

LA EDUCACIÓN CÍVICA

Por demás conocida es la deficiencia que, en materia de educación cívica, existe en nuestro pueblo; y lo único que sabemos hacer para curarnos de esta enfermedad endémica, es cargarle el perro muerto á los Gobiernos, quedándonos lo más satisfechos con esta solución que aparentemente cohonesta nuestro abandono, que puede calificarse, empleando una frase ya célebre, de *parálisis de la complicidad.*

Y, á propósito de *complicidad*, podemos establecer dos categorías.

Complicidad *activa*, en aquellos elementos dirigentes y corrompidos que ponen sus aptitudes al servicio de sus intereses personales de lucro, buscando altas posiciones oficiales que les brinden fácil bienestar; y en los otros que obran en secundaria esfera, pasando por las horcas caudinas del temor, de la complacencia ó del agradecimiento innoble porque contraría á la conciencia y subvierte el sentido moral.

Complicidad *pasiva*, y por ello no menos peligrosa en los ciudadanos ilustrados, de sano corazón, que se abstienen de tomar parte en las luchas cívicas, firmemente persuadidos de que así descartan su responsabilidad sobre las desgracias del país; y en las personas de menor capacidad intelectual, pero animados de buenos sentimientos patrióticos, que, por indiferencia ó por ignorar el gran mal que hacen, no toman parte en las funciones cívicas que todo ciudadano tiene el deber ineludible de llenar.

En nuestro sentir, dependen todos estos males de la falta de preparación suficiente en los ciudadanos, que los habilite para ejercer sus derechos con criterio propio, y en las deficiencias del carácter que les impide obrar con entera independencia.

La práctica en el cumplimiento de los deberes cívicos es ignorada por la mayor parte de los ciudadanos, como se puede comprobar cada vez que se acerca la época de las elecciones; y acaso sea éste uno de los motivos que más influyen para que se abstengan de ejercer su derecho, más bien dicho, de cumplir con su obligación. Es indispensable que el mayor número posible de alumnos que abandonan la escuela, salgan de ella bien al corriente del procedimiento que deben seguir cuando llegue el caso de prepararse para poner su voto en la urna. Al efecto, deben practicarse en clase los ejercicios correspondientes, instalando con los mismos niños Comisiones inscriptoras provistas de planillas de registro cívico, exactamente iguales á las que se usan en estas circunstancias, para que los educandos vayan á inscribirse á fin de recibir la balota que más tarde habrán de utilizar; proceder luego á las tachas en la forma que prescribe la ley y ejecutar todos aquellos actos consecutivos que pongan á los alumnos en conocimiento perfecto de todo el mecanismo electoral.

Los señores profesores deben preocuparse seriamente de inculcar en sus discípulos la idea de que todos los ciudadanos *deben ejercer los derechos que la Constitución y las leyes les acuerdan;* hacerles comprender cómo en una República democrática tienen los Poderes públicos su origen en el voto popular; que la buena marcha del país depende de la honradez y patriotismo de los hombres que sean llamados á dirigir sus destinos; que todos los buenos deben contribuir á llevar al Gobierno á quienes puedan hacer la felicidad de la patria, y no dejar abandonado el campo á los malos elementos, que sólo tratan de encumbrar á quienes luego les dispensarán favores con los dineros que el pueblo paga para que sean aprovechados en beneficio de la comunidad. No se les oculten los fraudes de que suelen echar mano los mal intencionados, á fin de que estén habilitados para contener sus peligrosos efectos. Hágaseles tomar aversión á esos criminales procederes, y desenvuélvase en ellos la altivez cívica fundada en la consciencia de sus derechos inalienables y en la grave responsabilidad de sus actos como ciudadanos.

Parte de la educación cívica está comprendida en la enseñanza de la moral, en lo que se refiere á los deberes del hombre para con la patria; y como en esta última asignatura, desempeña importantísimo papel el *ejemplo,* el profesor deberá proceder en cada caso de modo que todos sus actos sean ajustados á la más estricta moralidad, que ejerza sus derechos políticos en la época que marcan la Constitución y las leyes, en forma prudente y útil á los intereses generales del país, y que cumpla sus deberes de ciudadano con la energía y buena fe del que está inspirado por elevados sentimientos de patriotismo y desinterés personal.

«En sociedades como las nuestras, dice un pedagogista contemporáneo, en que cada día tienen todos los ciudadanos, sin distinción de clases, mayor participación en los negocios públicos, es de notoria y urgente necesidad instruir á los niños en los deberes y los derechos que están llamados á cumplir y ejercitar como miembros activos de la Nación á que pertenecen. En naciones llamadas á gobernarse por sí mismas, y en las que el sufragio universal puede ser una institución beneficiosa ó perjudicial, la instrucción cívica se impone con toda la autoridad de una enseñanza primordial. ¿Se

puede pedir á un ciudadano que cumpla sus deberes y ejercite bien sus derechos, si los ignora; que obedezca á la ley, si no la ha leído ó no la comprende; que entre, en una palabra, en el espíritu de su tiempo y de su patria, si desconoce las instituciones políticas y civiles por que la misma se rige? Seguramente que no puede abrigarse pretensión semejante, sin incurrir en contradicción tan funesta como palmaria. A esta contradicción, á la falta de la cultura á que nos referimos, se deben principalmente muchos de los hechos que tan perturbadas y conmovidas tienen á las sociedades modernas. El que no sabe es como el que no ve, y el que no ve se halla expuesto á tropezar y caer á cada paso. Por ignorancia de sus deberes y de sus derechos, cometen los hombres y los pueblos faltas que de otro modo tal vez evitarían, y llegan hasta cometer atentados contra la patria y á hacerse instrumentos de las mayores iniquidades sociales. Con razón, pues, decía ya el insigne Pestalozzi, que sin la instrucción cívica y política, el pueblo soberano es un niño que juega con el fuego y corre el riesgo, á cada instante, de incendiar la casa.»

Por lo expuesto, vemos cuál es el papel que en esta cuestión debe desempeñar la escuela; pero, ¿á ella solamente le corresponde llevar á cabo la obra?

Es necesario que otros elementos vengan á completarla y á continuarla después que los jóvenes se despiden de sus maestros para entrar de lleno en la vida activa del trabajo.

En la familia, el padre ha de ser, con su experiencia, con sus consejos, con su ejemplo, el guía seguro en la educación cívica de sus hijos.

Por lo que respecta á la madre, basta considerar el hecho de que, aunque las mujeres no intervienen directamente en la cosa pública, la influencia que ejercen en el hogar doméstico sobre el ánimo del esposo y de los hijos, es poderosa y decisiva casi siempre. Por ignorancia unas veces, por pusilanimidad otras, inducen á los hombres á la mayor indiferencia respecto de los asuntos públicos: los desvían del cumplimiento de sus deberes más elementales para con la Patria y los apartan del ejercicio de los derechos polí-

ticos que ningún ciudadano debe abandonar, en vez de aconsejarlos y estimularlos para que contribuyan con su acción digna y patriótica, á la marcha sensata y progresista de los gobiernos, en beneficio propio y de la generalidad.

«Sin hacer causa común con ciertos espíritus quiméricos que, pretendiendo llevar á su último término la igualdad del hombre y la mujer, desean abrir á ésta la vía de la política y de los negocios gubernamentales, no tememos decir que las mujeres no pueden, sin cometer una verdadera falta, ser indiferentes á los negocios de su país. Ellas pueden, *ellas deben* tener su opinión, que no emitirán públicamente, y sobre la que no promoverán discusión, sino que guardarán para sí y para el círculo estrecho de su familia, cuando al expresarla no corran el riesgo de suscitar discusiones tan estériles como fuera de lugar. Por encima del derecho de discusión existe para ellas el deber de conciliación, que deben ejercer en todo tiempo, de todos modos y á toda costa».—(*Madame Chasteau*).

Estas consideraciones resuelven afirmativamente el interesante problema de si debe hacerse partícipes de la educación cívica á los niños que asisten á nuestras escuelas primarias.

La prensa, con sus poderosos medios de propaganda, está obligada á concurrir al mismo fin, publicando periódicamente artículos doctrinarios, escritos con lenguaje claro y comprensible para las masas populares, que son iliteratas. Su prédica debe llevar el sello de la verdad y de la justicia; ha de aconsejar la tolerancia política para con el adversario que obra de buena fe y ejerce su derecho dentro de los límites de la prudencia y de la honradez cívica, y debe ilustrar á sus lectores respecto de las prácticas usuales en materia de elecciones, mostrándoles la línea de conducta que deben seguir en presencia de los manejos inmorales del elemento antagónico. A ella le corresponde ilustrar al pueblo, imparcial y justicieramente, respecto de las cualidades relevantes que distingan á los hombres de su partido, sin excluir á los de las demás agrupaciones políticas,—puesto que todas han de estar representadas en el gobierno, si se quiere que cesen los desacuerdos y desaparezcan

las camarillas que tantos males han causado ya al país,—á fin de que los ciudadanos conozcan cuáles son los buenos elementos que conviene llevar á la Representación Nacional, á las Juntas y á los Colegios Electorales.

Por su parte, los Clubs políticos deben dedicar su actividad á dar frecuentes conferencias en que se traten con altura estas cuestiones, preparando á los afiliados para el mejor desempeño de sus funciones cívicas, y estimulándolos, por medio de la propaganda pública y privada, á que concurran á las reuniones y se interesen vivamente en la buena marcha de los asuntos nacionales. Créense también clases nocturnas gratuitas destinadas únicamente á enseñar á leer, escribir y dar instrucción cívica á todos aquellos elementos que, por carecer de esas nociones, tienen suspendida la ciudadanía.

Si con estas recetas no se consiguiera buen resultado, el que suscribe se declara incompetente para mejorar al enfermo.

Eduardo Rogé.

NOTAS DE REDACCIÓN

Muchos y muy buenos son los colaboradores que ingresan á La Revista debutando en una forma realmente hermosa.

Ahí van sus nombres:

Miguel Eduardo Pardo, uno de los escritores más brillantes de Venezuela. «Lulú» es una verdadera joya literaria, con todas las irradiaciones de un estilo de primera magnitud. El distinguido escritor venezolano es uno de los pocos que se pueden llamar notables en nuestra joven América. Le agradecemos vivamente su regio apoyo y lo invitamos para que nos visite á menudo.

—Francisco García Cisneros, el brillante escritor centroamericano, debuta en nuestra publicación con una encantadora filigrana, de la manera que él lo sabe hacer, engarzando aristocráticas delicadezas en un estilo burilado con diamantes. « El Romance de una obrera », que así se titula la bella página que dedica expecialmente á La Revista, merece los más entusiastas elogios.

Reciba el distinguido escritor nuestros sinceros plácemes, y sírvase aceptar un puesto al lado de los primeros intelectos de América que figuran en nuestra publicación.

—Eugenio C. Noé, distinguido compatriota que reside en la vecina orilla, es un poeta de verdadera inspiración y que cincela magistralmente.

« Resurrexit », que así se titulan los brillantes endecasílabos que publicamos, seduce por el brillo de las imágenes poéticas y por la seguridad y la música del ritmo.

Noé tiene ya conquistados hermosos triunfos en los torneos literarios del Río de la Plata.

—Luis Berisso es todo una reputación y con la perseverancia inteligente del artista que aspira á llegar al último pináculo de la gloria, se destaca cada día más y sus triunfos son hermosos y continuos. La brillante traducción del inmortal poema de Eugenio de Castro, y luego su hermoso libro de crítica «El Pensamiento de América», le han valido aplausos unánimes en toda la América y aún en Europa.

¡Léase su juicio sobre la obra de Ricardo Jaymes Freire, que á nuestro parecer es de lo más sobresaliente que el distinguido escritor ha dado á la publicidad! Después se nos dará la razón, y de acuerdo con nuestro modo de apreciar el talento, se dirá que Berisso marcha á la vanguardia de los cruzados del continente y que posee notables dotes de crítico. En el número siguiente publicaremos su fotografía acompañada de otro hermoso trabajo que ha tenido á bien enviarnos.

—Antonio Palomero, triunfalmente apreciado por todos los cultores de las bellas letras, es otro de los colaboradores de primera fila con que cuenta nuestra revista. El distinguido literato español, nos ha enviado por intermedio de nuestro excelente amigo Luis Berisso la hermosa página con que obsequiamos á nuestros lectores.

Como no han de ignorarlo muchos, Palomero es uno de los íntimos de Rubén Darío y su reputación ha trascendido notablemente.

¡Adelante, hermanos en ideales! Nuestra puerta está abierta á todas las aspiraciones, á todas las escuelas y á todos los gustos! Les hemos declarado la guerra á los exclusivismos sectarios y á los empecinamientos de los absolutos. Dentro de poco tendremos el gusto de publicar en nuestra revista una hermosa página inédita de Rubén Darío que es desde ya nuestro colaborador.

—José Salgado, favorablemente conocido entre nuestros intelectuales, es también acreedor á un aplauso, por el fragmento de su poema « Artigas ». Tiene estrofas bien cinceladas y nutridas de inspiración fresca y original.

Lo saludamos con el clásico *adelante*, instándole para que trabaje con perseverancia sin hacer caso de los tropiezos que casi siempre estorban el paso á los que principian con demasiado ardor y entusiasmo.

—Ernestina Méndez Reissig y Pedro Erasmo Callorda son también dos distinguidos compatriotas que cultivan con éxito el arte difícil de la rima. La primera pulsa la cuerda elegíaca cuyas armonías son tristes como los sones del viento en el Otoño, y el segundo canta al inmortal Cupido que hace florecer el mármol y coloca alas á la miseria humana.

—En la parte científica, recomendamos el trabajo de propaganda bien meditado y patriótico del distinguido intelectual Eduardo Rogé, que es desde ya nuestro colaborador, y el no menos meritorio, y de interés vital para el país, que lleva la firma del inteligente oficial de nuestro Ejército Jaime F. Bravo.

De los trabajos de La Revista que en el presente número ven la publicidad, y cuyos firmantes son ya favorablemente conocidos de nuestros lectores, merecen un aplauso unánime y entusiasta: el de Pedro J. Naón, titulado « Ruinas », que á nuestro juicio es una de las poesías más inspiradas y de más mérito literario que se han publicado hasta la fecha en La Revista; el de Germán García Hamilton, que como todo lo que produce el distinguido joven

poeta, seduce por la originalidad y por la inspiración que brilla en cada una de las estrofas; el de Casimiro Prieto Costa que es una fantasía llena de color y de vida como todo lo que produce el precoz intelecto de nuestro querido y joven amigo; el hermoso cuento de nuestro compañero de tareas Juan Picón Olaondo, á quien tuvimos el honor de presentar, no ha mucho, con su trabajo realmente valioso «Fruto enfermo», y por último, el de Lázaro Pavía, titulado «Junto á la cuna».

¡Vayan juzgando del mérito de LA REVISTA todos los intelectuales de la América del Sur!

LA REVISTA

LITERATURA Y CIENCIAS

AÑO I—N.º 3 | Montevideo, Febrero 10 de 1900 | TOMO II

SECCIÓN DE LITERATURA

DESCONOCIDA

(Del libro « Fantasías y Recuerdos », próximo á aparecer)

Allí estaba, indolentemente reclinada en el sillón de su palco, cuyo fondo se pierde en una tibia semi-obscuridad que entintan de granate los cortinajes de seda roja.

¡Qué hermosa estaba! De sus ojos obscuros saltaba una chispa de luz—su mirada—y á veces ese rayo divino se entraba de lleno en mi alma iluminándola con una claridad de paraíso. Los rizos de su obscura y sedosa cabellera coronaban aquella frente purísima al través de cuya blancura se podía adivinar el vuelo de un pensamiento, así como una estrella tras el copo de espuma de un celaje.

¿Quién era? No lo sabía. Nunca la había visto. Pensé que podría ser una reina. Yo estoy seguro que nuestras almas se dijeron algo, ¿qué? No lo he podido saber, ni lo sabré nunca.

El telón se había alzado y la representación dió principio, pero ¿qué me importaba si la mirada de ella como dardo de fuego se clavaba en mi alma?

¿Quién era?

Yo podría asegurar que en alguna parte nos habíamos conocido; yo podría asegurar que mi pensamiento más de una vez ha posado su vuelo sobre aquellos labios y acariciado y prendídose á sus rizos negros como una abeja de oro.

Y me sentía transportado muy lejos; á otros mundos, á una estrella ó al cáliz de una flor. Casi puedo decir que percibía su aliento, pues veía temblar agitadamente sobre sus senos de virgen una gardenia inmaculada y pura, perdida entre las finísimas blondas de su corpiño azul y oro. Su garganta era de un contorno purísimo; parecía cincelada en alabastro rosa.

¿Quién era?

Mil ideas encontradas bullían en mi cerebro; pero, ¿para qué preguntar su nombre? En aquella, por decirlo así, adoración muda en que me hallaba, ¿qué podría significar para mí un nombre? ¿No se lo había dado yo ya en mi alma? ¿Qué más me da saber el nombre de una estrella, á ignorar los de todas? ¿Por saber su nombre descenderán hasta mí?

Y estrella y de primera magnitud lo era para mí aquella virgen (pues debía serlo) que me había deslumbrado con sus magníficas pupilas negras, con sus labios que imitaban los pétalos de un clavel de grana y con sus mejillas encendidas que copiaban los carmines de las fresas.

Para mí tenía sólo un nombre: *¡Imposible!* Y sin embargo, la contemplaba con miradas profundas que revelaban todo lo intenso de la emoción que cantaba su himno de triunfo dentro de mi alma.

Nada deseaba yo saber de ella; ¿para qué? Tal vez hasta su nombre hubiera sido para mí motivo de desencanto. De repente, con un gracioso movimiento apoyó ambas manos sobre la baranda del palco; ¡oh!, eran manos finas, aristócratas y que no habían sido deformadas por la cárcel de los guantes; manos pálidas que parecían engendrar largas zonas de silencio viviente, como las que Gabriel D'Anunzio describe en «Las Vírgenes de las Rocas». Estaban desnudas de anillos, y en la inundación de oro de la luz que llenaba el salón, parecían las manos de una ideal Beatriz que tendían el vuelo hacia la Eterna luz; manos que á la manera de alas pudieran conducir las almas á las regiones en que mora la perfección infinita.

¡Oh! ¡Con qué fuerza se grabó su imagen en mi memoria! Cuando estas líneas escribo me parece que la estoy viendo aún con su abrigo de finas pieles y su hermoso traje azul con adornos

de oro, reclinada indolentemente en el respaldo de su sillón y contemplando con mirada desdeñosa las escenas y la concurrencia. ¿Quién era?

Sus manos blancas me impresionaron hondamente y parece que llevo en mi alma una caricia ideal de sus manos de reina...

¡Oh, sus manos blancas, sin anillos y hundidas en la luz como en un tibio baño de oro!

El misterio siempre ha tenido para mí un atractivo profundo y esa mujer, esa virgen era para mí la encarnación del enigma; y con ojos ávidos acariciaba la seda de sus opulentos rizos que temblaban como una aureola negra sobre su frente para mí inmaculada.

Varias veces, su mirada curiosa se fijaba en mí y yo sentía sobre mi alma una lluvia de rosas; ¡oh, si ella me hubiera amado! Pero yo podía decir con Ruy Blas, que era el gusano enamorado de una estrella; y ¿cómo tratar de hacer que la estrella descendiera hasta mí?

Las estrellas son curiosas, y no más; todo lo ven, todo lo saben, pero nunca se dignan descender hasta nosotros.

Nunca he podido saber quién era ella, nunca he sabido su nombre, ¿pero qué me importa? para mí su nombre era *Imposible*, y con ese nombre venero su recuerdo en el fondo de mi alma.

Después, nunca he vuelto á verla. ¿Sería tal vez una aparición que me deslumbró un momento para tornarse después á la sombra?

¡Quién sabe!

Lázaro Pavía,
Mejicano.

Méjico, 1900.

GRECIA

(O MAGNA MATER)

Para el doctor Alejandro V. Murguiondo.

¡Oh, qué placer tan puro sentiría
si pudiera, con versos inmortales,
cantar mi amor á ti, fuente fecunda
de noble inspiración — ¡patria del Arte!
y si el conjuro de mi tosca lira
á estas regiones vírgenes lograse
trasladar, con el coro de tus Musas,
tus sagradas y olímpicas deidades!

Coronado de mirtos y laureles
y revestido de purpúrea clámide,
hiciera resonar con dulce acento
la flauta del dios Pan por el boscaje...
y entre eróticos himnos presidiera,
á la sombra de añejos quebrachales,
la danza de tus Sátiros y Faunos
con tus Ninfas graciosas y tus Náyades.

Sueño que al beso de mi sol de Mayo,
del Plata entre los líquidos raudales,
emerge Venus de la nívea espuma,
sublime en su belleza incomparable —
y lloro de placer y me estremezco
en medio de mi sueño, delirante,
porque, cual bella la beldad resurge,
miro en mi patria resurgir el Arte.

Entonces tu cincel ¡oh Praxiteles!
cuando esa Venus inmortal se alzase,
volvería, con mármol argentino,
á modelar su desnudez brillante:
mientras Cupido, con sus flechas de oro,
por nuestras villas, pueblos y ciudades
iría, en honra de la diosa excelsa,
en vez del Interés, formando hogares.

Entonces—como un Dios—volviera Homero
á desbordar su inspiración gigante
y Píndaro á brindar, cual ricas perlas,
sus olímpicas odas inmortales:
volverían, Tirteo con sus cantos
incitando á los griegos al combate,
con sus alegres yambos Anacreonte
y Safo con sus dáctilos vibrantes.

Amo, Grecia, tu genio, como Byron,
y quisiera, en mis días, contemplarte,
en una inmensa conjunción de glorias
con la patria de Mármol y de Andrade:
y creo, en mis delirios, con Zenea,
que mis hermanos, en virtud y en arte,
sobre tu suelo idolatrado han muerto,
bajo tu suelo idolatrado yacen!

¡A veces imagino que es Atenas
nuestra noble y gloriosa Buenos Aires!
Miro en su seno, en el altar de Themis,
los áticos Arcontes venerables
y escucho en el Areópago vibrando
con los preceptos de Solón, la frase
sabia y viril de Sócrates severo
execrando las torpes liviandades.

Miro, como en la patria de Temístocles,
el ejemplo doquier de hazañas grandes:
¡el escudo de Arístides sin mancha
y el credo de Platón sin un ultraje!
Miro forjando sobre el monte Himeto
á las abejas de oro sus panales
y en el recinto augusto de Minerva
el triunfo de las Ciencias y las Artes.

Pienso escuchar, en la tranquila noche,
del Ponto Euxino los murmullos graves
y de las ondas claras del Iliso
el dulce resonar de los cristales;
me parece, en mis bellas ilusiones,
contemplar el Acrópolis gigante
y ver, como pasmosa maravilla,
el pórtico de Júpiter alzarse.

Sueño ver el Pentélico lejano
convertido en un bloque de los Andes,
y que surco las ondas del Egeo
de nuevos Argonautas en las naves:
que en las noches de Diana y de Cybeles,
entre pastores, como *Cloe* y *Dafne*,
los idilios de Teócrito recito
y vivo, Grecia, en ti, con tus deidades!

. . . .

Ante ese sueño de mis horas gratas
y entusiasmado con bellezas tales,
el triste cuadro, que amargó mi vida,
miré, por un momento, disiparse:
¡no veo á Grecia por el Turco hollada
con mengua de egoístas y cobardes,
ni pienso que es un pueblo de fenicios
el pueblo de Moreno y de Lavalle!

¡Todo fué sueño de mi mente loca!
¡Vano delirio de mi amor al Arte!
Grecia, cual reina destronada y triste,
sobre el sepulcro de sus glorias yace;
mientras la Patria, cuya gloria ansío,
da rienda á los instintos materiales
y desprecia á sus hijos que queremos
ceñirla con laureles inmortales!

José Cibils,
Argentino.

Rosario de Santa Fe, Enero de 1900.

LEYENDAS PROFANAS

(AÍDA)

Qué hermosa estás así! La cabellera suelta, como un estandarte de conquista desplegado á los vientos, golpea tu espalda

blanca, presagiando los triunfos en la embriaguez nupcial del misterio. ¡Cómo brillan tus ojos, parpadeando como estrellas arcanas donde se sumerge la Ilusión en la profundidad del deleite!

Ah! no me importa que sea una sima profunda tu existencia. Los abismos como las cumbres, tienen la misma grandeza, siendo más poderosa aún la atracción del abismo. La flor que tiene mejor perfume, es precisamente la que está más cerca del pantano.

Mírame bien; tus ojos están todavía derramando luz; tu garganta pide un verso de alabanza, y en la expirante laxitud del placer, te miro más espléndida que un ensueño. Tus formas, dibujándose en toda la majestad de su belleza, golpean á las puertas de mi corazón de hombre fuerte, como una campana de plata que anunciara la victoria de una gran Primavera, sobre el inmenso horizonte rojo de una vida de amor.

Tu espíritu de mujer vale más que todas las rosas y que todas las dalias. Ahora comprendo cómo es mejor el clavel de fuego que las blancuras del lirio! La vida humana es muy corta y la eternidad está muy secreta y muy lejos para pensar en ella. Y se sufre, cuando basta querer para olvidar y ser feliz.

Ven, llégate y olvidemos. Sea tu boca una ánfora donde beba yo la inmortal panacea de los dioses, y sean mis labios las arterias jóvenes que lleven la vida nueva á tu espíritu agonizante de cansancio. Tu alma y mi alma, que no pueden resucitar á la fe, serán dos negac iones que darán una entidad positiva.

Tu belleza oriental va pregonando la excelsitud de tus besos; la altivez de mi frente está anunciando mis triunfos. Ven, llégate, seamos uno, yo rey, tú reina, sobre el trono magnífico de un venturoso amor libre.

Ríe, ríe; tu risa despierta sensaciones extrañas de una antigua inocencia olvidada. Tu risa de cristal es sonora como una nota de mandolino de Italia; tu risa provoca las gracias de tu boca, que incitan y ruegan, que atraen y mandan. Ríe, tu risa me trae un recuerdo de tiempos mejores. Un recuerdo que tiene perfumes de primer amor... Era así como tú,... más hermosa todavía... con tus ojos obsesores... así, así, como me miran ahora, sin inquietudes de conciencia, y sin temores de vergüenzas ocultas...

(Qué extraña es la vida del hombre! Cómo surge el Ideal en las sombras, mirando una estatua de mármol y lodo!).

Ven, es preciso olvidar. Hay recuerdos que abruman. Llégate y olvidemos. Mi pecho está sangriento y enlutado como un cadalso. Los cirios alumbran la noche de un muerto... Bésame con calor en los labios, porque así resucitan los corazones.

F. Valdez Douglas,
Argentino.

EL ANGEL Y LA NINFA

(DE EUGENIO DE CASTRO)

A Víctor Pérez Petit.

Como un pálido rey adolescente
Venido de la guerra donde perdió la corona,
Por la selva, que de espectros se puebla,
Camina un Angel melancólicamente...
Las plumas luminosas
De sus alas, caen doloridas,
Y sus manos de plata van tan heridas
Que parecen llevar ensangrentadas rosas.

Despunta la luna...
Y el Angel, á la menguante claridad lunar,
Ve de repente á sus pies, trémula y desnuda,
Una Ninfa llorar.

Solloza, llora, por el dolor opresa,
Y en los ojos del Angel reparando,
Que lacrimosamente la están contemplando,
Así comienza:
« —Cloris—es mi nombre!
« Linda, mi pecho era un helado invierno,
« Y la Madre del Amor, por eso, condenóme
« A un sueño casi eterno.

« Cuando en fin desperté entre estas azucenas,
« A la sombra de este vigoroso nogal,
« Tuve la impresión de haber dormido apenas
« Una noche ligera...
« En la ignorancia de mi desventura,
« Erguíme alegre, fuí á bañarme en claras linfas,
« Y partí—¡flecha rápida!—en busca
« De otras ninfas...
« Luengos días corrí,
« Despedazando mis pies en cardos secos...

LUIS BERISSO

« Llamé... grité... mas sólo oí
« La respuesta de los ecos...
« En balde busqué al bando amigo,
« Al bando alegre como una tarde de cosecha...
« ¡Nada! al acordarme de mi castigo,
« ¡De mi destino atroz tuve la cruel sospecha!
. . . .
. . . .
« Largo tiempo durmiera,
« Y entretanto ¡suprema crueldad!

Flagelada por los hombres sin piedad,
Del todo mi raza se extinguiera!

. . . .

Ya no se oyen de los sátiros las flautas,
Que enternecían las fuentes y las piedras,
Ni relampaguean entre las arboledas
Las ninfas, liriales, huyendo, cautas...
Tórnese negro lo azul,
El gran Pan murió!
Y de Mercurio el alado caduceo
Yace caído en el lodo de un pantano...
El viento levanta
Las bellas plumas del pavón de Juno,
Y del fondo del mar en la impenetrable tiniebla
Duerme el áureo tridente de Neptuno...
Juventud, Alegría, Hermosura,
Todo eso aniquilaste, Humanidad loca!
El amor, cavando la propia sepultura,
Va tosiendo y echando sangre por la boca...
Las horas enlutadas
Pasan llorando en su dolor absortas,
Y las polífonas ondas contristadas
Traen á la playa nereidas muertas!

. . . .

. . . .

Aventuréme á ir un día, por mi mal,
A una ciudad negra, fúnebre, sin luz,
Cuyo pueblo, apiñado en fría catedral
De rodillas adoraba una siniestra cruz,
Entré: ¡qué pasmo! En mi frío cuello
La decepción clavó sus dagas:
La humanidad que adorara al lindo Apolo
Estaba adorando á un dios muerto y lleno de llagas!
De súbito, ¡ay de mí! al verme, los malvados
Irguiéronse, febriles, en ímpetu fanático,
Escupiendo maldiciones y anatemas condenados
Sobre la láctea desnudez de mi cuerpo aromático!
Quemémosla! decía el pueblo... Y negros bultos
Crueles iban ya preparando la hoguera!
Fué entonces cuando huí de la multitud traicionera,
Bajo una lluvia hostil de piedras y de insultos!

. . . .

. . . .

Hoy vivo oculta en esta obscura

Selva de escondrijos pavorosos,
Tiende á aumentar mi desventura
La *saudade* de los tiempos venturosos...
Un perpetuo gemido,
De mis labios deplora la primavera...
¡Ay de mí! ¡ay de mí! ¡Ay quién me diera
Estar siempre durmiendo donde has muerto!

Delirante,
Loca de dolor, callóse la pobre al fin;
Y del Angel triste la boca suplicante
Prorrumpió así:

—Fué siguiendo los dictados
Del Dios que me creó—¡todo fuerza y gracia!—
Fué siguiéndolos que la raza de los infames
Exterminó tu bella raza!
Por eso, ahora, viéndome á tu lado,
Debes mirarme, con un rencor felino,
Como el hijo de un pobre asesinado
Mirando, rencoroso, al hijo del asesino.
¡Ah! ¡no me mires así! La inocencia me viste
Y la desgracia elimina los más viejos rencores:
Si la *saudade* es tu velo y el dolor es tu veste,
Mi pecho es un jardín de martirizantes dolores!

. . . .

. . . .

Como tu Pan, el dios que me creó
Fué escupido y desterrado por los mortales;—
Mis alas, ve, están cubiertas de polvo,
Caen por tierra, en polvo, las altas catedrales!
Hacia el cielo ya no sube el incienso en humos claros,
Suben tan sólo maldiciones y torpes herejías,
Y los ciborios astrales, llenos de vinos raros,
Pasan de mano en mano en lúbricas orgías!
Cada vez sangran más las llagas de Jesús,
Y las coronas y los anillos que reyes y emperatrices
Habían dado á María, ornan, llenos de luz,
Las albas y sensuales meretrices!
Así, en cuanto gimes,
Llorosa, recordando los esplendores pasados,
Silene, la Belleza, la Fuerza y los mares plateados,
Donde los seres iban guiando ebúrneos timones;
Cuando tu mirar, en un disgusto supremo,

« Llora doloridamente el resplandor hundido,
« También yo sufro y gimo,
« También yo lloro mi paraíso perdido!
. . . .
. . . .
« Expulsando del cielo Santas y Serafines,
« Fulguran ígneas espadas,
« Y del ángel Gabriel en los plateados jardines
« Las azucenas van expirando degolladas...
« Huyó de mí, feneció
« La última esperanza!
« ¡Nunca más! nunca más he de llevar al cielo
« Deseos de doncella y almas de niño! »

Callóse el Angel...
Las altas ramas indolentes
Como olas ondeaban suspirantes...
Y la Ninfa y el Angel partieron juntos, silenciosos,
Viendo correr en el azul las estrellas errantes...
Fueron á dormir sobre la clemente maravilla
Del claro cielo, en un lecho de violetas...
. . . .
. . . .
Y de esa unión nació una pálida hija,
Que es hoy la amante virgen de los poetas...

Luis Berisso,
Argentino.

Buenos Aires, 1900.

LA MUSA RURAL

Musa mía, canta el gallo!
A la puerta, inquieto, falca
El indómito caballo
Que en el duro suelo calca,
Resonando, el férreo callo,

Ponte, alegre y retozona.
Largo traje azul de cielo,
Con tu látigo y tu velo
De amazona.

Vete al campo hecha una diosa,
Que ya está la Primavera
Enflorando su abundosa
Cabellera.

¿Ves las flores de tus ojos?..
Son cual dos insectos presos
Por los vívidos excesos,
Son sus pétalos rojos:
Por los besos.

Bésalas Febo, y es fama
Que ellas le besan también.
Cuando el alba da su flama,
Es que el sacro soldán llama,
Y está listo ya el harem.

Rojos labios, se estremecen
Bajo el ósculo imperial...
Si, embriagadas se adormecen,
Novias gráciles parecen
En la cámara nupcial.

Mira el sol cómo se asoma
Tras la cumbre de una loma
Y flecos pone á un capullo
Ó al plumón de una paloma
Qus se esponja en el arrullo!

Sol que hace aguas en el buche,
Ó de un toro en la cerviz,
Y oros pone entre el estuche
De las matas de maíz.

¡Mira qué sol, musa mía!..
Su fulgente dardo agudo
Hunde en la copa sombría,

Ó de un lagarto ventrudo
Se quiebra en la crestería.

En las espigas esplende,
Fecunda el grano de Osiris,
El río elástico enciende,
Y de los saltos desprende
Gotas de iris.

Y cuando se entre en el bosque,
Y áurea alfombra dé á la hierba
Do paste, incauta, la cierva
Junto al reptil que se enrosque,

Tú verás las flores todas,
Cómo entre el bosque prendido,
Háblanse quedo, al oído,
Sobre secretos de bodas!..

¡Cuál se aduermen las indinas
Al arrullo de su amor!
¡Perfumadas concubinas
De un asiático señor!

¡Musa mía! Ven, parlera,
Entre los nidos dispersos;
Y dé tu lira hechicera,
Para entoldar la pradera,
La floración de sus versos!

Veamos, del ave que en vuelo
Entre las nubes resbala,
La comba que hace en el cielo
Al volar, sesgada el ala.

Entremos en el bohío,
En donde se oye la nota
Del viento que zumba frío
Y de la olla que barbota
Con hastío.

Vese alto mozo que grita,
Brioso corcel que se irrita

Y el cuello dobla cenceño,
Ó el fogón donde crepita,
Rojo de cólera, un leño.

Mira del bosque el follaje
— Revuelto mar de verdura —
Do el ceibo muestra el cordaje
De recia musculatura;

Donde, por cóncavas salas,
Huyen las fieras zahareñas
Cuando se enredan las alas
Del huracán en las breñas.

Cruje el roble, antes sereno,
Ronco viento lo deshoja,
Y, entre el espanto del trueno,
Le clava el rayo en el seno
Su hacha roja.

Calla el trueno; orla de espumas
Llevan los ríos fugaces;
Tiende sus pálidas brumas
El crepúsculo, y las plumas
Se sacuden las torcaces.

Verás: la luna hechicera
Nieva luz en la pradera;
Y tal blanquea en el llano,
Que uno piensa que pudiera
Coger nieve con la mano.

Verás lo que nadie ve,
Cosas bellas, lindas cosas:
La huella que deja el pie
Del silfo sobre las rosas;

Casta diosa que sepulta
Su desnudez en las frondas;
Ninfa que huyendo se oculta
Y elfos que bailan en rondas.

Recoge, Musa! Atesora!
Te da sus tintes la flora,

Y nuevas notas están
Brotando de la sonora
Dulce flauta del dios Pan.

Toma luz, savia y olores,
Aspira sobre las cimas
Alientos germinadores;
Y que revienten tus rimas
Como revientan las flores!

Sontiago Argüello H.,
Nicaragüense.

León, Nicaragua, 1900.

PIEDRA DE TOQUE

Hacía tiempo que descansaba sobre la roca, sentía el agua humedecer sus botines; el vientecillo frío del Sur azotaba su rostro, las sombras del crepúsculo empezaban á envolverle y, sin embargo, sujeto por una fuerza incomprensible, no se movió de aquel sitio.

Abstraído en sus pensamientos, cuanto le rodeaba no ejercía influjo bastante para arrancarle á ellos; la idea de su triste situación dominante en su cerebro, borraba cuantas impresiones pudieran afectarlo.

¿Qué hacer, se preguntaba, para conseguir despertar en el alma de Luisa un sentimiento, siquiera de simpatía hacia mí? He tentado todos los medios, he puesto en práctica los recursos todos de a galantería, no me ha escapado la menor delicadeza, la más mínima atención; he usado de todos esos detalles nimios que siempre agradece la mujer y, no obstante, nada, nada he logrado de ella; nada que no sean las fórmulas engañosas y obligadas de la educación.

Así vagaba su pensamiento; recordaba una á una las veces en que Luisa, la niña mimada de los salones, habíase mostrado amable con él, complaciente casi, como dando alientos á su esperanza y las tantas otras en que su actitud ceremoniosa, fría, derrumbaba

en un segundo sus ilusiones. Ensimismado, no sintió Jorge unos pasos que se dirigían al sitio en que estaba; una mano posóse suavemente en su hombro, haciéndole volverse sorprendido. Era Julio, uno de sus amigos mejores.

¡Qué aficionado te has vuelto á la soledad!—le dijo.

—¿Por qué?

—Hombre!, van con esta tres veces que te sorprendo sólo como un fantasma, en este mismo lugar y á estas horas.

—Cómo! ¿Tú me has visto antes de ahora?

—Ya lo creo! Te figuras que tu amigo Julio, mejor dicho, tu hermano, podía dejar de notar el cambio que se ha operado en ti, de un mes á esta parte? Creías que no había de extrañarme verte tan pensativo?

—¿Luego me has espiado?

—Si tú lo quieres así, te he espiado. Pero no por curiosidad, no por indiscreción, sí porque comprendía que algo grave te preocupaba y deseaba conocerlo, ya que tú, ofendiendo nuestra amistad, te negabas á confíarmelo.

—Perdóname Julio; no te ofendas. No hay tal preocupación, es todo ilusión tuya. Si salgo solo, es únicamente porque siento placer en hacerlo así, y si elijo la orilla del mar, es porque me agrada extasiarme en la contemplación de su inmensidad, oir el suave rumor de su oleaje, aspirar su brisa perfumada por efluvios salobres...

—Vaya, hombre!, basta de poesía, sabes que soy poco amante de las Musas. Hablemos en buena prosa y claramente. Te he seguido dispuesto á confesarte; conque así, empieza á hacer tu examen de conciencia.

—Siempre el mismo! Dispuesto en todo momento á las bromas!

—Pues créeme. Esta vez te hablo en serio; por la primera vez si tú quieres, pero no por eso es menos cierto. Ante todo, una pregunta: ¿Sigues teniendo en mí tanta confianza como antes?

—Pero Julio, ¿cómo me preguntas semejante cosa?

—Tú has dado motivo. Pero, dejémonos de preámbulos. ¿Estás enamorado, verdad?

—Yo!

—Sí, hombre; ¿á qué tantos aspavientos? ¿Acaso no es lo más natural?

—Sí, pero...

—No hay peros que valgan; tú estás enamorado aunque te empeñes en negarlo. No olvides que antes de ser fraile he sido cocinero.

—Me haces reir!

—Más vale así, pues lo que es antes parecía que ibas á hacer pucheritos. ¿Quién es ella?

—¡Pero, Julio, tú has perdido el juicio!

—Creo que eres tú quien ha perdido el juicio, la chaveta y hasta la manija. Vamos, ¿quién es ella?

—Pues bien, qué demonios! Ella... ella...

—Concluye.

—Pues ella es... es Luisa.

—Luisa, la planchadora!

—No me comas, no me comas.

—Es claro, dices Luisa á secas, como si estuviera obligado á saber qué Luisa es esa que te ha birlado el sentido.

—Contigo no se puede conservar la seriedad, ni siquiera se puede hablar.

—Vaya, no te enojes. ¿Luisa de qué?

—Luisa Visconti.

—Caracoles! Sabes que no tienes mal ojo, chico!

—Encantadora muchacha, verdad?

—Ya lo creo!

—Qué ojos! Qué boca! Qué dientes! Qué perfil tan perfecto! Y qué óvalo el de su cara!

—Y es claro, tú la amarás?

—Ah! Julio, la quiero, sí, con toda mi alma: creo que me será imposible experimentar otro sentimiento que iguale al que esa joven ha despertado en mí. Soy de los que piensan que sólo se ama una vez, y te juro que yo amo de veras; mis estudios, mis recreos, todo me causa fastidio insoportable al pensar que estoy condenado á verme despreciado, á luchar con mi mala estrella, á no verme correspondido.

Ah, Julio! tú sí has sido feliz! Encontraste quien te correspondiera y quien te pagase con creces tu cariño. En cambio, yo, que me siento capaz de los mayores sacrificios, que encierro en mi co-

razón un fondo de ternura capaz de ablandar una roca, tropiezo con la indiferencia, con el egoísmo!

—Pues hijo, no me has largado corto discurso! Caspitina! Quieres un poco de agua azucarada? Y casi, casi me haces llorar.

—Oh! Eres insoportable!

—Ven acá, zonzo. ¿Estás seguro de que Luisa no te hace caso?

—Por desgracia, sí.

—¿Qué pruebas tienes?

—Que á pesar de todas mis insinuaciones, de todas mis galanterías, no he conseguido la menor indicación que pueda alentarme: al contrario, se muestra fría, reservada unas veces y otras como es ella, coqueta; pero tú sabes que esto lo hace con todos.

—Y dime: ¿tiene galanteadores la tal Luisita?

—Una colmena! Andan á su lado continuamente, se deshacen en galanteos, se la disputan para un vals.

—¡Magnífico! ¡Soberbio!

—Cómo magnífico!

—Si, hombre, magnífico! Ya verás pichón; ya verás!

—Eres incomprensible!

—Dime: ¿qué piensas hacer?

—Oh! Julio! Yo siento unas veces que pierdo el ánimo, y entonces la tristeza se apodera de mí, y otras, cuando pienso que amándola yo tanto, ha de entregar su cariño á otro hombre, una especie de furor me acomete, siento que mi sangre hierve y no sé qué me pasa; si conociera ese hombre, creo que le mataría.

—Qué carácter! Cuántos hombres se pierden por él!

—Qué estas diciendo?

—Nada, hombre. Que es necesario que te cases, y te casarás.

—¡Tú estas loco! No oyes lo que te digo?

—¿Que no te hace caso? Pero te hará.

Alejandro Lamas.

(Continuará).

ÁGATA

A Amalia Martínez.

I

La dicha te consagra,
La primavera prende sobre tu sien su tul
Y el arpa de tu seno, fundida por la nieve,
Parece una camelia del regio parque azul.

II

Serena, dulce, blanca,
La nívea frente erguida como diadema real:
Bajo su templo de oro, la virgen de los sueños,
Te ciñe con su traje de rosas de cristal.

Pedro J. Naón,
Argentino.

SOÑAR

La más dulce i más inmensa
recompensa
de las penas es dormir:
ni se lucha, ni se piensa
i no hay nada que sentir.

I esa dicha bendecida
no es cumplida,
pues la vienen á turbar
los recuerdos de la vida,
si empezamos á soñar.

Yo por eso tengo empeño
que un beleño

venga á hacerme descansar,
i es que sueño con un sueño:
dormir siempre i no soñar.

Renato Morales,
Peruano.

Perú, 1900.

FLOR DE ROCA

En un álbum.

Hay una flor que vive entre las rocas,
de suaves, melancólicos colores,
bañada por las aguas y los vientos
y expuesta del estío á los rigores.
No tiene nada que le preste sombra,
ni quien aspire su fragante esencia...
El águila y el buitre solamente
conocen su existencia.
Pero ella, con la faz vuelta hacia el cielo,
resignada á la suerte que le toca,
ve pasar muchos soles y al fin queda
muerta sobre la roca.

Esa flor nunca contemplarla pude
sin sentir mi pupila humedecida,
recordando las almas desoladas
que nacen en las rocas de la vida.
A nadie importa su tenaz angustia,
ni nadie sabe sus ideales santos...
Los ecos de sus ayes los apaga
el mundo con sus cantos.
Perdidas en la inmensa muchedumbre,
sin fe, sin esperanza... abandonadas...
resisten noblemente sus dolores
y mueren olvidadas.

Enrique Rivera.

1899.

LA HISTORIA DE REGAL

(Del libro « Ensueños »)

Para Luis E. Orrego Z.

En el *Café de los Artistas*, donde un buen tabernero hecho ya de la escasa pasta de los Ragueneau, brindaba cariñosa acogida á cuantos al arte se dedicaban, nos encontrábamos reunidos una noche, como de costumbre, hasta media docena de amigos, pintores ó literatos todos, unos ya de alguna fama y otros apenas conocidos del público.

Hablábamos de nuestra vida pasada, de nuestros comienzos, siempre difíciles, para adquirir notoriedad y provecho.

Uno en pos de otro, entre sorbos de cerveza ó agenjo, contábamos las penurias de nuestros primeros años en la vida del arte. Había con lo que cada uno contaba para agregar muchos capítulos á la obra de Mürger; pero capítulos monótonos, pues casi todos habrían coincidido en lo que se refiere á la pobreza y las estrecheces que todos, cual más, cual menos, habíamos tenido que sufrir. No había en ello nada de original: siempre la vieja historia: el cerebro lleno de ilusiones y grandiosos proyectos, y el estómago proclamando enérgicamente que la naturaleza aborrece el vacío; los súbitos entusiasmos que imparte una idea brillante, el deseo de luchar, de arrollar á impulsos del genio todos los obstáculos que se presentan, y los crueles desengaños, las dolorosas postraciones ante el temor de no alcanzar el éxito deseado.

Todos nos escuchábamos mutuamente con el aburrimiento y despreocupación de quien oye un cuento que ya conoce, hasta que le tocó el turno á Regal, el más viejo de los presentes.

Regal era, se puede decir, nuestro patriarca.. Aunque ya no pintaba para el público, su opinión en materias artísticas era tenida entre nosotros como muy valiosa. Todos sabíamos que una desgracia, que él consideró inmensa, le hizo arrojar los pinceles y

amargó para siempre su vida; pero, nacidos en una generación posterior, ignorábamos los detalles del asunto, que nuestro querido amigo nunca había querido contarnos, quizás por no avivar recuerdos para él muy dolorosos. Para la mayoría del público el nombre de Regal era completamente desconocido; pero los críticos viejos lo recordaban como á un pintor que con sus primeras telas hizo concebir de sí grandes esperanzas, retirándose después para siempre, por ignorados motivos, de las galerías y exposiciones; pero, sobre todo, los verdaderos iniciados en el arte recordaban su nombre como el del firmante del famoso cuadro *Mujer*, que había obtenido el primer premio en una exposición, y el cual había rehusado vender á ningún precio, á pesar de las magníficas ofertas que se le hicieron. Pero la mayor parte de esos amantes del arte ignoraban que el autor de tan famosa tela viviese voluntariamente oscurecido, enseñando dibujo en dos ó tres colegios particulares.

Regal acarició con tristeza su luenga barba gris, aspiró prolongadamente su pipa y arrojó después una espesa bocanada de humo cuyos espirales siguió pensativamente con la vista mientras se perdían en el oscuro y artesonado techo de la vieja taberna.

En seguida, como quien se resuelve á un penoso sacrificio, exclamó sacudiendo ligeramente los hombros: ¡ea! y, tras breve pausa, empezó así su relato:

—Figuraos como la primera parte de mi historia cualquiera de las que vosotros acabáis de contar, pero, al principio, algo más recargada de sombras, como que yo no tenía en el mundo ni padres, ni parientes de ninguna clase.

Aprendí los rudimentos del arte ayudando á un pintor de brocha gorda que pintaba fresco para las iglesias de provincias y los patios y corredores de las casas. Como no tenía, por mi escasa ilustración, otro medio para dar expansión á mi espíritu que pintando, tomé tanta afición á este arte que no pensaba en otra cosa que en imitar cuando á mi vista se presentaba. Esa comunión constante con la naturaleza dió á lo que yo pintaba un sello de originalidad que lo alejaba bastante del convencionalismo de todas las escuelas. Es verdad que en mis telas había grandes incorrecciones, pues yo ignoraba por completo los tecnicismos del arte, pero mi intuición artística salvaba muchos escollos y, como digo,

sabía imprimir en mi trabajo el sello siempre atrayente de la originalidad.

Por entonces me aconsejaron algunas personas que habían visto mis cuadros, que estudiara sin descanso, pues tenía un gran porvenir.

A riesgo de morirme de hambre, resolví seguir su consejo, y tomé un cuartucho muy elevado en el Barrio Latino. Ahí trabajé con ahinco durante bastante tiempo; frecuenté las galerías y los estudios notables, observé mucho, y, sobre todo, no dejé nunca de copiar la naturaleza, que era para mí la escuela por excelencia.

Sufrí privaciones sin cuento, pues por dedicarme á mis estudios, apenas si tenía tiempo para hacer uno que otro trabajo, que con firma supüesta, daba al mercado, para obtener lo más indispensable para la vida.

Pero la Providencia rara vez se olvida completamente de uno, y en esa época de tantas amarguras para mí, me deparó una dulce compañera, un ángel de la guarda.

¿Podríais decir vosotros dónde conocisteis á las buenas muchachas que hoy son vuestras abnegadas y amantes compañeras? No sabríais explicarlo, estoy seguro. En un paseo, quizás, ó en una noche de verbena. Pues bien, así, no recuerdo cuándo ni cómo, conocí á Margot, y de la manera más sencilla se vino á hacerme compañía, al firme, en mi modesto cuartucho. Ella era ahí la luz y la alegría. Se conformaba con todo, y la sonrisa jamás dejaba de iluminar su semblante. Desde que ella se vino á mi lado, cambió completamente mi existencia; ya no sentía abatimientos y dudas, porque ella estaba cerca para disipar mis penas con sus besos y su risa franca y sonora.

¡Y qué hermosa era! ¡Qué corrección en las facciones, que pureza de líneas en los contornos! Si ha existido un cuerpo de mujer perfecto, ese era el de Margot.

¡Figuraos ahora si la querría yo! La quería ciegamente como amante, y la admiraba como artista, pues veía en ella esa perfección ideal que en vano pretenden imitar el cincel y los pinceles.

Al llegar á este punto de su relato, Regal hizo una breve pausa, como para vencer el dolor que estos recuerdos le traían, y en seguida prosiguió así:

—Por ese tiempo se anunció un gran concurso extraordinario de pintura, y yo, que ya me consideraba bastante preparado, resolví aprovechar la ocasión de hacerme conocer del público y la crítica. Estábamos á fines del Otoño, y las obras tenían que estar presentadas al comenzar la Primavera. De modo que había que trabajar todo el Invierno, la época peor del año para los que como nosotros, apenas teníamos con qué comprar algunos leños para la chimenea.

Para presentarme al concurso resolví poner en práctica la idea que tanto tiempo acariciaba: pintar un desnudo de mujer que sintetizara todo lo que la palabra mujer encierra de complicado y grande. Mi cuadro, aunque natural en la ejecución, debía ser también un símbolo.

Naturalmente que no pensé en otro modelo que en Margot. ¡Quién, si no ella, podía reunir todas esas perfecciones que yo soñaba para mi tela! Y luego, aunque yo hubiera querido alquilar otro modelo, no habría tenido con qué pagarlo, sobre todo entonces, cuando la obra en que iba á empeñarme demandaría toda mi atención y no me dejaría tiempo para hacer los pequeños trabajitos que me daban el escaso pan de cada día.

Principié á trabajar con todo brío y entusiasmo en los últimos días del Otoño. No hacía aún mucho frío, pero de vez en cuando se encapotaba el cielo y una espesa bruma envolvía la ciudad, poniéndome inquieto y nervioso, pues adivinaba en ella el heraldo del Invierno que con su cortejo de nieves y aguaceros empezaba su devastadora campaña al mediodía, sembrando por todas partes el sufrimiento y la miseria.

¡Oh! ¡Cuánto temía yo al Invierno! ¡No por mí, sino por mi pobre Margot que tenía que estarse horas enteras desnuda mientras yo trasladaba al lienzo las purísimas líneas de su cuerpo! ¡Qué hermosura tan soberana! Aquellos de vosotros que sois poetas y habéis soñado una estrofa ideal que sea la forma única de expresar la idea que tenéis en la mente, estrofa en que nada falta ni sobra, pulida y tersa como obra de un lapidario y al mismo tiempo animada como obra de un Dios; los que sois poetas, digo, podréis comprender lo que era Margot para mí; era esa estrofa soñada, estrofa palpitante y magnífica, cuyas líneas consideraba yo las únicas que

podían contener el ideal de belleza que yo imaginaba en mis ensueños de artista!

Al principio, aunque por lo premioso de las circunstancias, estábamos á ración de hambre, todo marchaba bien, y el trabajo avanzaba normalmente. ¡Con cuánto cariño y cuidado copiaba yo las formas de mi querida Margot! ¡Y cuánto se enorgullecía la pobre, al pensar que sería ella la que iba á contribuir tanto á formar mi reputación, y que todo París se iba á quedar extasiado contemplando su hermosura!

Pero llegó un día en que trabajando con todo empeño, porque temía no concluir en tiempo para el concurso, sentí una penetrante sensación de frío, algo como una fría bocanada de aire que entraba por las muchas rendijas de mi humilde cuartucho. Miré á Margot, que estaba desnuda en el lado opuesto de la habitación y estaba tiritando. Asomé la cabeza por la ventana y pude ver que como diminutas motitas de algodón, caía la primera nieve. ¡Y no había un leño en el fogón, ni con qué comprarlo! No teníamos ni un céntimo, y hasta la comida la obteníamos de fiado en una fonda de la vecindad. Y había que trabajar; el tiempo apremiaba, y si se perdía la ocasión de entrar en ese gran concurso, se verían postergadas mis esperanzas de gloria y de riqueza.

Yo notaba que el frío hacía daño á Margot, que tosía fuertemente y con frecuencia, pero como ella ¡tan buena! no decía una palabra, y yo no tenía otra preocupación que concluir el cuadro, seguía trabajando, sin dar importancia á los alarmantes síntomas de la enfermedad que ya minaba la existencia de Margot.

Cuando ya se aproximaba el fin de la obra, vine á comprender que Margot estaba mal: tenía fiebre y la tos arreciaba. ¿Qué hacer? ¿Suspender la ejecución del cuadro? ¿renunciar á la fortuna que ya veía tan cercana y que nos iba á resarcir de todas nuestras privaciones? Eso es lo que debía haber hecho. Así lo intenté, pero Margot se opuso. Quería seguir sirviéndome de modelo. Dijo que se sentía mejor, y lo fingió en cuanto pudo, y yo fuí bastante imbécil para ceder y seguir pintando, mientras ella con una abnegación sin límites sacrificaba por mí su existencia.

Por fin concluí el cuadro. Vosotros lo conocéis, y no es jactancia el que os diga que yo mismo lo creía bueno. Pero, si por ese

lado podía estar satisfecho, en lo que respecta á Margot mi dolor rayaba en la desesperación. La pobre estaba cada día peor. Con súplicas y llantos logré que un médico viniera á verla, y tuve el desconsuelo de oir de su boca ¡ que Margot no tenía remedio !

Imaginaos mi dolor. El único ser en el mundo con quien me unía algún vinculo, la única persona á quien amaba, iba á morir por mi culpa, por mi egoísmo.

. . . .

El jurado del concurso declaró que el cuadro *Mujer* del señor Enrique Regal, era acreedor al primer premio, que me fué otorgado en la forma de una corona de laurel y diez mil francos, en dinero; y con diferencia de pocas horas moría en mis brazos, en medio de mi desesperación, mi adorada Margot. Y murió con la sonrisa en los labios, su eterna y angelical sonrisa, contenta y orgullosa de mi triunfo.

La corona de laureles fué la única que hubo sobre su ataúd, y los diez mil francos los destiné íntegros al mausoleo que hoy podéis ver en el Pére-Lachaise.

Ya sabéis, pues, la historia que motivó mi propósito, fielmente cumplido, de no volver á pintar jamás, y sabéis también por qué no quise vender el cuadro á ningún precio. ¿ Cómo lo iba á vender si en él está la vida de Margot ? Sí, porque es el alma de ella la que lo anima, no el soplo del genio, como pretendían algunos críticos que no sabían sentir.

. . . .

Cuando Regal concluyó su historia, todos nos quedamos silenciosos y llevamos las copas nuevamente á los labios. Es seguro que más de una lágrima fué á mezclarse entre las opalinas gotas del agenjo.

Carlos Ledgard,
Peruano.

DYSIS

Para La Revista.

Cuando declina el Sol, y en el Oriente
creciendo avanza la nocturna sombra,
llegar me place á robledal lascivo
por ancha emelga que el escalio corta.
Bríndame asiento derribado tronco
que oprime gualdas y resecas hojas
de clara fuente, á la plomiza margen
donde confiados ánades retozan.
Y mientras corre acicalada linfa
de alfábegas regando verde copia,
me invaden prestigiosos los recuerdos
de la edad juvenil.

Mi mente evoca
de placeres remotos las imágenes
que en grises nieblas del pasado flotan,
y dóciles acuden al conjuro
las ya marchitas ilusiones próvidas
que en aleteo rítmico mis sienes
de fatigado caminante rozan.

Allí al calor de estudiantil anhelo
que las bellezas clásicas explora,
bajo el frondoso súrculo del álamo
en que zarcea tímida la alhoja,
leyendo añosos libros que estamparan
los tórculos de imprentas españolas,
trasportábame al mundo que embellecen
los grandes genios de la Grecia y Roma.

Allí solía del esmírneo ciego
cuya alma vive en inmortales obras
sentir la noble inspiración olímpica
que en molde hermoso de perfectas formas
con el hechizo de potente numen
del duro Cronos los rencores doma.

Obediente á la madre de las Musas,
que en reanimar lo que murió se goza,
entre rumores suaves de las auras
que los arbustos á su paso doblan,
enviaba sonando á mis oídos
la tibia del dios Pan alegres notas.
Aparecíase el salaz anciano
cantor del vino y de la fiebre erótica
que en Teos en loor de la Hetaíra
improvisaba temulentas odas
con rojo zumo de las vides dando
fuerzas de efebo á enronquecida gorja,
al par que innoble en el torcido arriate,
que la distancia al pecinal acorta,
era el marmóreo entalle de Dionysos
expectador de férvidas zozobras,
de turbador deseo de aquel Dafnis
y aquella ninfa de hechiceras formas
que en idilio realista de Teócrito
sobre grádula muelle se abandonan.

Otras veces fingíame la mente,
en alamedas de Tibur famosas,
acordes sugestivos de la lira
del dulce Horacio, de Venusa gloria,
que con diadema de fragantes flores
las Lices y las Tindaris coronan.
O subyugado por la amable Piéride
del prodigioso autor de las Geórgicas,
viendo campiñas fértiles cubiertas
por las mieses que Démeter sazona,
maldecía de peltas y de espadas,
del gylión y la efátide ostentosa,
y me encantaba recorrer señero
el entreliño donde Icaria mora,
como pastor tesalio sin más bienes
que el fardel y la rústica zampoña.

¡Oh tiempo aquel de la ilusión radiante!
¡Oh bella edad de las visiones próvidas!
Al toque cruel de decepción adélfica
que del alma los sépalos destroza,
he perdido sus nobles energías,
y sus venturas para mí no tornan.

Rasgado el velo que ocultó á mis ojos
la iniquidad que á la Natura informa,
herido por abrojos punzadores
que de perfidias de los hombres brotan,
no miro como en años juveniles
las que mi mente con afán evoca
imágenes risueñas que surgían
del robledal en estivales sombras.
La niebla del dolor hoy las esfuma;
la Hélpide gentil no las colora,
y tácitas discurren acreciendo,
con nostalgias del bien, tristezas hondas.

Manuel A. San Juan,
Peruano.

Lima, 1899.

RÁPIDA

A mi amigo Wáshington M. Sánchez.

Muere el sol. La luna asoma
de lo infinito colgada,
y á la luz de su mirada
se va blanqueando la loma.
Dobla la tierna paloma
bajo el ala su cabeza;
por la intrincada maleza
pasa la brisa jugando
y el valle se va poblando
de misteriosa tristeza.

A lo lejos, lastimero,
repite el eco un balido;
la calandria desde el nido
reclama á su compañero.
De un rancho bajo el alero
vaga una sombra perdida;
de blanco cendal vestida,
en la soledad que pasma
semeja incierto fantasma
que abandona la otra vida.

Cual vaporosa ilusión
el fantasma sube y llega;
de nuevo en sombra se anega
y resurge á la visión.
La diáfana aparición
sus blancas alas abriendo,
baja una senda corriendo
perseguida por la luna,
que al borde de una laguna
la mira llegar gimiendo.

La superficie dormida
del agua tersa retrata
como un espejo de plata
su sombra descolorida.
Luego, en brusca sacudida
la laguna se estremece;
su cristal se desvanece
marcando discos y espumas
y como un manto de brumas
el fantasma desparece!

Resuena un triste lamento
por la campiña callada,
que de quebrada en quebrada
vuela á repetir el viento.
Su rumoroso concento
desde el llano á la cuchilla,
cuenta la historia sencilla
de amores infortunados,
traidoramente pagados
con deslealtad y mancilla!

Orosmán C. Moratorio.

1900.

SOMBRAS

Para mi hermana María Arias de Anaya.

La instrucción es el principio de todos los principios.
El alma que carezca de ella se encuentra esclava del pensa-

miento, envuelta en las sombras crasas de la ignorancia, y sometida á la fuerza inconsciente de las preocupaciones más absurdas.

La santa resignación cristiana es la virtud que me llena de más admiración y respeto.

Es el bálsamo del cielo que tiene la influencia de aplacar la desesperación del enloquecido por el dolor y la angustia, y de aplacar los vientos desencadenados en el alma, que despedazan y pulverizan por intervalos todas las energías morales.

La patria es la madre común que cobija á todos bajo la misma bandera, bajo el mismo cielo, bajo el mismo sol, bajo el mismo ambiente.

Sus glorias son las glorias de todos sus hijos por igual, porque ella, en su amor acendrado y único, no admite categorías, ni tradiciones, ni divisas.

Sólo admite principios puros que tiendan á constituirla grande, libre y feliz.

Nacer para vivir sufriendo, para vivir luchando, para vivir con lágrimas de dolor y la eterna mueca de incredulidad y de excepticismo en los labios...

Esa es la vida...

Concluidas las energías físicas, despedazadas las energías morales... ¿qué nos resta entonces?...

Llega la muerte, y nuestra existencia termina como una vela que se acaba...

Penas, dolores, luchas, desengaños, pesares, delitos y traiciones le sirvieron de cortejo...

Y, sin embargo... cuántas ansias de vivir... cuántos anhelos locos de alcanzar la felicidad, que no se obtiene, porque no existe más que de nombre... porque no es más que una palabra... porque no es más que una quimera...

Debemos hacer el bien, todo el bien posible, derramar alegrías y perfumes por doquier, suavizar con nuestra palabra de aliento y de consuelo los dolores del enloquecido por la angustia y del perseguido por las grandes é irreparables injusticias humanas, para que, cuando la pálida desposada, de mirada extrañamente inmóvil y labios fríos, deposite sobre nuestra frente el beso de la muerte, el beso de la eterna despedida, podamos bajar al misterio impenetrable de las tumbas, con la conciencia tranquila del deber cumplido.

La Religión es la llama celeste, el puerto seguro, la nave que flota serena y gallarda sobre todos los desencantos, sobre todos los infortunios, sobre todas las adversidades.

Una casita blanca, blanca como sus ilusiones de novia, coquetamente escondida entre tupido follaje. Una glorieta tapizada con el ñapindá en flor, el ambiente saturado de perfumes de azahar, de violeta y de jazmín; pájaros enamorados lanzando sus trinos armoniosos en el florestal. Un cristalino arroyuelo murmurando en su lenguaje misterioso endechas de pasión; un bote esperando á la orilla la preciosa carga...

Y en medio de ese nido de amor, *ella*, reina y soberana, imponiendo la voluntad de sus grandes ojos pardos, de sus ojos en los cuales el mar puso la sombra de sus profundidades, y *él*, su ideal soñado, de cabellos rubios como hebras de oro y ojos en los que se retratan el color mil veces querido de nuestro cielo y el color mil veces querido de nuestra bandera inmaculada...

Las monótonas é indefinibles brumas de las sombras, han formado á mi alrededor espeso manto, que en vano intenta la mirada penetrar.

¡Sólo un momento han necesitado para extenderse por el mundo!...

Esto trae á mi alma, que vaga en el ideal, el recuerdo doloroso de la instabilidad de las cosas terrenas y la abisma en hondas y penosas meditaciones...

¿Qué es la gloria, el orgullo, la vanidad, el oropel, el poderío?... «Chispas de bellísimo fulgor», dijo el poeta... Fatuos fuegos, agrego yo, convencida, como estoy, de que todo pasa, de que todo tiene su fin cercano é irremediable, de que todo lo que alienta va á sepultarse en abismo inmenso de donde no ha de volver, de que todo se apaga, desfallece y muere...

Entonces, ¿para qué cifrar venturas? ¿para qué clamar?...

Sara Julieta Arias

¡ELLA!

Era una noche de primavera
La vez primera que yo la vi,
De blanco estaba toda vestida
Con unas cintas de azul turquí.

Era una noche clara y hermosa,
¡Maravillosa noche de amor!
La tierra, el cielo..., todo, la luna
Lo iluminaba con su fulgor.

La vi y al punto sentí el encanto
Plácido y santo de una pasión;
Ella era el ángel que había soñado
En este mundo mi corazón.

Como las níveas plumas de un ave
Blanco y suave su cutis es,
Y de muñeca, sílfide ó hada
Así pequeños tiene los pies.

Su voz es blanda como un arrullo,
Como el murmullo de una oración,
Como las vagas notas que el viento
Trae por las noches, de una canción.

Su diminuta boca bermeja
Cáliz semeja de algún clavel

De esos que se abren en los jardines
Del paraíso llenos de miel.

Tienen las hebras de sus cabellos
Aureos destellos, luces de sol,
Y sus mejillas de terciopelo
Luciente nácar del arrebol.

Era una noche de primavera
La vez primera que yo la vi,
De blanco estaba toda vestida
Con unas cintas azul turquí.

Antolín R. Lassús.

Buenos Aires.

CUANDO ME ESCRIBES

En el álbum de la señorita E. A. S.

El cielo está de fiesta. Corren las nubes
y el sol manda á la tierra cálidos rayos
que brillan en la esfera de azul celeste
con los reflejos áureos de los topacios.

Al son de mil trompetas
acuden angelitos uniformados
que tienen en los ojos regios brillantes
y llevan en las alas ópalos raros.

El Fénix de la altura, desde su trono
contempla la alegría de sus vasallos
y ríe con las burlas del astro jefe
á un infeliz planeta que está apagado.

Desde un rincón del cielo, lleno de flores
las vírgenes asisten al espectáculo
en medio de una corte numerosísima
toda de santos!

Y orquestas invisibles de arpas eólicas
difunden sus arpegios filigranados,
llenando el firmamento de melodías
más dulces que perfumes de colisanto.

. . . .

. . . .

Las vírgenes me mandan una paloma,
blanca como las nieves de las montañas,
como los pétalos de los jazminez.
como un vestido de desposada.

Se acerca á mí gozosa, revolotea,
agita con dulzura las tiernas alas,
y abriendo su piquito me dice... « ¡Alégrate!
¡Hoy tienes carta! »...

Alfredo Varzi.

Villa Colón.

EN EL CUARTEL

(De la novela en preparación « El Señor Ministro »)

III

Arturo Rodríguez, el redactor en jefe del diario palaciego, llegaba al gran portón del Cuartel del 10.° de infantería de línea, en momentos del relevo de la guardia. Fuéle necesario esperar largo rato para poder entrar. Mientras tanto, púsose á mirar atentamente. Eran las ocho de una mañana glacial de Junio. Dos cabos y un soldado, envueltos en sus capotes de paño azul-oscuro, casi negro, llevando el último su fusil con la bayoneta armada, aproximáronse al centinela que se hallaba junto á la garita, donde aguardaba presentando las armas. Los cabos pertenecían, el uno á la guardia entrante, y el otro á la saliente. Este último se aproximó al centinela apostado y le ordenó que entregara su puesto al soldado que los acompañaba, al cual su superior al mismo tiempo mandaba reci-

birse de él. Transmitidas ambas órdenes de cada parte, el centinela que iba á ser relevado cruzó su fusil con el del otro, y, en voz baja, le dió á conocer la consigna, que los dos cabos escuchaban aplicando la mano en derredor del oído, según es costumbre en los cuarteles, probablemente para oir mejor las palabras pronunciadas despacio, con arreglo á la ordenanza.

Efectuado el relevo, volvieron los cabos y el centinela saliente al Cuerpo de Guardia, donde se hallaban formados los soldados que concluían el servicio de veinticuatro horas y los que entraban á reemplazarles. Entonces tuvo lugar la transmisión de consignas de una á otra parte, de cabo á cabo, de sargento á sargento y de oficial á oficial, hasta llegar á los comandantes de campo. Finalizado esto, los oficiales ordenaron echar armas al hombro y la nueva guardia penetró al sitio que le estaba destinado, marchando la relevada á su alojamiento, al fondo de la Plaza de Armas.

Todo esto presenciaba, desde frente al Cuartel, Arturo Rodríguez, mientras consumía pacientemente algunos cigarrillos. Él estaba acostumbrado ya á estas cosas. Conocía al dedillo el mecanismo del relevo de guardia, y no ignoraba que tendría que esperar aún varios minutos, hasta tanto que el Comandante de Campo relevado diese cuenta al jefe del batallón de haber entregado su puesto, y recibiese, el que entraba en ejercicio, las nuevas órdenes del superior.

—Se me pegaron las sábanas,—decía para sí, mientras paseaba por la vereda, á fin de calentar los pies. Si llego un cuarto de hora antes, me libro de este plantón. Ya vendrá el día en que tengan todos los cuarteles francas sus puertas para mí!

Y sobre este tenor se extendió en largo monólogo el flamante abogado y director del diario oficial, hasta que, desde su sitio de espera, pudo apercibirse que la nueva guardia quedaba definitivamente constituida. Atravesó la calle y se dirigió al centinela, que le dió la voz de alto, y al cual manifestó que deseaba ver al jefe.

—¡Cabo de cuarto!—gritó el centinela.

El cabo apareció en seguida y Arturo le dijo á lo que iba. Entró aquél al Cuerpo de Guardia y habló con el sargento, el cual á su vez se apersonó al oficial de facción, quien dió cuenta de lo que le decía su subordinado al comandante de campo.

Al poco rato, y después de haber dado su nombre, entraba Arturo al Cuartel. El edificio le era muy conocido, así es que, sin que nadie le indicase el camino, fué derechamente al despacho del jefe, que estaba en la Plaza de Armas, junto á la Mayoría.

El coronel López, jefe del 10.° de infantería de línea, conversaba con varios íntimos. Su salón tenía cierta semblanza con el de un Ministro con palmas de general. No le faltaba, para completar el parecido, su correspondiente antesala, y hasta los abigarrados visitantes, se asemejaban bastante á los que gastan las alfombras y el tapizado de las sillas y butacas de palacio. El cuadro era animado. El coronel, hombre joven y de buena estampa, conversaba con otro militar y un caballero anciano elegantemente vestido, de pie, junto á una amplia ventana con vistas á la calle. Un moreno sargento, parado á respetuosa distancia, tieso como un poste, esperaba el mate que uno de los visitantes succionaba lentamente. Sentados acá y allá había hasta como diez personas entre militares y particulares, á quienes un soldado servía también mate. De vez en cuando, el coronel abandonaba la ventana y departía en privado con alguna de estas últimas. Por lo general, eran amigos que iban á solicitar recomendaciones ú otros favores de López, pues más de una vez tuvo que ir á su escritorio á llenar tarjetas que entregaba á los mismos, afablemente, dándoles, al despedirse, afectuosos apretones de mano y acompañándolos con cortesía hasta la puerta.

El coronel López era hombre que tenía esas dos preciosas cualidades á que los franceses llaman *savoir vivre* y *savoir faire*, con las cuales, y algo de talento y regular dosis de audacia, tantos con presillas y sin ellas, han escalado las más encumbradas posiciones políticas en estas aún adolescentes democracias.

Oriol Solé Rodríguez.

(Continuará).

VISIÓN

Hacia la mitad del siglo pasado, después que alcanzó resonancia universal la magna empresa de los Treinta y Tres y la de los sos-

tenedores de la Nueva Troya, llegaba hasta nosotros, contada como leyenda bíblica, la narración de que un viejo encorvado por el peso de los años y de los servicios militares consagrados á la patria, hacía vida patriarcal en solitaria selva paraguaya.

El infortunio y la tiranía de un hombre que autocráticamente gobernaba su país, lo desterró y confinó en « Çurupaytí », más que por envidia á su gloria justamente alcanzada en las luchas por la autonomía de un pueblo que amaba hasta el sacrificio, por el odio que despertó en su espíritu el desinterés, la abnegación, el heroísmo y el amor á la patria que demostró el caudillo legendario, en esa misma campaña iniciada para libertar el nativo suelo de la oprobiosa tiranía extranjera.

Proscripto y olvidado, vivió muchos años. En su apartado retiro pensaba gozoso en su patria redimida ya, que lloraba la ausencia de su padre.

Con su mirada fija en el horizonte, revelaba el caudillo el profundo sentimiento de un alma oprimida y maltratada por infame ingratitud, y en sus palabras y en sus gestos llenos de resignación y de paciencia, demostraba el dolor profundo de su corazón, por el alejamiento forzoso, y por el abandono é indiferencia de sus conciudadanos.

Veía acercar el viejo luchador sus últimos días, y con la entereza de siempre, en medio de su infortunio, aceptaba tranquilo y sumiso la recompensa que le guardó el destino, después de tanta gloria !, de tanta abnegación !, después de tan sublime sacrificio para romper las tiránicas cadenas opresoras.

Por el año 49, en los días caliginosos del mes de Diciembre, cuando el espejismo en las extensas llanuras maravillosamente se producía, el viejo decrépito se hallaba sentado á la sombra de un añoso urunday, recorriendo aquella hermosa campiña con la vista; vió, allá lejos, muy lejos, casi en el horizonte, un grupo de soldados que marchaban en columna cerrada levantando polvareda y en medio de sus filas flotaba, azotando el viento, el estandarte portugués, que en hora menguada, lo vió por última vez en Catalán.

El fenómeno óptico, unido al espejismo, acrecentaron las figuras visionarias y el viejo campeón sintió hervir la sangre en su orga-

nismo de hierro, sus brazos accionaron con fuerza, sus labios se comprimieron y su figura de caudillo se irguió y dando un grito estentóreo dijo:

«Ansina: tráeme el caballo, que vienen los portugueses.—¿Dónde, mi general? exclamó el negro servidor—Allá, ¿no ves? dijo señalando hacia el fondo de la llanura—Es verdad, dijo éste—aunque no había visto nada, pero tenía confianza en la buena vista de su antiguo jefe y buen compañero.

Apúrate, trae la lanza, ponte tu sable de blandengue y tu tercerola de Montevideo, vamos á chocar con ellos—aunque muchos, no le tememos al número ».

Ansina se apuró, trajo y ensilló los caballos, y se armó de carabina y sable.

Su jefe montó en el *Centauro*. En su vejez, aquel rostro tostado por el sol de otro país, se enrojeció y lleno de abnegación exclamó: « Mi lanza, y vengan portugueses ».

El sol que en esa hora pasaba por el meridiano, fué envuelto por una inmensa nube que cubrió el campo con su sombra.

El espejismo desapareció; la tropa, que no era otra cosa que un fenómeno atmosférico que hizo equivocar su vista, se perdió en el ancho campo.

El viejo luchador conoció su engaño—y quedóse sumido en profundo abatimiento.

Esta visión de Artigas fué la pesadilla que apuraba el postrer momento de su vida, que iba á apartarlo del seno de los suyos excluyéndolo del escenario en que actuó con tanto patriotismo y valor.

¡En el corazón de sus conciudadanos quedará el recuerdo de sus sacrificios, y el ejemplo de sus virtudes y heroísmos, retemplarán el espíritu de los que heredaron su magna obra, en los momentos de la ruda prueba.

Pedro Pérez,
Subteniente.

SECCIÓN CIENTÍFICA Y MILITAR

BIBLIOTECA MILITAR

He aquí uno de los temas que nos ha sugerido mayor atención al dedicarnos á investigar el modo de hacer práctico en nuestro Ejército todo lo que importe un adelanto ó un progreso.

Sin estudio, sin preparación científica, no pueden concebirse iniciativas laudables, proyectos serios que importen adelantos ó progresos. Es por eso que los grandes Generales que asombraron al mundo con sus victorias, sus excelentes disposiciones en el campo de batalla, no conseguían sólo su objeto con la práctica de los campamentos y los numerosos combates en que se encontraban, sino que en ellos no hacían otra cosa que hacer práctico lo que leían y aprendían en la tregua que le proporcionaban sus campañas.

No es ahora solamente que el militar celoso de su preparación, de su mayor caudal de conocimientos en la profesión que sigue, estudia y lee con frecuencia todos los últimos adelantos de la guerra moderna que han sido vertidos en revistas, textos ó conferencias dadas en países extranjeros. Remonta á épocas muy antiguas en que las cuestiones militares eran precisamente el objetivo principal, el punto preferente de la dedicación de los gobiernos para sus subordinados, y sólo así puede concebirse esas épocas eminentemente guerreras cuyo estudio formaron la base de las primeras autoridades militares consideradas hoy en día.

Pero es precisamente una de las cuestiones que ofrecen mayor inconveniente para un militar que desea ilustrarse el excesivo costo de las obras relacionadas con su profesión, y no existir en el país, en la generalidad de los casos, las necesarias.

Es de imprescindible necesidad la creación de una *biblioteca militar* que proporcione los conocimientos necesarios, poniéndonos así en condiciones de dar cumplimiento á los deseos é ideas de adelanto que requieran los jefes superiores del Ejército.

Ya en el año 1895 un periódico militar hizo la misma propaganda, proponiendo al Superior Gobierno un proyecto para su creación, y en la misma época el Club Militar de Velocipedistas quiso llevar adelante el proyecto formándolo en el local social, pero en ambos casos no tomó cuerpo la idea.

Su necesidad se palpa perfectamente con las bibliotecas fundadas últimamente en los Batallones 1.º y 2.º de Cazadores para el servicio de los mismos, cuyos jefes, conociendo perfectamente que es uno de los medios más prácticos para ilustrar á sus oficiales y soldados, han designado una mensualidad de acuerdo con sus propios oficiales para su sostenimiento y progreso. Estos procedimientos de los cuerpos citados contribuyen á demostrar nuestros asertos, máxime si se tiene en cuenta que se trata de algo factible, sin que el tesoro del Estado tenga que hacer mayor desembolso, cuya realización importaría, como dejamos dicho, un gran adelanto para el Ejército.

Nuestra idea sería — someramente bosquejada — la siguiente: separar de la Biblioteca Nacional todas las obras militares que en ella hubiesen ó que por su índole tengan alguna atingencia con el Ejército; solicitar, como lo decía el periódico mencionado, por medio del Ministerio de Relaciones Exteriores, que los Ministros ó Cónsules en el extranjero establecieran canje con nuestras obras nacionales, los militares de los países en que se encuentran; solicitar igualmente la donación de textos á las autoridades militares y civiles, elementos del Ejército y á todas aquellas personas que se consideren simpáticas al mismo; y abrir una lista de suscriptores cuya cuota mensual no podrá ser menor de treinta ni mayor de cincuenta centésimos, quedando en esta forma cimentada la futura *Biblioteca Militar*.

Para su sostenimiento y progreso se pasaría, al mismo tiempo, una invitación á los señores jefes de cuerpo, buques de guerra, reparticiones militares, etc., para que se suscribieran con una cuota de cinco pesos mensuales por lo menos de sus presupuestos respectivos, cantidad que por lo reducida no importaría mayores sacrificios, máxime siendo voluntaria. En esta forma, y suponiendo que el número de reparticiones no baje de veinte, contribuirían con una mensualidad de cien pesos que reunidos á la suscripción

que podría existir, sería lo suficiente para el sostenimiento dela Biblioteca.

En cuanto al local podría designarse uno de los salones que existen en la planta baja del Estado Mayor General del Ejército y que por el momento no se encuentra ocupado; de esta manera quedaría más á la inmediata dependencia del propio Estado Mayor. Con relación al personal dirigente se dispondría de los señores jefes ú oficiales que se encuentran en situación de cuartel y que no tienen destino determinado, ó en su defecto designar empleados honorarios que creo que hay muchos que no se negarían á ello siempre que sus empleos efectivos se lo permitiesen. Respecto al servicio de limpieza y arreglo del local podría ser subsanado con dos soldados viejos que por sus años de servicios debe dárseles descanso en la vida de cuartel y que con un pequeño sobresueldo que se le daría de los mismos fondos de la Biblioteca quedarían llenadas las vacantes enunciadas.

Con un poco de buena voluntad y contracción por parte de las personas designadas para su dirección, creemos que, sin mayores erogaciones para el Estado, podríamos con una *Biblioteca Militar* cuyos beneficios pronto se palparían y daría lugar para que los propios clases y soldados distinguidos del Ejército que rara vez leen un libro militar por su excesivo costo, puedan ilustrarse y prepararse militarmente.

Dejamos, pues, sembrada esta semilla, dispuestos siempre á hacerla germinar cuando el terreno se presente favorable para su desarrollo.

Jaime F. Bravo,
Teniente 1.°.

Montevideo, Febrero 5 de 1900.

NUESTRA MARINA

I

Ha llegado la hora feliz, de entrever siquiera tenuemente, en el camino brumoso de nuestra marcha hacia adelante, las esperanzas que marcan con pureza la potencia futura de nuestra armada.

El indicador del adelanto naval americano señala el momento de la organización de nuestra marina de guerra, si queremos marchar sobre seguro en el concierto americano, deben surgir nuevamente los entusiasmos náuticos que nos dieron poder en los albores de nuestra independencia, debemos seguir con este nuevo siglo el rumbo seguro hacia nuestra grandeza, fomentando con sinceridad y fe de buenos, sin egoísmos, sin pasiones y con el cariño debido á la patria, su defensa marítima.

Felizmente hoy, no queremos un *Conon* que tenga á *Lisandro* porque no tememos que pueda en breve presentarse una acción como *Cuido*, que nos dé gloria y preponderancia naval, otra clase de factores, de otro orden, de paz y no de guerra, deben iniciarnos en la lucha, nos hace falta un pueblo que entregue á la patria un buque de las condiciones que se indicarán en el curso de estos artículos; que se revele grande como el argentino que en un arranque patriótico repone la nave tragada por los elementos embravecidos, que vencieron en su brutal empuje las resistencias de la ciencia y valor humano, ó como el español, que una simple colonia, rica en amor de progreso, entrega un crucero á su gran España! para fortalecer su poder naval y por fin es preciso que brillen los hombres, hoy apagados y mudos, que pueden por su talento é influencia política, hacer prácticas las ideas de adelanto para su patria, imitando siquiera lo que en materia naval, hizo por la República Argentina, el genio de uno de sus buenos hijos: don Domingo F. Sarmiento.

Este gran hombre, ejemplo entre los políticos americanos, hablando con los socios del *Centro Naval Argentino*, explicaba en las siguientes palabras, su cariño, su amor y su fe, en el valer de una escuadra: « Creed—decía—que guardo la seguridad de que con la « Escuela Naval » quedaba garantida la independencia que nos legaran nuestros padres y creado el vínculo que nos une á todas las otras naciones, por el cultivo de las ciencias y de las artes que dominan las fuerzas de la naturaleza, enfrenan las olas y contienen la injusticia ».

Sus palabras han sido de profeta, la escuadra argentina hoy poderosa, tuvo no ha mucho, el poder de someter á un árbitro el importante asunto de límites que amenazaba seriamente la tran-

quilidad sudamericana; y nuestros vecinos escuchando el eco de la palabra del gran patriota, se han hecho fuertes y grandes. Como agradecimiento y premio merecido pasean hoy el nombre de Sarmiento por todo el mundo, para que las olas de todos los mares lo acaricien y para que los pueblos todos conozcan el nombre de quien supo dar poder á su patria porque le dió Marina.

Nosotros por el contrario, aún habiendo sido los iniciadores de los estudios náuticos en el Río de la Plata, y obligados como estamos por la naturaleza á dar defensa á nuestro litoral marítimo, hemos dormido, y hoy al despertar, contemplamos con desconsuelo, al menos por mi parte, el parangón que se hace de nuestra escuadra con la de nuestros compañeros de vida en América: la Argentina, Chile y el Brasil.

La suerte, amiga sincera de nuestros destinos como nación, ha querido dispensarnos hasta el presente de la necesidad de buques, y si en luchas internas su poder se ha sentido, su falta se ha pretendido suplir, invirtiendo millones en arrendamientos perjudiciales siempre y que de nada hubieran servido en un choque internacional.

Hoy no encontramos poder ofensivo ni defensivo en nuestra escuadrilla, la sostienen como gigantes columnas, los nombres siempre queridos de Artigas, Rivera y Suárez, y siquiera como signo de cariño hacia ellos, hiciéramos un esfuerzo para llevarlos por el mundo en naves-escuelas que correspondan á su talla, sentiríamos el orgullo de iniciar nuestro porvenir naval, fatalmente olvidado.

En ese sentido, queriendo contribuir en lo ínfimo de mi poder, tanto intelectual como material, al progreso definitivo y seguro de nuestra Marina, arrojo en este artículo y los subsiguientes, mi grano de arena, al aire, hacia las playas del progreso.

No es preciso engolfarse en citas históricas para probar la importancia en toda nación marítima de su defensa naval, porque de ello hay convencimiento general entre las personas de serio pensar; desarrollaré, pues, la idea que nace en mí con fe sincera, idea que pudiera tener aceptación como práctica, cuya aplicación, que sin exagerar nos daría una escuadra poderosa, exigiría por otra parte erogación exigua, fácilmente soportable por la nación y tendría la virtud nada despreciable no sólo de no aumentar con los años sino también de hacernos dueños en todo momento de los más recientes adelantos en materia naval.

A primera vista, lo dicho parece una enormidad; se argumentará que las escuadras cuestan ingentes sumas á una nación; se dirá que los grandes y poderosos buques modernos requieren millones para su adquisición y conservación, muchos hombres para su cuidado y gastos serios para instruirlos prácticamente, que esas máquinas de guerra encadenadas además á la época de su construcción, desmerecen con los nuevos perfeccionamientos que se suceden rápidamente y el resultado final será siempre el de contribuir á corroer el Tesoro público sin beneficio real, al menos apreciable.

Nada más falso: si para poseer marina de guerra fuera necesario adquirir material naval *en todo momento* y soportar su costosa conservación, es lógico que para nosotros la empresa sería inabordable, pero felizmente las cosas se presentan de modo bien diferente.

Cuando pienso lo que caprichosamente gasta Inglaterra, Francia, Italia y todas las naciones marítimas de nuestra Europa en sostener sus *exageradas escuadras*, cuando del viejo mundo corriendo la vista á occidente el coloso norteamericano sorprende y entre nosotros, la Argentina, Chile y el Brasil que adelantan rápidamente, me asalta el pensamiento de que nuestra nulidad marítima se manifiesta cada vez con mayor claridad, pero me pregunto: ¿por qué razón para tener escuadra hay necesidad *siempre* de tener buques? ¿no podría tenerse una flota de guerra poderosa sin *tantos* buques de combate?

Saltan las pruebas, perfectamente serias y aceptables que deslindan el asunto y sientan la conclusión siguiente para nosotros muy favorable: *Una escuadra poderosa* EN TIEMPO DE PAZ *requiere selecto personal y nunca buques de combate.*

Con este criterio en ocho ó diez años estaríamos en condiciones, por lo menos igual, á cualquiera de las potencias navales sudamericanas.

Lean, pues, lo que sigue, todos los orientales de corazón, los que siendo buenos hijos de este codiciado manjar sudamericano, olvidan rencillas de familia y se levantan alto, bien alto, á las cumbres del deber y verán que nuestra felicidad no hace camino, por que no tenemos Marina propia tanto mercante como de guerra que la custodie y encamine en la vida comercial é internacional.

Cuando contemos con esa fuerza, habrá en nuestro país vida independiente, y no sentiremos con tanta intensidad el reflejo que nos llega del adelanto que camina con energía en la gran nación que tiene su asiento en la margen derecha del Río de la Plata.

Federico García Martínez,
Teniente 1.º de Marina.

(Continuará).

NOTAS DE REDACCIÓN

NUEVAS PRESENTACIONES

F. Valdez Douglas. Es un escritor primoroso y elegante que engarza ideas brillantes y originales en un estilo lleno de color y armonía.

E. Santiago Argüello H. Es el primero ó uno de los primeros poetas de Nicaragua. La « Musa Rural » se distingue por una originalidad y una inspiración completamente nuevas. Hay vigor y fluidez en todas las estrofas del poeta centroamericano.

Alejandro Lamas. Distinguido compatriota, nos honra nuevamente con una composición verdaderamente hermosa, desarrollada en un estilo fluido y sereno, sin tropiezos ni afectación de ningún género.

Enrique Rivera. Es un poeta de exquisita sensibilidad y de sentimiento mussetniano, que cincela gotas de llanto, inspirándose á la sombra del sauce de los recuerdos. Favorablemente conocido en nuestro mundo intelectual, se presenta en las páginas de La Revista con una poesía realmente hermosa.

Carlos Ledgard. Es uno de los primeros cultores de las letras en la República del Perú. « La historia de Regal », constituye una página brillante y animada que mucho gustará á los inteligentes lectores. Pocos, muy pocos trabajos han salido en nuestra publicación que reunan el mérito del que suscribe el valiente cuentista peruano. Su estilo es el de un verdadero artista de la palabra y se destaca por el colorido y la eufonía que lo animan.

Manuel A. San Juan. Es director de uno de los primeros periódicos de América, que se títula « La Revista Ilustrada de Lima ». Sus vastos conocimientos y su figuración literaria de primer orden hanle asignado uno de los primeros puestos en la literatura de su

país. « Dysis » es verdaderamente rara y nos parece difícil que agrade al público grueso de nuestra literatura. Su terminología arcaica la hace oscura y poco aceptable para los que fustigan al modernismo. Nosotros le damos cabida con verdadero gusto conforme al libérrimo programa que nos sirve de guía. ¡ Juzguen los lectores de su mérito artístico !

Orosmán C. Moratorio. Es un joven compatriota á quien no se puede negar datos intelectuales y verdadera vocación de poeta. Nosotros que como artistas veneramos la memoria de su padre, abrigamos fundadas esperanzas de que recoja la hermosa herencia, y haga con ella su lábaro de escritor.

Sara Julieta Arlas. Es favorablemente conocida de nuestro público inteligente por la exquisita delicadeza de su espíritu artístico, que sabe expresar hermosamente las nostalgias del corazón y las melancolías soñadoras de la juventud.

Oriol Solé y Rodríguez. Es compatriota nuestro y hermano en ideales. Alma de artista, reune un vigor de erudición envidiable y comparte provechosamente su tiempo entre las ingratas tareas de la medicina y las dulces adoraciones del Arte. Su figuración literaria en cuanta revista existe en el continente americano le ha valido aplausos y parabienes, reconociéndosele en todos los teatros de la literatura, como á un gallardo paladín intelectual.

Pedro Pérez. Es subteniente del Ejército Nacional. « Visión », que así se titula el trabajo que honra las páginas de nuestra Revista, acusa talento en el autor y brillantes disposiciones para el cultivo de las letras. Nos complacemos en saludarlo con el clásico « adelante ».

Como siempre la Sección Científica y Militar, es interesante y figuran en ella el teniente 1.º Jaime F. Bravo, ya conocido por publicaciones anteriores que le han valido aplausos del público intelectual de nuestro Ejército; y Federico García Martínez, teniente 1.º de la Marina Nacional, que es á no dudarlo uno de los jóvenes más preparados é inteligentes de la armada. « Nuestra Marina » que así se titula el trabajo de García Martínez merece nuestra especial recomendación. Lo mismo decimos de la producción de Bravo, titulada « Biblioteca Nacional », que es á no dudarlo un valioso trabajo que ha de gustar mucho á nuestros lectores.

LA REVISTA

LITERATURA Y CIENCIAS

AÑO I—N.° 4 | Montevideo, Febrero 25 de 1900 | TOMO II

SECCIÓN DE LITERATURA

UN POETA DE COLOR

Accedí á entrar cuando mediaba la noche en la cantina del *Gran Hotel* de aquella ciudad colombiana donde apenas debía permanecer aún algunas horas, y Ernesto, mi buen amigo Ernesto, impresionable joven con quien me unía el vínculo de idénticas vocaciones literarias, dirigióse á la pequeña mesa de mármol más inmediata á la puerta principal del establecimiento, y apercibiéndose á tomar la silla frontera al mostrador, me señaló la opuesta.

Un mozo que acudió solícito, y que se detuvo á corta distancia de nosotros, cumplió el deber de interrogarnos con la actitud y la mirada.

Pedimos dos tazas de te y dos habanos, y mientras el sirviente se alejaba presuroso, dije á mi amable compañero de letras:

—Paréceme que ha llegado el momento de las explicaciones. ¿Quiere usted satisfacer al fin mi natural curiosidad, y decirme por qué hemos hecho durante una hora el papel de azotacalles, recorriendo una y otra vez las del mismo barrio, hasta que dimos con aquel pobre sereno que á la escasa luz de su farolillo portátil, y acurrucado en el umbral de una puerta cochera, escribía lo que sospecho que debe ser pedestre y erótica espítola enderezada á alguna mal oliente maritornes?

No agradó, sin duda, á Ernesto el tono de mofa escéptica con que emití las precedentes frases, pues revelando en su semblante cierta avasalladora gravedad que no le había conocido yo hasta

entonces, respondióme con voz en que vibraba una emoción profunda:

—He querido que conozca usted una personalidad excepcional, un caso de angustiosa pugna entre legítimos anhelos intelectuales, nacidos al influjo de aptitudes reconocidas y ejecutoriadas, y tiránicas imposiciones de un destino burlador y aciago.

No sé qué misteriosa aura de tristeza me invadió de pronto al oir esas palabras. Recuerdo que tuve que esforzarme para exclamar con superficial irreflexión aparente:

—¡Cómo! Ese joven de color á quien acabamos de ver ejerciendo humildes funciones de policía nocturna...

— Es un artista, un verdadero artista, un cincelador de la frase rítmica cuyo pseudónimo literario conoce usted de seguro, como lo conocen cuantos siguen con vivo interés los varios rumbos del movimiento intelectual americano. Las principales publicaciones periódicas que en América brindan sus columnas á la producción estética de buena ley, han hecho merecidas alabanzas de su genio poético, y solicitan su colaboración eventual y desinteresada. Sepa usted que el nombre postizo de ese joven es....

Mi amigo Ernesto pronunció en seguida un sustantivo que yo había visto con frecuencia, en los más acreditados órganos literarios de Hispano-América, al pie de composiciones líricas reveladoras del pesimismo que suele acompañar á la más alta y refinada cultura intelectual, y á la sensibilidad subyugante que es distintivo propio de algunos excepcionales temperamentos de artista.

—¡Cosa singular! — exclamé. — No puede haber más hondo abismo que el existente entre la condición real de ese hombre dentro del medio que le han creado la naturaleza y los elementos de la sociedad á que pertenece, y la exquisitez de afectos y elevación de ideas que caracterizan sus producciones literarias, imprimiéndoles el *cachet* por el cual se reconocen ciertas aristocracias intelectuales formadas á la luz de las propagandas y al calor de los neurosismos en que abundan los grandes centros de la civilización humana.

— La terrible lucha entre las torpes tiranías del nacimiento y de la posición social, y los legítimos anhelos de una inteligencia superior — dijo con mal contenida indignación Ernesto — ha engendrado en el alma del hombre á quien acaba usted de conocer,

uno de esos infortunios profundos é irremediables que tienen para el pensador todo el interés inherente á los más conmovedores conflictos dramáticos.

Dirigí á mi interlocutor una escudriñadora mirada, y mientras el mozo del hotel vertía en las tazas el te preparado, por indicación de ambos, con arreglo á viejas prescripciones asiáticas, formulé, como obligado á sostener el diálogo, esta pregunta:

— ¿Y conoce usted de mucho tiempo atrás á ese poeta?

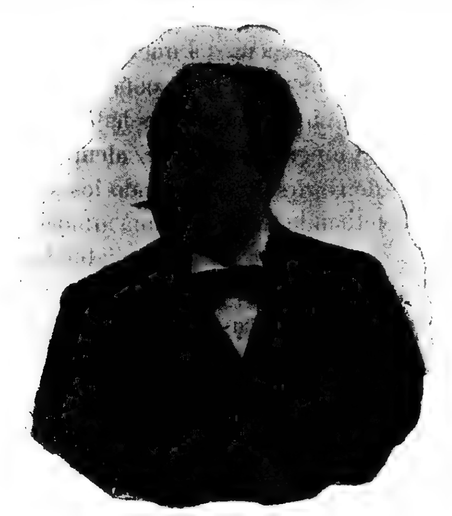
— Dos años hace que me presentó á él uno de los redactores de *El Cronista,* periódico local en que han salido á luz muchas de sus composiciones poéticas. Antes había oído hablar con frecuencia á algunos rimadores pertenecientes á nuestra juventud literaria de las brillantes aptitudes que todos le reconocen, y de los abrumadores obstáculos que esas mismas facultades habían tenido que vencer para manifestarse, sin ninguna suerte de alentador estímulo, en la más triste carencia de recursos, estudiando los secretos de la rima en libros ajenos, y actuando dentro de una atmósfera social refractaria, por vulgar y depresiva en su irremediable bajeza, á la excelsitud propia de ciertas inspiraciones del arte.

—¡Pero, amigo mío, lo que usted me dice tiene visos fuertemente románticos ó novelescos!

— Tan extraño obrero de la idea viene arrastrando, desde su más tierna infancia, una vida casi totalmente exenta de goces, y en que las privaciones han solido llegar á veces hasta lo inverosímil. El trabajo se le impuso como necesidad ineludible en edad muy temprana, y me admira que su férreo yugo no haya embotado la sensibilidad de esa alma, destruyendo los gérmenes de una poderosa vocación literaria. Tal fenómeno impone consideración y respeto. Yo opino que en las idealidades y en las ilusiones á que propende todo hombre de su índole, ha encontrado el pobre luchador la energía con que se sobrepone á la dura realidad de su existencia. Cuando lo real es ingrato, suele resultar de inestimable valor aquel fecundo y maravilloso poder imaginativo que nos transporta al encantado país del Ensueño.

— Quizá usted exagera, con inconsciente generosidad, el esfuerzo que exigen las labores de un enamorado de la belleza artística como el que me describe.

—¡Oh, no! Crea usted que me quedo corto al enaltecer el valor intelectual y las fuerzas morales que revela la actividad poética, entreverada de heroicas abnegaciones, de ese inverosímil tipo. Sepa usted que, en la actualidad, el ser algo enigmático á que me refiero trabaja ocho horas del día como amanuence de un juzgado de letras, y por la noche le roba otras seis al descanso para ganar las escasísimas sumas con que atiende al sostenimiento de su enferma y anciana madre. Y usted lo ha visto: mientras vela guardando la propiedad de gentes cuya potencia intelectual y prendas de carácter se hallan muy por debajo de las suyas, traza á la débil



MANUEL A. SAN JUAN

luz de su farolillo de vigilante nocturno las estrofas impregnadas de triste desesperanza y doliente dulzura que después acogen y publican, sin conocer cabalmente su origen, algunos de los primeros órganos periódicos de Hispano-América. Como posee el *quid divinum* de la más alta poesía lírica, que consiste en imponerles el propio sentimiento y la propia manera de ver á los lectores, sus producciones alcanzan éxito universal y legítimo, sobre todo entre los ejemplares femeniles que tienden á cierto refinamiento neurótico. ¡Cuán lejos están de imaginarse las núbiles vírgenes á quienes deleita y domina en lujoso camarín ó perfumado *boudoir* la inspi-

ración delicada, hondamente personal, y á menudo abundante en nebulosidades germánicas de este heroico adorador de las Hiántidas, que el vate á cuyo mágico influjo vibran dócilmente las impresionables cuerdas del arpa misteriosa de sus nervios es un obscuro y humilde hombre de color en incesante pugna con una vida de privaciones y miserias!

—¿Y usted cree que los hombres de letras que en el extranjero celebran tan singular numen poético ignoran en lo absoluto la clase de persona en que se manifiesta, y las dolorosas dificultades con que batalla?

— Estoy enteramente seguro de ello. El desdichado artífice de la frase rítmica les oculta, con luminosa conciencia de la ordinaria injusticia de los juicios humanos, la cadena que le hacen arrastrar sus caracteres de raza, y la ruin y mercenaria posición á que le sujeta el destino. Muchas veces los editores de las hojas extranjeras en que colabora le han pedido con reiteradas instancias su retrato, y algunos apuntes autobiográficos anexos, á fin de hacerlos figurar en las mismas páginas que abrillantan sus musicales y seductoras rimas. Siempre ha esquivado la exigencia, y no en verdad por el orgullo ingénito del intelectual que teme desmerecer mostrando al público, que le admira en sus obras, los rasgos poco simpáticos de su fisonomía física, sino en virtud del culto avasallador que rinde á la hermosura de los engendros poéticos. Algo le afligiría la mofa de que pudiera hacerle objeto el vulgo de los lectores al advertir cómo colorea de bronceado intenso su piel ese indeleble pigmento africano que le fué transmitido á manera de perpetuo vínculo de casta. Pero lo que sobre todo le acongoja y aterra es la idea del desprestigio en que, según él, caerían las producciones á que imprime el sello de un buen gusto excepcionalmente acendrado, si se supiera que son hijas del ingenio de un mestizo de la más baja extracción plebeya.

Mi amigo Ernesto emitió estas últimas frases con inflexiones de voz que manifestaban una conmiseración profunda. Propenso yo á dejarme contagiar por achaques de esa índole, intenté resistir exclamando:

—¡Bah, bah! Probablemente se trata de un caso patológico, de un desequilibrado por efecto de neurosismos que anulan ó reducen

á insignificantes proporciones el libre albedrío. No olvide usted que la inspiración poética ha sido estimada en todo tiempo, y sobre todo en nuestra época de triunfador positivismo filosófico, como nacida de un estado anormal próximo á las fronteras de la locura.

Movió Ernesto la cabeza á uno y otro lado con el aire del hombre que rechaza la autoridad consuetudinaria de las imposturas deleznables para todo criterio científico, apuró de un sorbo el resto de su taza de te, y me dijo en tono que expresaba convicción firme é inalterable:

—Usted no cree eso. Usted sabe muy bien, porque es poeta, que la pretendida afinidad entre el genio poético y la locura es una pedestre invención acogida con gozo intenso por escritores degradados y ruines, anhelosos de herir reputaciones colocadas á gran altura sobre las suyas halagando la impotencia de la mayoría intelectual á quien la falta de inspiración y de sentido estético veda el empleo de los prestigiosos recursos del metro y de la rima. La prueba evidente de que esa afinidad es una quimera enderezada á rebajar muchas de las más nobles creaciones del ingenio humano, la suministran los insignes escritores que cultivaron á un tiempo la poesía y la prosa, legando á los písteros modelos inmortales de este género especial de belleza. Así, por ejemplo, los líricos y trágicos de la antigua Grecia resultan, estudiados á la luz de la crítica moderna, los hombres quizá más sabios y mejor equilibrados de su época. La sensatez escéptica de Horacio y de Virgilio, los más célebres poetas latinos, que se vislumbra al través de sus mayores entusiasmos gentílicos, es una de las cualidades que precisamente imprimen marca de singular excelsitud á sus obras. Dante fué un gran pensador, Shakespeare todo un psicólogo y explorador de los obscuros senos del corazón humano. Y en las cumbres bañadas de la luz de la edad moderna se destacan las figuras esplendentes del patriarca de Ferney, del autor de Werther, de Hugo, de Manzoni, y hasta de Carducci, Tennyson y Lecomte de Lisle, como irrecusables testimonios de la coexistencia en un solo individuo de aquellas prestigiosas facultades que nos muestran la verdad amparada y difundida por la razón suprema, y la inspiración deslumbradora y multiforme encerrada en el áureo molde de las brillantes producciones poéticas. Yo veo que donde quiera las más

elevadas aptitudes para la poesía se han manifestado en alianza estrecha é íntima con la fecundidad engendradora de obras en que campea el más perfecto y maravilloso equilibrio de las facultades mentales. Lo que el desequilibrio mental produce, con raras excepciones, es la incipiente ó crónica poesía descosida y absurda, y la mala prosa, que por desgracia tanto abundan en todas partes.

—Según esa manera de apreciar ciertas formas ó modos de la actividad estética...

—¡Oh, sí! El casi desconocido forjador de versos que motiva estas afirmaciones mías no es víctima de una tendencia mórbida hereditaria, ni de una accidental alteración patológica perturbadora de la inteligencia. Su desgracia moral, implacable y cruel como pocas, nada tiene que ver con el estado físico de su organismo vigoroso y sano. Ella es, al contrario, producto fatal de una estructura encefálica superior, avasallada por esclavitudes de raza y por invencibles preocupaciones y despóticos determinismos reinantes en el medio en que se ha desarrollado y vive.

—¿Trátase, pues, de un mal sin remedio?

—Incurable, amigo mío; tan incurable como el que forjó la soberana fantasía del autor de *Las hojas de otoño* al encerrar un alma nobilísima, sedienta de amor y de ternura, en el cuerpo deforme de Quasimodo. Ni un golpe teatral de fortuna que lo convirtiera en dueño de grandes riquezas lograría hacer feliz al hombre de que me ocupo, porque nada puede borrar lo que él califica de estigma impuesto por la Naturaleza. Para tener idea de su estado hay que figurarse un alma de aristócrata intelectual sujeta con inquebrantables lazos á la condición más plebeya. Y la prueba concluyente y palmaria de la exactitud de este juicio la suministra el culto respetuosísimo, nacido de una pasión que durará tal vez lo que dure su existencia, con que el desdichado mira á una joven perteneciente á linajuda familia del país.

—¡Es posible! Llega su audacia...

—No hay ni sombra de audacia en un amor jamás declarado, y sujeto al yugo de resignación amargamente dolorosa pero tranquila. Entre las distintas fases morales de ese tipo adecuado para figurar en cualquier ficción de novelador romántico, la que esquician

los anhelos de la adoración erótica sin esperanza es la que más impone á todo verdadero psicólogo involuntario afecto, en que hay mucho de estima. ¡ El paciente rimador nocturno es un enamorado de lo imposible!

La entonación nerviosa que daba á sus frases mi interlocutor, se hizo de todo punto intensa al hablar de aquel rasgo psíquico que á sus ojos completaba la fisonomía moral del artista.

Sonaron las dos a. m. en el reloj de la cantina, y ganoso de sustraerme al influjo de la atmósfera nebulosa y triste creada en torno mío por el original relato y las reflexiones de Ernesto, me puse de pie, y le di silenciosamente un apretón de manos, dirigiéndome en seguida á mi habitación, situada en el primer piso del *Gran Hotel.*

Diez horas después me embarcaba en uno de los vapores de la *Pacific Mail,* con rumbo á San Francisco de California.

Han transcurrido diez años desde la época de mi último paso por aquella ciudad colombiana, que Ernesto abandonó también al poco tiempo de mi partida.

Y cuando oigo hablar de vocaciones contrariadas, de anhelos irrealizables, de burladores sarcasmos del destino, me pregunto cuál será la condición actual del infeliz poeta de color cuyo nombre hechizo suelo ver en las mejores revistas literarias del continente, debajo de estrofas impregnadas de esa nostalgia de la justicia y del bien que constituye el torcedor perenne de tantas inteligencias superiores.

Manuel A. San Juan,
Peruano.

Diciembre de 1899.

DAGUERREOTIPO

Yo adoro á una princesa de formas elegantes,
Con grandes ojos negros y artístico perfil,
Que luce con orgullo las líneas arrogantes
Que dan á sus contornos un tinte varonil.

Sus manos armiñales, cuajadas de brillantes,
Ostentan la blancura del pálido marfil,
Y adornan sus cabellos, obscuros y llameantes,
Las frescas rosas rojas que nacen en Abril.

Su nombre es margarita, su amor es misterioso,
Y dice á mis oídos, con ritmo silencioso,
Las dulces y armoniosas palabras del ideal.

Después, contra sus senos, mis carnes aprisiona,
Su vida, con mi vida fantástica, eslabona
Y nuestros labios cantan un cántico triunfal.

José Pardo,
Argentino.

Buenos Aires.—1900

MEDIOEVAL

Para el distinguido poeta
Julio Herrera y Reissig.

Y el castillo merovingio, destacábase altanero sobre abrupta roca, como centinela de avanzada, recordando á los campesinos el poderío de los antiguos señores feudales, señores de horca y cuchillo, que diezmaban á sus súbditos con enormes contribuciones, prohibiéndoles protestar bajo severos castigos.

En aquel castillo inexpugnable, el duque d'Hericourt, viejo decrépito, vivía solo con su hija Roxana, delicada flor de invernáculo, suave visión de cuentos hadaicos, que nos traía á la memoria las melancólicas heroínas de las narraciones de Hoffmann.

Sus cabellos, que parecían hechos por los rayos más rubios de un sol que se pone, sus manos que eran dos diminutas azucenas, su talle delicado, flexible, que se columpiaba al perfumado aliento de las brisas, y sus piesecitos que eran dos manojitos de jazmines, daban idea del retrato de Roxana, la hija del orgulloso duque d'Hericourt.

Roxana estaba enamorada, y sus amores eran ignorados por su padre que soñaba para ella un príncipe de sangre real, que viniera de países ignorados y que fuese portador de mentadas glorias.

Roxana tenía amores con un pajecillo de su castillo. Todas las noches, á esa hora en que hacen su salida los duendes y los trasgos; cuando las brujas, cabalgando en sus escobas, pueblan los aires con sus lacias é hirsutas cabelleras, prendiendo en ellas las almas de los malos, el pajecillo amante de Roxana subía por la enredadera que trepaba hasta la ventana de su habitación, rodeándola como festoneado marco y matizándola con sus florecillas blancas, rojas y moradas, que exhalaban por las noches el perfume de sus cálices.

A esas horas, mientras todos dormían, el pajecillo arrullaba con sus palabras que eran ritornellos é hidromieles, los castos oídos de Roxana, que apoyada sobre el alféizar de la ventana, contemplaba con sus ojos húmedos y lánguidos á su paje, y besaba con sus labios febricitantes los labios carmesíes de su amado.

Una noche, de esas serenas y melancólicas, cuando en la atmósfera flota una suprema beatitud, el paje instaba á Roxana para que lo dejara penetrar en su alcoba de doncella; Roxana se resistía; el pajecillo reiteraba sus pedidos, y Roxana, desfalleciente de amor, embriagada con las caricias de su amante, cedió al fin, mientras el paje penetró en la alcoba y una nube negra, muy negra, y grande, muy grande, que avanzaba callada por el cielo, obscureció la luna, como inmenso cortinado, y todo, castillo, comarca, campiña, fueron envueltos en fúnebres tinieblas.

Roxana, después de algunas horas, después de despedir á su amante con el beso de las flores deshojadas, trató de conciliar el sueño, pero en vano; aunque por breves momentos lo lograba, se despertaba sobresaltada, angustiada, y grandes ojeras negras circundaban sus mejillas de azúmbares marchitos. Hubo un momento en que se despertó victima de una horrenda pesadilla, creyó sentir un gemido, miró al suelo de su habitación y vió como gotas de sangre rojas, muy rojas, que se destacaban sobre el verde sombrío de la alfombra, y que eran los pétalos de los claveles rojos que su amado le había traído. Volvió á sentir otra vez algo como un gemido, pero más débil, más apagado, y temerosa, con sus cabellos sueltos, con su peinador entreabierto, semi-desnuda, se asomó al alféizar de la ventana, coronada por la enredadera que servía de escala á su pajecillo, y vió en el suelo, á la luz cenicienta de la

luna, sobre la loza fría del pavimento, el cuerpo inerte de su paje, que yacía en medio de un lago de sangre, víctima de una caída que había tenido al bajar, ebrio de felicidad, por la enredadera de campanillas blancas, rojas y moradas.

Casimiro Prieto Costa,
Argentino.

Buenos Aires, Febrero de 1900.

IMPOTENCIA

Para Aída.

I

Aurora que se levanta,
aura que besa las flores,
arrullos de ruiseñores
ó filomela que canta.

Extraña, exótica planta
de rarísimos colores,
divina canción de amores
que los oídos encanta.

Bello Zafir de Golconda
engarzado en la diadema
de una cabellera blonda

Todo eso quiero en la vida
para formarte un poema
digno de ti, dulce Aída!

II

Poema de amor que sea
música eterna en la fuente,
en el cielo astro fulgente,
cendal de espuma en Astrea.

Aroma en la flor, presea
en la Natura ferviente,
una ilusión en la mente,
luz, mucha luz en la idea.

Un poema que te diga
mi amor, mis ansias, mi anhelo
y tus caricias bendiga.

Y sea—al par que consuelo—
una esperanza, mi amiga,
de ganar el almo cielo!..

III

Y he de decirte, señora,
en los versos del poema
la misteriosa y suprema
palabra consoladora.

Mi alma, en silencio te adora
y es tu cariño su emblema,
y aunque en tus ojos se quema
por ellos suspira y llora;

Mas, siento negra tristeza
pues me arrebata la palma
la impotencia aborrecida,

Por eso, al ver tu belleza,
la ardiente Musa de mi alma
no canta: llora, mi Aída!

Horacio Olivos y Carrasco,
Chileno.

Santiago de Chile, Febrero de 1900.

DE MI CARTERA

Estuve hojeando, no ha mucho, un libro de pensamientos, pero de pensamientos incoloros, inodoros é insípidos, al extremo de que al leerlos uno le parecía que los acababa de leer, como acontece con muchos rostros que vistos por primera vez no parece sino que los hubiéramos dejado de ver á la vuelta de la esquina. Y por todo comentario escribí al final del libro: « Pensamientos escritos por el antiguo procedimiento del dedo en el agua ».

Es curioso en extremo el afán que demostramos todos por hacer recaer sobre un tercero la culpa de lo malo ó desagradable que nos pasa. Los que tienen mal genio atribuyen casi siempre las frecuentes explosiones de su mal carácter á la torpeza é inhabilidad de las personas que los rodean y sirven; los que tropiezan, culpan á quien colocó el objeto contra el cual tropezaron; aquellos que no son apreciados, á la ojeriza ó envidia de los demás; los que en una empresa cualquiera fracasan, á la maldad de los que los acompañaron, ó á los celos y rivalidades de los hombres. Nadie quiere atribuir á causa propia los continuos desengaños y reveses que sufre, y pocos se toman el trabajo de pensar que una dosis mayor de prudencia, de previsión, de cultura y de luces les hubiera bastado quizá para evitar el mal de que se quejan y que un poco más de justicia los impulsaría á responsabilizarse á sí mismos por las contrariedades de que diariamente son víctimas.

En el país, hay quien confunde el mérito de escribir mucho y bien con la desfachatez de borronear cuartillas y darlas á la luz pública. Por eso creen valer algunos, que no tienen más habilidad, ni han tenido jamás otro hipo, que hacer sudar las imprentas con los soporíferos productos de sus cerebros vacíos.

Las gentes que miran desde afuera el oficio este de escribir para el público, suelen figurarse que citas y pensamientos originales se le ocurren á uno en un santiamén. Los que estamos en el secreto, los *confiteros* que diría Daniel Muñoz, sabemos que no todo en los trabajos que el escritor ofrece á sus lectores es producto de la inspiración y obra del momento. No pocas veces, por el contrario, una frase atildada ó un párrafo hermoso y grandilocuente, nos trae á la memoria el manuscrito antiguo de apuntes, ó el socorrido librote de pegaderas.

He conocido un hombre que ofrece una cosa curiosa que observar. Ocupó un ministerio, y nadie lo vió reir cuando caminaba por las calles acompañado. Bajó del ministerio, y hoy cualquiera, aun el más miope, lo ve reir, y reir de ganas.

Hace poco tiempo conocí á un sordo como una tapia que hablaba con las demás personas á gritos, no por otra razón, decía, sino porque era un poco sordo. A este fulano le parecía que si no gritaba no se le oía bien, y le pasaba una cosa que quizás es común entre los hombres: atribuir á los otros la sordera propia, poniendo á prueba la paciencia ajena.

Muchos, para figurar en política, atacan á los gobernantes y logran popularidad. Si bien los examinamos, con frecuencia no encontramos nada detrás de la exterioridad, en lo que se parecen mucho á las bambalinas y telones de teatro. Estos tales ponen en práctica con los hombres del poder la frase de los loros á las personas que se les acercan: «Que te corto! que te corto!»

Aquí en nuestra República, llaman frutos del país á cosas que, cuando menos, serán de muchos países; porque nadie es capaz de sostener seriamente que sólo entre nosotros abundan las pesuñas, el maíz, el carbón y los cuernos.

El toque de escribir bien sobre un asunto dado, suele consistir en dominarlo por completo; y en saberse contener el autor dentro de los límites prescriptos por la naturaleza del tema, y en tratarlo con apropiado estilo, no sólo por ser el conveniente al asunto, sino también por ser el que el autor con habilidad maneja. Si el artista rebasa imprudentemente estos límites y sale, por cualquier concepto, de este campo, jamás hará obra buena que merezca justicieramente elogios de los contemporáneos y el perdurable recuerdo de la posteridad.

En algunos géneros de vestido es más lindo el revés que el derecho, como en ciertas casas de familia las mamás y las sirvientas exceden en belleza á las muchachas. (1)

Carlos Martínez Vigil.

LULÚ

En estrofas parisienses que su olímpico desdén
va rimando en las penumbras de su cielo siempre gris,
remembranza extraños sueños con Goncourt y con Verlaine
esa lírica cocotte de las calles de París.

¡Oh, Manón no fué tan blonda! Su coqueto y áureo tren
diera envidia á la Antonieta,—la angustiada Flor de Lis—
y los rizos picarescos que se hamacan en su sien
desparraman embriagueces de champañas y de hatchis.

En su falda, que al desgaire de Ninón de boulevards,
deja ver la aristocracia microscópica del pie,
carcajea el sol en pliegues de pekines y foulards;

y al caer la tarde de oro, bajo un rojo parasol
se parece á una enfermiza y entreabierta rosa-thé
desmayada hermosamente bajo un ósculo del Sol!

Manuel J. Sumay,
Argentino.

Buenos Aires — Estío del 1900.

(1) Continuará en el número siguiente.

A UN AMIGO

LECCIÓN DE MORAL

No desoigas, Abelardo,
mis consejos,
que si hoy eres un gallardo
mozalbete,
por desgracia no estás lejos
de la edad
en que el hombre necesita,
porque el mundo le respete,
seriedad.
Verdad es que esto no quita
que también
te diviertas un tantico
y harás bien.
Eres joven, guapo y rico
y, á más de esto,
tienes fama de modesto;
mas se dice que derrochas
tu fortuna locamente
y que, á todo indiferente,
vas tirando los monises
con morochas
y con rubicundas *mises*
que, entre risas
y palabras rebosantes
de cariño,
te sonsacan el dinero
como á un niño.
¡Majadero!
Ya te lo dirán de misas
tus amantes
cuando te hayan arruinado
y no tengas ¡desdichado!
cinco pesos
para guantes.
Y los besos
que te ofrecen, delirantes,
siendo rico,
te rehusarán entonces.

¡Pobre chico!
El calor funde los bronces
y el amor,
si se toma con calor,
funde el oro.
No derroches el tesoro
que tu padre
allegó con el sudor
de su frente.
Mal que cuadre
á tu genio, aunque á disgusto.
ponte adusto,
y, si piensas cuerdamente
nunca escuches, por favor,
los cantares
de sirenas tentadoras
que, malvadas,
te darán sólo pesares
bajo el fuego de miradas
seductoras.
Ten prudencia
y dedícate á estudiar
si te gusta alguna ciencia
ó algún arte,
todos menos el de amar;
y podrás así enmendarte,
sólo así.
Cumple, en todo, mis consejos,
fía en mí,
y cuando seamos viejos
ya verás
si tenía ó no razón.
Tú dirás
que te endilgo este sermón
porque, al fin,
no soy rico como tú.
Claro está ¡por Belcebú!
que, á no ser
un grandísimo rocín,
y, á tener
tres ó cuatro milloncejos,
no intentara,
con inútiles consejos,
convertir

á un insigne calavera
que, en mi cara,
suele echárseme á reir
con cinismo.
Y, á decir
la verdad, puede que hiciera
yo lo mismo.

Vicente Nicolau Roig.

Buenos Aires, Febrero de 1900.

CUENTO DE CARNAVAL

La calle, estrecha, sombría, con sus altas fachadas negreando en la obscuridad, perdíase á lo lejos sumida toda ella en un gran letargo. Eran las cuatro de la madrugada; todo parecía dormir; y Claudio, con su máscara de albayalde, su casquete blanco, su holgada vestimenta de *Pierrot* también blanca y ornada de cascabeles, proseguía en su marcha torpe é insegura de borracho que flaquea.

En medio de los vapores de la embriaguez, de las bocanadas de locura que subíanle al cerebro, una angustia infinita oprimíale el corazón. Una hora, dos horas antes, al retirarse del baile adonde había asistido, Claudio, en su silenciosa travesía á través de la ciudad entregada al sueño, cuando todavía le zumbaban en los oídos los acordes de las músicas, las risas de las máscaras, el bullicio de la multitud loca y jadeante; cuando aún enceguecía sus ojos toda aquella pompa inusitada, aquel lujo insolente, aquella exhibición de sedas y oropeles desfilando á través de salas, de calles y de teatros; uno de esos tantos cuadros en que se deja ver la miseria, habíasele presentado al paso: una mujer andrajosa, ebria, semidesnuda, saliéndole al encuentro en busca de un socorro. Él, impresionado, entristecido por tanta desgracia, había vaciado sus bolsillos en aquella mano descarnada y temblorosa; pero aún creía verla; creía verla en su fantástica peregrinación por la ciudad impasible y sorda, siempre extendida, siempre implorando, como pi-

diendo para sí un poco de aquella felicidad robada, de todo aquel oro esparramado á los vientos en una noche de placer y de orgía. Sus gritos, sus blasfemias, sus horribles imprecaciones lanzadas contra la sociedad y el mundo, creía oirlas Claudio en el aire cálido que caía de lo alto, del cielo lóbrego, preñado de nubes de tormenta.

Oh! qué amargo despertar! La loca alegría de esa noche, los momentos de solaz pasados entre buenos camaradas, allá en el baile, parecían haberse desvanecido, derrumbado bajo el soplo de algo muy frío, muy extraño, que viniera de arriba.

Aquel resurgimiento de la verdad desnuda, acababa de echar por tierra los recuerdos de la fiesta, y sólo ahora un gran desaliento, el dejo amargo del vino del placer, quedaba en su alma sensible, henchida de lúgubres presentimientos. Y, en la noche tormentosa, en su marcha torpe é insegura de borracho que flaquea, Claudio, el poeta, el soñador, el bohemio incorregible, en medio de los vapores de su embriaguez, de las bocanadas de locura que subíanle al cerebro, sentía que una gran angustia le oprimía el corazón.

Claudio ya no reía: esto antojábasele un apóstrofe, un sarcasmo, una bofetada en plena faz á la humanidad que sufre. Ahora, su traje de *Pierrot*, su máscara de albayalde, el eco de sus propios pasos que en el silencio de la noche oía repercutir allá en la acera opuesta, llenábanle de una vergüenza, de un miedo que le hacía huir en acelerada fuga, sin mirar á su alrededor, con el paso inquieto y receloso del criminal que créese perseguido. Con la inconsciencia de un autómata, caminaba, caminaba siempre, por la calle estrecha y sombría, que una gran bocanada de aire, de viento, ahora comenzara á barrer. Y en esta carrera loca, bajo la tormenta ya próxima á desatarse, Claudio no paró un momento, hasta que hubo llegado al miserable cuartucho que servíale de vivienda, á la desmantelada bohardilla, que, como un nido de gorriones, hallábase encaramada allá en lo alto de un tercer piso. Entonces, una vez allí, mucho más sereno, mucho más tranquilo, abrió la ventana y junto á ella dejóse estar.

Con los ojos fijos en el horizonte, sondeando la obscuridad en que parecía confundirse la tierra con el cielo, Claudio miraba al

acaso, como si buscase la ciudad, oculta en el abismo; y de repente, durante un segundo, á la viva luz de un relámpago, la vió reaparecer distante, allá abajo, para no verla más, como un lívido fantasma envuelto en llamas funambulescas.

Una gran conmoción había hecho retemblar la casa; gruesas gotas cayeron del cielo, y muy pronto la calle apareció toda negra. A trechos, la luz amarillenta del gas al reflejarse en el húmedo adoquinado, trazó luengos regueros de oro, que escalonados en línea recta se sucedieron hasta perderse allá en el fondo sombrío de la desierta calle.

Para adormecer su espanto, para ahogar su angustia y sustraerse á los sombríos pensamientos que bullían en su cerebro, Claudio continuaba mirando; pero allí, en la desmantelada bohardilla, frente de los elementos desencadenados, su angustia pareció aumentar. Ideas lúgubres volvieron á asaltarle, y el penoso cuadro que acababa de ver, aquella mujer paseando en el silencio de la noche sus harapos rotos y su desnudez hambrienta, reapareció de nuevo ante sus ojos. Claudio la veía siempre, poseído, presa de una obsesión. La veía allá en el fondo de las tinieblas, en su marcha á través de los tiempos y de las edades, agrandada, terrible, como una encarnación del vicio, de la miseria, de todos los azotes que han afligido y afligen á la humanidad. Veíala reaparecer después de los esplendores de aquel día, como reaparece el pus de una úlcera al despojársela de las sedas y tules en que por largo tiempo ha permanecido oculta. Y, entonces, al pensar en los muchos infelices, en los muchos desgraciados que tal vez esa noche no tendrían un mendrugo de pan que llevarse á la boca, ni una almohada en que reclinar su frente, Claudio sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas, bajo el peso de un gran dolor. Buscó su lecho, y en él dejóse caer, extenuado, sin fuerzas, ansioso de la calma que su espíritu exigía.

Allá fuera, la tempestad continuaba arreciando, cada vez con más bríos, con más furia. Ráfagas inmensas barrían ahora la ciudad, cual si quisieran regenerarla, volverla pura y sin mácula, llevándose consigo toda la podredumbre, toda la inmundicia, todos los miasmas, toda la hiriente farsa de aquella noche de licencioso libertinaje. Era algo grande y simbólico, algo en que á Claudio se

le figuraba ver un nuevo castigo infligido sobre las iniquidades de los tiempos modernos: el triunfo tardío pero seguro de la justicia y de la razón; el triunfo del socialismo amplio y generoso que cobija á todos los hombres bajo una misma bandera y alivia los dolores de la humanidad encaminándola hacia el bienestar común, entonando su himno de guerra en medio del derrumbamiento de los viejos ídolos, del utilitarismo, del agio, de la preponderancia del rico sobre el pobre, del oro sobre la inteligencia.

Y, en tanto que allá afuera, en la noche lóbrega y sin luna, el huracán arreciaba castigando toda la casa hasta en sus cimientos, allí, en la miserable bohardilla, allí en el lecho, con el rostro pegado á la almohada, en una gran caricia, frente de aquella inmensidad negra y trastornadora, Claudio sintió su corazón oprimido tan dolorosamente que prorrumpió en sollozos.

Un quejumbroso lamento, un vagido tierno y dulce de niño que se queja, una misma frase, siempre dicha, siempre balbuceada, escapábase de sus labios:

—Dios mío! Dios mío! Dios mío!

En el rincón penumbroso de la desolada estancia, su máscara de albayalde reía, reía siempre; en tanto que lágrimas de fuego, de cólera, de infinita desesperación, rodaban silenciosas, abrasándole las carnes afiebradas.

Juan Picón Olaondo.

Febrero de 1900.

VELUT UMBRA

Era el instante somnoliento y triste
De abrumadora calma,
Cuando brotan los astros en el cielo
Y todas las congojas en el alma!

El Sol, más que candente, enrojecido
Como un disco de grana,
Teñía con sus ígneos resplandores
De las sombras la mustia caravana.

Las perfumadas brisas de la tarde,
Lo azul de la colina
Que á lo lejos del río se esfumaba
Como al través de pálida neblina;

Aquel rumor, las vocingleras notas
Del ave en el follaje,
El remanzo de trémulas ondinas,
La insólita grandeza del paisaje...

Todo; perfiles, sombras y colores,
Tranquilidad, misterio,
Vibraba en lo más íntimo del alma,
Como vibran las cuerdas de un salterio!

Sonreía la página celeste
Con su primer estrella;
Era dulce el murmullo de las ondas
Y fresco el aire de la tarde aquella;

Pero ni voz, ni luz, ni panorama
Mi espíritu embebía,
Como el supremo don de tu hermosura
Bajo la mustia claridad del día.

Tú, para mí, gentil y encantadora
Como la flor primera
Que desata sus pétalos de raso
Comenzando á bullir la primavera;

Tenías el encanto irresistible
De una virgen hebrea,
Tan casta como el lirio de los valles,
Tan pura como el fuego de la idea!

Y eran bajo la nieve de tu frente,
Dos luceros tus ojos,
Tus mejillas, jazmines entreabiertos
Y ardientes como el sol, tus labios rojos.

Tan negra como el ébano rodaba
Graciosa y hechicera
Por tus contornos griegos, alma mía,
La red de tu abundosa cabellera.

De pie sobre la barca juguetona,
La diosa parecías
De aquellas infinitas soledades
Pobladas de perfumes y armonías...

¡Oh, suprema beldad! Luz de mi ocaso,
De mi dosel estrella,
Como ninguna cariñosa y pura,
Como ninguna cariñosa y bella;

Ven, y verás, cómo en la isla santa,
Sin pesares, ni hastío,
Será un lazo de flores la existencia
Y un solo ser tu corazón y el mío.

Eugenio C. Noé.

Buenos Aires, Febrero de 1900.

EL CASCO NÁUFRAGO

Una noche, cuando ya huían las sombras en desbande, comenzando un amanecer, surgió en la tendida playa de la ensenada de Castillos como sobrenatural escalo el casco de una barca sueca casi desarbolada, con las velas de relingas no desgarradas, atesadas. Y conservando aún avanzada la madrugada, en la semi obscuridad y en medio de la confusión del momento, los faroles de señales encendidos indicando barco velero en marcha; el de cristal verde al costado de estribor y el de luz roja en alto delante de una gavia.

Como si fuera del peso de un miñango la embarcación, y con la misma facilidad que devolvía á la costa los granos de la hez del carbón que arrojan al agua de los vapores en esa altura durante su travesía; el mar, con sus olas embravecidas en su crisis de furia, la habían impulsado para ir desgraciadamente á encallar.

Estaba del destino que no había de salir más de allí. La «Mandal» no cortaría más las olas de ningún mar; en lugar de desmembrarla en su ancianidad en un astillero, pasando su material y en-

seres para completar otro navío, su suerte se había trocado muy diferentemente; tenía en fuerza de su sino que desgastarse á capricho del océano en su rudo embate. Allí bajo un eterno paire sin moverse, sin balancearse más, anquilosada, en una inmovilidad de pontón legendario é inservible, como un organismo ya sin vida, dispuesto sin defensa alguna para las roídas y dentelladas del ambiente y las escarbaduras de los cachones que rompen ruidosos en la playa.

Muchos días se trabajó sin embargo con afán por devolver por entero al agua aquel marinero navío traidoramente ido á pique y que había surcado casi todos los mares en las diferentes líneas de que formó parte, soportando más de cien veces deshechos temporales; pero á los tirones brutales de las maromas, la «Mandal», como acometida de un inmutable empaque, de una terquedad férrea, sólo respondía con grandes crujidos de su obra muerta como si fuera á dividirse en partes, sin menearse de su estancamiento, siempre proa á los médanos que se extienden al frente como barrera inexpugnable en cordilleras eslabonadas como las cadenas de las grúas y de un uniforme color amarillo-pajizo, color de aridez inequívoca, que produce una cansada monotonía, sólo rota en los días de sol por las sombras proyectadas de las dunas y albardones más altos...

Las embarcaciones dispuestas para el salvataje no se podían acercar por correr el riesgo de quedarse en el mismo estado, como si fuera el barco un noli me tangere.

Tal era la internación del buque en la costa. Sucedía entonces que los empujes no podían ser tan poderosos desde la distancia en que se tenía que operar. El casco, en gran parte se había introducido en la arena, y á cada reiterado tirón parecía arraigarse más.

Era como un tato á quien se tira de la cola frente á su guarida y se prende fuertemente en la tierra con las uñas y hay al fin que abandonar á trueque de quedarse con la cola en la mano.

Una tarde, después de inauditos esfuerzos se decidió, en vista de la infructuosidad de la tarea, abandonar el buque varado, y la serie de embarcaciones empleadas para la zafadura, declarada su impotencia se perdieron en el horizonte con sus caños negros vomitando humo espeso y con los buques menores á remolque cor-

tando las olas amorosamente detrás y cargadas con todo lo que humanamente se pudo extraer.

La barca quedaba sola en la desamparada y terrible costa. En su encalladura, el barco había formado su pavés con su propio peso. Estaba con su escafa tumbada de la borda de babor. El timón, bajo la rudeza del arrastre, habíase quebrado lo mismo que ciertas partes del velamen, que luego fué arrancado en su totalidad. Uno de los foques había caído en el momento del naufragio sobre la cubierta. La arboladura del bauprés y una de las cacholas estaban inutilizadas. Los vidrios de las casametas, del alcázar de proa, de las cámaras y gran parte de la vasijería de servicio, redujéronse á un montón de añicos. Algunos de los ojos de buey que en el momento de la catástrofe se encontraban abiertos, desgonzados de sus visagras, permanecían ladeados y sólo sostenidos por una brizna metálica. Infinidad de cuerdas meollares, guardabolinas arrancados por la brusca sacudida cayeron sobre cubierta, y algunos cabos de las gavias deslingadas se hallaron sumergidos al antojo de los cachones en sus cabrilleos y sólo suspendidos por las encapiladuras de las bandas.

Todo el vecindario pobre de las inmediaciones que en su mayoría ocúpase, siendo hasta su único medio de vida, del despojo y pirataje de los buques perdidos, habíanse encargado de aligerar un poco más la barca, llevándose campantes á sus hogares algunos objetos pertenecientes al malogrado velero. Había que ver cómo en un santiamén desaparecían las chapas pesadas y cordajes fuertemente amarrados, y no hay por qué decir de los objetos portátiles ó fácilmente llevaderos. ¿De qué es aquello?, solía frecuentemente preguntar el huésped de la casa costanera, morada de esos singulares lobos de mar al contemplar algo raro en uno de los patios, colgado en alguna de las paredes toscamente enjabelgadas ó cierto utensilio colocado á la vista que por sus condiciones desarmonizaba con el resto del mueblaje, de los adornos ó de la humilde orfebrería doméstica, era infalible que la respuesta no sería, es obra de mi santiscario, sino la consabida muletilla. «Esto lo obtuvimos cuando el naufragio de la barca «Mandal» ahí en el Polonio...» No era tampoco cosa extraordinaria encontrar en esos hogares de husmeadores de siniestros marítimos, dignos más bien de ser guar-

datrasteros que de sagrario, la tableta de nomenclatura de pañoles oficiando de percha, las cúpulas ó campanas de cristal de los grandes focos eléctricos de á bordo haciendo de queseras ó guarda frutas, el casco de una pequeña casameta con tragaluz convertida en inmunda perrera y trinquetillas funcionando de trancas, conservando aún el lustre producido por la estregadura de las cuerdas cuando su antiguo oficio.

De tiempo en tiempo, los furtivos despojadores, cuando reconocían más viable la tarea, enlazaban las tablas aflojadas por los resoplos de los huracanes y por los brutales latigazos de las olas, ingeniándose para traerlos á la playa á buen recaudo. Todos habían merendado de la barca. Y así, bajo tan diferentes clases de desgastes, el pobre buque encallado en la arena, aparecía como un esqueleto incompleto, con su costillar vacío, desnudo, hueco, sin olor de alquitrán y desaparecida la estopa como una osamenta sin migaja de carne al costado de un camino y que han abandonado las rapaces después de haberse cebado pelándole despiadadamente los tejidos.

La línea de flotación que todavía conservaba vestigios del color de la pintura diferente del de las regalas y demás resto del casco, fué el sitio preferido por las bellotas de mar, por los balanos que abren perezosamente sus gomosos tentáculos como una rara flor escarlata, por los percebes enracimados con sus sombreros de nácar sonrosado como epidermis de joven virgen... y por los taladradores gromas.

Así transcurrió mucho tiempo y el casco abandonado de la «Mandal», mirado á la distancia aparentaba encontrarse siempre en el mismo estado, aunque como acontece con ciertas llagas ocultas, en el interior de su tablazón cubierta de una lama de verdoyo de mar la polilla del tiempo, auxiliada por la del abandono, muy pronto habían de dar al traste con los últimos despojos del hermoso navío sueco. El barco náufrago soportando casi á diario temporales en esa onminiosa costa atlántica, estaba de Dios que había de desmenuzarse para completo remate de un día para otro.

En efecto, acercándose, advertíanse más bien sus numerosos achaques, sus nuevas arrugas de decrépito precoz.

Los vecinos que cruzaban en sus andanzas por frente de él, ha-

bituados á verlo por largo tiempo, allí siempre surgiendo imperturbable y paciente tanto en los días bonancibles como en los borrascosos, tanto bañado por espléndido sol que calentaba la armadura desvencijada del maderamen, como en los neblinosos velado, casi oculto por el humo de la cerrazón que empapa la podrida escafa como después de copioso chaparrón, habíanle tomado con el correr de los días un verdadero cariño, cariño nacido influenciado por el medio.

Casi ninguno pasaba sin dedicar una mirada compasiva á ese resto ruinoso, á aquel andrajo marino que mostraba en punto avanzado en lo alto de la proa, el mascarón perniquebrado figurando una sílfide con la pintura de esmalte azul y los floreos dorados desteñidos. En cambio, muy pocos eran los que al cruzar dirigíanle un vistazo torcido, de soslayo, como avergonzándose de ocuparse de una cosa inanimada que filosóficamente poco ó nada correspondía importarles, y estos mismos está por suponer que en el fondo del alma le querían, que profesábanle amor al armatoste aquel, llegado un día inopinadamente, para desde su sentadera, en ese retazo de costa desolada, envuelta siempre en una soledad inrasgable, acompañarles por largo tiempo en ese confinamiento en que estaban esclavizados. Siendo el objetivo de las miradas tímidas, bajo ese ropaje de indiferencia fingida el de enterarse si en los días pasados sin observarlo el buque destartalado no había sido tragado de un chupetón por la mar implacable. (1)

Carlos H. Mata.

DE UN POEMA

Sobre las hondas negras; en la noche fantástica,
yo desafié las iras del vértigo del mar,
de pie sobre la popa de un bergantín negrero,
oyendo á mis espaldas rugir el huracán.

(1) Continuará en el número siguiente.

El rayo enarbolaba su látigo de fuego,
hiriendo la tiniebla su lívido fulgor,
y del profundo abismo de la mar cavernosa
salía un gran lamento de terrible dolor.

Sin jarcias ni velamen, crugiendo sordamente,
iba sobre las hondas el negro bergantín,
como un fantasma extraño, como un espectro enorme,
como algo que no tiene ni sol ni porvenir.

Del horizonte obscuro llegaban los gemidos
de los vientos coléricos que venían del sur...
y de los altos cielos miré que descendía
sobre la mar vibrante una pálida luz.

Y que las olas turbias sujetaron sus iras
y los vientos helados su tremendo clamor,
mientras el hosco cielo desgarraba sus lutos
y del abismo líquido callaba el corazón.

Y en la calma serena, bajo los tristes astros,
sintiendo que en mi espíritu rugía el huracán,
me burlé de los vientos, me burlé de la noche,
de las olas enormes y del alma del mar.

Froilán Turcios,
Hondureño.

Tegucigalpa, Honduras—1900.

TROPICAL

Desata, oh ninfa, de tu veste el velo
y bríndame el festín de tus hechizos,
sobre un lecho de glauco terciopelo
con guirnaldas de lotos y citisos.

Mira cual brillan y su ritmo alteran
las blancas ondas que mi pecho toca:
son dos magnolias que temblando esperan
la mariposa ardiente de mi boca.

Arrullen nuestro sueño de ventura
las wilis, del remanso en las malezas,
mientras vibran del bosque en la espesura
los ósculos de Pan á las faunesas.

Las mieles de tus besos, gota á gota,
quiero beber en búcaro de grana,
y ver cual rueda y en tus hombros flota
el oro que en tu frente se devana.

Colúmpiame en tus brazos de alabastro,
y tu caricia de nereida sea
el beso de la linfa con el astro,
el éxtasis de Marte y Citerea!

Germán García Hamilton.

Buenos Aires, Febrero de 1900.

EN EL CUARTEL

(De la novela en preparación « El señor Ministro »)

(Continuación)

Se hallaba todavía á esa altura de su carrera en que necesitaba sembrar para recoger; y López no ahorraba la semilla, buscando amigos y popularidad por todos los medios y en todas las esferas sociales. Tanta maña se había dado que el afortunado militar era, en aquella época, el jefe de Cuerpo más generalmente apreciado. La prensa, sobre todo, hacía á diario grandes elogios de su batallón y de su persona; y no la prensa asalariada, sino los mismos diarios de oposición, en cuyas redacciones él contaba siempre con amigos. Se le llamaba « militar ilustrado y de orden », « soldado pundonoroso » y muchas cosas por este estilo, y circulaba la novela de que había tenido un duelo con otro jefe de alta graduación, á causa de haber pretendido éste sobornarlo para un motín de cuartel, que hubo de estallar á poco de mandar él, el 10.º de infantería de línea.

Tal vez por esta circunstancia altamente honrosa para él, aún cuando el Gobierno legal que se pretendía derrocar fuese malo, tal vez á consecuencia de esta *parada* de verdadero efecto, real ó fraguada, en una época en que las sublevaciones militares eran endémicas, el coronel López había adquirido la reputación de que disfrutaba y que entonces muy pocos de sus colegas de figuración tenían.

Como se ve, pues, Arturo Rodríguez no anduvo desacertado al cultivar preferentemente esta relación, algunos años atrás. Tuvo la clarovidencia de la posición que más adelante conquistaría su amigo. A este olfato sutil de perro rastreador, muchos deben su fortuna en política. Esta era la especialidad de Arturo, y como se verá oportunamente, mucho le valió.

Y volvamos ahora al salón del 10.º de infantería de línea. Los visitantes de la antesala eran más abigarrados. Pero, para pasar al despacho del Jefe, se seleccionaba mucho: ahí iban sólo los íntimos ó las personas de cierta posición social. El oficial que anunciaba al coronel López las visitas, sabía ya su rango al introducirlas, de manera que tomaban asiento donde aquél las colocaba. Las gentes de poco más ó menos, en la antesala de sillas de Viena deslustradas y con luxaciones, donde se aguardaba largo tiempo y no había mate; y las de categoría en el confortable recibo del coronel, en el cual se hombreaban con senadores, diputados, magistrados, jefes de alta graduación, proveedores y otras personalidades situacionistas.

El Jefe del 10.º no atendía á los «plebeyos» de la antesala sino cuando ya había «dado audiencia» á los amigos del salón de íntimos. Y era de ver cómo se impacientaban aquéllos en sus inacabables esperas, los cigarrillos de todos los colores y olores que quemaban, los puchos que desparramaban sobre aquel piso de pino de tea machihembrado, enemigo irreconciliable de la asepsia, las cosas que se decían unos á otros por matar el tiempo, mientras el coronel departía con toda calma en la sala contigua hasta las diez de la mañana, en que, invariablemente, se despedían y retiraban sus íntimos, porque sabían que á esa hora ya estaba su coche á la puerta del cuartel para llevarlo á la casa particular del Ministro.

En la antesala esperaban también mujeres. Eran caras conoci-

das para la gente que frecuentaba los Ministerios. «Viudas» encargadas de distintos corretajes, que iban acompañadas algunas veces por «niñas huérfanas» á su cargo, á las cuales, por no dejar solas en casa, dada la naturaleza de sus ocupaciones, las llevaban prendidas de la saya donde quiera que fuesen, y, sobre todo, á las casas de personajes de evidente influencia.

Hasta que el coronel López no se despedía de su última visita, no pasaba á la antesala. Pero como en ese momento iba siempre de prisa, pocos eran los minutos que dedicaba á los pacientísimos pretendientes, inspiradores de nicotina, que lo asaltaban al divisar su gallarda silueta. Él los conocía uno á uno y sabía á lo que iban. «No hay nada de nuevo todavía», decía al uno sin esperar á que abriera la boca. «Pásate por el Ministerio esta tarde», á otro que daba media vuelta después saludando militarmente. Ó bien: «Puede usted ir á la Contaduría; está arreglado el asunto»; «Hablé con el Habilitado y dice que no puede hacer nada»; «Ya te he dicho que no seas cargoso... que no hay empleos...»; «Pásese mañana; no he tenido tiempo de ocuparme de usted...» Y por este tenor López atendía á aquellas gentes, avanzando hacia la puerta de salida medio asfixiado por los que lo cercaban y el olor á tabaco negro y á alcohol que despedían muchos de ellos.

Las señoras, aparte, aguardaban á que los hombres se marcharan para aproximarse al coronel. Éste, que era muy galante con el bello sexo, tenía la atención de dedicarle algún tiempo más. Algunos «¡muchísimas gracias!» pronunciados con visible contento y acompañados de acariciadoras sonrisas llenas de promesas, daban fin, por lo general, á las lacónicas conferencias, no por eso menos provechosas. Entonces recién podía tomar su coche el Jefe del 10.° de Infantería que, como se ve, daba audiencias á lo Ministro y se le hacía antesala como á éstos.

. . . .

Oriol Solé Rodríguez.

NOCHE TRISTE

Noche triste...
Noche triste de recuerdos y nostalgias.
En los rígidos alambres canta el cierzo
Una amarga serenata.
¡Yo estoy solo!
Yo estoy solo y en los muros taciturnos
Como rondas de fantasmas,
Las siluetas de mis muebles
Se retuercen, se contraen, se dilatan.

El hogar está sombrío,
El hogar está sin llamas,
Por las grietas de los muros
En glaciales bocanadas
Entra el frío, y me acaricia,
Y me hiela, y me acobarda.

Noche eterna...
Noche eterna de recuerdos y nostalgias.
¡Yo estoy solo!
Yo estoy solo aquí en mi cuarto,
Con mis sueños, con mis penas, con mis lágrimas!

Raúl Montero Bustamante.

1900.

LA VIEJA ESPADA

Está la espada, oscura y olvidada,
en la panoplia señorial clavada.
Yo creo
que ha de crisparla, á veces, el deseo
de ir á zigzaguear en el torneo
y hendir, hasta el airón, una celada.

A mi vista la espada se contrista;
y me mira, la pobre, con su vista
nublada

de valerosa espada bien templada
que en la panoplia está crucificada
y se muere pensando en la Conquista!

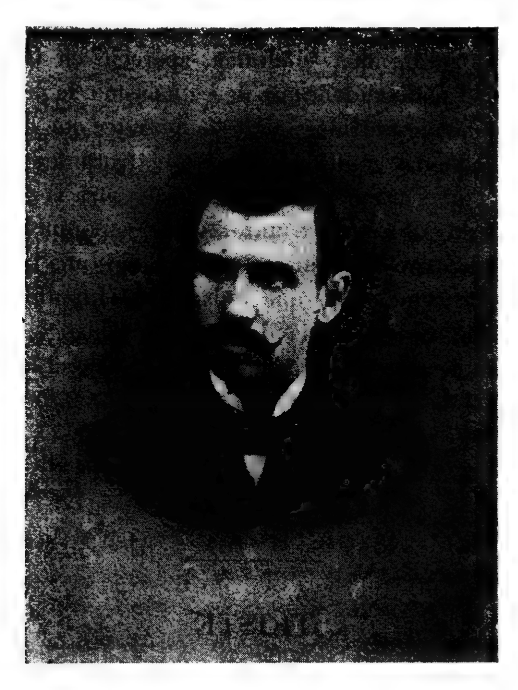
José M. Quevedo,
Argentino.

La Plata, 1900.

EL DESQUITE

El telón se alzó por vez postrera y empezó el tercer acto del drama que se estrenaba con tanto éxito aquella noche.

Pablo, trémulo de gozo por la ovación que había merecido su



FELIPE A. OTERIÑO

obra al final del otro acto, miraba, oculto detrás de un bastidor, aquella muchedumbre de burgueses y aristócratas que lo habían aplaudido con entusiasmo, á él, al ignorado autor que pocos años

antes chapoteaba el barro de las calles con sus pies desnudos, temblando de frío bajo sus harapos, medio muerto de hambre, miéntras pasaban por su lado, como un escarnio á su indigencia, escupiéndole el lodo que recogían las ruedas, los carruajes de los opulentos, de los que no sentían frío, ni tenían hambre.

El triunfo estaba asegurado: los finales de las escenas se perdían entre salvas de aplausos estruendosos; algunos espectadores, más entusiastas que los demás, llamaban á grandes gritos al autor.

Pablo no cabía en sí de gozo: la alegría del literato era grande, pero la del hijo de la gleba llegaba á la apoteosis, al verse aclamado por aquellas gentes que antes odiaba con el rencor del que todo le falta al que todo lo tiene, y que ahora veía casi con cariño.

Pero cuando, al terminar el drama, apareció en la escena, llamado por aquel público delirante de entusiasmo, le pareció que los aplausos eran menos nutridos; y al comprender que la obra perdía á los ojos de aquellas gentes porque era el fruto de la inteligencia de un *plebeyo*, un sentimiento que lo alejaba otra vez de ellas, fué á mezclarse á la alegría del triunfo: y á tiempo que se inclinaba, agradeciendo la ovación, apareció en sus labios una sonrisa indefinible, reflejo de aquel odio que renacía en el fondo de su alma, modificado por la conciencia de su superioridad sobre aquellas gentes, que antes pasaban á su lado, escupiéndole el lodo que recogían las ruedas de sus carruajes.

Felipe A. Oteriño,
Argentino.

La Plata, Febrero de 1900.

TRISTE

Amada: cuando te alejas
Hacia tu paterno hogar,
Vas triste, porque me dejas,
Y son amargas tus quejas
Como las aguas del mar.

Vas triste, cual el proscrito
Lejos del suelo natal:
Llevas en la frente escrito
De tu dolor infinito
El poema sin igual.

Vas triste, cual los judíos
Cuando cautivos se ven,
Siervos de reyes impíos,
A orillas de extraños ríos
Y lejos de su Salén.

Del amor mío sospechas
Tú, que se extinga el volcán:
Me dejas tiernas endechas,
Diciéndome que sus flechas
Los celos te arrojarán.

Por eso, mi bien, vas triste
Y es sin lindes tu dolor:
Tu alma de luto se viste,
Porque ignoras que resiste
Todas las vallas mi amor.

Amada: porque me quieres
Como siempre te querré,
Con crueles dardos te hieres
Y amargas quejas profieres,
Entre la duda y la fe.

Aureliano G. Berro.

SECCIÓN CIENTÍFICA Y MILITAR

REFORMA DE LAS CLASES PASIVAS

I

Ligada como está á importantes factores de nuestro estado social, creemos que abordarla completamente con carácter de *obligatoria*, sería un paso impolítico de consecuencias funestas para el país.

La reforma *á voluntad* de los jefes y oficiales pertenecientes á las listas de *Montepío y 7 de Septiembre* que están demás, es la reforma verdaderamente esencial, la de mejores resultados, la que se verificaría por cambios tan insensibles como aquellos porque pasa una semilla hasta convertirse en árbol. Cae por su propio peso, que á las demás clases pasivas, civil y militar, debe comprenderles la reforma obligatoria.

Desde el gobierno del señor Ellauri, esta trascendental cuestión, de vital interés para las finanzas del país, ha sido objeto de controversia y materia de largos y detenidos estudios. No se ha podido menos que reconocer, que aparte de las complicaciones que traería aparejadas la aplicación de una ley creada con posterioridad á los derechos adquiridos, hay que tener en cuenta el problema de su realización sobre la base de un capital que al 1 % de interés represente la renta que le corresponde al *retirado*.

La nación se costea: 654 jefes y oficiales de la lista de *Montepío* y 1820 de la lista *7 de Septiembre* que distraen un servicio mensual de $ 58,514.50; y mensualmente también el *Cuerpo de Inválidos* cuesta $ 5,463.70, la *Plana Mayor Activa* $ 4,131, *Pensionistas militares* $ 1,141.66, *viudas y menores militares* $ 58,418.86, *ciudadanos de la Independencia* $ 82.51, *Premios de Constancia* $ 269.49, *Retirados militares* $ 172.22, y *Sucesores de los Treinta y Tres* $ 531.07.

Pero de acuerdo con el precepto legal, para llegar á la reforma es medida previa *el retiro;* de modo que los $ 58,514.50 que absorben las clases pasivas de las listas de *Montepío* y *7 de Septiembre* sufrirían una alteración que fluye alrededor de una suma mayor en una tercera parte y que no es posible calcular con precisión, porque depende de los años de servicios que la Comisión Calificadora compute á los retirados. Sin embargo de esta diferencia bastante respetable, tomamos las obligaciones de la nación, tal como se encuentran, con las asignaciones que á cada clase les señala la ley del Presupuesto según la situación en que figuran.

El cómputo, pues, de los servicios enumerados asciende á $ 128,735.01, que en números redondos nos harían pensar en un capital de TRECE millones de pesos para destinarlos á la reforma.

Ahora, si se tiene en cuenta la extorsión practicada á las listas de *Montepío* y *7 de Septiembre* partiendo simplemente de los sueldos correspondientes á *Reemplazo* ¡calcúlese lo que acrecería el capital de reforma tomando como sueldo-tipo el correspondiente á *Retiro,* como lo dispone la ley militar, ó bien, el sueldo íntegro, considerado fundadamente justo y equitativo y punto de partida para iniciar la reforma, á fin de no lesionar los intereses y derechos de los reformados!

Pasando por alto estas reflexiones viene la cuestión capital que debe quedar de antemano definida: ¿con qué recursos se cuenta para aplicarlos á las necesidades de la reforma?

Desechado el pensamiento de realizar empréstitos de éxito problemático, quedan en pie dos medios expeditivos, dignos de tomarse en consideración:

1.º Descuento general ó parcial sobre el Presupuesto General de Gastos;

2.º Creación de un impuesto nuevo especialmente destinado á ese fin exclusivo.

Analicemóslos por su orden.

El ilustrado mayor Riva-Zuchelli que en distintas ocasiones se ha preocupado de tan importante cuestión, proyectaba la reforma en 11 años y 1/2 sin el sistema de propuestas y con éste en 9. Sus proyectos presentados los años 83 y 88 tenían por base la formación de un primer capital, gravando una buena parte del Presu-

puesto General de Gastos en un 10 %, y, no obstante la época propiciatoria y los términos elogiosos con que los recibió la prensa del país, en ninguna de ambas presentaciones fué abordado.

Posteriormente se ha querido humanizar la reforma en detrimento de la misma clase reformada, afectándoles sus exiguos sueldos con un descuento destinado á formar el capital de reforma.

Son estos los descuentos respectivamente general y parcial á que hacemos alusión más arriba. Por lo que respecta á la creación de un nuevo impuesto al país, no tenemos conocimiento de que haya sido proyectado, pero en el supuesto de que los Poderes públicos estuvieran animados de llevar á cabo la reforma de las clases pasivas, sería la fórmula ó sistema que decididamente prestigiaríamos por considerarla encuadrada en un principio de equidad, al que no deberían escapar ninguno de los habitantes de este país, desde luego que á los unos les toca su parte de responsabilidad en los errores del pasado, y á los otros cierta obligación moral de contribuir al afianzamiento del bienestar nacional, incorporados como están sus intereses á los intereses públicos en el usufructo de nuestras industrias y riquezas.

Sin embargo de nuestro pesimismo manifestado á la cabeza de este artículo, hubiéramos sido en otra época decididos partidarios de la reforma obligatoria con ciertas restricciones que alcanzarían á los guerreros de la Independencia, de la Guerra Grande y del Paraguay, y nos hubiéramos embarcado en el proyecto del mayor Riva-Zuchelli, con las seguridades de llegar al término anhelado, pero no tampoco en un plazo fijo, matemático, sino en un lejano porvenir, cuya mayor ó menor duración estaría atada al carro de la moral administrativa de los gobiernos que se sucedieran en el país.

Pero en la actualidad, cercenar todavía más los sueldos de los empleados públicos en una desproporción que se haría sentir con mayor odiosidad en los empleos subalternos, es provocar á un mismo tiempo los ayes de los afligidos por el descuento y las protestas de los beneficiados por el sorteo.

Reformar las clases pasivas por el hábil procedimiento de que ellas mismas se costéen la reforma, sólo daría resultados positivos imponiéndoles un excesivo impuesto á sus reducidos sueldos; y

aún así, siempre sería largo el procedimiento y penoso en la parte que se relaciona con el desequilibrio económico que establecería en ciertas clases que solamente viven á expensas de esos mismos sueldos.

Por el contrario, el nuevo impuesto de que hemos hablado, acumularía en breve tiempo y en épocas fijas un serio capital para dar comienzo á la reforma obligatoria y á voluntad, capital que indudablemente requeriría ser administrado con honradez y tino; pues formado con los dineros del pueblo contribuyente, se destinaría á su verdadero fin y serían más difíciles las subversiones de la ley y los peligros que siempre se han temido de que vuelvan los reformados á ser reintegrados en sus empleos militares ó en las gracias ó pensiones que gozaban.

Julio Dufrechou.

(*Continuará*).

EL ESTUDIO EN LA MILICIA

La guerra moderna exige, muy especialmente de los oficiales, un conocimiento profundo de las diversas ramas que comprende la vasta ciencia militar.

Estos conocimientos indispensables se adquieren por medio del estudio detenido de los textos militares, extrayendo y acumulando luego, teorías diversas, haciendo de ellas un examen prolijo y sabio, deduciendo las que sean de provecho para nuestro Ejército y aplicarlas después en la práctica, para de este modo prepararlo convenientemente para la guerra, y proporcionarle el medio de educarse é instruirse con alguna facilidad.

Es sabido que la práctica de las antiguas guerras, es una fuente de provechosas instrucciones, pero es también sabido que en los actuales momentos, si ella no va acompañada de las teorías nuevas, deducidas de esos mismos hechos pasados, no reportan beneficio de importancia alguna, ni se obtienen resultados positivos de su acción, porque descansa en una árida rutina.

Los ejemplos que las guerras de hoy nos presentan, comprueban los resultados grandiosos que se obtienen con una tropa bien instruida y mejor manejada, y de ellas debemos sacar partido para adquirir una sólida organización en nuestras milicias.

Las operaciones que se llevan á cabo por los ejércitos beligerantes, demuestran la conveniencia del estudio teórico-práctico, el conocimiento del terreno y el golpe de vista militar que tanto distingue á un buen oficial de combate.

Es necesario convenir, no obstante, que algunas veces en la guerra moderna los planos de combate pueden plantearse de antemano, sobre todo cuando se tiene conocimiento de la posición, fuerza del adversario y la dirección de sus marchas, y otras veces, las concepciones y las resoluciones oportunas del momento, suplen á las combinaciones estudiadas, pues las causas del hecho producido, obligan á abandonar el plan formulado, para resolver la cuestión según las circunstancias, modificando la conducta del combate y obrar con energía y resolución sobre un punto que las eventualidades de la lucha presenta como accesible.

Como el éxito de las operaciones en este último caso depende del acertado empleo de las tropas, por el encargado de su dirección, es necesario y conveniente que en época de paz el ejército se dedique á maniobras militares, marchas, exploraciones y prácticas de combate, como asimismo, dedicarse á conocer nuestra campaña por medio de excursiones periódicas, eligiendo para ello la estación más apropiada.

Por otra parte, puede considerarse un error, el suponer que el arte de la guerra se aprende fácilmente con el uso y la experiencia sin necesidad de otros estudios.

Los objetivos de las guerras se presentan en sus múltiples casos, bajo diferentes aspectos, guardando muy poca semejanza entre sí, ya sea por el origen de la guerra, la constitución de los ejércitos, las modificaciones que sobrevengan en las operaciones ó por circunstancias especiales en el desarrollo de los planes. En estas variadas formas de presentarse la guerra, es indispensable la aplicación de los conocimientos teóricos, porque con sólo el empleo de la experiencia no se obtendría resultados de provecho, á causa de la pobreza de principios que á ella caracteriza.

No por eso la desechamos, muy al contrario, la admitimos como factor necesario á la teoría, pero nunca como único medio para alcanzar triunfos. Si esto último sucediera, no tendría otra explicación que una verdadera casualidad.

Ligadas como deben de estar la milicia, la teoría y la práctica, es preciso que los oficiales se presten mutua ayuda en la tarea que les está encomendada, ofreciendo el de escuela su caudal de conocimientos, y el de fila, su valioso concurso de la experiencia de muchos años.

Debe tenerse en cuenta, en toda época, que el estudio de los principios de la ciencia militar y su aplicación, proporciona al oficial el medio de palpar el desenvolvimiento de los casos por sí solos y advertir, sin gran trabajo, las causas de los acontecimientos que se suceden en el curso de una acción, como asimismo la norma de conducta que debe observar en las diferentes circunstancias que en el teatro de la guerra se le ofrezcan.

Pero para que el oficial tenga campo de desarrollo, es menester presentarle una bien organizada milicia. El ejército no se improvisa; es necesario formarlo y prepararlo convenientemente, normalizando el método de instrucción de los elementos y de las unidades, conciliando para ello, con los recursos de que se disponga y sin entrar de lleno y precipitadamente en reformas y aplicaciones impracticables por la naturaleza de nuestras tropas y nuestro modo de ser.

Es por estas circunstancias que el progreso del ejército depende del sistema que se adopte ó de la táctica que se observe en el movimiento evolutivo.

Debemos convenir ahora, después de estas ligeras reflexiones, que aunque un ejército cuente en su seno con una oficialidad amante del estudio y adelanto, no se obtendrá ese resultado que se alcanza con el empleo acertado del caudal de conocimientos teórico-prácticos que ella posee, siempre que no exista el estímulo que tanto agrada y alienta, como el aliciente que anima la voluntad para perseverar en la obra del engrandecimiento del Ejército.

La mayor satisfacción que puede experimentar la oficialidad moderna, en sus justas y nobles ambiciones, es la de ver recompensados sus desvelos por el trabajo constante en las reorganizaciones

militares, premios fáciles de discernir, siempre que sea una verdad el deseo de hacer que el ejército del país ocupe su puesto en el concierto de los otros y se coloque á la altura de su patriótica misión.

Si ello existiera estaría asegurado el éixto, y los problemas planteados y propuestos por nuestros inteligentes compañeros de armas, tendrían fáciles soluciones y óptimos resultados.

Félix Etchepare,
Alférez.

Montevideo, Febrero 20 de 1900.

NUESTRA MARINA

(Conclusión)

II

No ignoro que con mis ideas, sigo en una ruta contraria en gran parte á la que pomposamente y con criterio especial, se afanan en continuar, firmes en la teoría que llamaré acumulativa, las grandes potencias europeas y americanas, quienes, en su afán de conservar lo viejo adquiriendo á la vez lo nuevo, afán perfectamente discutible, olvidan la enorme fuerza que representa el dinero que se malgasta en querer que vivan los muertos, sin resultado práctico, presente ni futuro.

Es empresa seria analizar en detalle todo los factores que pueden intervenir en aquellos complicados mecanismos, factores que quizá determinen los chifladores actuales y en ese sentido algún chusco ó mal intencionado rebuscando en su perfeccionado cerebro conclusiones aplastadoras, dirá ser atrevimiento contrariar el espíritu que campea hace muchos años en las decisiones europeas y en las resoluciones tomadas, que han sido y son el producto feliz de enormes inteligencias contra quienes la lógica más pura aconseja callar y después... volver á callar!

Pero así como la tenue nube detiene los rayos hirientes del potente sol, y la infeliz hormiga atraviesa triunfante los enormes macijos de fábrica, interpongo á los delirios navales, mis ideas, de poder muy pequeño en verdad, pero quizá con suficiente dosis de razón para dominar el contagio que pudiera traernos, sin pretender, por otra parte, rozar siquiera el fondo de verdad que pueda acompañar á las prácticas modernas del armamento naval europeo —y discuto, digo mal, pregunto sobre los efectos prácticos tanto en el presente como en lo porvenir, del hacinamiento de buques, refiriéndome al hablar así á las reliquias que se llaman naves de combate simplemente porque á niños grandes se les ha ocurrido adornarlos con cañón y otras galas terribles, sirviendo en todo momento para dar alojamiento y pensión á gran número de oficiales y tropa y no siendo en realidad sino cientos de cañerías por donde escapa á boca llena y presión constante el líquido que vierte en el depósito común, el pobre pueblo contribuyente.

No desconozco que la defensa nacional es obligada, y faltaría á un deber sagrado el gobernante que olvidara punto tan capital, pero entiéndase por defensa, un poder efectivo no ficticio, una fuerza que pueda en todo momento detener ó amortiguar el choque injusto de la afrenta ó el desprecio.

Lo que hacen las naciones europeas y algunas americanas no se acerca al resultado de una buena defensa marítima, ésta resulta, por la acumulación desordenada de máquinas modernas, pero su poder total no responde ni próximamente al presupuesto permanente que consumen.

A propósito y para aclarar lo dicho se me ocurre comparar una de las escuadras europeas á un batallón que no pueda operar en conjunto por la desigual composición de sus elementos; la primera compañía la componen hombres sanos, jóvenes, robustos y perfectamente armados, mandados por oficialidad también de condiciones especiales, que practican constantemente y en cualquier momento se lucen con sus bizarros é instruidos soldados; en la segunda compañía los hombres no son malos pero no pueden compararse con los de la primera por diferentes causas, un poco enfermos, se cansan á menudo, resisten sí, pero desmerecerían los primeros marchando con éstos,—además, las armas no son tan buenas, rota no hay

ninguna pero sí gastadas, no disparan muy bien y los oficiales tan buenos como los anteriores se encuentran desanimados por la decadencia que se nota en la tropa; la tercera compañía es una calamidad: hay hombres buenos, pero la mayoría son enfermos, reumáticos unos, asmáticos otros, las armas no alcanzan para todos, los oficiales aun cuando de la misma escuela de los anteriores, tienen que hacer de enfermeros para conseguir al menos que el jefe superior los mantenga en las filas y, por fin la cuarta compañía hace reir á mandíbula batiente: los pobres soldados, que mejor sería llamarlos esqueletos, no pueden ni siquiera formar, porque los achaques de la vejez no les permite otra cosa que referirse en rueda amistosa con los oficiales, el rosario inacabable de hazañas pasadas.

De todo lo único que se utiliza con éxito es la primera compañía, las otras se mantienen en el cuerpo porque conviene tener muchas fuerzas aunque sean fantasmas y sobre todo porque hay quien paga los gastos que ocasionan, los intereses particulares pueden más que el bien del pueblo y se vocea tener en pie de guerra un batallón de línea!

Exactamente, sin quitar ni poner, ocurre en las más reputadas marinas del mundo tanto europeas como americanas: muchos buques tantos como soldados tenía el batallón analizado últimamente, pero muy pocos que con justicia puedan llamarse naves de combate.

Ese afán de mantener residuos en abundancia en vez de condensar los elementos útiles siguiendo la máxima de que más vale poco y bueno que mucho y malo, descalabró la marina de guerra española en su último encuentro, no porque haya presentado en combate buques antiguos, al menos en la acción de Santiago de Cuba, sino que, aun siendo modernos, eran muy inferiores á los del enemigo, quien, mucho más práctico, no malgastaba en mantener centenares de buques viejos, un enorme presupuesto de marina.

Por otra parte, la oficialidad, aun cuando toda haya egresado de escuelas especiales, solamente en muy pequeña proporción pueden prestar servicios verdaderamente útiles, por muchos y muy variados que sean sus conocimientos teóricos, porque se les abandona en buques secundarios, que permanecen la mayor parte del tiempo fondeados en los puertos, y pocos son los que continuamente navegan y se ejercitan en los variados y difíciles ramos que forman el bagaje intelectual del oficial de marina.

Muchos de ellos han pasado varios años en oficinas militares, y en casos urgentes, cuando las exigencias llegan hasta utilizar los buques que como de guerra registran los anuarios, se les ordenará el embarque; repletos de conocimientos teóricos harán en los primeros tiempos tristísimos papeles; serán útiles y entonces será tarde quizá, después que adquieran otra vez el hábito de ciertas costumbres y prácticas que en momentos serios debieron poseer en todos sus detalles.

Les pasará lo que al médico, que aún cuando sabía describir perfectamente el curso de una operación delicada, llegó al terreno de la práctica, y de primera intención olvidó muchos pormenores que conocía perfectamente, operó sin éxito, brutalmente según un procedimiento muy moderno, porque nació en aquella ofuscación carnicera.

¡Cuántos casos ocurren á diario que son lecciones claras del poder de la práctica como compañera inseparable de la teoría sana y profunda!

Si fuera aceptable representar con el número 10 el valor del oficial de marina teórico-práctico, diría descomponiendo que el teórico vale 7 y el práctico 3, que el teórico fácilmente completa el número 10 y el práctico muy difícilmente. Sencillo sería probar la comparación establecida, pero es nimio, porque saltan á la vista las pruebas y se adivinan los argumentos.

El oficial de marina debe navegar mucho á intervalos periódicos, para que en cualquier momento se encuentre capaz de desempeñar cualquier comisión de su arma, una de sus principales preocupaciones debe ser la práctica en el tiro de cañón, y los gobiernos nunca debieran negar los elementos necesarios al efecto, sino por el contrario, premiar á los buenos servidores estimulándolos á seguir adelante en la más difícil de todas las prácticas militares.

He presenciado tiros de cañón en maniobras navales que á primera vista han parecido imposibles, pero el resultado de constante práctica lleva resultados asombrosos y explica muchos hechos que ocurren con frecuencia en la vida del marino.

En la vida diaria, ¿quién no se asombra de que una pobre vieja temblorosa y hasta ciega, enhebre su aguja siempre de primera intención, cuando jóvenes novicios en el arte se rinden ante la difícil

prueba? ¿quién no ha visto en los circos ecuestres continuamente resultados maravillosos por la práctica constante de ciertos juegos? ¿quién no admira la puntería de los pilluelos al arrojar sus certeras piedras? Estos y mil otros hechos indican que es asunto que se resuelve con la práctica constante el hacer blancos á menudo con cualquier artillería á distancias respetables aún con el buque en balance.

No existe marina, mientras falten buenos oficiales artilleros.

Agregar al estudio teórico de la artillería la práctica diaria de tiro al blanco, ejercitarse igualmente en el tiro del torpedo, conocer y practicar la navegación, enterarse de los misterios que encierran las costas de su patria y otros conocimientos secundarios, son suficiente ocupación para que se mantenga siempre al oficial en continuo servicio, porque su descanso prolongado, puede costar muy caro á los intereses de cada nación.

Lo dicho demuestra que solamente estudios teóricos serios y práctica constante, son los únicos elementos que pueden formar un oficial de marina competente.

Esto no se puede hacer con todos los oficiales en ninguna de las escuadras conocidas, tanto europeas como americanas, y sólo una cantidad muy pequeña recibe los beneficios de una instrucción práctica constante ; sucediendo así, porque las escuelas navales son fábricas de oficiales que reciben su grado y hacen su práctica para ir luego á formar parte del Estado Mayor de buques, esqueletos, completamente inútiles.

La práctica que se sigue es perniciosa, y por lo tanto no debe imitarse ; es necesario buscar el medio de obtener con poco capital una poderosa escuadra en tiempo oportuno, conclusión opuesta á lo que ocurre actualmente, que se invierten enormes presupuestos con resultados escasos.

En conocimiento exacto de todo lo que ocurre en otras partes, nosotros que tenemos simplemente una diferencial de marina de guerra, debemos integrarla entre límites razonables, á fin de obtener así, matemáticamente, lo que se dejó establecido en la primera parte de este artículo.

El toque está, en formar un cuerpo de marina, sin buques de combate, que en cualquier momento responda el todo y cada una

de sus partes á los llamados de la patria, que no se malgaste fuerza alguna, que sea pequeño en tiempo de paz y enorme en el de guerra, que consuma un presupuesto fijo y reducido en relación con su utilidad, mientras complicaciones internacionales no pretendan detener la marcha del progreso nacional; y no debe ser lo que son todas las marinas del mundo, cáusticos tremendos que el pueblo soporta, porque lo manda la razón que llevan en sí las bayonetas de filo y punta.

Veamos, pues, cómo lógicamente y de acuerdo con lo dicho, se puede dar á nuestra futura escuadra un asiento sólido y estable, escuadra que será suficiente para resistir cualquier empuje sudamericano.

Federico García Martínez.

NOTAS DE REDACCIÓN

NUEVAS PRESENTACIONES

Carlos H. Matta. Es también un compatriota inteligente que promete mucho. Tiene gran facilidad de descripción y su lente naturalista está fija hasta en los menores detalles de lo que quiere describir con maestría y propiedad de dicción. Su estilo es abundoso, cargado de tintas, quizás con alguno que otro alambicamiento, pero en un todo valiente y original. Reconocedores de su talento y amigos sinceros, le instamos para que sintetice más y abuse menos del epíteto. Estamos seguros que Matta está destinado á brillar porque le sobra, lo que á tantos le falta: talento.

Raúl Montero Bustamante. Es oriental. Se destaca entre todos los jóvenes de su generación, y su musa tiene murmuraciones del Rhin y gorjeos de los ruiseñores del Norte, que cantan en las noches misteriosas de otoño, á la luz blanca del plenilunio. Su estilo es elegíaco, adora á Heine y su ideal sería vivir en un torreón de la Alemania poética.

Froilán Turcios. Es uno de los primeros poetas de Honduras.

Su inspiración es vigorosa y original y lleva en sí el fuego sublime de aquellas comarcas tropicales, tan propicias en toda clase de frutos.

Le instamos para que nos visite muy á menudo.

Aureliano G. Berro. Es oriental y poeta de inspiración sana y vigorosa. Su numen nacido en los campos de la patria tiene toda la música de las brisas y de las ondas.

En la sección de milicias ingresa el distinguido y aventajado joven Félix Etchepare, Teniente de nuestro Ejército, que hizo sus estudios en nuestra Academia Militar. El trabajo que publicamos merece especial recomendación—y honra, verdaderamente, á la joven oficialidad de nuestro país.

LA REVISTA

LITERATURA Y CIENCIAS

AÑO I—N.° 5 | Montevideo, Marzo 10 de 1900 | TOMO II

SECCIÓN DE LITERATURA

IXIÓN

I

La cortinilla del tragaluz cede á los primeros soplos del aura matutina y abre fácil entrada á los ténues reflejos del Alba, que, al penetrar poco á poco en el cuarto de estudio, lo bañan de claridad rosácea y dejan ver en el fondo la silueta del sabio, á quien mantiene insomne el afán de la investigación. Calada la montera, defensa obligatoria de la espaciosa calva y bien aseguradas las antiparras sobre la nariz, espera él, de codos sobre largo *in folio*, la llegada del día, para proseguir en su labor inquiridora. La mesa de trabajo ocupa la tercera parte del aposento, y su tablaje, sostenido por ocho pilastras que rematan hacia lo exterior en sendas cabezas de grifo, se oculta casi del todo bajo innumerables volúmenes, abiertos unos, otros á medio cerrar, y muchos con abundante copia de notas manuscritas ó llenos de signos, marcas y señales al margen de las ya deslustradas páginas como para puntualizar el pasaje, la sentencia ó la máxima que ha de obedecer al conjuro de la memoria cuando llegue el instante de guiar las ideas en pos de la verdad anhelantemente solicitada.

En el muro opuesto se alza larga serie de anaqueles, en donde aguardan, colocados en ringlera, la acción interrogativa del sabio libros de todas las edades, pertenecientes á los más nobles ramos del arte y de la ciencia. Descuellan por su grandor y pergenio unos

de forro pergamináceo, sin tejuelos ni adornos; otros de portada casi ininteligible; varios de rótulo hierático, y no pocos con el dorso cubierto de figuras simbólicas, como para indicar la naturaleza de su texto ó el linaje de su doctrina religiosa.

Allí están los libros canónicos, envueltos en la divina majestad de su origen. Allí el libro egipcio *de los Muertos,* especie de Código de las creencias faraónicas, con sus reglas ó fórmulas de conciencia y sus hondos presentimientos de la eternidad. Allí *Los Vedas,* con sus cantos é himnos en que bajo forma emblemática, llena de poesía vaporosa, se adora y reconoce el inefable principio de la existencia. Allí, *El Mahabaratha,* el colosal poema, donde compite con la magnitud de los hechos la majestad de las descripciones; y *El Ramayana,* que ofrece á la par de graves escenas de religiosa ternura, cuadros cubiertos de lúgubre duelo, bajo el imperio sombrío de la naturaleza consternada. Allí *La Ilíada,* en cuyos exámetros se admira la lucha de dos civilizaciones, al través de sucesos combinados con arte insuperable y descritos con vigor irresistible. Allí *La Teogonía,* de Hesiodo con sus combates olímpicos y *las Musas* de Herodoto con sus legendarias narraciones. Allí el *Libro de Las Leyes* y el de *La República,* donde aparece cierto ideal del Estado político, vinculado en prácticas educativas para el logro de una soñada disciplina social. Allí *La Psicología* del Estagirita, con los conceptos diversificativos de la sensibilidad y de la inteligencia; y allí *La Lógica,* con su poderoso mecanismo dialéctico, reforzado por el más noble aparato silogístico. Allí las *Décadas* de Tito Livio, y la parte salvada del *Tratado de las Leyes,* obra del orador romano. Allí también las ciencias exactas y las ciencias naturales, representadas en los seis libros de Diofanto y en las clasificaciones de Dioscórides; como las artes liberales en los tratados de arquitectura de Marco Vitrubio, y las doctrinas del trabajo en el *De rústica* y en el *De arboribus* de Columela. Allí las obras críticas de San Jerónimo, y las apologéticas de Tertuliano, y las dogmáticas de Orígenes; y allí, por último, con los escritos de Teodoreto y el *Tratado de la Resurrección* de Atenágoras y la *Ciudad de Dios* de Aurelio Agustín, toda la vasta porción de ciencia cristiana que abarca los siglos medios, y termina, como en altura ya casi inaccesible, en la *Summa* del más sabio de los santos.

Las andanas de libros que á esa parte de la estantería corresponden, muestran por su deterioración ó menoscabo material, haber sido las de mayor trajín y faena en las consultas del sabio, ó las que han estado más prontas á resolver sus dudas, á metodizar sus ideas, á disminuir sus vacilaciones y á reencender en su espíritu el anhelo de la verdad.

A medida que la distancia se estrecha entre una y otra de las tablas que en forma de ménsulas salen de la parte superior del muro, aparecen en ellas, como en apretado haz, volúmenes coloridos, encuadernados en rústica, de aspecto vario y de delgada paginación, contrapuestos del todo, así por el tamaño como por el carácter tipográfico del texto, á los que ocupan los entrepaños inferiores. Si éstos requieren atril especial para su lectura, aquéllos se hojean en la mano fácilmente; y al paso que unos presentan en gruesa letra y en papel atlántico la serie de sus largos capítulos, ofrecen los otros en folio menor su tipo menudo y sus viñetas y cuadros apaisados, de corte casi simétrico, cual si se tratase de obras destinadas á servir de muestra extrínseca en imprenta de reciente instalación. Intacto, sin huellas de uso, se conserva allí este último acerbo de ediciones, donde el sabio detiene apenas la mirada para recordar un nombre ó verificar la fecha de un adelanto bibliográfico.

La afanosa labor de aquel entendimiento toca en su mayor actividad. Bañada en luz se halla la estancia, merced á los rayos del sol que han penetrado victoriosos por la claraboya al través de la ligera cortina que la cubre. El anciano, erguido ya, no da tregua al deseo de concentrar todo el caudal de conceptos que la antigüedad atesora, así en cuanto al orden psíquico, como respecto de la Naturaleza. Piensa resumir, allá en su mente, por virtud de un supremo esfuerzo analítico, las múltiples ideas en los viejos libros diseminadas, para hacer de los atributos del alma símbolos ú objetos de representación sensible, y de la vida externa campo seguro donde poder reducir á fórmula inequívoca la superioridad del hombre, como parte del gran complexo universal.

Abre otra vez los desgastados volúmenes, recorre sus páginas, escribe nuevas notas y medita largamente acerca de las acciones pasadas y de los hechos constitutivos de cada civilización. Busca

en la existencia social enseñanzas categóricas; en la esfera científica verdades irrecusables; en los cielos de la fantasía creaciones sublimes, y en el campo del sentimiento consuelos y esperanzas. Pero el sabio vacila, porque descubre ú oye que la inteligencia humana, olvidada ó descontenta de las obras antiguas, cede á nuevos impulsos, sigue otras corrientes, que acaso la lleven á regiones de más luz, á centros de mayor ó más positiva gloria. El aire le trae los ecos de la moderna escuela, según la cual el arte no es ya la fuerza creadora de los grandes modelos, sino cristal de pura reflexión, ni la ciencia luz tranquila, sino viva difusión de rayos que buscan penetrar, cada cual con proyección distinta, en los viejos asilos de la razón y de la conciencia, para comunicarles calor nuevo y transmitirles el efecto de las más recientes investigaciones. Y ve entonces el anciano cómo la historia se abstiene de recoger, consagradas con el óleo de la verdad, las tendencias peculiares de las remotas épocas, y se dedica más bien á la averiguación de sucesos íntimos, al relato de pasiones personales, con el determinismo por guía, y por objeto una vaga fórmula de psicología social. No aparece ya á sus ojos la imaginación engalanada con los arreos del espíritu, sino dispuesta á forjar tipos de carne, con el negativo prestigio que siempre ofrece la realidad de todo hecho humano, cuando se contempla al través de las últimas miserias de la vida.

Juzga el sabio inútil ó perdida la afanosa labor sobre el antiguo yunque, y desea ya con ahinco metales de reciente aleación para su obra. Poseído de extraño vértigo, lanza de súbito despectivas miradas al montón de venerables volúmenes, confidentes, amigos, hermanos suyos hasta aquel momento de prueba; y pide al fuego lo liberte de tan tenaces testigos, para poder convertir el espíritu, con mayor holgura, á los modernos ideales.

II

Hacinadas en un ángulo del pavimento comienzan á arder aquellas venerables ediciones, primero con débil llama, que á poco se cambia en estuante hoguera, de la cual parte densa columna de humo en caprichosos giros y variadas ondulaciones. Entretanto el anciano busca con avidez, en los compartimientos altos de la estante-

ría, la serie de obras que hasta allí ha visto con glacial indiferencia; y saca volúmenes tras volúmenes de aquellas apretadas hileras, como si aspirara á recorrer de una vez y á interpretar de golpe tanta lectura distinta, congerie tan complicada de ideas y de argumentos. Del estante pasan los libros á la mesa de estudio, y de allí los toma él nuevamente, deseoso de descifrar en cada título el alcance, tendencia ó carácter de la obra. Y van desfilando ante los ojos del sabio el *Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos* y el *Tratado de las sensaciones*; la *Crítica de la Razón Pura* y la *Crítica de la Razón Práctica;* el *Sistema de Política Positiva,* de Compte, y la *Antropología,* de Fichte; *La Fenomenología del Espíritu* y la *Lógica del ser, de la Ciencia y de la Idea; Los Primeros Principios* y *La Ciencia Social; El Ideal de la Humanidad* y *El Mundo como voluntad y como representación;* el *Libro sobre la libertad* y *La Ciencia desde el punto de vista filosófico; El sistema del Idealismo trascendental,* y otros y otros cuerpos de doctrina, surgidos de las lucubraciones de los modernos maestros. Descienden á la mesa Schelling, con su extraña intuición de lo absoluto, y Hartmann, con sus sombrías declaraciones; así como Taine, con su crítica fisiológica ó científica, y Max Nordau, con sus convencionalismos revolucionarios. Mas en ninguno de tales sacerdotes halla el sitibundo investigador la claridad que solicita, ni la armonía de ideas preconizada por los adalides del nuevo palenque.

En Condillac sólo encuentra paradojas, que no resultan deslumbrantes sino por la majestad expositiva. En las abstracciones psicológicas de Kant y en sus conceptos sobre las facultades del espíritu no ve sino una especie de niebla impenetrable, á pesar del decantado orden en que allí aparecen las formas de la sensibilidad, las categorías del entendimiento y las ideas de la razón. A Comte y á Spencer los mira aplicar sin objeto, ó á lo menos sin resultado, los métodos biológicos al estudio de la sociedad, considerada por ellos como mero organismo; y oye con sorpresa al primero negar ó condenar las explicaciones teológicas, con el intento de desconocer en el orden de la Naturaleza toda acción inteligente y soberana. En Hegel admira la potencia dialéctica; pero lo anonada y abisma aquella Idea absoluta ó pura, que adquiere formas tan aparentemente evolutivas cuanto ineficaces, si se desenvuelven dentro de

la propia esfera donde está representada la unidad del espíritu creador. El sediciente Panenteísmo de Krause no le presta luz alguna, envuelto como se halla en el velo de la hipótesis y revestido como se muestra, de los conceptos más vagos en cuanto á las categorías del ser. Indaga las razones de la desoladora doctrina de Schopenhauer, y descubre que ni él, ni Hartmann mismo, salen del círculo vertiginoso de los supuestos, desde el cual confiesa el célebre maestro del pesimismo que no se han de entender sus proposiciones. Y combatida así la razón del sabio por tal diversidad de elementos ideológicos, prescinde de su investigación científica, y pide á los poetas y noveladores del moderno sistema el auxilio que necesita para iniciarse en los arcanos de la nueva religión intelectual.

Aun cuando el sabio ha oído que en la reciente nomenclatura viene á ser el llamado genéricamente *cuento*, parte esencial y resultado valioso de la conquista realizada por los innovadores del arte narrativo, bien sabe él que las colecciones de Hoffman y de Grimm, de Auerbach y de Andersen, de Dickens y de Fabre, de Feval y de Souvestre, no han de proporcionarle sino el dulce placer de aquilatar el mérito de la imaginación sencillamente creadora, y como inquiere con preferencia lo que llama *temperamento* el oráculo de la escuela realista, pone aquéllas á un lado, para darse á examinar la carne viva de la sociedad, expuesta, cual en luminoso anfiteatro, en las obras de Honorato Balzac y sus discípulos, á quienes tiene que estudiar más en la condición de hábiles disectores que de artistas de fama, á fin de descubrir su índole y comprender la idea ó propósito con que trocaron el luciente cálamo por el ensangrentado escalpelo.

Empieza el sabio su tarea y trae al estudio, después de *La Comedia Humana*, toda la cohorte de creaciones en que resaltan, por la intensidad realista de los cuadros, *Madame Bovary* y *Pot Bouille*, y en que descuellan, por la prodigalidad pictórica, *El Nabab* y *Manette Salomón*. Seguidamente baja de los anaqueles la numerosa familia de los *Rougon Macquart*, con su poderoso bagaje de atavismo y su pesada carga de vicisitudes; y vienen detrás, á modo de cortejo, las innumerables producciones de la moderna escuela noveladora, á cuyas filas se incorporan al cabo Augusto Niemann y Gabriel D'Annunzio, aquél con sus peregrinos recursos dramáticos y éste con sus escenas de trasvestido sensualismo.

El ya desacordado anciano apenas si columbra, en medio de tal muchedumbre de caracteres, uno que otro capaz de guiarlo, y ello no muy firmemente, en la investigación moral que se propone, pues no entra en su objeto tejer la trama de la verdad con lizos tomados de la parte odiosa de los hechos, sino descubrir en el laberinto humano con el hilo de la Lógica, esa Ariadna del entendimiento, lo que el alma puede producir como caudal de trabajo legítimo, en pro de la sociedad y en honra de la civilización. Y como allí no halla sino efectos de flaqueza, vuelve á otra serie de libros la triste mirada, y demanda luz de auxilio á los renombrados cantores del rito literario, por quienes espera todavía ver pintada la vida con los nobles colores de la inspiración.

Surge de pronto á su conjuro la gran legión de trovadores, unos con el simbolismo de *Sagramor* y de *Belkiss;* otros con el nimio acicalamiento de *Los Trofeos* y de los *Poemas Trágicos:* cuales, como Baudelaire, con las visiones del viejo maestro y la rara forma de sus poéticos atributos; cuales, como Verlaine, con la deprecación del caído ó la imprecación del exaltado, lanzada una ú otra, ya en frases artísticas, ya en forma persistentemente batológica, según el medio en que se ejerciten las facultades creadoras, ó el minuto en que se contemplen la realidades de la vida. Comparecen luego los celebrados reformadores de las cláusulas rítmicas, y muestran ufanos su extraño pentágrama de combinaciones métricas, en donde se aunan el sonido y los colores por singular manera y como por obra de magos, para hacer olvidable, ó anular radicalmente, el tono musical de los antiguos versificadores. Mas el anciano, á quien el montón de volúmenes que ha recorrido sobresalta ya y se agobia, no encuentra, ni en la fantasía de aquéllos ni en el esfuerzo de los otros, lo que tanto admiró en los bardos de las remotas edades: la natural concepción de la idea sin la tiránica preocupación de la forma: el genuino brillo de la imagen sin el auxilio de exteriores atavíos.

Va el sabio sintiendo desde aquel punto renacer en el alma el amor á los desechados libros, á los que siempre le ofrecieron fruto deleitoso, ora tomado del campo de la ciencia, ora recogido en las verdes praderas del arte antiguo, tan llenas para él de suaves aromas, tan hermoseadas por el noble culto de la Naturaleza. Y torna

los cansados ojos al rincón de donde sale todavía leve columna de humo, que ve como el símbolo de sus anhelos y esperanzas. Quiere asirla, como deseoso de conservar algo de aquellos viejos compañeros de sus meditaciones, y sus manos no abarcan sino el vacío. Intenta abrazarla, con el ansia de alcanzar que el espíritu de las incineradas obras se trasfunda en el suyo, y sólo consigue desviar el caprichoso giro de aquella densa nube, que sigue en espiral continua hasta perderse tras la abertura del tragaluz, por donde ya penetran los rayos de la tarde. El viento, al mover la cortinilla hace temblar sobre la estantería y el pavimento los reflejos del sol; y por ilusión óptica, ó acaso por desvarío de la mente, cree el anciano que á su alrededor se agitan, animados por extraño conjuro, todos los objetos de la estancia. Los grifos de la mesa se yerguen; los tomos allí aglomerados saltan, como heridos por vara magnética, y van á unirse de nuevo sobre las rotas hileras del estante. Las pálidas cenizas, resto único de las destruídas ediciones, se esparcen como impulsadas por extraño soplo, y forman en el aire mil figuras simbólicas, que rodean la columna de humo, ya próxima á extinguirse. El consternado anciano las ve, las interroga, les dirige clamorosas súplicas, y abre, por último, los brazos con desesperado esfuerzo, para detener el postrer girón de la débil nubecilla, que al fin desaparece tras la abierta claraboya, por la cual entran, mientras tanto, las sombras de la noche, y velan del todo aquel misterioso aposento.

Manuel Fombona Palacio,
Venezolano.

AZAHARES

Blancos como un emblema de pureza
Despidiendo su cáliz suave aroma,
    Brillantes de belleza,
Los azahares rodeaban su cabeza
Y su alba frente do el pudor asoma.

¡Quién pudiera decir en ese instante
Cuál fuera más hermosa, cuál más pura;
La virgen que llevaba radiante
Los azahares fragantes,
O la flor que adornaba su hermosura.

Concepción Mestre de Silva.

EL TOQUE DE ÁNIMAS

(MEDITACIÓN)

Para LA REVISTA.

. . . se óde squilla di lontano,
Che paia il giorno pianger che si more;
(Dante, Purg. VIII, ó, 6).

No sé qué misteriosa atracción, qué secreto impulso me movieron poderosos á visitar, en aquella hora melancólica, la soledad de las tumbas.

Cuando el Sol, ya bajo en el ocaso, comenzaba á hundir su encendido disco en la brillante superficie de las aguas y, dándonos un adiós prolongado, fulguraba amortiguándose el crepúsculo vespertino; cuando el aura leda y triste, susurraba apenas en la lejana arboleda, y las aves, adormecidas, callaban en su dulce cantar; y cuando, entre sombras, la noche avanzaba adusta y obscura, cubriendo con denso velo la Naturaleza; entonces, con paso tardo y cansado, abandoné la playa arenosa y desolada y emprendí el camino, de empinado ascenso, por el áspero sendero que va á terminar en aquella morada fúnebre donde crecen el mirto y el ciprés, emblemas del amor y la tristeza.

Allí, reclinado en la lápida dura de un sepulcro, que enhiesto coronaba un ángel gigantesco, con las alas abiertas, cuando la luz difusa del crepúsculo moría y llegaba á mis oídos el sordo rumor del oleaje, que perdurablemente bate las bajas y derruidas tapias que

cierran el fondo del cementerio, una voz misteriosa, la voz de la soledad, me dijo: «¡Medita!».

Mi mente obedeció y medité...

Largo rato permanecí inmóvil; pero, al fin, saliendo de la abstracción en que me hallaba, dirigí en torno mío la mirada y en aquel recinto silencioso divisé sombríos y numerosos sepulcros que, espaciados á trechos regulares y dispuestos en largas hileras, se destacaban vagos bajo la sombra obscura de los altos eucaliptus, de los sauces y de los cipreses, esos árboles tristísimos de copa piramidal y tupido ramaje, de un verde profundo y perenne; árboles lúgubres que no se agostan jamás y en los que la mano de la desesperación parece haber grabado, indeleble, la huella de un dolor terrible y eterno.

En torno de aquellos sepulcros iluminados, de vez en cuando, por la vaga y fosforescente llama de los fuegos fatuos, una aridez monótona, horrible, reinaba por doquier; pero, cerca de la marmórea y ostentosa tumba en que me apoyaba, había otra mucho más modesta, viejo cipo funerario de columna ática, truncada, sin verja que le resguardase y cuya inscripción borrosa por la acción del tiempo, ya ilegible, hacía imposible pudiera conocerse quién descansaba en su antro helado, por una eternidad.

Mas, al pie de él, muchas margaritas y campánulas, tiernas florecillas tan débiles que un insignificante soplo podría dispersarlas por el aire, esparcían un aroma tenue y delicado, que flotaba en el ambiente tan solitario como ellas mismas.

Aquella tumba parecióme el jardín de la muerte.

¿Qué genio benéfico cultiva amante las flores de ese sepulcro y hace que, siempre florido, desaparezca de él la atmósfera de impalpable hielo que reina sobre los demás?

¿Quién duerme el sueño eterno de la muerte bajo esa pesada y tosca losa, á la sombra triste de un sauce amarillento, último amigo que llora la memoria de los muertos?

¿Quién es el ser que acabó aquí la gran jornada de la vida y descansa tranquilo en el sepulcro solitario para despertar al eco emplazador de funeral trompeta en el día, último del Juicio?

¿Quién es? Nadie lo sabe.

Pero, el árbol de las tristezas infinitas y de los dolores sin tér-

mino, que inclinado sobre esa tumba vierte en ella lágrimas de su savia y llora hasta secar sus ramas y su raíz; el ave que á la hora de la siesta baja á apagar su sed devoradora en el agua pura y cristalina con que la lluvia mansa del cielo llenó las grietas de su piedra; y esas mismas flores que la embellecen y le prestan su fragancia, me dicen que esa es la postrer morada del bueno, el último asilo de un justo.

Ah! lanzado el hombre á la vida, como á los hijos de Baal y de Astaroth, errantes por la maldición de Dios, una voz poderosa, secreta, halagadora murmura á su oído: «Anda, sacude el polvo de tus sandalias, mueve tu cayado sobre los senderos desconocidos y, nómade de todos los tiempos, anda!»

¡Anda!, murmuran los arroyos, ¡anda! las selvas y el eco repite: «Anda!»

Y anda. Y en vano el soplo violento de las pasiones y el escollo de los desengaños le advierten el peligro; oh! imposible es detenerse, es preciso cruzar ese mar anchuroso y sin fondo, cuyas ondas, agitadas y tumultuosas, concluyen por devorarnos hundiéndonos en el abismo insondable de la muerte!

El hombre acaba sus días; en el *index* inmutable de sus altos designios contados por Dios están; pero, la muerte, destructora de la materia, no puede acabar con su memoria que vive eterna en el corazón de aquellos que amó y le amaron.

Por eso, en el triste aniversario de su dolorosa pérdida, van á llorar sobre su tumba y á depositar un beso ardiente sobre aquella fría piedra que guarda en su morada de hielo, rodeada de misterio, los restos de un ser para ellos tan querido.

Por eso, el ave que á la hora de la siesta baja á apagar su sed devoradora en el hoyo de su piedra, rauda se eleva cantando; canta y sus gorgeos resuenan tristes, pues son himnos al dolor.

Por eso, las campanas al llamar á la oración en esa hora de calma y de misterio, tañen con eco funeral que doliente llega hasta lo más recóndito del alma!..

Ahora, la noche ha cerrado completamente. La luna llena empieza á ascender por Oriente iluminando con su lumbre mortecina y amarillenta los médanos de la costa, la playa arenosa, la mar en calma y esta mansión sagrada, igualmente tranquila, pero

en la que también hay náufragos: náufragos del Olvido, á pesar de sus lujosos mausoleos y de su perpetuo reposo.

La noche serena aumenta el esplendor de la Naturaleza. En el inmenso manto azul del cielo titilan las constelaciones, esas luminarias gigantes en las que los astrólogos saben leer el apotelesma influenciario de nuestro destino.

Es la sonochada, la hora de los terrores supersticiosos, en que el ánimo decae y profundamente se conmueve, en que se enternece el corazón del hombre.

¿Y yo? Yo estoy aquí, sólo, en la Persépolis de los muertos. Un silencio profundo reina á mi alrededor: el silencio de la muerte, que sólo interrumpe algunos instantes, con el tembloreo rumoroso de sus revuelos y sus ásperos chillidos, el ascalafo repugnante, agorero de la desgracia.

Pero no, no estoy solo en la nada de las penumbras pálidas, más terribles que la espesa tiniebla, porque traen á la retina la imagen desmesurada de las formas imposibles de esos trasgos que nos forja el miedo y de los fantasmas que el terror inventa, corte de lemíreas sombras que vagan silentes, y que, tristes, como la imfortunada Laodamia, van á morir abrazadas á otras sombras.

No, no estoy solo vertiendo el lloro de muertas esperanzas y sentado en un sepulcro, como el bardo inconsolable en la tumba de sus padres; la brisa nocturna, que blanda agita la erguida copa de los árboles, trae á mi oído en sus ligeras alas un son prolongado y lejano; sí, es el toque de Ánimas.

¡Ah! ¡qué triste es ese tañido lúgubre!

Él ha marcado un día más en la carrera del Tiempo, un paso más en el camino de la vida, un paso más hacia la tumba.

Su claro sonido, vibrando lento y alternado, óra agudo, ora grave, es una voz profética que, implacable, nos recuerda nuestro pasado.

En esa hora melancólica el eco doliente del bronce, que en la alta torre de la iglesia vecina *parece llorar el día que muere,* hace que nuestros ojos derramen una lágrima y que nuestro labio trémulo murmure una oración!

Las ocho han dado y han sonado las últimas campanadas del « Ángelus ».

Oigo el ruido de un gran manojo de llaves y los pasos pesados de alguien que viene hacia mí, haciendo crujir el piso enarenado de la angosta calle que costea el pie del muro, estampado hasta arriba de las variadas lápidas que cierran los nichos, como inconmensurable casillero donde reposan, para siempre, los que fueron.

Se acerca cada vez más y brilla en la oscuridad, agrandándose y achicandose, con movimiento acompasado, sobre el suelo, el óvalo luminoso del lente convexo de una linterna sorda.

No quiero que me tomen por un eurinomo que merme la flaca carne en esta inmensa necrópolis. Salvemos la rota verja que perfuma las madre-selvas y que tapiza la hiedra, porque el que se aproxima es *un vivo* que puede pedirnos cuenta de lo que hacíamos aquí.

Afuera respiro libremente y desechando vanos temores, vuelvo al bullicio de la ciudad, á la vorágine de la vida.

Adriano M. Aguiar.

Diciembre de 1899.

SONETOS

I

RASGOS

Es un rayo de luz desvanecido
en negros nubarrones la tormenta;
y avanza, por doquier, como sedienta
y brava res que el cazador ha herido.

Y parte de los bosques un quejido
que á las salvajes fieras amedrenta;
la canora avecilla escucha atenta
la voz del huracán desde su nido.

La luz rojiza que precede al rayo
se pierde en el vacío, en pos el trueno
con eco vibrador domina en todo.

Y el árbol se conmueve en su desmayo
al sentir que penetra por su seno
la lluvia en maridaje con el lodo.

II

BOCETO

Como cielo cubierto de crespones
de negras nubes, en ardiente tarde,
es el alma del malo, que cobarde
goza en herir los nobles corazones.

Esclavo de bastardas intenciones
alienta el corazón, haciendo alarde
de la impureza que en su pecho arde,
extraño al bien y á nobles ambiciones.

Sin Dios, ni ley, ni justo pensamiento
se prosterna tan sólo ante el impío,
de lo que está su corazón sediento.

Ser infeliz que la borrasca hiere,
sin dominar su espíritu sombrío,
como inmundo reptil á solas muere.

III

EL SOLDADO

¡Es el instante de la lid tremenda!
Y entre el fragor del batallar avanza
intrépido el soldado: es su esperanza
vencer sin miedo en la feroz contienda.

Encarnizado y cruel sigue la senda
donde el héroe sin nombre sólo alcanza
la muerte ó el olvido: es la matanza
que ennoblece por ser patriota ofrenda.

¡Qué importa si en la lucha cae herido
al pie del pabellón idolatrado,
si vislumbra en su mente enardecida,

libre el pueblo que heroico ha defendido
de toda humillación: ¡Gloria al soldado
que en honor de la patria da su vida!

IV

EL ISLEÑO

Festonan el islote la gramilla
fresca y lozana, el trébol primoroso,
el sauce y el naranjo generoso,
el espinillo, y flor de manzanilla.

Y luce sin adornos y á la orilla
del arroyo que marcha presuroso
el rancho del isleño, que dichoso
disfruta sin dolor vida sencilla.

La soledad meció su pobre cuna,
Su corazón, de la verdad hermano,
y es la pesca y la caza su fortuna.

Y no perturban su vivir sereno
las ambiciones de ese mundo vano,
que en copa de placer nos da veneno.

V

BARTRINA

Penetró en los secretos de la ciencia
buscando la razón de lo creado
y el último porqué, jamás hallado,
le arrebató la paz de su existencia.

Al crimen fustigó, la vil conciencia
de ese mundo social, envenenado
con néctar de placer, miró asombrado
al comprenderlo todo su experiencia.

Su corazón, su corazón de niño,
desgarró en las contiendas de la vida,
arrancándole el mal profundo llanto.

Y en el cielo buscó paz y cariño
á su alma de dolor estremecida
entre los ritmos de sublime canto.

Luis Martínez Marcos.

Santa Fe, Febrero de 1900.

PIEDRA DE TOQUE

(Conclusión)

—Hablas con un aplomo que no parece sino que estuviera en tu mano disponer de su voluntad.

—Julio, eres muy joven, y la poca experiencia te cierra los ojos impidiéndote ver el camino que debes seguir; no conoces el corazón humano y por eso te desesperas de tal suerte. Muchos hay que como tú sintieron desvanecerse sus ilusiones y no han encontrado el medio de convertirlas en realidad, porque les ha faltado un buen consejo. No sólo han visto frustrados sus deseos, sino que, arrastrado, por los impulsos han causado su perdición y la ajena. Sí, mi querido Julio, esa joven que tú quieres te ha de corresponder por un medio muy sencillo: interesa su amor propio, hazte el indiferente. Cree lo que te digo: cuando ella note que en el círculo de sus constantes adoradores faltas tú, entonces se sentirá herida, y se preguntará cómo has podido ser indiferente á sus hechizos.

Tratará de conquistarte y si te das maña, nada será más fácil que hacerla caer.

—¡Ah! ¡Qué horizonte muestras á mi vista!

Tal vez tengas razón. Sí, estoy dispuesto á seguir tu consejo. Usaré con ella únicamente las fórmulas que exige la cultura.

—Felizmente, Jorge, tienes un carácter que te permite razonar, y á pesar de tus arrebatos, si te indican que es necesario calma, sabes servirte de ella! Ojalá pueda encontrarte siempre en circunstancias como la presente, para hacerte ver tu conveniencia.

Ahora vámonos de aquí, porque el vientecito este es muy á propósito para coger una pulmonía. ¿Quieres que juguemos unas carambolas?

—Sí, vamos.

Aqui terminó el diálogo: se dirigieron ambos jóvenes á la Confitería Americana, en donde permanecieron próximamente hasta las nueve, hora en que se separaron, pues esa noche se daba un espléndido recibo en lo de X... Concurriría Luisa y dispuesto como estaba Jorge á seguir los consejos de su amigo, no quería perder aquella ocasión.

Vistióse, pues, de etiqueta y un tanto nervioso penetró después en el magnífico salón.

Ya estaban allí en amable plática varios de sus amigos y amigas; la dueña de casa hacía los honores con esa delicadeza y exquisita atención propias de las gentes de buena sociedad.

Salió á su encuentro la distinguida dama, y felicitándose de la llegada de Jorge, pues así tendremos, dijo, un buen número de canto en el programa.

El primer cuidado de Jorge fué saber si era Luisa de la reunión: no tardó mucho en verla rodeada como siempre de varios jóvenes que se afanaban por agradarla con frases más ó menos felices.

Se dirigió hacia el grupo y después de permanecer algunos momentos en su compañía, rogó á la dueña de casa le permitiera acompañar en el piano á la preciosa joven Lucía que sabía había de cantar el aria de la «Gioconda».

Empezaba, pues, á poner en práctica el plan que se había trazado. Antes, acostumbraba permanecer al lado de Luisa mayor tiempo conversando con ella de mil cosas.

Puso especial empeño en hacer lucir á su compañera, guiándola con gran cuidado, y lo consiguió ampliamente, como bien lo demostraron las demostraciones de agrado que se dejaron oir al dar Lucía la última nota.

La felicitó Jorge calurosamente y mostróse con ella muy obsecuente, manteniendo una animada conversación; justamente, pasó Luisa á su lado en momentos en que era más interesante, y le dijo:

—Está usted muy entretenido, según parece.

—Es verdad, le contestó. ¿Cómo podría ser de otro modo teniendo á mi lado á la señorita Lucía?

Acaso fué ilusión, pero parecióle á Jorge notar en las palabras de Luisa un ligero acento de despecho, que le llenó de alegría.

¿Sería posible que lograra sus deseos?

Intentado estuvo á deshacer lo hecho; ¡tan inconstantes somos! pero reaccionó rápidamente y se dijo que ilusión ó no, si había de alcanzar el cariño de Luisa aquel era el único medio para vencer su carácter y debía emplearlo, haber conseguido dominar en sus sentimientos.

Luisa, invitada, acercóse al piano y ejecutó un hermoso vals de Chopín. Sus dedos de nieve y rosas recorrían el teclado con una agilidad sorprendente, las notas parecían surgir como evocadas por un hada y una sensibilidad artística esquisita se revelaba en el alma de aquella joven para quien no llegara aún el momento de apasionarse, porque nadie había logrado dar con la llave de oro que abriese el tesoro que aprisionaba.

Jorge sintióse preso de una lucha cruel; de un lado su corazón que lo lanzaba adelante, y de otro su cerebro que le gritaba: ¡calma, calma, si no quieres perderlo todo!

La imagen de su buen amigo acudió á su mente y le fortaleció en su propósito.

Se dirigió á Luisa y la felicitó, pero con suma cautela, de manera que no viese en su acción otra cosa que un sentimiento natural provocado por su feliz interpretación, unido á una galantería propia.

Terminó aquel recibo, se sucedieron otros á los que unas veces fué Jorge y otras, sabiendo que ella asistía se privó de ese placer. En todos siguió igual táctica observando con alegría que su amigo no se había equivocado. Primero fué su amor propio de mujer bonita el interesado, y lo fué después su corazón.

Fácilmente pudo comprenderlo, al notar la atención con que lo recibía cada vez que se acercaba á ella, la timidez y hasta cortedad de sus contestaciones y el ligero despecho que á su pesar se traslucía en sus miradas cuando obedeciendo á sus planes cortaba la conversación alejándose de su lado.

El baile estaba en su apogeo; el hermoso salón parecía una mansión soñada; las luces, espejos, tapices, adornos de todo género, las plantas y flores, el encantador y singular murmullo de cien voces que se emiten á la vez, el cambio fantástico de mil colores de las perlas preciosas, los armoniosos acordes de los instrumentos y los blandos balanceos de las parejas, producían en el ánimo impresión tal, que creíase uno presa de un sueño fantástico.

Luisa estaba aquella noche encantadora, lucía un traje blanco de seda que se ceñía admirablemente á sus perfectas formas; llevaba en la cabeza una guía de frescas flores que prestaban á su rostro mayor expresión; no llevaba más joyas que una sortija y unos pendientes, pero jamás pareció tan hermosa á pesar de la sencillez con qua vestía.

Dejábanse oir los preludios de un vals, el mismo de Chopín que en el recibo de X... ejecutara Luisa.

Se lo hizo notar Jorge al mismo tiempo que la invitaba á bailar. Sentía estallar sus sentimientos bajo el influjo de su mirada arrobadora; veía que no le era posible disimular por más tiempo, pero comprendía que una torpeza, podía, sino hacerle perder el terreno ganado, cuando menos comprometer el éxito final; era, pues, preciso sufrir aún. La fuerza misma de las circunstancia traería un desenlace ya próximo.

En efecto; perdiéronse en el aire los últimos acentos de la música, su mano dejó de estrechar el esbelto talle, y enlazados sus brazos, paseáronse algún tiempo por el salón. Obedeciendo á un impulso irresistible, la condujo finalmente al ambigú, donde la hizo sentar con el pretexto de estar algo fatigado.

Estaban sólos: ofrecióle Jorge una copa de champagne. El fino cristal temblaba en manos de Luisa; no menos emocionado Jorge, casi no acertaba á hablar.

Pudo romper por fin aquella indecisión, más elocuente, empero, que la más estudiada frase. Poco á poco la conversación fuése animando, el coloquio adquiría poco á poco intimidad, el acento se hizo insensiblemente cada vez más quedo.

La situación en que vinieron á hallarse rompió la valla ficticia que los apartaba, y bien pronto sus miradas se dijeron lo que en sus almas pasaba.

Un «sí» débil como un suspiro se escapó de los labios de Luisa respondiendo á Jorge.

El champagne hervía en tanto en las copas, pareciendo remedar un himno de hosanna á los reyes del Universo: el Amor y la Razón.

Alejandro Lamas.

CANSADO

Enfermo y en el fondo de mi lecho,
sin que este mal pueda explicar la ciencia,
dejo vagar mi mente fatigada
por el revuelto mar de mi existencia.

A través de los vidrios de mi puerta,
bajo un cielo de ardientes resplandores,
alcanzo á ver doradas mariposas
libar la miel de las fragantes flores.

Lanzan las aves sus alegres trinos
al perderse, jugando, entre los brezos,
y hasta mí llega así como un murmullo
de notas, de suspiros y de besos.

La tierra se estremece con más vida
y se acaricia el universo entero:
sólo yo que me abato en la agonía,
desesperado y sin amor, me muero.

¿Dónde encontrar un ser que me dijera,
abandonando el mundanal orgullo:
desesperado, criminal ó loco,
te doy mi corazón, tómalo... es tuyo?

¿Dónde encontrar otra alma que con mi alma
se abrace y las transforme en una sola,
y marchen en tan íntimo consorcio
como marcha la espuma con la ola?

¿Dónde encontrar dos ojos que en mis ojos
se miren siempre amantes, siempre tiernos?
¿Dónde encontrar dos labios que en mis labios
dejen, de ardiente amor, besos eternos?

¿Dónde?... No sé; más la razón me dice
que nunca encontraré lo que deseo,
y sin embargo espero, espero siempre,
sin hallar lo que busco en lo que veo.

Por todas partes la traición, el vicio:
arriba, abajo, do la vista mira...
Hay que grabar sobre la faz del mundo
este letrero cruel: « *Todo es mentira.* »

Una y mil veces sí. Nada resiste
al tiempo y los reveses de la suerte;
el amor pasa, la amistad concluye,
y no hay otra verdad más que la muerte.

Yo he pretendido ahogar mi pensamiento
en el alegre vino de la orgía;
pero ¡ay! que cada gota que he bebido
mi pasado infeliz reproducía.

Ya ni cólera tengo; ya no puedo
inquietarme por nadie ni por nada.
¿Qué me odian, me desprecian, me escarnecen?
¡Qué me importa el rugir de esa meznada!

Bohemio de la existencia, vivo lejos
de eso que llama sociedad el mundo,
arroyo manso de ondas cristalinas
con un lecho de fango nauseabundo.

¿Qué será de la límpida corriente
si la remueve la razón del hombre,
y analizando con sereno juicio
le llama á cada cosa por su nombre?

Fué ese mi único crímen en la vida,
rendir á la verdad culto sagrado,
decirle bruto al bruto, loco al loco,
al traicionero, vil; malo al malvado.

Es preciso concluir... Mi horrible angustia
en vano, en vano describir quisiera:
es algo cual si el aire me faltase
y sintiera morirme... y no pudiera.

Trae hasta mí la brisa de la tarde
el eco de una voz que me es querida,
que viene del sepulcro de mi padre
y á abandonar la tierra me convida.

Sé que sufres, me dice, hijo del alma,
y desde aquí, también lloro contigo;
¿qué esperas ya sobre ese mundo ingrato?
ven á la tumba á conversar conmigo.

Y esa voz seguiré.—Es imposible
resistir tanto afán y dolor tanto:
¡no faltará la ráfaga de viento
que una mi polvo al de mi padre santo!

Enrique Rivera.

Enero de 1900.

CREPÚSCULO

(RECUERDOS DEL VERANO DE 1898)

A mi querido amigo
el doctor don José Irureta Goyena.

Una tarde, en que la naturaleza adormecida se preparaba á recibir en silencio la invasión de las tinieblas de la noche, en que la brisa parecía haberse ausentado para siempre de las feraces cuchillas de... volvía con uno de mis buenos amigos, para casa, ladeando el frondoso y agreste monte de la *estancia.*

El sol había traspuesto la última cuchilla hacía rato, y los tintes crepusculares iban invadiendo llanos y elevaciones como si quisieran vestirlo todo con su misterioso ropaje. Las horas del silen-

cio y de la meditación comenzaban; y tal vez, predispuesto el ánimo á la reflexión tranquila, que tan bien se armoniza con la calma de la Naturaleza, hizo que detuviésemos, mi acompañante y yo, las cabalgaduras, casi inconscientemente.

Desde la cuchilla en que nos habíamos estacionado, contemplábamos espléndidos panoramas. A nuestra espalda, el monte y su espesura, silenciosa entonces, sin dejar oír el ruido de una hoja siquiera, coloreándose uniformemente el follaje, y perdiendo tonos y medias tintas bajo un verde-oscuro pronunciado. En Occidente la lucha momentánea de luces y sombras, traducida en una claridad marcada en el horizonte, blanca primero, amarilla después, luego verde, y azul por último, hasta perderse en una intensa oscuridad: postreros rastros del radiante paso de Febo por la esfera, eternamente comenzado y eternamente concluído de igual modo, á semejanza de las fortunas del jugador ó de los auges del político. Y allá, á lo lejos, en el bajo, la casa de la *estancia*, cual blanca mancha de ropa tendida, interrumpiendo el color amarillo-oscuro del *espartillal* espeso que cubre el campo, como si quisiese ser nota discordante en el concierto de quietud que la naturaleza ha organizado.

Ante las maravillas naturales, el hombre inclina su frente convencido de la superioridad de lo que admira y de su propia impotencia; ante el poema inmenso del Universo, el *Rey de la Creación* se da cuenta de lo fantástico y engañoso de este epíteto, que se da á sí mismo para dorar con un arrogante calificativo fementidos y momentáneos esplendores. Mi compañero y yo hemos callado, impuestos por la solemnidad del sueño de las cosas, sintiéndonos muy pequeños para interrumpir con nuestro bullicio el adormecer de la madre común. En presencia del silencio sepulcral que nos rodea, turbado á largos intervalos por el eco lejano del balar plañidero de alguna oveja, el distante y lento mujido de algún toro ó el pío momentáneo de un pájaro perdido en la espesura, nuestro ánimo se ha reconcentrado, y sin articular palabra, sin mirarnos siquiera, nos hablamos con el pensamiento y nos vemos con los ojos de la imaginación: nos hemos comprendido perfectamente y participamos de las mismas ideas: también dormimos, como las cosas, el sueño de la tranquilidad, gozando del

descanso del espíritu, que sólo se encuentra allí, lejos de los hombres y de sus maldades...

¿Cuánto tiempo habrá transcurrido así? No lo podría decir. Al llegar á *las casas* aquella noche, nadie esperaba en el portón á mi amigo, y al desmontarme yo no oí, como otros días, el acento apasionado de aquellas *vidalitas* que, dirigidas á mí y cantadas por ella con ternura y delicadeza infinitas, parecían decirme: ¡te quiero mucho, te adoro!: es que la casa, como nosotros, como todo, en fin, no quería ser nota discordante en el llamado al silencio que la Naturaleza había hecho.

Ambrosio L. Ramasso.

Montevideo, Febrero 16 de 1900.

EN LA BRECHA

Para Julio Herrera y Reissig.

Yo no puedo domar á los soberbios
arranques de mi espíritu que vibra
con un rayo de luz entre mis nervios,
con una tempestad en cada fibra!

Nací para triunfar. Y desde abajo
levanto la canción del insurrecto;
y es mi voz la proclama del trabajo
y el *hossanna* triunfal al intelecto!

De la pasión al formidable arranque
es mi verso una cólera latente.
¡Yo quiero que la idea no se estanque
en el alveolo oscuro de la mente!..

Ya cantaré otra vez para las razas
el himno redentor del oprimido,
con una voz rugiente de amenazas
como lamento de león herido.

No me he de doblegar. Para el asalto,
están las fuerzas de mi alma vivas.
Las águilas que cruzan por lo alto,
porque miran al sol, marchan altivas.

No me he de doblegar. Para el perverso
de la lira, en la fiebre que me ahoga,
con cada cuerda forjaré una soga;
y así lo colgaré de cada verso!..

No he de abatir la frente. Sublevado
contra las trabas de una edad funesta,
pienso que es un sublime renegado
quien de la humana condición protesta!

Y por eso Luzbel con su grandeza
sobre mi frente luchadora prima;
que quien lleva muy alta la cabeza
sólo la abate con el cielo encima!

No me he de doblegar, porque inspirado
quiero antes de caer en la pelea,
como de Marathón aquel soldado,
anunciar el gran triunfo de la idea.

No me he de doblegar. Y cuando muera,
ha de servir mi blusa ensangrentada
para hacerla flamear como bandera
sobre la redentora barricada!...

Francisco A. Riu,
Argentino.

La Plata, Fructidor del 900.

VESPERAL

Para García Cisneros, eximio pensador y amigo..

Llegué á la cumbre. Agonizaba el astro
en su charca de sangre, y dos estrellas
miraban su agonía. Rojas huellas
dejaba el moribundo. Tras su rastro

la Luna como un disco de alabastro,
seguida por sus pálidas doncellas,
ritmaba, entre el silencio, sus querellas
En una estrofa en flor de Eugenio Castro.

Un ave rezagada cruzó el cielo
y vió la roja tumba. Un ritornelo
vertió en los aires con sus notas únicas;

los rosales doblaron la cabeza;..
y dió su pincelada de tristeza
la Noche arrebujándose en sus túnicas!..

Manuel J. Sumay,
Argentino.

Buenos Aires, Estío del 900.

EL CASCO NÁUFRAGO

(Conclusión)

Al acontecer el naufragio, un vecino del paraje que venía cotidianamente á huronear cuando el intento de salvataje por ver si en la confusión del desastre lograba obtener algo por vías más ó menos honestas, se llevó para su casa uno de los perros de á bordo. Era sueco, de la misma nacionalidad del barco, alto, fortacho, lanudo, de pelaje rizado, de color atabacado, de hocico alargado y de ojos grandes y vivarachos. Puesto al desembarcar en la playa, se encontró como abatido; dejó de ladrar como lo hacía sin cansarse y sin causa en cubierta, asomando la cabeza por las gualdrinas y los portalones insignificantes de la mura de proa. Mascullando se fué á echar tristón á pocos pasos al lado de una cruz de madera carcomida por los bostezos salobres, plantada sobre la sepultura *in naturalibus* de un oficial de marina; única señal lavada que le dedicó el recuerdo que dice lo mismo para muchos de los que cuentan con epitafio, loza y emparrillado; humilde símbolo que supervive hace algunos años, habiéndose acostado más de una vez en

la tierra bajo los pechazos de los huracanes, moneda corriente en esos lugares, para ser nuevamente clavada con religioso respeto por piadosa mano.

Más tarde el perro náufrago sacudió su murria nostálgica familiarizándose con aquellos parajes desolados. Acompañaba siempre á su adoptivo amo en sus excursiones á caballo. Había también olvidado su mote sueco, obedeciendo por su nombre criollo de segunda pila.

Pero el animal, si había demostrado irracional inconstancia para su verdadero llamativo, indicaba sin embargo, tener vivo el recuerdo del barco.

Transcurrieron muchos meses. Cuando el perro solía pasar en seguimiento de su amo en donde se hallaba el casco perforado en su asiento de arena en estado misérrimo allí, á yardas de la afluencia del arroyo Balizas en el Océano, detenía su trotecito rítmico detrás de la cabalgadura., retrasándose al jinete por largo rato. Entrando en el agua ansioso conténtabase con ladrar vehemente como practicando auto de reconocimiento al pegar con los remos en sus alocados saltos y brincos bajo la línea de flotación, casi siempre en seco y forrada de planchas viscosas por el asentamiento de las algas que componían así extraño y jabonoso tapizado. Allí se detenía — mientras el jinete iba desapareciendo entre los medanales, dirigiendo miradas al casco de trepanada escafa acentuadamente tumbada; al casco eternamente inmóvil, severo, mudo, como dormido á los dulces cintarazos de las olas que se estrellan sobre su cuerpo maltrecho — sobre su silencioso cuerpo como en un éxtasis de monje cartujo, con el filo de proa mordido por los taladros y erizado de groeras y piqueros naturales Y en alto, bajo el tronco astillado del bauprés en el figurón y apoyándose en la perdigueta tan sólo la sílfide esculpida en madera, percudida ya. Conservando cierta expresión de vida sobre todo lo demás en completa ruina, lo único que no mostraba tan paladinamente sus orines poseyendo un algo, un rasgo de animación como en la cara de ciertos ancianos que al través de los apergaminamientos dejan entrever un hilo de uz, en que se traduce la vida rozagante de antes.

II

La «Mandal» al soportar en su encalladura tanto temporal parecía ya haberse consagrado invencible por el mar y aludiendo á sus restos en conversación más de uno solía decir, á su contricante «primero se va á deshacer usted que la barca sueca»... Empero el buque de un tiempo á esta parte se había descalabrado más. En tiempo bueno los cachones empenachados de espumas y airosos parecían acariciarle con su dulcísimo susurro, lamiéndolo, abriéndose al dar el golpe muelle en la popa para volverse á fusionar en su avance bajo la proa y luego fallecer en la playa, dando un suspiro apacible y tristón á la vez como un sarrillo. Los clavos con muescas, los pijotes de hierro estaban cubiertos de una limosidad, de un orín de granitos rojizos como en salpullido y las más altas láminas de cobre de un sarro color verde pita. La tableta con el nombre de la embarcación había desaparecido desclavada de un galón por un fuerte golpe de mar. Los rumbos abiertos y cerrados ligeramente cuando se creyó en su posible zafadura, se habían abierto mucho más y bajo el peso del agua entrada el buque había terminado por hundirse enormemente de popa y cuando hacía mucha mar las oleadas gruesas reventaban furiosas y elevando sus crestas, como lenguas que se estiran para lamer, traspasaban, dando golpes ensordecedores, la obra muerta para penetrar por la minada cubierta en los compartimentos oscuros y húmedos como cavernas y exhalando tufos salinos ese perfume amargo de las olas...

Una tarde sin sol. El viento silbaba furioso levantando remolinos con la arena de las dunas. El cielo estaba negro como el forro de palastro de una caldera. Las oleadas, altas caudalosas, pesadas rompiánse frenéticas unas sobre las otras en cimbreos traidores, reforzándose, combinándose, hundiendo las crestas para erguirse elásticamente saliendo de pasajeros abismos y hondonadas dándose zurriagazos con sus bordes festonados de espumas, claros, de verde botella y con sus cuerpos regordetes glaucos, verde sucios, con reflejos pardos... Y entre la promiscuidad picos que se elevan y se hunden, plastes de espumas que se desvanecen en las combas y lloviznas menudísimas que recogidas por el huracán viajan cuadras y cuadras sobre el elemento descocado.

Y en la playa lavada, sin un asomo ni á lo lejos de vivienda humana y al pie de cadenas de médanos viajeros, llegaban los cachones más ordenados, resbalándose sobre la superficie en una fila arqueada que se retrasaba para reventar rabiosas en un herbor de espumas y golpes secos que unidos como en una sola pieza aparecían violentos saldrapazos seguidos de un quejido idéntico al que se desprende de un bosque de pinos y alerces á los fustigazos de un viento impetuoso.

En los farrallones que enarcan sus lomos peñascosos con aspecto de torreones, almenados y castillos monolíticos, los lobos marinos lanzaban al aire como acometidos de una cólera terrible, mugidos cavernosos, broncos, alaridos horribles como voces de otro mundo.

Cerrada la noche la tempestad arreció. En tanto la «Mandal» como ser misterioso que se mueve á la sombra, se amacaba sobre su encamadura de piso de sábulo, después de muchos años de inacción en su estribo de arena. Como un paquete al echar humo aprestándose para zarpar, la barca se deslizaba de su asiento en trébede cada vez más, preparándose así su deslizamiento fatal. Una ola llegó entre la sucesión continua y desordenada de sus compañeras más sañuda, más corpulenta, más negra, más fornida y más cruel — era la que por fatalismo estaba indicada para deshacer como por certero golpe de maza, el casco de la antigua barca sueca allí estancada por muchos años. En medio de la noche como muere ignorado un ser de la turba humana, el esqueleto de la barca se había destrozado sin que sobresaliesen sus crujidos entre los demás ruidos de la borrasca desatada.

El mar se lo había tragado completamente. Nada quedaba ya, á no ser una tabla tinglada resto de aquellos restos que aislada fué juguete de las olas en sus espumosas rompientes de la playa y dos botes que yacían volcados desde el naufragio entre unos médanos cercanos á la costa cargados en su interior de arena acumulada por los vientos y advirtiéndose en el enmaderado los listones envejecidos...

Amanecía. Un grupo de gaviotas y preteles revoleaban sobre las aguas. Y muy cerca de allí en el faro casi escondido al pie de una loma donde verdeaba un césped debilitado por la arena, las lámparas se iban apagando... Los cristales gruesos y los reflecto-

res azogados cesada ya la llama de los mecheros comenzábanse á enfriar á medida que la luz natural, la claridad difusa del alba íbase vigorizando para alumbrar la siniestra costa.

Las paredes macizas que sostienen en lo alto la garita donde se hallan alojados los reflectores, blanqueaban más claramente, surgiendo de las sombras en su embretamiento de enormes breñas negras y mohosas, bloques en cuyas gibas salpicadas con profusión por capuchas de lapas como inofensivas berrugas, pasado el reflujo, quedaban hasta el nuevo repunte de la marea las algas marinas, de todos los matices, traídas por las corrientes durante un tiempo marcado como para orear sus babas. Y en las canaletas y baches que dejan los escabrosos riscos, con agua represada flotaban á merced del viento las huevas aglobadas de las medusas, que también llegan en persona á morir olvidadas en la dilatada playa con sus cuerpos flácidos y cristalinos teñidos con color de lilas y de violetas...

Carlos H. Mata.

Montevideo. Enero 6 de 1900.

SÚPLICA

Recuerdo que pasastes,
El cielo alborotado
Tiñó sus blancas nubes
Con mágico arrebol.
Y en medio de tu rostro
Por ángeles tallado,
Tus ojos desprendidos
De un astro inmaculado,
Sin luchas apagaban
La luz del almo Sol.

Claváronse en mis ojos
Tus nítidas miradas,
Noté mi pecho herido
Por súbito dolor.
Que buena esclarecías
Mis noches desdichadas,
Que en el jardín repleto
De flores deshojadas,
Nacía seductora
La rosa de mi amor.

Tu fuiste desde entonces
Mi gloria, mi tormento,
Mi calma, mi ternura,
Mi vida, mi cantar.
Al verte tan hermosa,
Al roce de tu aliento,
Vagaba por mi mente
Mortal el desaliento,
Y pálido sentía
Las ganas de llorar.

Lloraba al figurarme
Que tu alma y tus anhelos,
Tu sueño, tu esperanza,
No fueran para mí.
Y que á pesar de todos
Mis cándidos desvelos,
Mis noches tempestuosas,
Mis cuitas á los cielos,
Lograr nunca podría
Tu codiciado sí.

Observo que era exacto,
Que esquiva el amor mío
Rechazas inclemente,
Que matas mi pasión.
Que estás siempre á mi lado
Con tedio y con hastío,
Que impía me desprecias,
Que está tu pecho frío,
Que es de otro, de otro hombre
Tu ardiente corazón.

Y yo que penetraba
Sonriente y satisfecho,
Creyéndome dichoso
Del templo en el umbral.
Que hallaba el horizonte
Para mi amor estrecho,
Que guardo con cuidado
Aquí, dentro del pecho,
Tu sombra bendecida,
Tu imagen virginal.

Hoy cargo vacilante
Mi angustia y mi martirio,
Cual Cristo destinado
Por ti, solo, á sufrir.
Verdugo de mi alma
Advierte mi delirio,
Mis ojos suplicantes,
Mi amarillez de cirio,
Mis quejas que pregonan
Que pronto he de morir.

A dónde iré, yo, ahora
Gimiendo mi tortura,
Velando mi vergüenza,
Clamando tu desdén.
En dónde habrá ambrosía
Que aleje mi amargura,
Qué estrella fulgurante
Me brindará su ayuda,
Qué arbol del desierto
Me prestará sostén.

A dónde iré á ocultarme
Para olvidar mi suerte,
Tu célica sonrisa,
Tu olímpica altivez.
Si cuando, eterno, pasa
Tan solo un día sin verte,
Me muero de fastidio,
Me quedo triste, inerte,
Sumido en lo profundo
De negra lobreguez.

Ten pena de tu amante,
Si quieres mi agonía
Ver pronto terminada,
Que arroje, allá, mi cruz.
Que reine sin ocaso
En mí, santa alegría,
Que brote de mis versos
Espléndida armonía,
Que avive de mis ojos
La moribunda luz.

Envíame tan sólo
Veloz una promesa,
Ofrece convencida
Que mucho me amarás.
Mandame tu suspiro
Que dulce me embelesa,
Y juro por tu garbo
De tímida princesa,
Que este hombre esas bondades
No olvidará jamás.

Te juro por mi madre
Que volverá el encanto,
Que iré como una sombra
De tu carrera en pos.
Que no verás corriendo
Las hondas de mi llanto,
Te juro idolatrarte,
Te juro querer tanto,
Como aman los creyentes
Al bondadoso Dios.

Atiende mis pedidos,
Si no me muero ingrata,
Sin savia ya se extingue
Mi pobre juventud.
Responde á mis querellas
Que tu quietud me mata,
Observa que la muerte
Gozosa me arrebata,
Contempla que ya traen
Mi lóbrego ataúd.

José Salgado.

A ELISA

Cuando te hablo de amor, divina Elisa,
¿Por qué ese aspecto indefinible ostentas?
¿Ignoras que es presagio de tormentas,
En muchos labios la burlona risa?

¿Recompensas mi amor ó cruel me afrentas?
Mi mente, al responder, está indecisa
Sobre si existe dolo en la sonrisa
Con que calmar mi desazón intentas...

Y á fe, no es de extrañar el que no alumbre
La luz de la razón, mi incertidumbre,
Pues leí (no recuerdo si era en Viernes

O en Lunes ú otro día), en cierta historia,
Que, lo mismo Judit sonrió á la Gloria
Que al tronco, ya sin vida, de Holofernes.

Tomás A. Amadeo,
Argentino.

La Plata, 1900.

BRAMA

Para Julio Herrera y Reissig.

Un bochorno de fábrica revienta
las rosas del sendero. La gramilla
gime bajo mis pasos, mientras brilla
Febo en el cénit como un ascua. Lenta

Viene á mi, guarecida en la sombrilla,
Luty, la rubia impúbera. Violenta
su seno ya el corsé. Trasciende á menta
su falda gris á media pantorrilla.

Llega. Ya erige su combés la nalga,
más son sus ojos de cristal verde-alga
dos inocencias pensativas y hondas...

Pasa. Y tras ella mi pupila irradia,
mientras pienso en un Sátiro de Arcadia
que arrastrase una Ninfa hacia las frondas!..

Oscar Tiberio,
Argentino.

La Plata.

IDEAL

Tan perfecta es su hermosura
Que un alado serafín
A veces se me figura,
Y no hay una flor más pura
Que ella en ningún jardín.

Ciegamente enamorado
Con embeleso la admiro,
Y suspenso, enajenado
Por estar siempre á su lado
Con vano anhelo deliro.

¿Quién al verla no la adora?
¡Yo hasta su esclavo sería!
Si es más bella que la aurora
Más dulce y encantadora
Que toda la poesía!

¡Ah! si mi pluma pudiera
Trazar el retrato fiel
De mujer tan hechicera,
¡Cuántos millones valiera
Esta hoja de papel!

Podrán existir hermosas
Deidades en parte alguna;
En el edén portentosas
Vírgenes maravillosas
Pero como ella ninguna!

Antolín R. Lasús.

Buenos Aires, Marzo 3 de 1900.

RUBÉN DARÍO

De tu argénteo buril brotan las rimas
como una lluvia de oro refulgente:
crepúsculos que surgen en Oriente,
auroras que desmayan en las cimas.

Cíclope, bajas á las hondas simas
donde se arrastra el bullidor torrente;
águila, tocas del gran Sol la frente
y recibes la luz con que te animas.

Burilador de extrañas concepciones
es tu numen volcán donde crepita
la idea que da vida á tus canciones.

Mago que buscas la oriental mezquita
del país de las bellas Ilusiones
donde enciende el Amor su luz bendita!

Horacio Olivos y Carrasco,
Chileno.

SECCIÓN CIENTÍFICA Y MILITAR

REFORMA DE LAS CLASES PASIVAS

II

La denominada situación de *reemplazo,* da lugar á que esperen pacientemente su turno mil seiscientos sesenta y cuatro jefes y, oficiales, (1) que digimos costaban á la Nación $ 58,514.50 y que naturalmente, por su condición de militares, tienen derechos adquiridos para pretender y ocupar los puestos vacantes del Ejército.

La circunstancia de exceder en ese número á los necesarios para el servicio y razones de edad, suficiencia, enfermedad, achaques, en fin, múltiples causas que una ley de retiro debiera haber previsto, los refugia en la situación de reemplazo, indebidamente estatuida en nuestra organización militar, por la contradicción subsistente entre la pasividad, muchas veces constante que la caracteriza y la actividad y demás energías que son requeridas, sin intermitencias, del que está en ejercicio de un empleo militar.

No es posible tampoco justificar la permanencia de la situación de cuartel, limitada por el Código Militar, única y esclusivamente á los oficiales generales y por un decreto gubernativo estensiva á todos los jefes y oficiales en disponibilidad; de modo que la referida circunstancia implica tácitamente admitir que ésta puede ser relativa sin que se pierda el estado militar.

Un ejército regularmente organizado sólo debe tener oficiales en actividad; es decir, oficiales utilizables en todo tiempo y lugar. En los casos en que dejen de pertenecer á los cuadros activos para pasar á retiro, entonces sus puestos deben ser llenados con los que

(1) No comprendiendo los colocados en las carreras civiles, incluso policías.

están directamente en condiciones de servirles en armonía con una ley de ascensos especial. En cuanto á las demás promociones que se sucedan, el procedimiento y orden será análogo hasta llegar á los empleos inferiores, cuya provisión corresponde á la Academia General Militar, para cuyo efecto el número de alumnos que cuente debe estar en proporción con las necesidades existentes.

De este modo la carrera militar sería una verdadera carrera, con rumbos fijos y porvenir marcado; reconquistaría todo su prestigio, se despertaría la emulación y en cuanto á los militares que estuvieran en sus puestos activos constituírian la vanguardia de una agrupación científica y sólida, con un puesto prominente en la escala de las demás instituciones del país.

Impiden llegar á este fin el exceso de oficiales que constituyen las citadas listas militares, porque no es posible organizar sólidamente una institución seria sinó sobre la base de un perfecto funcionamiento de todos los resortes que la constituyen, eliminando, trasponiendo ó sustituyendo los que sean necesarios.

La reforma á voluntad, ya lo hemos dicho, deja ancho campo para que se efectúe sin mayores trastornos la eliminación de los oficiales sobrantes, pero hay que complementarla con la ley de retiro, sin cuyo requisito previo no sería eficaz, vale decir, fracasaría, pues irían á la reforma solamente un número determinado de militares.

Las disposiciones en vigor por este concepto que preceptúa nuestro Código Militar, tienen que ser verificadas ó suplantadas por otras de acuerdo con los usos modernos, tomando como norma las análogas que rigen en otros países, con más el aditamento de que comprendiera los oficiales que están demás, procedimiento que vendría á instituir una nueva « lista muerta », que al igual de sus congéneres, las demás listas muertas (viudas y menores militares, inválidos, etc.), se atenderían bajo un mismo rubro y desde igual punto de vista: la reforma.

Los retirados militares, una vez perdido el estado militar sin interés alguno en disfrutar un sueldo de retiro inferior á la renta que les produciría el capital de reforma, se acogerían inmediatamente á ella y en consecuencia salta á la vista la resolución feliz del problema que hemos planteado.

Como se ve, la reforma propuesta no deja de tener en definitiva

cierto carácter obligatorio, pues no pueden escapar á ella los comprendidos en la ley de retiro que, lo repetimos, serían los 1,664 jefes y oficiales de que hemos hecho mención; no ebstante esto, queda desvirtuada, por los términos en que se formula, pues no se compele á nadie, sino que se reorganiza la institución del Ejército con arreglo á prácticas de otros países más adelantados y ajustándose á la parte final del artículo 83 de la Constitución de la República.

Julio Dufrechou.

(Continuará).

NUESTRA MARINA

(Conclusión)

III

Los perfeccionamientos constantes que recibe la unidad táctica de marina, es decir, el buque de combate, son de tanta importancia que á menudo inutilizan elementos relativamente modernos, haciéndolos impotentes para resistir la energía que acumula el progreso creciente y es por esto que nace en algunos la idea de que, para oponerse á ellos en todo momento, se impone el cambio constante del material de guerra, lo que sin discusión, requiere grandes cantidades de dinero, y por eso montañas de oro se invierten en mantener en pie, el poder ofensivo y defensivo que caprichosamente sueña cada país.

En las naciones americanas, no es posible que se sigan los hábitos europeos y si así sucede actualmente en algunos países, los descalabros son seguidos y enevitables. Bastaría particularizarse con cualquiera de las marinas americanas para llevar á todos el convencimiento de que los resultados que se observan no son del todo halagüeños. Pero esto no ès mi objeto y además los resultados actuales que dan los procedimientos en práctica, evitan toda discusión, comprobando mis afirmaciones.

¿Qué es lo que debe hacerse entonces? Conviene, en mi sentir, analizar las partes constitutivas de una marina de guerra, separar con conciencia lo *indispensable* de lo *auxiliar*, y deducir después, la posibilidad de conservar lo primero, abandonando lo último, hasta el punto de no afectar, en ningún caso, la bondad del arma ni su potencia fundamental.

¿Quién argumentará que la nación que posea muchos buques entre los cuales, la quinta parte construidos en el año *uno* y así sucesivamente hasta contar unos pocos modernos, es dueña de una armada poderosa? El número de buques no siempre representa poder. Sin embargo, nadie dudará que aquella nación que posea en todo momento un cuadro de oficiales, clases de marinería perfectamente instruida teóricamente, aclimatados á las rudas caricias del mar, y cuente además, con el capital para la adquisición de buques, cuando convenga, tendrá en todo momento que lo exijan las circunstancias, un conjunto de escuadra envidiable por su poder y composición.

Dinero y marinos son los elementos indispensables para tener escuadra; no se necesitan buques de combate en tiempo de paz, buques que no puedan maniobrar constantemente porque consumen mucho y por lo tanto están obligados á permanecer la mayor parte del tiempo fondeados, sirviendo con mucha utilidad, para lo que he dicho anteriormente.

La práctica no debe hacerse en buques de combate, sino en naves especiales que puedan reunir en oficialidad y tropa el núcleo principal de un verdadero poder naval.

Ahora bien; para obtener dinero, el procedimiento no es, ni puede ser difícil, teniendo en cuenta el progreso de las ciencias económicas y sobre todo, el fin serio que se busca, que es la defensa nacional. Cuando un país quiere dinero para el objeto en cuestión, lo adquiere, sea por el sistema de impuestos especiales á crearse, sea destinando una parte de las rentas nacionales ó protegiendo la marina mercante nacional, que dejaría en sus transacciones los fondos suficientes para sostener la de guerra.

El dinero es necesario con carácter permanente, desde que defiendo el sistema de tener siempre buques-escuelas y no buques de combate, y para obtenerlo, sería práctico é indispensable crear un

tesoro especial permanente, destinado exclusivamente á la compra de buques en la oportunidad debida.

Este tesoro que pudiera denominarse « Tesoro naval », debe ser administrado en forma especial, que pudiera garantir en todo momento un constante respecto á su integridad.

Para probar que el gasto que ocasionaría la escuadra poderosa que he mencionado en artículos anteriores, es soportable por la nación, supongo sin exajerar, que pudiera reunirse con ese objeto, poniendo en acción los elementos indicados, la cantidad de pesos 800.000 anuales.

De este total, ó de cualquier otro que resultara, sea mayor ó menor, debe invertirse una parte solamente en la conservación permanente de la oficialidad y la otra en depósito para destinarlo á las adquisiciones cuando fuera necesario. No pretendo que ese depósito destinado á reforzar continuamente el « Tesoro naval » pudiera, por ahora, llegar al total necesario para un caso urgente, pero siempre serviría como gran ayuda, evitando descalabros financieros, como ha sucedido en algunas naciones que han dado ejemplos que no debemos imitar nunca.

Puede abandonarse el asunto capital desde que nadie ignora que lo dicho es fácil verificarlo sin grandes dificultades ni mucho gasto de ingenio, y pasaré, entonces, al análisis del personal de marina.

He dicho que este debe instruirse con carácter permanente; el por qué de esta afirmación se desprende de las consideraciones apuntadas en el segundo artículo, y ya que esta condición es indispensable, el escalafón de marina debe ser cerrado, para evitar aglomeraciones perjudiciales, estando su número de acuerdo con el plan que se desarrolle, según las necesidades.

Si las otras naciones tienen 6, 10, 15 ó más buques de combate, deberá instruirse la oficialidad de los mismos 6, 10, 15 ó más buques, como también el elemento de acción entre la tripulación, elemento que lo representan los cabos de cañón, los cabos torpedistas y los cabos timoneles.

Esa oficialidad que de vicealmirante á guardiamarina debe practicar los conocimientos que se han indicado anteriormente, no puede marchar sino dividida en dos partes, alternándose continua-

mente, una parte en navegación, en viaje de instrucción por todo el mundo, y la otra, estudiando la hidrografía nacional, punto capital que se olvida con frecuencia, y además prestando los servicios que fueran necesarios.

La oficialidad que recibe así instrucción permanente representa, como se ha dicho, el Estado Mayor de varios buques de guerra, Estado Mayor de primer orden, con competencia que no negará ninguno de los que quieran oponerse al sistema que defiendo.

Aclarando lo dicho, puede asegurarse, desde que se probará á su tiempo, que con una parte de la cantidad que se supuso obtener, por ejemplo, con $ 500,000 anuales puede darse práctica constante é instrucción inteligente á un Estado Mayor de oficiales y clases de tropa que representen la perfecta tripulación de DIEZ buques modernos de combate.

Esto es sencillamente un gasto insignificante comparado con el resultado obtenido.

Si probara lo dicho con toda la claridad innegable de los números, no podrá negarse que mañana, que la patria necesitara marina, podría coa un gasto permanente como presupuesto de marina, gasto que sería de $ 500,000 anuales, tener el elemento nacional competente para organizar una poderosa escuadra de diez buques de combate.

Supongamos entonces, procurando ser lo más exacto posible, que un buque moderno, una nave de combate, necesite como Estado Mayor de oficiales, un jefe, un segundo jefe, un tercer jefe y 12 oficiales, y además 50 marineros entre cabos de cañón, torpedistas y timoneles.

El resto de la tripulación de cubierta no requiere siempre más que ser marinera, nunca técnica, y por lo tanto, en ese sentido, nuestra muchachada de ribera, cubriría con exceso el número de buques que proponemos.

Lo indispensable para diez buques de combate sería entonces:

10 jefes
10 segundos jefes
10 terceros jefes
120 oficiales
500 marineros;

agreguemos 5 jefes superiores y tendríamos, dando nombres, el siguiente escalafón para la potencia enorme de diez buques modernos:

JEFES SUPERIORES	1 vicealmirante 1 contraalmirante 2 comodoros
JEFES.	10 capitanes de navío 10 capitanes de fragata 10 tenientes de navío
OFICIALES	40 tenientes de fragata 40 alféreces de navío 40 guardiasmarinas

El gasto anual, dando sueldos que correspondan á sus gerarquías y agregando un pequeño cuerpo de maquinistas, sería el siguiente:

1 vicealmirante		$	500 00
1 contraalmirante		»	400 00
2 comodoros á	$ 300 00	»	600 00
10 capitanes de navío á . . .	» 200 00	»	2,000 00
10 capitanes de fragata á. . .	» 120 00	»	1,200 00
10 tenientes de navío á . . .	» 100 00	»	1,000 00
40 tenientes de fragata á . . .	» 80 00	»	3,200 00
40 alféreces de navío á . . .	» 60 00	»	2,400 00
40 guardiasmarinas á	» 50 00	»	2,000 00
Presupuesto mensual		$	13,300 00
500 marineros á	$ 20 00	$	10,000 00
Mesa de oficiales, 154 á . . .	» 20 00	»	3,080 00
Rancho para marineros, 500 á .	» 10 00	»	5,000 00
20 maquinistas á.	» 100 00	»	2,000 00
Mesa de maquinistas, 20 á. . .	» 20 00	»	400 00
80 foguistas á.	» 20 00	»	1,600 00
Rancho de foguistas, 80 á. . .	» 10 00	»	800 00

Total del presupuesto mensual . .	$	36,180 00
Ídem ídem anual	»	434,160 00
Para carbón, artículos navales, etc.	»	65,840 00
	$	500,000 00

Esto es lo que se gastaría en mantener en constante ejercicio el personal principal de una escuadra de diez buques modernos de combate, escuadra que no posee ninguna nación sudamericana, con gastos muchísimo mayores, pues ese presupuesto es el que consume próximamente uno de los acorazados modernos, que crían en sus fondos, todo lo que es decible, fondeados durante meses y á veces años consecutivos, en los concurridos puertos europeos.

Adviértase, además, que se ha presupuestado un elevado personal de máquinas y se ha destinado una suma respetable para carbón, artículos navales, etc.

Una aplicación práctica de lo dicho puede hacerse con lo ocurrido últimamente en la República Argentina. Cuando no soñaba en el desacuerdo internacional, mantenía una escuadra de más de treinta buques, todos inútiles para el combate, y se vió obligada á comprar material nuevo á último momento para poder detener el avance del contrario. ¡Qué provechoso resultado hubiera dado el procedimiento que indico!

Si la escuadra que había de combatir tenía que ser adquirida en último momento, lo lógico hubiera sido no sostener una flota ficticia, con enorme presupuesto, sino mantener sus tripulaciones en continuo ejercicio.

Que siga con su sistema, y de aquí 10 ó 15 años, si necesitara una escuadra poderosa, tendría que adquirirla nuevamente.

Se preguntará lo que se hace con los buques ya adquiridos, la respuesta no puede ser otra que la siguiente: cualquier cosa, menos mantenerlos fondeados ó á medio desarme.

Ahora se dirá, y con razón, que al presupuesto anterior, muy aceptable, hay que agregar la nave-escuela, para que la instrucción pueda verificarse en la forma establecida, pero no es así, felizmente; el patriotismo nacional ha de regalarlo expontáneamente porque al hacerlo así, busca su defensa; el pueblo es el único beneficiado.

La naturaleza siempre sabia, ha dado á todos los animales irra-

cionales su defensa propia, pero al hombre le ha dado inteligencia para organizar la suya, y éste sería el momento de dar el paso adelante, cuando el país ha entrado triunfante en pleno dominio de su honradez administrativa.

Si la colonia española en ambas márgenes del Plata alcanzó á la suma de $ 650,000, ¿por qué nosotros, mucho más numerosos y tan patriotas como ellos, no formamos el capital necesario para construir un buque-escuela como la fragata « Presidente Sarmiento » para que se condense en la forma establecida, la fuerza intelectual que en acción arrebatará la gloria sin esfuerzo?

No creo que una simple colonia extranjera, supere con su proceder brillante, al patriotismo de un pueblo noble como el nuestro.

Mirando la cuestión por su lado debido, se hallará la innegable importancia de lo propuesto, no es posible desconocer que la tendencia absorvente del fuerte, hace camino en la política del mundo, la fuerza prima al derecho, esta es la fórmula que se sigue y por lo tanto todo esfuerzo que tienda á dar defensa á los países, será noble y generoso.

Faltaría dar fórmula práctica para que se realizara ese gran concurso popular. Indico uno de los tantos caminos que pueden seguirse, que consistiría en emitir billetes, que sin ser de Banco, pudieran tener alguna semejanza ó parecido á cualquier acción ó papel de crédito. Estos billetes, con diferentes valores escritos, firmados por el Presidente y Tesorero de la Comisión Directiva, se daría á la venta en agencias, casas de cambio, librerías, etc., y sobre todo, solicitando el concurso, siempre eficaz, de la mujer, que en todo momento se muestra patriota y generosa.

El dinero recibido iría en depósito al Banco de la República y previa exposición de planos, al pueblo en general, se ordenaría la construcción de la nave-escuela, que llevaría en su popa el nombre de nuestro inmortal « Artigas ».

A todos los que simpaticen con la idea, los invito á iniciar este movimiento patriótico, constituyéndose en Comisión provisoria para designar quiénes, entre el Ejército, la armada y el pueblo, deben formar la Comisión Directiva.

Quiera el destino que mi patria tenga marina, porque abrigo la seguridad de que esta noble nación, que algunos pretenden hacerla chica, cuando es enorme, sería entonces la roca más dura que

encontraría la ambición extranjera, roca donde se estrellaría al nacer, cualquier veleidad de usurpación que pudiera herir nuestra integridad nacional.

¡A la obra orientales!

Federico García Martínez.

MONTEPÍO MILITAR

Se ha hablado de organización del ejército, del mejoramiento de su administración, de su preparación teórico-práctica en las cuestiones esencialmente militares, pero se ha dejado encarpetado este punto esencial de nuestro porvenir.

No son sólo aquellas cuestiones, las que comprenden la organización del ejército de la República; entra también en ese plan impuesto á la buena voluntad de los militares, el mejoramiento de la vida, de los que exponiendo su existencia, cuando las circunstancias lo exigen, en el campo de batalla, ó los que sacrificando su libertad individual, se concretan decenas de años al servicio disciplinario del cuartel, sin descanso alguno ni otras aspiraciones que servir á su patria. Entra, como digo, en ese plan reorganizador, hacer práctica la pensión que debe dejar á su fallecimiento para la familia, como justo tributo de sus afanes y desvelos de la vida de soldado.

Es la fiel recompensa que debe recibir para cumplir con más entereza y más sacrificios su sagrado cometido.

Desgraciadamente al presente, nos encontramos privados de ese legítimo derecho que la ley militar nos acuerda con perjuicio de nuestras madres, esposas é hijos, que quedan á nuestro fallecimiento desamparados, porque sabido es, que nuestros sueldos no pueden ser nunca orígenes de fortuna que pudiéramos legarle como herencia; y es por eso que en defensa de los derechos que nos acuerda la ley, queremos decir dos palabras al respecto.

Al emprender, pues, una era de proyectos para nuestro ejército,

realizables ó nó, es imposible dejar sin tratar, no uno nuevo porque se trata de una cuestión resuelta, sino llamar la atención sobre él, para poder conseguir su cumplimiento, en beneficio de nuestros intereses individuales y demostrar perfectamente que tenemos los mismos derechos, todos los militares, ante la ley, para el goze del Montepío.

Efectivamente, hoy no es el mismo el porvenir de las viudas y menores de aquellos militares que no ingresaron al ejército antes del injustificable decreto-ley firmado en la dictadura del señor coronel D. Lorenzo Latorre el año 1876, á no ser que por gracia especial el Poder Ejecutivo solicite del Honorable Congreso, una pensión para la viuda é hijos del fallecido.

Su aplicación que hoy se observa para los que pertenecen á la lista llamada 7 de Setiembre, no es precisamente el que nuestra ley militar, perfectamente sancionada en una fecha posterior (1884), estatuye, y si en épocas anormales podrá haber tenido algún motivo para su observancia, no así en épocas institucionales como la que gozamos, ante la que todos los ciudadanos tienen los mismos derechos.

Concluida la vida de un jefe ú oficial de dicha lista, no queda mas recuerdo de su existencia que la foja de servicios en los archivos del Estado Mayor — y aquella vida constante y esclava del soldado, del oficial y del gefe, aquellas privaciones y contrariedades tan generales en la vida militar, quedan á su muerte sin ningún reconocimiento para sus descendientes que ven desaparecer á su padre, esposo é hijo, que tantos sacrificios le había costado el puesto que su muerte gozaba, sin dejarle el pasar modesto que correspondia á dicho empleo.

Nuestra ley militar dice claro y terminantemente en su artículo 583 que *el Montepío militar es una institución piadosa que tiene por objeto el socorro de las familias de los militares y es una carga que la Nación reconoce por la administración que ha asumido de sus fondos, y en su artículo 584, que dicho Montepío comprende á todos los oficiales del Ejército desde la clase de Subteniente á Teniente General inclusive.*

De manera, pues, que nuestros legisladores comprendieron perfectamente y supieron valorar los sacrificios del militar, dando derecho para su familia á percibir una pensión, que legítimamente

adquiría, puesto que dicho militar en vida, había creado los fondos necesarios para que produjeran ese rédito ó pensión, con el descuento que la ley le hacía de su haber respectivo, fondos que como lo dice el segundo de los artículos nombrados tomó la Nación á su cargo para su administración.

Ahora bien: ¿puede tener más fuerza un decreto gubernativo que fué expedido en épocas anti-constitucionales, que una ley perfectamente sancionada con posterioridad cuando es la misma la cuestión á que se refiere?—indudablemente que no, y esos derechos que dicha ley acuerda son los que defendemos para poder obtener los frutos para que fué creada.

Es cierto que á los jefes ú oficiales que pertenecen á la lista 7 de Septiembre, ó sean los que están eximidos del Montepío, no se les ha hecho descuento alguno para poder considerarse con derecho al goce de pensión, pero es cierto también que si á ellos no se les ha hecho dicho descuento, no ha sido porque no lo hayan permitido ó no tengan voluntad para que se les haga, ha sido solamente por estar en vigencia el decreto en cuestión que nos pone en diferente situación y con diferentes atribuciones que los que sirvieron antes del año 1876.

Una cuestión de tan trascendental importancia debía llamar la atención del Honorable Congreso, para hacerse obligatorio, por cuanto está íntimamente ligada, para el mejoramiento del ejército, fiel representación del adelanto nacional. El militar se concretaría con más constancia y decisión á sus obligaciones, viendo que tenía asegurada la pensión para sus deudos, dejándole la ayuda necesaria para la subsistencia de la vida, única aspiración del hombre después de haber cumplido con su patria.

Sabemos con toda seguridad que algunos compañeros tienen en preparación trabajos en este sentido ó de analogía en su resultado práctico; insinuamos su apoyo, presentándole, para su discusión, en caso de mejores condiciones que la actual ley militar, para poder conseguir de una ú otra manera que nuestro porvenir esté en las mismas condiciones que en todos los países que cuentan un ejército organizado.

Llamamos, pues, á los colegas que durante estos últimos tiempos con constancia encomiástica, han escrito sobre cuestiones militares, para que llenen algunas carillas de papel prestigiando este punto,

que reportará una conveniencia general para todo el elemento militar y veremos colocada en esa forma la piedra fundamental de nuestro Montepío.

Montevideo, Marzo 7 de 1900.

Jaime F. Bravo,
Teniente 1.º.

NOTAS DE REDACCIÓN

Nuestro director agradece con toda su alma las mil manifestaciones de afecto recibidas durante su enfermedad, tanto de sus amigos de Montevideo, como de Buenos Aires y otros puntos de la República Argentina. Asimismo hace extensiva esta declaración de gratitud, á la prensa, de Montevideo y de la otra orilla, por haber sido objeto de las referencias más elogiosas y en extremo galantes.

También considera que cumple con un deber de sinceridad periodística al participar á los distinguidos lectores de LA REVISTA que por mandato médico, en un plazo de dos meses no podrá dedicarse á ningún género de trabajo intelectual y como consecuencia su firma no figurará durante el tiempo expresado entre las de los distinguidos escritores del periódico que dirige. Como en uno de estos días se ausenta de Montevideo, lejos de la cual permanecerá un buen tiempo, se despide de todas sus relaciones y se disculpa con los colegas, colaboradores y amigos de la República Argentina por tener forzosamente que interrumpir la afectuosa correspondencia que con ellos mantiene.

NUEVAS PRESENTACIONES

Manuel Fombona Palacio. Es uno de los primeros literatos de Venezueala, que desde ha tiempo tiene conquistado un honroso puesto en la literatura del Continente.

Ixión, el notable trabajo con que hoy engalanamos las páginas

de La Revista, es tanto por su forma como por su fondo, una producción de verdadero mérito artístico y literario. Hay en él ideas y principios contrarios á las escuelas modernistas, apoyando su tesis con la galanura de una vasta erudición.

Debemos hacer constar que dicho trabajo lo obtuvimos gracias á la exquisita amabilidad del distinguido literato argentino Luis Berisso, el cual mantiene extrecha amistad intelectual con aquel escritor.

Instamos al inteligente literato venezolano á que nos favorezca, en una próxima visita, con un destello de su hermoso ingenio.

—Concepción Mestre de Silva. Es uruguaya. Ingresa desde hoy en el número de nuestros colaboradores arrancando de su delicada lira notas llenas de sentimiento y armonía.

BIBLIOGRÁFICAS

Rimas—Con este título hemos recibido un tomo de poesías, de 364 páginas, editado en Chile.

Laura Bustos, que es el nombre de la malograda autora de este libro, descendió á la tumba cuando aún la primavera de la vida no había depuesto el beso de perfume en su nívea frente.

Revelan las páginas de este libro cuanto sentimiento impregnaba el alma de la inteligente niña, que hubiera llegado, sin duda alguna, á distinguirse en primera fila en la literatura de América.

Su última composición titulada «¡Adiós al mundo!», la hizo pocos momentos antes de elevar su alma á regiones desconocidas. Murió á los trece años, aún no cumplidos, víctima de una enfermedad que de tiempo atrás venía minando su delicado cuerpecito.

Agradecemos al señor don Nicanor Bustos la remisión del lujoso ejemplar, lamentando la pérdida prematura de una niña predestinada por el genio á figurar luminosamente en el firmamento literario de América.

LA REVISTA

LITERATURA Y CIENCIAS

AÑO I—N.° 6 | Montevideo, Marzo 25 de 1900 | TOMO II

SECCIÓN DE LITERATURA

LAS CORONAS

Del libro en prensa Cuentecillos

—Piensa, medita, hombre de la lira de oro — dijo con su voz dulcísima el hada buena, la dispensadora de todas las felicidades.

—He pensado, he meditado mucho ya, señora. Quiero que sean mis cantos los más hermosos que de lira humana broten ; deseo que halaguen mis oídos aplausos embriagadores ; aspiro, sea como fuere, á calmar un tanto la sed inextinguible que de suprema grandeza me devora. ¡ Quiero gloria !

—Pues gloria tendrás, hombre de la lira de oro, exclamó solemnemente el hada buena. Y con su varillita de mágica virtud tocó la blanca frente del ilustre poeta, predestinada desde entonces sólo para el laurel inmarcesible.

El hombre creyóse feliz.

Han pasado muchos años.

La lira de oro yace abandonada y rota en un rincón de miserable tugurio.

Un hombre viejo, cuyo pálido rostro patentiza el más profundo de los dolores, se ve junto á la lira.

Habla el viejo. Oigámosle.

—¡Maldita seas, hada buena; y que también el don de gloria que me diste por siempre jamás maldito sea! ¡Malditos los laureles y los aplausos, que de la torpe envidia me rodearon, y que, ni colmaron mi ambición, ni me hicieron feliz!

El hada aparece de pronto.

—Hombre de la lira de oro—dícele—ya estás viejo y nada puedo concederte. La gloria es tormento y en ella nunca cupo felicidad alguna. Por eso la borré del libro de mis bienes; y en adelante será la gloria, como la envidia, el azote más cruel de los genios del mal.

El poeta quedóse espantado.

—¡Mentira!—exclamó—¡Mentira!

Recordó sus días de triunfo, los años aparentemente sonrosados de su juventud de artista, y corrió en busca de sus coronas de gloria.

Pero en el sitio donde estaban las coronas sólo halló un poco de polvo...

...¡Un poco de polvo de gloria, que desapareció todo al débil impulso de un melancólico suspiro!

Alberto Arias Sánchez,
Chileno.

Valparaíso, 1900.

DESDE EL LLANO

¡Dios solo sabe si podré algún día
Trepar las cumbres y pulsar el arpa!
Olegario V. Andrade.

Celeste inspiración, númen divino
que en torno de mi sien bates las alas,
arrástrame en tu loco torbellino,
envuelto en los fulgores de tus galas!

Levántame al peñasco en que blandea
los corvos yataganes de sus plumas
el cóndor que en las nubes se pasea—
cosaco de los aires y las brumas.

Yo quiero en los columpios del vacío
el vértigo sentir de los planetas,
y rodar con extraño desvarío
entre el raudo turbión de los cometas!..

¡Arriba! hacia la luz! á las alturas!
más allá de esas blancas nebulosas
que velan con sus nítidas alburas
los áureos camarines de las diosas!

Eléveme á las cúspides tu vuelo,
y alumbra con relámpagos de gloria,
las que ocultan sus frentes en el cielo,
las que surgen del alma y de la historia!

Germán García Hamilton.

Buenos Aires, Marzo de 1900.

RONDÓ ELEGÍACO

A la muerta.

Lo mismo que la efigie de un blanco lirio
soplado por las alas del Angel Triste,
vacilabas, la noche que prorrumpiste
los últimos sollozos de tu martirio.

Y cuando al toque del Alba te concluiste
con la calma en que espira la luz de un cirio,
te quedaste lo mismo que un blanco lirio
tronchado por las alas del Angel Triste.

Luego *allá*, para siempre, desapareciste...
Mas cuando entre las brumas de mi delirio
me arrastro al camposanto donde te hundiste,

se me antoja que aún vives, pálida y triste,
pues siempre hallo en tu tumba la flor de un lirio!..

Oscar Tiberio,
Argentino.

La Plata, 1900.

NUPCIAL

Para Manuel S. Consuegra

I

Alba ríe y canta en las salas y cuartos de su casa como si hubieran soltado un pájaro en una jaula inmensa.

Su alegría seduce y contagia.

Cada carcajada que asoma á su boca se derrama con esa frescura argentina, que recuerda el repiqueteo del granizo que golpea los cristales de su ventana en las noches melancólicas de invierno.

Los ojos picarescos y negros como la pulpa de la endrina; labios olímpicos que se despliegan con su amorosa sonrisa como los pétalos bermejos de las rosas agasajadas por las auras; cabello abundante que desciende por su espalda como un manto de ébano; esa joven hermosa, alegre, feliz y enamorada, que arregla su cama comtemplando una procesión de visiones áureas que retozan con sus alitas susurrantes entre las holandas y blondas de las cortinas vaporosas; todo ese bullicio de la inocencia que adivina en su porvenir claridades excelsas; que oye arpegios de músicas ignotas y rondeles de amadores escondidos; todo eso junto, amalgamado, fundido en una alma virgen, son más que elementos para presagiar, sin ser augur, la inacabable felicidad de esa muchacha risueña y alborotadora.

II

Sobre el regio diván de raso verde con floraciones negras, está tendido, como un espumarajo de gasas, el traje de la Vestal; en el velador de caoba con incrustaciones de marfil, la corona de azahares, los guantes perfumados, el clásico abanico y dos zapatillas que parecían hechas con los pétalos de las camelias.

Silencio santo rodea el alcázar de muselina y encajes.

Apenas se atreve Alba á mirar aquellas almohadas que parecen montones de nieve, y aquellas sábanas que crujen como si sintieran el peso de alguna mujer hermosa.

III

¡Cuántas veces ha entrado á ese cuarto, que es un paraíso, y cuántas, ruborizada, ha hundido, soñando con un amor lejano, su frente sudorosa entre esos almohadones sedosos y flamantes esperando la ofrecida caricia de algún amante hermoso que juguetee con sus manos entre los cintajos de sus tálamos!

Debe existir una voluptuosidad inexplicable en la novia que contempla una cama en donde la espera lo incógnito; quién sabe qué fiebre despierta en su alma leyendo ese libro en blanco y en donde ella traduce el idilio de un Edén inagotable!

IV

La luz culebrea en los espejos ovalados que cuelgan de las paredes de la sala, y sólo se oye el monótono tic-tac del reloj de la mesa, en cuyo pie está esculpida la cabeza olímpica de Minerva.

Se escuchan rozamientos de alas que semejan suspiros, mientras Alba se oprime ruborizada el seno palpitante y se mira en el espejo juzgándose una Magdalena pecadora y exclama:

— Mañana será la boda.

Su novio acaba de salir y ella ha oído sus últimas pisadas

en la calle; sus padres hablan felices en la pieza vecina, y sola, sin poder dormir, con una ansiedad inexplicable, mira pasar entre sus rosadas fantasías, la cabeza rubia y la mirada soñadora de su prometido.

Alba se dirije á su lecho. Le alegra aquella corona que caerá ajada de su frente; oye sonreída, voces halagüeñas en el velo que pregonará su virginidad, é inundada de un temor inefable, se envuelve entre las muselinas y gasas; se acuesta pensando que la besan, que su dueño vendrá á cuidarla, y se duerme pronunciando:

—¡Ven!

Julio N. Galofre,
Colombiano.

Barranquilla.

A UN AMIGO

Prendado de su angélica hermosura,
tu joven corazón latió por ella;
no había para tí mujer más bella,
no había para ti mujer más pura.

Cifraste en su cariño tu ventura
y, sin manifestarla tu querella,
en tu pecho erigiste á la doncella
un altar y la amaste con ternura.

Tu querer ideal distrajo un poco
á la que, divirtiéndose contigo,
llegó á llamarte soñador y loco.

De ello te quejas y razón no tienes,
que el que ama como tú, mi pobre amigo,
no debe de esperar sino desdenes.

SANTA INOCENCIA

—Hoy la vi en el jardín y me ha mirado
con esa indiferencia que me mata,
sabiendo, por demás, la bella ingrata
cuán grande es el amor que me ha inspirado.

Estuve unos momentos á su lado
y, al ver la turbación que me delata,
dibujóse en su labios de escarlata,
un mohín de desdén y desagrado.

Si me mostré con ella comedido
y galante, quizás hasta el exceso,
si admiro su virtud y siempre he sido

incapaz de pedirla un solo beso...
¿por qué, dime, por qué se habrá ofendido
si nunca la he faltado?
—Pues... ¡por eso!

Buenos Aires, Marzo de 1900.

Vicente Nicolau Roig,
Español.

ANTE UN SEPULCRO

(Del libro «Fantasías i Recuerdos» próximo a aparecer)

Murió el hijo idolatrado, i la madre inconsolable acudía cada año, en el aniversario de aquella horrible pérdida, o en la misma fecha memorable en la que vino al mundo aquel sér querido.

Despertábanse como organismos enfermos los árboles del cementerio, el sol asomaba tristemente por entre las tumbas, o el cielo quebraba su luz azul sobre los mármoles severos de los monumentos.

O bien la tarde se despedía con sus efluvios melancólicos i sus tristezas de ausencia de aquella mansión del sueño eterno, prendiendo los primeros en las cruces i los mausoleos.

I ya a la radiante luz de la mañana, ya entre las vaguedades del crepúsculo vespertino, el culto de aquel amor maternal llenaba de sublime misticismo los palmos de tierra que limitaban las curvas mezquinas del *garambuyo*, i daba a la pobre cruz de ocote, pintada de negro, la majestad del sentimiento.

Llegaba la enlutada víctima de la ausencia material i se ponía de hinojos inmediatamente sin que nada la contuviera i nada la hiciera retardar el instante del íntimo, del espiritual homenaje.

Echaba sobre su frente de matrona augusta el manto negro, enclavaba la manos delicadas hechas como para la limosna, e inclinaba sobre su pecho dolorido el rostro de *Mater Dolorosa*, en el que surcaban las huellas de un sufrimiento acerbo, i se reflejaban las sombras de un eterno imposible.

Gota a gota caía el llanto hasta convertirse en raudales de amargura, i los ojos radiantes se nublaban.

Brotaba la oración como el perfume de una flor doliente hasta formar el ambiente que deja la plegaria, i los labios, plegados a la risa, se contraían por el gemido.

En tanto los criados nuevos, los que no conocieron al hijo muerto, pero que respetaban el dolor de su señora, habían encendido dos cirios, hecho humedecer el montículo de tierra del sepulcro i colocado ramilletes de flores i coronas.

La madre seguía orando.

Nimbado por la apacible claridad de la mañana, bajo las enramadas que se inclinan ataviadas de sol, aquel cuerpo aprisionado en traje negro, prosternado ante la tumba, parecía la prolongación de un sueño.

I en las últimas horas de la tarde, cuando velan los sauces las primeras sombras de la noche, las curvas i las esbelteces de aquel cuerpo de matrona se antojaban esculturales formas bajo un paño negro.

El aspecto de una noche se impone en el alma como un ideal para el creyente; la santidad de la mujer que ha propagado el fruto de su vida hace que nuestro espíritu se arrodille; pero cuando esa

noche llora, cuando esa mujer santificada besa la memoria de su hijo en un sepulcro, se postra el corazón i llora el alma.

Flameaban los cirios, i las flores de los ramilletes i de las coronas impregnaban su esencia con hálitos de muerte.

I la dama rezaba i los criados respetaban su dolor.

La oración ascendía con el ambiente, i el culto maternal dejaba un recuerdo.

Lázaro Paria,
Mexicano.

México, 1900.

FLORESCENCIA DEL IDEAL

Para el poeta amigo Julio Herrera y Reissig.

Viene el crepúsculo, se esfuma el día.
Por doquier, ¡cuánto lujo de colores!
La oración, en la fronda, es armonía,
É incienso la fragancia de las flores.

Se extiende exuberante de riqueza
La vida del variado panorama;
En el suelo rebosa la belleza,
El cielo es una aurora que se inflama

Resaltan como ideas luminosas
Las flores en la escena esmeraldina,
Fúlgidos arabescos de las diosas
De suprema hermosura granadina.

Y al esparcir el desmayado viento
La vida perfumada de la tierra,
Es cual una mujer que con su aliento
Nos da el perfume que su boca encierra.

En el río, las ninfas rutilantes
Murmuran el ritual de las ondinas;
Y es arriba, el celaje, en sus cambiantes
Una danza de regias serpentinas.

¡Oh, río, que acuchillas la llanura,
Cuando retratas el rubor del cielo
Una driada que exhibe su hermosura
Miro á través de tu fulgíneo velo!

Es la escena que Ossián en sus amores
Distendió como asiáticas estofas;
Trocándose en connubio de colores
Al pintarla Anacreonte en sus estrofas

Y se siente en el alma la frescura,
En esa hora de nítida belleza,
De esos tintes de vívida hermosura
que exhibe la vital naturaleza.

Hay perfumes y susurros florestales,
Los fulgores ya besan las colinas,
Y el pólen fecundiza los breñales,
En medio de ternuras columbinas.

Todo es amor, conjunto de armonía;
Desnuda, la inmortal naturaleza,
Canta en la postrimer hora del día,
El himno juvenil de su belleza.

Y de una grieta verde-luz del cielo,
Sublime flor entre el celaje ardiente,
Se ostenta al conjuro de un anhelo,
La visión del ideal resplandeciente.

Y baja esplendorosa entre las flores,
Vestida con lo róseo del celaje,
Adquiriendo sus mejillas los rubores
De una rosa que sangra entre el follaje

Me imagino su blanca dentadura,
En su boca de ardiente colorido,
Cual pétalos rociados de frescura,
Como nieve de cráter encendido.

¡Oh, mujer, que enalteces mis delirios:
Te da en un beso la natura hermosa,
La fragancia de nieve de los lirios
Y el fuego perfumado de la rosa!

¡Hermoso Ideal, suprema poesía,
Al evocarte, refulgente vesta,
Se sonríe el conjunto de armonía
Y surjes por doquier en la floresta!!

Por eso amo la expléndida natura,
De tarde, cuando ostenta sus rubores,
¡Cuando irradia su vívida hermosura
La sublime visión de mis amores!!

Francisco G. Vallarino.

¡SUICIDA!

Para Julio Herrera y Reissig.

I

¡Una lágrima tan solo!

Y esa temblorosa lágrima desprendida de los ojos de Raul, rodó hasta el suelo, cual si quisiera empapar en él, la pena infinita del infortunado soñador; en tanto que á través de los cristales, en el vasto horizonte, la luna ensanchando su disco, mostrábase bañada en nostálgica tristeza.

Raul había amado, amaba aún, con ese amor, propio tan sólo de las almas grandes, de los espíritus privilegiados, amaba con ansias puras, con sueños de poeta, y en su semblante apagado y marchito, trasparentábanse ya los sufrimientos que le hiciera saborear su pasión inmensa, loca, incontenible...

II

Marta, su prometida, le decía en una perfumada esquela:

« Comprendo que mi resolución no será de tu agrado, pero ella se impone, aún á costa del sacrificio de los dos. Manuel es ya

« viejo, pero rico, y con la fortuna que él posee, tu y yo... pronto
« seremos felices. Perdóname Raul, me sacrifico por tí!».

El poeta había devorado con los ojos esas extrañas líneas, había leído en ellas el sarcasmo horrible de la suerte, y estrujaba nerviosamente el papel que las contenía, como queriendo hacerlas desaparecer en el hueco de su temblorosa mano.

III

De pronto, un rayo de luz brilló en los débiles ojos de Raul, á través del tenue velo que aquella lágrima dejara en ellos, é incorporándose de un salto, tomó una pluma de la pequeña mesa, y escribió:

« He recorrido las breves líneas de tu carta, y cuando consul-
« tado mi cerebro, me dijo: serénate, sufre con resignación, *¡ol-*
« *vida!* un grito del corazón ahogó esa voz, diciéndole: *¡nunca!*

« Y mi espíritu vaciló un momento ante esa horrible lucha.

« Pensé en morir. ¿Y para qué? Un desgarrador cuadro cruzó
« entonces por mi imaginación y con él la imágen venarada de mi
« cariñosa madre. Deseché ese pensamiento, tal vez el único sal-
« vador...

« Pensé luego en vivir. ¿Y para qué? Vi á Marta, mi Marta,
« mi adorada Marta, rodear con sus brazos el cuello de otro hom-
« bre: su marido. La vi sellar con sus labios en los de Manuel la
« palabra *amor* pronunciada frenéticamente por ellos. Aún más,
« horrible cuadro...

« Allí, donde manda la cabeza, se me ha dicho: ¡vive!

« Aquí, donde reina el corazón, ¡muere! ¡Y quiero morir!

« ¡Marta, mi Marta, mi adorada Marta, una lágrima tan sólo te
« pido, para que mantenga tu recuerdo vivo, aun en las frías lozas
« de mi tumba!»

Y el poeta, doblando trémulo y callado, el papel que contenía las postreras líneas, recuerdo último de amor sublime, lo colocó dentro del pecho, como queriendo contener con él las palpitaciones del corazón que se le saltaba...

IV

Marta, hermosa jóven que frisa en los 20 años, está ligeramente recostada en un lujoso sofá de su sencillo *boudoir*. Cual encantadora andaluza, entona este espiritual aire flamenco:

« Cuando me esté retratando
en tus pupilas de fuego,
cierra de pronto los ojos,
por ver si me cojes dentro ».

Y cuando á comenzar va, de nuevo, su graciosa canción, un súbito pensamiento la detiene, y el recuerdo de Raul y la carta, cuya respuesta espera, hacen asomar á sus labios la sonrisa burlona, que dibuja en la parte inferior de sus mejillas, la lijera huella que pareciera haber dejado en ellas el dedo de Dios.

Marta quiere á Raul, pero Manuel, un viejo y rico negociante, logra obtener su mano, merced á la brillante posición social que le ofreciera.

« Manuel es ya viejo, piensa ella, y Raul no podía, con sus hermosos versos, alcanzar los lujosos coches, finos vestidos, ni comodidades para su linda prometida. ¡ Pobre poeta ! ¡ Que espere !..

Y la risa picaresca asomó de nuevo á sus labios...

V

Marta se pone de pie. Su esposo ha golpeado bruscamente la puerta, y al abrirla ella, Manuel presa de una terrible exitación nerviosa, le arroja un papel ensangrentado al rostro, diciéndole: « ¡ has muerto á Raul, lo engañaste ! ¡ Pronto moriré yo, también engañado ! »

Y al golpe seco que produjera la puerta, al cerrarla tras sí Manuel, la risa juguetona de los labios de Marta, se convirtió en estruendosa y horrible carcajada !..

VI

Ha pasado algún tiempo. En una oscura y pobre habitación, alumbrada tan solo por los débiles rayos que á través de los cristales envía la luna, testigo único del sacrificio del poeta, se halla una mujer, desgreñada y llorosa.

En su pálido rostro, dibújase el dolor que la consume, y cada vez que vuelve los ojos al piso de madera, enrojecido aún por la sangre del suicida, una temblorosa lágrima desprendiéndose de ellos, rueda hasta el suelo, cual si quisiera, para siempre, empapar el mismo sitio en que cayera la de Raul, y unir la pena infinita de dos almas que se amaron en la tierra.

Eduardo Diez de Medina,
Boliviano.

La Paz, Bolivia Febrero de 1900.

HEBE

Me persigue tu imagen por doquiera
mujer idolatrada.—De mis ojos
no te apartas jamás: sobre las nubes,
cuando elevo la vista, te vislumbro
como un nimbo de luz y te contemplo
triste ¡muy triste! pero siempre amante,
y cuando alumbra el sol ó cuando brillan
titilando, en el cielo, las estrellas,
en mis sueños de amor, en mis delirios
surge de nuevo tu divina imagen.
¡Cómo te adoro en mi pasión!—Si aún vivo,
vivo por tus recuerdos, tu perfume
aún embriaga mi ser, aún me extasía
en un goce pasado pero inmenso.
¡Si supieras!—Allá cuando se apaga
la luz del sol y en el florido valle,
como el ala de un ángel se despliega
el lúgrube crepúsculo del día,

vago solo, te busco y no te encuentro...
pero á veces tu voz,—como otras veces—
vibrando en mis oídos, me repite,
con suprema caricia, que me adoras,
y, yo no sé qué eléctrico fluido
conmoviendo mi ser y adormeciendo
mi espíritu, me muestra tu hechicera
beldad, que se me acerca y me aprisiona
en sus redes de flores. ¡Ah, columbro
en ese sueño de ventura un cielo!
Vuelvo á la realidad—huye el hechizo—
y la hermosa visión se desvanece,
¡y la noche que nace no es más negra
que la noche de mi alma!
Más, no importa
que tus contornos vagos se disipen
en las nieblas que pasan y huya el sueño
en que te adoro estático, en que gozo
las dichas del Edén, pues me parece
que tus brazos me oprimen, que tu boca,
como rosa entreabierta, con sus besos
ilumina mi ser, me tranfigura
en deliciosos éxtasis; no importa
que todo eso sea un sueño, si lo siento,
si corre por los nervios de mi vida
y transforma mi erial en paraíso.—
¡Vuelvo á la realidad!—Ah, pero si huye
con el sueño tu imagen, brilla al punto
en todo cuanto veo.
Siempre vago
por aquellos parajes tan queridos
que iluminó en un tiempo tu presencia:
y, en cada tronco seco, en cada rama,
en cada hoja diminuta y leve,
en cada arista que se lleva el viento,
de nuevo surge tu divina imagen!
Y si así será siempre—¿quién entonces
nos podrá separar?—¿qué es la distancia
que entre los dos pusieron, si podemos
besarnos en los sueños deliciosos,
amarnos en las horas del pasado?
Eso es mucho, es verdad, pero no basta,
porque sombra, no más son los recuerdos
y son humo las plácidas visiones;

yo necesito tu alma, tu existencia
unida para siempre con la mía,
el olor de manzana de tu boca,
el perfume de fresa de tu carne,
tu ser, todo tu ser que se confunda
con mi ser que te adora y te precisa
para amar la virtud, para ser bueno.
Ven, pues, *Hebe* adorada, y que termine
mi eterno delirar.
Como la antigua
mitológica diosa, que brindaba
el néctar, á los dioses inmortales,
Hebe adorada, ven, y escancia el vino
en mi adorada copa—¡es el poeta
mucho más dios que los paganos dioses!
Brilla la juventud sobre tu frente
y eres diosa también: diosa del cielo
que yo quiero formar, hogar tranquilo
que acaricio hace mucho, cual promesa
de paz y bienandanza, cual reflujo
en las tormentas de mi vida y premio
de este amor inmortal.
¡Ven!—Es preciso
que se unan los que se aman.—El poeta,
—tu Júpiter y Juno al mismo tiempo—
quiere el néctar divino de tus labios
y quiere que tú seas la que guíe,
por los senderos áridos del mundo,
como un carro de luz, su pensamiento!

José Cibils,
Argentino

Rosario de Santa Fe, Marzo de 1900.

GRITOS DEL COMBATE

Cuando en brumosa soledad medito,
áudaz el pensamiento resplandece,
i la idea hasta el alma me estremece
porque la incuba algún dolor maldito.

La mente, en vano, con tezón agito;
la sangre presurosa se enardece,
el pensamiento por instantes crece
i dentro del cerebro es infinito.

Mas cuando en esa lucha gigantea
no conquisto algún triunfo momentáneo,
para que surja la doliente idea,

tan estupendas inquietudes siento,
que me quisiera desgarrar el cráneo
i arrancarme yo mismo el pensamiento.

Renato Morales,
Peruano.

Perú, 1900.

CUATRO MOTIVOS

ANTE UNA ESPADA

¿Por qué su acero me recuerda las pupilas de una mujer? Como en la espada, la traición vive tras la cortina de las pestañas. Si á mansalva su mortal punta atravesó el pecho de un cruzado, cuántos ojos color de acero han deshecho corazones de creyentes!

Flexible como el talle de una mujer, coqueta, limpia, vive en la panoplia del coleccionista y sobre su hoja, cabalísticos signos evocan pueblos extraños. Es oriental, quizás persa, su pomo de misteriosas piedras zodiacales tienen un enigma y en su recia guarnición se adhiere el estrecho cuerpo de una serpiente: ¡fatal símbolo!

La odio cuando la veo inerte en el indolente regazo del viejo escudo. No vibraría airada para defender una santa causa, no velaría por la virginidad de una hija ni por el honor de una esposa, no se ceñiría á la cintura de un visionario príncipe conquistador, ni su pomo de astrales destellos sería acariciado por la mano noble de un bravo capitán; sino diabólica y pérfida centellearía en el brazo nervudo del asesino, pronta á hundirse en el pecho indefenso ó en la espalda descuidada.

Y allí, en la manoplia severa, su frío y azulado acero duerme con la ironía odiosa de una mujer infiel..!

ROMANZA DE TENOR

**Para Giacomo Pucini
en Italia.**

¡El no está en vena! Ni el soneto pomposo, ni el femenil rondel surgen del cerebro del bardo; sino vienen los versos, llega la Poesía: es Mimí.

Débil, pálida, supremamente bella y tristemente buena. Sobre su cabecita de ave cae la luna.—Selene, madre del poeta, madre del músico, madre del pintor, madre del filósofo,—argentea en la bohardilla donde la reina Miseria tiene su trono en el desvencijado sillón y su corona de laurel. Mimí tiene los ojos como dos uvas negras y la boca como un punto de granate; en su alma viven amores nuevos y esquiciteses desconocidas.

Es la casta paloma, la blanca perla, la que inspira confianza y cariño: esperad, señorita, Rodolfo os va á decir quien es.

—Es el poeta. ¿Qué hace? Escribe. ¿Y cómo vive? ¡Vive!

Los himnos albos al amor eterno, los madrigales galantes, llenan las cuartillas mientras sumido en pobreza el bardo finje de gran señor.

¡Mimí está sola! Cuando llega el primer rayo de sol de Abril, ella lo recoje abriendo los ojos y la boca, y su única compañera es una rosa que lentamente la espía...

Fuera, ronca el barrio Latino sus estrofas maliciosas, y los artistas llaman al poeta para tomar el ajenjo en el hirviente café Momus!..

En el cielo gris la nieve dibuja sus filigranas, erectos campanarios como triunfos del cristianismo recuerdan á los fieles que llega la media noche, y el poeta de cabellera sedosa apoya sus labios por donde vuelan los besos sobre los de Mimí, y aún sobre su cabecita de ave rueda la caricia de Selene, la madre del poeta, la madre del músico, la madre del pintor, la madre del filósofo!..

LA RIMA DE ORO

A José Juan Tablada.
A propósito de « El Florilegio ».

Los stradivarios suspiran, los oboes se quejan, los saxofones murmuran y la viola entona el canto. Mármoles afrodisiacos como grandes flores blancas emergen en los bosquecillos de tilos. Junto á un Mercurio, un abate gracil, suave, estrecha apasionado el talle de niña de una duquesita de quince años. Los pajes de terciopelo y oro, escancian vinos añejos y Luis XIV, el Rey-Sol, inunda de caricias los senos de las cortesanas, mientras en el cielo del Trianón, las estrellas ocultan sus rubores trás las nubes de primavera.

Vence la báquica fiesta, para las frentes jóvenes los pámpanos más frescos, brillen luces de deseo en las miradas de las adolescentes, y sobre cada hoja de esmeralda, sobre los pechos de las Venus, sobre las virilidades de los Apolos, sobre las cuerdas del glorioso mandolín, aletee el suspiro ahogado, la queja de placer de la enamorada que bajo el palio de las acacias da á la bella boca del jóven príncipe el botón rosáceo de su seno de vírgen.

Alba llega, alba rosa, alba rubia. El bosque amanece, piadosa sonata orquestan los pájaros. El último girón de seda huye trás la esculpida puerta de la litera, y trás una Diana, cerca del álamo más joven, tendido, lívido, abierta la casaca de raso celeste, donde la sangre inunda de púrpura la inmaculada pechera de Alençón, el mancebo blondo agoniza dolorosamente murmurando el nombre de la amada tan bella, tan bella, que el Señor, el Sol, la eligió para que en aquella mañana de primavera, entre sus brazos de tigre real, vibrara el cuerpo núbil de la dulce niña, en tanto los ruiseñores de la campiña, orquestaban el epitalamio en un *scherzo* triunfal!..

LA SOUBRETTE

Para Eugenio Fouguère.
De un Salón-Concierto.

Sobre la cara una mueca de muñeca barata, la eterna sonrisa de las provocadoras de deseos, y bajo los ojos largos y pálidos como un cielo de Bohemia, las líneas anchas de la lubricidad.

Bajo la corta falda surgen como dos lirios rojos las gruesas piernas arqueadas, en esa posición fácil é incitante de mujer vestal en ritos dionisiácos, y los pies al pisar el escenario parece que hollaran cabezas posternadas. Es el deseo en un ritmo, la mirada cruel y prometedora del amador sobre la tersura y redondez de su pecho de buena hembra.

Va el rondó en arpegios monótonos, murmura su canción extraña agitando las desnudeces de sus brazos, y en su boca roja como una herida, la frase apasionada se esponja cual una alondra que aleteara cerca de una lámpara; después, cuando relata como la novia moría y el amado lejos desfallecía en cruenta guerra, á sus ojos pálidos como un cielo de Bohemia, subieron dos lágrimas que al rodar sobre sus mejillas destiñeron la pintura de los ojos, dejando dos surcos negros como dos nebulosas en una alborada vernal!..

Y terminó el rondó mientras el violón rumiaba las notas graves de una lenta coda.

Francisco García Cisneros,
Cubano.

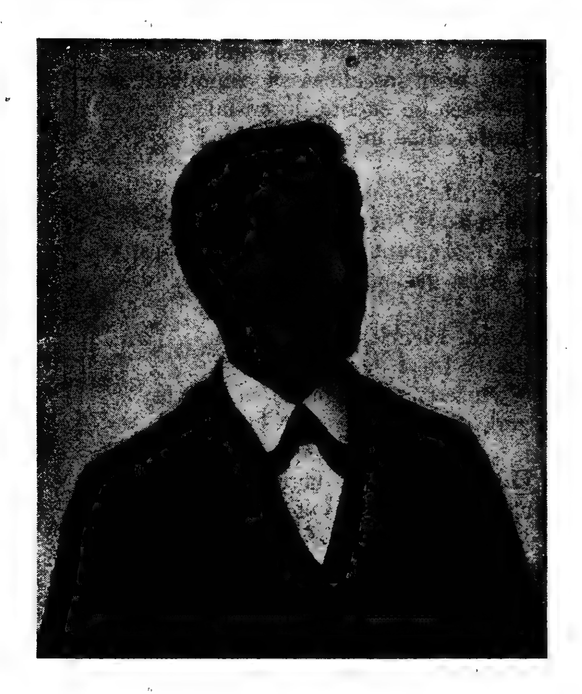
Nueva York, 1900.

EMMA

Ella es la musa de diez y ocho abriles,
la que me tiene el corazón enfermo,
la que posa sus labios infantiles
en mis labios, de noche, cuando duermo!

Ella es el hada de inmortal belleza,
la que me inspira con sus ojos bellos,
la que tiene tan linda la cabeza
como un ramo de flores de cabellos.

Como una hirviente tempestad de trombas
se agitan las pasiones en su pecho;
y son dos cuerdas sus caderas combas
de la lira de mármol de su lecho!



ALEJANDRO ESCOBAR Y CARVALLO

Tiene su voz el ritmo del arrullo
y sus labios el néctar de las flores.
Es un nardo de carne en su capullo...
que se abre en la estación de los amores!

Yo la idolatro con amor salvaje,
con el amor profundo de los cielos!
como aman las fieras del boscaje
y los peces de claros arroyuelos!

Ella es la virgen de nupcial diadema,
la que tiene la albura de los cirios...
Tiene su pecho mi adorada Emma
del color de la carne de los lirios!

Blanca y hermosa, de pequeño porte,
tiene algo de las vírgenes de Grecia;
es su ideal y pálido consorte
el cisne de los lagos de Venecia.

Ella es la reina del país nubial
donde tienen las almas su connubio...
donde toca en su lira de cristal
el bardo célibe un poema rubio!

Original, desprejuiciada y franca,
es la rebelde encarnación de Helena,
mucho más pura que una rosa blanca,
más bella que una pálida azucena!

Altiva, silenciosa y reservada,
oculta el Ideal de sus anhelos,
pero encierra el fulgor de su mirada
la dulce transparencia de los cielos!

Hondo suspiro su mirada arranca,
como una estátua en el jardín descuella...
Yo levanté en una casita blanca
un blanco altar para adorarla á Ella.

Ella es la musa de mi lira enferma,
ella es la cumbre que mi vista alcanza.
¡Seré inmortal cuando conmigo duerma,
soñando en el País de la Esperanza!..

Alejandro Escobar y Carvallo,
Chileno.

Santiago de Chile, Marzo de 1900.

EFLUVIOS

Para Alfredo Varzi.

De la selva los rumores
Mecieron mi pobre cuna,
Me dió sus besos la luna
Y me sonrieron las flores,
Sin recelos ni dolores
Corrió mi vida dichosa;
Cual pintada mariposa
Volaba de flor en flor,
Hasta que un rayo de amor
Quemó mis alas de rosa.

Entonces corté mi vuelo
Y olvidando los pesares,
Del amor en los altares
Hallé el más grato consuelo.
Pero al mirar hacia el suelo
Lo vi cubierto de abrojos;
De la pasión los sonrojos
Fueron mi felicidad,
Pero al ver la realidad
Me asombraron los rastrojos.

Mi vida hasta entonces grata
Fué como un mar turbulento
Do domina sólo el viento
Sobre sus ondas de plata.
La dicha que hiere y mata
En mi pecho se albergó,
Y ya mi vida quedó
Entregada á sus delirios,
Y entre mil rudos martirios
Esa pasión se extinguió.

De nuevo quise emprender
El vuelo que había cortado
Pero siempre fiero el hado
Me hizo su arcano entrever;
Y pude al fin comprender
Que me huía la fortuna.
Nacido en humilde cuna
Pude gloria ambicionar,
Pero en medio del pesar
Me dió sus besos la luna!

Orosmán C. Moratorio.

Montevideo, Marzo de 1900.

ANTÍFONA

Tus pupilas de Arabia que son gumías
Tienen fascinaciones para las mías
Tus pupilas de Arabia que son gumías.

Acarician y matan los ojos tuyos
Con su luz que es de soles y de cocuyos
acarician y matan los ojos tuyos.

Aunque hieras mis ojos como una espada
Quiero que me acaricies con tu mirada
Aunque hieras mis ojos como una espada.

Háblame del misterio de los amores
Para que resuciten todas mis flores
Háblame del misterio de los amores.

Los placeres extraños de mis ideales
Realicen tus pupilas que son mortales
Los placeres extraños de mis ideales.

Sobre el altar sangriento de mi amargura
Reza la misa heroica de una ternura
Sobre el altar sangriento de mi amargura.

Yo surgiré del fondo del precipicio
Para beber la sangre del sacrificio
Yo surgiré del fondo del precipicio.

Al *misa est* solemne de aquella misa
Mi alma será una grave sacerdotisa
Al *misa est* solemne de aquella misa.

Cuando la ceremonia se haya oficiado
Yo estaré para siempre purificado
Cuando la ceremonia se haya oficiado.

Y cuando tus pupilas que son gumías
Se fijen en mis ojos, desamoradas,
Habrán cantado *¡Gloria!* las Agonías
Que se llevan las almas purificadas.

F. Valdéz Douglas,
Argentino.

EL CASTIGO DE VARAS

(De la novela en preparación *El señor Ministro*)

VI

—¡Quién lo iba á pensar!—decía Pablo á su esposa, de vuelta de la imprenta de *La Justicia.*—¡Y yo que me había formado del coronel López tan buen concepto!.. No hay duda que vivimos en una época de verdadera relajación... ¡La clase militar está corrompida, sin excepción alguna!

—¿Qué es lo que pasa, hijo, que tanto te preocupa?..

—Un soldado del 10.° de Infantería, cuerpo de que es jefe el único militar de la actual situación que me merecía algún respeto, el coronel López, me acaba de hacer una denuncia de tal naturaleza que he tenido que convencerme de que hoy todos los cuarteles son iguales y que el ejército del país está mandado por hombres verdaderamente inhumanos!

Y Pablo refirió á su compañera, punto por punto, cuanto le había relatado el ex cabo Eleuterio Antequera sobre el castigo que se le infligió en el cuartel. El agente de Arturo no se olvidó de hacer pasar la escena en el sitio que se le designó, así como también de cambiar la fecha, sin lo cual la intriga no tendría objeto. En lo único que Eleuterio no mentía era en la descripción del tormento, puesto que se le había aplicado, y fueron tales entonces sus sufrimientos que no podía olvidar un sólo detalle de la bárbara azotaina.

Raquel escuchaba horrorizada el relato de su marido, y cuando éste le dijo que iba á escribir inmediatamente un largo artículo pidiendo, en nombre de la civilización, que los Poderes públicos aboliesen esa pena cruel, aquélla lo animaba hallando noble y filantrópico el pensamiento; pero al agregar Pablo que en su escrito iba á formular cargos contra el jefe del batallón, el semblante de su esposa expresó gran contrariedad, y se aventuró á aconsejarle que desistiera de ese propósito.

—Podría acarrearte nuevos disgustos... No olvides que ya tienes encima una acusación...

—¿Disgustos por qué?.. ¿No tengo acaso las pruebas de una y otra cosa en mi poder?..

—Tú sabrás lo que haces; pero el corazón no me anuncia nada bueno...

Raquel no quiso insistir. Amaba y respetaba á su esposo, y temía que éste se disgustase si persistía en aconsejarle una cosa contraria á su manera de pensar. ¡Cuántas veces las mujeres ven mucho más allá que nosotros, á los que nos ciega frecuentemente la pasión, y preveen lo que ha de suceder con una clarovidencia asombrosa; y, sin embargo, hacemos caso omiso de sus opiniones, negándolas, hasta el derecho de pensar, como si Dios no les hubiese dado un sentimiento tan despejado como á los hombres!

Raquel, pues, selló sus lábios. Una nube de tristeza oscureció su frente hermosa, serena, sin pesares; y miró á su esposo, que tomaba la pluma en ese momento, con expresión de ternura y de pena á la vez. Sentóse junto á él, frente á su mesa de trabajo, silenciosa, pensativa, observando la nerviosidad con que escribía y las variadas sensaciones que reflejaba su semblante de viva movilidad. Así, muda, reconcentrada, permaneció largo rato, hasta que Pablo concluyó su tarea, sin que hubiese pronunciado una palabra en todo ese tiempo. Entonces él, ya con su articulo escrito, dijo á Raquel:

— Voy á ofrecerte las primicias de mi editorial de mañana, que, aunque escrito bajo la inspiración del momento, presiento que causará sensación. ¿Quiéres que te lo lea?..

— Ya sabes que siempre escucho con placer la lectura de tus originales....— le contestó Raquel, sonriendo complacida.

— Gracias por el cumplido.... y ahora presta atención.

El periodista ordenó sus cuartillas y púsose á leer en voz alta lo que sigue:

« Algún tiempo hacía ya que la prensa del país no tenía, felizmente, que dar cuenta de actos de barbarie cometidos en nuestros batallones de línea; y hasta parecia que se hubiesen abolido de ellos las penas y correcciones inhumanas, tan en boga en otras épocas, en que cada cuartel era una Bastilla y cada jefe un tirano

cruel de sus soldados. Pero tanta belleza no podía durar mucho, para descrédito de nuestro ejército y mengua de la Nación en que tales brutalidades se cometen y toleran.

« Por el hecho que pasamos á referir, y en el que fué actor y víctima el ex cabo 1.° Eleuterio Antequera, del 10.° de Infantería de Línea, verá el lector que en los cuarteles de la Capital de la República se siguen aplicando espantosos tormentos á los infelices soldados, sin que el Ministro del ramo se preocupe de tomar medidas tendentes á cortar el bárbaro abuso y castigar á los malvados que las ordenan friamente, para reprimir pequeñas faltas de disciplina, que podrían corregirse por medios infinitamente más benignos.

« Lamentamos de todo corazón que el suplicio aplicado al ex cabo Antequera, haya tenido lugar en el cuerpo de línea que nos mereciera mejor concepto, tanto por las condiciones de honorabilidad y competencia de su jefe, cuanto por la disciplina y orden que en él reinan, y hasta por las mismas tradiciones de respeto y fidelidad á los Poderes Constituidos, que hacen honor al Coronel López.

« Creemos, sin embargo, que este militar no haya tenido conocimiento del castigo hasta después de consumado, que él se aplicó no por orden suya, sino de su segundo; queremos pensar esto del distinguido oficial cuyos sentimientos nobles conocemos, y nuestros deseos serían que el jefe del 10.° de Línea, pudiera sincerarse de los cargos formulados por Antequera.

« Entre tanto, he aquí la relación que nos acaba de hacer el cabo martirizado:

« Había cometido una falta de disciplina: había peleado algo ebrio con un sargento 2.° del mismo cuerpo, al que hirió levemente en la refriega. Este fué todo su delito. Se le arrestó, y al día siguiente, por órden superior, al toque de diana, al romper el alba, estando la puerta del cuartel cerrada para que los transeuntes madrugadores que por allí pasasen nada pudiesen observar, sufrió la degradación y la tortura.

« Esta pequeña falta que podía muy bien castigarse con recargo del servicio, plantones, rasos, y de tantas otras maneras, con la degradación misma y hasta poniendo á los clases pendencieros á dis-

posición del Juez competente, supuesto que hubo herida, aunque leve,— esta verdadera pequeñéz, tan sencilla de corregir por medios más benigos, fué bastante para que al cabo Antequera se le condenase al más infamante de los suplicios cuarteleros: al tristemente famoso *castigo de varas*.

« Acompañado por cuatro cabos y otros tantos soldados, el infortunado clase fué conducido, desde la cuadra donde se hallaba, hasta el centro de la Plaza de Armas, en la que estaba ya formado en cuadro el batallón, con la banda lisa preparada para tocar á la primer orden del Comandante de Campo.

« Una vez en el centro del cuadro la víctima, el oficial de servicio dió á conocer en voz alta el delito cometido y la órden de degradación, y, á una señal suya, un clarín, por detrás y de un tirón, arrancó á Antequera la jineta. Quedaba degradado. Esa afrenta recibida en presencia de aquéllos que hasta entonces le estaban subordinados, ¿nó constituía, por sí sola, suficiente castigo para su falta? Y esto no era nada comparado á lo que iba desde aquel momento á sufrir, física y moralmente.

« Efectuada esta primera parte de la pena, la banda lisa rompió á tocar alegre, bulliciosa, haciendo oír los acordes guerreros de la diana, que sofoca todos los ruidos y anuncia el nuevo día á la ciudad aún desierta y callada.

« ¡ Cuán gratos habrían sido en otros días para el cabo recién degradado esos bélicos sones del amanecer, y cuán tristes y funestos los hallaría entonces, allá en la amplia Plaza de Armas, encerrado dentro de un cuadro de su batallón, junto á los cuatro cabos enfilados, sus sayones, vara en mano, esperando la orden fatal de comenzar la tortura!

« Sonó, pues, la diana que alegra el corazón, retumbando los clarines y tambores con estrépito en todos los ámbitos del espacioso cuartel; y los cuatro soldados, cogiendo á un tiempo al ex cabo sentenciado á la brutal pena, lo tendieron horizontalmente boca abajo, en el suelo, poniendo al descubierto la parte del cuerpo donde debía recibir los azotes. Con resignación estoica, el mártir de la disciplina salvaje de los cuarteles, dejó hacer á los ayudautes de los verdugos...

« Después, á una orden del oficial, el primero de los cabos colo-

cados en fila dió, uno tras otro, rápidamente, pero con todo el vigor que sus músculos le permitían, hasta diez azotes sobre las nalgas desnudas del desgraciado Antequera. Hecho ésto, dió vuelta al rededor de la víctima con prontitud, dejando su puesto al segundo cabo y colocándose al otro costado de aquélla. Igual operación efectuó su sucesor en la ejecución, y así todos los cabos, para recomenzar la tarea, sin la menor tregua, tan luego cada uno de los cuatro aplicaba diez azotes.

« Quinientos fueron los que recibió, entre gritos y lamentos angustiosos, contorsiones, juramentos.... sostenido de los brazos y las piernas por los cuatro soldados, mientras una alegre diana y las campanas de las vecinas iglesias, que llamaban á los fieles á la primera misa, ahogaban las protestas y las súplicas del desventurado....

« Los tegumentos mutilados, en girones, manando sangre y salpicando de coágulos á los verdugos, le producían un dolor rabioso, una desesperación que le hacía morder la tierra sobre la cual se le había tendido; pero la diana alegre, la diana guerrera, todo lo ocultaba con los sones de los clarines y tambores, que estremecían el cuartel y repercutían en la vecindad somnolienta y ajena á aquel cuadro de horrores.

« Cuando el oficial dió orden de suspender la tortura, las varas de membrillo, de casi un metro de largas por un dedo de espesor con que se azotó á este infeliz, estaban completamente teñidas de sangre. Antequera se hallaba ya casi sin fuerzas. Si el castigo se hubiese prolongado algo más, cree que aquel momento hubiera sido el último de su vida. Lo condujeron en una camilla hasta la cuadra, y un sargento ordenó que le curasen con *salmuera* las heridas!

« El médico del cuerpo lo visitó algunas horas después y dispuso que fuese trasladado sin dilación al Hospital respectivo. Desde este sitio gestionó su baja y, una vez conseguida, no sin trabajo pasó á asistirse á casa de unos parientes. Lo demás ya lo conoce el lector.

« Ahora preguntamos: ¿mirará el señor Ministro de la Guerra con la indiferencia de otras veces, en que la prensa del país se ha ocupado de hechos análogos, esta gravísima denuncia? Pronto lo

vamos á saber. Entre tanto esperamos la palabra del coronel López, á quién, volvemos á repetirlo, quisiéramos ver lo menos comprometido posible, por más que él sea directamente responsable de lo que ocurra en el cuartel durante sus ausencias ».

Tal fué el artículo que escribió Pablo, al correr de la pluma, bajo la inflencia inmediata de la denuncia que le hiciera el ex cabo Antequera. Probablemente las sensatas reflexiones de su esposa contribuyeron á suavizar su lenguaje y á que se personalizase menos con el Coronel López. Pero así y todo, como el hecho imputado al 10.º de Línea era falso, el editorial de *La Justicia* estaba, destinado á pasar por calumnioso y á ocasionar, por consiguiente, graves perjuicios á su redacción. Arturo lograría su objeto: el nombre de Pablo Caballero iba á padecer notablemente.

. . . .

Oriol Solé Rodríguez.

QUERELLA DE AMOR

Para La Revista.

Cuando pasaste, y contemplé tus ojos
lleno de espiritual melancolía
y tus labios bellísimos y rojos,

Pensé que en vano mi pasión podría
ocultar por más tiempo en la indolencia:
¡cómo ocultar el luminar del día!

¡Oh blanca flor de virginal esencia!
¿cómo podré decirte que te amo,
que no ofenda tu púdica inocencia?

Escucharás mi férvido reclamo
como los notas de doliente lira:
¡con la voz del espíritu te llamo!

¿Quién al verte tan bella no suspira?
si tu belleza vierte resplandores;
¿quién al verse en tus ojos no se inspira?..

Con todos tus encantos seductores
eres Beatriz soñando con el cielo;
eres la idealidad en los amores.

En mis penosas noches de desvelo
veo cruzar tu imagen fugitiva
que viene á derramar luz de consuelo.

Y á tí que eres la virgen compasiva,
que eres la encarnación de la belleza,
eleva sin cesar mi alma cautiva
sus querellas de amor y de tristeza.

Manuel S. Consuegra,
Colombiano.

Marzo de 1900.

SONETOS

I

CONFESÁNDOSE

Penetré de puntillas al santuario
i, ansioso, la busqué con la mirada:
estaba en el monjil confesonario
entre una multitud arrodillada.

A través de la manta i del vestuario
presentí los rubores de mi amada:
su fugaz pensamiento solitario
i el temblor de su carne inmaculada.

Vi al levita inclinarse cariñoso
i á su boca sensual, toda fragancia,
acercar el oído i... el deseo.

El recelo mordióme ponzoñoso
compadecí la fe, triste ignorancia,
i se alzaron mis cóleras de ateo.

II

REZANDO

El fulgor de los cirios tremuloso
alumbra la capilla sacrosanta,
y el busto de la Vírgen abrillanta
un destello de sol, blanco i radioso.

En volutas el humo caprichoso
del argénteo incensario se levanta,
i el órgano suspira muge i canta
con voz enronquecida de coloso.

Oficia reverente el viejo cura,
difunden las campanas alegría,
ora la multitud bajo las naves,

Y *Ella*, de hinojos, sonrosada i pura,
desde sus labios hasta Dios envía
de la oración tenuísima las aves.

III

EN EL SERMÓN

Abierta la capilla. En el poliedro
blande el levita la palabra ruda,
la que se espacia i repercute aguda
en los restablos de exquisito cedro.

Oye á ese nuevo imitador de Pedro
la muchedumbre, de rodillas, muda,
i, arrepentida, cual buscando ayuda,
vuelve los ojos á la cruz de albedro.

Tú con el rostro femenil oculto,
por la manta sutíl, trama de seda,
al fraile escuchas, pensativo el ceño.

Yo, en tanto, rindo á tu belleza culto,
i, sobre el cisne triunfador de Leda,
vagar contigo en el azul me sueño.

IV

EN LA PROCESIÓN

El gentío pasaba. Con fervores
de unción, la multitud se compungía,
i músicas i rezos i rumores
se elevaba en mística armonía.

De la santa la imagen, entre flores,
se alzaba triunfadora. Parecía
bañada en aurorales resplandores
de luces, lentejuelas, pedrería.

Tú, entre la muchedumbre, la mirabas
con tímido candor. De la paloma
en tu faz la expresión trasparentabas.

Yo me enbebía, á solas, en tu calma
i á ti iba, no á la Virgen, el aroma
del sentimiento, de esa flor de mi alma.

V

PERSIGNÁNDOSE

Es en misa. La turba abigarrada
espárcese en las naves interiores.
De la oración apenas murmurada
se oyen como suspiros, los rumores.

Tú, en el reclinatorio arrodillada
pareces una santa: los rubores
encienden tu mejilla... aureolada
á veces te imagino, en mis fervores.

Tú rezas. Yo te miro silencioso,
sigo tus movimientos... De repente
tú mano, blanco lirio tembloroso,

rápida te persigna. En mi embeleso,
yo también me persigno reverente,
i, besando la cruz, mándote un beso.

Francisco Mostajo,
Peruano.

Arequipa, Perú 1900.

EL RUBÍ

En tu seno alabastrino
brilla un punto rosicler.
¿Será la gota de vino
que el labio dejó caer?

¿Será el grano de granada
trasformado por Mahoma?
¿Será, entre pluma nevada,
el pico de una paloma?

¿Será el pezoncito aleve
que, cual mágico celaje,
á descubrirlo se atreve
el calado del encaje?

¿Será lágrima de ruego
en luz de amor encendida?
¿Será una chispa de fuego
del corazón desprendida?

El punto de rayos lleno
mucho se parece á tí:
¡tan frío como tu seno
no es sino piedra el rubí!

Samuel Velarde,
Peruano.

Arequipa, Perú 1900.

LOS DOS ANGELES

Puso el señor, con tino, sobre el arte
En consuelo del mísero mortal,
Un ser tierno y amante á quien le plugo
De celestiales dones adornar.

Dióle el acento con que allá, en el cielo,
Entonan los querubes himnos mil;
Los galanos colores de la rosa
Y el perfume fragante del jazmín.

Puso en sus ojos misterioso fuego,
Germen fecundo de inmortal pasión
Y en sus labios purísimos de grana
Lo dulce de la miel depositó.

La esbeltez le infundió de la palmera
Que hacia el cielo se eleva, sin cesar;
El paso de la brisa voluptuosa;
En vez de corazón, le dió un volcán.

Ese conjunto de inmortal belleza
Depositó el señor en el Edén,
Y el hombre, al recibirlo entre sus brazos
Lo llamó entusiasmado: Angel del Bien.

Vióla Luzbel desde el profundo averno
E inmensa envidia profesó al mortal;
Reunió á sus huestes, de su solio en torno
Y envióles la mujer á conquistar.

Terrible fué la lid: mil y mil veces
Melláronse las armas de Luzbel,
Pero otras tantas á la lid volvía
Con armas nuevas y mayor poder.

Por fin fué vencedor: con una niña
Cautiva, á sus dominios regresó;
Esa niña era el fruto de una madre
Que, Angel del Bien, el hombre proclamó.

Llevóla á sus dominios infernales
Y arteras mañas le enseñó Luzbel
Proclamóla su esposa y luego, al mundo,
Como agente del mal la hizo volver.

La vió el hombre llegar y horrorizóse
El cambio de su vástago al mirar
Y, al ver el fruto amargo de sus dolos,
Llamóla con justicia: Angel del Mal.

. . . .
. . . .

Desde entonces al trono del Eterno
Una mujer concurre, Angel del Bien,
Y de Belial en torno nunca falta
Como *agente infernal,* otra mujer.

Numa Romano.

La Plata, 1900.

LUMINOSA

El bosque está de fiesta; la armonía
el lujurioso Pan, de vid cubierto,
requiere de las voces que no han muerto
entre el sudario de la niebla fría.

El mundo es una alegre sinfonía
que brota en selvático concierto;
la soledad sin oasis del desierto
quebranta el resplandor del nuevo día.

Entre perfumes de estivales flores
que dan vigor al corazón doliente,
sutil, nerviosa, fascinante, inquieta,

emerge cual visión de los amores,
derramando de rimas un torrente,
el alma soñadora del poeta.

Luis Martínez Marcos.

Santa Fe, República Argentina, 1900.

SECCIÓN CIENTÍFICA Y MILITAR

LA AMPLITUD PSICOLÓGICA

EN LA ORTODOXIA Y HETERODOXIA CIENTÍFICAS

I. El ojo que indaga con fría y serena mirada el génesis y las modalidades de los fenómenos del mundo, constituyendo con sus conquistas el cuerpo de conocimientos reales, de una realidad objetiva, que es la ciencia, no puede realizar su elevada función conocitiva si algo se interpone entre él y el fenómeno que vá á descifrar. Es de evidencia que en las modalidades de la actividad superior del ser humano, en la luminosa floración de las energías de la psique, toda barrera, toda imposición, conduce á la esterilización de las fuerzas que de otro modo pudieran ser, acaso, las más fecundas.

La ciencia, si debiera ser digna de su nombre, no podría señalar la órbita que el pensamiento humano debe recorrer sin excederla: su campo de investigación es ilimitado como lo desconocido, inmenso sin duda, más vasto que lo conocido. Señalarle rumbos aprioristas, en virtud de inducciones puramente subjetivas, que sin agregar nada al capital conocitivo de la humanidad puedan ser una traba á la integración conocitiva que resultaría de su orientación por otros rumbos, es un delito de lesa ciencia; y también lo es el prefijar métodos que implican la negación ó exclusión apriorista de otros métodos, posteriormente adoptables como resultado de una mayor práctica intelectiva y obedeciendo á la necesidad de un progresivo perfeccionamiento de los útiles de trabajo. ¿Acaso el método no es para el hombre de ciencia como el cincel para el escultor, como el bisturí para el cirujano, como la plomada para el albañil? Y, lo mismo que ellos, es perfectible.

Tal la concepción que, de los objetivos y los métodos científicos,

llega á formarse el estudioso que analiza con desapasionado criterio este profundo problema.

II. Sin embargo, basta pasear rápidamente la mirada por sobre el movimiento científico contemporáneo—sin que esto implique que el fenómeno sea exclusivo del presente momento histórico—para constatar que esa concepción encuentra desmentidos solemnes y frecuentes en los hechos.

Aunque la observación pudiera generalizarse á todas las ramas de la labor intelectiva, porque todas están subordinadas á las mismas circunstancias en su proceso de integración progresiva, es en el terreno de la psicología y de la sociología donde reviste mayores proporciones.

Efectivamente; son los estudios psicológicos y sociológicos los que más se prestan al descubrimiento de verdades que pueden afectar gravemente los intereses del mundo oficial; la exposición de una nueva teoría, la nueva explicación de un fenómeno, puede en ese terreno determinar—ó cooperar á determinar—la bancarrota de los cimientos de la moral, de la economía ó de la política oficiales. En cambio, las demás ciencias no pueden, sino excepcionalmente, desempeñar un rol *subversivo* con relación al medio social de cada momento histórico.

De esto ha surgido la excisión del campo científico en dos grandes grupos, que representan dos grandes tendencias: el pasado y el porvenir. El mundo oficial, necesariamente conservador, tiene sus sabios ortodoxos; el mundo independiente tiene los suyos heterodoxos. Los primeros pretenden fijar límites y orientación al movimiento científico, actuando principalmente en el orden de los conocimientos sociológicos y psicológicos: yugo que sirve á las clases sociales dominantes para tener al pueblo uncido á su carro de esclavitud.

El ejemplo tendrá aquí fuerza de comprobación: no puede, sino de una manera indirecta, serles perjudicial el descubrimiento de una ley física ó astronómica, ó el invento de un nuevo método quirúrgico; pero puede serle molesta—y en muchos casos es amenazadora—la nueva interpretación científica de un fenómeno de la vida psíquica, si ella contribuye á la demolición de una falsa creencia religiosa, lo mismo que una nueva concepción de las rela-

ciones económicas y políticas entre los seres humanos que pueda cimentar el florecimiento de nuevas aspiraciones é ideales, ó la explicación positiva de un fenómeno ó de una ley sociológica que comprometa la estabilidad de sus instituciones morales ó jurídicas.

III. Existe, pues, una poderosa razón sociológica que, inspirando en las clases sociales dominantes un fuerte sentimiento de necesidad defensiva, determina la aparición de la « ciencia oficial » como resultante de la imposición de un apriorismo á la finalidad del conocimiento.

Pero fuera de los que constituyen el núcleo de la labor científica oficial, vive de una vida laboriosamente fecunda otro núcleo, guiado por móviles substancialmente distintos de los que inspiran la labor de los primeros.

Tendencias divergentes en la finalidad; convergentes en el génesis.

Hay, pues, y difieren: sabios ortodoxos y sabios heterodoxos.

El hecho no puede ser más lógico. La ciencia es una función social; lo mismo que la sociedad, progresa y se integra: revelaría ceguera intelectual el no constatar que el proceso intelectivo del conocimiento guarda paralelismo con el desarrollo de las instituciones que constituyen la superestructura social. Con esta premisa es lógico que toda vez que en el seno de un agregado superorgánico se produzca una divergencia de energías, las unas en sentido de progreso, las otras en sentido de conservación, el campo científico se excinda en harmonía con aquella divergencia.

En el presente momento histórico existen fuerzas antagonistas que luchan dentro del organismo social: luego de allí surge fatalmente la existencia de dos tendencias distintas en el campo de la ciencia.

IV. Existiendo dos corrientes científicas, la una ortodoxa y la otra heterodoxa, ¿cuáles, entre los hombres de ciencia de la una y de la otra, son los que están en mejores condiciones para llegar al conocimiento de los fenómenos, en su esencia genética y en sus modalidades? Esta es la proposición que dilucidamos (1).

José Ingegnieros,
Argentino

(1) Continuará en el número próximo.

SOBRE PRÁCTICAS

DEL TIRO EN LA INFANTERÍA

El poder ofensivo, ó mejor dicho, el medio destructor más eficaz de los ejércitos en los combates de la guerra moderna, es, á no dudarlo, el fuego de cañón y de fusilería.

La precisión del tiro, como la disciplina y aprovechamiento regular de los fuegos, constituyen ese poder, bajo cuya acción se aniquila y abate al adversario, preparando de este modo y con ventajas en la última face de la pelea, el momento preciso del choque entre las masas combatientes.

Por consiguiente, y atendiendo al progresivo perfeccionamiento que se viene realizando en las armas en general, se impone una dedicación constante á la instrucción práctica del tiro individual, colectivo y de combate, como asimismo á adquirir un conocimiento elemental siquiera, de las condiciones balísticas del fusil de que está dotado el ejército, para utilizar, con provecho, en las guerras futuras, sus efectos y obtener algunas ventajas sobre los medios más poderosos que en muchos casos dispone un enemigo, para llevar á feliz término su empresa.

Aparte del estudio de las condiciones del arma y de las variaciones que experimenta el tiro por la naturáleza de su construcción, influye notablemente, en su eficaz empleo, la topografía del suelo, que, por sus variados accidentes, favorece, obstaculiza ó limita la libre acción de los fuegos.

Teniendo en cuenta, pues, estas particularidades, es menester que después de los primeros ensayos del tiro individual en los polígonos, ya sean abiertos ó cerrados, al iniciar la primera enseñanza colectiva del tiro de combate, se tenga presente, haciendo la esplicación de su importancia, estos dos puntos capitales: « la aplicación de los fuegos al terreno é influencia del terreno sobre estos mismos fuegos ».

El terreno, considerado en general, ofrece abrigos ó protección contra las pérdidas que causa el fuego, como también puntos más

ó menos ventajosos que permitan dirigir sobre una zona determinada el mayor número de proyectiles posible.

Pero aparte de las facilidades que presenta para la completa desenfilada de los fuegos, ofrece obstáculos á la vista y destruye, por decirlo así, sus efectos.

Por estas circunstancias, se hacen tan necesarias como indispensables las prácticas del tiro en general, variando periódicamente de terrenos, esto es, ejecutando las prácticas ya en parajes completamente llanos, de tierra vegetal, de arcilla ó arenosos, etc., ya en terrenos más ó menos accidentados ó escarpados ó ya en sentido ascendente ó descendente en los terrenos inclinados.

Estas variaciones de la enseñanza proporciona al soldado — previa una somera esplicación — el medio de convencerse y de ilustrarse al mismo tiempo, de las diversas formas en que puede emplear y aplicar las condiciones de su arma, trayendo como consecuencia lógica este estudio práctico, la confianza en su bondad, el conocimiento de sus defectos y de su potencia como instrumento ofensivo y defensivo á la vez.

Así, pues, instruyéndose en esta forma á la tropa, cada soldado aprende sin mayor dificultad á clasificar, de una manera precisa, los diferentes tiros y sus efectos y el uso que tienen en cada caso los fuegos directos, curvos, de enfilada, rasantes, y hasta la importancia de los tiros de rebote.

Si agregamos á esa instrucción el tiro contra blancos movibles, habremos alcanzado el medio de obtener en el ejército excelentes tiradores.

La importancia del tiro de artillería es innegable, puesto que el fuego es la verdadera índile del arma; de manera que, considerando además que los encargados de su dirección en nuestro ejército dedican sus esfuerzos á la instrucción de cañon y de sus fuegos, al mismo tiempo que á la adquisición de un sitio apropiado para las prácticas de tiro á largas distancias, nos concretaremos solamente á los fuegos de infantería, más descuidados que los otros.

Los benéficos resultados que reporta un aprendizaje completo en las primeras nociones del tiro y luego su aplicación en los múltiples casos y circunstancias, se palpan, cuando lanzados dos ejér-

citos á la lucha, uno de ellos opone á la superioridad numérica del enemigo, un fuego nutrido y bien dirigido que, dada la sucesión contínua de tiros en los fusiles de repetición, la facilidad y celeridad de los disparos en los cañones modernos de tiro, rápido y la trayectoria casi rasante que describen los proyectiles en el espacio, se obtiene una zona de impactos de gran extensión y un terreno batido de gran profundidad, que impide la libre maniobra del adversario y la acción táctica de las fuerzas que emplea con sus combinaciones de guerra.

Por ello es que las aguerridas fuerzas *boers*, contrarrestan al empuje formidable de las grandes masas inglesas que pretenden romper la línea de posiciones que defienden, con el mortífero efecto de sus fuegos eficaces y certeros, brillante resultado de la puntería adquirida en los polígonos y campos de tiro, en las épocas de paz y de tranquilidad.

Considerado, pues, el fuego como poder ofensivo de carácter esencial por excelencia en el combate, sin cuya actuación ó participación sería absurdo pretender destruir ó vencer á un enemigo cualquiera, se hace necesario perseverar en la instrucción de tiro al blanco, para responder de este modo á las exigencias de ese poder, en la lucha armada.

No queremos invocar ejemplos de la contienda pasada, para demostrar la negligencia imperdonable de los encargados de organizar nuestras fuerzas regulares, porque todos conocen la actuación de las tropas en los encuentros sucedidos, en los cuales no hacían más que competir con el adversario en la habilidad de lanzar los proyectiles á mayor distancia y altura, y en el consumo inútil de municiones.

Es tiempo ya que sea un hecho la completa instrucción del ejército, y que no se le escatime recurso alguno para darle la preparación indispensable para el fácil desarrollo de su cometido, más digno y honroso por cierto, que el que le atribuyen los muchos parásitos que han conseguido germinar á despecho de todos, en el seno de la institución militar.

Los métodos á seguirse en la instrucción que aconsejamos, son fáciles de concebir. Solo falta predisposición, solo falta que los jefes, de quienes depende la feliz realización de las ideas de progreso

y adelanto que abrigan los militares de buena voluntad y de buenas intenciones, presten su decida protección á toda empresa útil y provechosa, ya sea en lo relativo á la ilustración como á la instrucción práctica de las tropas.

Pero para alcanzar un buen resultado de todo ello, es necesario desterrar, ante todo, los paseos anti-prácticos y anti-militares, puede decirse, que la costumbre implantó en las guarniciones y que dañan al prestigio,— por el solo hecho de presentarse diariamente en público,— que, como institución seria, noble y valerosa tiene ante el pueblo el ejército, como asimismo los ejercicios inútiles ejecutados en las calles, que no instruyen pero que cansan al soldado y emplean á la vez el precioso tiempo que se pierde en la inacción y en la pereza, en las soluciones prácticas de los problemas de combate con sus diferentes desarrollos en cada caso y á la escuela de tiro en la forma que indicamos ligeramente en párrafos anteriores.

Si ello se realizara, la potencia de nuestro ejército sería de primer orden, y unida al valor y al denuedo que caracteriza al soldado uruguayo en la pelea, la cualidad de excelente tirador, el triunfo estaría de antemano asegurado y la gloria alcanzada en las batallas, sería digna recompensa al trabajo y justo premio á la abnegación, á la constancia y al sacrificio.

Félix Etchepare,
Alférez.

Montevideo, Marzo 15 de 1900.

RECUERDOS DE LA GUERRA

EN MARCHA

I

Era un día cálido y nebuloso del mes de Marzo, no había viento que moviera una hoja. El batallón, que desde las cinco y media de la mañana se había puesto en marcha, hizo alto en una colina á

las diez. Los soldados, cubiertos de polvo, sudorosos y abrumados por la sed, enemigo tenaz que muchas veces hace delirar con desesperación por la falta de agua que la sácie, escudriñaban el campo mirando á un lado y otro, para descubrir siquiera, la existencia de una insignificante cañada.

La jornada había sido de siete leguas al través de un campo ondulado, y como el coronel buscaba incorporación, recorrimos la mayor parte de ellas al aire de trote, pues la columna era liviana y se prestaba á las marchas rápidas. Luego de recibir la incorporación de las fuerzas que buscábamos, el coronel, con el nuevo refuerzo, tenía que batir á una jente, que por noticias adquiridas, se hallaba cerca de ese punto.

El clarín con su éco de bronce habia tocado alto y pie á tierra y las compañías cumplieron la disposición ordenada, á la voz de sus capitanes respectivos.

Algunos soldados tomaron asiento en tierra, conservando en las manos las riendas de sus cabalgaduras; otros, llenos de cansancio, se tiraron á lo largo, y otros más espertos y voluntarios, iban en busca del agua que desde la columna en marcha, habían descubierto en un cercano estanque.

Durante este descanso transitorio se oían diálogos alegres y animados en las filas. Uno de los soldados que se hallaba á un costado de la columna, dijo á un compañero mientras se entretenía en arreglar cómodamente el recado en el lomo de su caballo, « que te parece, ¿á qué ahora vivacqueearemos? — Ha sido larga la jornada — yo tengo hambre.» — « Cómo no, dijo el otro; sí, la marcha es de las que cacheteó Cupido ».

Más allá, en otra sección, al lado de un sargento joven, estaba un indio de baja estatura, de faz tostada, que contaba tres décadas y un lustro de servicios, habiendo actuado en nuestras luchas civiles desde 1865 en adelante; era lo que se llama, un soldado viejo: su conversación era entretenida, pues tenía más chiste que cualquier hijo de Andalucía. Él presumía saber hasta lo más reservado de las órdenes y cuando estaba con sus amigos, los divertía con sus cuentecillos que hacían arrancar prolongadas carcajadas.

Su espíritu, acostumbrado ya á las rudas pruebas de la vida de soldado, no desmayaba, al contrario, se consideraba más fuerte; por

ello es que increpó duramente á los que se quejaban de las fatigas de la marcha, diciéndoles: «Ustedes son unas damitas; cuando montan á caballo y trotean ya no hay gente. Yo soy un veterano que rayo en mis 50 años y la tercera parte de mi vida la he consagrado al servicio de mi patria; ¡estas marchas! ni siquiera me hacen mella, las he hecho más forzadas». «Tengan paciencia», les dijo después de una pequeña pausa.

Dió término á la conversación la presencia del coronel que iba recorriendo la columna en descanso. Cuando llegó á la altura de ellos, oyeron los soldados que el jefe decía á su ayudante: — «Voy á ordenar la salida de una comisión para que vaya en busca de ganado, y al efecto acamparé en aquel paraje — y señaló la vertiente opuesta de la colina que ocupábamos.

Los soldados sonrieron al oir esta halagüeña noticia, y el veterano, mirando á su alrededor, vió al sargento y le dijo: — «¿es verdad sargento?». Éste, que había estado atento á la conversación de sus subalternos, se sonreía también y calló la boca en señal de afirmación para no desalentar á los soldados pusilánimes.

La conversación seguía: de pronto oyóse el sonido del clarín: un prolongado toque de atención, hizo quedar en silencio á aquellos parlanchines. En seguida tocó el corneta, á caballo y los capitanes mandaron montar á sus compañías, poniéndose en marcha la columna en sentido oblicuo á la direccíón que antes traía. Bajó la colina por una falda extensa, tomó la hondonada, y al repechar otra, el coronel se separó hacia un lado, pidiendo al asistente el anteojo que graduó á su vista.

Miró hácia un punto y toda la curiosidad se despertó en aquella dirección. Algunos decían, — «¿vez allá? se viene una columna» — y otros contestaban: — «no; es ganado que se agrupa por la calor».

La marcha se hizo entonces más lenta, porque el jefe se quedaba apartado: todos miraban á la supuesta columna. Cada vez se veía más extensa, hasta que pudo distinguirse á simple vista.

La partida exploradora enviada anticipadamente por el coronel para reconocer la fuerza que avanzaba, había cumplido su misión y comunicaba, por una patrulla volante, su resultado. Era la división del Departamento que venía á incorporarse á nuestro batallón para formar una brigada á las órdenes del jefe.

Media hora más tarde, la división ocupaba su puesto á retaguardia de nuestro batallón, formando dos columnas que ocupaban una extensión de medio kilometro próximamente. Durante el tiempo que se ejecutabá la concentración y para prevenir alguna sorpresa, trepamos una cuesta bastante pendiente hasta llegar á un sitio de donde la vista dominaba todos los campos adyacentes.

Allá, á lo lejos, veíase un arroyuelo en cuyas márgenes había crecido un hermoso y poblado monte, que ofrecía un abrigo seguro para el descanso de la eolumna.

El coronel, luego que hubo ordenado la tropa en formación de marcha, y considerando prudente suspender el avance por exigirlo así el cansancio de los soldados, destacó al ayudante con una veintena de hombres para que reconociese el bosque y por consiguiente prevenir una sorpresa en el acto de campar.

La brigada tomó la dirección que el jefe había ordenado, pues dispuso que en la costa del arroyo, se establecicra el campamento.

Después de los movimientos preliminares para la colocación de las diferentes fracciones, según la topografía del terreno, el clarín tocó alto y pie á tierra, movimiento ejecutado en las compañías á la orden de sus comandantes, que en el acto mandaron desensillar y soltar los caballos.

De este modo quedaba la brigada en la formación de línea de columnas, que luego de abiertas las filas y establecidas las tiendas improvisadas, ó mejor dicho, los ranchos de ramas artísticamente construidos, ofrecia el campamento un hermoso espectáculo; parecía una verdadera población.

Nuestros soldados, con esa voluntad y prontitud que les distingue, habían recogido en un instante, en el interior del monte, una cantidad de leña, con la cual encendieron incontinentemente sus fogones y colocaron las calderas, para luego empezar el tradicional mate amargo.

En el campamento todo era alegría; reuniéronse los compañeros de fogones, en los suyos respectivos, y entre amena conversación, en donde nunca faltaba la narración de algún *porrazo* sufrido por un camarada cualquiera, al vadear un paso ó picada, empezó á correr el cimarrón de mano en mano.

Entretanto el tiempo trascurría é íbase acercando la hora de la

carneada, que por cierto sería hora de bullicio y contento para la tropa.

Montevideo, Marzo 15 de 1900.

Pedro Pérez,
Subteniente.

(Continuará).

NOTAS DE REDACCIÓN

NUEVAS PRESENTACIONES

Hacemos saber á los distinguidos colaboradores de LA REVISTA, que mientras dure la ausencia de nuestro Director, podrán dirigirse directamente á sus compañeros de tareas Francisco G. Vallarino y Juan Picón Olaondo.

Alberto Arias Sánchez. Es chileno, y desempeña el elevado puesto de Cónsul del Ecuador y Vicecónsul de Colombia en Valparaiso. Si como diplomático tiene dotes que lo enaltecen, también las tiene como escritor. Su pluma, fluida y galana, ya le han dado á conocer en numerosas revistas que ven la luz en estos países del Continente, donde el señor Arias Sánchez hase hecho aplaudir por lo bien meditado de sus concepciones.

Manuel Consuegra. Es colombiano. Sus hermosas producciones literarias seducen por el brillo de sus imágenes y por la forma robusta con que las cincela. Su figuración descollante en cuanta publicación literaria ve la luz en estos países le han reservado un puesto honroso en la literatura de América, conceptuándosele como uno de los primeros talentos literarios de su patria.

Julio N. Galofre. Es también colombiano y su personalidad literaria se destaca con caracteres propios por la originalidad y belleza que revisten sus producciones.

Eduardo Diez de Medina. Nacido en Bolivia, dirige en La Paz, ciudad de ese país, una importante publicación literaria. La hermosa producción con que se inicia en LA REVISTA, estamos seguros, merecerá el juicio más favorables de nuestros lectores.

Samuel Velarde. Es peruano y compañero de nuestro asiduo co-

laborador Francisco Mostajo. Se distingue favorablemnte entre la juventud intelectual de aquella república.

En la hermosa poesía de nuestro distinguido amigo José Salgado, publicada en el número anterior y que lleva por título « Súplica », se deslizó el siguiente error, el cual no habrá pasado inadvertido, seguramente, á nuestros lectores. En el primer verso de la estrofa primera, donde dice: *Recuerdo que pasastes*, debe leerse: *Recuerdo que pasaste.*

Queda hecha la salvedad.

BIBLIOGRÁFICAS

Bajo tu ventana.—Con este título hemos recibido un folleto de 16 páginas, primorosamente impreso por el artístico taller de los señores Dornaleche y Reyes.

Es una poesía de género amatorio, en la que su autor, el aventajado joven Emilio Frugoni, hace gala de una versificación verdaderamente fluida, distinguiéndose además, por lo pintoresco de las imágenes así como por el sentimiento que encierra el precioso canto.

Agradecemos el envío.

De Constantino Becchi—Hemos recibido de este literato amigo el hermoso juicio crítico que sobre el «Ariel» de José E. Rodó, ha publicado recientemente.

«Ariel», que también así se titula el pequeño folleto, es notable por la elegancia de su estilo así como por lo conceptuoso de su fondo. Hay en él justas alabanzas para aquel joven escritor, recomendando especialmente la lectura del libro, que es tema de su juicio, á la juventud, á quien lo dedicó el galano autor de «Rubén Darío».

Agradecemos al señor Becchi el envío de su interesante folleto.

Boletín Salesiano—Hemos recibido el número 3 de esta interesante publicación católica. Contiene varios hermosos grabados, entre ellos el de León XIII y una vista de la Plaza de San Pedro en Roma.

LA REVISTA

LITERATURA Y CIENCIAS

AÑO I—N.° 7 | Montevideo, Abril 10 de 1900 | TOMO II

SECCIÓN DE LITERATURA

MONTEVIDEO

(FRAGMENTO DEL LIBRO INÉDITO «MI TIERRA»)

He visto muchas ciudades que han nacido á la sombra de sus monumentos, se han agrupado en torno de ellos, y han conservado su viejo carácter feudal que constituye su encanto: Toledo en torno de su catedral y de su alcázar, Pisa arrimada á los cuatro monumentos de su plaza, original como ninguna.

En otras partes he visto construir monumentos para las ciudades; no para satisfacer necesidades, sino para darles esplendor, para combatir rivales; se ven hinchazones por un lado, depresiones por otro, desequilibrio y contraste. Es preciso guiar al extranjero, para que no reciba malas impresiones; mostrarle ciertas cosas, ocultarle otras.

Montevideo ha crecido y va creciendo como un organismo vivo y sano; la misma sangre circula por todas sus arterias. Nada hay que indicar ni que ocultar al viajero, porque todo está á la vista: es una ciudad transparente.

Y en eso consiste toda su belleza: no hay que buscarla en otra parte, no hay que hincharse como la rana.

Yo recorro á Montevideo encantado: de la plaza Constitución, paso á la de Independencia, hermosísima plaza en construcción, en la que ya se ha caído en la tendencia á la uniformidad, y en cuyos

portales, de columnas toscanas, se ha incurrido en el defecto garrafal de no poner un cornisamento clásico; veo el arranque de la calle 18 de Julio, que es una avenida triunfal hacia lo alto de la otra plaza en que yo colocaría el gran monumento de la apoteosis nacional: un arco, un grupo, un montón de recuerdos de piedra y bronce; miro hacia todos lados la variedad de horizontes que van apareciendo en el extremo de las calles que cruzo, y que se cortan en ángulo recto, horizontes siempre varios, siempre ricos de color y de línea; pueblo con la imaginación los sitios más hermosos: aquí una estatua; allá un arco que se recortaría como una gloria en el cielo azul; más allá una cúpula; veo así en mi imaginación la ciudad más hermosa del mundo. Me doy cuenta de las nuevas construcciones que se han realizado en mi ausencia; las miro como jalones de nuestra marcha hacia adelante, las examino, les doy la bienvenida á mi tierra, si son hermosas; y de todo esto me formo una impresión que quisiera consignar con fidelidad.

Montevideo reclama el concurso del arte. Como antes decía, la imaginación lo complementa y abrillanta; se anhela ver hoy lo que verán los que vivan dentro de cien años, cuando Montevideo tenga un millón de habitantes; pero á mí me produce, sin embargo, esta nuestra ciudad una impresión especial: me parece ver en ella algo así como el esbozo genial de un gran pintor: uno quisiera verlo perfectamente acabado, ajustados los tonos, terminado el dibujo, ejecutada en todos sus detalles la composición; pero al verlo tan hermoso, y ante el temor de que, al acabarlo, se debilite su tonalidad general, su vigor y su frescura; ante el temor de verle perder la franqueza y la valentía de su carácter, casi se prefiere dejarlo estar tal como está: inconcluso, pero fresco y sugestivo.

Venga el arte, y vendrá seguramente, á acabar este encantador boceto de gran ciudad; pero ha de venir con dos condiciones: primero, no ha de arrebatarle su carácter arquitectónico: sus líneas rectas, sus aristas nítidas, sus techos planos, su arquitectura racional, impuesta hasta ahora por su desarrollo espontáneo; en segundo lugar, Montevideo debe decir al arte, por más rey que sea, lo que Diógenes al otro rey: ven, pero no me quites lo que no me puedes dar y constituye mi belleza: el sol, la luz, los horizontes.

Montevideo ha tenido desde su origen, y ha conservado, el mé-

todo de construcción y la arquitectura que le son propios, los que corresponden á su naturaleza y á su clima, y que son los más puros y hermosos: la bóveda en los grandes edificios, la construcción de azotea, de techo plano, importada del mediodía de España, de Sevilla, de Cádiz, en las de menos importancia. A eso se ha adaptado después admirablemente la arquitectura greco-romana que nos han traído los arquitectos italianos: las esbeltas líneas clásicas, los entablamentos de líneas rectas, las decoraciones sobrias de grecas y guirnaldas, los dinteles y frontones correctos, las columnas de los órdenes clásicos aplicados sin esfuerzo á las construcciones más insignificantes, y que son graciosas por la circunstancia de no estar aplastadas por las pesadas techumbres que exigen otros climas. La azotea, ligera y alegre, ha permitido, por el contrario, recortar la línea superior del edificio con pretiles y balaustres graciosos, que se proyectan con frescura en el cielo; lanzar al aire cornisas expresivas y nobles, balconajes llenos de relieve, un busto, una estatua. Sobre ellas se han podido levantar, sin esfuerzo, esos miradores cuadrados, de aristas rectas y sencillos cupulines, que tanto contribuyen á dar carácter y blancura á la ciudad.

Esa esbeltez de sangre griega es la que es preciso conservar. No nos dejemos dominar por el prestigio de las ciudades europeas del norte: si ellas pudieran tener nuestra azotea, la emplearían de mil amores. No hagamos como los niños que anhelan ponerse gafas.

Los techos plomizos abohardillados; los ojos de buey; los aparatos de techumbres oblicuas, que aparecen más arriba de las cornisas superiores en los edificios europeos, son impuestos por la necesidad, allí donde la nieve exige grandes declives para caer, ó donde los enormes descensos de temperatura producen fuertes contracciones; pero eso no es hermoso: pesa, aplasta el edificio, arrebata toda su nitidez á las líneas superiores, y da al conjunto de la ciudad un aspecto monótono y triste. ¡ Cuántas veces he deplorado yo, al pasar frente al Louvre en París, que sus cornisamentos, sus frontones, sus estatuas, que son una maravilla, se proyecten sobre el fondo plomizo de los techos oblicuos que tienen detrás! ¡ Si todo eso se recortara sobre el cielo, como se recortan en Montevideo los más insignificantes detalles de modesta construcción!

Argel es la ciudad que tiene más analogía de construcción con Montevideo, porque su clima se lo ha permitido. Francia se ha guardado bien de llevar á su hermosa colonia la edificación de París; le ha conservado sus terrazas, sus pretiles, sus blancuras; no le ha arrebatado lo que no podía darle. Barcelona, que es un modelo de ciudad moderna en sus ensanches, sin dejar de ser una ciudad monumental en su casco antiguo, no ha abandonado la línea recta de sus techumbres.

Que no venga, pues, la bohardilla á echarnos á perder nuestro blanco Montevideo; que las líneas arquitectónicas clásicas, que en él predominan, no vayan á ser sustituidas por las de esa arquitectura híbrida que caracteriza la falta de creación artística y el anhelo de hinchazón de nuestra época. Nuestro siglo no ha creado una línea arquitectónica propia; y, en el deseo de originalidad forzada y de grandeza sin ideal que caracteriza tantas de las manifestaciones del arte contemporáneo, ha formado algo que podríamos llamar arquitectura *arqueológica:* ha pedido líneas á lo gótico, á lo románico, á lo árabe, á lo egipcio, á lo oriental, y levantado centones arquitecturales enfáticos que dan grima. De ahí esas cúpulas sin objeto que parecen tapas de sopera, esas torrecillas sin destino, esos abultamientos llamativos que no tienen más objeto que decir: mírenme ¿ verdad que soy muy grande, muy raro?

Tu cabeza es hermosa; pero sin seso, decía al busto la zorra de la fábula. No estás en tu sitio, dice uno á la torre árabe sobre edificio del renacimiento.

La arquitectura, más que cualquier otro arte, debe ser racional: allí donde se puede obtener un resultado con una línea, no se deben emplear dos; una columna ó un arco deben soportar la gravitación de un peso proporcional; una cúpula debe tener un destino, aumentar la masa de aire del interior, dar luz, cerrar racionalmente un espacio vacío circular; una torre no ha de subir sin objeto. Esa ha sido la base de todos los estilos arquitectónicos. Así procedieron los griegos tomando sus líneas de la construcción primitiva humana; así los romanos y los bizantinos, cimentando sobre aquellas líneas la bóveda y la cúpula y el arco; así la edad media tomando del bosque su bóveda ojival, y del árbol su sonora torre aguda, símbolo de oración. Sólo nuestro arte contempo-

ráneo levanta cúpulas para no ser habitadas, torrecillas mudas y que no dan acceso á nadie, á las que nadie sube, arcos y columnas que nada soportan, y que son emblema de vanidad y de vida precaria y sin objeto.

Montevideo ha tenido ya algo de eso en épocas de hinchazón artificial, en que hacen irrupción las imitaciones de lo exótico á tontas y á locas: por ahí se ve un barrio de edificios abohardillados que ha quedado arrumbado; un enorme edificio del mismo género, que es un desentono en la blancura de la ciudad; que aplasta todo cuanto lo rodea, y que casi no hay que hacer con él; algunas cúpulas en los ángulos de edificios planos, y que nada cubren. Con muchos de esos adefesios que salpicasen la masa de sus construcciones, Montevideo perdería su nitidez y su blancura; dejaría de ser quien es. Y los que lo amamos, lo queremos, y no sin causa, tal cual es: la ciudad sincera greco-romana de las líneas rectas ingenuas, y de las amables blancuras deslumbrantes.

Juan Zorrilla de San Martín.

París, 1887.

ELEVACION

¡Despierta, corazón! La primavera
Se difunde otra vez encantadora
Como en los días de tu edad primera.

Hay derroche de púrpura en la aurora,
Melódico rumor en las colinas
Y espumas en la fuente bullidora.

Alegres, como eternas peregrinas,
Se acercan en confusos escuadrones,
Precursoras del sol, las golondrinas.

Palpitan con vigor las ilusiones
De hermosa brillantez y alas abiertas —
Germen oculto de celestes dones —

De par en par las invisibles puertas
Ábrelas el espíritu que canta
Sin recordar sus alegrías muertas;

Y cual rítmico son de una arpa santa,
Impregnado de luces y colores
El himno de los orbes se levanta!

¡Despierta, corazón! Te da sus flores
El ceibo que en las márgenes del río
Proyecta sus ramajes tembladores;

El lirio, su diadema de rocío,
Fulguración de luz inmaculada
Los infinitos mundos del vacío;

Y toda la creación electrizada,
Salmos, perfumes y matices rojos:
Ora contemples la extensión callada,

Ora te cerquen, sin causarte enojos,
Concepciones pristinas de otras horas,
Hay faltas de color para mis ojos.

Te arrullarán de nuevo seductoras
Y en ronda celestial las esperanzas
Que tanto, tanto, al disiparse, lloras;

Y con ellas también las remembranzas
De la ardorosa juventud, caída
En la noche sin astros ni bonanzas;

Porque la edad más pura de la vida
Quedó cual hoja que arrebata el viento,
En el concierto universal perdida.

Pasó la edad de virginal contento
Que al través de los tiempos centellea,
Cual hermoso fanal del firmamento.

Murió la virgen de pupila hebrea,
La de cabellos sueltos á la espalda
Y hermosa como Venus Citerea.

Ya de la vida por la abrupta falda
No se verán de púrpura las rosas,
Ni las vides con hojas de esmeralda.

Ya no juego en las noches rumorosas
Ni me cantan los pájaros del nido,
Ni busco en los jardines mariposas.

La flor de la inocencia se ha perdido,
Como todos los sueños de los hombres
Que ruedan á los antros del olvido.

¡Oh, tiempo asolador! Por más que asombres
Los elementos de la estirpe humana
Destruyendo sus glorias y sus nombres,

Tú sigues con la fuerza soberana
Del airado *simoun* que en los desiertos
Sepulta á la indefensa caravana.

Tú no cesas jamás: tus golpes ciertos
Hacen que todo en la existencia muera
Bajo los cielos de esplendor cubiertos.

No hay poder que detenga tu carrera,
Porque eres sin rival, como el océano,
Que no tiene en sus ímpetus barrera.

Pero, no triunfas, no; luchas en vano
Porque flotan aún mis ideales,
Como la niebla en el confín lejano.

El tedio de las horas nocturnales
No ha desplegado para mí sus alas
Con franjas de colores infernales.

Mi pecho libre de protervas galas,
Vive contento con sus propias penas
Bajo el fulgor de las etéreas salas.

La savia juvenil hincha mis venas,
Me da sus notas íntimas la lira
Y regalan mi oído las sirenas.

Arde en mi frente, cual intensa pira,
La eterna sed del ideal supremo
Que allá en las noches de quietud me inspira.

Severo en el deber, ni el odio temo
Ni de los hombres el rencor me abate,
Ni aromas, vil, á los placeres quemo.

Amo la augusta inspiración del vate,
Y tengo en el naufragio de la vida
Mis cantos por trofeos de combate.

Oh, musa, de mi ser la preferida,
Con quien departe sus mejores horas
La virgen de mis sueños adormida;

Tú, la gentil que en el Parnaso moras,
De la paleta dame los colores,
Del sol la luz, del trópico las floras;

Y lejos de los falsos resplandores
De este siglo sin fe, que se derrumba
Minado por sus propios torcedores,

Cantemos con ardor, aunque sucumba
Falto de calma el corazón sediento,
Si salva los abismos de la tumba
El fénix inmortal del pensamiento!

Eugenio C. Noé.

Buenos Aires, Abril de 1900.

DE LA CELDA Y DE LA ALCOBA

Para Luis Berisso.

Les beaux palais où sont les hetaïres
Sveltes lys de Corinthe et roses de Milet.
Qui dans les bains de marbre, au son divin de lyres,
Lavent leurs corps sans tache avec un flot de lait.

Theodore de Banville.

La calle oscura, tortuosa, de una vieja villa española. Un muro del convento, un muro de piedras pardas y carcomidas, álzase

recto é impasible manchado en trechos por la hierba casi negra y en un nicho vulgar una imagen descolorida alumbrada por una candileja vacilante. Las rejas dobles sepulcran en misterio las moriscas ventanas y un árbol macilento apoya su cabeza enferma sobre las canales del tejado.

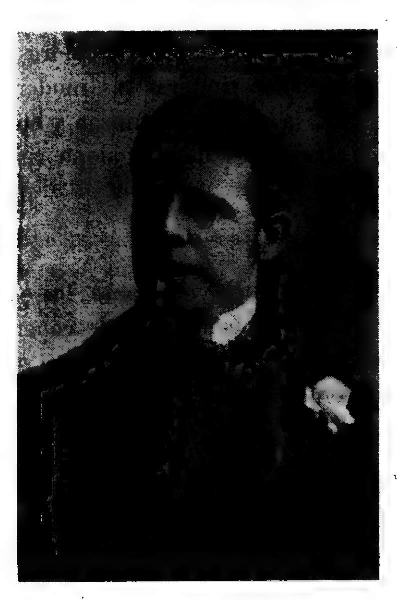
Del otro lado de la estrecha callejuela, el palacio de las hetairas: alzando la cortina de terciopelo granate, deslumbra el esplendor del salón, mesas de un solo ónix, estatuas voluptuosas, grabados pecadores, lámparas de hierro y vidrio de colores, y anchos canapés donde se extienden como panteras las modernas Magdalenas.

Hay cutis como afodelas, ojos que punzan y bocas que sangran: alegres y viciosos los compases de un galope riman con la salva de los corchos del licor.

Sor María de Dios, ceñido el velo sobre los ojos, en su fría y desnuda celda, apoyada en la ventana se desvanece ante el lujo de la cámara de amores donde África, de cabellera poderosa, de largo talle de flor, semi-desnuda, comienza su tocado.

Ser bella—dice la monja—amar! Mientras los perfumes extraños envenenan el aire y punzan los sentidos; agrandar los ojos vermellonar los labios, dar suavidad á las mejillas, azular las venas de las manos, erectar los senos para la noche sublime, cuando llegue el ardiente de músculos recios y raro fuego en la mirada, el que recoge en sus labios las mordidas de pantera en tanto la sangre va en las venas en loco tropel!.. *(una campana débilmente suena las oraciones)* ... pero tú, oh Cristo! que si es verdad en tus momentos de pasión viste llegar el día en brazos de Magdalena, tú, gran blanco lirio, castellano de la torre de acero de la continencia, casto como la luna, sálvame, no dejes que la pasión me sofoque y en la solitud de esta cárcel, se entregue mi bestia á excesos infernales, hiéreme con tus miradas, purifícame con tu aliento, y bendíceme con tu sonrisa, oh! tú, varón que supiste estrangular la hiena de la lascivia cuando predicabas la pureza en el barrio de las hetairas... *(en la casa de las cortesanas, es-*

truenda un vals galante, las risas cruzan como parvadas de palomas, y África, enteramente desnuda, sonrosa su vientre y pone en las extremidades de los senos, dos toques de pintura escarlata...) su cuello es como el cuello de un ánfora, su vientre es un tapiz de seda, sus largas piernas son dos tallos hermanos y sus brazos, que anhelaría tener alrededor de mi cuello, son los pétalos blancos de esa gran flor. Pero yo, de veinte años, anémica, desco-



Francisco García Cisneros

lorida, sin rojo en los labios, sin esmalte en los dientes, desfallezco, me marchito, muero, á pesar de que mis senos son altos y mórbidos, á pesar de que mi talle oscila en un ritmo de amor, á pesar de que mis brazos, á través del sombrío negror del hábito, cobran blancuras de aurora, blancuras astrales... *(Noche. La esquila inicia un doble lento, en la celda de sor María de Dios reinan las sombras y sobre el bajo y pobre lecho, la religiosa en un éxtasis voluptuoso, cruje los dientes y hunde la cabeza entre las colchas.)*

El respeto del silencio reina en la alcoba. Sobre un vaso de forma jónica agonizan orquídeas y tuberosas y del pebetero de

bronce, el humo de una pastilla de mirra, aroma con olor de pagoda.

África, la cortesana, alta como Salambó, hunde las miradas en las ventanas del convento y por el mal cerrado peinador, se ve la carne rosa de su vientre y la graciosa redondez de sus hombros de triunfadora.

Tranquilidad y misterio—murmuran sus labios—esa es la paz, el descanso, la plegaria. Bendita sea la oración que bate sus alas sobre la cabeza humillada, sea bendito el cilicio que horada la carne y ahuyenta la tentación. Un vaso de agua es el licor que lava el alma, un pedazo de pan es el manjar sagrado que purifica, mientras á los heridos pies del Cristo, desplomada y feliz, se ora por nuestros días de pecado, yo, tan miserable pecadora... (*de lejos surge una copla maligna, un pedazo de música lúbrica, de un ritmo sofocador, y las palmas ahogan el crescendo final*)... esa es la orgía que estalla, ahoguemos la tristeza en el carquesio espumante, yo fuí buena, yo creía; pero mi carne era ardiente, necesitaba el abrazo que desploma, el gran momento donde se ve á través del placer que crispa la heroica cabalgata del Amor: recógeme sobre tu seno, bésame sobre los labios, y recorre con tu lengua de púrpura los íntimos sagrarios de mi feminilidad, deja que beba en tus miradas prometedoras la divina voluptuosidad... (*cerca, en la cámara vecina, vuelan los besos se y ahogan risas maliciosas...*) allá, tras los muros de ese convento, no hay pecados; allí no se sufre, todo es inocencia y candor místico; el blanco está en el hábito de las novicias, en la hostia consagrada y en el cabello del buen abate; Cristo de mis mayores ve á esta pobre arrepentida... (*abajo continúa un vals sus escalas, vuelan los gritos, y África desvanecida, se adormila sobre una enorme piel negra, donde se destaca como una hermosa flor blanca, la bizarría de su cuerpo*).

Amanece. Una franja de una gama purpurina y anaranjado se ensancha tras la tapia del convento y un primer rayo de sol hiere la sacra cruz de hierro de la torre del campanario.

Tras las rejas de la celda, sor María de Dios lanza una última mirada á la casa de las hetairas, y entre un suspiro y una oración murmura:

—Esa es la dicha, esa es la vida!..

África, estirando sus brazos con gruñidos de pantera, recoge sus largas trenzas y hundiendo la mirada en la impenetrable reja del convento, murmura entre un bostezo y un sollozo:

—Esa es la dicha, esa es la vida!..

Francisco García Cisneros,
Cubano.

Nueva York, 1900.

EN BRAZOS DE MAB

Ya se pierde, ya se pierde, la legión de níveas garzas,
La legión de cien beldades, de cien hijas de Granville;
Ya se ocultan presurosas, sin herirse, entre las zarzas
Y á mis ojos va surgiendo nuevo cuadro
Sobre un fondo de alabastro y de marfil!

¿Hay frío? ¿Es una noche del crudo Junio?
La pradera está triste. No hay una flor.
Los árboles sin hojas, el plenilunio,
Baña de níquel con su brillor.

De gala está la Ermita, resplandeciente.
Alegre su campana parla un cantar.
Las lenguas de los cirios vierten luciente
Destello de oro sobre el Altar.

¿Por qué la mano trágica de la Amargura
Me brinda, hecho de sombras, negro bouquet?
¿Por qué huyen las libélulas de mi ventura,
Pétalos sueltos de rosas the?

Una novia se acerca. Vibra un arpegio.
La orquesta canta espléndido himno nupcial,
Los acordes de Wagner semejan regio
Canto de perlas sobre un cristal.

Es ella, sí, es ella, la desposada,
Mis ojos no se engañan, la han visto bien;
La desposada es ella, mi dulce amada;
Vi los azahares sobre su sien!

Va muy triste. Es la imagen fiel del quebranto.
En su pálido hay tintes vagos de azur...
¿Por qué va derramando furtivo llanto,
Como la novia de Lammermoor?

Apóyase en el brazo de un caballero,
De un caballero rubio de aire ducal.
Su mirar es un dardo fino y certero
Que abre en mi orgullo surco fatal.

Para aumentar las penas en que me anego,
La sombra de los celos me abrasa cruel,
Escanciando en mis labios gotas de fuego,
Gotas malditas de negra hiel.

La leve ala de raso de la Armonía,
Aduerme las torturas de mi sufrir
Y llega hasta mi oído la melodía
Como una estrofa de oro y zafir!...

Los ojos de mi virgen se posan en los míos
Y encuentro que esos ojos aún miran con amor!
—Volad, horas de sombras entre los brazos fríos
Del viento que deshoja, con asesinos bríos,
Las tristes margaritas de espléndido blancor!

Volad, que ya en los aires, del lírico poeta,
Se escucha la áurea estrofa magnífica vagar!—
El pobre caballero de trágica silueta,
Doblégase al impulso de cruel pena secreta
Y mudo se desploma delante del Altar...

Como el cántico de un arpa pesarosa,
Como el lánguido suspiro de una flor,
—Una grácil, una exangüe tuberosa—
Susurran sus labios la lengua de Amor!

Ya es mi esposa. Ya he besado su alba mano,
Alba y tersa cual su ramo de azahar...

Mas, ¿quién ríe entre los giros de aire vano?
¿Qué dicen las ondas cantando al pasar?

¿Qué nube me oculta su rostro de Diosa, más puro que un lirio?
¿Fué acaso mi dicha, visión que se esfuma, visión de un delirio?
¿Do está mi Princesa de labios de rosa, de rosa escarlata?
¿Huyó, envuelta en nubes, en blanca carroza luciente de plata?
La clámide negra del Rey del Misterio, me envuelve, me acosa!
¿Do está mi Princesa de boca escarlata, de labios de rosa?

Fueron rayos argentados de una efímera quimera,
Con que Mab, la buena Reina, mis tristuras endulzó.
Fueron regias pinceladas seductoras, de Hechicera
Fueron regias pinceladas, que evocaban
Remembranzas de Rubens y de Wateau!

Dulce Reina, dulce Reina, que en tu manto me envolviste,
Regalando mis sentidos con aroma de jazmín
¿Dónde está el azul consuelo de mi larga noche triste,
La mujer que con su acento remedaba
los gemidos armoniosos de un violín?

Alfredo Herrera,
Chileno.

1900 en Marzo.

BRONCE DE HÉROE

(ALEM)

Fué el héroe de los grandes arrrebatos
y un bíblico titán sobre la roca.
Le dió su pedestal la plebe loca
y él quiso ser Luzbel y no Pilatos!

¡Oh ira de los Dioses! Sintió á ratos
graznar al ave que el abismo evoca,
y un Judas exprimió sobre su boca
el beso de los grandes insensatos!

Presintiendo el final de su tragedia
su vida le dió horror. Tal se remedia
el cáncer, con su vida hizo lo mismo;

y erguido sobre un solio de verdades,
desafió las compactas tempestades
y se hundió como un astro en el abismo!

Manuel J. Sumay,
Argentino.

Buenos Aires, Estío del 900.

LAS COSAS MUERTAS

A Enrique Saavedra.

Lucía se dirigió al despacho de su joven esposo, casi con alegre impaciencia. Llevaba en la mano, sostenido por la larga cadena que hacía jugar entre sus dedos, el llaverito de plata, en el que sonaban armoniosamente las llaves de la caja de hierro.

Aquel impenetrable rincón, denominado la caja, era lo único que había permanecido oculto á sus miradas desde su casamiento con Armando; era el único recoveco de su casa que ella no conocía. Cuando, después de haber pasado « la luna de miel » en el campo, vino á la casa que Armando había arreglado para hacerla tranquila y confortable vivienda matrimonial, ya la caja estaba allí—como todos los muebles—severa, reposando firme sobre su pie, de roble antiguo, como correcto centinela que se da cuenta de la importancia de la misión que desempeña, haciendo brillar—destacándose del bronceado oscuro de su fondo—las dos chapitas doradas que ocultaban á las bocallaves y que parecían dos ojos dirigiendo una mirada firme.

Aquel feliz día, él la había ido mostrando jovialmente todos los muebles, delante de cada uno de los cuales se detenía para ponderarlo ó para decir alguna broma, haciéndoselos ver de cerca y de lejos, á todos los golpes de luz; — delante de la caja, sin embargo, apenas hizo alto para decir, riendo:

—Esta, encierra todo el caudal que poseemos, en dinero y en títulos. Tal vez te parezca un poco pretensiosa sabiendo—como lo sabes—todo lo que forma nuestra fortuna hoy día; pero, ha de llegar un momento en que nos será demasiado pequeña; créemelo. Y ella, llena de feliz esperanza y alegría, se había apretado más al brazo de su marido—en el cual se apoyaba en ese momento—diciéndole, que no lo dudaba ni ún segundo y que lo creía con toda la fe de una enamorada. Él siguió mostrándole detenidamente los muebles del despacho: las bibliotecas, atestadas de libros que indicó prometiéndola guiar en sus lecturas—que la servirían de entretenimiento en las horas que él, ausente, dedicara á su trabajo;—hízola el panegírico de obras y autores y mostróla, risueño, las novelas en las que había encontrado una « mujercita » un poco parecida á ella (sólo un poco, pues, ella era muy superior); obligóla á echar una ojeada sobre el escritorio, para que se diera cuenta del magnífico efecto que presentaba aquella amplia mesa de ministro, sobre la cual se hallaban: un hermoso busto en bronce del « manco de Lepanto », entre dos grandes candelabros—también de bronce—y libros de vistosa encuadernación, fotografías de algunas celebridades y de amigos, y algunas otras cosas más notables por su curiosidad ó su valor. Y, por último, más allá, en un rincón, quiso que se detuviera para admirar aquella preciosura que hacía *pendant* con la hermosa papelera y que se hallaba entre dos altos y claveteados sillones de guadalmaciles: era un vitrina gótica, de roble antiguo—como los demás muebles—repleta de pequeños objetos valiosos: recuerdos de familia que Armando fué enumerando. Armando sentía verdadera pasión por todas aquellas cosas, cada una de las cuales, despertaba en su alma al par que una historia, una serie de pequeñas sensaciones dulcísimas; y por ese motivo y por mantener un verdadero culto al pasado, era que amontonaba aquello, guardándolo muy cerca y á la vista.

En los primeros tiempos, todo eso la había hecho muy feliz á Lucía, semejándola que por aquellos objetos, por aquellas historias y por aquellas sensaciones se unía más á él, á quien siempre encontraba, á través de todo, cariñoso y bueno.

Hacía ya un año desde aquella primera visita al despacho.

Todo eso pasó, rápido, por la cabeza de Lucía, cuando á él se dirigió llevando en las manos las llaves de la caja.

Aquella tarde, Armando había tenido que salir apresuradamente y al despedirse de Lucía, recién había recordado que ese mismo día tenía que efectuar un pago; así es que, despojándose de las llaves de la caja, se las había puesto en su poder, recomendándola que, en el caso de que vinieran por el dinero, mientras él estuviera ausente, lo entregara. Y dándole un cariñoso beso de esposo amante, había bajado á saltos la escalera.

Lucía habíase quedado apoyada en la balaustrada del vestíbulo, dejando vagar el pensamiento sin preocupaciones ni sombras; se mantuvo durante un rato, recreando su ociosidad, sonriendo imperceptiblemente, fijos sus negros ojillos picarescos en una varilla de la escalera; hasta que en un largo esperezo se arrancó de allí, y, dando una media vuelta, se vió de cuerpo entero en el espejo de la percha del vestíbulo, cosa que le dió motivo para entretenerse cinco minutos contemplando el magnífico corte del batón, color rosa pálido y adornado de blancas puntillas, que sin ceñírsele al cuerpo, dejaba aparecer las correctísimas líneas de éste, medio esfumadas y sólo acentuadas algo más, por los movimientos provocativos de ella; dió dos ó tres toques leves á su peinado sencillo, moviendo á un lado y á otro su cabecita de *madonnina,* hizo cuatro ó cinco monerías con la boca y con los ojos y volvió á quedarse pensativa, hasta que se le vino á la memoria la primera visita hecha al despacho y el antojo de curiosear lo que hubiera en la caja.

Tendría entretenimiento para un rato. Pudiera ser que allá hubiera algo bueno, teniendo en cuenta la afición por los recuerdos que caracterizaba á Armando; y, si bien él nunca había dicho que encerrara otra cosa que dinero y papeles de valor, no por eso podía dejar de haber algo olvidado. ¡Después de todo... cuando nada se tiene que hacer, las trivialidades resultan entretenimientos!

Llegó frente á la caja, abrió las cerraduras, tiró de las manijas y las puertas cedieron pesadamente, girando y chirriando en sus visagras y dejando escapar un penetrante olor mezcla de humedad y de pintura. En la base se presentaban cuatro ó cinco cajones; sobre ellos, á la izquierda, otras tantas pequeñas divisiones separadas por estantes, y á la derecha, un gran compartimento.

En los casilleros, sus manos y sus ojos curiosos, sólo encontraron grandes fajas de papelotes, en las cubiertas de los cuales, entre otras cosas, sobresalían, con grandes letras impresas, las palabras: « Juzgado... tal », « Juzgado... cual », « Testamentaría », « Escribanía... », « Partición... » ; en otros, con letras manuscritas, « Vales » ; había, además, vistosos papeles impresos como los billetes de banco, pero mucho más grandes: « Deuda... X », « Títulos... H », « Acciones del Banco B »... ¡Todo enojosísimo por su seriedad y aburridísimo por su incomprensibilidad! Apenas las miraba, cuando los volvía á poner en sus sitio, sacudiéndose las manos, como si todo aquello pudiera ensuciárselas ó inyectarla los microbios despreciables de la codicia.

Probó la llave que le iba bien á la cerradura de los cajones y mientras los abría pensaba:

—¿Será posible que el corazón de nosotras sea más complicado (pues lo dicen ellos), que todos los enredos de juzgados, escribanías, vales, acciones, títulos, negocios... por entre los cuales se desenvuelven los hombres, entendiéndolo tan bien? ¡Bah, bah! ¡Al fin, las complicaciones de nuestros corazones, son como las de esos salones de columnas formando galerías y multiplicadas por espejos!

El primer cajón contenía dinero: lo cerró de un golpe. El segundo, papeles, y también lo cerró, después de revolver un poco. El tercero, contenía una gruesa libreta de tapas negras, de marroquí. La sacó, abrió la tapa, y en gruesos caracteres vió escrita la pomposa frase de: « *Espejo de la memoria* », y en la página siguiente, con letra más pequeña: « Mis impresiones al leer esta libreta seis años después de escrita » ; había más abajo, dos asteriscos y luego decía textualmente:

« Me siento conmovido hasta la última fibra. Me parece que en este momento (seis años después de los sucesos), vivo en el instante en que escribí esas hojas que siguen; me agitan los mismos sentimientos y llega á parecerme que aún eres tú, Rosario,—la heroína de mi tragicomedia—que aún eres tú, la que amo... »

—¡Diablo, diablo, diablo!—exclamó Lucía, medio en broma, medio en serio. Esto vale la pena—agregó.—Ya no se trata de dinero... Arrimó una silla y se instaló en ella, dispuesta á leerse

hasta el fin la gruesa libreta; buscó con su delicado, blanquísimo índice, de uña encanutada y del más puro color rosa, la palabra en la que había quedado interrumpida la lectura y continuó: «..que aún eres tú la que amo, que nada ha cambiado... ¡Sin embargo!.. Ya no te deseo, no traiciono á Lucía—á la que amo con tan intenso amor cuanto es posible imaginar en corazón humano.—Lucía es hoy para mí lo sublime, lo único capaz de llenar por completo mi existencia. No quisiera que el pasado, que esta libreta relata—ese cruel pasado de dolor y de amor que junto á ti pasé, bebiendo hoy el licor de la vida en tus labios de fuego y soportando después los suplicios más horribles, fruto de tu desvío y de tu locura—no quisiera, hoy, tenerlo al frente, en vez de verlo hacia la espalda. Aquella parte, por sí sola, formaría una novela y debe ser inalterable. ¡Hoy soy feliz, y no empaña mi dicha su recuerdo! Por el contrario: le da más brillo.

« Tengo, en este instante, tu retrato entre las manos, el retrato aquel que te sacaste expresamente para mí, ataviada con aquel soberbio traje que llevabas la primera vez que te hablé y que fué y será tarde memorable. Nuestra conversación primera simboliza nuestros amores: Diez veces te adoré, otras tantas me sentí arder en ira para concluir sufriendo y muchas otras te miré con desprecio porque me creí superior á ti. Otra vez me he sentido asaltado ahora, al contemplarte, por un mismo pensamiento: « Si se pudiera abrir ese cerebro y ver lo que piensa!.. Si se pudiera observar ese corazón y leer en él lo que le agita!.. » Aquello inexplicable, misterioso, que flotó siempre en tus pupilas fué el reflejo de tu alma.

« Pero, ¿á qué analizar, si tú ya no existes en el presente para mí? Si me he sentido conmovido al ver tu retrato y al leer lo que estas hojas dicen, ha sido porque todo eso es algo mío, porque á través de ellos me veo á mí mismo. Me han proporcionado una dulce impresión.

« ¡Lo pasado! ¡Con qué dulce cariño lo contemplo! Es mi vida, es lo mío, soy yo que aparezco en toda la carrera trazada, dejando en partes lágrimas ardientes, arrancadas por dolores menos intensos que los por ellas producidos al verterlas, y en partes las sonoras carcajadas repletas de felices alegrías.

« La impresión que he recibido, ha sido como la de la llegada á una cumbre desde donde miramos la senda que nos trajo.

« Veo que, á veces, el camino recorrido fué recto, cómodo, alegre; cabañas medio ocultas entre bosques de sombras tentadoras, poéticas, me brindaban asilo de tranquila felicidad, donde soñé dichas eternas; más tarde se volvió empinado, árido, encrespado, casi inaccesible y tuve desfallecimientos producidos por el cansancio, el fastidio y la tristeza acongojante que parecían brotar en vez de plantas y de hierbas hasta de las rocas enhiestas ¡y observo que el buen camino y la felicidad estuvieron entonces á diez pasos de mí! Pero, ya estoy en la cumbre, y lo que he hecho es hermoso. Es así cómo lo quiero porque el recuerdo lo embellece.

« Lo único que puede odiarse del pasado, son las malas acciones ¡los dolores jamás!

« Yo lo amo por mí mismo, porque es mío; amo á todo lo que me perteneció, á todo lo que se acercó á mí, porque forma en mis recuerdos. Y por eso amo á Rosario, la del retrato, la de la historia, á aquella por quien sufrí. Te amo sólo en el recuerdo, eres de él y debes vivir para mí sólo en él; de todos modos ya no es á ti por ti, es á mí mismo. En el presente otra debe ocupar tu lugar, que arrancarla sería tan imposible y tan cruel, como quererte arrancar de mi pasado.

« ¡Y así marcho hacia la muerte!

« Todo pasa, y es locura querer detener ó pretender resucitar lo que ya no es del presente.

« ¿Te acuerdas cuando de mis labios caían, amorosas, estas palabras:—« ¡Mi amor es eterno! » ? Entonces lo creía y lo sentía: aquel era mi primer amor! Confieso que el quedarme en él, habría sido concretarme al primer número del programa de la vida. ¡De a vida!, que es lo que más dura y que es la madre del amor, que muere, sí, pero cuando otro reclama su puesto.

« ¡Cómo sufrí por ti! Entonces creí que el mundo cerraba para mí sus puertas de oro y que quedaba condenado al dolor eterno.

« ¿Recuerdas que te dije que mi tortura era tu falsedad? Pues, mentí; no, no era eso: era tu abandono. ¡Yo te hubiera pedido de rodillas que me siguieras engañando, pero sin dejarme!

« Los sufrimientos por el amor son grandes y terribles, porque grande es la causa que los produce, pero, mueren al fin cuando el amor pasa, y sabiamente otro ídolo aparece suplantando al caído y otro amor nace poderoso.

« De ese nacimiento y de esa muerte, y de esas resurrecciones de amor es que se forma la vida. De eso está formado mi pasado querido, el pasado del cual esta libreta—á pesar de su título—relata sólo un poco, comparado con lo que guarda viviente, en todos sus detalles, mi fiel memoria. »

. . . .

¡El eterno pasado de Armando! ¡Sus *cosas muertas!* Sus amores que fueron... Era lo único que no le había oído contar nunca Lucía; lo único que ella ignoraba. Aquellas páginas que acababa de leer, escritas bajo la impresión de su lectura, eran el saludo que él les hacía; saludo de amigo... ¡no eran un adiós! Vivían en el recuerdo, donde él les mantenía un culto intenso, como á todo lo demás que formaba su pasado. Amaba á su niñez y á su juventud; amaba á sus novias, amaba á aquella Rosario y á todo lo que se le acercó y conociéndolo pasó á su memoria. La noche de sus bodas con Lucía, era venerada en su recuerdo, como lo era también aquella en que Rosario le dijo: « ¡te amo! ».

De los ojos de Lucía desapareció el rayo de felicidad y en su lugar se extendió un manto de tristeza; dos lágrimas rodaron por sus mejillas.

Por primera vez le pareció ver que Armando era un egoísta muy grande; le pareció que ella no era más que *una cosa* que pasa, destinada á proporcionar un placer que no perdura.

¡Pobre amor si dudamos de su duración!

El golpe era recio.

—¿Somos todos como él?—se preguntaba.—¡Oh! Yo no. Yo nada fuera de él tengo que amar, á mí nada me importa lo que fué; para mí, la vida sólo empezó desde que sentí que le amaba—á él, que ha sido el único—y todo concluirá cuando no pueda amarle más!

Algo la ahogaba, pero trató de sobreponerse para seguir la lectura, mas llegó á sus oídos el ruido que producía la mámpara de cristales de la escalera al abrirse y al cerrarse y luego conoció la

voz de Armando, que venía cantando alegremente. Guardó, entonces, la libreta y cerró todo

—Yo le amo y él me ama: esto es hoy; ¿para qué pensar en otra cosa?—murmuró tratando de olvidarlo todo y á pesar de que sentía que en su alma comenzaba una batalla.

Armando entró risueño y se dirigió hacia ella abriendo los brazos, y mientras la oprimía dulcemente, besándola amoroso, ella sentía allá, muy hondo, un gran frío; un frío tan intenso como si pasara por sobre su corazón una brisa de muerte.

Florencio Otero Mendoza.

Montevideo, Abril de 1900.

PAGINA

¡Triste es volver cuando entre gasas de oro
El sol de Agosto sin vigor se apaga,
Y los vientos del Sur barren las hojas
Y el polvo ensucia nuestras ropas blancas!

Cuando vemos que aún alegres siguen
La vida y el amor, ¡ay! cuánto amarga
Volver de lejos con la frente mustia,
Cansado el cuerpo y silenciosa el alma.

¡Adiós, señora mía!...
Ya nuestra alegre juventud se acaba,
Ya nuestros cuerpos libertinos no arden,
La copa en que bebimos quedó exhausta,
El arpa aduladora está sin notas
Y los amantes labios sin palabras!

Sobre el ardiente cirio
Sopló la fría ráfaga
Y quedamos á obscuras con el muerto
De nuestro corazón...—¿Por qué no cantas?

¡Canta, señora, la Canción del Odio
En tu lengua de amable cortesana,
Como la noche aquella en que bebíamos,
Devorando tus besos y mis ansias,
Y á los postres—¿te acuerdas?—faltó vino
Y yo puse mis lágrimas!

Adolfo García,
Colombiano.

Panamá (Colombia), de 1900.

BEBE

Para mi querido amigo Julio Herrera y Reissig.

Yo le veía á menudo, cuando, en mis paseos diarios, solía recorrer la playa. Era un viejecillo que, todas las tardes, se lo pasaba allí: pegado, adherido como un marisco al aterciopelado musgo de una roca. Muchas veces, el sol caldeaba sus espaldas; el mar, invadiendo sus pasados dominios, amenazaba mojar sus pies, y él permanecía allí, en el mismo sitio de siempre, con la vieja pipa humeando en la boca y los ojos fijos en la banda de chicuelos que, semi-desnudos y descalzos, ocupábanse muy formalmente en levantar montañas de arena, que luego desmoronaban con el pie.

¡Qué tipo más raro, el de aquel viejecillo! Invierno y Verano siempre vestía igual: camiseta de lana, obscura; pantalones amplios, inmensos, que cuando soplaba viento se le arrollaban furiosamente en las delgaduchas piernas, como se arrolla el velamen de un navío á los delgados mástiles, y gorrillo de hule con vicera, que dejaba asomar luengos mechones blancos, de una blancura de nieve. Sus ojillos grises, redondos, hechos á punzón, tenían algo de los del pulpo; y su enorme nariz curva, completamente roja, le daban el aspecto de un cangrejo de mar. Sin embargo, era un buen hombre; un ser inofensivo, incapaz de hacer mal á nadie.

Allí, junto á los acantilados, frente de aquella inmensidad plana, monótona, de aguas adormecidas, pisando la menuda arena de oro

que reverberaba al sol, el pobre viejo dejábase estar las horas enteras, absorto, mudo, pensativo, envuelto en las azuladas espirales de humo que se desprendían de su apestosa pipa. A veces, sus ojos fijábanse con obstinada insistencia en el horizonte amplio y sereno, que en loca pasión, se abrazaba estrechamente al mar. Entonces su rostro adquiría muecas extrañas, gestos de dolor y de placer: todas las alegrías y todas las tristezas de un pasado que se evoca. No parecía sino que un mundo de recuerdos se agolpase de repente á su memoria, reminiscencias lejanas, que la inmensidad del Océano le trajera de allá muy lejos, en su sonoro oleaje, en aquel blando rodar de olas que venían á desflorarse continuamente á sus pies, en cascadas de espuma, lamiendo las dentadas rompientes, las sombrías escolleras, los musgosos bajíos de la desierta costa.

¿Quién era aquel hombre? ¿Cuál habría sido su pasado? Un deseo loco de hablarle me dominaba. Tenía interés en conocer su historia, su juventud, aquel lapso de setenta años que ya aplastaba á toda una existencia. Una tarde, entablamos conversación.

Buen tiempo, le dije.—Sí; excelente para navegar, me contestó; después de quitarse la pipa de los labios y de escudriñar con atención el horizonte límpido, sin una nube. Y, tras breve silencio, como observara que yo reparase en un chiquillo rubio y descalzo que muy cerca de mí se entretuviera en juntar chinitas de entre las charcas, el viejo balbuceó quedo y como si hablase consigo mismo:

—Yo también tuve uno así... Era más crecidito.... cinco años... Le decíamos Bebe.

Luego, súbitamente, de un solo tirón, en un arranque de elocuencia inesperada, como quien desea sacarse de sí un gran peso que ya le es imposible soportar más, el viejecillo contóme su historia. ¡Oh! una historia muy triste, llena de lágrimas y de duelo.

Él, como acababa de decírmelo, allá en su juventud también había tenido un chicuelo así, una criatura adorable, un muñeco de cabellos rubios y de mejillas sonrosadas, de ojitos celestes y de manecitas muy pequeñas, con hoyuelos deliciosos. ¡Oh, qué hermoso era Bebe!, como le decían. ¡Bebe! ¡cómo sonaba á los padres este nombre! Entonces ellos vivían allá en una aldea próxima al Mediterráneo, y allí, lejos del bullicio del mundo, el matrimonio

era feliz. Durante el día la mujer ocupábase en los quehaceres de la casa, en tanto que el marido, fuerte y robusto, labraba la tierra, un pequeño huerto muy bien cultivado y muy bien atendido, donde nunca faltaban legumbres y algunas frutas. Luego, de noche, una vez ya puesto el sol, la paz de la aldea lo arrullaba todo. Hombres y bestias dormían, hasta que á la mañana siguiente los cantos de los gallos anunciaban de nuevo la próxima salida del sol.

¡Qué vida más feliz aquella! Una paz soberana, una tranquilidad realmente envidiable reinaba en el hogar de aquel joven matrimonio, que, sin luchas, sin ambiciones de ningún género, se consideraban dichosos cuando las cosechas eran buenas, cuando una mala lluvia ó una seca persistente no malograba el trabajo de tantas semanas de labor ruda. Ver crecer á Bebe, percibir de la tierra sus sabrosos frutos, constituía para ellos la mayor felicidad. A aquél lo idolatraban como se idolatra al hijo único, tan ardorosamente deseado; á ésta, como á una antigua conocida, buena y generosa, de cuyo fecundo vientre lo esperaban todo. Y así, en medio de esta existencia plácida y tranquila, pasaron varias primaveras y Bebe cumplió siete años.

Pero, cierta noche de Invierno, tormentosa y glacial, en que el monótono caer de la lluvia sobre los tejados arrullaba dulcemente á la dormida aldea, á eso de la madrugada el padre despertó sobresaltado. Entre sueños había oído algo así como un silbido ronco é intermitente, que le produjo escalofríos. Entonces, presa de horrible presentimiento, lleno de ansiedad, temblándole las manos, encendió luz y de un solo salto precipitóse junto á la camita de Bebe.

¡Oh, qué angustioso cuadro! Lo que el pobre padre vió, lo dejó alelado. Sintió un gran frío en el corazón. Parecióle, que allá en sus venas, todo su sangre acababa de paralizarse; en tanto que un derrumbamiento inmenso, como algo así que rompiera, creyó percibir allá en lo más recóndito de su alma.

Bebe, yacía boca arriba, congestionado, enrojecido por la fiebre. Sus ojitos celestes llenos de lágrimas y expresando terrror, parecían querer saltársele de las órbitas; y de su garganta no salía sino un silbido ronco y continuo, lleno de estertores, que hacíale dilatar dolorosamente el pechecito como si fuera un fuelle. No hablaba, y sólo á ratos, llevándose las crispadas manecitas al cuello, lograba balbucear algunas palabras.

—Ma... má... Ma... má... me ahogo... me ahogo... Ma... má

Desde el primer momento, los padres lo adivinaron todo. Bebe, se moría; iba á morir sin poder balbucear más que aquellas mismas palabras, aquella dolorosa queja que á ellos les llegaba al alma.

—Ma... má... Ma... má... me ahogo... me ahogo... Ma... má.

Esa misma noche llamaron á un médico, el único que por allí había, y quien desde un principio empeñóse en salvar al enfermo, recetándole muchas medicinas, muchos jarabes, muchos menjurjes. Sin embargo, dos días después y en una mañana de mucho sol, Bebe, en su camita blanca, quedóse de repente rígido, inmóvil, muy pálido. Había muerto.

Este golpe fué tan terrible para los padres, que pareció anonadarlos. Y, después, cuando Bebe se hubo quedado solo, solito para siempre, allá en el cementerio silencioso, bajo la húmeda tierra cubierta de césped verde que los parleros pájaros picoteaban, ¡ qué vacío inmenso se notó en la casa! A cada instante, ellos no hacían otra cosa que llorar. En la comida, cuando se sentaban á la mesa apenas si les era posible probar bocado. Continuamente miraban el sitio en que Bebe acostumbraba á sentarse, y al no verle allí, ambos rompían en sollozos con el corazón partido por tanto dolor. Luego, de noche, al recogerse, sus miradas se dirigían hacia el otro extremo de la habitación, y al ver la camita vacía, que con sus almohadas blancas y su colcha también blanca pareciera estar aguardando á su dueño, el llanto les subía nuevamente á los ojos. Muchas veces, en medio de sus dolorosos desvaríos, ellos creían que aquello no era sino un sueño, sí, un sueño, una pesadilla horrible, pero que ya había pasado; y trémulos, palpitantes de emoción, ora les parecía escuchar la voz de Bebe, ora sentir sus menudos pasos, ora verle entrar de regreso: pero, ¡qué horrible desencanto, qué realidad más fría y cruel! Bebe, se había ido, sí; se había ido para nunca más volver.

Cuando cumplió un año de la muerte de Bebe, ellos fueron á visitar su tumba. Era una mañana de Invierno, fría y sin sol. La nieve, lo cubría todo. Las tumbas, las cruces, los desnudos árboles, las viejas tapias, blanqueaban bajo el cielo lívido, impregnado de una tristeza infinita. Ni una sola hoja, ni una flor, ni la verde corteza de un arbusto, manchaban aquella gran blancura, aquella virginidad

de niño. Los pájaros callaban; el cierzo mugía tristemente, y sólo á ratos, un rayo de sol enfermo dejábase ver por entre el corro de apretadas nubes. Esa mañana, bajo aquel sudario, los pobres muertos debían sentir mucho frío.

En el cementerio, ellos buscaron la tumba de Bebe, y allí, arrodillados sobre la nieve inmácula, lloraron mucho aquel hijo ya perdido. Luego, seis meses después, la madre murió de dolor; y entonces, él, para olvidar, para adormecer aquella herida, acabó por alistarse como simple marinero en un bergantín que hacía la carrera á América. ¿A qué continuar un solo minuto más en su nativo suelo, allá en aquella aldehuela próxima al Mediterráneo? Ahora, la inmensidad del Océano, su tranquila grandeza, su enorme vientre nunca saciado, le llamaban. Partió; y esta nueva vida, ruda y laboriosa, llena á cada instante de penurias y de peligros, llegó á durar por espacio de cuarenta años: casi medio siglo.

De entonces aquí, él había viajado mucho, visto países nuevos, ciudades populosas, tierras que ni en sueños acaso él hubiera llegado á ver; pero aún conservaba fresco en la memoria el recuerdo de aquella visita hecha al cementerio, á la tumba en donde durmiera su querido Bebe. Aún creía ver el lívido cielo de aquella mañana hibernal, la blanca nieve blanqueándolo todo, borrándolo todo: extendiendo sobre la helada tierra su sudario de agonía, su túnica de castidad y de pureza. ¡Oh, era una mañana muy fría!...

Cuando el buen hombre hubo terminado su relato, bajó la cabeza y quedóse otra vez mudo é inmóvil, en su antigua actitud de marisco adherido á la roca. Densa nube de pesar parecía obscurecer su frente, mientras que sus ojos grises, velados por el llanto, miraban otra vez el horizonte inmenso, con ansiedad, con avidez, como si allá lejos, en lo rosado del crepúsculo, vieran reaparecer de nuevo la imagen adorada de Bebe.

Ya era muy tarde y pronto iba á ser noche. Un fuerte olor á marisco flotaba en el ambiente húmedo, y en las menudas arenas, en las transparentes charcas, en los tonos claros y brillantes de las jaspeadas rocas, había chispazos de oro; un cabrilleo vivo perforando las tinieblas crecientes.

El crepúsculo caía; un polvo gris, un vaho de sombra, iba palideciendo poco á poco al moribundo sol, que allá en el horizonte,

aún reverberó un momento á ras de las aguas muertas, para luego, como un monstruo herido, desangrarse en ellas hasta teñirlas de un rojo casi escarlata.

La brisa del mar oreaba los blancos cabellos, del viejo marino, que semejaban una nevada muy blanca, bajo la cual dormía todo un pasado.

Juan Picón Olaondo.

Abril 5 de 1900.

RESURREXIT

A Luis R. Boza Z. en Santiago de Chile.

Que se estremezca la lira,
y del áspero cordaje
el bofetón del ultraje
arranque notas de ira;
ya es hora de que la espira
del incendio al cielo toque,
que el pensamiento derroque,
el mal que su vuelo priva...
¡Y baje el verso de arriba
con la pujanza del bloque!

Ya es hora que la mordaza
deje la boca que amengua,
y se desate la lengua
como una roja amenaza!..
Que escuche el Credo la raza
en el templo del trabajo,
mientras azota el badajo
la campana del jornal,
y una génesis social
hincha los senos de abajo!...

Ya es hora que del Derecho
enmudezca la teoría,
y á la prédica vacía
mate el asombro del hecho.

Ya es hora de que el estrecho
vate egoísta, no cante;
y otra canción se levante
más varonil y sonora
como si fuera una aurora
de la noche agonizante.

Ya es hora que salte el nervio;
y en el músculo que crispa
brille y retoce la chispa
de un sobresalto soberbio.
Que se enrojezca el proverbio
en la Biblia de la idea;
y al resplandor de la tea
comience la ceremonia:
¡Ya Ciro está en Babilonia,
y Tito junto á Judea!...
. . . .
. . . .
. . . .

Ya se dilata el raudal
por el sendero remoto,
ya es tiempo que el terremoto
abra el cerro; y el erial
troque en tálamo floreal
su macilento terruño,
abra el valle y el desierto...
¡Que el progreso encuentre abierto
el paso á golpes de puño!...

¿Y el poeta? ¿Dónde muestra
sus viriles arrebatos?...
¿Por qué hipócrita Pilatos
lava ante el Justo su diestra?
Está sola la palestra,
no hay bronces en el tumulto;
y el bardo que guarda el culto
del pensamiento... ¿qué espera?
¿y así arroja su bandera
á las sombras del Insulto?...

Á la lucha. Que el poeta
para la acción, el primero,

muestre el nuevo derrotero
como el bíblico profeta.
Que en el combate sea atleta
y labrador en la paz,
que encauce el riego feraz
por la trillada campiña.
¡Y siembre y deje la viña
á los que vienen atrás!...

¡Y que no tiemble, ni calle
cuando la escoria social
en las mareas del Mal
á las cumbres avasalle!
¡Que su pujanza no falle!
¡Ni se amortigue su aliento!
y sañudo y turbulento
del Sumo ideal en pos:
¡descienda al Juicio de Dios
á vengar el pensamiento!...

La Plata, Febrero 1900.

Francisco A. Riu,
Agentino.

GISELDA

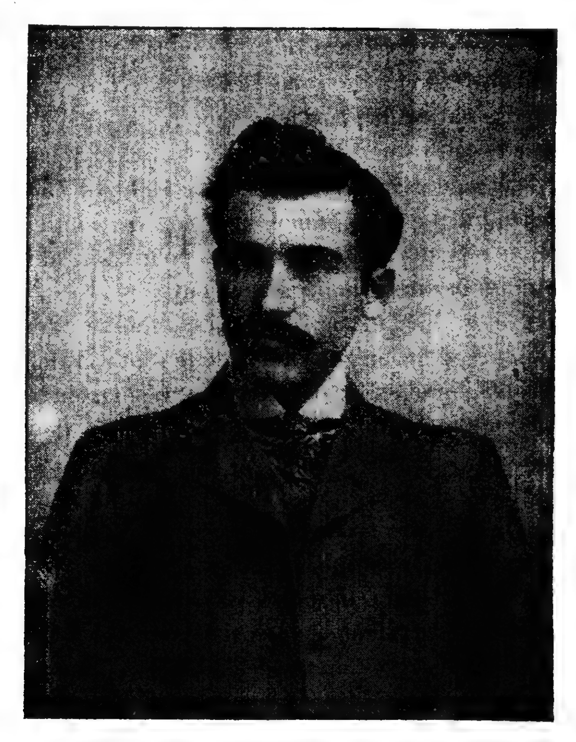
Aquella noche, momentos antes de comenzar la función dedicada á una sociedad de beneficencia, Giselda, con su traje de acróbata, y jugando con un latiguillo de empuñadura de oro, platicaba alegremente en su camarín, con un gomoso de *l'élite*.

Tony, desde lejos los contemplaba y sus puños se crispaban y su cara embadurnada de albayalde, se contraía á impulsos de secretos dolores, de tormentos atroces.

Allí estaba, ella, Giselda, la mujer que él adoraba con toda su alma, Giselda la que tenía la mirada melancólica y vaga y en cuyos ojos garzos se veían juguetear las nostalgias de las noches deliquiosas; ella, la que tantas veces había rechazado su amor, su

amor gigante, no el del payaso degradado, sino el amor del hombre que se oculta bajo un frac ignominioso y tras un corbatón de escarnio.

Pensar que su Giselda pudiera ser de otro, imaginarse que otro hombre pudiera gozar con sus caricias y adormecerse entre sus brazos, lo enloquecía, lo cegaba y corría presuroso al circo, á aturdirse, á anonadarse con los golpes bestiales que se propinaba entre



Casimiro Prieto Costa

las carcajadas y palmoteos de los imbéciles que creían que Tony los divertía, que sus golpes eran dados para excitar la hilaridad de los tontos, para quienes él era muy feliz y no se imaginaban que se los proporcionaba para calmar los africanos celos que le mordían el alma, que se le enroscaban en su corazón y le desgarraban las fibras más delicadas.

¡ Pobre Tony ! ¡ Cuánto sufría ! ¡ Cuántas veces en el circo, mientras el público reía con sus golpes y sus gracias, cuántas veces su corazón estaba destilando sangre y cuántas lágrimas se deslizaban cautelosas y avergonzadas por sus mejillas pálidas !

Giselda se despidió de su compañero, y sus labios de frambuesa se juntaron con los labios del feliz gomoso. Tony que los contemplaba sintió que una mano de hierro le oprimía la garganta, quiso correr para evitar el beso ; ese beso que fué para él toda una revelación ; ¡ pero tarde ! porque el beso ascendía majestuoso por los aires é irradiaba efluvios de perfumes voluptuosos y enervantes.

Al pasar Giselda por donde estaba Tony, éste le salió al encuentro, la increpó por lo que había hecho y le volvió á hablar de su amor, á ofrecerle su cariño tan puro como la luz del sol. Giselda incomodada, le pidió que no la molestase con sus continuas impertinencias, que ella no lo quería, que no podría ser nunca de él, porque él era un tonto, un imbécil, un Tony.

A Tony se le agolpó la sangre en la cabeza, tuvo intenciones de estrangularla, alargó los brazos para hacerle sentir el dolor que sus palabras le habían producido; pero Giselda, rápida, eludió el abrazo y con su latiguillo azotó despiadadamente la cara de Tony que bramó de dolor.

. . . .

La función había comenzado ; una concurrencia distinguida ocupaba las localidades ; efluvios luminosos se expandían por la sala deslumbrando con fúlgidos destellos que se cortaban en las aristas de los diamantes y desparramaban luces de variados tintes ; emanaciones de perfumes excitantes se elevaban conjuntamente con las respiraciones jadeantes de los hombres y con las ansiedades y temores de las damas, que veían trabajar á Giselda en su trapecio, haciendo ejercicios arriesgadísimos.

Llegó la suerte final, Tony ascendió á otro trapecio colocado frente al de Giselda, y en su rostro de estúpido se veía la marca del latigazo. Se sentó en el trapecio y su cara se iluminó con una sonrisa sarcástica, al mismo tiempo que dirigía una mirada de desprecio al gomoso, feliz amante de Giselda.

El momento de mayor espectación había llegado. Tony afianzándose con los pies en el trapecio quedaba suspendido en el espacio

y esperaba con los brazos abiertos á Giselda, que desprendiéndose del otro trapecio, después de ejecutar un doble salto mortal en el aire, caería exactamente entre los brazos de Tony.

Y así fué. Las respiraciones se suspendieron, las notas de la orquesta quedaron interrumpidas, y Giselda, soltándose de su trapecio hizo el doble salto mortal, cayó en brazos de Tony, quien en lugar de sujetarla, en lugar de sostenerla como otras veces lo había hecho, la dejó deslizarse entre sus brazos y Giselda desde una altura considerable cayó al suelo y se mató.

Un grito de terror se escapó de todos los pechos cuando resonó una estrepitosa carcajada en las alturas, y todos vieron á Tony sentado en el trapecio ostentando en su cara de estúpido el latigazo que Giselda le había dado.

Casimiro Prieto Costa,
Argentino.

Buenos Aires, Abril de 1900.

DE REQUIEM

Yo rezaba,
Yo rezaba arrodillado.
En las naves mucha sombra,
Mucha bruma allá en lo alto.
De los viejos ventanales
Por los vidrios azulados,
Como chorros cenicientos de tristeza,
Penetraban los reflejos del ocaso.
Una vaga muchedumbre,
Una vaga muchedumbre de fantasmas enlutados,
Sollozaban
De rodillas ante el túmulo fantástico.
Muchos cirios...
Muchos cirios apagados.
Las imágenes inmóviles
En sus fúnebres retablos.
En el féretro,
En el féretro, muy pálido,

Alumbrado por las luces
Que caían de lo alto,
Arropado entre la bruma,
Bajo el fúnebre sudario,
Aquel muerto misterioso
Descansaba en el oscuro catafalco.
Yo rezaba...
En torrentes de armonías y de llantos,
De lamentos y tristezas,
Desde el coro solitario
Los acordes del *harmonium*,
Descendían taciturnos y nostálgicos.
Yo asistía,
Yo asistía en el templo de mis sueños enlutados,
A los negros funerales
De tu amor que inspiró un día
Mis estrofas y mis cantos!

Raúl Montero Bustamante.

RIMAS

En un Álbum.

Tengo un cisne ideal, algo perverso,
que no quiere lucir sus regias galas,
que huye del lago cristalino y terso,
que pliega el abanico de sus alas
y, sin saber por qué, vive aterido
en lo íntimo de mi alma, donde, apenas
se sienten los rumores del quejido
exhalado en la noche de sus penas.
Ese cisne ideal de instinto huraño
es el verso que escribo. No me engaño.
Vuela á ti, niña hermosa,
para besar con sin igual ventura
esos tus labios que tiñó la rosa
y esa tu frente alabastrina y pura.
El agente, motor del entusiasmo,
le ha dado cierto aliento de locura,
que burla la quietud de su marasmo

y se deja impulsar por sus anhelos,
ó, diciendo mejor, por sus antojos
para admirar el cielo de los cielos
en el cielo sereno de tus ojos.
¡ Ah pobre cisne mío; se subleva,
creyendo fácil la insegura ronda,
en pos de alguna esperancilla nueva;
ya morirá cantando sobre la onda,
pero antes de encontrar la eterna calma
en la perpetua luz de lo inmutable,
seducido del éter impalpable,
que pique, niña, en el azul de tu alma.

Sixto Morales,
Peruano.

Arequipa. Perú 1900.

SERENATA

Para Vidal Belo.

Por la curva del espacio, vagan luces fugitivas, de mil astros engarzados en el manto de la noche, y en manojos tornasoles que despiden sus facetas de diamantes, vibran rimas misteriosas al unísono del alma. En las ondas perfumadas de las auras nocturnales, hay esencias de jazmines, de violetas y de azahares, que al chocar sobre las frentes de morochas tropicales, llevan cálidos suspiros, que fusionan los perfumes de los nítidos azahares.

Mientras tanto, se oyen notas á lo lejos que semejan la rondalla; y la luna, cual un cisne somnoliento, va tranquila navegando por el piélago zafíreo de la extensa esfera arcana.

En la gótica ventana de una rústica vivienda, tapizada por la hiedra y por ramos de heliotropos, una joven hechicera, de blancura de camelia, sus dos grandes ojos negros los dirige allá, á lo lejos, do parecen escucharse los tañidos de vihuelas, cuyas

notas plañideras al rodar por el espacio, traen recuerdos á su mente del doncel de sus ensueños, cuyas coplas ella entona, al compás de los latidos de su tierno pecho amante.

Mientras tanto, la rondalla se aproxima; y la luna, cual un cisne somnoliento, va tranquila navegando por el piélago zafíreo de la extensa esfera arcana.

Ya está frente á la ventana, entonando sus canciones, la rondalla que anhelante esperaba aquella joven, de blancura de camelia y de grandes ojos negros, de vivísimos fulgores que condensan en el alma del que tañe la vihuela, sus rosadas esperanzas.

La voz joven del que canta, las desdichas y las penas, del amor á que lo inspiran sus alegres serenatas y sus coplas amorosas, se agiganta, cuando suelta la mano alba de su amada, un manojo de heliotropos y las cintás de su moño, como premio de sus cantos y sus coplas amorosas. Vibra entonces, con más bríos la guitarra; y se van los trovadores entonando la canción de despedida, mientras queda aquella joven en la gótica ventana de la rústica vivienda, y la luna, cual un cisne somnoliento, va tranquila navegando por el piélago zafíreo de la extensa esfera arcana

Pedro Erasmo Callorda.

LAS SOÑADORAS

El alegre coro de muchachitas divinales, brincando, cantando, chocando mutuamente, y enseñando, al reir, pedacillos de perlas incrustadas en coral, dirigióse al extremo de la elegante galería, decorada con magníficos cuadros que representaban campestres escenas unos, y otros bellísimos perfiles de mujer, incitantes desnudeces, contornos adorables que recuerdos del paraíso traer podrían á la imaginación menos fogosa, porque lo bello atrae y subleva el espíritu: lo hermoso, lo edenal y prohibido despierta el deseo, hace palpitar fuertemente el corazón y trabajar el cerebro. Damas en ratos

de abandono tentador en sus retretes límpidos, tibios y perfumados, amantes en momentos de felicidad mutua; rostros sonrosados de tiernos infantes rubios y bonitos como Niño Dios; suntuosos edificios de ciudades europeas; buques gallardos é invencibles, en medio de horrífica tempestad, dominando el furor de las ondas marinas y la impiedad del tiempo... El venerable rostro de un *ecce homo*, coronado de espinas, con la vista elevada hacia el cielo, entreabiertos los labios, lívido el rostro, revelando en todo él ansia infinita de suprema angustia.... Más allá el Calvario, el tétrico escenario de la redención humana: las siluetas de tres cruces destácanse sobre aquel monte sombrío. La madre, el corazón traspasado por mil espadas de acerbo dolor, ahí está, al pie del simbólico madero del hijo moribundo que exclama en su agonía: *¡ Perdónalos, señor!...*

Todo esto representaban los cuadros de aquella galería de mansión olímpica, especie de museo de pinturas, en la cual se ostentaban obras acabadas de artistas de ingenio. Allí lucían sus bellezas lo sagrado y lo profano, lo santo y lo malévolo, lo místico y lo mundanal: ¡el arte era siempre el vencedor!

—¡A ver!—exclamó de pronto María—sentémonos muy quietas que vamos á tratar sobre cosas importantes. ¿No han soñado ustedes nunca?

—¡Sí! ¡Sí!—apresuráronse á repetir todas—¿Quién no suele soñar alguna vez?

—Pues, miren ustedes, contémonos nuestros sueños, pasaremos momentos agradables, porque ¡se sueñan tales candideces en ocasiones!

—Aceptado, repuso una niña de las del corro, empieza tú.

—Que rompa la marcha Dolores.

—Y yo—exclamó con viveza la interpelada—¿por qué debo ser la primera? Lo justo es que quien dió la idea comience á referirnos sus sueños.

—Así es, exacto—repitió aquel grupo encantador de aristocráticas señoritas.

—No habrá riña por tan poca cosa, queridas mías—contestó graciosamente la promotora de la idea, y recomendándolas silencio comenzó:

Cierta vez soñé que me había casado; que mi esposo era muy gallardo, muy rico, y que me amaba mucho. Que pasaba vida regalada y era feliz en todo el vigor de la frase; que dos lindos niños rubios y hermosos como una ilusión, alegraban mi bendecido hogar... Como veis, mi sueño es albo y azul, todo espuma y esperanzas...

—También yo—exclamó Ana Rosa—he soñado cosas muy azules. Cierta vez soñé que un poderoso príncipe había solicitado mi mano, despreciando á una noble y bella dama de la corte; que fuí reina y que todos mis súbditos me respetaban y querían. Cuando desperté y me vi en mi cama, os aseguro, amigas mías, que tuve un instante de suprema cólera. Jamás había soñado antes. Mi primer sueño fué espléndido; pero el despertar de aquella mañana fué y será tal vez el más amargo de mis años... El lindo príncipe, mi férvido esposo; la diamantina corona de reina que ceñía mis sienes; súbditos que me obedecían y respetaban; mi trono de divinal señora, adornado con sinnúmero de ópalos, perlas y brillantes de valor incalculable; mi regio séquito de damas de honor, preciosas mujeres que se postraban ante mí; el palacio de soberana en el cual vivía rodeada de placeres... ¡todo ficticio!.. ¡Todo ilusión, fantasía pura obra de mi cerebro!—¿Verdad, queridas mías, que muy amargo fué mi despertar?

—Pero nadie ha soñado lo que yo—dijo la linda Dolores. He soñado que varios reyes se disputaban mi mano; y que desdeñosa y molesta, despreciaba á todos, colérica. Que un día todos mis pretendientes, que eran seis ó siete, vinieron á mí y suplicáronme que declarara á cuál de ellos prefería. Dad una gran batalla—les contesté, y el vencedor será mi esposo: amo al hombre valiente, al que sabe combatir, al que tiene un alma grande y noble... Amo tanto al hombre valeroso cuanto detesto al que rehusa un lance de honor El chocar de las armaduras me encanta, el fragor de los combates me entusiasma, las campañas hácenme gozar. ¡Soy guerrera y desearía un Marte por esposo! Los reyes mirábanme absortos, embelesados, llenos de estupor, admiración y respeto. La horrífica batalla fué dada, y hubo centenares de muertos; y todos los reyes en el afán de ser el vencedor cada uno de ellos; sucumbieron también en la demanda. Mi mano, pues, quedaba libre. Bien poco me importó la muerte de los reyes, á quienes yo no amaba. Años des-

pués—¡ caprichos de mujer!—me uní á un joven y exquisito poeta que me robó el alma con sus cantos. Y disfruté luengos años de dicha, después de haber despreciado á siete soberanos.

Todo el alegre grupo femenil rió del estrambótico sueño de *Doloritas.*

Cuatro ó cinco chiquillas más refirieron igualmente, á su turno, sus sueños. Todos ellos fueron sobre matrimonios, porque la mujer soltera sólo piensa en *su porvenir.*

La conversación estaba casi terminada, cuando acertó á pasar cerca del encantador grupo de bellísimas soñadoras Susana, la muchachita expósita. Viéndola María, llamóla y la interrogó:

— Dime, Susana, ¿no has soñado tú nunca?

— ¡Cómo que no, señorita! — repuso la pequeña desgraciada lanzando un suspiro — anoche soñé que mi madre me besaba...

Al oir esto, bajaron la cabeza avergonzadas las elegantes niñas aristocráticas. Ellas sólo habían soñado glorias, noviazgos, grandezas, y... ¡algunas de ellas eran también huérfanas!

Alberto Arias Sánchez,
Chileno.

SECCIÓN CIENTÍFICA Y MILITAR

LA AMPLITUD PSICOLÓGICA

EN LA ORTODOXIA Y HETERODOXIA CIENTÍFICAS

(Conclusión)

Los sabios de la ciencia ortodoxa son mantenidos por el mundo oficial que primero fomenta y costea sus estudios, comparándoles más tarde sus lecciones en la burocracia intelectual de sus cátedras oficiales; esto les obliga implícitamente á la defensa de las ideas que tienen ya la sanción del pasado, convirtiéndoles en baluarte del misoneísmo. Es de notar, sin embargo, que su adaptación al desempeño de semejante rol dentro del movimiento científico no es tan violento como á primera vista pudiera parecer; los predestinados á esa orientación son precisamente aquellos estudiosos cuyos cerebros son más influenciables por cierta modalidad intelectual propia á los estudios oficiales, que encarrila la actividad de la psique hacia las tareas, intensas si se quiere, pero siempre orientadas por el surco anteriormente trazado. Es evidente que la resultante necesaria de esa acción es el unísono psicológico en la colectividad científica y la unilateralidad psicológica en cada uno de los individuos.

Por eso su labor es, siempre, labor más bien imitativa que integrativa; su misión es atenerse á las doctrinas que se ha convenido considerar buenas, sin agregar intuiciones propias que lejos de consolidarlas pudieran determinar su desintegración.

Los heterodoxos son, por tendencia, rebeldes intelectuales que han sabido escapar á la influencia perniciosa de la ciencia oficial, que se han confirmado en su rebeldía gracias á una educación libre, libremente dirigida según las naturales orientaciones del espíritu, con exclusión de todo rumbo señalado de antemano y sin ninguna fidelidad preconcebida como término de la labor conocitiva.

En éstos la labor es principalmente integrativa; subsiste la posibilidad de la imitación aplicable á todo lo que consideren bueno en las doctrinas anteriores, pero simultáneamente existe para ellos la posibilidad de agregarles toda nueva adquisición conocitiva y de modificarlas toda vez que una más exacta comprensión de los fenómenos sea posible, lógica y necesaria.

V. Las resultantes de la acción de esas tendencias divergentes son sustancialmente distintas; las conclusiones difieren, con frecuencia, y en algunos casos llegan á asumir caracteres eminentemente antagónicos.

Sencilla es la causa del hecho; ella nos dará también el criterio para estimar cuál de las partes contendientes tiene ventajas y cuál desventajas.

Los ortodoxos tienen sus puntos de vista preestablecidos y, por consiguiente, el vasto panorama de los fenómenos sociales no puede dibujarse en sus retinas más que por un solo lado; así el observador encarcelado en alta torre que pretendiera desde un punto fijo estudiar la vida interior de una inmensa ciudad: la visión analítica sería forzosamente deficiente, por cuanto cada objeto le sería visible solamente por uno de sus lados, sin que el otro se le revelara jamás, sin que los tejados le permitieran ver el interior de las construcciones y sin que su encarcelamiento lo dejara penetrar el misterio de los subterráneos.

En cambio los heterodoxos no tienen ningún punto de vista preestablecido; encaran los problemas por el lado que mejor les conviene para intensificar mayormente sus investigaciones, pudiendo ver el panorama desde todos los puntos de vista y estudiar la realidad en todas sus modalidades intrínsecas y extrínsecas; así el observador libre en una ciudad, que la recorriera libremente de uno á otro extremo, penetrando en sus viviendas, escudriñando sus tortuosidades, observando desde todas partes su visión de conjunto lo mismo que sus más finos detalles.

Mientras aquéllos están forzados á un conocimiento deficiente de los fenómenos, éstos pueden llegar á su conocimiento completo. Es así que para la ciencia de nada sirve contemplar el mundo desde la torre inmóvil del pasado: todo está animado por un perpetuo movimiento de evolución.

VI. Los portavoces del criterio científico oficial son fuerzas puestas al servicio del misoneísmo, escombros arrojados entre el engranaje de la intelección del mundo y de la vida; los independientes son los heraldos del filoneísmo, fuerzas de génesis, de innovación, pletóricos de savia fecunda y revolucionaria.

De los unos la humanidad tiene muy poco que esperar; su función consiste, sencillamente, en impedir que la ciencia—tal como debe entendérsela—plante sus estandartes más allá de donde al mundo oficial puede convenir que se planten. De los otros puede y debe esperarlo todo; ellos derribarán toda barrera que intente oponerse á la libre investigación de lo desconocido.

Y en esta lucha de lo que será contra lo que es, la historia infunde vigoroso aliento con el ejemplo de su curso lleno de sabias enseñanzas.

Ella evidencia que todas las doctrinas que han señalado orientación nueva al pensamiento han sido el producto de la heterodoxia científica, combatiendo al mismo tiempo la ciencia oficial y las instituciones sociales de su ambiente; ¿nombres?: Darwin Marx, Lombroso,... citando solamente los más próximos.

Y también enseña la historia que todas las doctrinas innovadoras, cimentadas por verdades científicas independientemente constatadas, acaban por romper los viejos moldes del dogmatismo oficial, obligando á los sabios que tienen estrechos horizontes psicológicos y criterios científicos unilaterales, á reconocer las verdades constatadas por los que estudian con horizontes amplios y criterios independientes.

José Ingegnieros.

RECUERDOS DE LA GUERRA

EN EL CAMPAMENTO

(Continuación)

II

A las 12, cuando ya el hambre hacía sentir su efecto, se vió un grupo de soldados al costado izquierdo del campamento que mira-

ban con avidez en dirección opuesta al rumbo que llevábamos en la marcha.

« Allá traen el ganado », dijo uno, señalando unas alturas un poco escarpadas. « ¿ Dónde ? », preguntaron los demás. « Allá », repitió el soldado, « ¿no ven?, fíjense por encima de aquella lomita, dejando aquella tapera á la derecha, se ve venir, entre la cerrillada, la gente que lo arrea ».

Todos dirigieron miradas escudriñadoras al punto que indicaba el compañero y pudieron distinguir un trozo de ganado que venía rodeado por una partida de caballería.

De esta partida se apartó un jinete y tomó la dirección del campamento, llegando al poco rato á la tienda del Coronel. Se apeó y dió cuenta al Jefe de su cometido, cuadrándose y haciendo con despejo el saludo militar.

« ¿Qué tal es el ganado, Teniente? », le preguntó el Coronel.

« Es un ganado flor, Coronel; traigo, además, dos terneras excelentes, reservadas para V. S. y su Estado Mayor ».

« Gracias, amigo Teniente », dijo el Jefe con amabilidad.

Entretanto el ganado avanzaba. El Coronel recorrió con la vista el campo exterior, y dirigiéndose luego al Teniente, le dijo: « Lleve el ganado á aquel bajo y espere al Ayudante encargado de la carneada y póngase luego á sus órdenes ».

« Está muy bien, mi Jefe, ¿no tiene más que ordenarme? ». « Nada más », contestó él.

Montó en seguida en su caballo y al galope se dirigió al punto donde se encontraba el ganado y lo condujo al sitio elegido.

Eran las 12 3/4; el Coronel llamó al trompa de servicio y le ordenó que tocara carneada. Éste, que era un pardo joven, como de 22 años, robusto, con unos soberbios mofletes, hizo oir una aguda atención y el toque antedicho.

En las Compañías, los Oficiales de semana prepararon la gente nombrada para la carneada y marcharon al sitio donde el Ayudante encargado del *detall* hacía la matanza y entregaba á cada Cuerpo el número de reses necesarias para cada unidad.

Como había premura en el tiempo, la carneada se ejecutó lo más pronto posible. Llegada la carne al campamento de nuestro Batallón, se comenzó el reparto, se reavivaron luego los fogones y volvió de nuevo el aperital mate amargo á correr de mano en mano.

Nuestro Jefe había dispuesto pernoctar en ese campo y á la vez enviar una partida exploradora para seguir noticias del enemigo. Al efecto ordenó al Jefe de Caballería que tenía á sus inmediatas órdenes, que le mandara el Oficial más *vaqueano* que tuviera. Acto continuo se presentó un Oficial que vestía bombacha negra con franja mordoré, blusa militar, espada, botas y un gran sombrero de alas anchas con divisa.

Tan pronto como lo vió el Coronel, le dijo: «Ola... me alegro que lo hayan mandado, porque es vaqueano y ducho en estas cosas». «Sí, señor; á la orden de V. S.», contestó éste, que era un afamado Capitán, viejo campeón de nuestras luchas, lleno de sacrificios y reputado de valiente en todo el Norte del Río Negro.

Los que lo conocían afirmaban que era tan vaqueano, que en las noches oscuras y tenebrosas buscaba una cortada en la sierra ó una picada en el monte y no le erraba por *cuatro dedos*...

«Tome 20 hombres del Escuadrón de su mando», le ordenó el Coronel, «que va á desempeñar una comisión, en la forma que usted sabe hacerlo». «Sí, señor; daré cumplimiento», contestó el Capitán. «He sabido», prosiguió el Jefe, «que el enemigo está de aquí unas 8 ó 9 leguas y es preciso que usted me averigue y descubra su posición y número, pues quiero batirlo mañana ó pasado á más tardar; quiero que me traiga un parte exacto».

El Capitán hizo un movimiento de cabeza en señal de acatamiento y, saludando militarmente, se retiró en busca de su gente.

Al poco rato se presentó de nuevo con sus 20 hombres armados de carabina y sable y una buena cantidad de munición; cada soldado llevaba un caballo de reserva, provisión de carne asada, tabaco y yerba. El Capitán se acercó al Coronel, hablaron algo en secreto, dió media vuelta, montó á caballo y, poniéndose al frente de su tropa, mandó: «De á cuatro al frente, al trote, marchen».

Los soldados ejecutaron el movimiento y, saludando á sus camaradas, fueron perdiéndose entre la cerrillada que rodeaba completamente el campo.

Luego que en el campamento la tropa hubo churrasqueado, y como se había dicho que iban á pernoctar, algunos soldados se entregaron al descanso, mientras otros departían en grupos, haciendo comentarios sobre la campaña que habían comenzado y relacionándola con otras en que ellos habían actuado.

Así transcurrieron las últimas horas de sol de aquella hermosa tarde de Otoño, hasta que el clarín se hizo oir con el toque de *llamada*. Nunca, en aquella apartada región, se habían oído tal vez, á la caída de la tarde, ecos tan guerreros, que iban corriéndose por el monte, para perderse en una sierra que se veía de allí como una nube que se levantaba del horizonte.

Las Compañías formaron para pasar lista; se llevó el parte y se indicó luego el toque de *oración*. El 2.° Jefe, que presidía la lista, mandó al Batallón echar armas al hombro y la banda entonaba aires de música sentimental; los soldados elevaban sus preces al Creador y al Santo de su devoción, evocando un recuerdo á la madre y demás seres queridos que dejaron en el hogar y que muchos de ellos, tal vez, no volvieran á verlos...

Terminada esta ceremonia, se tocó *retirada* y cada uno se retiró á su *ranchito* para dejar su armamento, volviendo nuevamente al fogón y esperar la retreta.

En la guardia se dobló la vigilancia con mayor número de centinelas y el Comandante de campo ordenó que en cuanto oscureciera se apagaran los fogones y se guardara silencio. Se tocó retreta y luego salieron las patrullas de vigilancia exterior y los rondines de seguridad, pasando la palabra los centinelas con un pequeño golpe con la mano en la culata del fusil.

Eran las 12 de la noche; un profundo silencio reinaba en el campamento y una densa oscuridad envolvía al campo.

De pronto un centinela, apostado en un flanco del Batallón, llamó al Cabo y le dijo: «Siento un tropel como que viene gente á caballo». «¿Para qué lado?», objetó el Cabo. «Aquí, al Sud donde gritan los teruteros».

El Cabo, que era un hombre como de 30 años, criado en nuestra dilatada campaña, conocía bien esta seña, que cuando gritan los teruteros ó el chajá, bien anda gente ó algún zorro ó zorrillo. Aplicó, pues, el oído al suelo y sintió el trotar de un trozo de caballos.

Acto continuo, dió aviso á sus superiores de la novedad que ocurría. La guardia se preparó, y como no se esperara gente alguna, á no ser la partida que había salido, se despertaron por vía de precaución, á las Compañías y tomaran en silencio las armas y esperaran órdenes.

El grupo avanzaba y en la oscuridad de la noche pudo distinguirse, como á doscientos pasos del campamento, un Escuadrón de caballería.

Una vez advertida la presencia de esa tropa, la centinela gritó: «¡Haga alto!... ¿quién vive?». «Patria», contestó una voz robusta y enérgica.

«¿Qué gente?», interrogó la centinela.

«División Departamental de Caballería», contestó la misma voz anterior. El Cabo avisó al Oficial de la guardia, quien, con autorización del Comandante de campo, ordenó al Sargento que reconociese esa fuerza como correspondía.

Practicado el reconocimiento, se dió cuenta al Jefe, que era el Capitán que volvía de su comisión, y aquél ordenó entonces que se franquease el paso.

La partida echó pie á tierra cerca de la tienda del Coronel y el Capitán se presentaba lleno de contento y satisfacción, dando cuenta detallada de la exploración que había llevado á cabo cerca del campo ocupado por el enemigo.

Volvió la calma á reinar en el campamento, y las Compañías se entregaron al descanso, dejándose oir, de rato en rato, el golpecito que las centinelas daban contra las culatas de sus fusiles, en señal de alerta.

Montevideo, Abril 1.º de 1900.

Pedro Pérez,
Subteniente.

(Continuará).

NOTAS DE REDACCIÓN

Alfredo Herrera. Es chileno. La producción con que se inicia en las páginas de nuestro quincenario, sorprende por el sello de originalidad que reviste y por las imágenes exuberantes de colorido que resaltan en la hermosa poesía, cual chispazos de facetas polícromas.

Herrera se ha dado á conocer favorablemente en varias publi-

caciones americanas, destacándose siempre con rasgos propios, su individualidad literaria. «En brazos de Mab», merecerá, estamos seguros, los más sinceros plácemes de nuestros lectores.

Adolfo García. Es colombiano. Acompañada de una expresiva carta hemos recibido la delicada poesía con que adornamos las columnas de La Revista. En aquélla promete obsequiarnos, el amable literato, con varias composiciones que llamarán la atención de nuestros lectores, pues vendrán suscriptas por varios de sus amigos que tienen ya conquistada justa nombradía en la literatura del Continente.

Gracias, compañero, y usted visítenos á menudo.

Sixto Morales. Es peruano. Ingresa desde hoy en la fila de nuestros colaboradores con la hermosa poesía que lleva por título «Rimas». Nos congratulamos por la visita del distinguido poeta, é instámoslo á que enriquezca, con sus vívidas, filigranas el florilegio de nuestro periódico.

Entre los hermosos trabajos que aparecen en el presente número, llamamos la atención sobre la nueva primicia con que nos ha favorecido, el eximio autor de «Tabaré».

«Montevideo», es la continuación del trabajo que con el mismo título apareció en el número 1 de La Revista, correspondiente al año que corre, y que fué tan admirado; transcribiéndose en varios diarios y periódicos de ambas orillas del Plata.

BIBLIOGRÁFICAS

Anuario Estadístico de la República Oriental del Uruguay— Con un bien escrito prólogo de Pablo V. Goyena y ricamente impreso por los talleres de «La Nación», ha aparecido el libro XV de este anuario.

Como siempre, la susodicha obra viene repleta de interesantes datos, que son de suma utilidad tanto para el comerciante como para el industrial así como para el hombre de ciencias.

Ha llegado á nuestra mesa de redacción, un tomo de cuentos de que es autor el distinguido literato peruano señor Carlos Ledgard, á quien nuestros lectores ya han tenido ocasión de conocer, por haber figurado su firma no ha mucho en las páginas de nuestro quincenario.

Ensueños, que tal es el título de la mencionada obrita, contiene cuentos preciosos, verdaderas filigranas, narrados en un estilo correcto, que nada deja que desear. Hay en ellos mucho colorido, mucha observación, y una interesante originalidad que, unido todo ello á una forma magistralmente cincelada, revela en su autor un alma de verdadero artista.

Felicitamos á nuestro apreciable colaborador señor Ledgard, por este nuevo triunfo de su fecundo ingenio.

Chala—Es un tomito de cuentos criollos, escritos en un estilo genuinamente gauchesco, lleno de gracia y muy original, que acusan en su autor, Enrique Buttaro, verdaderas cualidades de prosista ameno é ingenioso.

Hay allí mucho de nuestra tierra, de nuestros campos, de nuestras feraces cuchillas. Y el *gaucho*, ese tipo noble y valiente que encarna toda una raza ya próxima á desaparecer, vese allí pintado de una manera magistral. Con sus punzantes dichos, sus tradicionales supersticiones, sus fabulosas historias de duendes y de aparecidos, se le ve surgir á cada paso, ya en las trastiendas de las *pulperías*, ó en las alegres reuniones de la cocina de la *estancia*, entre el denso humear de los tizones y el saboreo del *amargo*.

Por todo ello, felicitamos de veras á su autor.

Debemos á la galantería de su director, S. A. González, la remisión del *Almanaque Artístico de 1900*, que es todo una joya tipográfica de alto precio. Primorosamente impreso é ilustrado con todo lujo, constituye un timbre de honor para sus impresores.

Lo adornan selectas páginas de literatura, y luce algunas fotografías de conocidos literatos americanos, tales como Marcos Avellaneda, Eugenio C. Noé, Luis Martínez Marcos y algunos otros.

LA REVISTA

LITERATURA Y CIENCIAS

AÑO I—N.° 8 | Montevideo, Abril 25 de 1900 | TOMO II

SECCIÓN DE LITERATURA

MATER DOLOROSA

(DEL LIBRO «FANTASÍAS I RECUERDOS», PRÓXIMO A APARECER)

> I no valen cien mundos redimidos.
> Una lágrima tuya, ¡madre mía!
>
> *Antonio F. Grilo.*

Allí está, sobre la mesa que cubren negros ornamentos, sentada como madre que espera al hijo en las rodillas para estrecharlo en su regazo, con las manos caídas por el desfallecimiento del dolor, la cabeza cubierta con una toca espesa, que encuadra el óvalo griego del rostro lívido i va á plegarse en el cuello turgente i nazareno.

Allí está junto al cancel antiguo, tras de la puerta de toscos clavos i molduras de alto relieve, i bajo el arco gótico del templo cuyos sillares destruidos acusan la mucha edad del edificio.

Una anciana vestida de luto, como la Señora, guarda la imagen i recibe en un platillo de metal las limosnas, i aunque á ratos dormita, nadie osa robar las monedas del platillo.

La virgen se impone en su escultural tristeza, en su artístico abatimiento, como una santa madre, como una viuda resignada á la soledad.

Por las mejillas tersas de la madona condolida, resbalan, sin caer, dos lágrimas, lágrimas de cristal que el artífice supo colocar con la naturalidad del llanto verdadero, i aquellas gotas que parecen caer, amargamente conmueven á los fieles que entran á orar para calmar sus penas.

Ha llegado á nuestra mesa de redacción, un tomo de cuentos de que es autor el distinguido literato peruano señor Carlos Ledgard, á quien nuestros lectores ya han tenido ocasión de conocer, por haber figurado su firma no ha mucho en las páginas de nuestro quincenario.

Ensueños, que tal es el título de la mencionada obrita, contiene cuentos preciosos, verdaderas filigranas, narrados en un estilo correcto, que nada deja que desear. Hay en ellos mucho colorido, mucha observación, y una interesante originalidad que, unido todo ello á una forma magistralmente cincelada, revela en su autor un alma de verdadero artista.

Felicitamos á nuestro apreciable colaborador señor Ledgard, por este nuevo triunfo de su fecundo ingenio.

Chala.—Es un tomito de cuentos criollos, escritos en un estilo genuinamente gauchesco, lleno de gracia y muy original, que acusan en su autor, Enrique Buttaro, verdaderas cualidades de prosista ameno é ingenioso.

Hay allí mucho de nuestra tierra, de nuestros campos, de nuestras feraces cuchillas. Y el *gaucho*, ese tipo noble y valiente que encarna toda una raza ya próxima á desaparecer, vese allí pintado de una manera magistral. Con sus punzantes dichos, sus tradicionales supersticiones, sus fabulosas historias de duendes y de aparecidos, se le ve surgir á cada paso, ya en las trastiendas de las *pulperías*, ó en las alegres reuniones de la cocina de la *estancia*, entre el denso humear de los tizones y el saboreo del *amargo*.

Por todo ello, felicitamos de veras á su autor.

Debemos á la galantería de su director, S. A. González, la remisión del *Almanaque Artístico de 1900*, que es todo una joya tipográfica de alto precio. Primorosamente impreso é ilustrado con todo lujo, constituye un timbre de honor para sus impresores.

Lo adornan selectas páginas de literatura, y luce algunas fotografías de conocidos literatos americanos, tales como Marcos Avellaneda, Eugenio C. Noé, Luis Martínez Marcos y algunos otros.

LA REVISTA

LITERATURA Y CIENCIAS

AÑO I—N.° 8 | Montevideo, Abril 25 de 1900 | TOMO II

SECCIÓN DE LITERATURA

MATER DOLOROSA

(DEL LIBRO «FANTASÍAS I RECUERDOS», PRÓXIMO A APARECER)

> I no valen cien mundos redimidos.
> Una lágrima tuya, ¡ madre mía ! »
>
> *Antonio F. Grilo.*

Allí está, sobre la mesa que cubren negros ornamentos, sentada como madre que espera al hijo en las rodillas para estrecharlo en su regazo, con las manos caídas por el desfallecimiento del dolor, la cabeza cubierta con una toca espesa, que encuadra el óvalo griego del rostro lívido i va á plegarse en el cuello turgente i nazareno.

Allí está junto al cancel antiguo, tras de la puerta de toscos clavos i molduras de alto relieve, i bajo el arco gótico del templo cuyos sillares destruidos acusan la mucha edad del edificio.

Una anciana vestida de luto, como la Señora, guarda la imagen i recibe en un platillo de metal las limosnas, i aunque á ratos dormita, nadie osa robar las monedas del platillo.

La virgen se impone en su escultural tristeza, en su artístico abatimiento, como una santa madre, como una viuda resignada á la soledad.

Por las mejillas tersas de la madona condolida, resbalan, sin caer, dos lágrimas, lágrimas de cristal que el artífice supo colocar con la naturalidad del llanto verdadero, i aquellas gotas que parecen caer, amargamente conmueven á los fieles que entran á orar para calmar sus penas.

Los labios exangües de la Mártir del Calvario, tienen la contracción de la amargura infinita i parecen exhalar á cada instante un gemido profundo, un sollozo interminable, i los fieles gimen i sollozan como sin duda lo hizo el artista al dejar en aquella boca pequeñita la expresión del tormento.

En la frente amplia i despejada de aquella reina augusta de la esperanza i el consuelo, se descubren las sombras de la muerte, de esa muerte que nos arrebata un ser querido sin llevarnos con él: con esas sombras los fieles recuerdan al fragmento del alma que ha perdido.

I en aquel rostro que se inclina como á mirar al hijo que se halla en las rodillas buscando el amante regazo, i en aquellas miradas dolorosas i en aquellos gemidos apagados, las madres buenas i las viudas resignadas á la soledad del recuerdo, tienen la vida de la esperanza, el lenitivo del consuelo.

Para las víctimas de su infortunio que tienen su calvario en el destino, para los creyentes de un bien desconocido que oran en el santuario del recuerdo i de la esperanza, ven en el luto de la *Mater Dolorosa* las infinitas amarguras del alma, las torturas del sentimentalismo.

Entre los pliegues del manto negro de la Madona augusta se hallan como cobijados en ese regazo materno todos los dolores i todas las amarguras humanas, i vienen á la memoria i al corazón los imposibles insaciables i los sueños no realizados.

¡Cuántos rostros de mujeres que sufren tienen el bosquejo de aquel de la escultura!

¡Cuántas frentes femeninas se inclinan sobre el turgente cuello!

¡Cuántas lágrimas amargas surcan las mejillas de madres buenas i de viudas abnegadas!

Al contemplar esa imagen que se destaca en la puerta del templo, siendo la esperanza de los fieles, vienen á mi mente estos desahogos de Federico Balart:

« Tu cuerpo cubrí de flores,
I te ceñí por corona,
Postrer don de mis amores,
El velo de tu patrona
La virgen de los Dolores. »

¡ Oh Madona !, tú representas todos los dolores, todos los recuerdos i todos los sufrimientos !

¡ Eres para el que sufre, la resignación i el consuelo !

Lázaro Paría,
Mexicano.

México. 1900.

EPITALAMIO

A Flora González, la bella Elegida de Luis Berisso.

Señorita... no, señora que acabáis de desposaros
con un virtuoso que aprecia
á los genios más preclaros,
á las águilas de Grecia
y á los cisnes de París;
¡ Oh, señora toda bella, toda blanca y melancólica
bajo el cándido prestigio de la túnica simbólica,
sed feliz !

Peregrino de la tierra, vagabundo del ensueño,
yo también sobre los lises de vuestro blasón de gloria
vengo á esculpir el diseño
de mi triste laudatoria;
y me acerco lentamente, lenta y misteriosamente,
recogiendo á un lado y otro de las folias,
las miríficas magnolias
que destino á vuestra frente.

Vos soñasteis (toda bella criatura siempre sueña,
y en sus sueños tiene fe);
vos soñasteis una isla misteriosa y halagüeña,
y esa isla misteriosa es la última Thulé.

Desde allí, de aquellas tierras legendarias
esperábais que llegara vuestro príncipe soñado
en las noches solitarias
de la alcoba virginal ;

y ese príncipe ha llegado,
y es el mismo que invocaban vuestras místicas plegarias
al país de lo ideal.

¡ Venturosa !
¿ Qué ventura más hermosa, fresca rosa,
que la de ser la Elegida de un amoroso idealista
triunfal ?...

OSCAR TIBERIO

¿ Qué gloria más sin ejemplo
que la de uniros por siempre, ante las aras del templo,
con un helénico artista,
con un sediento de ideal ? ...
¿ Qué gloria más alta irradia
que la de ser favorita
de un soñador de la Arcadia,
de un Mahomet que en su mezquita
tiene las dulces miradas de la blanca Margarita,

las lágrimas de Julieta
y el amor de las atlántidas,
y que á todas horas tiene los ósculos de las Hiántidas
sobre su sien de poeta?...
Las musas están celosas
ante los triunfos de Amor:
ayer un ángel robóles las caricias voluptuosas
de Pierre Luys,
y hoy vos les causáis dolor
quitándole los amores de vuestro Elegido, Luis.
Y ya está pronta en el golfo la barca misteriosa,
la barca que ha de llevaros hacia el enigma atrayente
de un mundo color de rosa
donde Himeneo levanta su alcázar resplandeciente.

¡Subid, pues, con vuestro dueño!
¡Subid, subid, aunque ardan del velo bajo la nieve
las mejillas de arrebol!
¡Bogad, bogad con empeño,
y que la góndola os lleve
bajo un ambiente de sueño
hacia los países del sol!

¡Adiós, adiós! En la nave
que al bogar parece un ave
desperezando las alas,
tenéis tal aire de triunfo, que reclaman vuestras galas
una corona ducal!
¡Tal aire el conjunto tiene,
que pienso al veros sentados
sobre la barca nupcial,
que sois, ya Rubeck, ya Irene; la pareja soberana,
los novios predestinados
de la creación ibseniana!...

Oscar Tiberio,
Argentino.

La Plata, 2 de Abril de 1900.

ABSUELTA

CRÓNICAS SANTAFECINAS

Aquel día la buena Luisa se había levantado de buen humor. Reía con frecuencia, y su risa fresca, hoyuelando sus mejillas, la hacía mil veces adorable. Juan la miraba con una insistencia extraña. Durante el tiempo largo que habían pasado juntos en la estancia, el nervudo paisano se había solazado con la idea de poseerla. Alguna vez se atrevió á decirle frases que revelaban su deseo, pero la niña, aunque halagada interiormente por la influencia que ejercía en aquel hombre, lo había rechazado con esa frialdad terca, de esas que enconan el espíritu, ensoberbecen el corazón y, como un afrodisíaco, despiertan los instintos de la bestia.

Terco como un aragonés, Juan no quiso renunciar á su empresa á pesar de todo, y con su mirada profunda, provocaba constantemente á Luisa, tratando de despertar en ella sus apetitos de mujer. Y así las cosas iban pasando: ella aparentemente fría; pero siempre miedosa del corpulento campesino; él silencioso, pero amarrado como un Prometeo al Cáucaso de sus delirios de amor.

Juan era ya hombre entrado en años. Luisa apenas si había visto florecer diez y seis veces los granados de la huerta, y esto hacía mucho más grave la situación de Juan, porque los hombres, como los buitres, á medida que se hacen viejos, van aumentando su ambición de carne nueva. La ley de los contrastes imponiéndose lo mismo en el hombre que en el bruto!

Luisa, contrastando con su naturaleza vivaz y sanguínea, era sin embargo reservada, calculadora y aparentemente fría. Su risa era franca; pero rara vez daba expansiones á su risa. Acaso allá en el fondo de su ser sentía las nostalgias de otros tiempos en que durante algunos meses pasaba en la ciudad su vida, soñando un porvenir á su antojo; acaso sus tendencias orgánicas, azuzadas por los recuerdos, la incitaban á pensar demasiado en la desconsoladora monotonía del presente.

No obstante, aquel día estaba de buen humor, y hasta charló alegremente con Juan, permitiéndole algunas licencias de lenguaje, que no trató de castigar como otras veces. Él, por su parte extremó los atrevimientos de sus ojos, fijándolos con más insistencia que nunca en las curvas triunfales de Luisa, que apercibida ó no, nada hizo por reprimir aquellas silenciosas audacias.

Por la tarde, Luisa quiso pasear sola, en su caballo negro, por la carretera que conducía al caserío cercano, y como nadie contrariaba en la casa sus pequeños caprichos, que á la verdad no eran muchos, la niña cumplió su deseo, saliendo, á la caída de la tarde, con rumbo hacia el Norte y á galope tendido. Vagó por las cercanías, visitó á unas amigas, charló con ellas de novios, de novenas y de cintas, y emprendió luego el regreso á la estancia, cargada de flores, cuando el sol iba ya á hundirse en el ocaso.

Ella hubiera querido regresar por un camino nuevo; pero absolutamente no había ningún otro que pudiera seguir. Debía forzosamente volver por el mismo que trajo, y esto la molestó mucho, porque ella ansiaba que todo la ofreciera emociones nuevas ese día, y además, porque un vago presentimiento, (uno de esos raros crepúsculos de su alma), le imponía un secreto temor al seguir aquel camino. De buena gana hubiera solicitado compañía; pero tuvo vergüenza de confesar su miedo. Por fin se resolvió, y á buen trote emprendió el regreso, cantando uno de esos melancólicos estilitos criollos, para darse valor á sí misma en aquellas soledades, que por primera vez en su vida le inspiraban desconfianza.

Así recorrió como diez cuadras. Ya veía blanquear las azoteas de su casa, cuando repentinamente se apareció Juan en la carretera, obligándola á detenerse. La pobre Luisa se puso pálida; en su garganta merecedora de un verso, se anudó una pesadilla; sus senos se agitaron como en una convulsión, y el pánico entalcó sus ojos orientales, donde dormían los ardientes amores de Arabia. Su instinto sin embargo la hizo reaccionar inmediatamente, y ocultando en lo posible sus impresiones, se mostró lo menos sorprendida que pudo.

Juan tomó las bridas con sus manazas de rudo trabajador, y con una voz extraña, mezcla de súplica y de mandato, le pidió que se bajara y le escuchase, porque tenía grandes asuntos de que ha-

blarle. Luisa apeló á sus mejores coqueterías de mujer, y poco á poco fué distrayendo á aquel hombre que se le presentaba suplicante; pero audaz, miedoso; decidido, enamorado pero con un amor salvaje de toro en celo.

En un momento en que Juan se distrajo, la niña azuzó á la cabalgadura, y el bruto arrancó á toda carrera, como si comprendiese las angustiosas necesidades del momento. El paisano no pudo evitar la burla, y quedó allí, con los puños levantados, la mirada fija, sacudido por convulsiones nerviosas, tartamudeando blasfemias en los espasmos de la ira.

Cuando Luisa llegó á la casa, todos notaron en ella síntomas extraños, como primeras manifestaciones de una locura en jestación; pero nadie pudo informarse de lo ocurrido. Ella guardó absoluta reserva, y Juan, que podía descubrir el secreto, tuvo especial cuidado en ocultarse á todos.

Luisa se retiró muy temprano á su habitación, que distaba algunos pasos del cuerpo principal del edificio, encerrándose allí como en una fortaleza. El calor sofocante la hizo dejar abierta una ventana alta, por donde, aunque estrecha, podía pasar un hombre. Permaneció largo rato de pie, como sumida en profundas reflexiones. Por fin, casi á la media noche, bajó la luz de su lámpara y se desnudó á favor del claro-oscuro.

Juan, entretanto, la acechaba desde la ventanilla. Sus ojos vaqueanos veían en la penumbra á Luisa, y sus nervios en tensión se sacudían epilécticamente ante las hermosuras de aquel cuerpo. No pudo el paisano resistirse á sí mismo por más tiempo y se dispuso á salvar todo obstáculo y llegar hasta los brazos de aquella mujer que le obsesionaba.

Recién cuando Juan, cabalgando sobre el tablón inferior de la ventana, se destacó de cuerpo entero, se apercibió Luisa de su presencia. Quiso gritar y no pudo, pero esta vez fué la ira la que ahogaba la voz en su garganta. El vapor de la sangre nublaba sus ojos y no el miedo.

Con un ademán imperativo se aproximó hacia el asaltante, y con voz ronca y trémula le intimó que se alejase. Pero él, resuelto á no retroceder, procuró forzar pronto la estrechez de la ventana Ya tenía todo el cuerpo hacia adentro; sólo debía cruzar la pierna izquierda y dar un salto para ser el amo de aquella fortaleza.

Luisa se vió perdida, y con rápidas agilidades de pantera, retrocedió hasta la puerta, donde cogió un rifle que estaba allí cargado con gruesas municiones. Trémula de coraje repitió su intimación, mientras apuntaba con el arma. Él apresuró sus movimientos, entonces sonó un disparo, y el corpulento campesino cayó pesadamente sobre el suelo con el cráneo destrozado.

Luisa tuvo miedo y llamó á gritos y aumentó la luz de su lámpara. Después todos los de la casa pudieron presenciar la angustiosa agonía del paisano.

La autoridad jugó su rol. Hubo proceso. Algunos moralistas *sui géneris* la insultaron por la prensa y la llamaron criminal. Alguien quiso defenderla, y ellos se burlaron con su petulancia de siempre.

El juez del crimen absolvió á Luisa y los ataques recrudecieron. Fué inútil que se les repitiese las frases terminantes del artículo 81 de nuestro Código Penal. No importaba que la ley dijera que está exenta de pena la mujer que mata al que intenta violarla; y el que mata al que pretende penetrar en su domicilio por escalamiento ó por fuerza; y el que mata si obra impulsado por fuerza irresistible física ó moral. Luisa era pobre, y desde luego no importaba nada todo esto para sus acusadores.

Al ser notificada la sentencia, un grupo de elegantes, de esos que merodean por las antesalas de los jueces, protestó con indignación. Cuando alguien les hizo ver las disposiciones del código, ellos apelaron á la moral. Un hombre de ideas radicales dijo: ¿qué cosa más moral que castigar la inmoralidad? Un positivista les arguyó con sus doctrinas: ¿no podía ser aquella niña de temperamento vesánico, y ante la más bárbara de las injurias haberse visto esclava de un acceso? ¿Acaso no podía ser aquel acto el desenvolvimiento patológico de su propia naturaleza? ¿y entonces, podría ser aquello inmoral? ¿Se estaba cierto que Luisa no había obrado en un momento de la locura impulsiva de Kraft Elbing? ¿Había un examen médico-legal que hubiese deslindado en Luisa, la zona media de Maudsley, en el momento de cometer el homicidio?

Un estudiante tomó parte en la controversia: citó el *metus* de los latinos; el *furiosus nulla volutas est* de los romanos; el miedo de «perdimiento de miembro ó de recibir deshonra», de las Partidas; pasó como por ascuas por sobre la Edad Media, (la noche),

y arguyó por fin con nuestra ley penal. Un maestro de escuela, aceptando las razones del estudiante, proclamó la reforma educativa.

Un buen muchacho, alegre y chacotón, gritó ¡viva el amor libre!

Y un anciano cabiloso que había permanecido en silencio hizo notar entonces que ahí estaba la gran filosofía del asunto.

F. Valdez Douglas,
Argentino,

Santa Fe, Abril de 1900.

AYAX

Venciéronlo las Parcas, las noctámbulas
Que llevan las pupilas apagadas;
Nacidas de la Noche y á las sombras
Por siempre condenadas.

La suprema visión de la Justicia,
La Reina de la Paz, Fénix la austera,
Dejólo abandonado en el sendero,
Vencido y sin bandera...

Eros, Amor, el alma de Afrodita
La sublime expresión de lo Intangible,
Hízolo su vasallo y condenólo
A desear lo imposible!

Las noctámbulas ciegas lo humillaron;
Las musas le negaron sus favores;
Tuque dejólo huérfano en el mundo
Con sólo sus dolores...

Mostraba en sus pupilas azuladas
Las huellas de sus últimos pesares;
Había en sus miradas de neurótico
Siniestras claridades...

La sentencia fatal estaba escrita!
El noble caballero agonizaba,
Y orgulloso también ante la Muerte,
La vida despreciaba...

Y al arrojarse al Tártaro funesto,
Desde lo alto de escarpada cima,
Que las sombras nos muestra en el abismo
  Y el cielo azul encierra,

Quebró su acero, y arrojólo al fondo,
  Donde impera la Nada,
Y de sus labios que cantaron penas,
Escapóse sangrienta carcajada!

Justino Jiménez de Aréchaga (hijo).

Montevideo.—Estío de 1900.

EL VERSO FUTURO

Á LOS POETAS LUGONES Y JAIMES FREIRE

Las luchas de la palabra con la idea—son las luchas del músculo con el nervio:—salta el ritmo en chispazos—como toques de incendio,—cuando empieza la eterna batalla—del Numen con el Verso.

¿Para qué hacer jardines—de árboles enfilados y serios,—cual guiando la mano con que escribe—la Natura las páginas de sus bosques soberbios?—¿Para qué el artificio,—si lo espontáneo es bello?—Surja el ritmo en la estrofa como surge—en las nubes, en las olas, en los vientos,—en la gira orbital de los mundos celestes,—en la curva solemne de las aves en vuelo,—en los monologantes excélsiores de los ríos,—en el galope alado de los huracanes negros.

Las estrofas libres,—¡en que el arte nuevo—rompe la losa de los santos sepulcros,—para hacer orgiásticas copas de los cráneos secos!—no son las procustales—noches insomnes del ajustado lecho...

Todas las lluvias se embriagan en sus generosas flores,—todas las aves tienen ramas para posar su vuelo!

Tetras son y nefastas—las formas fantásticas de su aspecto;—pero en su fondo caben el dolor libre,—el amor libre y el libre ensueño...

Arboles simulan—las estrofas libérrimas, que el plectro—traza como un delirio sobre las sombras:—á manera de haces de árboles de invierno,—atados con la cuerda de oro de la horca—de un suspiro largo, con nudo de besos...

Arboles que sufren:—con sabrosas frutas de veneno;—con flores de ambrosía, que soñara Jove—para los banquetes de sus tedios;—con raíces negras, como las serpientes—de los fabulosos pecados edénicos;—con ramas retorcidas,—como los brazos de los condenados dantescos;—con hojas afiladas, como lenguas de insulto;—y con nidos de abrojos, como corazones huecos.—Tal las estrofas, que simulan,—sobre los promontorios del pensamiento,—teoría selvática de fantasmas de sangre—con sus enmarañadas cabelleras de duelo.

Ven, tú, la bien amada musa,—la musa de los amores extraterrenos;—ven, á ensoñar tus cantos cristalinos;—como cristales ahumados por un hálito de infierno;—ven á dormir tus siestas—de olímpico abandono que gusta blandos lechos;—ven á romper el grito de tus protestas—en sodómico diluvio de fuego;—ven á llorar tus penas inconocidas—con sollozos obscuros de difíles ecos,—aquí, bajo la copa del árbol,—bajo la copa del árbol nuevo,—bajo la copa del árbol nuevo y exótico,—que impone su nueva vida sobre los campos viejos,—traspasando los lindes con las raíces—y con las ramas interrogando al cielo,—á manera de una gráfica y sonora—primavera del Verso!...

¡Oh haz de estrofas libres!—resumen de los triunfos estéticos,—signo de las américas del arte,—número de los anarquismos del ensueño,—simula el árbol de las prohibidas frutas—en el Paraíso

del amor, (dúo eterno).—Los que comáis sus frutas envenenadas—seréis más grandes que los dioses viejos;—y si la espada da los exterminios—os arroja y se clava á las puertas del Verso,—tendréis siempre la esperanza del futuro mesías,—hijo de un dios y descendiente vuestro!...

José Santos Chocano,
Peruano.

Lima de 1900.

UNA NOCHE EN SANTA MARÍA

I

La tarde terminaba empañada. El océano había estado mostrando toda la tarde su poder satánico, su potente poderío. —Revueltas, barrosas como si fuera agua que disuelve inmensos depósitos de légamo, las olas rabiosas llegaban á la costa, bramando, con sus crestas espumosas, á lanzarse sobre los riscos puntiagudos y rugosos que pónense midiendo fuerzas, allí bajo el roce brutal de ese encrespado y titánico elemento. —El sol marchito había desaparecido, sin haber calentado la arena durante el día y sí ocasionado á su caída intensidad de tintas. —Realizada su ocultación, quedó como efímera engaripola y como si se estuviera en presencia de un ocaso boreal, una cargazón de fúnebres barnices, cardéneos, de amaranto, con cambiantes de caléndula, entremezclados con tonaciones aguachentas de naranja, ó mirajes impresos de lejanos y nutridos pajonales que alfombrean melancólicos esteros... En este tristísimo momento del crepúsculo, precisamente cuando se extinguían paliduchos los celajes, amoratados los reflejos bajos, pasó como derramando un recuerdo y no muy lejos de la solitaria costa, un pequeño vapor calatero con bandera brasileña, dando arfadas horribles, surcando costosamente la mar enloquecida por el pampero.

— La proa de la marinera embarcación hundíase tan pronto en la recia marejada, para con igual facilidad elevarse, presentando entonces bandazos de su quilla encarnada, chorreantes de agua y de espuma, ora acostándose desesperada de la banda de estribor, ya para echarse en un movimiento pesado de arqueo hacia la de babor. Mientras la bandera de popa flameaba, largando al viento las hilachas y haciendo simbrar como un junco el asta.

— Mucho rato se vió al buque que adelantaba poco, hasta que dejando una estela de humo, en volutas gruesas, se perdió de vista, cuando ya navegaba en otro horizonte.... Pasó también una bandada de gaviotas y preteles que revolotearon por un rato en sesgos y volteretas típicas alrededor del faro, que se levanta blanco y garboso, y cuando allá arriba, en la garita de hierro de grandes vidrieras, recién encendíanse en medio de la claridad difusa de la tarde agónica, las poderosas lámparas reflectoras, envueltas en cristales gordos y tinglados. Y entre dos luces, entre esa ambigüedad, se distinguió de una anteojada, por ojo avisor, en el nadir, en esa intersición donde parece besarse el cielo con el mar, á la vela blanca como un ala de albatros, de un cúter de prácticos lemanes.

II

El ambiente empañado se había cubierto de sombras.... La noche había cerrado.

— El faro, en las tinieblas inmutables, desparramaba fuertes destellos sobre una parte del inmenso océano, yendo á fallecer los más atrevidos lampos, allá muy lejos de la costa desolada. ¡Quizás sobre el cuerpo de perdida y olvidada ola, en el aislamiento de la inmensurabilidad marina!

El mar rugía y azotaba las rocas, produciendo en sus rompientes, estruendos como de bruscas sacudidas de velas, expuestas á desfondarse. Copos de espumajos, cacheteaban de continuo las regordetas paredes de mampostería. O llevadas en alas de la ventorrera impetuosa, desempolllábanse en los surcos anfractuosos de los riscales. Las arenas, en íntimo consorcio con el huracán y en raudo torbellino, rodaban no perdonando ni el minúsculo ce-

menterio del Cabo Pauperrimo, camposanto creado á raíz de una horrenda catástrofe — hace mucho tiempo,— y que encierra los cadáveres, ó más propiamente las cenizas de una veintena de pobres obreros que perecieron de manera trágica cuando se llevaba á cabo la primera construcción del faro, se estaba ya en la mitad de su curso, cuando un bárbaro derrumbe dió en tierra con el andamiaje donde obraban los infelices albañiles :— A este suceso infausto sólo supervivieron dos hombres, y estos mismos para ser inválidos. — La caseta del Resguardo instalado en la pequeña isla de la Tuna silbaba al escurrirse el viento furioso por los resquicios del ligero maderamen. Y allí, al fondo del islote, en el sitio en que naufragó el malogrado y hermoso « Tacora », cuya pérdida dió lugar á una leyenda que todavía perdura entre los reducidos y rurales pobladores de esos peligrosos lugares — acaso el trabajo minador de las olas ha desemblado algunos de los cajones estivados en la sentina. Uno de esos cajones conteniendo preciados artículos, en que consistía en totalidad el cargamento hundido infructuosamente en las profundidades arcanas.— Y en medio de la noche y sus misteriosidades, el oleaje debe estar embatiendo como deseoso de devolver por completo á la playa, la máquina del antiguo vapor náufrago, pesado armatoste de hierro, cuyas calderas asoman surgiendo del fondo en la bajamar con su faz ruinosa, recubierta de lama de mar, con sus piezas y remaches herruchentos, careados por los desgastadores orines que fomentan siempre las aguas salobres.

III

El farero, un rubio, de cutis salpicado de pecas, que le daban un aire por demás antipático — subió por segunda vez hasta la garita por la prolongada escalera en espiral. Observó por un momento la marcha uniforme de las lámparas.— Luego tomó el estropajo aceitado y sin bastillas y empezó á eslustrecer varias chapas, más de lo que ya estaban — terminado el trajín colocó el montón de hilas en su repisa, bajo el barómetro.— Después, sentado en el banquillo — se acomodó en el sitio de costumbre, dando el frente á la parte posterior de los reflectores y la espalda á una

de las planchas de hierro que con las grandes vidrieras emparedan sustentando el casquete de la caseta de los focos.

Tomó un libro — que había empezado hacía dos noches, titulado « Un Libertino », original del humorista pintor de las escenas de la cáscara amarga, Paul de Kock.— Se puso á leer. — El reloj, sobre la pared, marcaba con sus grandes minuteros las dos y cuarto de la madrugada.

El mar abajo, ensoberbecido en olas formidables, producía reventazones sobre los peñascos, sin que se distinguieran las espumas. El viento, más atemporalado que en la tarde, hacía estremecer las enclenques chozas y desmanes que se apiñan en aldea alrededor del faro, como buscando en aquel inclemente ventorrero del Cabo, abrigo ó confortamiento cerca de él; casas todas ellas construidas sin grandes erogaciones, con esos mismos materiales que con frecuencia el mar indiferente trae á depositar en las arenas que eternamente lame, ó en las canaletas que dejan los abruptos riscales — muestra incontrastable de una emocionante escena desarrollada en la soledad de su seno. — ¡ Restos, harapos, de un naufragio que pasaría inadvertido, única y elocuente comunicación que llega las más de las veces tardía é irremediable!... En ese villorrio mil maderas y otras tantas láminas de hojalatas ya amojosadas que remiendan las boquedades ó boquetes infaltables en la barata tablazón, crujen ó se quejan vacilantes produciendo una silbatina monótona, constante, aburridora música, que no deja de tener sus notas tristes, por demás desmarridas.... Las arenas, merced al viento, su medio de transporte, realizan sus viajes, á tal punto, que médanos enteros que formaban parte de una cadena que tiene sus gargantas y desfiladeros, encrucijadas y albardones, oteros y hondonadas han ido á formar parte de otro eslabonamiento de áridas montuosidades.

En tanto, muy por encima de todo esto, en la garita existía una deliciosa temperatura. Una tibieza constante que mantenía los mecheros encendidos, cuyas mechas absorben, maman, maman, sin ahitarse nunca, el aceite de los depósitos hasta agotarlo, si no se fuera reponiendo igual cantidad á la consumida, para establecer el equilibrio.

La cortina que se usaba con más frecuencia en el verano, en horas de sol, en aquellos días sofocantes, cuando la garita dormita envuelta en un silencio celular, y los rayos estuosos se filtran por las diáfanas vidrieras, peloteando en las bruñidas chapas de bronce y acero, en los cristales gordos, escalonados, de las cajas de las lámparas, y abajo las olas verdosas ó azuladas — esclarecen á ratos sus crestas espumosas,— permanecía ahora semi-plegada, descolorida en sus anillos.

— Mirando por las vidrieras hacia afuera, veíase, todo turbio, empenumbrecido, al frente, el mar, negro como una masa de asfalto ó un encerado alquitranado extendido, perdíase muy cerca y borrosamente sus límites, y amusgando más la vista, á pasos del estribadero del faro, advertíase una luz.— Era una reunión de gente de los contornos, un baile que todavía continuaba, y por donde se escapaba la luz originada por miserables candilejas, debían también escubullirse los sones llorones de la acordeón, y los cadenciosos de las guitarras. No era, sin embargo, la única que se veía: á la derecha, como á una cuadra de donde se realizaba el baile, surgía otra, tímida y vacilante, más bien que una luz un fuego fatuo, proveniente de una osamenta.— Era un paisano huroneador de percances marítimos que recién llegaba á un ranchejo — uno de tantos que huelen los naufragios como las culebras la leche. Estaba de vuelta de una recorrida por la costa, según su costumbre en los días de tempestad. ¡Quizás fuese el momento en que bajaba la jerga pingrosa del caballo cansado por la marcha, y después de rascarle el lomo lo abandonaba para triscar en un pequeño mantel de césped, retazo privilegiado del páramo, que muchas veces no han perdonado de zampear las arenas, estrechándolo al extremo de estar en un tris de desaparecer.

La noche avanzaba.— Era la hora en que debía llegar en la comba de una ola el pedazo de una cesta deteriorada, tirada de algún buque en su travesía y que llegaba transformada por los golpes de mar en verdadera estera; ¡ el momento quizás que dejaba la resaca en caprichoso estuche de gomosas algas la aporcelanada concha de un náutilus muerto, de maravillosos floreos y delicadísima contextura, riquísimo ejemplar digno de figurar en una anaquelería de valiosos Sévres ó Limoges en una exposición de ce-

mica ó de viejos Saxes!... Instantes cuando las olas depositan en la playa el madero que por el sino de una corriente y después de haber flotado meses y meses, retorna á tierra cuajado de anatifas, de escudetes, de esmalte rosa ó en que una medusa de gelatinoso cuerpo violáceo de apéndices y cirros caústicos como un maceramiento de hojas de salvia, viene expulsada de su elemento, molida y machucada á descansar en la sábana de arena...

IV

Continuaba el farero absorto su lectura, cosa para él tan indispensable en sus familiares guardias nocturnas como el sueño en el día. Y se engolfaba leyendo, internado en las chispeantes alternativas de la novelita de Kock, pintando alguna nueva imbecilidad del héroe de la obra el suegro de La Pastoria, á quien éste endosábale patrañas de tan grueso calibre como el establecimiento del gran almacén de tablas y que él engullía con sus grandes tragaderas de burgués candoroso. Las lámparas revestidas de cristales catalópdricos, de intensidad de veintisiete bujías cada una, seguían su tarea maquinal, todo el vigoroso foco donde se encauzan ó funden los mil destellos emanados de los mecheros y que se refuerzan al atravesar los reflectores, echábanse como un raudal, rielando el océano de omminiosa traza. Fuera, en el barandal de hierro del balcón, en forma de anillo, el viento en sus fustigazos arrancaba las esquirlas de herrumbre próximas á desgalgarre... La ventorrera silbaba....

De pronto ¡cataplum! sintióse infernal estallido que sobresalió más por el monótomo silencio que reinaba dentro de la garita.

—Fué un ruido de cientos de cristales que se destrozan, que se parten y reparten de nuevo como animados de un deseo de infinita simplificación, para resultar millones de añicos. El vigilante, con cara de azogado, había alzado la cabeza como por golpe eléctrico, esperando terminara el restallar para salir de su alelamiento y darse acabada cuenta de lo pasado. Y el hormiguero de trizas de cristal corrió en todos sentidos, embutiéndose en las ranuras, embozándose entre las chapas y alfombrando los mosaicos del enladrillado con un polvo grueso, como salvadera volcada de un antiguallo cálice.

Por un rato continuó sintiéndose el rodar de un grupo de fichas de vidrio que al golpearse el azar habíales imprimido diversas figuras y se iban despeñando por los peldaños de la intrincada escalera...

—Cuando pretendió el guardia levantarse, uno de los cuerpos que alcanzó á ver confusos en vilo, vino á caer herido de muerte sobre sus zapatos, pudiendo percibir el calor que despedía.

—Repuesto, vuelto de su aturdimiento, á lo primero que atinó fué á tocar el timbre para comunicar abajo, donde dormían los otros encargados del servicio de la farola. ¿Y si no me sienten?, se dijo en mente en momento que apretaba el botón. Y se dispuso á bajar á pares los escalones interminables de la escalera en tinieblas, sin pensar todavía, mareado por el suceso, en tomar la linterna de mano, siempre encendida sobre la repisa y al lado del hilachoso estropajo. ¿Qué era? Muy pronto pudo darse cuenta. Y todavía descompuesto el semblante, contempló que una vidriera había sido partida en su bastidor por varios pájaros de las tormentas que volando al entrar en el radio de luz muy cercano á la caseta de los focos, se encandilaron estrellándose confundidos contra el dilatado cristal, con toda la fuerza de su andar. El siete era bastante grande y por él se colaban ráfagas heladas del brisote que soplaba, verdaderas turbonadas ó vortices que hacían elevar las plumas de los preteles y remolinear las hojas del libro caído al suelo en la estupefacción del momento. El que estaba de guardia, se presentó con otro compañero que venía fatigado, apresurándose al subir para ser el primero en llegar, ansioso de mirar el cuadro que le había sido referido muy á la ligera. Llegados que fueron al teatro de la acción se mostraron grandemente sorprendidos, siendo el que demostraba estarlo más el que acababa de subir. Se paseaba inquieto y pensativo, rascándose nervioso la barba, con ese tranco peculiar de centinelas aburridos ó presidiarios enceldados en sus ratos de aplastador desaliento. Se trató del perjuicio del costo del desperfecto, los días que transcurrirían sin ser relevado el cristal roto, la incomodidad, el frío que iba á entrar por la desgarradura. Después palparon los pájaros que estaban maltrechos y transidos acostados en el baldosado. ¡Mira éste como está de lastimado! ¡Y éste que se le están poniendo los ojos blancos como porcelana, se muere! le dijo uno al otro. Luego cada uno poniendo á prueba su cacumen

ideó un medio para subsanar, lo más pronto posible, los inconvenientes. En suma, platicaron mucho pero á nada se arribó. Después se dispuso uno de ellos á barrer los vidrios. A poco rato los colocó formando montón en la pala. Abrió una compuerta para salir al balcón, á tiempo que un resoplo se coló, que á dar de lleno en una vela hubiera producido un fuerte impulso. Ya en el balcón, dando un envión como para arrojarlos por cupitel, dejó resbalar el hacinamiento de añicos desde lo alto. Entonces pudo palpar y más cuando salía del calentito lecho la cara de la noche negra como boca de lobo, sin una estrella, sin una luz extraña á la del faro, las bufadas terribles del viento huracanado, el ruido majestuoso del mar en sus resuellos de gigante, al romper bravío en la costa, y el hedor de sales ó mariscos que ascendía. ¡ Oh ! para el extraño aquello producía emparaizamiento. Una sensación indecible, mezcla de miedo, vértigo, tristeza y ansias de admirar, desde la gran altura, todo el caudal luminoso salido de la garita, el enorme pantallazo que se vuelca en el aire sin irradiarse, de tal manera que internado sondea la penumbra, pareciendo se desliga del aire! Interin el otro, tomando el estropajo se ocupó en lustrar una chapa y desalojar, de las circunvoluciones en donde se habían engarzado varios vidrios pequeños, tan chicos como si se hubieran escapado de la molienda meticulosa de una trituradora.

Cuando todo se hubo vuelto al orden, el que había sido llamado se dispuso á irse, tenía un pie en un escaño y otro en el baldosado, cuando le dijo al que quedaba, dándose vuelta ¡ Hasta luego ! Y se hundió llevándose los preteles en una mano haciendo espetera con los dedos por los bericuetos de la larga escalera en voluta, lóbrega y bajo un silencio ascético de subterráneo de convento y en la que á veces al ir descendiendo, sentíase, sin saber por dónde se filtraba, el rumor amenguado, como fuertes luazos, de las olas bramando.

El día comenzaba á despuntar volviendo á aparecer en el lienzo del cielo los colores del crespúsculo del día anterior, aunque más lívidos.

Después el de la guardia se instaló definitivamente arrellenándose en su asiento, envuelto en su poncho de vicuña; recostó la espalda en una plancha formando pared, anchurosa lonja metálica

acombada como las grandes vidrieras y se quedó pensativo, fija la mirada distraída (sin enceguecerse por el hábito) al forro de gruesos cristales que la iluminación dábanle un brillo opalino. En el interior, las lámparas giraban, giraban lentamente sin producir el menor ruido como si se afirmaran en quicios de badana, consumiendo aceite y más aceite que subía, que subía constante á empapar las mechas. La luz á intervalos rítmicos debilitábase de pronto al producir el eclipse, como una luna al encapotarla un cúmulo de nubes oscuras para después en un nuevo relámpago deslumbrar más. Mientras tanto, allá muy lejos, cuyas luces á veces se borran y de nuevo surgen pálidas, pasaba rozeando un trasatlántico ignorante del percance del faro, del faro de Santa María que le marcaba siempre impasible la ruta...

Carlos H. Mata.

Mntevideo, Febrero de 1900.

AZAHARES

Para Manuel J. Sumay.

Medrosa extendía la sombra su velo
forzando, inaudita, la abierta ventana;
y, larva que deja su obscuro ropaje,
moría en la alcoba la luz de una lámpara.

Un suave perfume de nardo trasciende
la atmósfera tibia de aquella morada,
y pétalos rojos de flores, la alfombra
tamizan, cual gotas de sangre en la escarcha.

Los raros tapices, los bules ebáneos,
los jarros de Persia, cristales y lakas,
al trémulo beso del cirio que muere,
semejan millares de chispas de plata.

Delante un espejo de círculo de oro
desciñe su veste la virgen gallarda,
y ríen sus labios... De dicha se inunda
su angélico rostro que envidian las Hadas.

Sus formas turgentes; su seno esponjado
como albas palomas de tímidas alas
que, medio escondidas detrás de sus crenchas,
volar á las cumbres soberbias ansiaran.

Caderas de fino perfil estatuario
y curvas que encienden la fe de las ansias,
que evocan supremas caricias ignotas,
nostalgias que sienten los seres que se aman.

De pronto, la novia gestea impaciente,
la duda sus flechas el seno le clava;
sus labios contraen suspiros y besos,
suspiros y besos que al aire se escapan.

Sacude una racha la regia cortina,
la lámpara oscila un instante y se apaga;
y, cual horda hambrienta, las místicas sombras
por tras de los vidrios invaden la estancia.

Temblando la virgen de rabia y de miedo
acércase al lecho de lívidas sábanas:
seméjase, al verla, capullo de rosa
sobre una consola de mármol de Italia.

Profundo gemido los ámbitos puebla,
suspiros y quejas, murmullos y lágrimas;
después... el silencio, cansancio y hastío...
y ruedan al suelo las flores inmáculas!

Horacio Olivos y Carrasco,
Chileno.

Marzo de 1900.

ÚLTIMA PRIMAVERA

Para La Revista.

Estoy enfermo. Otra vez estoy enfermo!...

Tengo una amarga convicción: mis días están contados: son muy pocos los días que me quedan de vida!

¡Y soy tan joven! ¡Y es mi juventud tan triste, tan fría!

¡Oh, porvenir! no serás, por mucho tiempo, el escenario de mi angustioso hastío, de mi eterna nostalgia y de mi terrible impotencia! La muerte, anuncia mi llegada á la eternidad.

Oh! flores, cielo azul, verdes campiñas, pronto perderéis un admirador.

Mi paso, por la tierra, no deja rastro alguno.

No llorará la tierra mi partida.

¡Y yo que tuve y tengo tantos sueños, tantas ambiciones, tantos delirios, nada he hecho ni podré hacer nada!

¿Ha sido, es culpa mía?... No.

Dios mío, Tú, me condenaste... ¿Para qué hablar? ¡Tanto he hablado!... ¿Quejas?... ¡Cansado estoy de quejarme!...

Ahí está mi santa madre. Me mira y se sonríe. ¡Cuánta melancolía tiene su sonrisa! ¿Acaso ella no presiente, no comprende que la voy á abandonar para siempre?...

Se muestra alegre, para engañarme...

¡Como si yo no supiera lo que pasa por mí!...

Muchas veces, he fingido dormir, y la he expiado. Sus labios han tocado mi frente y sus lágrimas, perlas del cielo, han caído sobre mi rostro afiebrado.

¡Qué buenas son las madres! ¡Yo no quisiera morirme por no darle que sentir á la mía! ¡Me quiere tanto! No quisiera tampoco que ella muriera antes que yo... Quisiera que muriéramos los dos, á un tiempo. ¡Debe ser tan doloroso llorar la muerte de una madre! Yo, ni á gusto podría morir, sin ella...

¡Qué buenas son las madres!

¡Qué lindo sol! ¡Qué concierto en la enramada! ¡Cuánto perfume de flores, recién abiertas! ¡Cuánto azul en el cielo!

Mi alma de poeta, se me quiere ir, no sé dónde...

Dos fiebres me enervan: la de la inspiración y la de mi cuerpo enfermo. ¡Por eso mi corazón rima una canción de fuego!...

¡Qué espléndida, qué hermosa es la Primavera!
Esas son las golondrinas, sus adoradoras.
Qué alegres cruzan, por ahí afuera.
Vienen y van, infatigables, como mis pensamientos, sombríos
Allí una pareja construye su nido. ¡Oh! ¡los nidos!
¡Cuánta ternura hay en ellos, cuánta alegría, cuánto amor!
¡Yo no puedo mirar todo esto sin que se me escapen las lágrimas!

¿Quién no se entristece, viendo desde el fondo de un calabozo, el rayo de luz, que entra, como un grito de alegría, como una vida que canta?...

¡Oh! ¡corazón mío! cesa, cesa de cantar... El crepúsculo gime. La aurora es la que canta.

¡Oh! flores, cielo azul, verdes campiñas, cierro los ojos para no veros... ¡Os amo, pero no puedo miraros, sin llorar!...

Madre mía, cierra esa ventana; quiero dormir... ¡Mucha sombra! Eso es lo que quiero. ¡Sombras, sí, para acostumbrarme á la de la Muerte!... ¡Sombras, porque ya no he de volver á ver otra primavera en mi alma, ni en la naturaleza!

Enrique Buttaro.

Balcarce, Otoño del 1900.

¡SOLO!

FANTASÍA

Basta ya! — Sufrir más se hace imposible!

Rompa por fin el alma la miserable envoltura que la aprisiona en la tierra y cese de gemir!

No más llanto oculto y solitario; no más comprimidos sollozos ni ahogados gritos de angustia y desesperación!

Luchar contra los embates de la suerte teniendo aniquilado el espíritu, es algo como pretender remontarse al cénit careciendo de alas

Amargura cruel y prematuro desengaño; pérfida infamia y villana traición por todas partes.

Ningún oasis en el aterrante desierto de la vida; ninguna luz en las tenebrosas sombras de la existencia; ni una remota esperanza en las realidades que asesinan lentamente el corazón!

El corazón! — Músculo hueco, víscera insensible para la mayor parte de los hombres; centro de odios encarnizados ó envidias despreciables; de ambiciones desmedidas ó calculados artificios; de liviandad desenfrenada ó codicia insaciable!

El corazón! — ¿ Pueden acaso tenerlo los que rindiendo homenaje al siglo mercantilista, reverentes adoran el becerro de oro, sacrificándole honra y dignidad, virtud y saber, amor, amistad, estimación?

¿ Pueden tenerlo los que frenético goce encuentran en el vibrante sonido de acuñado metal ó la agradable contemplación de un billete de banco?

El corazón! — Complementario del sistema nervioso, al que estúpida la ciencia hace convergir nuestras sensaciones y afectos, ¿ late acaso en estos tiempos á impulso de elevadas ideas ó generosos sentimientos?...

Ah! Basta ya! — Cese el alma de sufrir!

No más lágrimas que ardientes quemen nuestras mejillas; no más heridas que filtren sangre marcando con ella nuestro camino!...

Amistad, gratitud, amor! — Palabras que carecen de práctico sentido; frases inventadas para mejor engañarnos los unos á los otros.

¿Puede acaso creerse en la sinceridad del amigo, la gratitud del favorecido ó el amor de la hermosa dama á quien delirante se jura pasión eterna?

Todas estas cosas, ¿no son acaso farsas inventadas para las conveniencias sociales?

¡ Cuántas veces por fútil motivo el amigo inseparable se cambia en rival hipócrita ó difamador encubierto!

¡ Cuántas veces el servicio que salva de circunstancias difíciles, se olvida, para corresponderlo con un mal de fatales consecuencias !

¡Cuántas veces al juramento de eterno amor hecho con lágrimas en los ojos é invocando lo más sagrado, suceden la frialdad del cálculo ó conveniencia del interés !

Ah! Triste es la vida y penosísima la ascención á nuestro calvario, si en cada zarza del camino vamos dejando lo que nos es más querido y placentero; si cada piedra tiene que llevar la ensangrentada huella de nuestros pies !

Vivir no es entonces, sino riendo padecer, puesto que tenemos que velar nuestros sufrimientos con forzada sonrisa, para ocultarlos á la pifia de las gentes; que detener con irrisoria carcajada la lágrima que brotan nuestras pupilas, porque nos avergüenza saber llorar !..

Si volviendo la vista atrás echamos de menos á los únicos seres que realmente nos profesaron cariño, sólo el aspecto de mustias tumbas se nos coloca delante; si invocamos el nombre de personas queridas, el eco de nuestra voz se pierde en vasto y abandonado cementerio !

Agostadas por cierzo helado las flores de la ilusión ; deshechas por furioso vendaval las esperanzas en el porvenir; mustia el alma y oprimido el pecho, en vano cual Prometeo nos retorcemos en la roca del dolor, buscando un lenitivo que no existe ó un consuelo imposible de alcanzar.

Disipados cual bruma en dilatado horizonte nuestros fugitivos goces, pálidas y secas las hojas de laurel ambicionadas para la frente; insignificante la gloria con ciego afán conquistada.

Nada, absolutamente nada que alegre al alma ó sonría al corazón !

Sólo el mundo, dilatado cementerio de cadáveres vivientes, envenenándonos siempre con hálito emponzoñado.

Solos, sí solos en medio de la soledad, sin una mano amiga que nos preste apoyo, sin un corazón generoso que enjugue nuestro llanto, sin un espíritu elevado que nos infunda valor.

Ah! Cuán desesperante es meditar en lo que sufre y se angustia el alma, cuando doquier la rodea pavorosa soledad.

Entonces las fuerzas desfallecen, doblégase la energía de carácter, y se piensa en la muerte como en el único y ansiado bien.

Sin embargo todo es en vano, pues ni el derecho de precipitarla se nos concede.

Cobarde suicida! nos llamaría sobre nuestro mismo cadáver la sociedad si atentásemos contra la existencia, negándonos sepelio y excecrando nuestro humilde nombre!

Ah! En semejante situación, agobiados por el infortunio, y doquier viendo triunfante la iniquidad y el vicio, sobre el bien y la virtud, la ignorancia sobre el saber, crucificado al Cristo y libre á Barrabás, no queda otro recurso que entregarse á la orgía del festín para gozar los repugnantes besos de la bacanal, mentir amor y alardear sentimientos que no existen, caminando como Edgard Poe, por medio de la intoxicación alcohólica, á la locura del *delírium trémens* ó al idiotismo del embrutecimiento!...

Matar el corazón, aniquilando á la vez el espíritu,—tal es el único remedio que hallar se puede en el ya insoportable destierro de la vida, cuando la nostalgia de la muerte se apodera de nuestro ser.

Incertidumbre y duda; traición y engaño; miseria y lágrimas: — he ahí los únicos encantos que encontrar podemos cuando desesperados buscamos algún bálsamo que cure las hondas heridas abiertas por agudo puñal.

En vano é inútilmente nos adormecerá vaga esperanza, pues al despertar tendremos siempre delante la imagen espantosa de horrible realidad, el aspecto fúnebre de tumbas do yacen seres queridos; la memoria de amigos en quienes creímos y de mujeres á las que ciegos supimos idolatrar, rindiéndoles homenaje de adoración, cual á dioses creados por la fantasía.

Nada, absolutamente nada que pueda halagar y hacer menos penosa la vida.

Solos en el mundo, saboreando envenenado néctar en copa cincelada de blanco alabastro, en vaso pulido de luciente cristal; — recibiendo los ocultos y arteros golpes de la ingratitud y la perfidia, con carcajadas estridentes ó sonrisas de júbilo, para resguardarlos de la pifia, el sarcasmo ó la indiferencia con que, ay! los hombres reciben nuestro dolor!...

Juan Mas,
Boliviano.

1900.

LA AURORA

En el álbum de la señorita
Sara Barros Conde.

Cuando Febo se asoma por Oriente
con su face redonda y purpurina
y en la Pampa sin límite argentina
alegre expande su mirar luciente,
el Paraná un espejo refulgente
semeja con su luna cristalina, . . .
y el pajarillo con dulzura trina
desde el sauce que besa la corriente . . .
Oh! la Pampa despierta alborozada
sacudiendo sus perlas de rocío
que reflejan la luz de la alborada . . .
Al verla con las galas del Estío,
parece que aguardase enamorada
al sol que se alza de la faz del río.

Baldomero García Sagastume,
Argentino.

Montevideo, 1900.

ORIFLAMAS

Para el poeta amigo Manuel
J. Sumay.

Beodo por el hálito embriagante
que brota de los poros de la palma
cual águila del Ande se alza el genio
de la gloria á la cumbre ambicionada.
También sube de Dios al blanco solio
del crédulo inspirado la plegaria,
si lejos de la farsa ruega y ruega
envuelto del fervor en la oriflama.
Yo en mis lánguidas noches de tristeza
cuando la luna riela en las cascadas

remonto hasta lo etéreo el pensamiento,
que viste de *Ilusión* las áureas gasas.
Y pienso, muellemente reclinado
sobre un viejo diván de mi covacha,
que no vibran las cuerdas de mi cítara,
juguete de la estúpida canalla,
y luego cabalgando con locura
sobre el bruto gigante de mis ansias
pretendo investigar á toda costa
los misterios perennes de las almas.
Entonces con la sien calenturienta
por la valla que ofrece la ignorancia
retorno á meditar en mis dolores,
asilo sempiterno de las lágrimas...
Deliro y no desmayo porque tengo
la broncínea firmeza modelada
del pecho en las calderas donde crece
gigántico el amor: ¡augusta llama!
y en medio del terrífico y grandioso
turbión abrumador de mi desgracia
la fama colosal será mi novia:
me atraen los perfumes de la palma.
¡Adelante! ¡adelante! Dios me ha dado
el Fénix inmortal de la esperanza!
¿Soñar y combatir es mi destino?
Lo acepto, la batalla no me espanta:
Yo soñaré estupendas ovaciones,
lucharé por burlar á la gentualla,
pues dicen que entre sueños y combates,
blasónicos, adornan hoy sus arpas
los bardos, con laureles de la cima
y á mí la prepotencia no me falta...
Yo tengo para el Zoilo que se mofa
un torrente de negras carcajadas
con el rojo estampido de los truenos
que en una tempestad se desataran!

José López de Maturana,
Argentino.

Buenos Aires, Abril del 1900.

« SUEÑO DE ORIENTE »

Ha llegado á nuestra mesa de redacción el libro de Roberto de las Carreras, titulado « Sueño de Oriente ».

Nada dice tanto del finísimo sensorio, y de ese refinamiento quintaesenciado del autor como la forma en que presenta su libro. Presentar el champagne en diminuta copa, de cristal de Bohemia, equivale á presentarse el mismo obsequiante en persona.

Un vestido es á veces un hombre, ha dicho un filósofo. La confección de una obra acusa la confección de un espíritu.

Roberto de las Carreras es un sibarita, que sienta mal en el rebaño burgués de nuestros literatos. En materia de presentación, todo queda encomendado al sastre ó al tipógrafo, en una sociedad que está todavía por hacer el aprendizaje de lo hermoso, y que se escandaliza con el advenimiento de lo nuevo. Los espíritus viven apretados en sus moldes viejos, como los dátiles en sus cajas, y semejantes á ciertas flores exóticas, que se marchitan en cuanto les da el sol, se encogen dentro de sus viejas garitas apenas oyen hablar de innovaciones y de viajes largos. La broza de la cursilería abunda en nuestro campo, y en materia de arte y de *confort*, preciso es confesarlo, hay todavía quien gusta habitar una casa que tenga la cocina pared por medio del excusado.

Las sedosidades del guante sientan mal al cutis áspero y rugoso de quien no ha nacido en el compartimento social más elevado, y viene al caso decir con Vigny que hay dos educaciones en la infancia: la de la inteligencia y la del gusto; la primera nos enseña á predicar en una tribuna y la segunda á sentarnos en una mesa.

Creemos hallarnos en la verdad al relacionar lo dicho con lo que ocurre en materia de civilización estética, siempre que un escritor ó artista cualquiera, esgrimiendo un carácter ó una modalidad, aparece en medio de la plebe rutinaria de nuestro mundo.

Se hace difícil el triunfo de lo anticonvencional y lo revolucionario, y Roberto de las Carreras debe nadar como Byron para cruzar ese Helesponto de egoísmos y de envidias, que le saldrán al camino, cada vez que, sin hacer caso de las prevenciones de los

cobardes, se arroje audaz de la roca de Decaulión al mar de la publicidad, sonriendo con desdén á cada bofetada de las olas, y mirando en el fondo del peligro, que amenaza tragarlo, el cielo que se refleja de su gloria futura.

«Sueño de Oriente» constituye la nota artística más anticonvencional posible dada en el pequeño teatro de nuestra literatura.

Todo en él es nuevo, pomposo, arrogante y sutil. Es una orquídea de prismáticos iris en medio de nuestros sencillos jardines poblados de margaritas, si á esto agregamos que la orquídea ha sido arrojada por una odalisca y no por un ángel, lo que no quita, en modo alguno, que puedan ser ángeles en sus paraísos las hijas de Mahoma.

Contemplamos el libro que, como diminuto misal de un ensueño infantil, se presenta á nuestro espíritu ¿Es una monería, un Cupidito, una historieta de Perrault, un calendario de ruiseñores, una sorpresa de día de Reyes, un cuentecillo de duendes del Harz?—No—no es nada de lo dicho; tiene toda la atracción del ángel malo; esplende y quema como la túnica de Neso; brilla y corta como el diamante; es la falsa pitonisa; es la rosa que esconde el áspid de Cleopatra.

Leed «Sueño de Oriente». Bueno es que sepáis cómo se toma el veneno con arte, y cómo se os ofrece la muerte en copa bizantina. Borgia es artista y no verdugo. Roberto de las Carreras no es pecador, y si lo fuera, obtendría el perdón del dios del Arte. Es un apóstol que viene de muy lejos, de la Metrópoli de la lujuria.

Las ninfas elegantes de los lagos de Versailles le han sonreído alegremente. El Wateau de los pajes y de los abates le ha coloreado el alma.

Viene impregnado de galantería borbónica y de almizcladas atmósferas de Stambul. Las cortesanas de Baltasar danzan á su alrededor, y en fantástica litera, pasa revista á las hetairas de imposibles serrallos. El pecado es para él belleza y la belleza moralidad.

Contemplemos su obra.

Goby nos presenta el modelo de la elegancia, la mujer *única* dando la espalda al montón anónimo y contemplando, desde la playa, el mar infinito. El libro es garboso y aristocrático como un guante. Vestido de gran etiqueta, ligero y ágil, dijérase que su pensamiento es volar cuando se halla en las manos del lector.

Dos lazos níveos, á manera de corbatas de recepción, ostenta en su frontispicio, y hay tal primor en ellos que, sin querer, se piensa en unos dedos rosados de modista parisiense que se deslizan acariciadores é inquietos como mariposillas, traveseando alrededor de un jazmín. Sin embargo, á nuestro juicio, Roberto de las Carreras no dió, ó no quiso dar en el blanco, en lo que atañe á la fachada de su poema sensual. Hubiéramos querido ver á la bañista coqueta y encendida, echada indolentemente sobre la arena, en esa hora discreta del crepúsculo matutino, ó andando « como un gran lirio », ó como diría el poeta, semejante á una aurora de primavera saliendo del baile de los gnomos negros, y bebiendo el último sorbo del sueño de sus lujurias.

La heroína, entonces, hubiera sido el deseo humanizado del autor del libro ; hubiera sido su insomnio devorador ; la fiebre que se le introduce hasta los huesos como un veneno de cantáridas fogosas en el reflorecimiento de sus apetitos ; hubiera sido su Popea de brazos como serpientes blancas y de ojos de pantera irritada en época del celo.

Al menos, nos hubiera obsequiado, en consonancia con el título de la obra, con la heroína elegante de pantuflas de paño de Smirna y velo transparente que salvó á don Juan, apareciéndosele en la soledad de su desfallecimiento y convidándolo á posar su cabeza en las tibias almohadas de sus senos.

El autor,—ya que por su idiosincracia, es lo que daremos en llamar un tipo; que no se acoquina ante los tragalcones de la crítica de monasterio; que se ríe compasivamente de nuestra castidad social; que es filoso y audaz como un estileto; que tiene como Byron *doble lengua* para hablar; y que, estamos seguros, entregaría su alma al diablo á condición de conseguir su presa,—se ha mostrado el *dandy* y no el hombre, y cualquiera que mire la fachada del libro—ya profese la estética de Taine ó de Brunetière—y examine luego su lujoso interior de alcoba turca, convendrá con nosotros que se trata de un producto híbrido, deplorando, en buena lógica, que la pompadour, ornada de *chryssanthèmes*, haga, hipócritamente, la presentación de Afrodita que esconde bajo un peplo de tul aéreo sus *crepitantes* carnosidades, como florecidas tuberosas del trópico, y que, para el artista enamorado, son voluptuosos modelos de

una concupiscente geometría que abarca todo el problema del placer inexhausto y del infernal emporio de los faunos.

Elegancia y sensualidad. Estos dos atributos, que forman la conjunción sublime de los atractivos de Sapho, componen el tejido mórbido, blanco, consistente y elástico de tan hermoso libro: es Citerea bañada en champagne; es una bacante de Pompeya mirándose en el espejo de una cisterna. Hay algo de cínica ingenuidad y de orgullosa franqueza en esas páginas zahumadas con mirra de harenes, y escritas con sangre de cinamomos.

El lúbrico siroco de las pasiones pasa por ellas evocando besos y abrasando virginidades consagradas. Se imagina el lector las sacerdotizas de Roma, meciéndose en los triclinios, con los senos repletos de jugos, como uvas exuberantes; y también las Sabinas pecadoras, que escancian el Salerno, enseñando las combas sonrosadas de su carne, como horizontes de nieve—y, por último,—al tropezar con la protagonista—almenada, fuerte de una sola pieza como los escudos antiguos,—sueña con la gacela israelita, con la hermosa Susana, desnuda como un lirio y blanca como una luna de Junio, al ser sorprendida en el estanque por aquellos dos viejos verdes, que se nos figuran sátiros con barbas de macho cabrío y uñas de buitre carnicero.

Abramos el libro. Desde las primeras líneas aparece el *yo*. Roberto de las Carreras ha querido aplaudirse antes que lo censuren. Es el viejo procedimiento romántico: el que se exalta será exaltado. El dueño de casa se sirve antes que las visitas. Es lo más descortés posible. Sin duda, habrá querido imitar á Bonaparte en la corte de Berlín. El espíritu individualista aparece erguido como los célebres leones esculturales de las puertas egipcias. Para interesar, dice Lamartine, hay que hablar de uno mismo.

Si se llamara pedantería lo que es naturalidad en Roberto de las Carreras—no dejaría de ser la insolente pedantería del talento, como dice el autor de «El Pirata» y, desde luego, es mejor perdonarle sus inocentes extravagancias. Nadie confunda, decía el primer satírico de nuestros tiempos, el orgullo del oro nobiliario con el de la mica plebeya.

Examinamos la factura; nos detenemos en sus páginas; pecamos como la mujer de Lot; reimos, y, por último, el fallo emerge sobe-

rano de la evidencia superiosísima que se alza, como bandera de victoria, en toda la extensión del libro.

Nadie busque psicología, ni trabazón, ni unidad clásica, ni seriedad metafísica, ni complicado subjetivismo, ni clínica literaria, ni descubrimientos de vocablos, ni aparatosas decoraciones decadentistas, ni tragicómicos desenlaces. Nada de eso. Lejos del cenáculo, de la mesa de anatomía, del modelo escolástico, del reclinatorio del templo, del afectado ceremonial, nos hallamos en la calle, en el paseo, donde se vive la vida libre de la comunidad, donde pastan los ojos lúbricos, donde provocan las caderas electrizadas, donde las «tiendas reales» de los senos, invitan á que descanse la caricia ardiente, donde el cimbreo conquista, y el movimiento toca á rebato para las saturnales del placer.

Roberto de las Carreras ha triunfado, porque ha descubierto lo que nos ha descrito tan admirablemente. Su libro es estrignina en copa de oro. La flecha se halla escondida bajo el espléndido plumaje de un estilo, que ha dado la nota más alta, de dos años á esta fecha, entre todo lo que han elaborado nuestras jóvenes inteligencias.

Soberbio es su estilo. Perdonándosele algunos defectos de armonía—que se notan en ciertos pasajes de su libro, y uno que otro crujimiento en que se hunde la frase—defectos bien insignificantes—por cierto—y haciendo alcanzar esa indulgencia al escrupuloso pulimiento y exagerada presunción de los períodos, que dicen, á voz en cuello, que han sido trabajosamente humillados por la lima y el cincel—no se puede exigir nada más hermoso y brillante. La frase es acerada; el período es redondo, musical, lleno, marmóreo, estatuario. Benvenuto Cellini ha burilado en su taller de escritor. Prestóle Flaubert su diosa para que le sirviera de modelo. Los períodos, tirados á cordel, marchan á compás de soberbios redobles y de sinfónicos golpetazos, rematando en hemistiquios de oro: como la estatua de Memnón, retumban; como las olas que Ossián rimó en sus estrofas, cantan.

¡Cuánto nervio, cuánta fibra, qué contextura! No hay un ángulo que desencarrile la frase; no hay un tono que chille. El sonámbulo de «Espirita» le prestó su paleta de mago del país de Iris.

Su fraseología es una ubre de monstruo mitológico; su imaginación sonríe como un trópico enflorecido.

Imagen de la fecundidad —como dice Musset—de las palmeras de Argel, con sólo agitar su abanico, de reina oriental, puebla el desierto de magníficas esmeraldas.

La segunda parte del libro nos parece indigna de su alojamiento. Ocupa un puesto servil y poco decente, obligándosela á oficiar de portamisivas en diplomacias escandalosas, que, como ciertos usos domésticos, deben hacerse á escondidas. Por lo demás, es oir una copla de guitarra después de una orquestación soberbia. Aún atendiendo á la forma literaria, el contraste resulta desfavorable para el autor, quedando, como quedan, de los principios de la lectura, las resonancias de bronce agudo de ciertos párrafos en extremo acariciados—y ese olor á peluquería de lo que lleva en sí, perfumes diferentes y derramados á profusión—que es lo que hemos hallado también en otras obras que han precedido á nuestro libro y de las que se diría que acaban de salir de las manos del *coiffeur*.

Del punto de vista moral y sociológico, la obra constituye una afrenta al pudor de la sociedad; el autor se calza los guantes para abofetearla, y como si se tratara de los viejos castigos de cuartel, hay música y hay crimen al mismo tiempo.

Lo que se dice del primer poema épico de la Francia, viene perfectamente al libro de Las Carreras: « habría que enseñarlo cubriéndose el rostro de vergüenza ». El mismo autor confiesa su delito, refiriéndose en su jactancioso ofrecimiento, á la sociedad en que vive. Tanto cinismo merece perdón—hay que exclamar con el águila de Ferney, cuando habla de un condenado á muerte que en sus últimos momentos brindó por sus víctimas y por la prosperidad de Satanás.

Roberto de las Carreras ha ornado su libro para que millares de verdugos lo arrojen al fuego, como antiguamente en la India se enfloraban las mujeres destinadas al sacrificio. Y á fe que no merece honra más luminosa. La indignación de los cónyuges brama como *la impotencia de los eunucos*.

Nosotros aconsejaríamos eso mismo, es decir, que se lea pero que se queme como esas figuras que, sin sentir frío, corren desnudas de mano en mano, hasta que llegan, sin que se sepa cómo, al elemento de Plutón.

Que se les corone, pero que se les destierre, decía el gran idea-

lista de Atenas, refiriéndose á los hijos de Apolo, y lo mismo habría que decir de « Sueño de Oriente ».

Su autor nada respeta; sólo se habla y se escucha á sí mismo. Es un fotógrafo del pecado que sorprende los sagrarios más misteriosos del cuerpo y los exhibe luego sin trepidar. Es el diablo concebido por Heine, que no es feo, cornudo ni cojo, sino que viste frac de caballero de aventuras y se codea, á cada paso, con todos los ángeles de... Montevideo.

La juventud está ebria con su propia sangre y ciega con su propia luz.

Roberto de las Carreras, estamos seguros, que cambiará algún día de rumbo, anclando—á la hora crepuscular, cuando las ideas nadan tranquilas como cisnes en la soledad del espíritu, y el corazón derrama las melancólicas armonías de un órgano—junto á esa playa donde las olas mueren en silencio, como los niños, coronadas de polvo de jazmines como los viejos. Entonces producirá algo útil, algo serio, algo que no perezca, algo que, como « Sueño de Oriente », no sea un juguete para los que han vivido y una piedra de escándalo para los que comienzan á vivir.

Evolucione enérgicamente si no quiere cargar con el anatema que Macaulay fulmina contra los haraganes del talento que se pasan la vida chupando caramelos y guiñando á los astros. Aborrezca el precepto envenenado del *Magister*: « tiempo hay para ir al sermón ó á casa del boticario ».

¡ Amigos de hipocresía, acompañadme en el acto de celebrar el sacrificio de un libro el más inmundo y el más hermoso que se puede ofrecer á Satanás!

El fuego arde como una venganza. En espiras invisibles de profanado incienso, rodará el sueño de un mago del estilo y de un iconoclasta de la moral, hasta ser recibido en pebeteros de Sybaris por encantadoras huríes de eternas virginidades.

Cuando el libro esté ardiendo, creeremos que están á nuestro alrededor: Phrinea, Aspasia, Galatea y Bice.

Julio Herrera y Reissig.

SECCIÓN CIENTÍFICA Y MILITAR

EL DINAMISMO SOCIAL

Ningún lector, por poco al cabo que se halle del activo movimiento científico que hoy se observa en las ciencias sociales, ha de encontrar fuera de sitio en esta Revista, las consideraciones que voy á exponer, al correr de la pluma, sobre algunos tópicos que han sido objeto de mis estudios y reflexiones durante el año universitario que toca á su término. ¿Quién, que no fuera uno de esos espíritus prevenidos, uno de los tantos detractores, inconscientes ó interesados, de los modernos métodos de indagación y de análisis se atrevería á sostener que los problemas planteados por los cultores de la filosofía social son *res inter alios acta* para aquellos que aplican su atención á la Sociología criminal, orden de conocimientos de novísima constitución; pero elevado ya al rango de verdadera disciplina científica, merced á los diligentes y fecundos trabajos de los Ferri, Colajanni, Gori, Vaccaro y Turati, para no citar sino á los italianos que más han descollado en esta materia?

La Sociología, sin duda alguna, es una ciencia naciente; el retoño más joven, tal vez, en el árbol del saber humano. Hállase, en estos momentos, en pleno período de formación y desarrollo; se está recién delineando, y sus contornos son todavía vagos y mal definidos. Todo su contenido está en discusión: su concepto, su objeto, sus principios, su límite, su método. Todas sus teorías, todas sus hipótesis están controvertidas; y aunque algunas de las divergencias versen más bien sobre las palabras que sobre las ideas en sí mismas, es lo cierto que la disparidad de las opiniones y la multiplicidad de los puntos de vista constituyen un verdadero laberinto á través del cual se hace á veces muy difícil orientarse y encontrar el sendero que conduzca á la puerta de la verdad.

Ciencia que tiene por objeto estudiar la estructura y el movi-

miento de las sociedades humanas (Comte); exposición de las leyes generales según las cuales las sociedades humanas, grandes ó pequeñas, se forman, se mantienen, se transforman ó perecen (Levasseur); descripción sistemática y explicación de la sociedad considerada como un todo (Giddings); investigación de las leyes de la vida en sociedad, de las formas que esta vida puede tomar y de la sucesión de esas formas (Fouillée), la Sociología arranca su razón de ser y su derecho á la existencia autonómica de una necesidad imperiosa é ineludible de la mente humana: la de coordinar y unificar las verdades conquistadas por las diversas ciencias, sobre todo aquellas afines, no sólo para facilitar la transmisión del saber, sino como medio de acrecerle, de hallar nuevas verdades, sugeridas por estas útiles confrontaciones, evidenciadas con motivo de este intercambio de materiales y de servicios que mantienen las ciencias entre sí y que es mayor y más provechoso cuando tiene lugar entre las ciencias particulares y la filosofía de esas ciencias.

Las ciencias sociales particulares, la economía política, la lingüística, la ciencia de las religiones, la criminalogía, etc., se ven precisadas, y no podrían dejar de hacerlo, á aislar los fenómenos que estudian, á mutilar la realidad considerándola sólo bajo uno de sus aspectos, á contemplar, como se ha dicho muy bien, una sola de las caras del gran poliedro social; procedimiento cómodo y conveniente, desde cierto punto de vista, pero peligroso y ocasionado á falsear los hechos, desde otro. De ahí la necesidad de controlar unos con otros estos estudios, de suyo parciales é incompletos; de ahí la necesidad de considerar todos los hechos sociales en la interdependencia que guardan, en sus acciones y reacciones recíprocas; de ahí, en una palabra, la necesidad de una ciencia superior, que recoja los resultados más importantes de las ciencias sociales particulares, que los sintetice en principios más generales, y que arribe, de este modo, á la determinación de las generalizaciones más amplias de que sean susceptibles los hechos sociológicos.

Negar la existencia de la Sociología general, en virtud de las consideraciones que aduce el señor Leroy Beaulieu en su gran tratado de Economía Política, que todo lector ilustrado conoce, ocúrreseme tan ilógico y absurdo como sostener la inexistencia de la Biología y su inutilidad manifiesta en presencia de los resulta-

dos de detalle obtenidos por la Anatomía, la Fisiología, la Botánica y la Zoología.

Para contestar esas objeciones bastaría recordar la complejidad de los fenómenos sociales y su reconocido enmarañamiento; bastaría indicar que existen leyes de coexistencia en los hechos de que es teatro la sociedad y que las diversas manifestaciones de ésta son siempre correlativas. Así, las tragedias de Racine y la Corte de Luis XIV, como se ha observado por alguien, son fenómenos interdependientes y cuya explicación es menester buscar en la acción de unos mismos factores. Dependen, ambos, del estado de los espíritus, del « clima histórico » de la Francia del siglo XVII, siendo á su vez ese estado y ese clima el resultado del concurso de condiciones distintas, del encuentro de corrientes sociales, procedentes de lugares y tiempos remotos, que han venido á tener su confluencia en el país y época indicados. Combinad el genio galo, las influencias cristianas, el renacimiento del espíritu pagano visto á través de las artes y ciencias de la antigüedad, las tendencias centralizadoras de la edad moderna, el despertar del pensamiento científico que inicia sus primeros pasos en la vía de los grandes inventos y descubrimientos, el refinamiento de las costumbres, los progresos de la cultura y su difusión por medio de la imprenta y del teatro: en suma, los mil elementos de toda clase contenidos en la atmósfera moral de esa sociedad, y tendréis una idea de las causas directoras y propulsoras de los movimientos que experimenta y de las transformaciones que sufre en sus entrañas.

Antonio Dellepiane.

Buenos Aires, 1900.

(Continuará).

INSTRUCCIÓN MILITAR

EN LOS COLEGIOS DEL ESTADO

Al dedicarme á llenar algunas carillas de papel, para escribir sobre cuestiones militares, no me lleva otro interés ni otro deseo que cumplir con un deber patriótico: demostrar de una manera

clara y evidente las deficiencias que se notan en nuestro ejército, al mismo tiempo que marcar el sendero á seguirse para llevarlo adelante, en beneficio no sólo de la institución militar, sino también de los intereses nacionales en general. De esta manera creo pagar la deuda de gratitud que le debo á mi patria por el humilde puesto que me cabe el honor de ocupar en el ejército uruguayo.

Al hacer estas declaraciones espontáneas de mis ideas para con el Ejército, sólo es significando que aún cuando no pasan por el momento de proyectos todo lo que se escribe y se manifiesta á ese respecto; sin embargo la semilla queda sembrada, y si el terreno alguna vez se presenta fértil, tiene que germinar y producir, cumpliéndose entonces los legítimos deseos y las soñadas ambiciones de poder presenciar el ejército de nuestra patria á la altura que se merece por sus tradiciones y sacrificios, que tantos lauros le han conquistado enel campo de batalla.

No hay que desanimarse en la empresa asumida, muy lejos de ello; la constancia y confianza en el éxito deben ser los guías que tienen marcado nuestro camino en la vida militar, en la seguridad que cumpliendo ese lema alcanzaremos, más tarde ó más temprano, el aprecio y reconocimiento de los elementos superiores del ejército.

Nunca como ahora se han visto publicados más artículos sobre cuestiones militares, interpretando perfectamente puntos de esencial importancia para la cimentación de la reforma del ejército; se ha tratado el reclutamiento bajo distintas fases, según la manera de hacerlo práctico en nuestro ejército; comentarios sobre la táctica en vigencia; reforma militar; montepío, etc., artículos que demuestran claramente la buena voluntad de que están alentados sus elementos, y esto que parece pudiera pasar inadvertido ante el propio ejército, es el preámbulo de lo que tendrá que suceder forzosamente más adelante, cuando las necesidades lo requieran, por el adelanto que al igual se sucederán en los demás ramos de la administración pública. No será predicar en desierto, siempre que no cunda la desanimación y la fuerza de voluntad para luchar hasta el fin.

Siguiendo, pues, nuestro plan establecido, vamos á tocar hoy un punto muy importante por cierto, que aún cuando á primera vista

parece un imposible, ó cuando menos un absurdo pretenderlo llevar adelante, por la resistencia que pudiera encontrar en algunos padres, en la forma que lo concebimos, completamente pasiva, no creemos que pueda ser motivo de tal, por parte de aquéllos.

Es ésta introducir en los colegios del Estado la instrucción militar, que comprende el reglamento táctico actualmente en vigencia en el ejército de la República.

Decimos que en la manera concebida no encontraría dicho proyecto dificultad alguna, porque así como en la actualidad se les enseña ciertas evoluciones y movimientos que no llevan otro fin que ejercitarlos para desarrollar sus condiciones físicas, presentando un efecto más ó menos agradable á la vista del espectador, igual podría enseñársele esas evoluciones y esos movimientos con sujeción á un reglamento especial, que sería el militar, máxime cuando ese reglamento en su parte primera, no ofrece mayor dificultad.

Hay muchos movimientos de los que actualmente efectúan nuestros educandos, que requieren más atención para su ejecución que muchos de los que prescribe el reglamento táctico. Si se le ha de enseñar á un alumno á practicar un giro, una media vuelta, marcha ó contramarcha, ó una evolución cualquiera en la forma que se hace hoy en los colegios, cuyas explicaciones poco claras son lo suficiente para que lo comprendan y lo efectúen con toda corrección, ¿por qué no se les puede enseñar á efectuarlo militarmente, bajo la misma voz de mando, cuando esa especial instrucción no requiere mayor conocimiento ni mayor inteligencia que la empleada para la primera instrucción?

No vemos en esto un imposible, pues no seríamos en ese caso el primer país del mundo que lo efectuaría. Norte América lo ha hecho y lo hace; en Europa es general, y nuestros vecinos del otro lado del Plata lo han practicado con completo resultado práctico.

En esa forma tendríamos adelantada la primera instrucción del futuro *guardia nacional*, y traería como inmediata consecuencia una simpatía marcada para el ejército entre las nuevas generaciones que se viniesen sucediendo, porque sabido es la buena acogida que tiene en el elemento juvenil todo lo que tiene algo relacionado con cuestiones militares.

Sería una gimnasia perfecta la que se practicaría reemplazando el tradicional palo y la maza, que actualmente se usa, por un fusil de palo semejante al usado en nuestro ejército, cuyo peso podría graduarse según las edades de los alumnos, y cuyo costo no recargaría más el erario que lo que se emplea para el elemento que hoy está reglamentado.

En Montevideo no sería tampoco la primera vez que se viera un batallón colegial, perfectamente organizado, recorriendo sus

Jaime F. Bravo

calles. Si la memoria no nos es infiel, don Francisco Buquet, siendo director de un colegio particular, había implantado ese régimen que le dió un éxito completo, al mismo tiempo que despertó entre sus alumnos un entusiasmo muy marcado por el ejército.

Sería uno de los medios prácticos, de hacer crear una corriente

de simpatía para la carrera de las armas entre el elemento nacional, simpatía que hoy no existe, siendo así que, salvo raras excepciones, vemos acudir á nuestros cuarteles solamente á los paisanos, los que mediante la prima de enganche se comprometen á servir, no por vocación ni cosa parecida, sino por el interés pecuniario, que destruye completamente todo lo que sea verdadero espíritu militar.

La manera cómo concebimos esta idea, de práctica aplicación en nuestros colegios de varones, es la siguiente: estaría á cargo de oficiales del ejército y divididas en los diferentes grados de los colegios, según la edad que se requiere para su ingreso. Así, por ejemplo, á los de primer grado correspondería la parte de instrucción del recluta sin armas; á los de segundo grado, del recluta con armas é instrucción de compañía, y á los de tercer, la de batallón.

Esta instrucción de infantería sería fácilmente comprendida y aplicada, por cuanto la de artillería y caballería, por su material ó clase montada, no sería practicable, á no ser que se les diese la instrucción pie á tierra en el segundo caso.

Dispuesta en esa forma esta parte de la educación escolar, á los diez años de instalada podríamos reconocer su importancia, máxime si por cualquier motivo tuviésemos que movilizar la guardia nacional, cuya instrucción estaría ya hecha.

No creemos, pues, una idea irrealizable la que dejamos sentada, y sus ventajas no escapan á los que piensan que no siempre la soberanía nacional descansa sólo en el ejército activo en tiempo de paz.

Aquí precisamente donde la teoría del servicio obligatorio no puede ser aplicable, sería el único medio de tener soldados más ó menos instruidos llegado un momento dado.

Confesamos que la idea no es nuestra solamente, pues ya con anterioridad la había tenido en cuenta un compañero nuestro, el Capitán Dufrechou, en su meditado artículo sobre organización militar; pero si reincidimos sobre ella es para pretender llamar la atención de las autoridades escolares con el fin de hacerla práctica en nuestros establecimientos de enseñanza.

Quizá estuviéramos en un error al alimentar tales ideas y propósitos; pero, á pesar de todo, otros antes que nosotros, con más

antigüedad de nacionalidad, lo han puesto en práctica palpando de cerca sus beneficios.

Jaime F. Bravo,
Teniente 1.°.

Montevideo, Abril 2 de 1900.

CONSEJOS Á UN RECLUTA

Te has determinado á ser soldado y me pides consejo, estimado Raul, consejo que no he de negarte y que deseara darte tal cual te lo mereces y con arreglo á la importancia del asunto. Perdona, si tu joven y entusiasta imaginación, al par que tu clara inteligencia, no hallan en estas líneas, sino la lección de un viejo soldado, que si alguna experiencia tiene, si algo recogió en su rutinaria labor, ni aún eso sabe expresarlo con la claridad y la elegancia que tienes derecho á reclamar.

Tu abuelo, por quien sabes sentí siempre veneración profunda, era uno de aquellos viejos soldados incapaces de usar de mala fe ni de la mentira, y que tenían levantado en su corazón un pedestal de amor á su tierra, de amor á la libertad é independencia, por cuyos grandes sentimientos habían batallado durante los mejores años de su vida. Hombre de verdadero temple, capaz de los actos más heroicos y más audaces, cobarde sólo ante el deshonor, era el primero en el cumplimiento de las órdenes, el último en abandonar el campo de batalla cuando la ingrata suerte daba la espalda á su pendón; inflexible con los que faltaban á sus deberes de militares, de hombres ó de ciudadanos, severo con sus propios errores, el más humano con el rendido enemigo y el más cariñoso padre de sus descalzos y mal alimentados subalternos.

El orden y la severidad bien entendida, el castigo inspirado en el bien, en la justicia y la equidad, el sincero y noble amor á la patria, á la que honraba trabajando sus ricas tierras en los días de paz, el respeto de todos los derechos y el cariño al cumplimiento de todos los deberes, todo eso llevó al hogar de vuelta de sus campañas, al arrinconar la lanza que, con bravura sin igual, había

sostenido en los entreveros del Rincón, de Sarandí y de Ituzaingó.

En ese puro y hermoso ambiente se formó tu honrado padre, ese cariñoso y valiente ciudadano, á quien estrecho la mano siempre con respeto, porque ha conservado con religioso amor las sanas y austeras costumbres de tu abuelo, las costumbres en medio de las cuales has crecido vigilado por la severa, á la par que amorosa solicitud paternal y el espartano cariño de tu virtuosa madre.

Al ingresar á las filas no te despojes, querido Raul, de todas esas virtudes que en el hogar te amamantaron, que ellas son, también, la base y sostén de esa gran familia á la cual se llama ejército; no olvides las puras, á la vez que prácticas doctrinas recogidas de labios del maestro en la escuela; sigue siendo honrado por deber, porque no puedes dejar de serlo; ama á tus camaradas como á ti mismo, y á tus superiores como á tus padres; no desdeñes nunca la compañía de los primeros, antes más bien búscala siempre para aconsejarte de los que estén en condiciones de dar consejo, para adquirir mayores conocimientos y experiencia, para apoyar á los más débiles y unirte á los que defiendan el deber y la justicia, para asociarte á los que infundan el amor y el respeto á los superiores y camaradas, para volver al camino del deber y del honor al que lo equivocare y, si fuere preciso, para endulzar las horas del que, por haberlo equivocado, sufriere severo castigo; á los últimos no los esquives, tampoco, sino cuando buscaren un subalterno á quien premiar, pues si ha de alcanzarte el premio, que él sea concedido no sólo á tus méritos y afanes, sino también á tu sincera modestia.

No te he de recomendar que seas valiente, porque es cualidad de tu raza el no esquivar el peligro, pero sí he de decirte cómo ha de entenderse el valor en la milicia; este valor al cual los técnicos y los hombres de guerra llaman valor militar y desdeñosamente *de fila* los que no le han sentido nunca, reune condiciones especiales, dignas de estudio, de respeto y admiración; no es hijo de la cólera ni de la fatuidad, nace en la reflexión, en la conciencia del deber, y debe ofrecerse sereno, despejado y libre, sin vacilaciones ni atropellamientos, como si nada pasara alrededor de la persona que da muestras de poseerlo. El valor, no lo olvides, sólo has

de usarlo cuando las leyes escritas ó las del honor te lo mandaren; el valor rehuye la publicidad por lo mismo que es una virtud que exige grande abnegación y discreto uso: no digas jamás que eres valiente, pero muéstrate como tal cuando el deber te lo aconseje.

Al ingresar en filas te leerán la parte de las ordenanzas del ejército, en donde se hallan condensadas con toda claridad tus obligaciones y derechos, y las leyes penales creadas para reprimir las faltas y delitos, para conservar y proteger á la sociedad militar; penétrate bien de unas y otras y trata de ajustarte á sus mandatos ó previsiones para evitar las faltas que no son sino los preludios que anuncian la proximidad de los delitos.

Si cometieres mañana cualquier falta y vieres llegar hasta ti el inmediato castigo, no busques á la persona que te lo impone, recuerda sólo que la ley así lo establece, prométete no volver á delinquir y agradece la corrección, que va dirigida á hacer de ti un buen soldado.

La murmuración y la intemperancia son dos vicios á los cuales debes jurar guerra á muerte, porque en la milicia, más que en otra parte, es donde verdaderamente atentan contra todas las virtudes y toda estabilidad; huye, pues, de la murmuración y la intemperancia así como de la chismografía que es cualidad que distingue á los cobardes y los innobles; que jamás te acompañen tamaños defectos.

El honor, sentimiento útil á la conservación y grandeza de las naciones, cuyo lustre empañan la doblez, la debilidad y la mentira, es una de las cualidades que distinguen al hombre civilizado y sobre todo, al guerrero. Es tal su delicadeza, querido Raul, que no sólo se sujeta á las prescripciones de la ley, sino también á las de la más severa moral, pues la ingratitud, la intemperancia y la mentira, no castigadas generalmente por las leyes, son rechazadas por el honor.

El honor cuyos apoyos son el desinterés, la abnegación y la verdad, ha sido siempre la religión de los ejércitos honrados. Debe guiarte, pues, en todos los actos de tu vida, en los triunfos y la desgracia, en paz y en guerra, en tus alegrías y tristezas.

Los militares, Raul, no sometidos á las rígidas y elevadas leyes

del honor, no son sino, como dice un celebrado autor, «unos *bandoleros privilegiados* á quienes se debe arrancar toda distinción militar públicamente.»

Es, pues, el honor militar, la severa ordenanza dictada por la conciencia, la fuerte coraza que nos escuda de la maledicencia y el crimen, la religión que nos impulsa al cumplimiento de nuestros deberes y á la ejecución de los actos más abnegados, prohibiéndonos terminantemente los condenados por la ley, la humanidad y nuestras supersticiones ó creencias supremas. El honor nos obliga á morir en muchos casos, antes que rendir las armas, á caer despedazados al pie de la bandera y á no entregar una plaza, sino después de haberla convertido en un cementerio.

Ojalá te sirvan de algo, querido Raul, en tu vida de soldado, las reflexiones de este viejo

Sargento.

NOTAS DE REDACCIÓN

Con el modesto título de «Versos» ha aparecido un folleto de que es autor el inteligente joven Raul Montero Bustamante.

Poco, á la verdad, ha dicho la crítica sobre el mérito poético del libro que nos ocupa, y esto no es de extrañarse si se tiene en cuenta el personalismo convencional y casi mercantil que impera desde tiempos atrás en el expendio y consideración de las producciones artísticas. Los círculos comanditarios son fatales en literatura como en política. En la Jerusalem de nuestras miserias, los que no arrojan piedras combaten con el silencio. La indolencia egoísta por un lado, el espíritu de rivalidad por el otro y la algarabía de las pasiones por todas partes, impiden que se oiga el aplauso sincero y que el estímulo ejerza su acción benefactora. Aparece un libro, y si de antemano su autor no ha tenido la feliz habilidad de comprometer á algunos de sus amigos ó *compadres* de la prensa, para que no lo

dejen morir de inanición en los escaparates de las librerías, sin previo testamento ó sin los auxilios religiosos que lo consuelan con la promesa de una vida inmortal, muere solo, á la intemperie del desamparo, sin exhalar un ¡ay! siquiera, como un niño abandonado al azar de algún asilo, en noche de crimen y adulterio.

Esto ha sucedido con el libro de Raul Montero Bustamante, que entre los de su índole, es á nuestro juicio el más precioso que ha visto la publicidad en el presente año. Hemos hallado en él poesías de mérito, llenas de exquisita delicadeza, inspiradas en un sentimentalismo germánico de la más fina gracia. Cuando Montero se independice por completo del gran lírico de Dusseldorf cerrando las puertas de su espíritu á las brujas y duendes del Brocken, conociendo realmente el dolor humano, soñando menos con Hortensias, Jennys y Yolandas que con Eloísas y Lauras, dejándose atormentar como diría el cisne de *Traumbilder* por la espantosa enfermedad del amor, entonces, lo esperamos llenos de fe, sus estrofas heinianas se impregnarán de ese acíbar que á decir de su maestro dejan las olas del mar agitado bajo los párpados de las sirenas que sufren.

Omisión—En las décimas de Francisco A. Riu que vieron la luz en el número pasado de esta Revista, y que llevan por título « Resurrexit », se omitió la publicación de un verso en la 5.ª estrofa. Debe leerse así: « troque en tálamo floreal,—su macilento terruño,—y del arado al rasguño,—en el valle y el desierto », etc.

Recomendamos á nuestros lectores el hermoso trabajo de Carlos H. Mata, quien cuenta apenas veinte años y ya se destaca como un escritor de estilo propio, que maneja correctamente el lenguaje. « Una noche en Santa María », que así se titula el trabajo del inteligente joven, contiene trozos llenos de interesante originalidad, y nada, por decirlo así, en abundosas descripciones empapadas en el colorido más realista.

Mata es una hermosa promesa.

LA REVISTA

LITERATURA Y CIENCIAS

AÑO I—N.° 9 | Montevideo, Mayo 10 de 1900 | TOMO II

SECCIÓN DE LITERATURA

EL SACRIFICIO DE LA VIRGEN!...

Tu carne de virgen, tu desnudez casta.
será adorada por los hombres...

BÍBLICO.

La corola azul de un miosotis le recordaba en su ferviente misticismo las pupilas del Bautista; y las espigas, como una luenga barba rubia, ondulante y crespa, le traían rememoraciones de los versículos del Profeta; y así en sus peregrinaciones, en sus solitudes, buscaba divinos placeres, esperando momentos que jamás llegaban, cuando alguna imagen celestial, etérea, apareciese tras un peñasco de aquella majestuosa serranía de picachos monstruosos, y le dijese:

«Tú eres la elegida para interpretar al mundo mis venidas á la tierra. Pero nunca vió más que algún lagarto erectando el cuerpo en vigilancia astuta, ni oyó más que el rumor del viento al balancear las copas de los nopales».

Ella esperaba. No era vano haber leído casi todas las obras sacras de la modesta biblioteca del pueblo, renunciar las galanterías de los mozos, ser indiferente — esto era una verdadera penitencia — ante los extraños ojos de aquel vaquero de anchos hombros, pasear sus delirios místicos entre el silencio de los bosques, sorprender la imponente inmovilidad del gran pico nevado, — el cual, según leyenda del condado amaba á la luna, con la

cual celebraba sus formidables idilios las noches claras—y vestir castamente ancho ropón de franela roja que ceñido al cuello le cubría los pies, dejando tan sólo al desnudo sus dos blancas manos de rubia histérica.

Hacer un bien, un sacrificio á sus semejantes, probar á su alma que el amor debe ser siempre generoso aunque el martirio fuese un factor, sufrir por los hombres como sufrió el ideal de sus ensueños, y ya que su palabra era inútil, y todo pensamiento era estéril, salir de esta vida pura, toda virgen, llevando en la frente el halo de un milagro ó en la conciencia la luz de una buena acción. Y por eso rehusaba las tentaciones humanas, el abismo de las frases galantes, el precipicio de las fiestas mundanas, donde mujeres desvergonzadas enseñaban las alburas de un cuello ó las redondeces de un tobillo: cuando mostrar una pulgada de su carne lo consideraba como un paso seguro á las puertas del infierno!...

Tranquila, con su ancho hábito rojo atado con largo cordón negro, que le daba aspecto de un peregrino, en rizos rebeldes os crespos blondos, llenos de amor los orientales ojos turquinos, húmeda la boca de nazarenos labios, soñando escenas bíblicas, se fué perdiendo bajo la augusta sombra de los olivos de verdinegras hojas, sonrió á las alturas donde los picos de nieves eternas se afilaban como legión de gigantes de cascos blancos y conversó con la mariposa cardenal y con la cigarra esmeraldina.

Aquella mañana de Primavera le traía un presentimiento extraño, husmeaba tras los paredones, en los escondites de las zanjas, entre los apretados troncos de los perales y manzanos, hendía con la mirada la solitaria extensión de cielo impasible, escuchaba si alguna voz lejana le hablase por fin en aquel palpitante silencio, sólo turbado por el insecto que corría sobre las hojas secas ó por el rumor del río vecino.

Nada más sacro en aquel bello paisaje que la esbelta niña de quince años buscando en sus delirios de iluminada el milagro de Bernardette ó la acción generosa para su creída salvación de alma.

A la izquierda del bosque, entre dos murallones de tierra re-

movida, corrían las paralelas del ferrocarril chispeando bajo el gran sol, frías como inmensa sierpe, rectas atravesaban el río sobre alto puente de madera y se perdían por un tunel en la orilla opuesta, como si desflorasen con sus interminables extremidades las virginidades de los montes.

Una de sus pocas curiosidades humanas era, sentada al borde del puente, ver cómo los trenes de largas hileras de vagones desaparecían en aquel negro agujero camino de la vida, de la alegría, de las grandes ciudades donde el crimen y el pecado recorrían alcobas y tabernas, ciudades que ella anhelaba virtualizar, soñando con sermones en las esquinas ante auditorios convulsos de fe y prestos á la conversión más ciega.

Abriéndose paso entre zarzas y malezas, chafando las ramas con una vara de copal que á modo de bastón llevaba, descendió el terraplén hasta enfrentarse con el río de roncos graves, ancho, de oscuras aguas, un río con aspecto de mar, que después de recorrer millas rumiando sus amenazas, caía con estrépito en enorme lago de revueltas ondas.

De pronto se detuvo lívida, espantada, la tierra le temblaba, bajo el puente de formidables pilastras, corrían llamas azules, se enroscaban en los andamiajes, subían por entre los durmientes en cortinas escarlatas, los rieles rojos se doblaban, la maldición del fuego hacía crujir con ayes los sostenes de las paralelas y de cuando en cuando un leño chisporroteando, humeante, como una tea caía en el agua, crujiendo al apagarse, y negro, vencido, corría corriente abajo hasta desaparecerse tras la serranía.

Aquel silencio lo turbó como un grito de ave, el pito de un expreso que se aproximaba. Ella la iluminada, presintió el peligro: aquel expreso con sus vagones llenos de mujeres, de niños rosados, de ancianos abuelos en visita de sus nietos, novios en busca de sus adoradas, todo iría al abismo, y ella, débil rubia de quince años, era la única que podía salvar las muertes de tantas vidas. Correr á la cercana estación del guardaagujas — dos millas de distancia — era imposible: ya la tierra se conmovía con el cercano convoy, una pluma de humo se adivinaba en el horizonte, un puntito negro parecía la máquina y

siempre el pito con un largo lamento, con una queja, como una pregunta que ella sólo podía responder.

La buena obra había llegado, el sacrificio por la humanidad le iluminaba el alma. Dios le hablaba: Tú sólo eres la salvadora, tú eres mi elegida en la tierra para cerrar las puertas de ese abismo, tú, tan débil detendrás el paso de tanta fortaleza!

Y nerviosa, con una luz extraña en la mirada, se arrancó el largo ropón rojo, la saya interior, la camisa, todo, ató á la rama de nopal aquella bandera de peligro, y así enteramente desnuda saltó á la vía y se irguió como una estatua de alabastro delante del puente donde las llamas corrían rugiendo, mordiendo en el hierro, calcinando las pilastras; ondeó el girón rojo de sus vestidos como una heroica figura de ancianas edades.

El ingeniero la vió, vió el manchón escarlata que le avisaba la muerte, redujo la velocidad, afianzó las palancas, atacó el freno, abrió las válvulas y disminuyendo el impulso, el monstruo fué á detenerse á veinte pasos del abismo.

Entonces de todos los carros, por todas partes, saltaron ancianos de cabezas blancas, novios impacientes, madres espantadas, niños inocentes y cayeron de rodillas ante aquella blanca figura de virgen, con sus pechos de rosada piel palpitando como dos palomas, con sus brazos albos como dos alas, su vientre de doncella rosáceo y suave, sus caderas firmes y nerviosas, sus largas piernas de cariñosas curvas, vueltos los ojos al cielo en una infinita ternura de agradecimiento, una plegaria de gracia por haberla elegido para que en su alma resplandeciese la luz de una buena acción, aunque martirizando su pudor de casta, se mostrase toda desnuda ante una muchedumbre emocionada, ante los bosques espantados, á los altos picos hiératicos é impasibles, ella, la virgen, que no enseñaba bajo sus anchos ropones más que las blancas manos de rubia histérica, ella que concebía como desvergüenza un dedo de cuello ó una pulgada de tobillo, bajo aquel gran sol reverberante en las nieves de las altas cumbres, en las copas de los nopales, delante de aquel infierno de llamas que arrancaba los últimos pilares, mordidos, carbonizados, en una impúdica castidad, revelando sus gracias más secretas, sus carnes de hembra humana, sin cuidarse más que de cumplir con las palabras de su ensueño celestial:

— Tú serás mi elegida para cerrar las puertas de ese abismo, tú, tan débil, detendrás el paso de tanta fortaleza!...

Francisco García Cisneros,
Cubano.

New York, 1900.

PALESTINA

I

Despierta inspiración, alza tu vuelo
con la soberbia majestad del cóndor;
arrebata secretos de esa tierra
que el Jordán proceloso
arrulla con su linfa rumorosa;
ante el bello consorcio
de la Sacra Promesa
con el hombre creyente y generoso,
que en la virtud de su pesar sin sombra
en Dios, lo espera todo!
¡Tierra de Palestina! ¡Tierra santa!
Dadme el secreto de tu historia de oro
que arrebató á los hombres del abismo
profundo y tenebroso!

II

Era la noche inerme en que las razas
arrastraban su vida entre cadenas.
El martirio del alma: el pensamiento
vagando en las tinieblas
como el rayo de luz entre las nubes
en días de tormenta.
La humanidad dormía
el letárgico sueños de las fieras,
sin gozar en su entraña el sentimiento
de sublime grandeza!
Hasta que al fin llegó celeste aurora
precedida en la luz de blanca estrella
á despertar la humanidad sumida
en profundas tinieblas!

III

¿Qué voz sonora en el espacio vibra
que hace se inquiete el corazón del hombre;
que es más dulce y armónica y sonora
que el triste tañido del bronce?
¿Qué lenguaje difunde por doquiera
la esplendidez de un hombre
que al brotar de los labios

Luis Martínez Marcos

se agitan de placer los corazones?
¿Por qué brilla en el cielo aquella estrella
como si fuera el broche
del grandioso collar de tantos astros
que forman la diadema de los orbes?
¡Es que el mundo recibe entre las sombras
celestes bendiciones!

VI

Levanta el hombre su abatida frente
y alza su vista á la región del cielo,

y ve en su alma luminosa y bella
la majestad del Verbo!
La redención llegó de su caída
y su vivir protervo
han huido las horas silenciosas
ante el viril acento,
que canta el sacro nombre
del Redentor de razas y de pueblos,
que en Nazaret, de inmaculada virgen,
se agita tembloroso en níveo seno,
como el estambre de la flor temprana
del sol á los reflejos.

V

Palestina despierta alborozada
ante el rumor de cántico vibrante!
Las ramas de sus viejos tamarindos
y los soberbios sauces
que festonan sus ríos, y sus bosques
de verdes olivares;
y la cadencia armónica
del ruiseñor, el bardo de las aves,
confunden sus arpegios con el ritmo
de salmos inmortales
que de Belén, en mísero pesebre,
arrullan el amor de Virgen Madre!
—«¡La promesa de Dios, mirad cumplida!»
dicen voces triunfales.

VI

¿Dónde van esos magos silenciosos
cruzando valles y desiertos, mudos?
¿Qué secreto misterio los conduce
que marchan taciturnos?
De los pomposos reinos del Oriente,
cediendo á santo impulso,
que en sus almas despierta
blanca estrella que brilla en lo profundo
del firmamento azul; van anhelosos,
tras el divino anuncio,
hacia Jerusalem. Herodes tiembla
en Jericó, se inmuta y dice: «Al punto

buscad al niño, que adorarle quiero:
es El ¡el Rey del mundo!»

VII

Vuelven los magos á seguir su marcha
tras esa estrella que en el cielo brilla...
la placidez tranquila
del pueblo de David y en un establo
do la pobreza oficia,
con todos sus rigores,
está de Dios la Virgen Preferida
junto á José que adora al tierno niño
de radiosas pupilas...
Los magos se prosternan y le adoran,
y le ofrendan incienso, oro y mirra,
y tornan á sus lares transportados
de inefables delicias!

VIII

Cual siniestro volcán, que ruge, estalla,
cual impetuoso y desbordante río,
como tromba marina que atraviesa
el mar en raudo giro
como rumor de tempestad que vibra
en el rayo flamígero
atronador, inmenso
como todos los ecos del vacío,
se oyó un lamento, un llanto pesaroso,
el profundo quejido
de madres infelices al cumplirse
la sentencia del bárbaro judío,
del homicida Herodes, que anhelaba
la muerte de Aquel Niño!

IX

¡Oh pueblo de Israel! seguid las huellas
del Niño Luminoso—¡vedlo!—asciende
por los ásperos montes; no le inmuta
el rugir del torrente
ni el desierto sin oasis, ni rumores.
Marcha! No se detiene
ni en la noche sombría

en que el genio del mal reinar parece.
Avanza sin ceder. Lleva en su espíritu,
que ilumina su frente,
el destello de Dios y en su mirada
la ventura infinita resplandece
con el vivo esplendor y la grandeza
del que todo lo puede!

X

Bello como la luz de una alborada
del mes de Enero que los campos dora!
De ojos azules de mirar de cielo
que á la virtud provocan;
blanco y tan puro cual la flor del lirio,
de cabellera blonda
que forma de su frente
la clara y bella, diamantina aureola:
ved á Jesús, entre la turba ignara
de escribas y de ilotas
derramando cual ritmos de un salterio
la palabra de Dios que seductora
ablanda corazones, y los vicios
mundanales destroza!

XI

Sobre la enhiesta cumbre del Calvario
llevan al hombre de divina estirpe!
La ingratitud de un pueblo y la importancia
de óseo y negro origen,
le dan por premio á su virtud sin mancha
sentencia de los viles.
Y sufriendo el castigo,
al Padre Eterno condolido pide:
—«¡Perdón, por ellos, que el error les ciega!»
Piadoso les bendice,
y espira en gracia de su Dios divino!
¡Llora, por siempre, tu soberbio crimen
Jerusalem y eleva en tus altares
la oración que redime!

XII

Mártires de la tierra que arrastrando
vivís una existencia de desgracias,

alzad la frente, contemplad la imagen
bella, noble y sagrada
del hijo del Señor del Universo,
y veréis que las lágrimas,
las perlas transparentes
del martirio, dignifican las almas,
y el dolor fortalece y nos eleva
donde la luz irradia
en todo el esplendor de su hermosura,
donde perenne oficia la esperanza,
donde de Dios el galardón se goza
en la divina patria!

XIII

Volved, al seno de mi Dios, vosotros
felices inspirados de la idea;
que ostentáis en la frente resplandores
de la sublime ciencia,
y que arrastráis la vida en las zozobras
de mundana flaqueza;
cantad, en aureos ritmos
la sin igual y espléndida leyenda;
levantad vuestro espíritu á los cielos;
despertad la conciencia
de los dormidos pueblos y marcadles
de la felicidad la augusta senda
y entonces seréis grandes y acreedores
á inmortal recompensa!

Luis Martínez Marcos.

Santa Fe, Mayo de 1900.

BONAERENSES

Día espléndido de sol. Los relojes acaban de marcar las tres de la tarde, y las puertas cerradas de los *registros;* los tranvías rebozantes de endomingados pasajeros, que los invaden por asalto sin hacer caso del tradicional « ¡ está completo ! » de mayorales y aurigas; las destartaladas ó flamantes victorias de plaza, conductoras de verdaderas estivas humanas, deslizándose rápidamente sobre

el pavimento de madera ó de asfalto; los ciclistas de ambos sexos, que cruzan veloces como golondrinas gigantescas, aportando á la ensordecedora baraunda de los mil ruidos callejeros las notas chillonas de sus timbres y bocinas, todo anuncia que la ciudad está de fiesta y que su inmensa y heterogénea población se dispone á pasar una tarde de alegría y de jolgorio.

Un cielo intensamente azul y un ambiente otoñal, incitan á la movilidad y al esparcimiento.

A lo largo de la avenida de Mayo, á la sombra de los plátanos, y bajo los amplios toldos de los cafés y confiterías establecidos á ambos lados de la gran calle, un enjambre de pacíficos bebedores, correctamente vestidos, rodea las pequeñas mesas de hierro, verdaderos santuarios de Baco, en que el Dios Chopp recibe alegre y fervoroso culto...

Y es de ver el apuro de los activos *garçons* para contentar á sus numerosos parroquianos y prevenirse discretamente, sin herir susceptibilidades, sin *chocar*, contra los no pocos *calotes* de que se les hace víctimas, en represalia, tal vez, de la fastidiosa é ineludible propina.

Una incómoda turba de lustradores, billeteros, vendedores de cigarros, de flores, de revistas, y mendigos de todas nacionalidades y cataduras,—la mayor parte apócrifos,—se abalanza á cada transeunte, le cierra el paso, le asorda con sus gritos y lloriqueos y se aleja maldiciéndole ó haciendo alguna mueca truhanesca si no logra sacarle el *vento*, como se designa comunmente el dinero, en el argot de los *escrushantes* y *punguistas*.

El día es de Tartabul y Candelario. ¡¡Para hombres solos!!—grita el primero de estos dos héroes callejeros, poniendo, como al descuido, ante la mirada ruborosa de las niñas que pasan, un libro verde, de grabados casi pornográficos, mientras su rival le lanza, desde lejos, miradas fulmíneas...

En los muelles, diques y dársenas ha cesado casi por completo el ruido ensordecedor de los guinches, el vaivén incesante de carros, zorras y vagones, el hormigueo febril de hombres ennegrecidos por el polvo de la hulla y el grasiento ollín de los pescantes y locomotoras.

Los grandes *steamers,* los pequeños vaporcitos y las embarcaciones á vela, permanecen silenciosos y casi desiertos, apagados los fuegos de los unos, amarradas ó lacias las velas de las otras,—flameando en los altos mástiles los mil diversos pabellones,—y sólo uno que otro remolcador y los ligeros botes de paseo cruzan las cenagosas aguas del puerto, donde todo parece descansar de la ruda labor de una larga y activa semana.

Ruedas, émbolos, bielas, yacen inmóviles, como brazos de trabajadores dormidos, como miembros de cansados titanes.

Mil nombres exóticos, en su mayoría de mujer, ornan las popas y costados de esos inmensos trasatlánticos, « veteranos de cien tormentas », que pronto volverán á surcar Dios sabe qué mares.

En el largo *Paseo de Julio,* bajo los arcos de la vetusta y descostrada recoba, albergue nocturno de vagabundos y ladrones, lucen sus colores llamativos las banderas de los remates, los grandes cartelones de los gabinetes ópticos, de los fonógrafos, de las casas de compraventa (encubridoras de *punguistas*) y de los mil pasatiempos, *trattorias* y negocios distintos, abiertos al público á todas horas del día y de la noche...

Aquí chilla un órgano-piano una *milonga quebrallona,* que se baila á sí misma, al decir de un *canfla;* más allá suena un timbre eléctrico llamando la atención de los transeuntes hacia un fonógrafo de escandaloso repertorio; y de todas partes fluye un gentío inmenso, abigarrado, pintoresco, luciendo al sol las más variadas galas.

Flamantes y lustrosos chambergos de alta copa partida á la napolitana, sobre rostros encendidos por el *barbera;* boinas blancas ó rojas, volcadas de costado sobre caras amulatadas ó retintas; galeras de amplias alas aplomadas en forma de disco, por debajo de las cuales aparece reluciente y lacia la melena del *compadrito;* gorros griegos coronando testas calabrezas, en cuya bocas, torcidas por el uso del cachimbo, humean largos cigarros *de la paja;* botas deslustradas y alpargatas plebeyas, haciendo contraste con el reluciente borceguí, recubierto de blanca polaina, de algún soldado distinguido, y la zapatilla bordada de la joven inmigrante, que to-

davía conserva el amplio pañolón floreado, de chillonas tintas, y la saya corta de los valles nativos, indiscreta reveladora de la torneada pantorrilla; todo contribuye á caracterizar uno de los barrios más cosmopolitas de Buenos Aires, donde tampoco falta, á veces, la larga trenza china ó el pintoresco traje griego...

¡Inmensa, original amalgama de razas, costumbres, instintos y tendencias! ¡Viviente y poderosa levadura de un pueblo futuro, amasada con el humano aluvión de todas las regiones de la tierra!

Hacia el Sud-Este, entre el inmenso caserío de madera y zinc que forma la población semiflotante de *La Boca*, un público análogo al que acabamos de describir, confraternizando alegremente con la marinería de los mil ó más buques amarrados al largo malecón de piedra que, costeando casi todo el *Riachuelo*, va á morir más allá del *Puente de Barracas*, hormiguea, á su vez, por las estrechas callejuelas, ó llena los bancos y mesas grasientas de los innumerables almacenes y *trattorias*, á la puerta de los cuales, en inmensos sartenes calentados por hornillos de hierro, chilla entre la grasa humeante el pescado frito, que pronto irá á reunirse con el plato de *busecca*, las recién tostadas castañas y los cien alcohólicos menjurjes con que envenenan á sus anfibios clientes los taberneros de aquellos húmedos parajes.

De todos los almacenes y fondines,—servidos, en su mayoría, por mujeres,—parten gritos y carcajadas, acompañados de alegres ó melancólicas canciones en extraños idiomas y dialectos.

¡¡Cinque!!.. ¡¡otto!!.. ¡¡sei!!.. gritan por allá unos napolitanos, jugando á la *murra*, mientras un grupo de marineros ingleses canta el *God save the Queen*, entre sendos sorbos de cognac y de whisky.

Los retratos de Humberto y de la reina Margarita presiden casi todos los templos de Baco, al lado de la ceñuda efigie de Garibaldi, que parece mirar con mal gesto las continuas libaciones de sus alegres compatriotas.

Grandes grabados en colores representando al *Duilio* y al *Dándolo;* ahumados cromos, reclamos de otros tantos licores y aperitivos, y uno que otro espejo desvencijado, completan el adorno de las paredes.

« La Marianina » y « La Pinota » mezclan sus notas desafinadas, saturadas de vino, á los insípidos cantos del Norte y á los aires criollos más exageradamente *compadrones*.

Por todas partes domina la lengua del Dante, pero con más recortes y adulteraciones que los vinos artificiales de que ya hemos hecho referencia.

Una jerga infernal, semejante á la que menciona D'Amicis en las impresiones de su viaje á Constantinopla, hace las veces de idioma entre aquellas buenas gentes, indiferentes para todo lo que no sea interés ó negocio...

La tarde ha ido avanzando lentamente, y la ciudad empieza ya á envolverse en las primeras sombras de la noche, cuya negra vanguardia se apresta á batir los faroles de gas y las bombas eléctricas.

Las copas siguen llenas y por todas partes corre el licor que las camareras se encargan de escanciar entre risas y chistes.

Vino, juegó y mujer!... Vaya aprontando sus carillas la *crónica roja!*

Germán García Hamilton.

Buenos Aires, Mayo de 1900.

CONFESIÓN

En un álbum.

¿ Qué color prefiere usted ?

— El claro azul de la región lejana
Retratado sin mancha en mi bandera,
Y el tinte de la nieve en la pradera
Cuando al nativo guayacán ufana.

¿ Qué perfume ?

—Hay un perfume que mis gustos llena
Y es, el aliento de una boca amada;
Tan suave como «aroma de azucena
O de hoja de arazá recién cortada!»

¿ Qué flor ?

—La que llaman la «reina de las flores»
Porque aparte de ser pura y sencilla,
Ha prestado á mis sueños sus colores
Y ha dejado su fuego en su mejilla !

¿ Qué animal le es á usted más simpático ?

—La inocente torcaza que en los talas
De las patrias riberas ha nacido :
La que alfombra la caja de su nido
Con el blanco ropaje de sus alas !

¿ Qué color prefiere usted en los ojos y en los cabellos ?

—Yo sorprendo la aurora en dos pupilas
Donde la noche á reflejarse llega,
Y mi esperanza de futuro juega
De un obscuro cabello entre las hilas !

¿ Cuál es la más estimada virtud ?

—«Ninguna para mí más estimada
que la lealtad», me dijo con dulzura
La visión de mis sueños de ventura ;
Y yo adoro en la creencia de mi amada.

¿ Qué vicio detesta usted más ?

—De la vida en los múltiples caminos
Sembrados de placer y sinsabores,
Se cruzan sin descanso, tentadores,
El juego y la embriaguez : ¡ dos asesinos !

¿ Cuál es su ocupación favorita ?

—Tejer con *Ella* encantadores sueños
Bajo la cripta de la fronda espesa,
Donde pían los pájaros pequeños
Y pasa el agua que los ceibos besa !

¿ Cuál es, según usted, el ideal de la felicidad terrestre ?

—Un rincón solitario de mis lares,
Entre mirtos en flor, plácido nido,
Y el ideal de mis ansias adormido
Al arrullo feliz de mis cantares !

¿Cuál ha sido el momento más bello de su vida?

—Mi mirada en la suya confundida,
Confundido su aliento con mi aliento
Y callados los dos; ese momento
Fué sin duda el dichoso de mi vida!

¿Cuál el más desgraciado?

—Cuando veo con dolor que se desploma
El altar que elevé dentro del pecho,
Cuando el nido de amor quede deshecho
Por haberse ausentado la paloma!

¿Cuál es en el día, el momento para usted más agradable?

—El instante feliz que nos reunimos
Mi corazón y yo, y embelesados
Vemos morir el sol tras de los prados
Del risueño lugar en que nacimos!

¿Cuál es, según usted, la mayor desgracia?

—Que no llegue una lágrima piadosa
Ni una plegaria, ni una flor, ni nada,
Hasta el borde callado de mi fosa
Cuando termine la vital jornada!

¿Cuál es su principal esperanza?

—Una sola. La misma; la primera:
Darle mi nombre á la mujer querida:
Encontrarme á la página postrera
De la historia encantada de la vida!

¿Cree usted en la amistad?

—¿A las hojas de tu álbum entregara
En mis pobres y humildes confesiones
El secreto de todas mis pasiones
Si por acaso la amistad negara...?

¿Qué personaje histórico le es más simpático?

—Venero entre otros de gigante talla
Al que hiciera más grande su memoria
Descansando del peso de la gloria
En mitad de la selva paraguaya!

¿Qué personaje de novela ó teatro?

—Dance el noble y gallardo peregrino,
Aquel que en horas de la noche quieta
Encontró en los jardines de Julieta
El deseado final de su camino!

¿En qué país preferiría usted habitar?

—Más allá de la tierra idolatrada
Donde supe de goces y dolores
Y el Plata y Uruguay en sus rumores
Cuentan historias de valor, ¡no hay nada!

¿Qué escritor prefiere usted?

—Entre esencias conservo, y entre flores
Todo un poema de dichas y de encanto.
En él escribe por minuto un canto
El sublime escritor de mis amores!

¿Qué pintor?

—Por la tela mejor no trocaría
Las que pinta radiantes de belleza
En obscuro rincón de mi cabeza
Un genio original: ¡mi fantasía!

¿Qué músico?

—Sobre todos los músicos mejores
El concierto del mar y el de la umbría,
Está mi corazón, la melodía
De la inmortal canción de mis amores!

¿Qué divisa elegiría usted, si debiera tener una?

—Cuando bajar á la sangrienta liza
Me mande del honor, el grito rudo,
«Morir amando» se leerá en mi escudo,
Y «amar hasta morir» en mi divisa!

¿De qué paraje conserva usted el más agradable recuerdo?

—De una glorieta que tapiza un velo
Tejido de heliotropos cimbradores,
En que retrata su color el cielo
Y llegan á libar los picaflores!

¿Qué plato prefiere usted!

—Ya que manjares señalar me toca
Te diré cuál ha tiempo apetecía:
El que guarda en el pliegue de su boca
La adorada mitad del alma mía!

¿Cuál es, según usted, la obra maestra de la naturaleza?

—Desde la humana y sabia criatura
Hasta el reptil que habita en la maleza,
Aparece divina la grandeza
De la mano creadora de Natura!

¿Prefiere usted la cama dura ó blanda?

—Si al quedarme dormido, hasta la almohada
Llega la imagen que adoré de niño
Y me habla de esperanza y de cariño,
La bondad de la cama importa nada!

¿Qué nombre elegiría usted, si tuviera que elegir alguno?

—Como tengo delirio por lo honrado,
Y rindo á la virtud culto cumplido,
Aquel que mis mayores me han legado
Será siempre y doquiera mi apellido!

¿Qué edad tiene usted?

—La que hace fácil y halagüeño el viaje
De la breve existencia: veintiún años,
Para quien los dolores son engaños
Y una mancha de sangre es un paisaje!

¿Qué pueblo extranjero le es á usted más simpático?

—El que estuvo en Bailén, en Zaragoza,
En Madrid, en Lepanto y en Pavía:
El que en cuyos dominios, llegó día,
¡De no apagar el sol su luz radiosa!...

Escriba usted un pensamiento de su agrado.

—«Ciertos pensamientos son verdaderas plegarias. Hay momentos en que, cualquiera que sea la actitud del cuerpo, el alma está de rodillas.»—*Víctor Hugo.*

Ubaldo Ramón Guerra.

HONRADA...

A Clemente Palma, en Lima.

Marcelo se mostraba, sin duda, bastante elocuente; porque ella, muy pálida y temblando de emoción, como su ardiente enamorado, le dejaba hacer y no retiraba sus manitas blancas, en ese instante temblorosas, de entre las manos de su amante, que las cubría de besos y caricias estremosas. En la embriaguez de amor que de ella se iba poco á poco apoderando, cada beso, cada caricia, la hacían olvidarse más y más, insensiblemente, del peligro que « su honor » corría en aquella hora fatal de su vida, tranquila hasta entonces, de mujer honrada y de esposa fiel, y, sin poderlo remediar, sentía que se entregaba toda entera, que ya no se pertenecía y que caía en el abismo de aquel « crimen de amor » á que la precipitaba el hombre que la suplicaba y acariciaba, con ternura delirante, á sus plantas.

Sólo entonces comprendió que amaba á ese hombre, que siempre le había amado, que le amaría siempre; sintiéndose ahora más débil que nunca para resistir á sus caricias. Y lo olvidó todo. No pensó más que en aquel amor, tanto tiempo resistido, callado y ahogado, que ahora no quería esperar más y la vencía.

Pero quiso luchar aún, librar el último combate con su deber que la detenía y su pasión que la empujaba; y mientras él, su desesperado amante, seguía suplicando, y añadiendo los besos y las caricias á las súplicas, ella, resistiéndose ahora con alguna energía, volvió atrás un instante, retrocedió hasta los primeros años de su vida pura y casta de virgen inocente y feliz, y se vió, pequeñita y graciosa, en la casa de sus padres, adorada de éstos, querida de sus tiernas amigas de la infancia, cuando la alegría de vivir llenaba su ser todo, hasta ahogarla de placer, en las mañanas alegres de la estación risueña de las flores. Volvió á vivir en un momento toda aquella deliciosa vida suya de niña mimada y contenta de sí misma; y ante ese retorno, ante esa reviviscencia de su ser infantil, se sintió como refrescada por una especie de nueva vida, que

penetraba en ella y hacía resucitar, en la mujer casada y grave, á la niña libre y juguetona de otros días mejores.

Fué como una ráfaga de salud pura, que, apenas venida, desapareció. Pero no quiso entristecerse, dominó valientemente el dolor, más fuerte que el placer, que le traía aquel recuerdo de tantas cosas frescas, y siguió en su ensueño de hacer revivir los días idos de su vida. Se vió, así, de pronto, casi bruscamente, hecha toda una mujercita encantadora y coquetona; admirada, codiciada y... guardada, como un tesoro; y sonrió. Sonrió; pero no se detuvo en sus recuerdos.

Una turba de ilusiones perdidas surgió en el cuadro que en su agitado cerebro de mujer sensible se formaba; una turba de cosas aladas, de amoríos inocentes, que la habían hecho divertirse bien —sí, esto era, divertirse—con sus primeros amadores, todos ellos platónicos, por otra parte. Luego, estos amantes se habían desengañado, uno tras otro, de su error y dejado el campo á otros, menos inocentes que ellos, tal vez; pero no consiguieron, por eso, ni más ni menos que los idos. Después, era ya toda una verdadera mujer formada, una « señorita », y esos inocentes pecadillos de amor contemplativo no se repitieron ya jamás. Por último, su imaginación sobrexcitada le trajo el recuerdo del hombre que, sin haberla agradado,—anciano conservado, pero anciano al fin,—la había pedido y, como un mueble cualquiera, se la había llevado, la había arrebatado del hogar tranquilo de sus padres al hogar sin calor—al menos para ella había sido así—del esposo. Ella no le amaba entonces, como no le amaba ahora; y estaba segura de no poder amarle nunca. Pero, con todo, le había sido fiel. ¿Y qué más podía él esperar de ella, de quien sólo había cuidado siempre el cuerpo, nunca el alma?

Llegada á este terreno, la desgraciada comparó. ¿Qué? Comparó á su marido con su amante; y, como todas las veces que tales comparaciones hace una mujer, el marido fué vencido, y, por lo tanto, condenado. Se dijo que hasta la posesión había sabido hacerla brutal aquel hombre que se llamaba su esposo, y cuyo nombre, ella, joven y hermosa, llevaba como un sarcasmo de semejante unión. No, no le odiaba; le era indiferente; como marido, si algún sentimiento había podido inspirarle alguna vez, éste no había

sido otro que el de la compasión por su necedad de viejo verde, de abuelo enamorado, cuando no el del desprecio por los celos, ridículos en él, con que siempre la atormentara. Y después de esto ¿podía acaso resistir á ese otro enamorado, ilegítimo, en verdad, pero no por eso menos bello y seductor? Además, era su primer amor, sería, sin duda, el último también, y, sobre todo, la había amado él durante mucho tiempo, casta y silenciosamente, ahogando —ella lo sabía bien, lo había adivinado—ahogando su pasión en lo más íntimo de su alma inconsolada.

¿Qué culpa había, pues, en pagar ese tan grande amor con un poco de cariño; sí, qué culpa había en devolver aquel amor, centuplicado? Pero el ensueño debía acabar y dejar lugar á la realidad, que pedía también su parte. Y el ensueño acabó!.. A sus pies, siempre de rodillas y más ardiente y enamorado que nunca, su amante seguía suplicándola... ¡Ah! ¿era, pues, inútil resistirse? ¿habría que darse toda á ese hombre, que tan tiernamente la amaba y sólo sabía suplicar? Pero, no; no era ella una mujer cualquiera, que debiera caer así no más; era, sí, un espíritu fuerte, que sabía pensar con calma, á la vez que amar apasionadamente; y no se entregaría.

Y he aquí que, tranquila, fríamente, como si en verdad le fuese indiferente, como si no le amase, esta apasionada rechazó á su amante. Y, mientras él, mudo y paralizado de sorpresa, no se daba cuenta de tan brusco cambio en ella, la cabecita loca de aquella alucinada que se creía fuerte, siguió formando ensueños, dando forma nueva á las quimeras idas de su vida de ayer.

Fué un momento triste y consolador, para ella, al mismo tiempo. Porque, con la gran angustia que sentía ya ante la pérdida de su amante, sintió, á la vez, como una alegría dolorosa que se apoderaba de su ser todo y la bañaba en purezas de una especie rara, por primera vez sentidas. Le causaba pena, sí, mucha pena, dejar ir desesperado—¡quién sabe si para siempre!—al único hombre que había sabido hacer palpitar de amor su corazón, virgen de este sentimiento hasta que le conoció; pero le producía también este mismo acto, falsamente heroico de su vida, como una compensación de su dolor, con la muerte de su dicha inmolada en aras de lo que ella creía su deber y su dignidad, y que no era otra cosa que

su vanidad y su orgullo de mujer, que ponían á prueba, desgarrándolo, el corazón del único hombre á quien amara.

Mario Centore.
Chileno.

MEDIOEVAL

La horrible mueca,
La torpe danza
Del bufón, su sarcástica risa
Al feudal señor de horca y cuchillo
Divertirán.
Mas los viriles
Cantos que lanza
Bardo que pulsa lira de hierro,
Al sombrío señor del castillo
Disgustarán.

El blando acento,
Muelle y sin fibra
Del histrión, que con lúbrica historia
Del magnate distrae tristezas
Perecerá.
Pero la nota
Que ronca vibra
En las cuerdas del arpa de bronce
Del cruzado lõando prõezas
Perdurará!

Adriano M. Aguiar.

RUMBOS

Como una eflorescencia gigantesca, entre un cúmulo de aureolas y de raptos geniales, ha comenzado á despejar sus horizontes, en tanto que bocetea sus ideales lejanos y descubre sus rumbos, la literatura americana.

Sus poesías épicas; las magníficas profesiones de fe, los reproches ciclópicos de Mirón que descuelgan sus estrofas de lo sublime; los vértigos de gloria de Andrés Matta; las soñaciones castas y delirantes de la Borrero, son americanas por su savia y su grandeza, como son americanos también los llanos de lotos, las canas cumbres de los Andes y los cóndores de alto vuelo.

La tierra prometida de los cruzados del arte se encuentre entre los pueblos indo-europeos en el pasado, para nosotros en el porvenir. Los bohemios de nuestro suelo creen descubrir en el confín brumoso de los ideales acariciados y de las creencias en flor, las azuladas bóvedas del templo del Arte, en una nueva edad de oro.

Los misterios seculares del convento y de la cripta, la silueta vacilante de la cúpula gótica, van perdiéndose en la lejanía de las cosas que fueron, con las palideces de las viejas letras españolas.

Este movimiento oscila con más vigor entre la juventud, ya que las viejas generaciones apenas se atrevían á sacudir la forma decrépita y la rutina caduca, que pretendían poner trabas á la idea.

Entre los himnos y los enjambres de estrofas, sobre el picacho metafórico de la idea, en el medio ambiente de las auras calenturientas, ante el oleaje poderoso de las modernas creencias, se escuchan los cantos de la eterna victoria del pensamiento: aquel titán de Olegario Andrade.

La literatura americana se modela con golpes de maza, con el lirismo ardiente de una raza altiva y soñadora y comienza á dejar una tutela de luz que debe marcar los rumbos de los nautas de la idea.

Mientras la Francia busca nuevas fuentes en la decadencia romana, en las canciones de la antigua Grecia, en las teogonías indias, ó en los poemas soñolientos de la China, en que parecen danzar figuras contrahechas, ídolos monstruosos, idilios de abanico y heroísmos de tapicería, nuestra literatura comienza á escudriñar el pasado de las infinitas razas americanas, á cantar sus costumbres en el presente. Y allí están para inspirar á sus vates, y para iniciar la caravana de lirismos ardientes y de vértigos geniales: la belleza sensual de sus mujeres, los hálitos calenturientos de sus ve-

gas, el colorido rico y orgíaco de sus paisajes, la perspectiva grandiosa de la flor americana en que siempre se elevan los tallos del bambú junto al paraguas tropical de la palmera.

Y luego las esfumaciones de luz en sus crepúsculos melancólicos, los matices variados del lago, que refleja junto á un verde de torno fuerte, la blanca cabellera de una montaña gigantesca, la silueta obscura de la ruina azteca ó aymará, junto á la ciudad activa que vive, que palpita ; y en medio de todo esto los yaravies de sus soñadores populares, los aires melancólicos de las razas dominadas.

Sin embargo, los excotismos se desarrollan también en este medio ambiente americano. Julián del Cassal tiene sutilidad y temperamento francés unido á espíritu griego ó romano, que podía hacer pensar en metempsicoses novelescas.

De Rubén Darío, García Cisneros y Dario Herrera no hay que preguntar, son parisienses de *coeur* que piensan y labran estrofas y cuentos *azules*, contemplando al través de un kaleidoscopio ideal, el barrio latino, las cúpulas de Notre-Dame y los *ateliers* atestados de curiosidades artísticas, de *serres* y de *poseuses*.

En Bolivia Jaimes Freyre ha encontrado inspiración, armonía y colorido en los ritos extraños de la mitología escandinava, cuyas imágenes silenciosas y frías y cuyas escenas de inmensas proporciones parecen talladas en muros de piedra granito, ó altos relieves esculpidos en los erguidos peñones de los Apeninos.

Entretanto la marejada se siente y nosotros que pretendemos seguir sus rumbos como se sigue con la vista las aves de alto vuelo, creemos cumplir con un deber de doctrina al hacer objeto de nuestros estudios esta literatura dúctil poliforme y bella, cosas que al decir de Amado Nervo realizarían el ideal de sus versos y que nosotros hallamos perfectamente aplicable á lo que ha sido objeto de nuestro asunto, puesto que el barro de la frase parece dispuesto en ella á plegarse á todos los caprichos del arte y á todas las modelaciones del ideal subjetivo, del molde simbólico ó de la creación genial.

Armando Chirveches A.,
Boliviano.

AMOR EVITERNO

Para el joven poeta Eduardo Diez de Medina.

La madre que le había llevado en sus vitales entrañas; nutrido con el germen de su existencia; ofrecídole por muelle cuna, su amante regazo; enjugado, con solícito afán, sus tiernas é inocentes lágrimas, con sus maternales mimos; esa madre, en fin, que después, insensiblemente, le había enseñado saludables máximas de moral, y concluía así en este mundo, su espinosa labor, se hallaba expirando, y, como si aún no estuviera satisfecha de esa labor árdua y cristiana, antes que el alma inmortal abandonara ese anciano cuerpo, doblegado por el enorme peso de los años, seguía inoculando en el pecho de su amado hijo sus religiosas doctrinas de misticismo sublime. Esa solícita madre, después de haber formado un corazón sencillo y virtuoso, iba á morir tranquila; pero no obstante ello, su pecho abrigaba negras dudas: considerando que en este corrompido y frágil mundo nada hay estable, nada infalible entre los mortales y ¡quién sabe el obscuro porvenir que el caprichoso Destido habría de preparar á su desdichado hijo!...

Con estas crueles dudas y en el momento en que las aves canoras saludaban con dulces y melodiosos trinos, la aparición de la aurora, la moribunda expiró.

Las ráfagas del viento llevaron, entre las melódicas notas de las avecillas que gorjeaban de placer, un angel más para el cielo: el alma de la vírtuosa madre.

Delio, huerfano, abandonado, sin un estímulo que lo llevara por el áspero sendero de la virtud, se dedicó á amar á una mujer. Ella fué el encanto de su alma juvenil, la flor matizada llena de vagos perfumes que embalsamaba el delicioso pensil de sus pasiones eróticas. Entonces, incauto, entregó su virtuoso corazón y, ¡deleznable ingrato y cruel!, de su madre se olvidó. Pensaba que cuanto esa pura mujer le había enseñado eran vagas quimeras y, más que nunca, ciego, adoró esa mezquina ilusión volteria, ese inmundo pantano llamado Elda.

Elda fingía, con argucias y arterias, que, con ardiente pasión amaba á Delio. Este con su berroqueño entendimiento y corazón para conocer y sentir las bigardías entregaba á Elda las pasiones, candorosas de su alma impoluta; más, un día, aún en su erótico frenesí, llegó á descubrirlas.

Entonces, por primera vez halagó su corazón la dulce idea de la venganza; idea que pervirtiendo su alma, tornóse en hidrópica sed de sangre; quería arrancar el corazón de esa ingrata y pisotearlo con desprecio.

Su pecho, ya corrompido, iba á entregarse al fango de horroroso crimen, cuando vino, después de largo tiempo, como plácida alborada, el dulce recuerdo de su difunta madre.

Ante ese sagrado recuerdo que halagüeno llegó á posarse en su mente, doblegando su idea, pudo comprender que no hay amor más puro, casto y aún eviterno que el de una madre; que no hay más dulce é imperecedero recuerdo que el de una madre. que no hay otro nombre de paz, de consuelo y bonanza —como angel del paraclético Eden—que el de una madre.

Con tan nobles pensamientos, á la sórdida Elda que tan impostoramente le había engañado, la entregó al sarcófago del olvido, al justo desprecio...

M. Salvador Ulloa.

Tacna, Perú.

ALZIRA

Media la centuria. Con propicia suerte
su monarca explota á la nación francesa,
y á grandes y pueblo seduce y divierte
que al rey le enamore la gentil marquesa.

Como se solaza la deidad buscando
clásicos deportes con que el ocio esquiva,
de sus numerosos émulos triunfando
la esplendente Musa volteriana priva.

Por genial capricho de doblez prescinde
la *maitresse* augusta, á los *cagots* desaira,
y al potente númen vasallaje rinde
del audaz poeta del *Edipo* y *Zaira*.

De portátil teatro á la vistosa escena
donde declamando la nobleza luce,
pasa el repertorio que la rica vena
del insigne artista y pensador produce.

En *boudoir* que es nido del placer y el arte
la marquesa, haciendo del *esprit* derroche,
su *toilette* aliña, y con Voltaire departe
de la gran victoria en la postrera noche.

Y Voltaire que el teatro abrillantar procura,
y ante seducciones de esa actriz, se ufana,
que nadie como ella interpretó asegura
el papel de *Alzira*, la beldad peruana.

Aunque lisonjera la expresión estime,
siente la gran dama plácido embeleso
mientras el poeta de *Merope* imprime
sobre su alba mano respetuoso beso.

Ha pedido audiencia multitud riente
de brillantes próceres que hay en la antesala
donde acariciado por el tibio ambiente
aureo pebetero su perfume exhala.

Mira allí á un abate de altivez gascona
que del prodigioso rimador maldice,
y con pedantesca afectación burlona
hábil sicofanta de la corte dice:

« — A la monarquía, por deleite estulto,
« con plebeyo *virus* contagiarse siento
« desde que los grandes entusiasta culto,
« más que á pergaminos, rinden al talento.

« Ya no me sorprende que privando goce
« vate subversivo en la vecina estancia,
« porque la risueña Pompadour conoce
« que ese es el Apolo de la joven Francia ».

Manuel A. San Juan,
Peruano.

Lima, Enero 1900.

AURAS

Los tallos del rosal lánguidos mecen
Su ropaje de hojas;
Los pétalos rosados se estremecen
Y la flor se deshoja.

Un suspiro se exhala quejumbroso
Entre el follaje espeso;
Y un rumor se percibe misterioso
Como de amante beso.

Son auras que vagando entre las hojas
Buscan su dulce amor,
Y que al tocar á las corolas rojas
Dejan mustia la flor.

Auras que gimen al llorar perdidas
Su ilusión y su anhelo;
Y al besar la corola estremecida
Van á llorar al cielo!

Concepción Mestre de Silva.

ACUARELA

VESPERTINA

Para Fernando Gutiérrez.

Envuelto por flamígeros cendales
el monarca de fuego desfallece,
lo glauco del follaje languidece
entre un juego de sombras nocturnales.

El aura lleva esencias orientales
que á los pistilos de las flores mece,
y á sus cálidos besos enardece
las estigmas de sangre tropicales.

Mi novia en su balcón mírame ardiente,
yo anheloso camino hacia su frente.;
y al enlazar con trémula ternura

sus marfiladas manos diminutas,
chispean sus pupilas impolutas
y en su boca revienta una ventura!

Pedro Erasmo Callorda.

SECCIÓN CIENTÍFICA Y MILITAR

EL DINAMISMO SOCIAL

(Conclusión)

El dinamismo social resulta así de una complejidad extrema, á pesar de lo cual se ha intentado referirlo á otros más explorados y que se considera como más conocidos. Son las concepciones, apenas nacidas y ya tambaleantes, de la sociedad-mecanismo y de la sociedad-organismo. Para la primera, los hechos sociológicos, resultan del juego de las fuerzas sociales, aplicadas á un todo articulado, especie de sistema compuesto de motores, de palancas, de ruedas, de poleas, de todos los órganos y máquinas simples que producen, transmiten ó modifican el movimiento, en ese gran todo que se llama sociedad. Para la segunda, la preconizada y popularizada por Spencer, las sociedades constituyen verdaderos organismos, agregados provistos de órganos independientes y solidarios al propio tiempo, que desempeñan, individualmente, la función que les ha sido asignada, y que cooperan, con los demás, en ese cambio mutuo de servicios, en esa ayuda recíproca cuyo armónico consorcio da lugar á la vida. Los partidarios del primer concepto hablan de estática y de dinámica sociales, significando, con estas expresiones, no del todo aplicables al caso, el examen de la sociedad en reposo y en movimiento, la determinación de las leyes de coexistencia y correlatividad entre las partes del todo social, y las de sucesión, que rigen los cambios ó transformaciones sociales. Los spencerianos, recurriendo á la terminología biológica, se sirven de las voces estructura, función, tejidos, órganos, etc., y procuran describirnos la vida del organismo social, el más elevado, agregan, y el más complicado en la jerarquía de los seres orgánicos, á punto de formar un reino aparte, superior al orgánico ó super-orgánico, según el tecnicismo del maestro.

Estrechamente ligada á las concepciones de la ciencia que acabo de esbozar se encuentra la cuestión relativa al método de que debe servirse, siendo unas y otras resultado del empleo de uno mismo, el analógico, tan falaz como peligroso. Conviene, en este punto, proceder con la máxima cautela. El problema capital de la Sociología consiste en hacer ver el desarrollo de toda sociedad, cualquiera que sea la época y lugar en que florezca. ¿Cuáles son las causas que determinan la formación de las agrupaciones humanas, su organización, los fenómenos de que son teatro, los cambios que experimentan? He ahí las cuestiones que la Sociología se propone resolver. Ahora bien: ¿qué camino seguirá en las exploraciones que realice con tales miras? ¿Observará las sociedades actualmente existentes, ó pidiendo auxilio á la historia, esa paleontología social, estudiará el desarrollo de sociedades que fueron para poner de manifiesto la razón de ser de los procesos sociales? ¿Aislará los fenómenos, para examinarlos más cómodamente, ya sea en la actualidad ó en el pasado, ó bien los considerará en conjunto, obrando concertadamente para producir cada estado social?

A mi ver, la Sociología no debe desdeñar el empleo de ninguno de los procedimientos mencionados ni el de otros que pudieran ofrecérsele. La observación de las sociedades vivientes, ya recurriendo á la monografía, ya á la estadística, es un medio pefectamente adecuado para poner en evidencia los factores cooperantes en el *plexus* social. Tales investigaciones constituyen lo que podría llamarse histología de las sociedades, ó, también, análisis de química social, tomando estas expresiones, naturalmente, sólo en sentido figurado.

El método histórico, el estudio del desenvolvimiento de una sociedad determinada, de una institución ó un orden dado de fenómenos es igualmente de gran provecho, sobre todo porque pone de relieve la acción constante de algunas fuerzas sociales, como ser la raza, á través de todas las visicitudes del pueblo considerado. Este método histórico, sea que se le aplique al todo social, sea que se reduzca á una categoría de hechos sociales, cobra mayor importancia cuando se toma, no una sociedad, sino muchas. Recibe entonces el nombre de comparativo, y se torna utilísimo

para el esclarecimiento de las causas generales de los hechos humanos y de las leyes de evolución que los rigen.

Finalmente, el método deductivo puede asimismo ser usado ventajosamente en Sociología, como lo prueban los ensayos de Gumplowicks, de Vaccaro y de otros sociólogos. Obtenida una verdad por una ciencia extraña, nada obsta á que se ensaye su generalización á las relaciones interpsíquicas, cuidando siempre de controlar estas explicaciones con la realidad viva. Así, podemos preguntarnos, como lo ha hecho Vaccaro con éxito feliz, si las leyes de selección natural y de adaptación son susceptibles de aplicarse á los hechos sociales y de explicarlos; si son aplicables, con cuáles restricciones y modificaciones; cuáles son los fenómenos que caen bajo su dominio, etc.

¿Y la experimentación, que en el orden de los fenómenos físicos, químicos y biológicos, es un instrumento tan poderoso de verificación y de pesquisa?

Si todos los actos humanos tuvieran el valor de fenómenos sociológicos, y viceversa, no cabría duda alguna sobre la posibilidad de aplicar el método experimental á la Sociología. Nuestra propia vida, en efecto, entraña una serie de experimentos sucesivos. Experimentamos cuando adquirimos y cultivamos una amistad nueva, cuando cambiamos de género de vida, cuando modificamos nuestra conducta en alguna forma, cuando ensayamos una profesión, cuando iniciamos una empresa, cuando hacemos un negocio, cuando nos lanzamos en una vía antes no recorrida, en la política, en el comercio, en el orden de las relaciones sociales.

¿Qué es la desilusión, en la mayoría de los casos, sino el sentimiento de nuestra torpeza por un cálculo mal hecho, por una previsión frustrada, acompañado de la contrariedad por la circunstancia de que las cosas no hayan salido ó no sean como nosotros deseábamos que fueran?

Vivir es actuar, es ponerse en relación con los otros miembros de la sociedad, y por lo tanto, es hacer nacer en ellos deseos, creencias, aspiraciones, sentimientos de simpatía, de aversión ó de indiferencia. El juego natural de la vida nos lleva á establecer estos contactos y roces morales, en parte involuntariamente, es cierto, pero en otra de un modo deliberado, que se asemeja mucho

á una experimentación, que es un procedimiento experimental verdadero. No siempre nos dejamos llevar por impulsos inconscientes ó por las circustancias que nos envuelven, sino que aspiramos, en lo posible, á gobernar nuestra vida, á vigilar nuestra conducta, á ir hacia fines que nos proponemos, por los medios y caminos que juzgamos mejores y conscientemente elegimos.

Pero lo psíquico y lo social, por grandes que sean las afinidades que ofrezcan, no se confunden, sin embargo. Sin mezclarme en la contienda promovida alrededor de la *característica* de los fenómenos sociales y ateniéndome á sus rasgos más vulgares, diré así, la *generalidad* y la *colectividad*, no hallo un obstáculo invencible para el empleo de la experimentación en el campo social; y en la producción de las llamadas «corrientes de opinión», por medio de la propaganda oral y sobre todo del vehículo de la prensa, creo ver una patente demostración de la eficacia del procedimiento experimental para provocar, estimular y dirigir á voluntad hechos cuya índole sociológica nadie se atrevería á poner en tela de juicio.

Por hoy, no seguiré analizando las cuestiones que promueve el dinamismo social; cuestiones arduas, si las hay, por lo enmarañado del tejido de causas que intervienen para dar lugar á efectos que á su vez se vuelven causas de nuevos efectos, ó por la interferencia de toda clase de leyes, mecánicas, físicas, químicas, biológicas, psíquicas, que se entrecruzan de mil modos y hacen surgir los resultados más imprevistos.

Pero la extremada dificultad de estos problemas no debe ser motivo suficiente para rehuir su investigación. Sigamos alimentando la fe científica é inquiriendo pacientemente las leyes del dinamismo social, en la confianza de que tales problemas podrán estar erizados de dificultades, pero no son insolubles. Si los excelsos pensadores del siglo, los colosos del saber, han abrigado esta ilusión, ¿con qué derecho nosotros, pigmeos, osaremos decretar que la luz no brillará? Y cuando ésta se haga, el proceso evolutivo de las sociedades lucirá con claridad esplendente, y recién entonces podremos darnos entera cuenta, de « cómo el hombre, de la antopografía primitiva, ha llegado á la cultura moral y social de nuestros días; del acto sexual de la bestia al amor caballeresco; del fetiquismo grosero á las sutilezas de la metafísica religiosa ó

el misticismo; de los dibujos de la edad neolítica á los refinamientos del sentimiento estético y de una curiosidad estrecha y limitada al entusiasmo desinteresado por la ciencia ».

Antonio Dellepiane.

DE LA CIENCIA

DE LA GUERRA Y SUS PRINCIPIOS

Entre la multitud de definiciones que se han dado sobre la guerra, no existe una que satisfaga ó demuestre de una manera precisa su objeto y que comprenda á la vez á todas las clases de guerras, bajo el punto de vista de su origen y de su naturaleza. Pero se reconoce que las que se han formulado hasta hoy, proceden, dadas sus variadas formas, de las diferentes impresiones de los que las emiten.

Invocaremos algunas opiniones al respecto, lo mismo que sobre el carácter científico de ella, y terminaremos el artículo demostrando la necesidad de la organización de nuestras fuerzas y la modificación ó mejoramiento de las oficinas encargadas de la dirección general del ejército.

Dice Montecuculli: « La guerra es la posición desde la cual un ejército lleva la ofensiva por todos los medios y cuyo fin es la victoria».

Bluntschli la define así: «Es el conjunto de actos por los cuales un pueblo ó un Estado hace respetar sus derechos luchando con las armas en la mano, contra otro pueblo ú otro Estado ».

El General Bardín la califica en esta forma: «Es el acto de paralizar las fuerzas del enemigo» y Clausewitz la define así: «La guerra no es más que un duelo en grande escala ».

En nuestra opinión la primera de estas definiciones tiene algo de defectuosa, puesto que, además de no determinar claramente lo que es la guerra, el autor toma el resultado como la verdadera causa de ella.

La opinión de Bluntschli se acerca más á la verdad, pero no abraza en general á la guerra. Ella considera en lucha á un pueblo contra otro ó un estado contra otro y olvida que pueden estarlo también, dos fracciones ó poderes de un mismo pueblo ó de un mismo estado.

La tercera y cuarta son opiniones vagas, esto es, no demuestran con precisión el carácter de la guerra y su naturaleza.

Todas las definiciones al respecto adolecen de los mismos defectos, de manera que, no pueden tomarse como verdaderas, bájo el punto de vista general, ninguna de ellas.

La que más se acerca á la verdad, es á nuestro juicio, la que Villamartín invoca en su texto de Arte Militar y que dice: « La guerra es el choque material de las fuerzas destructoras de que disponen dos poderes sociales que se hallan en oposición de intereses ».

Considerada como buena esta definición, entremos á estudiar el carácter que distingue á la guerra, y á determinar si ella es arte ó ciencia.

Estudiando su antigüedad, su rol político y moral, se llega á la conclusión de que ella es una ciencia. En las definiciones, las opiniones varían muy poco.

El General Saxe dice: « Es una ciencia cubierta de tinieblas, en medio de las cuales se marcha con paso inseguro. La rutina y la preocupación son la causa de ella, como consecuencia natural de la ignorancia ».

Federico el Grande, se expresa en una forma más enérgica: « Marchar cuando se marcha, detenerse cuando se detiene, comer cuando se come, batirse cuando se bate; he aquí, lo que es la guerra, para la mayoría de los oficiales que la hacen.

En conclusión, esta terrible peroración en las competencias de estados, es un arte para los ignorantes y una ciencia para los verdaderos hombres de guerra ».

El archiduque Carlos da la siguiente definición: «La estrategia es la ciencia de la guerra. La táctica es el arte militar».

Napoleón decía: «En la guerra, nada se obtiene sin el cálculo. Todo lo que no es profundamente meditado, en sus detalles no produce ningún resultado práctico».

Rustow opina en esta forma: « La idea de que la teoría y el estudio de la guerra no dan resultados positivos, seduce á los perezosos, que se imaginan alcanzar un buen éxito sin trabajar, con sólo la astucia, y que creen naturalmente, ser más ingeniosos que perezosos ».

Concretando más la definición, el Comandante Henry dice: «En efecto, toda cuestión militar se reduce á un principio, apoyado en la experiencia; deriva de una ley física ó moral. Así, pues, el conjunto de principios, hechos, observaciones y leyes, clasificados con método, constituyen siempre una ciencia. Por consiguiente la guerra es una ciencia. »

Considerando, pues, las definiciones anteriores y otras que sería largo enumerar y que difieren muy poco de las enunciadas más arriba, se llega á la conclusión de que la guerra es una ciencia bajo todo punto de vista, no sólo porque deriva de otras ciencias, sino porque ella comprende ciertas reglas y principios fijos é invariables, basados en leyes especiales y que reclaman un estudio detenido y minucioso.

Al respecto el Mariscal Guibert dice: «La ciencia de la guerra es por sí sola una enciclopedia ».

Por ello esque ha sido muchas veces motivo de confusión en el estudio de laciencia militar, el arte y la ciencia de la guerra.

El arte de la guerra, ha tenido su nacimiento en las épocas en que las hordas salvajes ó semi-civilizadas cansadas de luchar sin orden ni dirección las unas contra las otras, empezaron á combatir dirigidos por los jefes más espertos.

De este modo el que mandaba los ejércitos buscaba un medio que le proporcionara un buen resultado, esto es, que le brindara el éxito de sus operaciones militares.

Estos métodos de guerra no tenían una base que justificara su existencia, ni un principio que demostrara la conveniencia de sa aplicación. Todo ello era, sólo la inspiración del momento. Si lu suerte era favorable, ese método subsistía para los encuentros futuros y de este modo fué que se formó un sistema especial de combatir.

Este arte de la guerra ha precedido, pues, al arte militar, como la inspiración precede á las reglas escritas.

La manera de combatir de aquellos ejércitos era una costumbre; luego se transformó en industria; en nuestros días no es más que un estado accidental.

Por consecuencia se hace necesario muchos conocimientos y aptitudes especiales para el uso de los métodos de combate y el manejo de las tropas en el teatro de la guerra.

Por ello es que al finalizar el siglo XVI nació el arte militar.

Más tarde aún, cuando los ejércitos fueron más considerables y mejormente organizados é instruidos, á la vez que más livianos y ligeros, las cuestiones militares tomaron una amplitud y una importancia mucho más considerable.

Desde entonces comienza el estudio de los principios científicos de la guerra, ó lo que es lo mismo, nace la ciencia militar.

Dada la importancia adquirida con el tiempo y los sucesos, la ciencia militar se transformó de ciencia de aplicación en una ciencia de estado, lo que equivale á decir, una función de la ciencia social en su orden más elevado.

Es imprescindible el estudio de la ciencia de la guerra para organizar de una manera perfecta á un ejército regular.

En ella se distinguen principios, medios, aplicaciones y efectos.

Jomini en su tratado «Instituciones Militares», enumera doce principios esenciales, que recogidos, estudiados y aplicados por el Estado Mayor Alemán, dieron por resultado la completa organización de su aguerrido ejército.

Esos principios de orgnización son:

1.º Implantar un buen sistema de reclutamiento.

2.º Una buena formación.

3.º Establecer un sistema de reservas nacionales bien organizado.

4.º Tropas y oficiales bien instruidos en las maniobras y servicios tanto en el interior como en el exterior.

5.º Mantener una disciplina rigurosa sin ser humillante y un espíritu de subordinación y puntualidad honroso, en las convicciones de todos los grados más aun, que en las formalidades del servicio.

6.º Un sistema de recompensas y de emulaciones bien combinadas.

7.º Armas especiales.

8.º Un armamento bien entendido y superior á la vez, si es posible, al del enemigo, aplicando esto no solamente á las armas ofensivas, sino también á las defensivas.

9.º Un Estado Mayor General capaz de utilizar bien todos los elementos, y cuya buena organización responda á la instrucción clásica y práctica de sus oficiales.

10. Un buen sistema para los aprovisionamientos, los hospitales y la administración.

11. Un buen sistema para organizar el mando de los ejércitos y la alta dirección de las operaciones.

12. La excitación del espíritu militar.

Luego de un extenso análisis de ciertas consideraciones estratégicas, necesarias para el estudio final de la ciencia de la guerra, y otras de orden administrativo, Jomini agrega:

« Importa que el estudio de las ciencias militares sea protegido y recompensado. El Estado Mayor debe estar empleado en tiempo de paz á los trabajos preparatorios para todas las eventualidades de las guerras posibles. Se debe emplear todos los medios para tener conocimiento de la geografía y de la estadística militar de los estados vecinos, á fin de conocer sus medios materiales de ataque y de defensa, y deducir su poder y los fines estratégicos que pueda perseguir en un caso dado. Se debe emplear en estos trabajos científicos oficiales distinguidos, y recompensarles cuando se ocupen de una manera marcada en sus tareas ».

Atendiendo, pues, á los principios enunciados por Jomini, sería una obra altamente patriótica que las autoridades que tienen en su mano la dirección del ejército, inicien ó acepten las iniciativas de organización que concilien con nuestros recursos y nuestra manera de ser, pero subordinadas siempre á las reglas de la milicia moderna.

También, y como punto de partida de la reforma ó modificación de los sistemas implantados en nuestra fuerza armada, se impone una nueva constitución del Estado Mayor General, basado en el que actualmente existe para no levantar resistencias y armonizar cuanto se pueda, con el espíritu esencialmente conservador de los

que se creen amenazados ó que consideran en peligro el puesto que desempeñan, con la forma que se pretende dar al nuevo establecimiento de las oficinas directoras del ejército.

Desmoraliza grandemente al emprenderse la tarea de la organización, cuando no existe el estímulo, la protección y la recompensa moral, cuando menos, al trabajo desinteresado de los buenos oficiales que ambicionan, con legítimo derecho, obtener del ejécito que les será entregado tal vez bajo su dirección más tarde en las batallas, la preparación indispensable para concurrir eficazmente al logro del fin perseguido, y desenvolverse con suma facilidad en los conflictos que se presenten en el desarrollo de un plan de campaña preconcebido, formulado en el mismo teatro de operaciones, ó modificado en el curso de la contienda por eventualidades de la guerra.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que la participación de los oficiales en el progreso del ejército, si bien es la misma, no concurren todos en la misma forma. Puede hacerse una pequeña clasificación. sin que ella signifique superioridad de unos sobre los otros; muy al contrario, ella determina la forma en que deben concurrir de acuerdo con los conocimientos que poseen y las aptitudes que los distinguen para el cumplimiento de su misión en los diversos casos que se presentan en la larga y difícil tarea de organizar el ejército permanente. Así, pues, puede hacerse la división de oficiales científicos y oficiales de combate.

Los primeros estudian la ciencia en toda su estensión, plantean y proponen las reformas, sustituciones ó ampliaciones de los sistemas de organización y administración existentes, y los segundos ejecutan los principios establecidos por los primeros y dirigidos por los mismos, instruyendo y preparando las unidades convenientemente, para responder á las exigencias del método propuesto y transformar á las tropas en un elemento de verdadera fuerza, capaz de alcanzar un resultado feliz y provechoso en el hecho práctico.

El General Lewal, en su libro de reforma del ejército, menciona, para obtener una buena organización en las tropas regulares treinta y seis principios, de los cuales los dos siguientes son los más fundamentales:

1.º « El principio de orden material es la unidad absoluta de organización, en la paz como en la guerra, en particular como en general.»

2.º « El principio de orden espiritual es la moralización del ejército por la glorificación del trabajo. »

Estos principios, conjuntamente con los enunciados por Jomini, constituyen una misma regla dentro de la ciencia militar. Debe entenderse que la ciencia militar es de orden superior, forma parte como hemos dicho, de la ciencia social, y tiene á la vez principios análogos á los de la ciencia general de la cual ella deriva.

Así, pues, en resumen, todos los argumentos anteriormente enumerados pueden condensarse en estos tres principios: la unidad, la sencillez y la generalidad; porque la ciencia de la guerra para la sociedad debe ser una, simple, general primero y nacional después,

Bajo cualquier forma que la consideremos ó la coloquemos, siempre debe ser una sola en su espíritu y en su evolución.

Por consecuencia, si la ciencia de la guerra es una sola, bajo el punto de vista general debe ser una cada una de sus partes.

En el teatro de la guerra no existen muchas ciencias de la guerra; la ciencia para el ejército activo, para la defensa de plazas, para la marina y para las colonias, constituye una sola bajo el punto de vista de la defensa nacional.

Como se ve, la ciencia de la guerra, por la multitud de ramas que abraza, es extensa y exige una gran constancia en el estudio, y una marcada buena voluntad y labor para abarcar todos los puntos que comprende, que, sin excluir ninguno de ellos, todos tienen aplicación en las operaciones.

El General Morand, el viejo compañero de armas del Mariscal Marmont, se expresaba al respecto en esta forma: « No solamente ignoramos, sino que también desechamos el saber. Se admite el principio de instrucción, pero no aceptamos su aplicación. Muchos oficiales se forman una idea errónea de lo que es la instrucción. Ellos creen seriamente que las escuelas elementales (del soldado, pelotón, compañía, batallón, etc.), forman la única ciencia de la guerra necesaria. Estos bravos hombres se creen capaces de hacer bien la guerra porque saben colocar los guías y mandar un despliegue. »

En la expresión del General Morand está estampado fielmente nuestro espíritu esencialmente conservador de las rutinas absurdas y refractario de las ideas de adelanto y mejoramiento del ejército de línea.

Debemos ser más patriotas: los unos en el sentido de la contracción al trabajo, y los otros en el sentido de apoyar y proteger toda iniciativa ó trabajo de utilidad práctica.

Si los pueblos y los gobernantes delegan en los militares, ó mejor dicho en el ejército de la nación, la grave responsabilidad de mantener y custodiar la integridad nacional, la garantía de la propiedad, de las familias y de la tranquilidad pública, es necesario que á los encargados de organizarlo y mantenerlo en rigurosa disciplina se les proporcione todos los medios indispensables para prepararlo é instruirlo, otorgándoles cierta autonomía que les dé libertad para iniciar las reformas, porque de otro modo, el ejército inconsciente é involuntariamente traiciona, por decirlo así, la confianza en él depositada, y descuida peligrosamente la obligación contraída por la falta absoluta de medios que lo pongan en condiciones de cumplir fiel y honradamente el cometido que las leyes de la nación le han señalado.

Pueden servirnos de ejemplo las doctrinas enunciadas al principio de este artículo, para obligarnos al comienzo de los trabajos de organización y de adelanto en el ejército, depende cuyo progreso significa, sin duda alguna, el progreso del país.

Félix Etchepare,
Alférez.

Montevideo, Abril 3 de 1900.

LA REVISTA

LITERATURA Y CIENCIAS

AÑO I—N.° 10 | Montevideo, Mayo 25 de 1900 | TOMO II

SECCIÓN DE LITERATURA

«SUEÑO DE ORIENTE»

A Roberto de las Carreras.

Acabo de leer vuestro libro y me he visto impensadamente en el espejo de mi ropero vetusto. Estoy intensamente pálido. Una rara sensación de voluptuosidad crepita en mis nervios con la sugestión exótica de los rasos orientales. Una fiebre de deseos irradia en mis pupilas, y un temblor sensual estremece mis manos.

He abierto el cofre mágico de mis adormecidas ansias carnales y he soltado las cautivas palomas blancas... ¡oh, dolor! tenían las alas de nieve teñidas con grandes rosas de púrpura!

Acaba usted de guiarme por un extraño laberinto de refinamientos lujuriosos; me ha invitado usted á un suculento banquete de carnes vírgenes aún después de la desfloración; me ha hecho usted entrever un país de sangrientos claveles salpicando un huerto de supremas ambiciones y de infinitos sensualismos.

Y he vuelto á escudriñar la primer foja y no he podido menos que condolerme de usted. ¡He leído Montevideo, sí, Montevideo y no París!

Y al recorrer las hojas de laminado estuco, he sentido su calor en la yema de los dedos, y, perdiéndome en el vértigo de sus caricias tersas, he asistido á las extrañas nupcias del Ensueño y la Carne, copulando en una imposible estrofa de amor. Son la lis y el

En la expresión del General Morand está estampado fielmente nuestro espíritu esencialmente conservador de las rutinas absurdas y refractario de las ideas de adelanto y mejoramiento del ejército de línea.

Debemos ser más patriotas: los unos en el sentido de la contracción al trabajo, y los otros en el sentido de apoyar y proteger toda iniciativa ó trabajo de utilidad práctica.

Si los pueblos y los gobernantes delegan en los militares, ó mejor dicho en el ejército de la nación, la grave responsabilidad de mantener y custodiar la integridad nacional, la garantía de la propiedad, de las familias y de la tranquilidad pública, es necesario que á los encargados de organizarlo y mantenerlo en rigurosa disciplina se les proporcione todos los medios indispensables para prepararlo é instruirlo, otorgándoles cierta autonomía que les dé libertad para iniciar las reformas, porque de otro modo, el ejército inconsciente é involuntariamente traiciona, por decirlo así, la confianza en él depositada, y descuida peligrosamente la obligación contraída por la falta absoluta de medios que lo pongan en condiciones de cumplir fiel y honradamente el cometido que las leyes de la nación le han señalado.

Pueden servirnos de ejemplo las doctrinas enunciadas al principio de este artículo, para obligarnos al comienzo de los trabajos de organización y de adelanto en el ejército, depende cuyo progreso significa, sin duda alguna, el progreso del país.

Félix Etchepare,
Alférez.

Montevideo, Abril 3 de 1900.

LA REVISTA

LITERATURA Y CIENCIAS

AÑO I—N.° 10 | Montevideo, Mayo 25 de 1900 | TOMO II

SECCIÓN DE LITERATURA

«SUEÑO DE ORIENTE»

A Roberto de las Carreras.

Acabo de leer vuestro libro y me he visto impensadamente en el espejo de mi ropero vetusto. Estoy intensamente pálido. Una rara sensación de voluptuosidad crepita en mis nervios con la sugestión exótica de los rasos orientales. Una fiebre de deseos irradia en mis pupilas, y un temblor sensual estremece mis manos.

He abierto el cofre mágico de mis adormecidas ansias carnales y he soltado las cautivas palomas blancas... ¡oh, dolor! tenían las alas de nieve teñidas con grandes rosas de púrpura!

Acaba usted de guiarme por un extraño laberinto de refinamientos lujuriosos; me ha invitado usted á un suculento banquete de carnes vírgenes aún después de la desfloración; me ha hecho usted entrever un país de sangrientos claveles salpicando un huerto de supremas ambiciones y de infinitos sensualismos.

Y he vuelto á escudriñar la primer foja y no he podido menos que condolerme de usted. ¡He leído Montevideo, sí, Montevideo y no París!

Y al recorrer las hojas de laminado estuco, he sentido su calor en la yema de los dedos, y, perdiéndome en el vértigo de sus caricias tersas, he asistido á las extrañas nupcias del Ensueño y la Carne, copulando en una imposible estrofa de amor. Son la lis y el

clavel, la paloma y el buitre; lo castamente rojo de una pasión y lo sensualmente eucarístico de un idilio...

Me ha hecho usted soñar con senos turgentes y copulantes, con blancas magnolias de un vergel de amores profanos; con caderas enarcadas é impecables... Me ha hecho enervar los glóbulos, exaltar los nervios y arrojarme á un abismo de deseos imposibles y desesperados.

¡Oh su Lisette, reina y maga de una Stambul ideal, me encadena á su carroza de encantos semi-vírgenes!

En un patio lleno de luna, bailando una zambra debe ser soberbiamente bella y en un Trianón acribillado de flores y risas, una duquesa de voluptuosidades felinas y modales principescos.

Yo la sueño;— digo mal — usted la forja y yo la adoro á su hechura.

Sus senos, pétreos á las fecundaciones, se yerguen como dos mundos de alabastro en cuyo cenit germinaran los rubíes; sus muslos inaccesibles al pellizco son mórbidos y adorables y su vientre terso como una cúpula de mármol-rosa tiene miedo al fruto legítimo.

Sí; es usted razonable. A ciertas mujeres se les debía hacer eternamente vírgenes. Hacer de la mujer una estatua es el sueño de un artista genial, la concepción sublime de un cerebro lleno de raras fantasías y fastuosas fantasmagorías. Usted es el reverso de Pigmalión (y aquí una explicación al caso. Aquél se hizo artista después de abrazar á Galathea; usted es artista sin haber abrazado á Lisette...).

De buen grado petrificaría usted las caderas de su amada; esas caderas que se alzan sobre columnas de pórfido lustral como dos arcos apolíneos agobiados por el peso de dos globos erguidos, y tallados en nieve recogida en una romántica noche de luna.

Su « Sueño de Oriente » ha sido escrito con sangre de cantáridas. A ratos galopan entre ironías y deseos famélicos bocanadas de perfumes sensuales á lo Pierre Louys. De pronto se aparece en la emboscada René de Mazeroy con sus amores de *direttes* y *grivoises*, con sus casinos y sus tabernáculos, con sus parisienses adorables y canallescas!..

La modestia no le ataja en la encrucijada. Es usted lo que debía

ser: un *boulevardier* inderrotable y carnal. Yo creo que algún día Lisette llamará á su puerta. Si hoy no lo hace es porque á pesar de sus deberes de esposa, no están del todo rojos sus azahares.

Sé también que su excitante y filigranado *cachet* será un libro furtivo. Las vírgenes lo leerán en el silencio de la alcoba, después de cerciorarse que nadie las contempla semi-desnudas. Lo leerán al acostarse y usted será el culpable de muchas palideces y de muchas hojeras violáceas que florecerán en sus dueñas con los primeros rayos del sol.

Y feliz usted que recogerá las primeras rosas de las voluptuosidades núbiles, saboreador de gracias vírgenes y de blancuras astrales, nimbadas por aureolas místicas!

¡Otra vez he vuelto á mirarme en el espejo y me doy miedo!

Siento pasos menudos. ¡Es mi novia!

Con permiso, poeta! Voy á esconder vuestro libro y asegurarle en uno de los cajones de mi escritorio con tres vueltas de llave!

Si hoy llegase á mirar con ojos lascivos é impuros á la inocente paloma que viene todos los crepúsculos á hundir sus gracias vírgenes en mis brazos, su libro será el culpable....

Voy á decir á mi novia que no suba...

¡No me pertenezco!

Si os parece beberemos juntos, y al aire libre, un sorbo de absinthio en copa de cristal de Bohemia. El absinthio siempre está pronto á recordar unos ojos verdes que nos han mirado, y el oro los bucles perfumados de una amante que nos ha querido. Creedme; no puede ser poeta el que no lleva en su relicario un rizo de mujer y no ha gustado de la venenosa y exótica dulcamara.

Si está dispuesto á no enojarse hablaré de usted. Estoy solo, y mi novia no volverá hasta el próximo crepúsculo. Ahora podemos hablar tranquilamente.

Hace un rato os llamé perturbador de virginidades; ahora me ocurre llamaros explorador de la línea y enamorado de la forma. Un seno caído evoca en vuestro cerebro toda una pesadilla de

Goya, y una cadera equina os maltrata con todas las torturas de Alighieri.

En vuestro cerebro no tienen cabida sino las curvas admirables, las curvas helenas que invitan á la mano al supremo espasmo del tacto. (Reparad que á todo esto no hemos hablado de los ojos de Lisette, ni de su boca y sus cabellos).

La belleza de la forma reside en el busto y las caderas. Una mujer trapezoidal os recordará un mono envuelto en sederías, y un corsé corrigiendo delicadezas, una marquesita pronta á rendirse después del *minué* y antes del *ambigú*...

¡ Y de qué manera vuestra pluma festonea sobre el tema escabroso !

A veces el rojo lascivo del deseo va disminuyendo su tonalidad, hasta el rosa puro del candor. Desciende usted de la cumbre de espasmo y la mordida hasta el pedestal místico de una cuna blanca.

Banville os ha prestado su lente policromático y Alfredo de Vigny su cetro áureo.

Temo y me alegro que justicieramente os quedéis con ambos.

En vuestro libro hay una confusión adorable. Benvenuto Cellini esgrime los pinceles y Wateau empuña el cincel.

Es más ! Me ocurre usted un sacerdote pecaminoso pontificado en una sinagoga de lujurias ; en una sinagoga extraña donde las casullas son rojas y los cálices son modelados en ágata con senos de niñas vírgenes. Es usted el gran sabino de las manchas aristocráticas.

Es usted un gran profano y un gran salmista.

En su templo no existe el Cristo que se abre de brazos, sino la Venus que se muere de risa. Las hostias están empurpuradas con sangre tibia y el sacerdote oficia, á mitad de misa, borracho de *champagne*.

En su misal campean las cifras rojas y las viñetas reproducen artísticas posturas del desnudo. Su turíbulo esparce myrras enervantes y provocativas, y el órgano de su pagoda es un gran clavicordio sensual é imposible. Las campanas son de oro y los badajos de cristal de roca.

Monsieur Luzbel vestido de frac es el campanero.

Las gradaciones elegantinas del órgano estorbarían bruscamente las armonías del conjunto y en su imposible clavicordio hay rumores de cortesanas mandolinas y sistros lupercalios.

En una castalia de amores es usted un cisne negro, y en una barranca alfombrada de amapolas y azucenas — gules sobre nieve — un fauno que atado á la roca de una impotencia forzada contempla rabiosa el baño de Susana en un remanso cristalino, que la envuelve en un interminable abrazo de frescor.

Un soplo tropical recorre las páginas de vuestro libro, y el deseo desfallece cansado de voltejear, sobre un tálamo de púrpuras imperiales. Se hipa el supremo cansancio entre un trémulo de violines y se estrangula el último beso en el fondo de una copa donde han bebido muchas bocas sensuales y minúsculas, rocío de granada y zumo de adormideras.

Y sin embargo, al final, os ha rendido vuestra carnalidad! En vez de soplar una trompa de oro en señal de triunfo, buscáis en la cornamusa una nota indefinida, vaga, obscura...

En vuestro libro anochece en plena agonía del sol. No hay crepúsculo. Se pasa vertiginosamente del día á la noche, y las figuras se esfuman por arte de encantamiento.

Pero volvamos á charlar de Lissette. La heroína impera sobre el autor. Éste lo ha querido así.

Creo que vuestra duquesita encerrada en un serrallo, haría morir de amor á un visir pletórico de suculentos y vivientes manjares. En el rojo y tibio estuche de su boca, sorbería leche de cabritas blancas y paladearía mieles excitantes de la Arabia.

Sus ojos — negros diamantes de un país lejano y fabuloso — serían por la noche los ojos fosforecentes de una gata glotona y nunca satisfecha.

Llevemos á Lisette á Sevilla y se morirá de pena. La manzanilla le hará daño y la guitarra le parecerá un grillo muy grande é inarmónico.

En cambio llevemos la heroína á París. (A todo esto ya habrá venido á golpear á vuestra puerta).

Calzará zapatitos con tacos Luis XV y concurrirá á todos los casinos y cafés cantantes; lucirá descotes audaces y bailará el *can-can* con el supremo arte de una Cleo de Mérose.

Hay princesas bailarinas y Lissette, por derecho natural, será una bailarina princesa.

Y en esa atmósfera viciosa de París, recargada de opio, de incienso de cigarros y *calembours* de subido color, Lisette cimbraría sus caderas en un ritmo voluptuoso y lloverían brillantes y sombreros en el escenario.

Tendrá las impensadas audacias del culebreo de las bayaderas. Afrodisia la vestiría de paje para admirar, ante un público de viejos verdes y pecaminosos, el armónico balanceo de sus caderas, bajo el raso rojo con listas de oro leonado...

Lisette desnuda se simboliza en un relámpago de alabastro.

Sus largos brazos, mórbidos y tibios, llaman al abrazo y su piel sonrosada está dispuesta á cubrirse de minúsculas rosas de escarlata, como implacables cauterizaciones de tarántulas en la época del celo...

Disculpad si me interrumpo. Siento fiebre en las arterias y visiones en el cerebro. Una flámula erótica recorre mi espina dorsal. Sus extrañas caricias me cosquillean bajo la piel. Voy á ver á Lulú...

Veo, poeta, que mi palidez aumenta y que mi novia va cayendo de su pedestal de inviolables rosas blancas. El pecado me ofrece rosas de púrpura. Vacilo!

No importa! Seré otro nuevo amante disfrazado de marido!

Herrera y Reissig tiene razón: ofrecéis la estrignina en dedal de oro cincelado!

Manuel J. Sumay,
Argentino.

Buenos Aires, en Mayo 1900.

OJOS VERDES

Se oyen frases picarescas, vagan lúbricas sonrisas;
Alegría—el ave blanca, de alas gráciles de azahar—
Llega espléndida aromando los ambientes y las brisas,
A besar dos ojos verdes, aún más verdes que la mar!

Y la dueña de esos ojos, reclinada tiernamente
Junto al bardo que la brinda las endechas de su amor,
Dulce música sublime que enajena, vagar siente
En su oído, cual las notas de un oculto trovador.

Sobre el pecho del poeta—ruiseñor enamorado—
Suave dobla su cabeza que trasciende á *Peau d'Espagne*
Y los rápidos latidos de aquel pecho emocionado,
Estremecen sus guedejas y sus rizos de *champagne*.

La *cocotte* de airoso porte, la del chic hijo de Francia,
La que ostenta sus bellezas en los teatros de París,
Ha bebido el suave néctar que una mano tersa escancia
En el ánfora del bardo de un ignoto azul país.

Ese néctar, son las notas de la rauda poesía,
Los cantares de las harpas armoniosas del amor,
Que dan vida á su alma muerta, que dan vida á su alma fría,
Ofrendándola otros mundos de eucarístico blancor.

En sus labios sonrosados vagan místicas sonrisas
Y Alegría—el ave blanca, de alas gráciles de azahar—
Llega espléndida aromando los ambientes y las brisas
A morar en esos ojos, aún más verdes que la mar!

Alfredo Herrera,
Chileno.

1900, en Mayo. Buenos Aires.

DOS IDEALES

CUENTO

Para La Revista.

I

¡Qué distinta manera de pensar tenían los dos hermanos gemelos! Raúl, el de cabellera blonda y frente de pensador; el melancó-

lico, de ojos azules impregnados de dulzura; el de las largas vigilias consagradas á la cultura del espíritu; el de las utopías nobles, levantadas; el de los alados ideales; y Daniel, el de tez morena y deprimido frontal, ojos pequeños, sonrisa solapada, el que repudia la vida de la idea, el Bentham impúbero, el niño ególogo, con la intuición de lo útil, que empieza la ruda jornada en pos de un éxito tangible.

Los dos hermanos se amaban. Discrepaban tan solo en ideales. Arrastrado el primero por su fantasía, soñador de lo noble, de lo altruista; aferrado á su vocación el segundo, á lo que él llamaba «positivo y práctico», disputaban incesantemente sin que el uno jamás lograse al otro convencer. Pero, fuera de la discusión, Raúl y Daniel volvían á la cordialidad y á la paz.

II

¡Crecieron! Raúl ingresó á una Facultad; Daniel se empleó con un banquero. Aquél pasaba sus noches de claro en claro y sus días de turbio en turbio, consagrado al estudio. Éste, engolfado entre números y guarismos, y apilando oro y oro por largas horas, oro ageno, oro tentador, mientras su cerebro bajo la obsesión del interés hacía mil planes para la posesión futura de tantos caudales como los que veía desfilar diariamente ante sus ojos.

Raúl recogía anualmente, en cada prueba, en cada examen, un laurel, un premio á su aplicación y á su talento. Daniel colocaba en su cuenta corriente del Banco las economías realizadas.

Corrieron los años. Raúl fué abogado. Daniel, á quien un premio gordo en la lotería y especulaciones afortunadas, le hicieron dueño de un respetable capital, formó parte de la firma social Anderson y C.ª, la misma casa bancaria donde se iniciara en la carrera mercantil.

—¡ Ya soy abogado ! ¡ Ven á mis brazos, querido hermano mío !

Tal dijo, el rubio soñador, al flamante banquero, así que recibió su grado en colación solemne.

—¡Heme ya, mi buen hermano, convertido en un aristócrata del dinero! ¡Un abrazo!

Así se expresó, á su vez, el futuro Rostchild, el día mismo en que firmó su contrato de sociedad, incorporándose á la alta banca.

III

Están de sobremesa ambos hermanos. Entre sorbo y sorbo de licor, y mientras consumen sus respectivos puros, charlan del porvenir.

—¿Sepamos qué es lo que piensas hacer, joven diplomado?.., ¿cuáles serán tus rumbos de hoy en adelante?..

—¿Mis rumbos?.. Pues es muy sencillo. Soy abogado; si tengo pleitos los defenderé, dedicando á ellos toda la atención posible; y serán para mí los momentos más dichosos, aquellos en que vea, al Derecho y la Razón, triunfantes y victoriosos. Salvar al inocente, defender al débil y al oprimido, y alzar muy alto la voz, protestando con entereza, cuando en el templo de la Justicia vea imperar la venalidad ó la prevaricación. Por último, consagrarme, con el alma y la vida, al bien de mis semejantes, á la felicidad de mi patria y al perfeccionamiento y cultura incesantes de todas mis facultades, hasta llegar á adquirir un grado de ilustración que me permita ver la verdad, nítida, resplandeciente, como sólo pueden verla las inteligencias debidamente nutridas y preparadas.

—Ó, en mejores términos; hacerte un apóstol del más puro altruismo, dejando á un lado los intereses materiales, harto baladíes para un filósofo de la escuela de Platón, el *divino*... Pero, ¿y el pan nuestro de cada día?.. ¿Y las comodidades y el bienestar á que un hombre de tu clase debe legítimamente aspirar?.. Sigue mis consejos, hermano, ahora que tienes carrera. Preocúpate de hacer fortuna, que es lo práctico, lo positivo... Abandona ese tu idealismo que sólo á la desolada pobreza conduce; y brillarás, Raúl, y serás astro de primera magnitud, y tu nombre tendrá el lustre que no da la ciencia, ni da el arte, ni da el patriotismo, porque ninguna de estas cosas, desengáñate, luce en este siglo como el oro.

Raúl le repuso:

—En vano, Daniel, me aconsejas así: predicas en desierto. Síbaris, la fastuosa, la de la molicie y las riquezas, ¿á qué quedó reducida? ¡A escombros, á la nada! ¿Cuál gloria conquistaron sus habitantes, que vivieron en medio de todos los refinamientos y nadando en medio de la opulencia? ¡Un mote, un mote afrentoso! Tal

queda, hermano, después de la inexorable muerte, de aquellos que sólo á su bienestar personal se dedicaron. Yo entiendo la misión dél hombre de manera muy distinta; yo amo todo lo que tú desdeñas, todo lo que tú menosprecias; lo bello, y lo perfecto, y lo bueno; lo que dignifica al espíritu y lo ennoblece y hace del hombre verdadera imagen y semejanza de su Creador. Estudiaré por amor á la ciencia y para con ella ser útil á los demás, y cultivaré el arte, porque él, que es belleza, nos hace sentir todo cuanto de ésta emana, siendo su influencia sobre el alma tan benéfica como lo es para el organismo una fresca brisa vespertina en bochornoso día del cálido estío.

Y Daniel le interrumpió:

—¡Basta! Veo que tu mal no tiene remedio. El porvenir dirá cuál de los dos piensa mejor.

Los puros se consumieron y la conversación languideció. Daniel marchóse á su club, Raúl á su gabinete de trabajo.

IV

Pasaron muchos años. Daniel llegó á ser el rey de la Bolsa. Su fortuna se calculaba en varios millones de pesos. Su tren era el de un Nabab. Sus palacios, sus carruajes, sus caballos de raza, pasaban por ser los más notables de la ciudad. Sus fiestas hicieron época. ¡Era más que los otros! ¡Nadie le sobrepujaba!

. . . .

Murió. Su entierro fué fastuoso. Todo lo más distinguido de la sociedad hizo acto de presencia. El riquísimo féretro fué depositado en suntuoso mausoleo, obra de celebrado escultor florentino. Oradores brillantes pronunciaron conceptuosas oraciones fúnebres; y todos los periódicos del país y muchos del extranjero, lamentaron en sentidos artículos, la muerte del conocido millonario.

V

Raúl ya no lleva luto por su hermano. Varios años han transcurrido desde su muerte. Nadie habla ya del extinto. Otros mimados de la suerte le han sucedido, y ellos son entonces objeto de la necia admiración.

Su nombre no quedó vinculado á nada útil, á nada bueno, á nada generoso. Nada le debió la patria; nada la humanidad. Ni la instrucción, ni la beneficencia pública, tuvieron que agradecerle cosa alguna. Jamás enjugó una lágrima al infortunado. Su memoria, pues, ni fué execrada, ni fué alabada: *fué olvidada.*

VI

Raúl, el melancólico, el soñador, el de los alados ideales, el de las largas vigilias consagradas á la cultura del espíritu, vivía dichoso en la quietud de su retiro. Trabajador incansable, cerebro privilegiado, alma de artista, corazón de nobles entusiasmos, llevaba una existencia de proficua y constante labor.

Su nombre tiempo hacía que había traspasado las fronteras de su patria. Su obra fecunda estaba ahí, á la vista de todos. Sus libros y sus escritos; su paso por los Parlamentos, donde su personalidad como orador y como estadista se había destacado con lineamentos simpáticos; sus enseñanzas de la cátedra, que habían quedado estereotipadas en el alma de sus discípulos; sus arranques generosos; su patriotismo austero; su amor por todo lo bello, por todo lo noble y por todo lo grande, serían monumentos perdurables que ensalzarían y harían respetable su memoria ante las futuras generaciones. Fué un sabio y un artista y un benefactor: fué ejemplar...

. . . .

Murió. En su sepelio no figuraron ni la aristocracia del dinero, ni la de la banca, ni los abolengos vanidosos, ni aún siquiera un ilustre *parvenu.* Pero, en cambio, iban allí, sinceramente desolados, sus discípulos, sus hermanos en ideales, las primeras intelectualidades de su país, y todos los hombres de bien tuvieron noticia de su muerte.

Durmió su postrer sueño en la pobreza. Tuvo que pedir hospitalidad á su hermano en su necropalacio, él, que vivió en la modestia. ¿Qué se dirían, en el silencio de la tumba, Daniel y Raúl, al darse el fraterno abrazo, tras la duradera jornada en pos del ideal acariciado?

Oriol Solé Rodríguez.

Mayo de 1900.

HIBERNAL

Para el distinguido escritor Casimiro Prieto Costa.

Bajo el lívido cielo, recorrido
Por pesados y negros nubarrones,
Ya sin hojas, sin flores, sin gorriones,
Se extiende el gramillar adormecido.

¡Y cual urnas vacías, todo nido,
Se extremece al soplar los aquilones,
Y los cardos desprenden sus plumones,
Que son de raso y de metal bruñido!

Cual palidez enferma de agonía,
Como un ajuar de muerta desposada,
Cual lápida de mármol, blanca y fría,

Se extiende, inmensa, la hibernal helada,
Y son sus gotas, lágrimas del día,
Pétalos blancos de una flor tronchada!

Juan Picón Olaondo.

Mayo 20 de 1900.

HOJAS SUELTAS

(De mi cuaderno íntimo)

SILUETA

... Fulanito carga un voluminoso material de escepticismo y sabe de memoria ese especial diccionario de lamentaciones, en cu-

yas manchadas páginas ha descubierto los anatemas y diatribas que dirige—*plena-facie*—á la humanidad y al mundo. Yo conozco muy bien la versatilidad de mi plañidero amigo en lo tocante á escuela filosófica, pues en el curso de nuestras conversaciones he encontrado más de un motivo para demostrárselo: así es que no me extraña mayormente el falso brillo de esa faz nueva de su espíritu diabólico. Pero... la procesión anda por dentro, y no puedo menos que reírme, con carcajadas locas, de la entonación elegíaca y llorosa de su voz, inexplicable en un muchacho de cierta inteligencia, que maldice de este *mísero mundo,* y olvida que está en él y que en sus antros espaciosos celebra escandalosas orgías, borracho de alcohol y de placeres, sin dedicar un ápice de la memoria á sus escépticas divagaciones de costumbre sobre temas *durísimos,* á los cuales no todos nos animaríamos. Yo creo que los que así pierden el tiempo, entre la concepción absurda de la vida y su más absurdo aprovechamiento, tienen conquistados más *derechos* que muchos melancólicos ó maniáticos para ocupar las celdas de un Manicomio. Verdaderos *locos sueltos,* perjudican notablemente al prójimo, y allí donde un escéptico deja caer su ponzoñosa baba, germina un semillero de microbios, destinados á infectar el criterio (casi no le tiene) del primer incauto que encuentran en su mefítico campo de acción...

¡Ah! cuántos Fulanitos conozco, cuántos, que olvidan el descarnado positivismo del día, para renegar del mundo á los veinte años, « *¡ viviendo un siglo cada semana !* .. » Pompeyo Gener los encerraría en el corral de los miopes de la inteligencia. Ó los llamaría estúpidos, con su habitual franqueza de crítico sensato... Y yo creo que la razón no le falta...

¡ Salve, cerebro !

La madre pródiga que engendra ideas y regula entusiasmos en los espíritus que conciben, no pudo encontrar mejor colocación en el conjunto humano, que el elevado salón del cráneo, lleno de luces ignoradas que brotan al menor contacto de influencias externas — cuando no impera el feudalismo de lo anormal — como brotan las

doradas florecillas del calicanto al templado calor de un sol de invierno!.. Desde esa altura se domina el paisaje sereno del universo de las realidades, con sus perennes manantiales de experiencia, llenos de verdad, exuberante de bellezas innegables, frente á frente del mundo falaz, con sus ilusiones mentidas, sus ridículas fantasías arlequinescas, exuberante de bellezas efímeras, de esas que encuentran la muerte en los primeros pasos de su vida!..

¡ Salve, cerebro! ¡ Bendito eres cuando iluminas el obscuro sendero de la inexperiencia, y enseñas á vivir á los seres que marchan hacia el futuro, fija la vista en el dilatado horizonte de la verdad *ideal!*..

Alfredo Varzi.

Mayo de 1900.

BRONCE FLORENTINO

FRANCISCO GARCÍA CISNEROS

Tiene un cánon bello, raro abracadabra,
Misterioso rito que á la musa evoca
Cuando á la Belleza, novia augusta invoca
Ó del arte escucha la triunfal palabra.

Es cincel su pluma que en el bloque labra
Ya una virgen triste con nevada toca,
Ó una hetaira que á besar provoca
De estatuarios senos y risa macabra.

Es el cortesano del Golconda regio,
Del galante Brummell, del toisón egregio,
Del lirio simbólico y la flor de lis;

Blondo y aristócrata, ama el pergamino
Gloria de sus timbres, y, es un bizantino
Que adora las rubias hembras de París.

† *Cárlos Pío Uhrbach.* (*)

(*) Muerto en una acción de armas el año 1897 en la guerra de Cuba contra España. Carlos Pío Uhrbach era comandante de las tropas cubanas.

LITERATOS ARGENTINOS

LUIS BERISSO

Le conocí en Buenos Aires, á mi regreso de Europa, en el verano de 1897.

Rubén Darío y Julio L. Jaimes *(Brocha Gorda)* me proporcionaron la ocasión de estrechar la mano de aquel brillante escritor, honra y prez de las letras argentinas y que hoy representa una de las más simpáticas figuras, que se destaca con caracteres propios en el desenvolvimiento de la *intelectualidad* americana.

Desde aquella fecha, inolvidable para mis recuerdos, he seguido todo el proceso de su vida literaria, fecunda en obras de verdadero mérito.

Aún conservo en la memoria, á traves de la distancia que nos separa, aquellas hermosísimas veladas con que Berisso obsequiaba á sus amigos, haciéndonos amar, haciéndonos sentir la vida del arte.

Allí, en esos que no eran *cenáculos*, pero sí verdaderas congregaciones literarias, se veían las más salientes figuras del mundo literario *bonaerense*.

Como búcaros de perfumadas flores, como rico joyel de deslumbrante pedrería, pasaban allí, dejando huella luminosa en el cerebro, los poemas de Leopoldo Díaz, las « *Prosas* », hoy profanadas, de Darío; las estrofas extraordinarias, admirables, de Leopoldo Lugones; las canciones intensamente sujestivas y melancólicas de Ricardo Jaimes Freire; los versos sollozantes,—gritos de una alma enferma, de Ghiraldo; los sonetos magistrales de Fernández Espiro; los pensamientos profundos de Iraizós; la prosa deslumbrante de Lemoine; la charla ática, incomparable, de Julio L. Jaimes; en fin, todo cuanto el ingenio puede ofrecer de encantador y grato á la memoria.

¡Cómo, después de aquellas sabrosas pláticas, en que aleteaba el pensamiento, semejante á una mariposa inquieta por entre mun-

dos de luz y jardines poblados de visiones,— iba nuestra caravana literaria á contemplar una noche de luna, respirando las brisas del PLATA, bajo los bosques perfumados de *Palermo!*

Hay recuerdos que no se olvidan.

Los tengo yo profundamente grabados en el alma, para la hermosa tierra argentina, cuyos hijos representan, en este medio continente de nuestra América latina, la legión más avanzada de su progreso intelectual y artístico.

¿A qué cimas irán á colocar sus banderas estos *peregrinos* del arte, cuyos himnos, ora alegres, ora melancólicos, resuenan á los cuatro vientos, anunciando la aparición de un nuevo día?

¡Ah! el Arte,— el Ideal, lo Grande, lo Bello, lo Infinito!

He oído decir entre los muchos amigos de Berisso, que jamás tuvo educación universitaria.

Aquella alma que no necesitaba de las trabas del dogmatismo literario, se abrió un día por sí misma á las grandes inspiraciones de la idea.

Algo como una llama luminosa, inextinguible ardía en su cerebro.

Brotó la chispa.

Sus raudales intensos fueron á iluminar el *Santuario,* para él hasta aquel momento desconocido del Arte.

Enamorado del Ideal, atravesó con paso lento, pero seguro, las naves del gran templo — y llegó á sus altares.

Allí ofreció las primicias de su alma pensativa y laboriosa.

Allí está hoy, comulgando la blanca hostia de su fe, de su creencia, de su vida literaria.

Y es desde allí, que ofrece á cuantos le contemplan y le siguen, los más ópimos frutos de su talento, admirablemente cultivado.

El diario, la revista, el libro, reciben cada día de sus manos, impulso prodigioso.

Como Sarcey ó Barbey D'Aurevilly hace de la crítica su más vigorosa arma de combate.

Su frase, en ocasiones atrevida, pero brillante siempre, dibuja hechos, analiza situaciones, esculpe grandes figuras, cuyas líneas, cuyos contornos, cuyo conjunto son obra delicada de concepción artística.

Sus personajes, estudiados ó descriptos con todos los atavíos de la belleza de que él sabe revestirlos, tienen toda la forma *viviente* de las realidades que estudia ó analiza.

Su hermoso libro « *El Pensamiento de América* », publicado hace dos años en Buenos Aires, es una comprobación de esta verdad.

Cuatrocientas y tantas páginas consagradas á estudiar y conocer las más encumbradas personalidades literarias, científicas y políticas de la América latina, bastan por sí solas para dar una idea de todo el proceso evolutivo que ha seguido el pensamiento, durante largos años de no interrumpida labor en nuestro *medio ambiente* literario.

Notas biográficas, descriptas á grandes rasgos, encaminadas á *revelar* siempre en su más alta expresión, la índole, la tendencia ó el genio dominante de las personas á quienes consagra rápidas pero discretas y profundas reflexiones, caracterizan sus escritos.

Berisso corre entonces la escala interesante de la crítica; enumera las bellezas de forma y fondo de los libros que estudia, se identifica con el autor, se apasiona como él, refleja todo el conjunto de ideas que dan vida á las obras magistrales sobre las que discurre.

Su frase, obra de artífice delicado, en que se refleja la palabra clara, brillante, sujestiva; interpreta, por un fenómeno de asimilación sorprendente, todos los movimientos del alma, todas las recias sacudidas del sentimiento, todas las impresiones psicológicas ó morales de los autores que dieron forma á sus ideas.

Seguidlo sino en las distintas semblanzas de su libro.

Ruge como un león encadenado, con Díaz Mirón en las cárceles de Veracruz, invocando la justicia de los pueblos en favor del *gran vencido;* modula gritos de tempestad y cantos de triunfo con el autor de « Prometeo »; solloza en los acentos moribundos de Jorge Isaac; enseña con Sarmiento; predica el dogma de la democracia con Alberdi; canta con gorgeo de alondra enamorada con Guido Spano; puebla la imaginación de las más ricas y vistosas fantasías, con los relatos COLONIALES de Ricardo Palma; estudia la antropología criminal con Magnasco; exalta á la libertad con Chocano;

canta con grandes ideales del espíritu humano con Lugones; sueña con Leopoldo Díaz: hace, en fin, resonar en sus manos una lira gigantesca, extraña, que no es la lira de los *poetas;* pero cuyos acordes, tienen todas las majestuosas resonancias del espíritu y las más hondas vibraciones del sentimiento.

Quien quiera conocer la historia literaria de más de medio siglo en nuestra América latina, lea el interesante libro de Berisso, que si no es completo en el catálogo de los ilustres varones que honran las letras americanas, (omisión que esperamos será enmendada en breve), da al menos una idea aproximada de su desenvolvimiento progresivo.

Belkiss.— ¡ Qué sueño tan hermoso!

Recuerdo que contemplando un día, desde las cimas aún almenadas del morro de *Cintra, el Castillo del moro* por un lado, cubierto de naranjos y palmeras; el palacio veraniego de los reyes de Portugal, sobre una hermosa colina rodeada de verdura; el *Tajo* corriendo límpido, silencioso, bajo mis pies, hasta dejar sus aguas en el mar; recuerdo que pensé con pena en las antiguas glorias del pueblo lusitano.

Vi á través de los siglos la figura del rey don Sebastián, muriendo en su atrevida expedición al África; á Vasco de Gama atravesando el cabo de las Tormentas; á *Camoens* cantando en un poema inmortal aquella grande hazaña; al marqués de Pombal haciendo valer los derechos de su Patria en la religión y la política; á Herculano escribiendo los capítulos magistrales de su historia, y últimamente á... narrando las leyendas de su pueblo y los heroísmos de la « *Arraya-miuda* »; á João de Deus, el poeta egregio, que nacionalizó más que ninguno con sus estrofas hondamente sentidas la poesía lusitana; vi pasar esas figuras luminosas de la historia de aquel pueblo y sentí mi alma entristecida.

El alcázar de los reyes moros, estaba silencioso.

En la sala de los « *Cisnes* » ya no se oía resonar el eco de aquellos cantos varoniles, que recordaba á sus guerreros y poetas.

—¿Dónde está el genio, me dije, que hoy haga resonar en su gran lira de oro el ritmo de las augustas, inmortales, inspiraciones

con que los hijos del Lusso cantaban sus amores ó festejaban sus triunfos?

Ese genio se reveló de súbito, con todas las fulguraciones de su potencia creadora.

Se llama *Eugenio de Castro*, autor de *Belkiss*.

Me lo figuro, en sus tiempos de estudiante, bajo los muros claustrales de la vieja universidad de *Coimbra*, entregado por completo á las maravillosas evocaciones del pasado, esculpiendo entre ruinas las figuras más deslumbrantes de los personajes de sus libros.

Soñando con los viajes de Marco Polo; con las *Holiópolis y Ecbatana*, con las ciudades de cien puertas y murallas babilónicas; reconstruyendo así los dramas ya olvidados de otros tiempos con la magnificencia de sus escenas inauditas.

Así en medio de esos ensueños que han debido tener algo de los pavorosos espasmos de lo terrible, ha debido concebir su hermoso poema.

Belkiss, reina de *Saba, de Axum* y *de Himyar*, oyendo celebrar tanto la belleza de Salomón; se siente por él, sin conocerlo, presa de una pasión extraordinaria; gimen sus carnes vírgenes con gemidos de amor desconocido; su espíritu se exalta y llega hasta el frenesí de la pasión que la consume.

Sophezamin su viejo mentor, le predice las funestas desgracias que este amor ha de acarrearle.

«Abandona ese loco amor», le dice,— «consérvate pura si quieres conservarte bella».

Belkiss nada oye.

«Quiero ir á Jerusalem, quiero ir á donde *mi Señor*»— exclama.

Parten las caravanas de *Saba*, seguidas de esclavas vírgenes y hermosas, que van tañendo sus arpas junto á la real comitiva.

Belkiss llega á Jerusalem: su entrada es una apõteosis.

La muchedumbre la aclama.

Salomón desde sus balcones, derrama á su paso los más olorosos perfumes contenidos en vasos de alabastro.

. . . .

Aquella noche un sendero de hojas de lirio, enseñó á *Belkiss* el camino del aposento de Salomón.

. . . .

Cuando la reina de Saba, de Axum y Hymiar regresó al trono de sus mayores, la nube de la desgracia precedía sus pasos.

Compadecidos los dioses al poco tiempo, de la honda pena que laceraba el corazón de BELKISS,— se la llevaron de la tierra.

Pocos momentos antes de su muerte, un emisario regio, enviado de Jerusalem, por Salomón, se presentó ante BELKISS, con el encargo de recoger al Príncipe David, fruto de aquellos amores.

Al popularizar Berisso, en lengua hispana, la hermosa creación de Eugenio de Castro, reputada como una de las más ricas joyas literarias de este fin de siglo, con la admirable fidelidad con que sólo Alcalá Galiano supo traducir del inglés los poemas de Lord Byrón, especialmente en *Astarté;* no sólo ha conquistado un lauro más para su fama literaria, sino que ha prestado un positivo servicio á las letras americanas.

Al presentar á nuestros lectores la simpática figura de Luis Berisso, saludamos en él á uno de los más entusiastas y convencidos apóstoles de la propaganda literaria en América.

Sixto L. Ballesteros.

Bolivia—La Paz, Marzo 1900.

MI ITALIANA

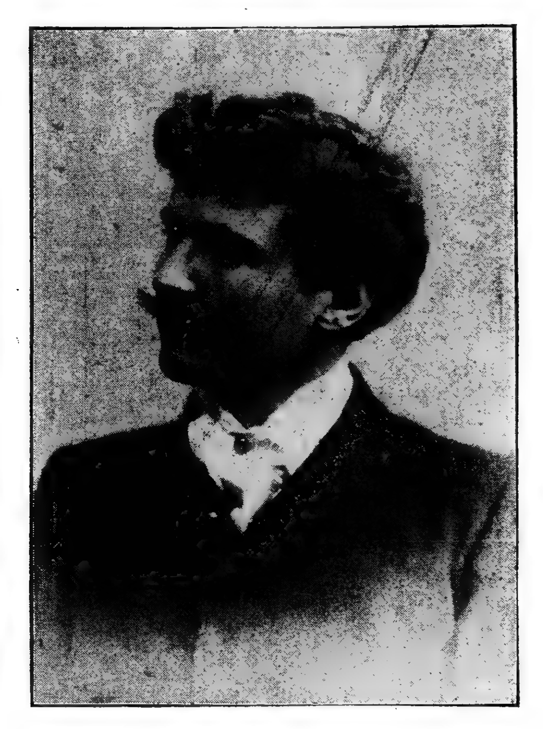
Á Arturo Santa Anna.

Yo me hice á mí mismo la promesa
De no amar ni escribir... Ha sido vana,
Y después de cantar á una francesa
Ahora voy á cantar á una italiana.

La mujer que amo ahora no es ingrata.
Me ama... ¡Yo la idolatro! Y no hablo en broma:
Adoro á mi italiana: me arrebata,
Y de París, lector, me paso á Roma!

¡Italia tiene encantos!.. Cuando pienso
Que á causa de otro amor yo quise á Suecia!
Pero este es el más grande, este es inmenso,
Poético y gentil como Venecia!

A un mismo tiempo alegre y afligido,
Estoy lleno de angustias, de ansiedades;
No como, duermo mal, he enflaquecido;
¡Qué pasiones! más bien: ¡qué enfermedades!



Roberto de las Carreras

¿Y mi musa?.. La pobre está olvidada.
Estará, lo supongo, resentida.
En mis brazos, convulsa, enajenada,
Ahora en vez de ella tengo á mi querida!

¡Qué amor excepcional! Naturaleza
¡Es una gloria tuya! un monumento
Que te alzamos! ¡Qué asombro! ¡Qué grandeza!
¡Y qué acontecimiento!

No hay á que comparar este ardoroso
Fuego de amor: la atmósfera está fría:
No hay guerra, el socialismo está en reposo,
Los volcanes tranquilos. En el día,

No hay nada digno de él. Yo nada advierto,
Ni un dolor grande, ni una gran fortuna!..
Ninguna tierra más se ha descubierto
Y no ha nacido ayer montaña alguna!..

Está el término medio en derredor.
En ese cielo espléndido y profundo
Las estrellas de siempre... Es nuestro amor
La actualidad del mundo!

El universo entero ha de admirarnos!
¡Qué cuatro alas!.. Es ella inteligente:
Cuando hablamos lo mismo que al besarnos
Estàmos frente á frente!

Yo le digo hermosuras, maravillas,
Frases que la acarician por millares;
Hablan de Dios mis frases más sencillas,
Y hasta llego á decir cosas vulgares!

Soy romántico ahora; mas poeta!
Mi musa de otra vez no tiene asilo.
Este amor es la pérdida completa
De mi paz, y el trastorno de mi estilo!

¿Y ella me quiere? Mi alma se encapricha
Y se empeña en dudar... ¡Si no me amara!
Estoy lleno de sombras... Esta dicha
Tan natural es rara!

Mas debo convencerme: soy dichoso.
Seré amado como hoy todos los días,
Y de nosotros dos lo más hermoso,
Será el desprecio por las almas frías!

Nuestro amor entrará en el clasicismo
¡Qué soberbia, qué espléndida pasión!
Despreciamos el mundo hasta el cinismo,
Y vivimos á pleno corazón!

Cuando están nuestros labios confundidos
Pensamos: este amor es de otra zona,
Y hay en ella temblores y rugidos
Así me gusta más: ¡es mi leona!

¿Quién es capaz de comprender, quién siente
Una pasión como esta?
No es amor de salón, seguramente,
Es un amor que pasa en la floresta.

Ella tiene un ardor
Natural, espontáneo, incalculable,
Y en sus locos empujes, un vigor
Que podría matar: ¡es adorable!

Mas por desgracia, su primer amante
No soy yo; ni el segundo ni el tercero...
A todo llego tarde: es irritante,
Aunque á su corazón llegue el primero

Según ella... Me dice, me asegura,
Que su alma es virgen hasta de un deseo
Que no ha sentido nunca, que no ha amado
Me lo jura... ¡y qué diablo! yo lo creo.

Nos amaremos, pues, querida mía
Y seremos de bronce, de algo fuerte
Para que esta pasión, toda alegría,
Viva á pesar del tiempo y de la muerte.

¡Sólo nuestra embriaguez, nuestros placeres!
¡Sólo tus labios cálidos y suaves!
Desprecio á esas mujeres
Que no son más que vírgenes!..

Que una dicha inmortal sus brazos abra;
El resto será olvido!
¡Qué manera de amar! Esta palabra:
Infinito, por fin tendrá sentido!

¡Gozemos hasta el fin! Yo amo la vida;
Tu amor es una fiesta.
¡Esto es un triunfo! Bésame, querida,
¡No dejemos jamás nuestra floresta!

Roberto de las Carreras.

SOL DE MEDIODÍA

El cielo luminoso, de un azul blanquecino, sin una nubecilla, cae implacable el sol sobre la tierra silenciosa y dormida. En el aire transparente vibra á intervalos el lejano tañido de las campanas de alguna iglesia, como un llamamiento á la meditación y al reposo. Es la hora blanca de los países del sol; la hora cálida de lánguida pereza y de voluptuoso abandono, que despierta la fantasía y aviva las nostalgias en el fondo de las almas soñadoras; en que surgen, intensos, en medio de la quietud de las cosas, los melancólicos recuerdos de la vida, y en aquel mismo soplo de brisa, que llega de lejos cargada de tibios perfumes, pone pálidos de inspiración los rostros de los artistas y húmedos de amor los ojos de las mujeres.

Es la hora apacible de las siestas, en que flotan borrosas las ideas en el dintel del sueño; en que la ancha faja de sol que se desliza silencioso á través de las junturas de las ventanas, despierta vagos anhelos de dicha en las almas juveniles, que aún tienen la vida ante sí, é infinita tristeza en los viejos que extienden sobre sus rodillas sus manos descarnadas y se resisten á la idea de que es forzoso morir.

Es la hora de las limonadas y de los baños de tina en el fondo de las casas silenciosas; la hora en que los gatos duermen sobre las mesas de pino de las cocinas, y en que sobre las azoteas, blancas de sol, las gallinas, espiando con su ojo inquieto y redondo, pasean gravemente, picando aquí y allá bajo la sombra movediza de la ropa puesta á secar.

Del fondo de las casas pobres, de los pequeños patios altos y estrechos, por cuyos ángulos trepan las enredaderas, elévanse en el aire inmóvil voces frescas de mujeres, que cantan golpeando la ropa, con los desnudos brazos metidos en el agua que espejea al sol y refleja el cielo azul y el vuelo de bala de las golondrinas; y allá, en el hueco de una ventana, un loro, desperezándose en su

percha, bate las alas y lanza agudos gritos de alegría, impresionado tal vez, en su oscura memoria de bruto, por el vago recuerdo del país en que nació.

El sol lo inunda todo en un baño de fuego, y por encima del hacinamiento de tejados de la ciudad dormida, brilla en la blanca pared de alguna casa, reverbera en la cúpula de cristales de una iglesia, dora el polvo que flota en los caminos, y va á alegrar, á lo lejos, el verde de los árboles que confunden sus copas inmóviles, en aquel ambiente de horno, sobre el fondo violeta de las montañas. Por las calles estrechas, anegadas en sol, luminosas en los extremos como puertas abiertas sobre la línea azul del horizonte, caminan aquí y allá, lentamente, uno que otro transeunte, como simples puntos negros á lo largo de las paredes blancas, luminosas, interminables, como una fantasía de Gustavo Doré, y al volver de una esquina, á través de una callejuela tortuosa y desierta, dormida en la penumbra ardiente que cae de las altas casas, va un viejo, montado en un burro, vendiendo frutas, al compás del lánguido murmullo de los canastos, y su melancólico pregón se pierde á lo lejos en la calleja silenciosa, bajo la densa sombra de los balcones, haciendo soñar á los niños pequeños que escuchan tras los cristales.

En los conventos los gordos frailes pasean tranquilamente su almuerzo á la fresca sombra de los claustros bordeados de azulejos, y en la dulce placidez de su digestión hallan buena la vida; mientras en los colegios, los muchachos de ojos brillantes y sangre inquieta, sueñan, sobre sus libros abiertos, en locas escapadas á los verdes campos llenos de luz y misterio, donde hay lugares ocultos para bañarse á la sombra de los inmensos árboles cargados de fruta... ¡y encuentran la vida detestable!

En las alamedas solitarias donde se dan cita los amantes, fíltrase el sol á través de las altas copas frondosas, dibujando, vigoroso, en el suelo, el complicado encaje de las hojas inmóviles. Del brazo desnudo de una estatua lánzase un gorrión con las alas tendidas, y de un solo vuelo va á posarse á lo lejos, en el extremo de una rama, donde se mece largo rato cantando; mientras en un banquillo rústico, dos enamorados, con las manos enlazadas, se contemplan sonriendo silenciosos y felices.

En la inmensa paz de los campos se ara la tierra al tardo paso de los bueyes; dulcificados por la distancia flotan, en el aire caliginoso, mugidos lejanos, y al borde de los ríos torrentosos las altas y apretadas cañas inclinan levemente sus penachos en un mismo sentido.

En los lindos pueblecillos dormidos á las orillas del mar, á lo largo de las anchas calles desiertas y polvorientas, no se oye sino el golpear de los blancos toldos, á través de cuyas junturas vese al pasar, en el vaivén de las hamacas, brazos torneados que sostienen un libro, negros ojos lánguidos en que flotan ensueños de amor.

Es la hora en que sobre las viejas casas ruinosas produce el sol esos calientes tonos de luz que buscan los pintores; en que por encima de las azoteas tibias ráfagas de brisa impregnadas del perfume salado del mar traen á intervalos rumores errantes de músicas militares, como perdidos recuerdos de los días de gloria, y surge en el fondo de las naturalezas jóvenes el ardiente deseo de los lejanos viajes, la nostalgia de los países remotos y desconocidos entrevistos en la niñez, y que desfilan como luminosas visiones en el silencio del mediodía. Ya es en el Oriente, en la blanca ciudad de las *Mil y una noches*, dormida en su pasado de opulencia, que retrata sus alcázares en las aguas profundas de algún río, donde, por encima de los jardines de las terrazas, vuelan lentamente, en el cielo azul, bandadas de palomas blancas; por cuyas estrechas y tortuosas calles, que perfuman los limoneros, escúchase al pasar el rumor del agua cayendo en tazones de mármol en el fondo de los amplios patios embaldosados, donde á la fresca sombra de los toldos de seda, hermosísimas esclavas semi-desnudas velan el sueño de su señora, cantándole lánguidas canciones primitivas al son de sus guzlas de oro y nácar. Ya es en el desierto, inmenso y deslumbrador como un océano amarillo, en pleno país del sol, por donde marchan las caravanas al duro trote de los camellos. Ya en los antiguos caminos guerreros, calcinados por el sol, desgastados por el paso de los pueblos cautivos que se sentaron llorando á sus orillas al acordarse de su perdida patria...

Es la hora blanca de los países del sol; la hora cálida de lánguida pereza y voluptuoso abandono, engendradora de poesía y de

arte, cuyo profundo y misterioso encanto comprenden sólo las naturalezas exquisitas y los seres que aman.

Pedro Astete.

Lima, Febrero de 1900.

EN SANTA ANA

Para La Revista.

Árboles seculares y frondosos,
Abruptas peñas y fecundas lomas,
Arroyos transparentes, bulliciosos,
Y bandadas de mirlos y palomas.

Florecillas que esmaltan las praderas,
Corderillos que en ellas van triscando,
Tardes puras, mañanas placenteras,
Brisa tibia en el bosque suspirando.

Murmullos de las aguas, y del viento
Tristes rumores; y la blanca estrella
Brillando en el azul del firmamento
Cual flor de luz resplandeciente y bella.

Noches de luna hermosas y calladas,
En que se escucha sólo la armonía
De vientos, arroyuelos y cascadas;
¡Noches llenas de amor y poesía!

¡Y en todas partes el recuerdo santo
De mi madre, mis hijos, mis abuelos,
Arrancando á mis ojos triste llanto
En mis noches de penas y desvelos!

Tomás O'Connor d'Arlach,
Boliviano.

1900.

SECCIÓN CIENTÍFICA Y MILITAR

RECUERDOS DE LA GUERRA

EL DÍA DEL COMBATE

El coronel llamó al 2.º jefe y le ordenó que á las 3 menos 1/4 hiciera aprontar las compañías, sin hacer ruido, y que pasara lista á la sordina. Mandó á un ayudante que ordenara al oficial encargado de la caballada, que á esa hora estuviera á inmediaciones del campamento. Con el mismo oficial que hizo la exploración, hizo transmitir la orden al jefe de caballería, de que se preparara para las 3 1/2 con su división en orden de marcha.

A esa hora, como estaba ordenado, todo se cumplió al pie de la letra; las compañías ensillaron tranquilas sus caballos, permaneciendo cada soldado con el suyo de la rienda, hablando en voz baja con los compañeros cercanos.

Uno de ellos decía—«¿Che, estás durmiendo?; mirá que se moja el fusil en el rocío; ¿por qué en lugar de tenerlo tirado no te lo ponés á media espalda como yo?»—«¿Sí, ya lo voy á acomodar bien, porque la trotada va á ser larga, me parece que es muy de madrugada», contestó el soldado.

—«No sería nada eso de marchar mucho, dijo un soldado encanecido en el servicio de las armas; lo peor es que, por lo que observo, hoy nos vamos á sacudir el polvo; la descubierta de ayer, y las noticias que corren, me hacen concebir que el camoatí está cerca y que hoy lo hemos de lamear.—¿Qué le parece, cabo? dijo al que formaba el costado derecho de la sección.

«Yo opino lo mismo, contestó; aunque nunca he hecho campañas, saco en consecuencia por las precauciones que se toman».

Todos prestaron atención á esta conversación porque el cabo sabía discutir sobre cualquier punto y discernía bien. El era un

mozo jovencito, rubio, de regular estatura; se hacía simpático á todos los que lo trataban.

Poseía una buena instrucción y un sano criterio; era hijo de Montevideo y núnca dejaba de recordar á su pueblo, en sus conversaciones. Afable en su trato, era buen compañero y mejor amigo.

«Cuántos de nosotros, prosiguió el cabo, vamos á morir, sin que nuestras familias puedan depositar una siempreviva en nuestra humilde tumba».

Interrumpió la conversación la orden de montar á caballo y comenzar la marcha.

Al mismo tiempo salió á ocupar el puesto de vanguardia un escuadrón de caballería, y una compañía de infantería montada se estableció á retaguardia, para la seguridad de la columna, recoger los rezagados y desprender los flanqueadores.

A las 6 de la mañana, cuando el sol despuntaba las primeras alturas para iluminar con sus rojizos rayos las prolongadas cuchillas, la columna hizo alto en una cuesta empinada y echó pie á tierra.

Pocos momentos después, la vanguardia envió el parte de que había descubierto un trillo que demostraba haber pasado una fuerte columna y un gran convoy, y que habiendo indagado entre los pobladores cercanos respecto á esas huellas, supo que á una legua y media se hallaban campados, en la costa de un arroyo, 1,500 hombres enemigos.

Enterado de esto, el coronel destacó á un oficial con 10 soldados para que reconociese el adversario lo más cerca posible de su posición, y levantase un croquis del campo, con todos los caminos, y demás detalles necesarios.

Ordenó á la vanguardia que lo esperara. Efectuada la incorporación dispuso la fuerza en dos líneas: la primera la constituía la mitad de nuestro batallón y 150 hombres de caballería, y la segunda el resto de la gente. La fuerza de caballería de la vanguardia atacaría de flanco al enemigo aprovechando al efecto las facilidades que el terreno ofrecía.

En este orden se inició la marcha y luego que hubo llegado la patrulla exploradora, la columna hizo nuevamente alto, pues había emprendido la marcha. Estábamos á 5,000 metros del enemigo, ocultos tras unas lomas.

(Continuará).

NOTAS DE REDACCIÓN

ARTURO SANTA - ANNA

En el lacrimatorio en que toda una sociedad ha depuesto sus lágrimas lamentando la pérdida de Arturo Santa Anna, nosotros, apreciadores íntimos del inolvidable ausente, dejamos caer las que él merece, en medio del pasmo que aún tiene helada en nuestras venas la sangre, y entumecidos los vigores del espíritu, como si cierta parálisis de brutal inconciencia y cierta atentadora ebriedad de sorpresa amenguase estúpidamente la medida del dolor que experimentamos, cada día más, al recordar en Arturo un dulce calor de vida que nos acompañaba,—un aliento confortable de amistad, que era caricia y consejo — una palabra melodiosa de artista ebrio que se echa á volar por mundos llenos de sol, y que en todos lados es alondra y en todos los corazones oxígeno que alegra!

Arturo era un privilegiado. La página de su vida es todo un poema de aleteos que buscan la altura y una garúa de rumores que armonizan el suelo. Era una caja de música y una máquina de volar! El tejido permeable de su sensibilidad extra exquisita, hacía de su alma una sensitiva apasionada de todos los vuelos y de todos los ruidos, y en su imaginación se imprimían delicadamente las intangibilidades de lo bello, los sonoros y etéreos resplandores de lo abstruso, las formas incognoscibles que visitan el aposento del artista y el jardín del poeta! Era enérgico y valiente, decidido y audaz y al mismo tiempo aristocrático, sensible, dulce y sentimental! Medio hombre y medio niño. Espíritu de bronce y de cera á la vez: Tenía la resistencia de un Paladión y la impresionable virginidad de un cilindro grafofónico.

Llegósele á decir que tenía más amigos que una cortesana y más adoradores que la Virgen de la Ayuda; y se le criticaba celosamente la democracia comunista de sus sentimientos que, como los manjares de Pascua, de Carlo Magno, eran para todos á la vez y jamás para uno solo!

Su cerebro era una poderosa máquina, alimentada por fluidos distintos, y cuya válvula reguladora, era la prudente heroicidad de un sajón dentro del levantisco empuje de un espartano.

Era un Athos de la caballerosidad, un Gensoné de los idealismos, un Demetrio de las sensaciones afrodisiacas y un varón medioeval de los misticismos del pensamiento!

¡ Amaba y era adorable !

Sobre la sencilla lápida de su mausoleo podrían gravarse estas honrosas palabras :

¡ Fué esclavo de la amistad y emperador de los amigos !

Manuel J. Sumay, uno de los poetas y prosadores más brillantes de la nueva generación argentina, ha publicado en una de las revistas de la ciudad hermana, la hermosísima página que transcribimos en el presente número, página honrosa para nuestro amigo Roberto de las Carreras, pues como habrán visto nuestros lectores, se ocupa de la obra artística del citado compatriota, titulada « Sueño de Oriente », obra que, á nuestro juicio, lo repetimos, ha dado la nota más alta en el estilo y en la originalidad de las ideas, entre todas las que en el presente año han visto la publicidad en nuestro país.

La crítica de Sumay es, mejor dicho, una fantasía delicadamente poética y soñadora, que traduce en forma deslumbrante la impresión que el libro ha causado en un espíritu fino y sensible á lo Saint Víctor, que sueña con la pipa de opio en los labios humedecidos por el chipre, y se entrega á las cálidas voluptuosidades del beso que marea y del abrazo *que desploma !*

Sumay ha entendido la obra á la vez que se ha connaturalizado con el artista, y su espíritu libérrimo, despreciador de los pequeños escrúpulos monjiles y de los hipócritas convencionalismos sociales, ha soñado con Roberto de las Carreras, mordiendo con canallería sultánica la perfumada pipa y dejándose llevar por « Lucero del Alba » y « Estrella de la mañana » al tálamo real de los placeres más bestiales y más sublimes, que nos brinda la arcilla fosfórica que á decir de Byron fué el puñado de tierra con que Dios hizo al hombre !

Reciba Sumay nuestras sinceras felicitaciones!

Dedicada á Arturo Santa Anna, el malogrado y querido amigo que nos acaba de robar la muerte, apareció hace ya tiempo la bellísima composición de Roberto de las Carreras « Mi italiana », que hoy reproducimos en honor á su atrevida originalidad, á su delicado sabor sensual y á su ingenua y mordaz melancolía.

« Es la mía », exclamaba oportunamente Santa Anna, al referirse á esta hermosa composición de uno de sus íntimos, que días antes de su muerte, y como si presintiese la pérdida del amado compa-

ñero de locuras juveniles, ofrecióle el postrer homenaje de amistad, dedicándole su « Sueño de Oriente », como para que le acompañase en su eterno viaje al paraíso de Mahoma !

El más poeta de nuestros poetas tenía que darle la unción postrera al más amigo de los amigos !!

Fe de erratas.—En la hermosa poesía de nuestro inteligente compañero Luis Martínez Marcos, titulada « Palestina », que vió la luz en el número pasado de nuestra REVISTA, se deslizaron las siguientes faltas.

En la primera estancia, en el 9.º verso, dice:

« que en la virtud de su PESAR sin sombra »

y debe decir:

« *que en la virtud de su pensar sin sombra* ».

En la tercera estancia, en el 4.º verso, dice:

« que el TRISTE tañido del bronce ? »

y debe decir:

« *que el tañido del bronce ?* »

En la misma estancia, verso 6.º, dice:

« la esplendidez de un *hombre* »

y debe decir:

« *la esplendidez de un nombre* ».

En la cuarta estancia, verso 3.º, dice:

« La redención llegó de su caúda »

y debe decir:

« *La redención llegó. De su caída* »

En la séptima estancia le falta el 3.er verso, que es:

« *Se detiene bañando sus reflejos* ».

En la undécima estancia, versos 3.º y 4.º, dice:

« La ingratitud de un pueblo y la IMPORTANCIA
de osco y negro origen ».

debe decir:

« *La ingratitud de un pueblo y la impotencia
de osco y negro origen* ».

En el número próximo nos ocuparemos, en esta sección, del libro de José G. del Busto, titulado « La Chacra ».

LA REVISTA

LITERATURA Y CIENCIAS

AÑO I—N.° 11 | Montevideo, Junio 10 de 1900 | TOMO II

SECCIÓN DE LITERATURA

« SUEÑO DE ORIENTE »

He aquí que la tarde — una fría y tristísima tarde de otoño — agoniza en un crepúsculo gris y monótono como un infinito bostezo de ansiedad. He aquí que el cielo, cada vez más plomizo, parece desplomarse como una inmensa lámina de zinc combada, mientras que las nubes bogan cerca del suelo, á la manera de níveos vellones de algodón arrastrados por lánguidos soplos de melancolía.

Todo invita á meditar, todo llueve sobre el espíritu un gélido llanto de desolación; cuando he aquí que siento en los cristales de mi puerta un rápido y suave tamborileo, ejecutado sin duda por los sonrosados dedos de alguna mujer. Es alguien que me busca, y en seguida acudo pensando en quién sabe que personita deliciosa y amable, que viene á desvanecer la bruma de mi hastío con el embriagador aliento de la purpúrea flor de sus labios, y con el alucinador efluvio de sus ojos canallescamente volteados.

Abro la puerta estremecido por el voluptuoso influjo de afrodisíacos afanes, y hallo que me aguardan, trayéndome un presente discretamente velado en blanca cárcel de pápiro. Vago desconsuelo: penosa indecisión después, y, en breve, á raíz de un despiadado desgarramiento, dulces palpitaciones de placer que iluminan mi faz de tenues claridades de alegría, y estremecen mis labios en una nerviosa sonrisa de encantamiento.

Es que acaba de aparecer ante mis ojos el raro y maravilloso libro de Roberto de las Carreras, artístico vaso de esencias arrancadas á fabulosas flores de lascivia, á legendarias flores maceradas por yo no sé qué alambicados artífices de Montevideo, y que ostenta el llamativo título de *Sueño de Oriente*. Todo en este libro es de una rareza finamente aristocrática, de un sello de voluptuosidad artístico y refinado, y ni de una ingeniosidad perversamente pecadora; pero asimismo atrayente como un hermético sagrario de una divinidad inexplorada.

Aparece en una portada, hecha con un arte y una gracia inimitables, la fina figura de una mujer vuelta de espaldas, leve y elegante, vestida con un traje adorablemente ceñido á sus caderas de anfitriste, y cubierta con un sombrerillo de tul, vaporoso como un sueño. Anda lentamente, perezosamente, deslizándose suave como una euménide sobre la playa, ante la superficie especular del mar, sembrado aquí y allá de fugitivas velas lejanas.

Esta deliciosa mujer retrata á la heroína del libro de Roberto de las Carreras. Detrás de sus espaldas el poeta oprime entre los dientes la pipa humeante de opio, y se abandona como un visir á las fantasmagorías de un genio artísticamente concupiscente. Sueña que aquella dama — real y no forjada, según su propio decir — aparece ante sus ojos iluminada por el supremo prestigio de la mujer *única*, de la *única* mujer enteramente bella. Y es bella, en realidad, Lissette d' Armanville, pseudónimo con que el poeta disimula el verdadero nombre de la extraordinaria mujer á quien codicia, de la deliciosa mujer casada por quien experimenta el más formidable, el más devorador de los deseos que pueda calcinar jamás los huesos de un neurasténico y soñador.

Tal como Roberto de las Carreras representa á la heroína de su poema sensual, es esto algo supra-exquisito y voluptuosamente ideal. Primero, hace la descripción apasionada y vibrante de su cuerpo, de su impecable estatua de carne sonrosada que alucina como un hechizo y reverbera como una hostia. Cuenta los misterios de su belleza archiduca, canta la apoteosis de su joyante juventud, y es tal la iluminación de genio que palpita en su espíritu y se comunica á su estilo, que hay en sus decires algo como el perfume, algo como el malvado y sublime refinamiento de las

páginas en que Pierre Loüys glorifica la efigie de Krysis, en aquel pornográfico libro *Afrodita.* Luego, de las Carreras se echa á soñar detrás de las espaldas de Lissette... Es breve, ese sueño, son pocas las líneas en que lo describe; pero de tal manera sabe el artista condensar en un discurso reducido sus ideas, que claramente se ve la manera augustamente señorial y refinada cómo se apodera del tabernáculo depositario de las gracias de Lissette.

Él es un artista, él es un aristócrata, gran caballero del placer, y experto como pocos en los complicados secretos de la sensualidad, sabe la mejor manera de abalanzarse á la posesión de una maravilla de arquitectura femenil, enloqueciéndola, persiguiéndola, acosándola con cariños enervadores y alucinantes, hasta verla desvanecida!..

Para aquellos rutinarios que viven enchalecados en las teorías y las prácticas de los tiempos pretéritos, para los clásicos ruborosos y los castos y pudibundos, como así también para los hipócritas que ofician de críticos de Arte y se tapan los ojos cuando tropiezan con el torso bellamente undivagado de una Diana cualquiera; para esos, repito, *Sueño de Oriente* será la nota artística más inmoral y afrentosa que hayan podido nunca imaginar en la estrechez alarmante de sus cerebros amorfos. Además, *Sueño de Oriente* no hace otra cosa que divinizar el culto del amor á la belleza plástica perfecta, y esto solo sería suficiente para arrancar á ciertos críticos convencionales, á Grandmontagne, verbigracia, el horrible calificativo de *panchista* para el autor.

Con esto y á pesar de todo, ¡cuán bella es la obra de Roberto de las Carreras! ¡Cuán bello su estilo, cuán poderosa y magistral su verba enflorecida!.. Ningún mago de la paleta ni el más iluminado de los pontífices del pincel, creo yo que hubiera sido capaz de trazar en breves rasgos la figura original y maravillosa de Lissette d'Armanville. Por lo tanto, este artista que así logra hacernos estremecer ante un ritmo de caderas descripto por su pluma ante la persecución gráfica de un sueño oriental, es un artista que, aunque pecaminoso, peca por amar con toda el alma á la Belleza, y merece por ello un gajo de las coronas que la admiración á lo que tiene gracia coloca sobre las melenas de sus gloriosos precursores, llámense á éstos Byron, Richepín y Hussman.

Roberto de las Carreras: No tengo la honra de conoceros. No os he visto una vez, siquiera. Y en vano torturo en este momento mi cerebro, por imaginar cómo sois, cómo es la forma del vaso en que se guarda el supremo elíxir de vuestro espíritu. Sin embargo, como quiera que seais, rubio como Catulle ó moreno como Plácido, bello como Apolo ó cuasimodesco como Pan, sois mi hermano de neurastenia, sois mi hermano de ideales, y allá va el atronador murmullo de mis vítores á mariposear sobre vuestra frente de soñador de vagas Constantinoplas y lejanos Stambules!

Como vos, Roberto, amo en la mujer la línea curva, la línea curva y armoniosa, admirable de gracia y elegancia, que desciende á lo largo de un cuerpo gentil trazando colinas de alabastro. Amo la ondulación suave y firme; amo el movimiento flexible y lánguido de las caderas que tienen la erudición rítmica de las serpentinas. Amo á la mujer que se asemeje á esa que habéis idealizado, y si no, no quiero nada!.. Por eso, desde el humilde rincón en que como á vos me consumen las frecuentes estéticas, desafío con todo el odio de mi alma á los fieros «maestro palmeta» de la crítica, y agitando desde este lado del Plata mi mano afiebrada, hágola estremecer como un presagio de bandera, y os mando mi saludo!

Oscar Tiberio,
Argentino.

Mayo 22/900.

PSICOLOGÍA DE UNOS OJOS NEGROS

Á MI TURCA

De par en par, muy abiertos,
Cual las puertas del amor,
He visto en sueños dos ojos
Que me causaron pavor:

¡Golondrinas de mis noches,
Y aureolas de mi cruz,
Me alumbraron con su sombra,
Me cegaron con su luz!

II

Desde que soñé con ellos
Les vi ternura y reproche:
¡Son mis amigos de día,
Son mis huéspedes de noche!
Centinelas de mi alma,
Nunca dejaron de verme:
Se abren para interrogarme,
Jamás para responderme!

III

Ojos que insultan y aplacan,
Ojos que enseñan á amar,
Y que en el fondo de un vaso
Los encontró Baltazar!
Ojos raros, negros cisnes
De los parques del azur,
Que adoró la hermosa Bélkiss
Y soñó la Pompadour!

IV

Ellos son la viuda noche,
Y el alba: novia florida:
¡Verdugos y creadores
Matan al par que dan vida!
Me hacen ver gratos edenes,
Siempre que me dejan ciego:
¡Para mí está el paraíso
En las llamas de su fuego!

V

Como la frente de Jove,
Tienen la luz que repele,
¡La luz que dió vida á Baco
E hizo morir á Semele!
Ojos de magas Medeas,
Ojos de altivas Zoraidas,
¡Arrancados por las Furias
Á las cincuenta Danaidas!

VI

Son de una mujer amable
Y terrible, cuando quiere;
Que mata cuando acaricia,
Y acaricia cuando hiere!
Ojos en cuyas ojeras
Su arco el amor ha vaciado:
¡Ojeras que son dos flores
Y dos manchas de pecado!

VII

Cuando adora, sus miradas
Se convierten en placeres,
Como las piedras de Pirra
Se cambiaban en mujeres;
Cuando no siente, ó execra,
Son Cerberos que arrebatan,
Y son cráneos de Medusa
Que petrifican y matan!

VIII

Ojos de enigma sombrío,
Ojos de arranque sincero,
Ojos que dicen: te juro,
Ojos que dicen: me muero!
Ojos románticos, suaves,
En que hay paisajes de Escocia,
Y guardados por un monstruo
Como el raudal de Beocia!

IX

Al par que mucha esperanza
Mucho dolor miro en ellos:
¡Negras Esfinges de duda,
Son terribles y son bellos!
¡Como imanes luminosos,
Me atraen y me rechazan,
Y son faros que me alumbran,
Y carbones que me abrasan!

X

¡Arde el amor dentro de ellos
Como en un raro crisol,
Y en su hermosa faz esplenden
Como las manchas del sol!

XI

Negros astros que despuntan
En mis mañanas de niebla:
¡Astros que son pura lumbre
Y que son pura tiniebla!

JULIO HERRERA Y REISSIG

Cuando me esquivan los busco,
Pálido de frenesí:
¡Cuando no quiero mirarlos
Siempre están fijos en mí!

Precipicios en que habitan
Flamígeros huracanes,
¡Cráteres ennegrecidos
De pavorosos volcanes!

XII

¡Negras luciérnagas que arden
En sus fulgíneas literas,
Y que son almas de flores
Y enlutadas mensajeras!
Jeroglíficos extraños,
Que hablan de raras albricias:
¡Ojos que son versos vivos
De un Poema de caricias!

XIII

Son cual ossiánicas nubes
Que dan vértigo y desmayo:
¡Con el relámpago alumbran
Para matar con el rayo!
Son los negros ruiseñores
De mis noches de insosiego:
¡Son dos duendes emboscados
En un castillo de fuego!

XIV

¡Ojos que he visto en Damasco,
Ojos que he visto en Ormuz,
Que son Alhambras de sombra,
Y Trocaderos de luz!
¡Ojos que son las monedas
Con que se compra una hurí,
Y que son los talismanes
Que usó el Pontífice Alí!

XV

Ojos sonámbulos, mudos,
En que hay espasmos de celo,
¡Ojos que tienen rugidos
Como las iras de Otelo!
Ojos en que hay raros bailes
De apariciones lascivas,
¡Ojos que muerden, que besan,
Y que son dos aguas-vivas!

XVI

Ojos perversos y mansos,
Ojos tristes y risueños,
Ojos que son dos sentencias,
Ojos que son dos ensueños;
Ojos que son indulgentes
Para el hombre que los roba:
¡Criminales en su celda,
Sultancitos en su alcoba!

XVII

Lo que más me agrada en ellos
Es ¡ay! lo que más me arredra:
¡Son la plegaria de Palas,
Y la imprecación de Fedra!
Ojos de bella Solyma,
Y de terrible Gorgona:
¡Son Radamanto que juzga,
Y son Minos que perdona!

XVIII

Ojos, que, como el Mar Muerto,
Suelen tener ardentías,
Y que son dos uvas negras
De la vid de mis orgías;
Ojos que son mineritos,
Mineritos roedores,
¡Ojos que tienen el brillo
De los aceros traidores!

XIX

¡Ojos de amante pantera,
Y de irritada paloma,
Y que son (¡alguien lo ha dicho!)
Dos pecados de Sodoma!
Ojos de bellos Nerones,
Ojos de artista Lucrecia,
En que hay mirajes de incendio,
Y panoramas de Grecia!

XX

¡Bellos ojos que surgieron
De las iras de Neptuno,
Cual la hermosa Vía-Láctea
Salió del pecho de Juno!
¡ Ojos cantáridas vivas,
Ojos flores venenosas,
Que sirvieron de excitantes
En la mesa de las diosas!

XXI

Ojos Olimpos de gloria
Que me dicen: vuelve atrás,
Belerofonte ha caído
Y tú muy pronto caerás!
Ojos que soñar me han hecho,
Con el barquero Carón,
Y con los perros infieles
Que devoraron á Acteón!

XXII

Ojos negros en que hay vivos
Y fosfóreos cabrilleos
Que son víboras traviesas
De voluptuosos deseos!
Ojos que se me figuran
Agazapados ladrones,
Y zalameros abates
Del tiempo de los Borbones.

XXIII

Cuando extasiado los miro
Siento una fuerza divina:
¡Soy Quirón que lee en los astros,
Y con Melampo adivina!
Soy el Paladión de Troya,
Soy el Nemrod de alma fuerte,
Y el Sísifo á cuyas plantas
Yace aterrada la Muerte!

XXIV

Ojos que son alcobitas
A media luz de un harén,
Ojos que son como el fruto
Que Eva comió en el Edén;
Ojos que tienen veneno,
Ojos que dan el *hatchís*
Procedentes de Turquía
Y adquiridos en París.

XXV

Cuando los estoy mirando
Siento un placer que me duele,
Siento un dolor que me gusta,
Y una atracción que me impele,
Sé que en ellos flota un algo
Que es amor y es odio eterno;
¡ Son las salas del emporio,
Y los antros del infierno!

XXVI

Amo esos perversos ojos,
Que escupen llamas divinas,
¡ Negros Plutones que crecen
Al abrasar Proserpinas!
Ojos que soñar me han hecho
Con el drama de Panteo,
Con la ternera de Cadmo,
Y la prisión de Perseo!

XXVII

Bellos ojos que nacieron,
Cual Minerva que ilumina,
De un rayo del pensamiento
En una cerviz divina!
Que, como el corcel sagrado,
Formarán, al morir ella,
¡ Un torbellino de soles
Alrededor de una estrella!

XXVIII

Ojos que hubiera soñado
El travieso Rabelais:
¡Que dicen un epigrama
Como bailan un *minué!*
Que en el registro del alma
Tocan, provocando el *bis*,
Un *allegro* de Rossini,
Y una sonata de Liszt!

XXIX

Mil veces los he mirado,
Provocándolos á duelo,
Mas ellos, indiferentes,
No han reparado en mi anhelo;
Los he de mirar con gusto,
Hasta que mi vida exhale:
¡Seré como el dios de Hesione
Que fué el esclavo de Onfale!

XXX

Son los signos de la muerte,
Son los odios de Esaú;
¡Son las piedras luminosas
Con que lucha Belcebú!
Son los fosos de las fieras
Que salvaron á Daniel,
Son las selvas de Alighieri,
Y los antros de Ezequiel!

XXXI

¡Ojos que sois gloria y duelo
Del triünfo de mi cruz,
¡Que me alumbre vuestra sombra,
Que me ciegue vuestra luz!
Ojos de alegres tinieblas,
Y de fatal resplandor,
¡Sois la luz de mi esperanza,
Sois el luto de mi amor!

XXXII

Quiero un sol que me caliente
Y una noche que me enfríe:
¡Jonás busca quién lo trague
Y Tobías quién lo guíe!
¡Oh, mis horrendos verdugos,
Que ignoráis hasta quién soy,
¡No me matéis, alejaos...
Venid, matadme, aquí estoy!!

Julio Herrera y Reissig.

¡RECONQUISTADA!

Era muy fría aquella tarde; fría y brumosa. Solo, en mi cuarto de bohemio, contemplaba á través de los vidrios opacos del balcón, las elegantes carrozas donde paseaban su hastío los príncipes del oro. Rabiosa envidia ardía en mi alma. ¡Oh!.. ¡Si yo hubiese tenido dinero como ellos!.. Quizá, quizá hubiera reconquistado á Lulú, la ingrata, que había desaparecido con mi último billete...

Lulú, la francesita traviesa ¿á donde habría buscado abrigo? Sin duda en la habitación de alguno de esos poetas amigos, que componían muy malos versos, pero más dichosos que yo porque su pluma vertía también hermosos rasgos de letra inglesa y porque sabían rimar... cifras.

Oh! Pajes del rey Oro!..

¡Quizá, en esos momentos, Lulú se estremecería amorosa en los brazos de alguno de ellos!.. y le ofrecería sus labios, sus labios palpitantes, y le brindaría á la caricia su seno, su seno turgente, donde yo había reposado mi cabeza en los crueles instantes de abatimiento. Oh! Esos senos estaban empapados con las lágrimas que vertieran mis ojos ante el espectro aterrador del fracaso artístico.

Y, junto á mi balcón, á través de los vidrios opacos, contemplaba el largo, inmenso, interminable corso de carruajes, que desfilaba silenciosamente, como fúnebre cortejo . . . .

. . . .

El tacón de una botita hirió el pavimento de mi helada alcoba; después un grito, un gritito de gata mimosa, vibró en mi oído. Volvíme, con rápido movimiento, y... divisé á Lulú.

Lulú!

II

—¿Quieres?..

Y en sus labios temblaba un beso, y en sus ojos brillaba la llama del deseo...

La contemplé un instante. ¡La encontraba tan hermosa en sus veinte años! Su carita pálida asomaba sonriente bajo la gruesa capa color ceniza, que cubría sus hombros encantadores y la acariciaba la garganta, aquella garganta que había sido la musa inspiradora de los poetas orgíacos.

—¿Quieres?..

Y dobló su cabecita graciosamente, enviándome el fuego de sus miradas á través de las largas pestañas que exornaban sus párpados.

Me sentí débil,—y sus faltas, que habían engendrado en mi corazón la sierpe del odio, se fundieron al calor de sus ojos... Me sentí débil, y en un loco arrebato de pasión, en un arranque frenético, la estreché en mis brazos y besé sus labios rojos, tibios, palpitantes y bebí su aliento de hembra anhelosa...

Entonces, al través de los vidrios opacos de mi cuarto de bohemio, y con ella en brazos,—á manera del soldado que en el campo de batalla estrecha sobre su corazón el símbolo de la patria amada,—contemplé con desprecio á aquellos príncipes del oro, que paseaban su hastío en soberbias carrozas...

Yo era más rico, más poderoso, más feliz que todos. Yo, que había reconquistado á mi Lulú!

Leonardo A. Bazzano,
Argentino.

Buenos Aires, Junio de 1900.

Á QUÉ LLAMO AMAR

Para el delicado poeta Pedro J. Naón.

A unos ojos que me miren con miradas fulgurantes,
á unos labios de escarlata que me besen febricientes,
á brazos voluptuosos que me opriman anhelantes
y á unos dientes que me muerdan con espasmo de dementes.

Yo así quiero á las mujeres—que me pidan mil excesos,
que bebamos en sus labios el hidromiel de la orgía,
que me presten sus espaldas y cubrirlas con mis besos
y me ahoguen sus caricias, como mares de ambrosía.

Casimiro Prieto Costa,
Argentino.

Buenos Aires, Junio de 1900.

¡VEN!

¡Oh! ven, quiero ir contigo por los bosques desiertos,
Allá lejos, muy lejos, admirar tu hermosura,
Nos espera una barca con sus brazos abiertos
En lo más escondido de la verde espesura.

Verás cómo las linfas, por las sombras besadas,
Los reflejos adquieren de pupilas oscuras,
Cabrilleo de luces que juega en las miradas
Con que tú me cautivas y mis ansias torturas.

¡Ven, mi amada! aspiremos las brisas florestales,
¡Ven! que ya ostenta el río su lúbrico fulgor,—
La barca allí flotante, que velan los sauzales,
¡Será la fresca alcoba de nuestro ardiente amor!!

Y cuando el cielo irradie su gloria vespertina,
Diluyendo en tu rostro su brillo sonrosado,
Estarás tan hermosa, que creeré que una ondina
En mi barca contemplo de pasión extasiado!

¡Oh! seré tan dichoso cuando á mi lado vea,
Mecerse tu cabello besado por la brisa!..
Cuando en tu tierno rostro, de hermosa citerea,
Mire abrirse radiante la flor de tu sonrisa!..

Entonces en la escena de misteriosa calma,
Do el perfume se eleva mezclado con los cantos,
Será impoluta mirra lo tierno de mi alma
Quemándose en el fuego de todos tus encantos!!

. . . .
. . . .

¡Ven, mi amada! aspiremos las brisas florestales,
¡Ven! que ya ostenta el río su lúbrico fulgor,—
La barca allí flotante, que velan los sauzales,
¡Será la fresca alcoba de nuestro ardiente amor!!

Francisco G. Vallarino.

LA DANZA DE LAS NÁYADES

SERPENTINA

Dulcemente, en tu lindo rostro, mi mirada se dormía contemplándote.—Pasabas... silenciosa é impalpable, como el mudo surgimiento visionario que se ve sobre el espíritu, flotante.—Pasabas... I entre el vuelo lujurioso de tus níveos encajes, traslucíase á intervalos la pureza blanca i virgen de tu carne.—¡Oh! tu carne tembladora, cual el ala deslumbrante de un gran cisne fugitivo, de un gran cisne, pavoneándose á los rayos de un inmenso sol de gloria.—Pasabas. I los ojos te seguían en tu errante voltejear de mariposa, bajo el cielo azul del ábside estrellado de aquel templo donde alzaba su imponencia el Dios del arte.—Los deseos se envolvían ultrajándote con fáunico arrebato, sobre el símbolo impecable de tus formas, de tus formas que tenían la soberbia dominante del misterio que se oculta cuando empieza á revelarse.—Las envidias te azotaban, hoscas sierpes flagelantes que se enroscan en el tallo de la palma que entreabre su ancha cúpula de sombra, pensativo, destilando la dulzura de sus mieles en las fauces que le dejan el veneno de sus dientes i el insulto de su rabia i de su hambre.—(Tal se miran por el mundo muchas almas miserables i pequeñas, que se arrastran flagelando con sus locas impiedades las divinas altiveces de las almas que son bellas i son grandes)...—I pasabas. Con un ritmo lento i suave se perdía tu figura, resbalando á los compases victoriosos de la orgiástica armonía, de la danza de las Náyades.—¡Las Náyades!... Yo oía dulcemente sus rumores; espaciábanse flotando por mi espíritu en silencio.—Yo veía dibujarse sus ligeras sombras blancas (resurgiendo bajo el manto del efluvio de las lágrimas radiantes, que vertía desde el fondo de su iris formidable, la alba luna sobre el limbo de los bosques seculares, donde en grupos luminosos se dormían cual luciérnagas estáticas).—Veíalas surgir con sus ropajes extendidos á lo largo de su tímida carrera, locas Dafnes fugitivas, que buscaran un asilo misterioso. I sus pasos conmovían, alejándose, los sueños de

la noche.—I los pálidos ramajes crepitaban con la queja de una lira que temblase largamente, con la nota vacilante con que rompen los clarines las quietudes infinitas de las altas majestades, de la sombra i el silencio.—I se iban, sí, distante se escuchaba su argentino risoteo, la gran gloria del excelsior de sus cánticos triunfales, que en un soplo palpitante de embriaguez se dilataba, semejando desgranaje bullicioso de mil perlas que rodasen sobre un ánfora de oro...—I se iban, deslizándose á lo largo de las sendas misteriosas, á lo largo de los claros del follaje...—I la luna deslumbraba y envolvía su desfile visionario...—Con sus nítidos ropajes desenvueltos, se alejaban... con sus blondas cabelleras al combate de los vientos... con sus himnos que morían, disipándose en sollozos... se alejaban, se alejaban, como sombras ideales, como ensueños... por la noche que dormía bajo el cielo fulgurante, como ensueños, como sombras ideales... La visión se evaporaba. Te veía: toda augusta i adorable; luminosa, llena de éxtasis, radiante, coronada por el triunfo, con tu níveo ropaje que ondulaba con los lánguidos temblores de tu cuerpo; con la frente que se erguía, deslumbrándose, imponiendo, subyugando; con los labios inefables sacudidos por tu aliento voluptuoso, cual dos pétalos de sangre sobre un vivo pensamiento de fantástica blancura; con tus grandes dos pupilas, que inundaban radiaciones estelares, infinitas ansiedades de algo extraño, de algo inmenso, de algo audaz: revelaciones que no caben ni en el alma ni en la frase...

¡Oh, mujer! Io te admiraba y te sentía. Luz inmensa derramaste por la noche de mi espíritu i mis ojos. Tuve sed de esa insondable conmoción de lo ignorado; sed, locura de fundirme allá en tu alma, de morir allá en tu pecho, como flor que se consume lentamente con su cáliz sobre un vaso de alabastro ó al radiar de un sol triunfante...

Después, fuíme solo i triste, con el vértigo extrañable de un amor ¡tan infinito! como mudo y desolado, pues que tú eras, mujer ángel, lo imposible en lo imposible que, al soñar, llegue á soñarse.

Francisco Dendarien,
Chileno.

Santiago de Chile, 1900.

AMARGURA

A mi querido amigo Julio Herrera y
Reissig, inspirado vate uruguayo.

Abatida mi fe, mi ëntereza,
Esclavo del pesar, negro el destino,
Todo era alrededor noche y tristeza,
Cuando tú te encontraste en mi camino.
Pudo acabar entonces mi desdicha,
Del corazón fantásticos latidos,
Me anunciaron la imagen de una dicha,
Y aunque mis ojos, siempre adormecidos
A la horrible presión de la amargura,
Al acercarse con amor se abrieron,
Acostumbrados á la noche oscura
Al pasar por delante no te vieron.

Rafael Calvo.

Montevideo, Junio 2 de 1900.

LA DUDA

Al distinguido doctor J. Araut.

Siga el progreso por la misma vía,
Huyamos de cobardes pesimismos,
Continúe el vapor salvando abismos
Atronando los campos noche y día.

Edison lance inventos, la anarquía
Nos muestre criminales heroísmos,
Y reinen en los pobres organismos
Anemia, neurastenia é hipocondría.

Y á los destellos de la luz potente,
Que el eléctrico foco manda al suelo,
Iluminando la batalla ruda,

Contemplemos al hombre tristemente,
Que perdidos los ojos en el cielo
Agoniza en los brazos de la duda.

Rafael Calvo.

Montevideo, Junio 2 de 1900.

« LA CHACRA »

POR JOSÉ G. DEL BUSTO

« A Julio Herrera y Reissig, el poeta más inspirado de la nueva generación» (nosotros también así lo creemos, y hasta lo declaramos teniendo de un lado á Momo y del otro á la Justicia!) dice la honrosa y laudable dedicatoria que acompaña al libro con que nos ha obsequiado el brillante escritor José G. del Busto, de cuyos indiscutibles talentos bastan para dar fe dos de sus obras más notables: el canto á Polonia, y el himno al descubridor de las Américas.

« La Chacra » titúlase la nueva composición métrica del distinguido compatriota, y está escrita en forma de silva, ocupando muy cerca de diez páginas de impreso irreprochable, bien alojadas en una elegante encuadernación que acusa el buen gusto del autor de la poesía, al par que el de la casa editora, que es la imprenta de nuestro distinguido colega « El Siglo», de Montevideo.

Del carácter de la obra que trataremos de examinar — tomando para nosotros la odiosa tarea de ejercer de críticos, so pena de que nuestra caritativa sinceridad literaria sea recompensada con maldicientes animosidades — conocemos algunas bien reputadas, sin que esto importe decir que la mayoría de ellas no constituyan mistificaciones de contrabando que sin aforo ni paga, han entrado y salido en las aduanas del pensamiento.

El clasicismo hispano y la repercusión servil que las distintas escuelas del siglo han tenido en nuestro continente fueron fecundos en elucubraciones á la flora y á la fauna, dándonos con frecuencia el disgusto de saborear verdaderas páginas de zoología ó botánica, vestidas con oropeles de lenguaje, y pentagramadas en ese verso rítmico y sonoro, que difícilmente « se despega del oído », como dice un moderno crítico francés al referirse al italianismo resonante de la poesía, tan en boga en los siglos pasados, cuando las Musas marcaban á toques de campana las cadentes agonías de la estrofa y los metálicos hemistiquios de la frase.

El libro que tenemos á la vista constituye intrínsecamente un

ensalzamiento al trabajo, una apoteosis á esa madrastra injusta que se llama la tierra, un canto á las victorias del sembrador que abona con el rocío amargo de la frente el terruño de sus afanes; una aleluya triunfal, que, por lamentable antítesis, nos recuerda las soberbias imprecaciones de Zola, enfurecido contra la primer sentencia del Creador que condena al hombre á llorar sangre sobre el fruto que prolongará su miserable vida, desgarrada siempre, como la del hijo de Japet, por el pájaro de las desesperaciones!

El autor ha querido salir airoso en una aventura que no se aviene con su idiosincrasia poética; — y tenía que suceder... la tierra, la ingrata tierra, desconocida, enteramente, por su Musa, acostumbrada á pasearse por los palacios del éter infinito, le ha prestado una hospitalidad poco envidiable, y de aquí la descriptiva frialdad de su pluma que escribe con tinta coagulada en vez de trazar líneas de fuego, y que parece patinar con elegancia sobre las cosas, sin dejar en el pensamiento las parábolas ardientes de otro tiempo en que la imaginación, más juvenil y audaz, le ofreciera su carro volador y su corcel de llamas!

¿Será verdad que los inviernos de la vida hacen encanecer el alma, antes que el cabello, y, que los primeros tenores del entusiasmo artístico se convierten en bajos profundos una vez que ofician de sacerdotes en el hogar, y experimentan ese helado equilibrio de la existencia que reduce las ideas á guarismos y convierte el cerebro en implacable geometría? — ¡Lo dudamos, y qué horrible es la duda!

¿Tendrá razón el autor de «Don Juan» cuando dice que la edad del hombre llega á marcar cierto número, espantablemente serio, que suena tan mal en el corazón como bien en el manejo de la hacienda?

¡La interrogación espanta! Conviene tenerla lejos, y nos empecinamos en creer que el alma sugestiva de Busto es siempre joven y siempre refractaria á esas desesperantes decrepitudes desmentidas por Víctor Hugo, cuando dice que el volcán arroja llamas sobre la nieve, mirando al sol!

¡Qué horrible es la incertidumbre! Acaso nosotros también lleguemos á la estepa, muda y pálida, en un día no lejano. Acaso devore nuestros entusiasmos la Esfinge del tiempo que encontrare-

mos, sin duda, al salir del jardín de la juventud para entrar en el palacio de invierno de la vejez !

— No estamos convencidos de lo contrario, y, ¡ oh terrible duda que has merecido del gran Ibsen el honor de haberte puesto en boca de uno de sus personajes ; en boca de Játgeir, al responder á la pavorosa pregunta del rey Skule : — « ¿ qué significa esa terrible duda de la fuerza ? »

— Es la duda que duda aún de su duda ; — es más horrible que la muerte misma : son las tinieblas profundas » ! !

Pero, continuemos con nuestro libro, apartándonos de lo tétrico, y haciendo por conservar esa hermosa esperanza de que se prolongue nuestra adolescencia, y no le pase como á esos ríos de que nos habla Daudet, envenenados, en pleno verano, por las amargas hojas de la adelfa !

El título de la obra del señor del Busto pertenece á ese género de nombres algo hipócritas que sirven para enmascarar un libro y que un sociólogo como Max-Nordau apadrinaría resueltamente haciéndolo pasar por el bautisterio intelectual de su momenclatura postiza. No es un nombre que nos despierte la idea de galantear con una inclinación, firme y alegre, al libro que ha de pasar á nuestra biblioteca — diciéndole, sonrientes : ¡ pase Vd., mi señor ; está en su casa, sino, que, al contrario, nos sorprende ; nos parece un forastero de la más acomodada burguesía literaria, á quien no sabemos si saludar y despedir en el último peldaño de la escalera, junto al zaguán,—ú ofrecerle una butaca, para que se siente, en el salón de recibo, al lado de nuestros co-aristocráticos visitantes.

Es un título que nos trae á la memoria una fórmula utilitarista, más bien que una delicada *bombonière* poética, en que se nos hace el obsequio de la golosina que nuestro espíritu apetece.

La obra, desde luego, se da á conocer por su título, y, como tal, debemos interrogarla — haciéndonos todo oídos y todo sensibilidad, para que un átomo de ella no escape á la rotación que la haremos dar alrededor de nuestra lente analítica.

El actor, como se comprende, ha cambiado de indumentaria, y la decoración está bien lejos de ser la misma.

¡Ya no es la patria de Chopín, la que llora *con lágrimas de nieve*, en su cautiverio de vergüenzas y de heroísmos, exhalando su queja

helada, como los suspiros de Nivoso, para que el mundo la escuche estremecido; ya no es la carabela del temerario navegante, que, como el cofre de Perseo, halla la salvación en la nueva Sérifos del progreso, conducida por los alados corceles de Neptuno!

El poeta canta con los ángeles de Nacimiento: ¡gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!..

El salterio no lanza sus notas de duras y aceradas armonías, que, como las flechas de Filoctetes, pasan silbando las lúgubres canciones del Destino. No son del chisporroteo de la pira de Hércules, ni de los ayes de Helea, al abrazarse con las olas, los sones que hacen vibrar las cuerdas del laúd sonoro. Por esta vez, Orfeo no es el hermoso Argonauta que tiene que destruir el fatal encanto de las Sirenas; ni el Protesilao que se sacrifica á los dioses de su patria por conseguir la victoria.

Lejos de todas las manifestaciones del siglo y del excéntrico satanismo, que entenebrece el espíritu de la época, la obra del señor del Busto es, en cierta manera, un manojo de rayos solares que hacen retozar el sentimiento; un montón de notas claras y difusas que caen sobre nuestra palidez de enfermos de la duda, haciéndonos sonreir distraídamente; un soplo de aire puro que, como los suspiros de la mujer que amamos, nos acaricia el alma haciéndonos exclamar: ¡qué bello es entregarse á lo infinito y no tener más lámpara que el sol, ese eterno y único embustero de los países latinos, como le llama el autor de « El Nabab ».

No hubo, por consiguiente, en el soplo inspirador, que dió vida al libro, ni huracanes de metralla, ni melancolías de enfermo, ni desperezamientos de hastío, ni apóstrofes de Ezequieles, ni terremotos dogmáticos que conmuevan la epidermis social del Universo. No hay exotismos, ni desesperanzas, ni amarguras, ni gestaciones de neurastenia, ni erutos de ateísmo, ni contorsiones de duda, ni desangramiento de corazones ulcerados por el dolor. Todo es plácido, bonancible, sereno, horizontal y transparente.

Ni Píndaro, ni Gœthe, ni Quintana, ni Puszquine, ni Swinburne, ni Leopardi, ni Herculano, ni João de Deus, aparecen, para nada, en el aposento cerebral del artista, que ha cincelado su obra bajo las higueras de Virgilio, ó á la sombra del retiro de Fray Luis, devorando, con frenética gula, los manjares de Ceres; asistiendo á

los milagros de Pan, ebrio de oxígeno, loco de sultánica felicidad, elástico y musculoso como Anteo, pachá de la agricultura, emperador de los soberbios apetitos y de las magníficas robusteces que van gritando con Sardanápalos: ¡comer, cantar y dormir!

Leyendo la última poesía del celebrado vate, y al recorrerla de etapa en etapa, se nos ocurre que ha querido, consiguiéndolo en parte, hallar inspiración en la madre tierra de cuyo fecundo vientre salen prodigiosas maravillas, raras esculturas, individuos colosales con cabelleras de Sansones, monstruos de cien garras, con dentadura de Cerberos, que muerden y astillan el pétreo pedestal que los sostiene!

El señor del Busto echa una ligera ojeada por los alrededores de la huerta—y, ¿qué ve?—Lo que apenas nos quiere describir: ...Allá, donde las resquebrajaduras hacen muecas satánicas, y donde los hoyos oscuros é irregulares semejan inmensas bocas que bostezan de hambre; allá, donde la estañada laguna, « porque al rayo del sol sus aguas pierde », se queja como una virgen sensual consumida por la primer pasión; donde los eucaliptus, gigantes petrificados por las Gorgonas, se estremecen de pronto y vocean al recibir el bofetón del Pampero, y saludan á la cabalgata de amazonas negras que pasan por la atmósfera llorando á veces, ó haciendo que sus corceles saquen chispas con sus cascos inflamables!

¡ Lo grande al lado de lo apacible! Humboldt y San Isidro. El bosque y la huerta. El cielo y el jardín.

Los álamos que parece que hubieran crecido en una sola noche; las amapolas que se besan con los claveles; el sauce que ora prosternado y moja su frente de humillada Magdalena en el agua bendita del raudal; los pinos que elevan su pirámide luctuosa, señalando el cielo, y que semejan instrumentos lúgubres donde el viento murmura una elegía de la tierra; el valle, sonoro como una urna de bronce, patria de las palomas de Zorrilla y de los cuervos de Chateaubriand; donde el claro-oscuro y la media luz inspiraron á Rubens y donde las cornamusas de los pastores holandeses ensayaron sus primeras notas de tristezas; el arroyo « que cruza cual graciosa serpentina » azul, constelado de hostias de espuma, transparente y lacrimoso como las estrofas del cisne de Macón, tran-

quilo como el sudor de la Primavera y rumoroso como la alegría de un niño; las glorietas que son las alcobas nupciales de la glicina y de la madreselva, y el templo donde se unen las bocas de los enamorados que huyen de la sociedad; la inmensa nave de verdura bajo la cual se humillan las sombras, y las brisas, mensajeras de Loda, suspiran como stradivarios, se quejan como oboes y murmuran como clavicordios; la sierra aleonada, con manchones de terciopelo verde-oscuro, envuelta en un velo de vapores violáceos, y que se enarca á medida que nos acercamos á ella, como un monstruo sorprendido; la aldea, la sencilla aldea del «Idilio», blanca como un sueño de Jorge Isaac, y que nos trae á la memoria la eucarística inspiración de Gutiérrez Nájera. Por último, el Cerro, nuestro Cerro, que, como ya lo hemos dicho, en beneficio de la hipérbole:

> ...es el titán de Rodas
> Con un pie en el jardín y otro en el río!

Perdónesenos la digresión que antecede, inspirada en unos cuantos motivos hermosísimos que hemos hallado en el libro que vamos á justipreciar.

Un pedazo de alma poética, algo de esa simpática aleación que tiene para nuestro espíritu la naturaleza de los campos y de los horizontes que amamos porque nos pertenecen, y que nos pertenecen porque los amamos, se encuentra, es indudable, en la obra que acaba de publicar el señor del Busto, quien es, con poca diferencia, el mismo cincelador de antes y el artista que pinta magistralmente; menos sonámbulo, es cierto, y poco sentimental, por lo que cabe una diferenciación notable entre su numen de ahora y el de tiempos atrás, cuando de su fantasía brotaban estatuas griegas y símbolos de una unción admirable, por la delicadeza y el sentimiento que la animaron.

No nos compete inquirir si existe ó no una evolución ideológica, ó un nuevo agente trastornador, que haya generado, por decirlo así, el nuevo fruto intelectual de su obra. Pero, aún teniendo en cuenta las innúmeras bellezas particulares que adornan la última producción del señor del Busto, lo declaramos, haciendo un esfuerzo de sensibilidad y de valor, que mucho nos contraría, que « La

Chacra », juzgada en conjunto y como obra esencialmente artística, no nos agrada del todo, sea porque su naturalismo de inventario no vaya bien con la índole del temperamento que Dios nos ha dado, ó porque nuestra miopía intelectual, que estamos lejos de desconocer, enajene por completo el escaso sentido de la crítica, de que nos creemos humildes y pequeños poseedores.

Conviene, desde luego, y antes de entrar en partículas de juicio, presentar armas, como lo hemos dado á entender, al talento del autor y á muchas de las bellezas que la obra contiene. El numen del poeta aletea por intervalos aún cuando parece estar abatido, á semejanza de un pájaro vigoroso, en medio de su agonía. Pintorescas imágenes constelan la obra, á la manera que hermosos rubíes la máquina de un reloj; provocando la admiración del más exigente en materia de forma literaria, cinceladuras de bronce vaciadas en el molde parnasiano de los nuevos cruzados de París que beben la inspiración de Eleusys en los cálices de Leconte y de Heredia, y ofician en los altares de mármol del gran pontífice de «Salambó» !

Riquísimos materiales para un poema hubiéranle sido esas espléndidas ornamentaciones de la Naturaleza, esas sublimes telas de poesía que el señor del Busto mira distraído y como de soslayo pasando delante de ellas, sin conmoverse, como un sonámbulo que se dirige por línea inflexiblemente recta á un punto fatídico en que ha de expirar la fuerza misteriosa que lo conduce.

Pero ¡ vana ilusión ! nada de aquello se cumple y el señor del Busto no ve sino la chacra, sólo la chacra, como quien dice : la col, el moniato, la papa, etc.,—componentes éstos más á propósito para hacer un buen cocido literario y ofrecérselo en alegre charla á los comilones de la *Magna-Quies*, media hora antes de que se sirva alguno de aquellos almuerzos caligulianos que la han dado justa celebridad, que para ofrecérselo al inapetente Apolo, que recibe de mala gana los rimados frutos de nuestra lengua, enfermo como se encuentra de las indigestiones que le han causado las prosas versificadas de tantos Grilos y Carullas como respiran en esta América *literatófila*, gastada ya por su precocidad de niño-hombre que la hace cometer tan serias indiscreciones, en arte como en política.

A nuestro juicio, del Busto ha encallado debido á su poco acierto en el motivo inspirador que eligió para su obra, y... nada más! Le sobra talento de poeta, que envidiamos generosamente—aunque por esta vez, preciso es reconocerlo, faltóle la discreción del sabio, olvidándose de consultar el oráculo de su conciencia intelectual que le hubiera dicho, estamos seguros: En la duda, abstente!

Nosotros, lo declaramos, no hubiéramos podido escribir dos páginas sobre un tema tan escabroso y materialista, y, en cierto modo, el señor del Busto, con sus trescientos cincuenta versos, que acusan una fecundidad de ingenio realmente pasmosa, es digno de la admiración de los lectores, y ha llegado hasta arrancarnos esta frase de asombro apologético: ¡Qué aguante!

Podemos estar seguros que hubiera igualado á Ercilla en su famosa « Araucana », si en vez de cantarle á la verdura hubiera elegido para gimnasia de su imaginación el panorama virgen de nuestros campos, deteniéndose ante aquellas pocas notas del soberbio cuadro que apenas nos deja entrever por un agujero de su cortina, y, que nosotros hemos querido robárselo, páginas antes, copiándole los eucaliptus que tanto abundan en su poema, y el Cerro que habrá contemplado hasta cansarse desde una altura de su hermosa chacra.

La Poesía (lo sabe mejor que nosotros el señor del Busto) no se reduce á la descripción real de la naturaleza; á esculpir lo que en ella hay de vulgar y alimenticio; á la consagración egipcia de los frutos agrícolas que sólo puede apetecer un Osiris hambriento; á formar inventario de las mil variadas plantaciones, con su correspondiente parentela de híbridos é ingertos, que se encuentran en un establecimiento de campo, y, que podrán ser muy beneficiosos para la industria—si se quiere—y hasta de suma utilidad para la salud fisiológica y mental del hombre, sin que por eso dejen de estar malísimamente, haciendo las veces de profanadores, en los sacros dominios del arte sentimental y deleitoso, donde todo es música, perfume y placer; donde el alma canta las intangibles creaciones del amor, donde solloza el corazón las enfermedades que lo ulceran, y, el cuerpo se retuerce en espasmódicas ansias, ofreciendo á Venus la danza lúbrica de la fecundidad!

Una poesía materialmente naturalista nos trae á la memoria una

idea luminosa y profunda, de ajena paternidad; idea que alterada por nosotros, es poco más ó menos lo que sigue: Si la reina que inmortalizó Milo se concibiese con toda aquella viscosa cañería intestinal que le anda por dentro á las más célebres heroínas del amor, y que es adonde van á parar los groseros residuos de las víctimas de nuestra deleitante bucólica, ¡pobre plástica que hizo caer en la deshonra á Belisario y que esclavizó á Pompeyo!

No de otro modo se puede hablar del epicureísmo de la naturaleza y de la desnudez de ciertas verdades que son refractarias al gusto, como lo son al contacto de un cuerpo extraño ciertas iman taciones demasiado fuertes.

Según nuestro modo de pensar, el delito literario (si es que lo hay) del distinguido autor de « La Chacra » no es otro, pues, que el poco acierto en la concepción del plan que eligió para su obra, la que forzosamente resulta banal por el *detallerío* que tiene que sostener, y que no sugiere en el ánimo del lector una sola idea levantada, sino que, al contrario, se asocia, por natural correlación, á lo empírico de una labor prosaica que tiene por fin de utilidad el sustento de nuestra carne y el agente indispensable de nuestra dinámica digestiva.

¡Qué veta lujosa y rica hubiera hallado el señor del Busto, para haber hecho lucir su delicada imaginación y su alma poética de axilas reales, en nuestra naturaleza, en la pura y virgen naturaleza de nuestro suelo, dando cuerpo por estereotipación magnética á los inspiradores fluidos que de ella emanan; electrizando con la sugestión avasalladora de su inventiva los organismos vivientes que se desarrollan al calor de los hálitos fecundos; y por último, haciendo hablar á los héroes históricos de esa Necrópolis de nuestro pasado, verdaderos Lázaros que esperan al Mesías que los anime y los haga vivir eternamente!

Pero, es el caso, que, el señor del Busto nos enseña, cuando más, á hacer prodigios pacienzudos de malgastado ingenio, presentándonos con simetría y pasmosa ordenación, un acomodamiento ferial de productos de labranza y arboricultura extranjera, amén que conduciéndonos, con galantería de propietario satisfecho, desde el frente á los fondos, y por todos los costados, hasta hacernos ver la última rinconada y el último vivero de su huerta señorial, en la

que, diríase, sólo falta el manzano de las Hespérides para que sea digna de pasar á la Historia!

El argumento de « La Chacra » es, pues, un hermosísimo paseo que produce en el ánimo del lector el efecto de « ese vinillo del Ródano que hace reir y cantar »!

Tócanos, ahora, particularizarnos en el análisis, terminada nuestra síntesis sobre el espíritu dominante de la obra, la que, como veremos, encierra delicadas joyas de arte, morbideces de forma que deslumbra, talladuras florentinas y filigranas de prodigioso artífice, dignas de mejor alojamiento y de la más alta consagración.

La primera estancia nos parece buena; es una invitación animada que el poeta hace al lector para que lo acompañe:

> « A llenar de aire puro los pulmones
> Y el pecho de esperanza ».

Es una sacudida que se nos da en pleno sueño cuando se nos dice: ¡arriba, haraganes; hace un día hermoso, vamos al campo! Es un toque de diana, alegre, chillón y sugestivo. Se escuchan los mil distintos gorgeos de las aves que anuncian el despertar, y penetra por nuestra ventana un saludo de oxígeno y una mano que nos da los buenos días!

Notamos que faltan los signos de exclamación tan necesarios en los períodos advocativos de mayor intensidad, y además no nos agrada el noveno verso que dice:

> « Se siente cacarear *al gallinero* »

pues, entendemos que á la palabra gallinero, ni aún en sentido figurado, debe dársele el atributo de cacarear, ó lo que es lo mismo, conferírsele el valor de una cosa animada, que no lo es, al menos que no se parezca al árbol que canta de las « Mil y una noches ». De ningún modo, pues, y aunque se apele á las licencias de muy mal gusto, que abundan como peces en nuestra literatura, debe tomarse una casa por los individuos que en ella habitan. ¡Ni aún el apóstrofe cabría, dirigido á la regia mansión gallinácea que, según díceres, posee en su parque el príncipe de Gales!

Pasemos á la segunda estancia. Notamos demasiado extenso el paréntesis que se nos obliga á hacer, desde el final del primer verso hasta el principio del séptimo, donde dice:

« desde la casa

. . . .

. . . .

. . . .

. . . .

. . . .

hasta el arroyo bajan ondulantes ».

Desde luego la oración es confusa y algo forzada, obligando al lector á recorrerla nuevamente para darse cuenta de su exacto sentido.

Si no nos equivocamos, en el final del tercer verso, donde dice:

« á todo instante »

debe decirse: en todo instante, para que el complemento de la oración resulte debidamente castizo.

Por lo demás, ¡ qué hermosa pintura hay en esta segunda estancia, donde dice:

« Ramilletes de flores,
de esas flores silvestres hechiceras
que surgen por encanto en las praderas
como una bendición de los amores,
abrillantan el pasto, siempre verde;
la laguna se queja allá en el bajo
porque al rayo de sol sus aguas pierde; »
etc., etc., etc......

Todo esto es intensamente sugestivo y poético, y nos hace exclamar, como cuando de lejos escuchamos la vibración de una voz que nos es conocida: ¡ esta es la cuerda artística de Busto!

La tercera estancia (página 6), es toda una descripción botánica y zoológica de colorido extra-realista, que podrá ser muy animada y pintoresca, sin que por esto nos deje de parecer prosa pura y escasamente original, puesta en versos bien cincelados. En ella hay de todo como en el gabinete del incomparable Tartarín.

Pasemos por algunas cositas de no muy buen gusto, como aquello del quinto verso:

« en el patio, *que más parece plaza,* »

y aquello de que:

> « el pato, el micifuz y la gallina
> se acercan al olor de la cocina; »

Prescindiendo de la viva exactitud campestre-escenográfica que pintan estos dos últimos versos, y que nos recuerdan cosas que deleitosamente hemos observado, nos desagradan casi por entero, pues se nos hace pensar en el problema que la escuela experimental se ha planteado de si las aves poseen ó no, en cualquier grado que sea, la membrana pituitaria, ó lo que es lo mismo (con aplicación á nuestro país), la membrana política.

Tampoco nos gusta aquel que dice:

> « por manos adiestradas ordeñada »

dos semi-consonantes que incomodan con su vecindad prosaica Pasemos también por la anfibología de los tres últimos versos de la misma estancia; anfibología que creemos resulte más bien de un descuido en la prosodia que de un equívoco pecaminoso, pues de esos defectos de menor cuantía hemos notado algunos en distintas partes del libro.

En la cuarta estancia—páginas 6 y 7—(á todo esto se entiende que prescindimos absolutamente de los prosaísmos descriptivos que forman, por decirlo así, el tejido de la obra), hemos hallado plásticas de versificación que sorprenden por su belleza, y hermosísimos pensamientos como el que sigue:

> « el fuego, que recibe enamorado
> la olorífera rama,
> y en sus brazos parece
> que la retuerce con pasión bravía,
> esparciendo con llama vigorosa,
> el bienestar, la luz y la armonía. »

¿Qué *armonía* será esta?.. No nos agrada el final que dice:

> « la vida patriarcal, *la vida santa,*
> la que vivieron sanos y *discretos,*
> nuestros abuelos *con amor que encanta.* »

Este último hemistiquio nos parece algo ripioso.

La quinta estancia (página 7), es de un hermoso y variado colorido.

No nos agrada solamente aquello de que:

« el sol se *propasa* demasiado »

¿Se propasa?.. ¿Se pasa al patio?..

El verbo *propasar* se usa como recíproco, significando que alguna persona se excede de los límites de lo razonable, en lo que hace ó dice:

« *Excedere, metam, transgredi.* »

Ni tampoco nos parece de clara significación el penúltimo (aún cuando suponemos que el *maduro* sea el pintor y no el instrumento).

V. gr.:

« ¡ Cuánto brochazo de *pincel maduro!* »

Notamos que el inspirado poeta se propasa, realmente, en el reparto de los adjetivos, empleando el procedimiento de Núñez de Arce, de un efectismo algo ampuloso por su eufonía en cierto modo alambicada, que resulta de la acorde y desmedida colocación de los epítetos.

La sexta estancia (páginas 7 y 8), es un prodigio de perspectiva. Se asiste á una representación kaleidoscópica. La descripción es intensamente sutil y variada. Por todos lados encontramos árboles y más árboles, presentados siempre de una manera distinta, y se nos hace desear los opíparos frutos de todos ellos, que, también nosotros conservamos la primitiva afición de llevarlos á la boca frescos, recién arrancados por nuestra mano. También en distintas estrofas hemos hallado tal cantidad de aves que se nos hace desearlas en salmorejo, pues, á la postre de tanto andar, es lógico que se nos despierte un apetito bastante mal educado.

Sólo tres versos no nos cautivan:

« á la *portera* de la antigua entrada »

. . . .

. . . .

« hasta el arroyo de *feraz* frescura »

. . , ...
. . . .
« *se ralea* al *empuje* de los años ».

Nos parece más castizo que se diga portería en vez de *portera*.
Tampoco no nos agrada aquello de la frescura *feraz* del arroyo y menos lo de

al *empuje* de los años.

Esto último no nos parece ni propio ni adecuado á la idea del verso.

También el cincel faltóle en este otro:

« pero aún en él alienta una centena »
oaun-enelalien-tau

pues, impensadamente creemos que se nos habla en guaraní!

En cambio, ¡ qué hermoso es este final!

« allí los sauces,
y los álamos altos abrazados,
cierran al sol la entrada
y forman caprichosos cortinados;
la tierra abre sus fauces
en pedregosa grieta
y surge una *cachimba* inmaculada,
manantial rico y sano
bajo el inmenso sauce soberano
que forma por sí solo una glorieta »
etc., etc., etc....
. . . .
. . . .

¡ Qué lapidario se nos muestra el poeta en estos últimos versos, y qué pintor tan soberbiamente naturalista! Sólo que su desaliño no le deja en paz y se olvida de trazar la recta bajo la palabra cachimba; pues nos parece que el procedimiento (más tratándose de un cerebral de la talla del señor del Busto), varía en corrección y formalidad, aplicado á una publicación en libro que puede trascender al extranjero y despertar serias censuras, dando pábulo á que se ratifique la prevención que se guarda contra los plumas-largas

de América, que cultivan la literatura antes de estudiar bien el idioma.

La séptima estancia (pág. 9) es puramente descriptiva; está bien cincelada; con algunos adjetivos en *oso* y en *able*, pero...

Hay un verso en ella que merece la pena discutirse:

> los álamos formados en batalla,
> «*parecen con sus troncos de coloso*»

¿Confundirá el señor Busto las encinas con los álamos? Además ¿qué troncos son esos? ¿Los de los árboles ó los de los colosos? ¿A quién se refiere?—¿Son troncos humanos ó vegetales?

Por otra parte no estamos de acuerdo con el poeta en eso de que los álamos (al menos en nuestro país) tengan troncos de coloso, cuando necesitarían hacer gimnasia, pues son *flacos* como hilachas de caramelo, y, lejos de tener la robustez de los discípulos de Vulcano, encargados de trabajar los proyectiles con que Júpiter castigó la osadía del padre de Deucalión, dijérase que han sido humillados por el palote, y llegan hasta parecernos postes hiperbólicos, más bien que otra cosa.

No son de nuestro agrado, por su terminación, estos dos últimos:

> « que las tormentas del invierno *helado*
> convierten en un lago *sonriente* ».

Dos partes calificativas del idioma que forman juntas, en línea de parada al final de cada verso. La primera, por ser casi inoficiosa en la expresión de la frase debiera ir, por lo menos, antepuesta al nombre ó sea á la palabra *invierno,* para no parecer ripio, á semejanza de ciertos representantes que están demás en nuestra Honorable Asamblea y, que son verdaderos ripios de nuestra mala política. La segunda nos parece gomosamente blanda para dar el martillazo final á una estrofa tan enérgica y valiente, en que se nos habla de baluarte, desafíos, metrallas y tempestad.

He aquí que nos encontramos (estancia número 8) con

> « la rica ciudad de Jauja,
> donde se come, se vive y no se trabaja »

Escuche el lector:

« Allí la col, erguida,
como una gigantesca rosa abierta
llena el aire de vida;
allí brota la papa suculenta
y el moniato con *ímpetu* revienta;
allí el rojo pimiento desafía
en color al tomate, la alcachofa
levanta amoratada la cabeza,
se arrastran el zapallo y la sandía,
la acelga audaz del perejil se mofa,
y la menta y la albahaca se visitan
en la sombra que brindan zalameros
naranjos, tangerinas, limoneros,
y llevan atrevidas su follaje ».
etc., etc., etc.

Falta solamente la célebre remolacha de Tartarín ó sea el cocotero más alto de Tarascón.

La estrofa que, renglones antes, hemos transcripto, constituye una de las partes de la poesía magistralmente lapidadas; aún cuando casi todas las consonancias son chacareras y parece que están provocando á gastronómico duelo á cierto humorista, de gran abdomen, muy simpático, que padece de neurastenia espinal (no hay que confundir con la que se aloja en el cerebro que es mucho más elevada), distinguiéndose por sus aficiones de buen *touriste,* y al cual cabríale la suerte de la hija de Cadmo si la literatura en vez de ser una mísera esclava esgrimiese por una sola vez los rayos del Olimpo!

Por lo demás la última estrofa que hemos señalado, al par que luce una forma arrogante, marmórea, impecablemente ebúrnea, es también la más prosaica de todas.

Es una estrofa que da grima á quien entiende la poesía como nosotros la entendemos, y que causa admiración al artista culinario más ingenioso en materia de hacer con cuatro centésimos un plato de gran señor. Con efecto: el señor del Busto, hace prodigios de juglar japonés para redondear los períodos y de ventrílocuo sin rival para hacer que hablen de sus atributos morales: el pimiento que *desafía;* la acelga que es *audaz;* el perejil que es

imbécilmente bueno para sufrir bromas pesadas; la menta y la albahaca que *son visitadoras y atrevidas* como las *cocottes* del París costurero y mercerista.

Por lo demás, el único que no es de nuestro agrado, es el octavo que dice así:

« el moniato *con ímpetu* revienta »

¡Esto parece un sarcasmo con que se anatematiza á alguno de los farináseos de nuestro gobierno que está por perder la simpatía del señor Cuestas; pues realmente consideramos deplorable que un moniato con su figura informe de feto inanimado se trueque repentinamente en el explosivo de Orsini y estalle, sin causar el menor daño á sus tranquilos compañeros.

La novena estancia (págs. 9 y 10) es brillante por su forma y por las ideas que entraña. El autor de « Bajos-relieves » le hubiera puesto su blasón al pie, estamos seguros. Toda ella es poesía y regia poesía. He aquí los primeros fragmentos que son de una sonoridad que electriza:

« ¡Horas del labrador, sagradas horas
en que el hombre, doblado sobre el suelo,
mueve la tierra con afán profundo
y pone las semillas bienhechoras
bajo la augusta protección del cielo!
Horas de luz, de fiesta para el mundo,
de fecunda labor, de rudo embate,
en que la azada corta y resplandece
como tajante espada de combate... »
etc., etc., etc.

Esto es de lo más hermoso que puede pedirse. ¡Qué versos tan rítmicos! ¡Qué figuras tan valientes!

El final, sin embargo, no está del todo bien como veremos:

« ¡Religión del trabajo que ennoblece!
¡Guerras que no destruyen y que crean!
¡Salud del cuerpo! Vida sin cuidado!
¡Santas horas de paz! *Benditas sean!*

En vez de *Benditas sean*, debe decirse (esto salta á la vista del más simple afinador en concordancia de sentido) *Benditas seais;*

pues, hay dos singulares en el tercer verso donde dice: ¡Salud del cuerpo! ¡Vida sin cuidado!—á los que de ningún modo se les puede aplicar la tercera persona del Imperativo, sino la segunda de dicho Modo.

La décima estancia (pág. 10) es hermosa y pintoresca, pero nos desagrada el final que dice, refiriéndose á los eucaliptus:

> «¡Ay de ellos que sus retos
> suelen pagar *algunos* con su vida
> *(¿y nada más que algunos?)*
> en lucha *sin coraje*
> del rayo á la *primera arremetida!*»

Creemos que el rayo, cuando más tiene una sola arremetida, al menos que no sea un rayo *buscapiés!* Si el señor Busto se refiere á la tormenta, debería habérnoslo dicho con la más perfecta claridad.

Las estancias undécima y duodécima no dejan nada que desear, consideradas descriptivamente. Si algún defecto hay en ellas es el abuso del adjetivo y de los participios, de lo que resulta una enfadosa monotonía que hiela el sensorio y precipita la lectura, haciéndonos desear su terminación con la vehemencia con que se desea llegar á tierra después de un viaje largo y fatigoso.

Además no nos agradan los siguientes versos que subrayamos y que están comprendidos en la duodécima estancia.

> «*Y con paso ligero*
> crucemos el potrero
> . . . .
> . . . .
> *demandando á la tierra su sustento.*»
> . . . .

El primero porque es un ripio patente, pues, lo mismo nos da cruzar el potrero acelerando el paso que con la calma de un fraile obeso; y el segundo porque se halla en la terminación de la estrofa y nos parece de una debilidad que inspira lástima, con su cacofonía inarmónica y mal sonante.

El resto de la obra contiene fragmentos preciosos en que el autor hace gala de buen decir y de una fantasía que tiene todos los

colores de una tela de Goya en soberbio connubio con las líneas de mármol de un jarrón de Eleusys. La sobriedad no le falta y la pirotécnica de la imaginación ostenta sus más prismáticos deslumbramientos y las combinaciones sobrenaturales de una regia serpentina que se viste con el iris, y desparrama airosamente, como dice un conocido escritor moderno, el mágico florecer de una primavera del paraíso, vestida por Salomón y soñada por Gauthier!

¡Escuchad al Poeta, y, vedlo en su Tabor con la frente alzada, entre el cielo y la cumbre, como Jesús!.. ¡Es otro Busto!

Ya no cabe el derecho de exclamar con el héroe:

> ¡La pobre alondra no canta
> Porque el sol no la ha mirado!

Sino que, al contrario, pasa lo que en «La forêt mouillee» del gran Maestro, cuando desciende sobre la cabeza del Poeta la novia alada de la inspiración, en forma de paloma blanca. «La lluvia pasó por encima de la floresta, y los árboles, las hierbas, las hojas y las flores, los pájaros y los insectos, todo toma la palabra!»

¡Escuchémoslo!:

> « Ya va á ponerse el astro rutilante;
> ya reviste á sus últimos fulgores
> mil formas y colores
> la nube, por el céfiro empujada;
> ya de púrpura tiñe el horizonte;
> ya se hunde tras el monte
> como hostia por los cielos consagrada,
> dejando el mar sin luz, la tierra fría,
> y el alma con letal melancolía.»

Esto es hermoso y del mejor gusto, así como lo que sigue; pues, parece acariciado por el gran cincel del autor de «Maruja»

> «aquí no llegan
> de la ciudad los disonantes ruidos;
> aquí se logra en bienhechora vida
> con la salud del cuerpo la del alma;
> aquí todo á los éxtasis convida,
> y en voluptuosa paz el alma anegan
> ilusiones divinas
> que sus lampos de luz han encendido
> en llanos, arboledas y colinas».

Concluye bien, y el lector, aunque algo mareado por ese olor á frutería y á puesto de verdura fresca que se respira en gran parte del poema, conviene con Shakespeare en que:

All's well that en ds wel.
«Es bueno todo lo que bien concluye!»

Terminado se halla nuestro juicio. ¿Habremos pecado de sinceros, en haber dicho la verdad que se nos salta de la boca en todos los instantes de la vida?

Sin vacilar respondemos que sí; ese es nuestro único y meritorio pecado!

Nadie está libre de que su conciencia le interrogue, á semejanza del monstruo de Tebas, despedazándole el alma. Nosotros, como Edipo, hemos salido vencedores, y la Esfinge de los escrúpulos se precipita y muere, por lo que adquirimos la merced que adquirió Octavio de la emperatriz Olympica: hablar mucho de guerras en brazos de la paz!

Los que le hayan dicho á nuestro distinguido hermano en ideales que su obra es perfecta, le han mentido, créalo, ó bien no entienden un ápice de gaya ciencia.

La crítica entre nosotros elogia ó censura demasiado. Sus extremos son antítesis. Como una esfera planetaria tiene de un lado sombra y del otro luz! Es corona ó cilicio. No tiene término medio. Es la montaña que posee la cúspide y el vórtice. Es la Cleopatra de Shakespeare, que, tan pronto estrecha á su querido para evaporarse besándolo, como le dice á un mensajero: «Caiga sobre tí maligna peste; fuera de aquí, malvado horrible!»

En este país de hipocresías é insinceridades la verdad es sólo una máscara que se desfigura el rostro y se pasea cómodamente arrojando muchas flores ó muchas piedras, que viene á ser casi lo mismo, donde la impostora publicidad es cómplice gravísima de créditos intelectuales que son verdaderas mistificaciones, porque se sigue viciosamente jugando á la mentira, en un perpetuo carnaval de lisonjas galantes ó en un campo de batalla de personalismos encarnizados!

Cábenos á nosotros ser la excepción, virtuosamente rebelde y tranquila, como se dice de Savonarola, pues, nuestra palabra tra-

duce siempre lo que decir queremos, para que, más tarde, tengamos que hacer oídos, á lo que de ninguna manera deseamos escuchar!

Nunca jamás nos preocupó la resonancia pública, pues, convencidos de nuestro justo valer sólo guardamos desprecio, indiferencia ó caridad para esos brazos de cortesana donde han hallado gloria de cascabel muchas mediocridades hidrogenadas que no han de resistir, seguramente, á la presión de las altas atmósferas de la posteridad justiciera, y que caerán algún día para no levantarse más, como Anteo ahogado por los brazos de Hércules!

El autor de «La Chacra» vale mucho y valdrá mucho más cuando deje de cantarle al bajo suelo sembrado por el hombre y se remonte á las grandes alturas donde el Rey Sembrador que es «Todo-Verso» ha colocado, en vez de semillas, estrellas, y cuyo parque azul tiene por caminos las inmensas nebulosas y las invisibles constelaciones.

¡Cante á los rumbos supremos del espíritu, al porvenir de la familia humana, á los problemas psicológicos que exigen hospedaje en los palacios de lumbre del cerebro, á la impetuosidad tumultuosa y convulsiva de las pasiones, no suceda que cuando le veamos pasear su luminoso talento por las sendas vulgares que esta vez lo han atraído, exclamemos: ¡He aquí un poeta de grandes alas que adora la Poesía en el suelo, profanándose á sí mismo! Exclamación dolorosa que encierra el mismo reproche de la de Philo á Demetrius, al contemplar á Marco Antonio enamorado de la Reina de Egipto: «Observa bien y verás una de las tres columnas del mundo convertida en bufón de una prostituta»!

Séanos permitido, pues, resumir nuestro juicio en dos palabras: «La Chacra» no es digna de ostentar el blasón de José del Busto, á quien hubiéramos preferido ver lejos del escenario utilitarista, cantando la eterna romanza de los ebrios del ideal, y repitiendo con Víctor Hugo:

«¡Je suis un ver de terre amoureux d'une étoile!»

Julio Herrera y Reissig.

SECCIÓN CIENTÍFICA Y MILITAR

RECUERDOS DE LA GUERRA

(Continuación)

El enemigo tenía conocimiento de nuestras marchas y nuestras intenciones, y obligado á aceptar el combate que buscábamos, se preparó de antemano, atrincherándose en las mejores posiciones, formando en conjunto una línea de defensa inexpugnable.

Con los datos recogidos por el oficial explorador, el jefe formuló el plan de ataque y determinó la línea de retirada convenientemente protegida y asegurada.

Dispuesta en una forma razonable, la fuerza siguió el avance hasta hallarse á unos 400 metros del enemigo, que tan pronto como nuestras fuerzas coronaron la cuchilla, rompió un fuego rápido y certero que diezmaba las filas.

Oíanse por todos lados gritos de ardor guerrero pronunciados por los que castigaban las balas, y ayes de heridos que con furiosa desesperación revolcábanse en el suelo. Algunos, serenos y resignados, alentaban á sus compañeros, diciéndoles: «No es nada; cuando el deber obliga, el sacrificio es una satisfacción para todo buen soldado. Adelante, compañeros, y redoblad vuestras fuerzas que somos muchos los que faltamos».

Mientras esto sucedía en la infantería, la caballería hacía también sus operaciones por las alas, que eran los puntos señalados para sus maniobras.

Los escuadrones cargaban en formación compacta, para retirarse luego en fracciones entre las hondonadas del terreno. Veíanse pasar en todas direcciones caballos con las riendas sueltas, á toda carrera, sin jinetes, la cola tendida y las orejas amuladas. El ruido de los disparos de fusilería había asustado á la numerosa caballada

de la infantería, que en grupos y convenientemente asegurados, se habían colocado á la altura de las reservas.

El humo de la pólvora cubría completamente el campo del combate é impedía observar con claridad el terrible drama que se desarrollaba.

(Continuará).

NOTAS DE REDACCIÓN

Al selecto grupo de colaboradores con que cuenta LA REVISTA tenemos que agregar hoy el nombre del señor Leonardo A. Bazzano, quien nos ha favorecido con el hermoso cuento «Reconquistada», trabajo que por su estilo y la brillante forma en que ha sido modelado llamará seguramente la atención de nuestros lectores.

Bazzano es director de la importante revista «América Latina», publicación que ve la luz en Buenos Aires, y su firma de escritor galano é ingenioso, figura ventajosamente en diversos periódicos literarios de esa ciudad y del resto del continente.

Agradecemos al amigo su concurso é instámosle á que nos visite con frecuencia.

UNA NOCHE EN SANTA MARÍA

En la hermosa composición de Carlos H. Matta que lleva por título el que sirve de epígrafe á estas líneas, publicada en el número 8 de nuestro periódico, se han deslizado los siguientes errores:

Enl a página 349, donde dice : alfombrean, debe decir, *alfombran*. En la página 350, en vez de simbrar, debe leerse *cimbrar*. Avizor, en lugar de *avisor*. En vez de rodaban, *rondaban*. Página 354, en vez de Catalópdricos, debe leerse *catatópdricos*. En la página 351, desemblado, debe leerse *desamblado*. Página 355, en donde dice, preteles, debe decir *petreles*. Al subir, *á subir*. En donde dice, eslutrecer, debe leerse *enlustrecer*.

Con muy expresiva y galante dedicatoria, hemos recibido de nuestro amigo Carlos Martínez Vigil « Apuntes de mi cartera », su nueva producción en libro, que ha venido á confirmar la idea que tenemos de la ilustración y el talento de su autor, uno de los muy pocos que se pueden llamar literatos en nuestro país, porque poseen esa individualidad de la inteligencia que caracteriza á *los que son*, á los que tienen rumbos, á los que abominan el calco, á los que lejos de vivir glosando eternamente, hacen obra de hidalgos del pensamiento y no mojigangas retóricas á imitación de esa turbonada de escritorzuelos que ha caído repentinamente sobre esta pobre América entregada á la más escandalosa piratería de la literatura.

Los cien pensamientos que componen el hermoso y elegante tomito editado en el artístico taller de los señores Dornaleche y Reyes, constituyen una pieza de subido precio, pues Martínez Vigil ha derrochado gracias de lenguaje, finuras de ingenio, penetrantes ironías que se introducen sin pedir permiso, como las agujas de oro del aticismo clásico. Diserta, además, sobre la filosofía de nuestras cosas y de todo saca partido, para deleitarnos con una ocurrencia original que nos sacude haciéndonos exclamar: ¡ qué nuevo es esto! al revés de ciertos humoristas narcotizadores que regalan sueño á quien lo posee en demasía, y que confunden el burdo chascarrillo cubierto apenas por un tapa-rabo, con el sarcasmo que se hace adivinar, usando, como ciertas mujeres de extrema coquetería, un descote muy discreto!

Carlos Martínez Vigil maneja tan bien la sonda de la observación, que penetra en el revuelto océano social, llegando hasta lo más profundo de la vida, como el cincel que muerde y crea, haciendo de un bloque de sensación una escultura perfecta de lenguaje.

Apenas uno que otro pensamiento vulgar, que no sea digno de alojarse en libro de tan alta categoría, hemos afrentado con una marca de lápiz. La gran mayoría de ellos chorrean jugo cerebral y ponen de manifiesto la buena tierra en que germinan, y de donde saldrán otros frutos de igual ó más valer, que orlarán la frente del distinguido escritor, que mucho honra á nuestra literatura, como orlaban la frente de los divinos héroes de Horacio, los pámpanos simbólicos, ungidos por la diosa de la eterna fecundidad!

La Revista que nosotros dirigimos, dió cabida, haciendo honor al rango de tan noble huésped, á los hermosos pensamientos que forman el libro que galantemente nos ha visitado, haciéndonos pasar uno de los mejores momentos de solaz que hemos tenido en la temporada bibliográfica de estos últimos años, y obligándonos á quedar doblemente deudores á la gentileza de un obsequio tan valioso y á las atenciones de un amigo de tanto talento.

Oscar Tiberio, uno de los jóvenes de más talento, que figuran en la falange literaria de la nueva generación argentina, ha publicado en «La Revista Literaria» de la ciudad de La Plata, el hermosísimo juicio de crítica que transcribimos en el presente número, y que como habrán visto nuestros lectores, trata de la obra de Roberto de las Carreras, titulada « Sueño de Oriente ».

Oscar Tiberio es ante todo poeta y verdadero poeta. Su imaginación exuberante y sensualista parece haber sido hecha para comprender y exornar un libro esencialmente delicado, y subjetivo, que respira calideces de alcoba oriental y perfumes de invernáculo, y que produce en el espíritu del que lo lee una sensación intensa de formas, de colores y de armonías.

Tiberio divaga, sueña, se deja arrastrar por esa bayadera provocadora y coqueta que se llama fantasía y nos encanta hablándonos de misteriosas reconditeces, de secretos malignos, de pecados sublimes que él conoce y se complace en describir con ingenua perversidad de intención, dejando que sus sentidos se desperecen en el blando triclinio del placer.

Felicitamos al inteligente amigo por su hermoso trabajo, en que se revela catador de artistas que, como Roberto de las Carreras, honran á la literatura de América.

LA REVISTA

LITERATURA Y CIENCIAS

AÑO I—N.° 12 | Montevideo, Junio 25 de 1900 | TOMO II

SECCIÓN DE LITERATURA

LECTURAS EXTRANJERAS

OLIVE SCHREINER Y SU LIBRO «SUEÑOS»

Para J. E. Rodó.

En el Africa del Sur, donde boers é ingleses tiñen con su sangre las arenas de los áridos karroos (1), lejos, muy lejos de las nieblas de Inglaterra, nació Olive Schreiner, la ya afamada autora de las interesantes novelas « Historia de una Hacienda africana » y « El soldado Peter Halkett de Mashonaland », y de « Sueños », colección de fantasías á modo de parábolas. Su padre, cura luterano holandés, la educó en los estrechos límites de su austerísimo credo; pero ella, poco satisfecha de esa dogmática enseñanza, buscó en el estudio libre y sin trabas la luz que era el anhelo de su espíritu. En la « Historia de una Hacienda africana » — que es principalmente una autobiografía — relata magistralmente la autora, el proceso psicológico de la emancipación de su intelecto, — antes aprisionado en la estrecha celda de las creencias religiosas — y como se enseñorea en la serena región de la libertad del pensamiento, donde no se divisan horizontes, y la luz, cualquiera que sea su procedencia, no halla obstáculos en su camino.

Adolescente aún, fué Olive Schreiner á Inglaterra, llevando no

(1) *Karroo.* Nombre que se da á las pampas arenosas en el Africa del Sur.

sólo un abundante bagaje de ambiciones y esperanzas, sino también el manuscrito de su primera novela, que sometió al imparcial criterio del veterano escritor Jorge Meredith; éste sugirió algunas modificaciones y declaró que la novela era excelente y merecía pronta publicación. Olive Schreiner llevó á cabo las alteraciones aconsejadas, y la dió á la publicidad, escondiendo su nombre, como otras muchas escritoras, bajo el varonil pseudónimo de *Ralph Iron*. La « Historia de una Hacienda africana », que es la novela aludida, alcanzó un éxito asombroso, pues mereció los aplausos de la crítica y los favores del público, que agotó rápidamente cien mil ejemplares.

« Sueños », su segundo libro, que sirve de tema á estos apuntes, vino á afirmar en breve la reputación literaria de la joven autora.

« Sueños » es una colección de fantasías y parábolas, escritas en lenguaje tan poético y armonioso, que no hacen la métrica y la rima para darles el título de palmas.

Sumamente breves, algunas, más extensas otras, todas encierran en sus frases de bíblica sencillez, pensamientos profundos, la resolución de alguno de los grandes problemas de la humanidad según la elevada concepción de la justicia, que tiene la autora.

No se crea, sin embargo, que esa sencillez de la frase y esa falta de oropeles de sus breves y armoniosos períodos corresponden siempre á igual sencillez en la concepción de los artículos que la autora ha bautizado con el nombre de « Sueños ». En algunos, es verdad, la idea salta inmediatamente, desnuda y hermosa, deshaciendo sus simbólicos atavíos como Venus la tenue filigrana de espumas, tendida sobre el mar. Pero otros — y en esto se diferencian de los « Poemas en Prosa » de Turgueneo, con los que tienen cierta analogía — hacen el efecto de ese ingenioso *laberinto árabe*, que actualmente se exhibe en algunas capitales europeas, que, con poquísimos recursos, unas cuantas columnas y espejos, confunde al que en él se interna, hasta el extremo de que no encuentra la salida, pues, aunque son muchas las puertas que se presentan á su vista, rara vez acierta con la verdadera. En esto practica Olive Schreiner la fórmula del arte que pone en boca de uno de los personajes de su novela « Historia de una Hacienda africana », quien, después de haber desarrollado una bellísima alegoría, tomando

como base, las casi informes figuras que un rústico muchacho ha labrado en un bloque de madera, dice al inconsciente y asombrado artista: «Toda esa historia no está aquí, pero está sugerida, y el atributo de todo verdadero arte — del más elevado ó del más bajo, — es que *diga más de lo que dice*, y nos eleve por encima de él. Es una pequeña puerta que se abre á una sala infinita donde uno puede encontrar lo que quiera... Tu pequeña talladura representa algunos hechos mentales como realmente son, luego en ella se pueden leer cincuenta historias igualmente verdaderas. No hace falta la verdad en tu obra, sino la belleza externa, que es la otra mitad del arte».

Esa es la teoría del subjetivismo, á la que se ha puesto un dique racional en las últimas frases citadas, pues no es dudoso que, llevada á sus últimos extremos, puede ser causa de lamentables extravíos.

A diferencia de muchos escritores á lo Rimbaud, que consiguen sus efectos sólo con el artificio de las palabras, hábil y pacientemente combinadas, sugiriendo nada más que pasajeras impresiones de colores y sonidos, Olive Schreiner, con poquísimas palabras, despierta muchas ideas. Para expresar más gráficamente la antítesis que hay entre ambos modos de comprender el arte, compararía los procedimientos de aquéllos con los *affiches* del pintor austriaco. Mucha, — el protegido de Sarah Bernhardt, — recargados de primorosos dibujos puramente ornamentales, pero escasos en ideas, y los escritos de la autora sudafricana con los vigorosos y sugestivos *cartones* de Schneider, á pesar de que algunos de aquéllos adolecen de cierta vaguedad en los contornos, están como envueltos en una tenue niebla de misterio, difícil de rasgar, muchas veces. La idea se ha presentado, quizá, con timidez en la mente de la autora, pero ésta se ha complacido en ocultarla hábilmente para dar al lector el placer de descubrirla, y cumplir al mismo tiempo su precepto artístico de sugerir más de lo que dice.

Sería difícil, en estas breves líneas, dar una idea cabal de cada uno de los artículos que componen el libro de que me ocupo; pero voy á intentar una somera enumeración de los argumentos de los más interesantes de ellos.

El goce perdido cuenta de cómo el Amor-pasión, fruto del pri-

mer beso del Amor y la Vida, no puede resistir los sufrimientos y tribulaciones que éstos sufren en su áspera jornada por el mundo, y se transforma en la Simpatía, que es el Amor-Perfecto.

El Cazador relata la eterna persecución de esa « ave de blanco y plateado plumaje » que se llama la Verdad. El cazador, que simboliza el espíritu sediento de lo absoluto, se desprende de sus más queridas aves, que antes lo deleitaban con sus cantos, que decían: « *¡ Inmortalidad ! ¡ Un Dios humano !* y *¡ Recompensa después de la muerte !* », y, siguiendo el consejo de la Sabiduría abandona para siempre los valles de la Superstición, en medio de los insultos de sus semejantes que lo llaman loco y pretensioso, y, después de vagar en la Tierra de la Negación absoluta, resistiendo, as tentaciones de la Sensualidad, llega hasta las altas montañas lde la Realidad, cuya ascensión empieza por el camino que otros han abierto, pero éste pronto se concluye, y él tiene que ir labrando trabajosamente, grada por grada, y, cuando cree llegar á la cúspide, ve que se alza otra montaña, y otra, y otra, hasta que rendido y viejo, se tiende á morir sin lograr su objeto; pero, en ese último instante, divisa algo que baja de lo alto revoloteando lentamente, y se posa sobre su pecho. Es una pluma blanca. Sólo una pluma del ave misteriosa de la Verdad.

En *Los jardines del Placer* me parece encontrar una alusión á los sacrificios que el Deber obliga á hacer á las mujeres, arrancándoles los más caros afectos de su corazón.

Confieso que me es difícil desentrañar el verdadero sentido de *En un mundo lejano.* Se trata de una mujer que hace un gran sacrificio á una deidad, pidiéndole que conceda á su amante lo que pueda hacerlo más feliz, y la deidad lo aleja para siempre de ella, diciéndole que le ha concedido « que él pueda abandonarla ! » ¿ Ha querido aludir la autora á que la deidad ha dado fuerzas al amante para que pueda romper el yugo de la sensualidad ?

« Tres Sueños en el Desierto » son el pasado, el presente y el futuro del problema del feminismo, simbólicamente descritos. El pasado describe el estado de la mujer desde que el hombre amarró á su espalda con la faja de la Inevitable Necesidad el pesado fardo de la sujeción, allá en la edad del imperio de la Fuerza Muscular, hasta que el triunfo de la edad de la Fuerza Nerviosa cortó la faja

y la libertó del yugo. El presente relata su viaje al país de la Libertad, por las orillas del Trabajo y atravesando las aguas del Sufrimiento, sin otro apoyo en ese resbaladizo camino, donde tantos han caído para siempre, que el enroscadizo báculo de la Razón, pero sus esfuerzos aislados no serán suficientes para conseguir su propósito, y su cuerpo será arrebatado por la corriente, hasta que, cuando muchos cuerpos como el de ella hayan formado un puente, quede abierto el camino por donde pasará la humanidad entera. El futuro es cuando hombres y mujeres unidos estrechamente hagan juntos é iguales la jornada de la Vida.

Este último artículo está lleno de profundos pensamientos filosóficos alegóricamente desarrollados; así, pues, el argumento que acabo de bosquejar sólo puede dar de él una idea muy remota.

« El Secreto del Artista » es la historia de un pintor prodigioso cuyos cuadros tenían un brillo singular, que todos admiraban sin saber de dónde provenía. Sus rivales trataron de imitarlo leyendo viejos infolios para aplicar los procedimientos de los antiguos pintores ó comprando colores raros en remotos países, pero sus telas resultaban opacas y al poco tiempo quedaban descoloridas. Murió el famoso artista, muy pálido y débil, y todos fueron á examinar sus tiestos y utensilios creyendo encontrar algo extraño ó extraordinario, y no hallaron nada que ellos también no tuviesen. Pero, cuando fueron á enterrar el cadáver, vieron que tenía una herida en el pecho, una vieja herida cuyos bordes estaban ya endurecidos. Ese era el secreto del artista: había pintado sus cuadros con su propia sangre, por eso tenían ese brillo que todos admiraban. La moraleja es obvia.

Termina el libro con un sueño dantesco que revela la poderosa imaginación de la autora: Dios conduce el alma de ella á través del Infierno y del Cielo. Las alegorías y símbolos en este artículo tienen una fuerza asombrosa, y las que se refieren al Infierno rebosan amargas alusiones á las injusticias de la tierra. Como en el poema del inmortal florentino, el Infierno está descrito más vigorosamente porque es la pintura de los dolores terrestres y el Cielo es sólo una sublime conjetura de la fe ó de los sistemas filosóficos. En el caso de Olive Schreiner, en el último cielo, el alma de la autora y Dios se confunden, y sólo existe el Ritmo supremo.

Los «Sueños» de Olive Schreiner son, pues, como se habrá visto, pensamientos modernos — no todos propios — ataviados, por influencia de la primera educación de la autora, con el místico ropaje de las parábolas.

Las líneas precedentes sólo pueden dar al lector que haya tenido la paciencia de seguirme hasta aquí, una vaga idea de la autora y del libro que he intentado dar á conocer. No me he encontrado con fuerzas suficientes para hacer una crítica de las ideas y procedimientos que someramente he descripto. Otro con más preparación puede emprender esa tarea, de que por su talento y originalidad, es bien digna la gentil enemiga de Cecil Rhodes (1).

Carlos Ledgard,
Peruano.

Iquique, 16 de Mayo de 1900.

PLENILUNIO

Al Sultán Roberto de las Carreras.

En la célica alcoba reinaba
Un silencio de rosas dormidas,
De tímidas ansias, de ruegos callados,
De nidos sin aves, de iglesias en ruina;
Mas de pronto, se siente que salta,
Que salta agitado, que llama ó palpita,
El vital corazón de una virgen:
¡Campana de fuego que al goce convida!

En su lecho, de escarchas de seda,
Cual cisne entre lirios, la virgen dormía:
¡Eran alas de su ángel custodio
Los leves encajes del alba cortina!

(1) Olive Schreiner es hermana de Harberts Schreiner, primer ministro de la Colonia del Cabo, que últimamente con el apoyo de la Liga Africana, ha combativo la política de Mr Rhodes. El libro « El Soldado Peter Halhett » de Olive Schreiner ha tenido por objeto, también, combatir esa misma política.

En su boca entreabierta mostraba
Una hermosa y extraña sonrisa
Que, la noche anterior, en sus labios
Pensando en un rezo, quedóse dormida!

Miréla, y de pronto quedéme extasiado,
Admirando sus formas benditas,
Y sus senos: las cúpulas blancas
Del templo de carne de Santa Afrodita!
¡Besadla, Poeta, me dijo mi Musa,
Panal es su boca, bebed ambrosías,
Y sea la lengua, de ardientes rubíes,
La hostia de fuego de su eucaristía!

Su frente tan blanca, tan pálida y tersa,
Semejaba la página nívea
En que Psiquis pintaba sus sueños
Con sangre nevada de rosas lascivas.
Yo miraba en sus curvas ojeras
Las sendas que atraen, las sendas prohibidas,
Las manchas sensuales, los arcos de gloria
Que adornan la eterna ciudad de la Vida!

Mi Musa me dijo: pedidle á Cupido
Su flecha de fuego, su flecha divina:
¡En el cuerpo sensual de la virgen
Hay dos aves, muy blancas, dormidas!
¡Oh, Poeta, la virgen os llama;
Que sea su cuerpo la lúbrica lira:
¡Los ritmos más dulces los tiene su boca;
Su aliento es un verso de blanda armonía!

¡Oh, luna de amores! Fogoso brillante
Radiaba en la noche de sedas bruñidas,
En el bosque de sombra, aromado,
Que el negro cabello tendido esparcía;
Semejando la Venus de fuego,
Esa reina de crencha encendida,
Que es fúlgido faro en el mar de las noches,
Y blanca azucena en la frente del día!

Acerquéme, temblando: La virgen
Ostentaba la misma sonrisa
Que es novia del beso y hermana del llanto,
Que es pena y reproche, palabra y caricia;

Ostentaba las mismas ojeras:
Las sendas que atraen, las sendas prohibidas,
Las manchas sensuales, los arcos de gloria
Que adornan la eterna ciudad de la Vida!

¡Gran Dios ! Ya eran ríos de vino mis venas,
Serpientes mis brazos, serpientes mordidas;
¡Mi fatal corazón se agitaba
Cual fiera convulsa sintiéndose herida!
Y, oh! solemne momento, oh! milagro,
Apenas la virgen despierta y me mira,
¡La fiera y las sierpes quedaron sin fuerzas. . . . . .
Y sólo un arcángel sus alas batía!

Julio Herrera y Reissig.

FLOR DE CEIBO

CUENTO

En una excursión que hice á las sierras de Minas en compañía de algunos amigos, picó mi curiosidad los vestigios de una pobre vivienda de la que se retiraba el camino como receloso, en la que había algo de la agreste tienda del indígena y el rancho de nuestros paisanos.

Mayor fué mi sorpresa todavía cuando advertí que se descubrían con respeto los rudos muchachos que nos guiaban, y que sus rostros curtidos y serenos se velaban con una sombra de melancólica tristeza como si la presencia de aquel montón de ramas y terrones evocara un recuerdo penoso en sus memorias.

Esta nueva circunstancia acrecentó aún más mi ya excitada curiosidad, y no pudiendo resistir al deseo de conocer el motivo de por qué se reverenciaba lo que para otro viajero habría pasado desapercibido, traté de hacérmelo explicar por un chinito locuaz en estremo que se prestaba gustoso á narrarnos los hechos más ó me-

nos interesantes que habían dado nombre á los lugares por que atravesábamos.

Pero aquí no pudo dar escape á su oratoria porque no conocía á fondo la verdad. Eran muchas las historias que andaban en bocas de los paisanos; historias absurdas envueltas en el misterio que no habían conseguido otra cosa que arraigar en el espíritu de aquella sencilla gente el sentimiento de la superstición que bien á las claras mostraban persignándose con la beatitud de un penitente delante de cualquier objeto apostado al costado del camino.

Si el chinito no me supo decir algo, no por esto dejó de prestarme sus auxilios, indicándome las señas de un indio viejo que por su prodigiosa memoria constituía algo así como una añeja corteza donde todos escriben su historia, comparación un tanto extraña que me tomo la licencia de hacer por haberse impuesto alguien que el tal indio viejo agrandaba las cosas con los años, aumentando una capa de su inventiva á lo ya dicho.

Mi novelesco personaje vivía en un bajo de la sierra en compañía de dos formidables perrazos de trompas arrugadas y filosos colmillos.

Allí me encaminé tejiendo en mi inmaginación todo un romance, porque yo adivinaba en aquellos restos de techos y paredes la más sublime de las leyendas, de esas que después de oirse dejan el alma cansada y sumida en larga meditación.

Casi oculta entre las breñas descubrí la guarida del indio, que no dejaba de parecer interesante verla allí en medio de la soledad más completa y del murmullo de los árboles. Después de los respectivos ataques y retrocesos de la jauría de perros grandes y chicos que me rodeaban con el santo empeño de llevarse un trozo del taco de mis botas, me encontré en el interior de la casucha.

Nada había dentro de particular, á no ser las paredes ennegrecidas por el humo y el fuego casi extinguido al lado de un montón de cueros trenzados sobre el que estaba tirado el indio que apenas si desplegó los labios carnosos y remangó los párpados hinchados que le caían sobre los ojo scomo una pesada cortina de carne para mostrar que respondía á mis buenas tardes.

Allá va lo que el indio me contó:

En aquellos sitios hace treinta años, un indio alto, de mirada

dura, rudo y de coraje de quien se contaban las hazañas más inconcebibles, sentó sus reales sin que nadie supiera de dónde venía.

Construyó su casa de ramas y cueros y en ella vivió con su compáñera, la india más linda de su raza.

La gente de aquellos lugares era mala. Los temibles del pago, celosos ante aquella aparición del indio, se resintieron hondamente, pero mal que les pesara tuvieron que acallar sus ímpetus bélicos y engastar las armas de combate en la paja de los techos, cuando vieron al indio alto ir en busca del yaguareté á sus madrigueras y enlazarse con pasmosa tranquilidad, las víboras más venenosas en el cuello y en las manos sin que éstas lo mordieran.

Otro indio, el que tenía más cimentada su fama de bravo y de terrible, empuñó con más alientos la lanza cuando le relataron las hazañas que llevaba realizadas.

Midieron sus fuerzas sin haber mediado una provocación, un gesto agrio, un ademán altivo; como si aquello fuera inevitable; con la misma impasibilidad de las aguas de dos arroyos que necesariamente tienen que juntarse. En el vado se encontraron; la lucha fué ruda, pero el indio alto fué el vencedor.

El vencido corrió apretándose la herida á ocultarse en la espesura donde fué á llorar la rabia de su derrota.

El coraje lo ahogaba. No pudo resistir más al deseo de vengarse, y bajó á la tienda del indio en son de guerra, con ánimo de provocarlo á un duelo, mas tuvo que bajar la lanza confundido porque los ojos de la india desarmaron su furia iluminando su alma hosca estremecida por los celos y la rabia.....

Siguieron muchos días. Otro caminito se hizo desde el monte á la vivienda de la india. Cuando la tarde cae y el silencio se desplomaba en el campo, ella lo sentía acercarse percibiendo las pisadas de su caballo cuando se oían tan débiles que podían confundirse con el murmullo de las hojas en los árboles.

El indio malo contó los suspiros de la india. Algo le dijo en su interior que ella no lo amaba. La garra de los celos la tenía abierta en el pecho y le hirió hasta el alma cuando en sueños oyó á la india pronunciar el nombre de su rival.

Una tarde esperó á que el sol se ocultara detrás de la cima más

alta de la sierra para apostarse entre los matorrales, con el oído pegado al suelo y los ojos fijos en el senderito que bajaba de la sierra sin que él lo hubiera trazado.

Desde allí lo vió todo.

El indio se acercó cautelosamente y le dió una flor de ceibo que ella escondió entre las hebras de su cabellera negra y espesa. . . . .

Calló la noche; se incendieron las estrellas en el cielo y todavía el indio permanecía allí llorando.

¡Su pena era inmensa! Se le ensanchaba en el pecho y no le dejaba respirar.

El había robado á aquella india nacida en el fondo de la selva donde colgaron sus toldos una fugitiva familia de su raza. Una noche clara la subió á las grupas de su caballo moro y guiado por las «Tres Marías» llegó á la sierra donde creía tener escondido su tesoro lejos del cacique de la tribu que en vano la buscaría de día y de noche.

¡El indio se incorporó! Una idea extraña lo llevaba al monte. Caminaba aplastando las espinas y empujando las ramas con el pecho sin que su piel sangrase.

Llegó á lo más espeso; con mano trémula tanteó las hierbas. Él conocía su secreto y separó de un tirón un manojito de tallitos pálidos que vivían pegados al suelo.

Volvió á su tienda; los comprimió entre sus dedos y virtió el jugo en una vasija donde bebía el agua la india.

La aurora iluminó la estancia y le imprimió su reflejo amarillento al rostro cobrizo de la india muerta.

Fueron los amigos á acompañarlo en su dolor, pero se agruparon espantados sin atreverse á entrar, porque el indio no lloraba. Tenía la mirada fija en la frente de la muerta y se reía con una risa terrible y salvaje que daba frío en las venas.

El otro indio, aquel á quien él hizo doblar entre sus miembros de acero fué también cuando la noche se hubo extendido. Se deslizó sin ruido, como un tigre entre la maleza y miró al interior por el hueco que se abría entre las ramas cruzadas malamente rellenas de barro y paja brava.

Él también conocía el secreto de las hierbas. Aquellas manchas violáceas que vió impresas en la frente de la india le revelaron que la había envenenado con el jugo malo de alguna planta.

Un rujido de fiera se escapó de su pecho, y de un salto se puso frente á frente al indio desafiando su coraje con terribles ansias de vengarla...

La lucha fué terrible. El indio alto lo mordió en el cuello, pero esta vez no fué el vencedor, sino el vencido.

La gente de las cuchillas que no durmieron, dicen que antes de que cantara el gallo la luz que brillaba en la tienda del indígena, anduvo vagando sin sosiego por el campo hasta que quedó inmóvil al pie de un espinillo.

Allí el indio cavó una fosa y enterró á la india. Hizo de dos ramas una cruz y señaló con ella la sepultura volviéndose al monte. La luz prendida parecía pestañar con el viento como un ojo enfermo entre las sombras...

. . . .

Treinta años hace. La tienda está en el suelo y el espinillo sigue siempre marcando la sepultura.

Nadie se atreve á acercarse porque dicen que en las noches serenas, cuando la hacienda duerme, se oyen quejidos que parecen brotar del seno de la tierra. Pero desde lejos se ve que la cruz tiene una ramita de flores de ceibo parecida á la que el indio le dió á la india la última tarde de su vida.

El camino real que pasaba por la puerta de la tienda se ha borrado; ahora pasa lejos. El caminito que bajaba de la sierra, ese sí no se ha perdido. Yo creo contra los pobres paisanos, que ven en todo al diablo, que por él baja el indio que todavía vive que viene á renovar las flores á la muerta.

Cuando á mi vuelta de oir esta historia pasé á la vista de la tapera y vi las flores frescas en la cruz de espinillo, volví involuntariamente la cabeza hacia la sierra donde me parecía que me miraba vigilando la tumba de la india.

Manuel Acosta y Lara.

Junio 18 de 1900.

A UNA DAMA

(CARTA ABIERTA)

Señora, la acusación
que contra mí habéis lanzado,
sin motivo ni razón,
francamente, me ha causado
muchísima admiración.

Vuestra carta he releído
varias veces, y aún no sé
qué pecado he cometido;
decidme, señora ¿en qué
pude haberos ofendido?

Si, al conoceros tan bella,
os amé con tal pasión
que fuisteis víctima de ella,
prueba es de mi buena estrella,
no de mi mal corazón.

Que me pidáis no es posible
reparación de una falta
que, si es falta, no es punible;
señora, á la vista salta
que pedís un imposible.

Y es profundo mi dolor
al ver, con triste semblante,
que escarnecéis nuestro amor
y me llamáis inconstante,
fementido y seductor.

¿Fementido yo, señora,
que por vos pierdo los sesos?
¿Fementido yo que otrora
con la fiebre abrasadora
del amor os dí mil besos?

Como ayer vuestra ternura,
hoy vuestra franqueza invoco
¡ oh, señora ! ¿ por ventura
no me visteis, de amor loco,
adorar vuestra hermosura ?

VICENTE NICOLAU ROIG

¿ No me oisteis, delirante,
juraros una y mil veces
ser á vuestro amor constante...
y muchas otras sandeces
que sólo jura un amante ?

Pues si con tanta vehemencia
os amaba, enloquecido...

¿cómo podéis, en conciencia,
reclamar lo prometido
en momentos de demencia?

No, no es justo ¡vive Dios!
ni que os mostréis ofendida
ni que vengáis de mí en pos
exigiendo, enardecida,
que me despose con vos.

Eso es una iniquidad...
Si, echando por esos trigos,
hiciera tal necedad,
¿qué dirían mis amigos
y qué la posteridad?

¿Decís que reparación
demandáis á todo trance?
Pues bien, no hay más solución
para tan ardua cuestión
que tener con vos un lance.

Si eso es lo que pretendéis,
evitadme más alarmas;
donde quiera que gustéis,
señora, si lo queréis,
mediremos nuestras armas.

No se ha entibiado mi amor
hacia vos, mas no tolero
que dudéis de mi valor,
iré al campo del honor
como cumple á un caballero.

Basta, pues, de acusaciones,
si batiros deseáis,
que juro por mis blasones
daros las... satisfacciones,
señora, que vos queráis.

Vicente Nicolau Roig,
Español.

Buenos Aires, Junio de 1900.

HILACHAS

Entre nuestras manías está la de criticar las cosas, no por sí mismas, sino por sus derivaciones ó sus procedencias. Somos como los chicos de escuela que se admiran de la verdad, para ellos muy dudosa, de la caída en el vacío, en tiempos iguales, de dos cuerpos de volumen diferente. No queremos creer que una piedra cae del mismo modo que una paja. Y lo digo porque, en cuestiones intelectuales todo el mundo cree que la liviandad y las ligerezas acompañan á los pequeños.

El criterio de que hablo no puede ser más estúpido. Cree que los frutos de gran tamaño y exquisito sabor no pueden ser producidos sino por los grandes árboles. Los pequeños no dan más que bellotas. Lo que es antinatural evidentemente. Porque ninguno de estos colosos produce gérmenes de esos que se hacen carne en las más ricas pomas. Han gastado las energías en sus tejidos musculosos de negaterios de la Flora.

Y ese criterio es el que recoge, al nacer, los frutos de la juventud; el que los ve mezquinos porque son de muchachos. Y más aún: creo que ese criterio es el que habla de nuestra inercia; el que nos corta la cabeza y quiere que vivamos!

Cierto es que el árbol jóven necesita cuidados para desarrollarse normalmente. Pero para esto no se cortan sus brotes superiores! Se trata, simplemente, de encaminarlos hacia lo alto desembarazándolo de obstáculos. Cada uno de los embriones que se le arraquen representa una rama y muchas flores y frutos. En todo caso, puede cortarse ésta más tarde si las flores no son olorosas ó los frutos no son sabrosos.

Dejemos que las gemas se abran como cráteres de vida; y que surjan las ramas, y las hojas, y las flores, y los frutos. La anquilosis debe aislar las podredumbres; y no entreabrir arterias y hacer válvulas de escape para la vida!

José M. Queredo,
Argentino.

La Plata, Junio de 1900.

POË

Mojó en la sangre del dolor acerbo
su estrofa de penumbras. Rememora
su queja, la agonía de una aurora
rimada entre los pétalos de un Verbo.

¡Oh Job sin Palestina! Pobre siervo
del Mundo y los Errores... Cuando implora
quiere una estrella en el azul. ¡No llora!
¡Job no lloraba su dolor protervo!

Marchó al grillete del Horror sujeto
llevando á Triboulet y á Rigoletto
en su alma, cual astros sobre el lodo;...

Y fué un César ideal, lejos de Roma,
un buitre con ensueños de paloma
y un ángel con perfil de Cuasimodo!

Manuel J. Sumay,
Argentino.

Buenos Aires, en Otoño del 900.

ETÉREA

Quisiera urdirte una hamana,
Más liviana que la niebla,
Con los besos que la luna

Del lago en las ondas quiebra,
Y colgarla de dos nubes,
Bajo el velo de una estrella,
Para que allá eternamente
Los ensueños te mecieran,
Sin que rozara tu manto
Sobre el polvo de la tierra.

Pedro J. Naón,
Argentino.

Buenos Aires, 1900.

MORVÉN

BALADA

En la costa bretona, acantilada,
La mar triste murmura
Del alma de Morvén enamorada
La eterna desventura.

En el *dolmen* de Armórica sagrada,
Del *druida* victimario
Ya no levanta el hacha ensangrentada
Retumbo funerario.

Ven, virgen de los galos venerada
En el *dolmen* te sienta,
En la playa la mar duerme callada,
Pasó ya la tormenta.

Ven, hija de Bretaña, recatada
Morvén aquí te espera,
No hagas que sea su ilusión dorada
Sólo vana quimera.

¿ Por qué, ingrata, la playa desolada
Que el vendaval azota,
No cruzas ya, en raudo giro alada,
Como blanca gaviota?

¿Por qué en la *landa* de carnac, alzada
De escuetos monolitos,
No escucho el eco de tu voz amada
Pura cual nuestros ritos?

¿Por qué niegas la luz de tu mirada
A quien te amó constante
Y en noche de dolor glacial, helada,
Vaga cual sombra errante?

El Sol, en su postrera llamarada,
Contempla mi agonía;
La Muerte, con su mano descarnada,
Marcó mi último día.

Ya no veré la luz de la alborada,
La noche es mi sudario,
La piedra del *dolmen* ensangrentada
Mi cipo funerario!

De la virgen bretona, desdeñada
El alma de Morvén voló á la altura,
Y en la costa de Armórica sagrada,
Eterno, canta el mar su desventura.

Adriano M. Aguiar.

Abril, 1900.

CASTO ARDOR

Apareció fría é indiferente en su desnudez suprema, en su cínica despreocupación, toda erguida y majestuosa, envuelta en las ondas de luz, que arrancaban de sus caderas, líneas brillantes como si sus contornos los hubieran coloreado de argento. De la cabellera leonada, de ese rubio que simula flameo de volcanes, que hace creer en la pasión y hasta en la sensualidad, pendían gotas de agua que oscilaban un momento, y después de deslizarse voluptuosamente por las curvas admirables de sus piernas, caían al suelo formando un rastro perfumado.

En el espejo, su figura se copiaba amorosamente, y en la silla de damasco azul, reposaban, el tocador de fina batista rodeado de encajes; la camisa de seda arrugada, las medias largas prontas á ceñir redondeces; y en el suelo, calentitas y pequeñuelas, las babuchas de raso, provocadoras en su tamaño, denunciaban el pie, pie torneado y delgadito que ahuecaba la brillante tela con mohines de comodidad; mientras, revoltosas, serpenteando entre dos libros que habían esparramado sus hojas, las ligas anchas y blancas, en cuyo broche se abría un lazo minucioso y coquetón.

La alcoba era casi nido, un ambiente de virgen mezclaba su perfume al del pebetero de bronce; en sus alegres colgaduras la cama revelaba toda inocencia; y en el tocador, sobre el mármol negro, entre los mil objetos de nacar quemado, de oscuro carey; entre los programas de conciertos y los periódicos de salones; entre los botes de carmín y las cajas de polvos, los cepillos de mango de plata y los ramos de violetas muertas, cuadrado estuche de oro cuya tapa estaba abierta, mostraba finísimo pomo rodeado de jeringuillas, de imperceptibles agujas, que habían mordido cariñosamente más de una vez los brazos satinados de Sibila, la niña de cabellos rojos y ojos de topacio, que desnuda completamente comenzaba su tocado aquella tibia noche vernal.

Con los brazos sacudió su cabellera que al herirla la luz, chispeó como si el fuego de su color reverberara con el movimiento, y ya ante el espejo que la copiaba amoroso, comenzó á secar su piel fina cual rosácea seda, haciendo desaparecer de cada poro, la gota que fingía una perla y cobrar la tersura la piel antes húmeda.

De contorno alzaba el pecho sus dombos de alabastro coloreados en la cima con celajes de rosa, cuyos círculos se ensanchaban hasta redondear la base; la línea seguía ondulante, combando en la cadera que se alzaba altiva y copulante, bajaba suave ydisminuyendo hasta la pierna y estrechaba en forma de anillo cerca del pie sonrosado cuyas uñas parecían camafeos de carmín.

Sibila miró al espejo, se vió mujer, terminada con sus encantos atrevidamente provocadora, sonrió á sus brazos suaves y blancos. á sus senos erectos y duros, y satisfecha de sus veinte años, pensó en las promesas que el amor le reservaba, sus pasiones sofocadas por el frío glacial de su temperamento de rubia; recordó que al

iniciarla sus compañeras de convento en los ritos del sensualismo, sintió ascos y ganas de llorar, que le daban repugnancia las ardientes palabras de algún galán, y pensó que el goce de la materia es inútil, hastiadísimo y bestial ante el vicio sublime de la morfina, compañera fiel del desesperado, ante el opio que envenena sonriendo, y dos lágrimas brotaron de sus ojos rasgados á la egipcia que simbolizaban misterios de esfinges y presentimientos de pitonisas, y apoyando la frente sobre el espejo estrechó su cuerpo abrasador al cristal helado é impasible, y adoró sus formas mórbidas como gruesos pétalos de una gardenia de carne.

Amaba. Un momento de pasión la había enardecido, su efigie le daba fiebre, se había sentido hembra ante su carne, palpitó ante sus encantos, quemó la sangre su cutis, y un cerco de hierro ciñó sus sienes, y mientras jadeante suspiraba zumbándole los oídos con un ruido tenaz, fueron doblándoseles los miembros hasta que rodó sin sentido... y en tanto la luz hería las hebillas de las ligas que serpenteaban entre dos libros que al caer habían esparramado sus hojas!

Francisco García Cisneros,
Cubano.

New-York.

A LUIS BERISSO

EN EL DÍA DE SU BODA

Al unirte ante el altar
á aquella que como esposa
en tu existencia virtuosa
sabrás digno conservar;
mi lira vengo á pulsar,
aunque sus notas el viento
las apague en su lamento;
aunque vayan á morir
donde no alcanza á salir
el sol que vemos brillar.

De ella podrás tú exclamar:
—Llevo un ángel por esposa
con labios color de rosa
que guardan perlas del mar
y suave aroma de azahar;
con sedosa cabellera
que á una odalisca sirviera
para hacer de su sultán,
el más sumiso galán
que se pueda imaginar.

Mas ese ángel, á su vez
de ti podría decir,
—seguro de no mentir,
con hermosa sencillez,—
sin rebajar la altivez
de su corazón amante:
—A más de un genio brillante,
llevo en Luis, bondad, cariño:
« ¡ tiene el corazón de un niño,
y el aliento de un gigante! »

Rodolfo Díaz Olazábal.

Buenos Aires de 1900.

LA ESCUELA Y EL HOGAR

En las sociedades democráticas en donde prevalece la idea de progresar á fuerza de vapor y á velocidad eléctrica, todos prestan atención preferente á la escuela, sosteniendo que la instrucción es el *todo.*

Pero este, como todos los pesimismos, es mal director; es preciso no enceguecerse por el anhelo apasionado de ensanchar la escuela á costa de algo quizá más caro que ella: el hogar.

No necesitamos encarecer la importancia que tiene en los resultados finales el engranaje armónico y movimiento simultáneo de las ruedas de una maquinaria; pero sí recordaremos, que en el orden social, educativo é intelectual, ocurre lo propio que en el funcionamiento mecánico.

Si cargamos la fuerza motora á un solo punto, se desquicia el conjunto, se desequilibra el cálculo, decae el nivel y perece la construcción.

Y es precisamente en estos países de América en donde la sociedad se desquicia debido á un pequeñísimo detalle semejante al clavo de la herradura de que nos habla Franklin, por cuya falta perecieron caballo y caballero. Ese detalle es el de los horarios escolares, en cuya discusión han terciado muchas señoritas educacionistas dotadas de toda clase de merecimientos científicos y escolares, pero con la carencia de ese gran telescopio que la naturaleza ha puesto en el corazón de la mujer para investigar la sociología y la psicología. Hablamos de la maternidad.

Y la invocamos, para probar que el empeño de sustentar la escuela está asolando el hogar y enrareciendo el amor patrio, porque en el hogar está el germen del amor á la patria dulcemente nutrido en el amor de familia.

Bien, pues.

Con el horario continuo que rige en las escuelas, queda deshecho el lazo que une á padres é hijos estrechándolos día á día por la intimidad del trato, por el consorcio de ideas y por las expansiones de familia.

El horario continuo ha logrado convertir cada casa en un desierto á las horas en que se recibe la educación del hogar, verdadera educación que refleja en cada hijo el modo de ser de los padres.

Las horas de las comidas.

Deteneos á contemplar por un momento una de esas casas que tienen la fortuna de contar cuatro, seis, ocho, diez hijos, y ved, en las horas de la fruición del alma y del sustento del cuerpo, sólos, casi hastiados y tristes al padre y á la madre; á ésta con el corazón amargado encontrando en cada vianda regalada, en cada fruta incitante, un dolor en vez de un placer. ¿Cómo tener placer una madre cuando la mesa está desierta de los ángeles del hogar, como si cada silla vacía le hablase con la elocuencia de las lágrimas, le hablase del hijo, que, enclenque y débil, está en el suplicio de la escuela, nutriéndose de golosinas que jamás confortarán su cuerpecillo bello y delicado?

El padre, taciturno y mal humorado, ya no tiene tampoco el enjambre bullicioso que distraiga su mente del peso abrumador de los negocios, dándole el dulce oasis de la familia en medio de la lucha por la vida; ya no goza con la pregunta del uno ni con la contradicción del otro, ni ve, en fin, los momentos de rosada luz en que se siente reproducido en todos esos pequeñines que harán de su casa un templo y de su apellido una gloria.

¿Y el escolar?

Ha salido de su casa mal alimentado, porque apenas si han mediado minutos entre la hora de dejar el lecho, atender á las labores indispensables del aseo y la hora de marcharse para volver á la noche.

Esta mala alimentación, como han probado sin discusión posible ya los higienistas, es la causa de toda clase de enfermedades, comenzando por el raquitismo y terminando en algo que es monstruoso considerar: la degeneración de raza y la carencia de sentimientos generosos.

Mens sana in corpore sano.

Jamás resaltó la verdad de este aforismo de Aristóteles con mayor evidencia que en nuestros días.

¿Queréis nutrir el alma?

Fortaleced el cuerpo.

¿Queréis que la patria brille por sus hijos?

Fortaleced el hogar.

¡Ah! Si nos detenemos á profundizar la consistencia de los argumentos que aducen los partidarios del horario continuo, encontraremos que ellos se esfuman ante el rigor de la lógica, de la higiene y del amor bien entendido, que los que educan tienen por los pequeños arbolillos confiados á su cuidado para el crecimiento, desarrollo y fruto.

Las grandes distancias que hay que recorrer; este es uno de los ganchos de que se asen los que abogan por el horario continuo y se olvidan de que, es precisamente el ejercicio corporal después de los alimentos lo que contribuye á la mejor digestión y á preparar la mente para sus labores.

Cuidando de la buena alimentación del cuerpo, del ejercicio corporal; provocando las expansiones domésticas, educándolos con el

ejemplo en casa y la doctrina en la escuela, es como llegaremos á restaurar el hogar para que la Patria se enorgullezca con nobles campeones de la idea, que así cuidaron del vaso que contiene el espíritu para cuidar el espíritu mismo.

Y vendrá la generación atlética de pensamiento nutrido, de acción heroica.

Conjuremos el mal atacándole en su base.

Miremos primero el hogar y después enaltezcamos la escuela.

Clorinda Matto de Turner,
Peruana.

Buenos Aires, 1900.

NOTAS LEJANAS

Para La Revista.

A veces de noche en la calma solemne me trae la brisa,
cual vagos suspiros de penas ocultas, dulcísimas notas
de música aérea que en mi alma despierta ternuras y lágrimas,
queridos recuerdo que guardan de amores tristísima historia.

Las notas lejanas me fingen suspiros callados y quejas;
de noche en las horas sombrías tristezas y ensueños me evocan,
y envuelto en silencio de tumba contemplo con ansia infinita
el triste cortejo de penas pasadas que el sueño transforma.

¡Oh noche profunda! parece que extraño lenguaje me habla
de todos tus hondos arcanos, de todos tus ruidos y sombras,
y encuentro en las notas lejanas que trae la brisa errabunda,
tristeza infinita que mi alma recoge en sus sueños á solas.

Manuel S. Consuegra,
Colombiano.

Barranquilla, 1900.

EL ÚLTIMO TRIUNFO

Para Lorenzo N. Cherone.

El áureo París, derrama sobre el orbe el antiguo reflejo que brotaba de la Atenas marmórea... Ante esa capital mágica, se extiende un inmenso océano de ensueños...

Rubén Darío.

— Yo no soy nada!— decíase en uno de sus interminables monólogos, aquel joven poeta que había triunfado noches antes en la escena y se había impuesto á un público rehacio á todo aquello que implicase un esfuerzo, una obra de aliento, un triunfo de la juventud pensadora, esa juventud que se destaca siempre con los lineamientos de su futura grandeza...

— Yo no soy nada!—se decía con amargura, sin preocuparse en su desesperación, de agradecer las felicitaciones que recibía de sus admiradores, de todos aquellos hombres, ya viejos, que lloraban de alegría al recordar el triunfo de aquel imberbe, que al recibir los aplausos de un público entusiasta, al ser objeto de las más ruidosas ovasiones, se mostraba huraño, fríamente hostil, para con aquel público humillado, que proclamaba sus triunfos, y lo aclamaba, delirante, con rabioso frenesí...

Alberto sufría con aquellas manifestaciones de entusiasmo. No era el mismo Alberto de antes; el alma de aquella Bohemia triunfadora; el poeta ambicioso de palmas y de flores, que quería imponerse con sus obras, para compartir las alegrías del triunfo con su Esther, la mujercita encantadora que inspiró muchas de sus estrofas, la de los ojos verdes, como la eterna prometida del desgraciado hijo de Almenar, el de la leyenda becqueriana...

Sus amigos, sus camaradas, aquellos bohemios que habían festejado con grandes orgías,— alternando con bacantes desvergonza-

das — el triunfo del compañero; que habían derramado ajenjo, mucho ajenjo á su salud, y que en el delirio del entusiasmo, habíanle comparado con Verlaine— *Papá Paul,* como llamaban cariñosamente al maestro, el de las estrofas esculturales, modeladas en cobre viejo; — sus íntimos, los que fueron sus confidentes, no comprendieron jamás aquella apatía, aquella insensibilidad del colega, que en la cima, satisfechas sus generosas aspiraciones, sólo sonreía con sonrisa diabólica,— casi una mueca,— que revelaba, más que alegría, dolor, dolores intensos; más que agradecimiento odio, un odio feroz...

Estaba cansado, tendido en un sofá, envuelto en una nube espesa de humo, con la cabeza de cabellos rubios, ensortijados, caída sobre el hombro, y los ojos sin brillo, sin expresión, de mirada vaga, fijos en el techo, revelando la completa abstracción del espíritu de aquel luchador. Soñaba!

Como todos los hombres que han satisfecho todas sus ansias, en medio del cansancio de la lucha, sentía nuevos anhelos, quería más, mucho más... no le bastaba aquel triunfo.—Mi triunfo no es completo,— se decía — aún no he visto París; aún no soy nada!

— París... allí reciben el óleo, el pan eucarístico de la consagración, todos los artistas, todos los virtuosos, los que llevan en sus frentes el « estigma del talento ».

París, París... ¡ Felices los bohemios que se sienten asfixiados por la atmósfera envenenada de París, esa atmósfera enervadora, saturada de esencias, de perfumes exóticos y emanaciones de absinthio!.. Felices los que viven bajo el palio azul de París, aquel cielo purísimo que cubre la ciudad mágica, la ciudad encantada, como un manto de turquesas ciñendo un cuerpo de mujer púber, de senos turgentes, de caderas que se cimbran con el ritmo de la belleza suprema, un cuerpo de virgen con todas las fascinaciones de sus formas escultóricas!..

Benditos los poetas, que nos hacen ver en nuestras ensotraciones la patria de todos los artistas, los que han oficiado en el altar de las dignidades protectoras, esos que sienten arder en sus cerebros la llama inextinguible del genio!..

Benditos los que nos hablan de París en prosa aristocrática, introduciéndonos en la patria ideal de todos los soñadores, « los peregrinos del amor y del arte, los adoradores de la vida, que van á ella á cortar las rosas que curan con su perfume las ponzoñas de las víboras hiperbóreas, las somnolencias de las filosofías brumosas » . . .

París . . . yo tengo mi París . . . un París extraño, en el rincón más oculto de mi cerebro . . . Un París ideal ; una bohemia eterna de interminables orgías, donde se derrama ajenjo . . . una mesa redonda, y en el centro, en el puesto de honor, *papá Paul*, durmiendo eternamente, soñando sus sueños de ebrio, y forjando en medio de aquella incesante agonía sus estrofas valientes . . .

Oh mi París . . .

Y aquel muchacho se durmió profundamente, con la obsesión de su París, sintiendo la nostalgia de su país ideal, de su lejana tierra . . .

Alberto cayó enfermo. Una fiebre maligna puso en peligro su vida. Estuvo enfermo, muy enfermo . . . Pobre poeta ! Tenía la obsesión de París y devoraba en silencio sus pesares, con esa tenacidad característica de los seres reconcentrados para el dolor.

Alberto se moría. Quería ver París. En sus noches de insomnio, esas noches terribles en que el delirio lo vencía, en medio de palabras sin sentido, pronunciaba siempre el nombre maldito : París . . ., desesperando á sus amigos, que no podían aplacar el mal, y no comprendieron la causa.

Por fin, pasada una larga quincena, consiguieron vencer la fiebre. Su convalecencia fué larga, pero la cura no fué radical. Jamás pudo extirpar de su cerebro aquella obsesión que lo mataba brutalmente . . .

—Cuántas veces lo hemos visto sollozar y pronunciar ese nombre maldito,— decían sus amigos,— contemplando el plano de la ciudad eterna, la ciudad del Arte.

Su novia, la prometida del poeta, le oyó muchas noches, en medio de sus plácticas amorosas, nombrar á París, como la suprema aspiración de su alma, como la cima, el templo donde recibiría la consagración de sus triunfos.

Alberto se sentía cansado, vencido por el tedio, ese mal que consume, ese mal que aniquila...

Una tarde en que se sentía devorado por la tristeza, la nostalgia de la ciudad mágica,— llamó á sus amigos, á sus íntimos, y les pidió que después de muerto, lo condujeran á París. Quería descansar bajo el cielo azul de Francia...

Sus amigos sonrieron tristemente, pero Alberto les arrancó en aquel momento solemne, la promesa de que así lo harían...

Se sentía morir... Quiso despedirse de su Esther, pero no pudo; estaba cansado ya de la lucha, y se rendía á su enemigo invisible... Escribióle su última carta, su eterna despedida, pues conocía los progresos que había hecho en su organismo, después de la pasada crisis, su antigua, mortal afección.

Era un mal hereditario, uno de esos males que pesan sobre los hijos como una maldición de sus antepasados y como una ironía cruel, una horrible injusticia de la Naturaleza, de la madre común!

La carta, escrita en los últimos días del poeta, fué un postrer destello de un genio que se eclipsa... El poeta había volcado en ella toda la amargura, toda la hiel, toda la ponzoña que el dolor había depositado en sus entrañas. Pero sobre toda aquella amargura parecía flotar un manto invisible, sublime de resignación. Parecía que el poeta hubiese vislumbrado su París, su ciudad querida, más allá de la tumba, más allá de la muerte...

Esa carta era un último grito del alma. Esa carta decía así:

Esther:

Estoy triste!—Tú no ignoras la causa.—Sufro la nostalgia de mi país azul, el mal del destierro. — Estoy enfermo. — Tu pobre poeta, el de las estrofas pálidas, que adora en Stephane Mallarmé y aspira á beber en la copa de Verlaine, está cansado. — Los que lo creían un hombre de temple, un carácter, se engañaron. Tu poeta ha perdido ya el último átomo de energía.

Estoy enfermo... El spleen que mató á Garrick, el célebre actor, allá en el país de la niebla y de los días sin sol; ese mal que

es para Schopenhauer la fuente del instinto social, me consume, me aniquila. El hastío es un mal canceroso.

Ya no puedo rimar estrofas. Hay sombras, muchas sombras en mi cerebro. Mi lira está enlutada. El hastío depositó en ella un ósculo frío como la muerte.

Quiero hablarte de mis amores azules, quiero cantarte, á ti, la de las pupilas verdes, mi amada imposible, pero no puedo. Sufro mucho. Yo no puedo decirte todo lo que siento. Te haría daño. Tú no puedes saber de dolores y de amarguras intensas. Si yo te revelara todo lo que por mi cerebro pasa, todo lo que en él bulle, te espantarías.

Ya estoy viejo. Mi organismo se ha gastado. Y la decrepitud, la miseria humana no puede, en su brutal experiencia de la vida, hablar á la juventud, á la inocencia, sin temor de manchar la pureza, el armiño de su traje de eterna prometida, de desposada ideal. Ya estoy viejo. Tengo frío en el cerebro. Ha caído mucha escarcha sobre mi alma y se han marchitado todas mis ilusiones y han muerto todos mis entusiasmos juveniles!

¡Qué triste es, Esther, qué doloroso el invierno de la vida, la última caída de las hojas!

¡Mírame! Mis pupilas sin brillo, mi frente intensamente pálida, mi flacidez, ¿no te hablan de dolores intensos, de sufrimientos espantables, de desengaños crueles, de eternas desesperanzas? ¿No traes miedo? ¿No te espantan los males que atenacean mi alma? ¡Oh! Tú, la buena, la niña hechicera, compadéceme.

No, no llores, Esther, no llores; huye de mí. Busca un príncipe de armadura de plata, que rompa lanzas en los juicios de Dios... Espérale. Él llegará. No lo dudes.

Como Lohengrin, se te aparecerá surcando la onda azul en su barca reluciente, conducida por un blanco cisne... Espérale con tu traje de desposada... Verás cómo saludan al gallardoso caballero las flores azules del Loto, las flores sagradas!

Espérale. Sólo él es digno de desposarse con la bella Elegida, « la eterna prometida de todos los poetas » ...

Síguelo. Él te conducirá á una isla lejana donde sólo pueden arribar la barca reluciente del cisne, y el barco-fantasma hecho con uñas de muerto...

En cuanto á mí... mi otra prometida me espera. No tiene celos de ti. Me ha visitado varias veces en mis noches más negras. Es muy pálida. He querido besarla, pero ha huido de mí. Volverá pronto, muy pronto. Tal vez luego, y para entonces me ha prometido un abrazo estrecho, muy apretado. Me ha dicho que me dará frío, mucho frío... Ofrecióme palacios suntuosos y ajenjo, mucho ajenjo, en la copa de Verlaine, el borracho sublime...

Luego, falto á la cita. No me esperes más. Compadéceme, tú, mi amor imposible, mi bella prometida. Tengo fiebre y estoy intranquilo. Estoy postrado, completamente abatido. Siento frío, mucho frío... ¿Cuándo acabará este drama cuyo final presiento?

Cuando veas aparecer al príncipe de la armadura de plata, síguelo. Él te conducirá en su barca misteriosa á la tierra lejana, do Himeneo ha construído su alcázar soberbio.

Yo te precedo en el barco-fantasma, con mi eterna prometida, la amante enlutada, pálida, muy pálida, que viene de lejanos horizontes á estrecharme en ese abrazo que me dará frío, mucho frío, en el corazón y en el cerebro...

Alberto.

¡El poeta murió!

Su agonía fué lenta, pero tranquila. Ni un reproche se escapó de sus labios marchitos. Sólo mostraba aquella sonrisa diabólica, casi una mueca, que nos dió miedo, la noche de su primer triunfo.

Con su último suspiro brotó de sus labios, arrancada al fondo de su alma, la palabra maldita: París...

Tal vez, al abrir en el último espasmo, sus pupilas azules, hubiese visto allá en el fondo del abismo en que se hundía, el cuerpo de virgen púdica, de formas escultóricas de la ciudad mágica, bajo su palio azul como un manto de turquesas...

Cuando aquellos luchadores de la idea, celebraban sus orgías, no faltó nunca una voz conmovida, que, alzándose sobre aquella batahola de gritos y de ruidos, recordase al co-bohemio, que descan-

es para Schopenhauer la fuente del instinto social, me consume, me aniquila. El hastío es un mal canceroso.

Ya no puedo rimar estrofas. Hay sombras, muchas sombras en mi cerebro. Mi lira está enlutada. El hastío depositó en ella un ósculo frío como la muerte.

Quiero hablarte de mis amores azules, quiero cantarte, á ti, la de las pupilas verdes, mi amada imposible, pero no puedo. Sufro mucho. Yo no puedo decirte todo lo que siento. Te haría daño. Tú no puedes saber de dolores y de amarguras intensas. Si yo te revelara todo lo que por mi cerebro pasa, todo lo que en él bulle, te espantarías.

Ya estoy viejo. Mi organismo se ha gastado. Y la decrepitud, la miseria humana no puede, en su brutal experiencia de la vida, hablar á la juventud, á la inocencia, sin temor de manchar la pureza, el armiño de su traje de eterna prometida, de desposada ideal. Ya estoy viejo. Tengo frío en el cerebro. Ha caído mucha escarcha sobre mi alma y se han marchitado todas mis ilusiones y han muerto todos mis entusiasmos juveniles!

¡Qué triste es, Esther, qué doloroso el invierno de la vida, la última caída de las hojas!

¡Mírame! Mis pupilas sin brillo, mi frente intensamente pálida, mi flacidez, ¿no te hablan de dolores intensos, de sufrimientos espantables, de desengaños crueles, de eternas desesperanzas? ¿No traes miedo? ¿No te espantan los males que atenacean mi alma? ¡Oh! Tú, la buena, la niña hechicera, compadéceme.

No, no llores, Esther, no llores; huye de mí. Busca un príncipe de armadura de plata, que rompa lanzas en los juicios de Dios... Espérale. Él llegará. No lo dudes.

Como Lohengrin, se te aparecerá surcando la onda azul en su barca reluciente, conducida por un blanco cisne... Espérale con tu traje de desposada... Verás cómo saludan al gallardoso caballero las flores azules del Loto, las flores sagradas!

Espérale. Sólo él es digno de desposarse con la bella Elegida, « la eterna prometida de todos los poetas » ...

Síguelo. Él te conducirá á una isla lejana donde sólo pueden arribar la barca reluciente del cisne, y el barco-fantasma hecho con uñas de muerto...

En cuanto á mí... mi otra prometida me espera. No tiene celos de ti. Me ha visitado varias veces en mis noches más negras. Es muy pálida. He querido besarla, pero ha huido de mí. Volverá pronto, muy pronto. Tal vez luego, y para entonces me ha prometido un abrazo estrecho, muy apretado. Me ha dicho que me dará frío, mucho frío... Ofrecióme palacios suntuosos y ajenjo, mucho ajenjo, en la copa de Verlaine, el borracho sublime...

Luego, falto á la cita. No me esperes más. Compadéceme, tú, mi amor imposible, mi bella prometida. Tengo fiebre y estoy intranquilo. Estoy postrado, completamente abatido. Siento frío, mucho frío... ¿Cuándo acabará este drama cuyo final presiento?

Cuando veas aparecer al príncipe de la armadura de plata, síguelo. Él te conducirá en su barca misteriosa á la tierra lejana, do Himeneo ha construído su alcázar soberbio.

Yo te precedo en el barco-fantasma, con mi eterna prometida, la amante enlutada, pálida, muy pálida, que viene de lejanos horizontes á estrecharme en ese abrazo que me dará frío, mucho frío, en el corazón y en el cerebro...

Alberto.

¡El poeta murió!

Su agonía fué lenta, pero tranquila. Ni un reproche se escapó de sus labios marchitos. Sólo mostraba aquella sonrisa diabólica, casi una mueca, que nos dió miedo, la noche de su primer triunfo.

Con su último suspiro brotó de sus labios, arrancada al fondo de su alma, la palabra maldita: París...

Tal vez, al abrir en el último espasmo, sus pupilas azules, hubiese visto allá en el fondo del abismo en que se hundía, el cuerpo de virgen púdica, de formas escultóricas de la ciudad mágica, bajo su palio azul como un manto de turquesas...

Cuando aquellos luchadores de la idea, celebraban sus orgías, no faltó nunca una voz conmovida, que, alzándose sobre aquella batahola de gritos y de ruidos, recordase al co-bohemio, que descan-

saba en un triste cementerio de París, en una tumba olvidada, y que desprecian los viajeros ignorantes de toda la grandeza que encierra aquella fosa abandonada á la sombra del árbol de las tumbas, el árbol que se alimenta con la sangre de los muertos...

Justino Jiménez de Aréchaga (hijo).

Otoño de 1900.

LAS MESALINAS

Dedicado á mi amigo M. S.

Cuando la voz de la razón no escuches,
Y encuentres en la orgía el abandono,
Dirás: estas mujeres me engañaron,
Las aborrezco; nunca las perdono.

A tus solas pensando en tu pasado,
Renegarás después sin más testigo
Que las penas, que el alma te llenaron
Por desoir consejos de un amigo.

La mujer, cuando pierde la pureza,
Y el interés la guía sin amor,
Se parece á una flor en la maleza
Donde no puede acariciarla el Sol.

¡ Huye de ellas! que todo es farsa pura,
Sus besos, sus promesas y sus cantos.
Desprovista de halagos y ventura
Su vida es una vida de quebranto.

Ludovico Melo.

Febrero 16 de 1900.

LA REVISTA

LITERATURA Y CIENCIAS

AÑO I—N.° 13 | Montevideo, Julio 10 de 1900 | TOMO II

SECCIÓN DE LITERATURA

«LA MARSELLESA»

Aún no había cumplido once años, cuando una melancolía profundamente tierna se apoderó de Luis.

Aquella viveza de sus ojos garzos que difundieran tanta animación por su bella faz pálida, perdieron, á partir de cierto día, su clara limpidez.

Un ardiente frenesí, una ansiedad extraña, lo absorbían por completo, empalideciendo sus risueñas ilusiones floreciendo en eterna Primavera.

Un absoluto ensimismamiento lo alejaba de sus buenos amigos, buscando ansioso la soledad. Allí lo postraba una meditación impropia de su corta edad, levantando á intervalos su hermosa cabeza de ondulantes cabellos castaños, perdida su entreabierta mirada en la inmensidad del cielo. Entonces, poseído de una sensación profundamente tierna, tarareaba la «Marsellesa» para quedar nuevamente abstraído.

Solamente con uno de sus amigos mostrábase menos huraño. Alberto, un buen muchacho siempre alegre y decidor, sorprendióle cierto día enternecido con su música predilecta y con su volubilidad característica hízole coro; desde entonces, cobróle particular afecto.

Con frecuencia, en las pláticas ó juegos propios de sus infantiles años, Luis, interrumpía á su amable amigo, posábase de su brazo y lo invitaba á cantar la «Marsellesa», paseando por los enarenados senderos del jardín.

Alberto, que se daba cuenta de la alegría producida en Luis con tales entretenimientos filarmónicos, lo secundaba gustoso, llegando, en su vehemencia, hasta hacer intervenir como platillos sus diminutas manos, acompañamiento que él juzgaba imprescindible para la mejor armonía del canto.

Después se separaban, despedíanse hasta la mañana del día inmediato en que se verían en la escuela. De este modo se deslizaba el tiempo acentuándose en Luis la palidez de su bello rostro.

Él, disimulaba cuidadosamente ante los demás, la causa de su preocupación.

¡ A su edad era tan ridículo lo que le pasaba!

Y sólo era feliz cuando de regreso de la escuela en que hechos sus deberes y libre de la censura maternal, bajaba al jardín encerrado á los fondos de la casa; en esa hora de la tarde en que el cielo extiende exóticos mirajes y las flores, de suprema limpidez nítida, parecen participar, al sonreír, del reposo en triunfo; cuando los efluvios voluptuosos que impregnan la atmósfera van agotando, entumeciendo la luz del día agonizante.

Entonces evocaba en su mente la imagen de la hermosa niña que conociera días pasados en el paseo efectuado en compañía de sus padres, á Colón.

Era una fiesta que se verificaba muy de tarde en tarde: una vez por año, á lo sumo. Reuníanse á ellos dos ó tres familias amigas é impreso en los semblante el gozo que rebosaba de todos los pechos, partían formando un conjunto pintoresco y animado. ¡Oh! era un gran paseo que se recordaba por mucho tiempo en los hogares de la concurrencia.

Y en indolente postura, siempre abstraído, complacíase en renovar por medio del recuerdo, las emociones experimentadas en aquel gran día.

Era una hermosa mañana en que el oxigenado ambiente trasparentaba el intenso azul del cielo.

Mientras se encaminaba con sus padres á la estación, acudían en tropel á su mente los diversos juegos que durante ese dichoso día iba á apurar con sus buenos amiguitos, que de seguro ya esperábanle impacientes.

¡ Oh! á no dudarlo, se divertiría mucho!

Fué un brusco despertar, allá en la estación, al ver á sus pequeños camaradas corriendo hacia él con toda la alegre efusión de que se hallaban poseídos, arremolinando en su derredor la mímica animada de los saludos.

FRANCISCO G. VALLARINO

Él, abrazándolos, dirigióse con ellos hacia el grupo que formaban las personas con quienes ya compartían sus padres.

Por un instante los matices abigarrados y pintorescos de los vestidos de las señoras y de las niñas girando alrededor de los hombres, semejaron chorros de colores salpicando el tono oscuro de los trajes como pretendiendo ahogar esa nota inarmónica de la fiesta.

De pronto, Luis, distinguió entre el tumulto á Emilia, una niña que contaba, á lo sumo, diez años de edad; una preciosa rubiecita, realzada por una capota roja y un vestido del mismo color. Unía

una esbeltez insuperable á su cuerpo aquel vestidito plegado, que ceñido en la cintura caía ensanchándose elegantemente hasta el ruedo.

Al verla, allí, por vez primera, bella, sonriente, en medio de la alegría que lo embargaba, experimentó una sensación hasta entonces desconocida. ¡Oh! fué un inmenso cariño que nació espontáneo y que debía perdurar por mucho tiempo!

Su primer impulso fué acercársele, hablarla, pero una insólita cortedad se apoderó de él. Ante ella, hallóse de pronto cohibido, y asomando el rubor á su rostro, fué á ocultar su bochorno entre la barahunda infantil que ya encontraba pequeño para sus juegos, el largo andén de la estación.

El silbato de la locomotora anunció la partida, y grandes y chicos treparon al vagón. Bien pronto dominaba en él la charla de los niños. Los padres sonreían satisfechos ante el bienestar que animaba á aquellas caritas; ellos no exigían otra cosa; eran tan felices ver recompensados sus desvelos con la tierna alegría de sus pequeñuelos!

Una que otra reprensión maternal alcanzaba acallar tanta algarabía, pero luego, como si esa coacción fuera un poderoso estímulo, desbordábase más intenso el bullicio, dominándolo todo nuevamente, hasta el punto de llegar desmayado, como un débil quejido, el agudo silbato de la locomotora, que, como interpretando los deseos de todos, los conducía aceleradamente al término del viaje: al campo reverdecido empapado de savia y titilando en la ebriedad de una luz resplandeciente.

Más tarde, al mediodía, los comensales rodeaban una mesa opíparamente servida.

El comedor revestía una sencillez encantadora. Aquellas paredes de una blancura inmaculada formaban un agradable contraste con el rojo embaldosado del piso, esparciendo en todos los espíritus la frescura de una alegría sin límites. Era un bienestar inmenso manifestado por todos sin reparo. Las palabras poseían un timbre simpáticamente sonoro surgiendo de aquellos pechos entregados á la más franca expansión y oxigenados de continuo por el perfumado ambiente colándose en frescas bocanadas por los amplios ventanales de la pieza. En tanto la nota infantil, allá en el extremo de la

amplia mesa, tenía *increscendos* aturdidores. Debido á una oportuna disposición de las señoras se había colocado aquel ejército bullicioso á una prudencial distancia, cupiéndole á Luis llenar su sitio, en el lado de la mesa opuesto al que ocupaba Emilia, hallándose de esta manera, casi frente por frente uno del otro. Gracias á esta colocación, Luis disimulaba libremente sus miradas hacia Emilia, viéndose así enaltecida la veracidad de aquel dicho de Byron: de que el amor al nacer aprende á ser hipócrita.

Allí, en la amplia mesa, cuyo mantel semejara una blanca página en la que el dios Pan imprimía los caracteres de una vital alegría, un cupidillo aéreo y sonrosado revoloteaba en torno de Luis apresurando los latidos de su pecho.

Él, experimentaba la fruición de un supremo deleite ante aquella preciosa niña, en cuya faz, los azulados ojos, bajo la apoteosis de aquellos blondos cabellos de oro, semejaban dos manchas de cielo entibiadas por un sol deshecho en raudales de finas hebras rubias. ¡Oh! producíale la indolente voluptuosidad de un adormecimiento, aquel deleite hasta entonces jamás sentido.

En su mente, excitada con las nuevas emociones que agitaban su pecho, se abrían nuevos horizontes para dar cabida á nuevas ideas, que faltas de consistencia, se disgregaban al pretender vagamente sintetizarlas.

Y entregado á sus divagaciones impensadamente pasaba á psicologar sobre su estado de ánimo.

Ahora se daba cuenta de que al encaminarse de la estación de la Villa, allí, á la casa donde se hallaban, él fué el único que no participó de aquella loca alegría que manifestara la concurrencia ante campo lleno de luz. Recordaba, asimismo, que había escuchado complacido pero sin inmiscuirse, á la charla que los chicos de su edad sostuvieran con los pequeñuelos, que embelesados, abrían tamaña boca ante la promesa formal de ser obsequiados con corderitos de todos los matices!..

El deseo de agradar lo violentaba; quería aparecer ante aquella niña todo un caballerito formal afectando en sus más mínimos movimientos una distinción de modales que resentían todo su ser, extrañado de este nuevo yugo que de tan estrecha manera lo encadenaba. Y mientras comía, la esperanza de poder hablarla, de

permanecer junto á ella toda aquella tarde producíale una inmensa emoción, resbalando por su cuerpo en un suave cosquilleo, á un tiempo, voluptuoso y cruel.

¡ Si se atrevería !.. ¡Se hallaba tan cohibido !.. ¡ Oh, jamás dejaría de ser un tonto !

Y se martirizaba, al propio tiempo, recordando la timidez que manifestara aquella mañana al verla tan hermosa.

Por otra parte el temor de que la graciosa sonrisa que constantemente traveseara en aquellos labios encarnados, pudiera trocarse en una franca carcajada al decirla sus primeras frases de cariño, lo desconcertaba.

Y la veía allí, radiante, compartiendo animadamente con sus amiguitas, encendiéndosele, á medida que conversaba, aquel expresivo rostro cuyas mejillas parecían dos fresas sazonadas.

¡ Oh, pasaron veloces las horas del almuerzo, de extática contemplación !

Luego cuando los concurrentes decidieron tomar el te al aire libre, arrellenados en los bancos que se diseminaban en la penumbra proyectada por unos árboles que parecían erguirse erectos al contacto de aquella atmósfera cariñosamente tibia, él creyó tener la dicha de hablarla.

Mas fué vano su intento; una maldita emoción que le anudaba la garganta le impidió articular una sola frase... Ahora, indispuesto consigo mismo veía alejarse el grupo infantil que corría ávido de expansión hacia la inmensidad del campo, dudando entre permanecer al lado de la niña que tan locamente lo cautivara ó reunirse á sus amigos ; hesitó un instante, pero luego, haciendo un esfuerzo consiguió desprenderse de aquella fascinación ejercida por ella y en un arrebato de expanción fisiológica echó á correr en pos de sus alegres camaradas.

Allá lejos, entre breñas y matorrales, envuelto en la caricia de aquel sol de Septiembre esa tarde dió rienda suelta á su expansión. Sus miembros casi entumecidos por los lazos invisibles que lo estrecharan hasta entonces, se desenvolvían libremente, desperezando en un agradable bienestar fisiológico; ejercitándose con exagerada fruición en sus juegos y locas correrías por el césped.

Se sucedieron presurosas las horas de aquella tarde de jolgorio

en que resultaron víctimas expiatorias de la infantil alegría los vistosos pajarillos, esos parlanchines de la agreste soledad, caídos muchos de ellos á los certeros golpes de los proyectiles arrojados por aquellos divertidos arrapiezos.

No decaía un instante la animación entre aquel hermoso grupo de niños cuando el sol bajaba somnoliento allende el horizonte.

Se aproximaba la hora del regreso.

Las criadas aparecieron anunciando el momento de la marcha. Aquello les parecía inverosímil; ¿ cómo, tan pronto había transcurrido la tarde ? ¡ No podía ser !.. Ellos no se irían aún ; ¡ qué diablos ! Pero, poco á poco, fuese entibiando aquel ardiente entusiasmo de locas correrías por el campo ante la lluvia de vivas amonestaciones de las criadas, que sólo avinagrando sus gestos consiguieron encaminarlos hacia la casa.

Un observador hubiese podido notar que Luis era el único de aquellos niños que experimentaba menos pesar abandonando aquel paraje. Él, ante el llamado de las criadas sintió renacer en su alma la imagen de Emilia. Ahora, confortado por la expansión de toda aquella tarde se sentía otro ser : le hablaría; y animado, gozoso, se encaminaba ebrio de esperanza hacia la casa semi-oculta en la arborescente frondosidad.

Llegaron. Mientras las señoras daban su último vistazo á los preparativos de las criadas que afanosas cerraban las canastas repletas de frutas y de flores, niñas y niños partían en un conjunto pintoresco. Comentaban todos á la vez las impresiones de aquel feliz día, alegres, satisfechos, y sin prestarse atención los unos á los otros, destacándose de entre ellos, la adorable silueta de Emilia con su mimosa capota y vestidito rojos resaltando como una mancha vívida y ardiente. ¡ Oh ! estaba adorable con su rubia cabellera suelta, semejando una aureola luminosa que divinizara aquella faz radiante cuyas mejillas habían adquirido un tinte más de vida con la agitación de toda aquella tarde en el columpio, y triunfando de tanta belleza la ternura de aquellos ojos límpidos y llenos de celestial encanto.

Luis caminaba aproximándose á ella resuelto esta vez á hablarla. ¿ Por qué no quebrar con aquella estúpida cortedad ? ¿ por qué no hablarla con la desenvoltura con que lo hiciera con las demás

niñas ? Y, á su lado, febricitante, la miraba frente á frente andando entre la animada compañía de las demás.

Ella, por su parte, parecía comprenderlo todo. Aquella persistencia con que él la mirara durante el almuerzo, habíale despertado cierta curiosidad primero para luego trocarse en un verdadero afecto hacia su tierno admirador. Hasta dos de sus amiguitas que marchaban junto á ella, también parecían comprenderlo todo, lo cual les hacía sonreir maliciosamente. Ahora, ella á su vez, parecía desear que Luis le hablara alentándolo con su expresiva sonrisa.

Y fué allí, próximo á la estación, dónde emocionado se dirigió á Emilia balbuceando unas frases casi sin sentido, acogidas por parte de las chicuelas con sonrisitas picarescas.

Y nada más! ¡Oh, que ridículo, qué vacío le pareció todo aquello!

Y ya próximas al grupo infantil, las mamás abandonaban los brazos de sus maridos y llegaban junto á sus pequeñuelos reteniéndolos á su lado, al ver la locomotora que á la distancia, allá en el recodo de la vía mostrábase majestuosa, aproximándose en un deslizamiento de inflexible imponencia hasta concluir por detenerse, como un monstruo sujeto, á pocos pasos de ellos.

Subieron al vagón. Un instante después la locomotora se deslizaba nuevamente dejando tras sí las blancas casas del pueblo.

Luis á través de la ventanilla miraba la inmensidad del campo, que invadido por la penumbra cada vez más intensa parecía esfumarse bajo una lluvia de polvareda gris.

En su bello y pálido rostro dibujábanse las huellas de melancólica tristeza recordando, tal vez, las emociones experimentadas en aquel día. Y mirando siempre abstraído, la escena que tan hondamente sentía dejar no prestaba atención á las notas, que unos alegres jóvenes que venían en el vagón, arrancaban de sus armoniosos instrumentos acariciando dulcemente los pechos de toda la concurrencia.

Emilia parecía participar también de verdadera tristeza, abandonando aquel paraje tan hermoso durante el día, sofocado ahora por las tinieblas cada vez más crecientes de la noche. Permanecieron así un buen rato, hasta que al prorrumpir nuevamente los instrumentos con los alegres acordes de la «Marsellesa» parecieron despertar, encontrándose de pronto sus miradas.

Oh, en esas postreras miradas de extremosa ternura pareció transparentarse todo un poema de mutuas reconvenciones !

Luis, sentía su pecho enternecido escuchando aquella marcha tan entusiasta y melancólica á la vez, cuyas notas le evocaban la visión de una eterna despedida, un tembloroso agitamiento de pañuelos levantados los brazos en alto! Toda la ternura de su ser acudía á sus pupilas mirando á la hermosa niña que dentro de breves instantes dejaría de ver, quizá, para siempre. Aquella maldita marcha del tren que ahora se le antojaba de una celeridad inaudita, lo indignaba; y ante la próxima separación redoblaba sus miradas hacia Emilia, que negligentemente acomodada en una banqueta azul parecía un ardiente celaje carmesí exornando un pedazo de cielo. A la vez que se sentía sofocado por un tenaz remordimiento recordando la cortedad que le acompañara durante aquel día al hallarse en su presencia, parecía querer grabar, retener en su alma la imagen de aquella adorable criatura, al contemplarla allí, doblemente enternecido escuchando los acordes de la «Marsellesa» que desgranando sus notas entusiastas y melancólicas á la vez evocaban el agitar de pañuelos de un adiós eterno!..

Luego, cuando ya descendidos del vagón asistió á la amable despedida de los concurrentes, un desaliento inmenso se apoderó de Luis. Partió el carruaje y logró divisar aún, envuelta en la llovizna de luz que proyectara un farol, la encantadora silueta de Emilia, andando en un deslizamiento de pasos rítmicos y breves!

¡ Oh, esa noche sus lágrimas humedecieron la almohada en que descansó su cabeza afiebrada, sintiendo brotar de su pecho una ansiedad extraña nacida al beso de aquella tierna simpatía!

En los días subsiguientes del paseo, en esa postrer hora de la tarde en que todo languidece, en que á la luz moribunda las flores exhiben su fresca nitidez; cuando el silencio melancólico del crepúsculo visita los rincones más apartados del alma, Luis se dirigía al jardín encerrado á los fondos de la casa, entregándose, allí, al recuerdo de su precoz amor poblado de tiernos encantos. Y enternecido, perdida su entreabierta mirada en la inmensidad del cielo tarareaba la triunfal marcha de Rouget de L'Isle, mezclada en íntimo consorcio al recuerdo de la hermosa niña de blondos cabellos de oro.

¡Oh, esas notas entusiastamente melancólicas que escuchara en los últimos instantes de la triste separación se habían asociado tan estrechamente á la imagen de Emilia que continuamente acudían á sus labios; y oh, sublime espectáculo: esas notas á cuyos acordes se estremeciera la tierra toda surgiendo del exterminio sembrado por doquier las abiertas y potentes alas de la gloria, allí en la placidez del reposo aceleraban los latidos de un pecho joven enternecido ante la sonrisa del primer amor.

Francisco G. Vallarino.

Julio 8 de 1900.

AGUA-FUERTE

A mi hermano, Julio Herrera y Reissig.

El mar, que sacude
Sus olas; que vuelca
Su cándida espuma;
Que cava las peñas;
Que tiembla, que ruge, que canta, que gime,
Que abisma la playa, que corta la niebla;
El mar, que solloza
Sus hondas querellas;
Que en mágicos prismas
Fulgura y se quiebra;
Que forma colinas, que forma montañas,
Que baja, que hierve, que sube, que rueda;
El mar, que se encorva,
Que vibra, que atruena;
Y oculta la tromba
Que se alza y revienta;
No tiene más fondo,
No tiene más fuerza;
No tiene más himnos, ni más tempestades,
Que mi alma que canta, que llora y que tiembla.

Pedro J. Naón,
Argentino.

NIVOSA

Para el brillante escritor
Casimiro Prieto Vadez.

Es noche de Neurastenias. Es una noche de Junio:
Los surtidores derraman plumas, jazmines, burbujas;
Por sus manchas me parece que se ríe el Plenilunio,
Y se me antojan las plantas un ejército de brujas.

Cual procesión de novicias, envueltas en aéreo velo,
Pasan las nubes aladas vertiendo nevado lloro;
Y en el níveo campanario, que es un témpano sonoro,
Hay dos palomas muy blancas que son como hostias del cielo.

Las rocas, como fantasmas, enseñan sus curvos flancos,
Y parecen recostadas en undiván de albo lino;
Yergue el monte su cabeza de gran pontífice albino
Y es el mar un gran cerebro donde bullen versos blancos.

Con niveo tisú se visten las acacias amorosas;
Ostentan los floripondios sus copas de porcelana
En que siempre beberemos, oh, mi púdica sultana
La miel blanca de los nardos y la leche de las rosas.

Todo es blanco; muestra el bosque su gran peinador de seda,
Mil abanicos de nácar y mil ánforas de nidos;
Me parecen las corderas mil *pierrots* que están dormidos,
Y la neblina en el árbol una escala que se enreda.

La gran capital del mármol, y de los sueños, la Grecia
Está en todo lo que es blanco y está en todo lo que es fuerte;
En el fondo de las aguas hay una extraña Venecia,
Y una antártica acuarela de la ciudad de la Muerte.

¡ Oh, ven mi blanca querida de los pálidos hastíos;
Chopín y Schubert conversan entre esas muertas blancuras,
Y ejecutan en el bosque la romanza de los fríos,
De las tristes palideces y las blancas hermosuras!

Miro á un lirio que está loco: miro á Ofelia que se aleja;
Miro á un astro que se cae: miro á Safo que se mata:

¡Siéntate al piano, oh, querida, y hazme oir la serenata
Del pelícano en las ondas y del ángel que se queja!

Es la hora del ensueño,
Es la hora del delirio;
Va á celebrarse la danza, sobre un piano marfileño,
De dos blancas azucenas y mil pétalos de lirio.

Todo es blanco, todo es tierno.
En los pechos ateridos de la diosa del invierno
Nieva almíbar coagulada, nieva leche temblorosa,
Y es la luna el sacerdote de las nupcias de una rosa.

¡Ven mi hermosa desposada; son tus senos los altares
En que ofrezco mis querellas:
Son los cisnes en el río como góndolas de azahares,
Y los azahares son perlas de collar de las estrellas!

Esa túnica de bruma,
Que el viento prende ó arranca
Es el peplo de la muerte y es el alma de la espuma
Que sacude sobre el mundo su eucarística ala blanca.

¡Camelia del oceano, va el tímido barquichuelo
Agitando su teristro de ámbar, cera y alabastro,
Y es cual hada misteriosa que alza su enorme pañuelo
Saludando á lo infinito y haciendo señas á un astro!

¡Pálida, virgen, ebúrnea, cándida, mística, santa,
La tierra es un incensario de intacta, inhollada nieve
En donde, trémula y casta, sutil, impoluta y leve,
La niebla, incienso con alas, vuela, gira y se levanta!

¡Ven neurasténica, loca
De mis inviernos de hastío!
Lejos de ti siento frío,
¡Ven neurasténica loca!

Tus ojeras son las flores que te deja el amor mío,
¡Ala, lirio, flor y hostia, gasa, niebla, luz y pluma:
Serán mis dientes los cirios que buscan fuego en tu boca,
Y tus brazos en mi cuerpo dos serpentinas de espuma!

Julio Herrera y Reissig.

LAS GOLONDRINAS

Los dos de una misma edad, rubia ella y moreno él, formaban una pareja deliciosa que causaba la envidia de más de una soltera y el asombro de más de un excéptico. Berthier, el viejo hotelero de Colón, á cuya casa venían á hospedarse durante unas horas, todos los Domingos, les llamaba *Las golondrinas,* porque como estas aves precursoras de la Primavera, sólo le visitaban en la estación de las flores y de los nidos, para luego ahuyentarse de repente tan pronto se hicieran sentir las primeras lluvias; cuando las hojas secas arrastradas por el viento danzan una fúnebre gavota alrededor de los troncos desnudos, en esas tristes puestas de sol de Invierno, en que todo el campo parece hallarse entumecido bajo un cielo brumoso cargado de nubes grises.

¿Quiénes eran ellos? Berthier lo ignoraba; pero alguien habíale dicho que ella era una coqueta modistilla de una elegante *maison* de la calle de Sarandí, y él, un poeta, un soñador, un bohemio enamorado del arte y admirador de la belleza. Y á la verdad que así debiera ser; pues ella, en su elegancia, en su soltura, en sus graciosos aleteos de Duquesita á lo Luis XIV, reunía en su persona todo el aristocrático *chic* de una modistilla parisién; en tanto que él, en sus entusiasmos poéticos, en su grandiosa admiración por la naturaleza, y sobre todo — en ciertos terribles apuros en que más de una vez Berthier había creído observarle al oirle regatear la cuenta ó hacerle dueño de una espléndida propina, — denunciaban al artista pobre, siempre escaso de recursos, pero con todo un mundo de ilusiones allá en el cerebro. Sí, Berta y Luciano no podían ser sino eso. Y Berthier, el viejo hotelero de Colón, les veía llegar á su casa todos los Domingos, en la tibias mañanas de Primavera, corriendo cogidos de las manos por entre las zarzas de los campos incultos, bajo un sol alegre y chispeante. Eran dos auroras; dos soplos de juventud que llevaban consigo el bienestar y la alegría; dos gorriones bulliciosos que se permitían anidar, una vez á la semana, en aquel vetusto caserón de puertas reforzadas por doble ce-

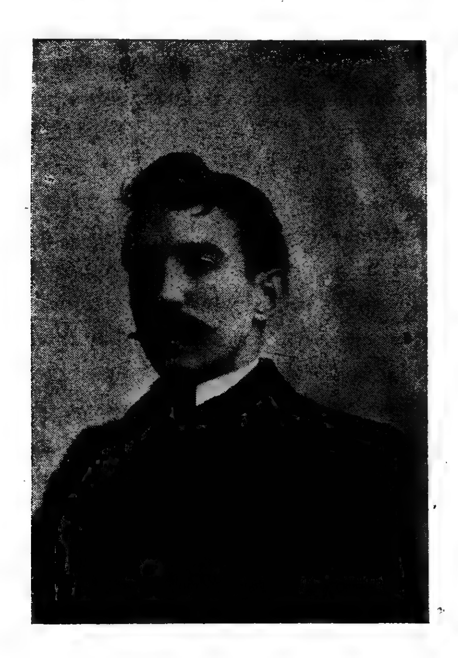
rrojo, de muros amurallados como de fortaleza medioeval, y donde Berthier, débil y pesado, como enmohecidos todos sus movimientos por el enorme peso de su vientre hidrópico, veía deslizarse los últimos años de su vejez monótona.

¡Oh, y cómo se divertían esos domingos, Berta y Luciano! Aquellas escapadas de colegiales, de novios en plena luna de miel, eran realmente deliciosas. Solamente las impresiones del viaje, aquel rápido desfile de cuadros y de perspectivas, bastaba para hacerles felices. Aquella media hora de ferrocarril, aspirando el aire fresco del amanecer que penetraba por las abiertas ventanillas del vagón en marcha; aquel cielo azul, diáfano, sin una nube; aquel sol radiante que como tibia caricia calentaba los campos aún humedecidos por el relente; aquí un monte de durazneros en flor; allá, junto á un arroyo, un grupo de vacas azuzadas por un chiquillo descalzo; más allá, en un ligero declive del terreno, entre los surcos de la tierra removida y esponjosa, un buey gordo y cachaciento arrastrando pesadamente, con sajónica gravedad, el arado; todo, todo esto, les arrancaba á cada instante nuevas exclamaciones de sorpresa, de gozo, de admiración.

Luego, cuando el tren se detenía junto al andén y una voz por ellos harto conocida, voceaba á sus oídos:—¡Colón! ¡Colón!—entonces, internándose por un sendero angosto y perdido, Berta y Luciano se dirigían hacia lo de Berthier, quien ya en la puerta, les aguardaba. Esta visita era para el pobre viejo motivo de loca expansión. Su rostro, siempre huraño, á la vista de los amantes se alborozaba, pues su presencia le traía á la memoria recuerdos lejanos de su juventud pasada, reminiscencias felices que aún á través del tiempo habían logrado quedar en pie, en medio del derrumbamiento de todo lo demás.

En una habitación clara, con vistas al campo, Berthier les servía el almuerzo, aunque generalmente, para estar más solos, ellos gustaban de almorzar en una encantadora glorieta situada junto al huerto. Y nada más delicioso y á la vez más fresco que aquel apartado cenador invadido en su totalidad por las glicinas y las campánulas. Respirábase allí dentro una frescura, un ambiente de bienestar tan dulce, que los vulgares platos y el aguachento vinillo de Berthier, se les antojaba faisanes aderezados con trufas y exce-

lente Bordeaux. Por entre los pequeños claros del follaje, el sol penetraba muy débilmente, en rubias hebras de luz, trazando inquietos coleópteros de oro sobre el mantel blanco. Creíase estar allí bajo una gruta submarina que las algas y las hierbas de mar hubieran invadido. Las glicinas y las campánulas, trepándose



JUAN PICÓN OLAONDO

por todas partes, tejían por sobre sus cabezas una tupida red de encajes, un espeso cortinado de verdura, bajo el cual todo se coloreaba de un hermoso color verde con irisaciones de nácar. Era aquel un refugio discreto y feliz, hasta donde llegaba, en un repiqueteo alegre, el cristalino golpear de la loza que se lavaba en la cocina.

Y, en esas mañanas de Primavera, ¡cuánta limpidez había en las cosas! El aire estaba resplandeciente, la atmósfera pura, y bajo el cielo azul, de una transparencia radiante, las casitas blancas de Colón, medias ocultas entre el tierno verdor de los árboles, se des-

tacaban con la claridad de toques de acuarela. Luego, á medio día, el aspecto cambiaba. Una voluptuosa somnolencia pesaba sobre el campo adormecido, una paz augusta que sólo el monótono canto de las chicharras solía interrumpir. El cielo, abrasado por el sol tropical de las doce, era de un azul pálido y desteñido; una tenue humareda, un vaho candente y gris, se desprendía de la tierra resquebrajada, y en medio de este ambiente de horno, los árboles, descoloridos, casi blanqueados por aquella claridad ofuscadora, se erguían inmóviles en la campiña muerta, como abrasados por un hálito de pasión salvaje.

Esos días, después del almuerzo, Berta y Luciano esperaban á que pasase la fuerza del calor para irse á vagar por los campos. A pie recorrían distancias considerables, internándose por caminos blancos llenos de polvo, á cuyos lados se extendían grandes viñedos, ó vastas extensiones de tierras incultas donde sólo crecían las hierbas silvestres y los cardales azules. Iban más lejos, perdiéndose en paseos á lo largo del arroyo, desapareciendo, á veces, en ondulaciones bruscas, descubriendo barrancos ocultos donde lagartijas verdes tomaban el sol echadas sobre la arcilla roja. Y así, pasaban la tarde, hasta que la caída del crepúsculo les sorprendía encaminándose entonces á la estación en busca del tren. A esa hora, el paisaje ya se esfumaba. Una bruma ligera, un polvo de lapizlázuli caía del cielo arrebolado, empalideciendo formas y colores. Todo parecía humear bajo la serenidad creciente del crepúsculo.

Sin embargo, cuando hacía luna, Berta y Luciano gustaban de quedarse allí hasta más tarde, hasta las once, hora en que partía para Montevideo el último tren. Esas noches, después de cenar, se lanzaban á nuevas excursiones por el campo, que entonces les parecía mucho más poético, más agradable, más encantador. Eran aquellos unos paseos deliciosos á través de todo Colón adormecido y blanqueado por la luna. Buscando siempre la soledad, se internaban por caminos perdidos, verdaderos senderos de hormigas, angostos, estrechos, casi inexpugnables, que sólo ellos conocían. Caminaban despacio, con lentitud, deslizándose sin ruido por sobre aquella blanda alfombra de verdura que sentían hundirse muellemente bajo sus pies; teniéndose que detener á cada instante para apartar

con las manos algún manojo de ramas que les obstruía el paso, ó bien para extasiarse ante una nueva sorpresa. Y, en la noche silenciosa, bajo la luna blanca, el paisaje era encantador. Techumbres de zinc blanqueaban allá á lo lejos con tonos de plata, un campo de trigo, sesgando el verde-obscuro de las tierras de labor, formaba una mancha pálida, blancuzca, nivosa; mientras mucho más lejos, casi junto al horizonte, un grupo de álamos recortaba el terciopelo azul del cielo, destacando sus gigantes siluetas inmóviles dormidas en la sombra.

Pero lo que más les atraía era un pequeño claro del monte, situado junto al arroyo. Era aquel un rincón delicioso, invadido por vegetaciones locas, un verdadero nido de amor oculto y perfumado. Bajo sus pies, y á poca profundidad, el arroyo se deslizaba mansamente en su lecho de arenas finas, blanqueando entre las grandes masas de obscuridad de sus riberas pobladas de árboles, y en su superficie tersa, límpida, sin una arruga, creíase ver otro cielo azul é igualmente espolvoreado de soles como el que se extendía allá en lo alto. Luego, el silencio era allí tan grande, que en la inmensa quietud que los rodeaba, el lejano rodar de un vehículo, el canto de una rana, el grito de un chajá, llegaba hasta ellos como algo muy aéreo y sutil. En el aire inmóvil, los mil ruidos nocturnos de Colón parecían pulverizarse.

¡Qué noches tan hermosas! Sentados sobre la hierba Luciano recitaba sus versos, mientras Berta apoyaba la cabeza sobre sus hombros. Perfumes de trébol, de alelíes, de flores silvestres, perfumaban el ambiente tibio, en tanto que allá en lo alto, por sobre la orla obscura de los árboles dormidos, la luna llena vertía cascadas de plata. Muchas veces perdidos en aquel agujero del follaje, Berta y Luciano se pasaban horas enteras entregados á muda contemplación. En aquellas noches claras en que las constelaciones tenían mayor brillo, ellos se tumbaban de espaldas sobre el césped verde, para mirar mejor aquella polvareda de soles que hormigueaban, como perdidos, allá en la inmensidad de los espacios. Miraban atentamente, sobrecogidos por aquella nada que venía de lo invisible, sintiéndose estremecer ante aquel espectáculo grandioso y trastornador de lo infinito, y más de una vez, tras una de estas crisis de angustia que se apoderaba de ellos, los dos aman-

tes sentían la necesidad imperiosa de poseerse de nuevo allí, en la amplitud de la tierra, sin más testigo que la luna blanca que parecía mirarles con su faz rugosa.

El regreso á la estación, casi siempre se retardaba, sucediendo cierta noche, que habiéndose entretenido más que de costumbre, cuando llegaron á ella el tren ya había partido. Entonces, como fuera necesario aguardar á la mañana siguiente para ponerse en regreso á Montevideo, fueron á pedir hospedaje á Berthier, quien por suerte tenía en la casa una habitación vacía destinada á huéspedes. Esa noche fuéles preciso á Berta y Luciano pernoctar allí, en aquella habitación de paredes blanqueadas con cal y piso de baldosas, y el percance sucedido les hizo reir tanto, que ya en el lecho y á obscuras, los dos continuaban riendo. Luego, al día siguiente, muy de mañana, una pareja de golondrinas que tenían su nido allá en el tejado, les despertó.

Cuando salieron afuera, parecieron asombrarse; jamás habían madrugado tanto : ¡ eran las cinco!

Han pasado algunas primaveras, sin que aquellos felices amantes hallan vuelto á aparecer por casa del viejo Berthier, quien, no obstante, no deja de aguardarles todos los domingos, asomado á la puerta, con su gorro de pieles y el blanco delantal de hilo ajustado al enorme vientre aún más hidrópico.

Muchas veces, á la llegada del tren y entre el animado grupo de *touristes* que se dispersan por los senderos vecinos, él cree reconocerlos en una falda lila ó en un chambergo gris caído al descuido sobre una cabellera negra, artísticamente ensortijada á lo Daudet; pero aquello no es sino una mera visión del pobre Berthier, quien tras breve espectativa, triste y desalentado—¡ No son ellos !, exclama. Y así, uno tras otro, van pasando los domingos, hasta que llega otra vez el Invierno, con sus días brumosos, llenos de *spien.* Y cuando asoma nuevamente la Primavera, cuando los prados comienzan á reverdecer y los trigales reverberan al sol en un mar de espigas de oro, Berthier asomado otra vez al camino, suele preguntarse:—¿Qué se habrá hecho aquella pareja de enamorados, las alegres golondrinas que me visitaban los domingos?..

Luego, cuando el pobre viejo oye por última vez el silbato de la locomotora ya próxima á partir, cuando su débil vista no alcanza á divisar más el níveo penacho de humo que se esfuma allá en lo lejano del horizonte, entre el verdor obscuro de las arboledas, entonces, desalentado y abatido, meditando con tristeza en lo veleidosa que es la suerte:

—¡Quién sabe, exclama; es tan poco durable la felicidad!

Juan Picón Olaondo.

Julio de 1900.

LONGINOS

Para Julio Herrera y Reissig.

Pálido el rostro, la gentil cabeza
Sobre el desnudo pecho reclinada,
Y una sombra infinita de tristeza
En la postrera luz de su mirada.

Es Cristo que agoniza; despiadados
Insultan los verdugos su honda pena,
Mientras unge sus pies ensangrentados
Con sus rubios cabellos, Magdalena.

Son las tres de la tarde y ya su broche
Cierra la sombra, amortiguando el día,
Parece que besar quiere la Noche,
La frente de Jesús en agonía.

Adusto anciano la áspera colina
Logra escalar con paso vacilante;
Rendido al peso de la edad se inclina
Su talle un tiempo altivo y arrogante.

No le turban las sombras; en sus ojos
Puso la noche impenetrable velo;
No le causa terror, ni le da enojos
La amenazante bóveda del cielo.

Con paso lento hacia la cruz avanza,
Ya del arma sacrílega provisto:
Busca, tantea, y la traidora lanza
Hunde en el seno pálido de Cristo.

Mas no siente la sangre que desciende
Su faz tiñendo de matices rojos;
Ve un torrente de luz que se desprende
De la honda herida y llega hasta sus ojos.

Max Sotoltall.

EL DEPARTAMENTO DE MÁQUINAS

Habíamos andado ya varias leguas. Siguiendo siempre las sinuosidades de la costa, que tan pronto se arquea ligeramente como se ensena ó penetra alargándose en lengua para volver de nuevo á su curso de combas y serpenteos y así en una alternativa sin meta. Los caballos se mostraban un tanto fatigados, tenían los hijares hundidos y palpitantes y grandes manchas de sudor se advertían en los cuellos y en las ancas. El viaje lo continuábamos haciéndolo ya á trote regular, ya tomábamos un galope tranquilo y acompasado, cuando se nos presentaba en el transcurso un retazo plano como una mesa y á nivel del océano pareciendo imposible que éste no lo anegara por completo. Nuestras cabalgaduras iban dejando tras sí varias hileras de marcas de herradura, como un pespunte bordeador que señalara hasta dónde llegaban las oleadas. La arena, á trechos era blanda y fina, en otras partes endurecida, verdadero sábulo, que retumbaba á los golpes de los cascos, siendo esta clase menos deleznable también donde se imprimían mejor las hormas, y como se hallaba donde rompía el mar, no tardaba un instante en borrarlas los cachones en continuados y dulces besoteos.

Hubo un momento en que galopábamos en un buen pedazo de playa que daba una sensible curva. Con el traqueo de la silla que molía las carnes, en contorneo que la gran gambeta de la costa nos obligaba á hacer, luego marchar sin aminorar la carrera, la monó-

tona uniformidad de los tonos, siempre mar y cielo, dunas, y playa era cosa de marear verdaderamente y más al que tenía el aditamento de sentir cansancio, ese entumecimiento y dolor articular que se apodera de uno en los grandes viajes á lomo de caballo, especialmente para los que practican poco la equitación. Contribuía á esta anublación, que no era pasajera, de manera poderosa, el ir marchando tan cerca del mar que los remos de las cabalgaduras cloqueaban el agua. Sucedía á cada rato que un cachón atrevido se adelantaba más que los otros suspirando bajo los animales, para dejar en su bajada, realizada siempre con suma prontitud, bullones de espumas que en seguida desempollábanse al herir las paredes de sus celdillas la brisa de la mañana. Los bazos azotaban el agua con un chás-chás continuado. Los rayos que saltaban profusamente mojaban los aperos de ensillar. El chapoteo terminaba prudencialmente al salir del dominio de la olada, para volverse á repetir más adelante. Tan continuado se fué haciendo esto, que los caballos atontados ó briosos se entreparaban en medio de la marcha, perplejos como si hubieran obedecido á un rápido sofreno de nuestra parte. Cuando no daban asustados un sesgazo imprevisto, bufando, tiesas las orejas, haciéndonos amagar con recia costalada ó un ridículo tamborilazo; á veces tomaban resoluciones tan estúpidas que demostraban palmariamente su embotamiento como el retirarse al dar la espantada en el mismo sentido en que se replegaba la ola causa del amedrentamiento.

Mi compañero, Renato Morales, un paisano joven, talludo, de cara tostada, de ojos pardos, singularizándolo sobre todo una gran cicatriz de arma blanca en el costado izquierdo del rostro, y que era vecino del paraje por donde caminábamos, no cesaba de decirme que castigara al animal en cuanto se entretuviera. ¡Hay que avivarlo!, continuaba imprimiéndole un énfasis particular á su voz clara y melodiosa. Y seguía muy luego haciéndome paternalmente un cúmulo de sanas advertencias referentes al caballo y á su conducción por la carretera natural de la costa no excepta de riesgos. A fe que estaba á ciegas de todo ello. La playa, bajo su faz aparente de bondad, tenía mil misterios y peligros, que nunca el que no la conozca hubiera podido imaginar. Tan sólo el experimentado, el amamantado en el medio, podía, si no estar á mansalva, á lo menos

en condiciones para contrarrestarlos medianamente. A medidaque andábamos, el paisano los iba enumerando con su gracia innata, con un gracejo de expresión encantador, salpicando su animada cháchara con símiles pintorescos muy bien embutidos. Morales de tan vivaracho pecaba de bulle-bulle. Su clara inteligencia saltaba á la vista de cualquiera y cultivada, despojada de esa broza de la ignorancia supina que la obscurecía, depurada la razón; finamente pulida con el trípode de la instrucción, podría dar chispazos que nunca se producirían en el estado nativo sino con una mínima relatividad. De cuando en cuando me repetía: no se acerque. No se acerque, no se acerque, era su cantinela. Mire que esto es más peligroso de lo que usted cree. Nadie efectivamente me convencía de que el ir marchando por la costa pudiera ofrecer ningún riesgo. Pero él me fué explicando. Hay aquí decía, en sustancia, aunque empleando diferente lenguaje, sitios sumamente peligrosos y traicioneros; existen como en el campo sus tremedales y abismos encubiertos. Acontece á veces que á pasos de donde rompen las olas se encuentran profundidades de pozal, no tiene usted más que fijarse en algunas partes cuando da el retroceso la ola para notar la brusca bajada que tiene la playa. Y me fué contando, al llegar á este punto la conversación, varios casos de jinetes ahogados, ya en un tremedal costero, ya por haber sido arrancados en un chupetón de formidable maretazo. Entonces, como es fácil presumirse, jinete y caballo perecían envueltos y mareados tras un vértigo mayor.

Seguíamos siempre la marcha dejando de galopar al terminar el embolsamiento que hacía la playa. Cuando una nueva ensenada se nos ofrecía á la vista formando con la que habíamos recorrido, como un acicate con los brazos abiertos. El locuaz cicerone no mezquindaba sus interesantes narraciones. Este conocimiento del océano y sus misteriosidades que me revelaba á cada paso mi acompañante, me reforzaba un pensamiento que desde mi llegada á esos parajes me había asaltado diferentes ocasiones. Era éste de que allí el hombre se especializa en dos faenas: en la del campo y en la del mar. Es perito también en uno y otro conocimiento y hasta mucho descuidan del primero con tal de hacerse hombres de playa. Ni más ni menos, tal como sucede en las costas más pobladas de Europa.

Dejamos caminar los caballos, que eran un bayo de gran alzada y de un andar sereno como un coche, y un colorado clinudo y escarceador, á su trote natural. En el trayecto íbamos viendo boyando en la marejada capuchas gelatinosas de hermosos nebelles azules, ó tendidos á lo largo de la playa como un verdadero ejército. Aludiendo á ello me dijo mi acompañante. ¿De esta familia de «bichos» no hay allá por Montevideo? ¿No es? Esta interrogación me fué hecha precisamente cuando me hacía para mis adentros idéntica reflexión. No sé lo que entonces le contesté.

En un recodo entre el desordenado manto de la resaca entre hinojos multicolores y algas marinas, descubrí una estrella de mar de cuerpo seco y amarillento, rodeada de trizas de la hez del carbón, tirado de á bordo, y que las corrientes traen á la playa. Andando más llegamos á un sitio, en el que Morales se apeó para apretar la cincha del caballo que se había corrido á los sobacos. Esta detención sirvió asimismo para dar un resuello á los animales profundamente fatigados. A poco donde efectuamos la parada había un montón de piedras rodadas. Me acerqué sin desmontarme llevando el caballo á paso de buey. En medio de este pedregullo húmedo y exhalando un fuerte olor á mariscos veíanse cantos que el mar en virtud de sus eternas lamidas y jugueteos, les había dado como buen lapidario una casi perfecta redondez, y también gran número de preciosos caracoles entremezclados, de diversas clases y figuras, desde la ordinaria concha de peregrino, en forma de peines, hasta el rico núrice de cuernos quebrados y tan arañado que los matices no poseían su intensidad ingénita. Desde los cono-almirantes y bocinas de agradables colores gateados de sardónica y espinecentes escalarias de singulares dibujos simétricos, hasta las mitras de tintas fuertes con salpicaduras atigradas y en sus bocas con arreboles de púrpura que se funden más adentro en un nácar lechoso de celajes... ¡Oh! también había enredada entre hinojos de mar y sus babas un trozo de cable submarino, un pedazo diminuto si se le compara con el cordón de alambre de imperdurable término, pero que á pesar de su pequeñez desempeñó en la asociación su gran rol al establecer la continuidad de las comunicaciones. ¡Pensar que por esta costa desierta sólo poblada por áridas mamblas de arena en toda su extensión y bajo las ondas verdes en su marrulleo pasa el

hilo monstruo! ¡Que corren por allí á poca distancia las vibraciones que son traducidas en sus estaciones para ser incontinente estampadas en las hojas diarias! ¡En aquellos momentos, cuánta nota sensacional quizás estuviera pasando! ¿Usted mira eso, me dijo el paisano refiriéndose al montón de la resaca? Con su pregunta consiguió distraer mi atención. En seguida prosiguió diciendo con tono despectivo: eso no es nada... Hay que ver lo que yo he recogido, eso sí es curioso, parece mentira, amigo, lo que sale de la mar... Muy pronto nos quedamos callados. Morales montó de nuevo y nos pusimos en marcha sin hablarnos jota por buen rato. Los dos íbamos pensando. El día continuaba anublado. No serían más de las diez de la mañana. El tiempo no tenía buen cariz. Sin embargo, no aparentaba el cielo que se descargara un gran temporal. Acaso si hacía un viento corrían aborregadas una sarta de nubes plomizas, que podían tomarse como presagio de una lluvia inminente, pero no como señales de una gran borrasca. El mar se encontraba relativamente tranquilo, las oleadas suspirantes aplastábanse en la playa orladas de espumas, con un tinte delicioso de esmeralda que pasaba en transición á un verde ajenjo cerca de los bordes hilachosos y blancos, blancos como las perlas fundidas de Cleopatra, cuando doblaban gallardas sus crestas en cascatelsa... En todo el horizonte, en todo lo que la vista, en una palabra, podía abarcar, no se veía ni una vela, ni un mástil, ni un caño. Y sólo sentíase el susurro de las olas al fallecer lánguidamente en la playa, y el crujido rítmico de los aperos de montar que nos acompañaba como el traqueo tedioso de un péndulo de reloj. El paisano se puso á hablar, la voz se la apagaba por intervalos la brisa suave, salina y saturada de esa frescura que se percibe mejor antes de descolgarse la lluvia. Me hablaba iniciando otra vez la conversación de las cosas que salían de la mar... Pues sí, amigo, yo tengo recogido mucha maravilla de éste, y señalaba el mar. Le tengo tanto cariño como al campo ó más, y dijo dubitativamente: ¿Quién sabe? Entonces puso una cara picaresca, bonachona y sonriente. Ensayó luego una mueca nerviosa que borró de una manera repentina y siguió esbozando su raciocinio. El mundo es así, sabe, uno por fuerza tiene que criarle cariño á lo que siempre está viendo. Créalo es como el ombú que presta sombra al lado de la casa que

vive con usted al través de los años. ¿Cómo no lo ha de querer? Y á flor de esta interrogación formulada, dándole más carácter convincente á las palabras, continuó espetando. En él es donde se recuesta cansado á la hora de la siesta, donde afirma la argolla para sobar los aparejos de montar, donde se trepa cuando necesita mirar lejos, haciendo de él miradero, bajo sus ramas toma las más de las veces el mate y parte la sandía. Por último, en el tronco escribe la fecha que considera pueda durar más que en la cabezada, ó el nombre de la mujer que se ama. Y todo esto no se puede olvidar á un dos por tres. Siempre recordaré un caso parecido (esto lo citó en corroboración). Teníamos en casa, ahí en Balizas, un barril para el agua. Por mucho tiempo, siendo yo más muchacho, fuí el que lo arrastraba en caballo que todavía, aunque muy viejo, vive aún, para llenarlo en el arroyo. Esa fué una de mis tareas diarias por muchos años. Un día de avejencado, cansado de los remiendos de cuñas y tapones, no quiso saber más de ellos. Mi padre decidió que se rompiera para servir de leña (que duraría seguramente para dos días), pero yo no permití que se hiciera esto con el pobre barril. ¡Va un gusto! dirá usted. Lo desmonté de la cureña y haciéndolo rodar me lo llevé á uno de los galpones y le di sitio en un rincón. Allí muy pronto se cubrió de telarañas que temblaban sin desprenderse cuando el viento marero se colaba por las rendijas. Después vino la revolución. Me enrolé. Terminada ésta, volví al hogar. Noté que faltaba. Creo firmemente que si antes de mi partida se hubieran empecinado en deshacerlo, no sé yo mismo lo que en tal caso habría resuelto por impedirlo. Llegaba á un punto en el que se transparentaba la deducción. Así es que yo criado entre estos médanos, el campo y el mar, tengo razón en profesarle cariño. Para sacarme de aquí para siempre, tienen antes que matarme. Fuí á la guerra, es cierto; aún arrastrándome como culebra después que terminó hubiera vuelto. Soy, sin más ni más, como las conchas esas pegadas en las piedras que tienen que romperles las cáscaras para sacarlas. ¡Salen muertas, pero nunca vivas! Había terminado su peroración, y como viera que enmudecía, le dije: pero en total no me ha dicho nada de lo maravilloso que sale de la mar... de lo que ha encontrado usted por la costa. ¡Bah! ¡Bah! Son un rosario, y comenzó á enumerarlas genéricamente, caracoles rarísimos,

objetos variados de barcos, animales con cara de cristianos, etc., etc. En fin, que de todo lo mejor ha sido un aparato diabólico que no he podido averiguar qué oficio tiene. (Seguía expresándose en esencia como ahora reconstruyo). Por saberlo he estado tentado de llevarlo al pueblo donde alguno indudablemente debía conocer el uso á que está destinado, pero unas veces me he puesto en viaje sin acordarme, y otras por pereza de cargar una cosa tan pesada é incómoda la he dejado. Es así del largo de mi brazo. La encontré pasando un día por allí, y señaló para atrás, en donde había acomodado la cincha del caballo. Estaba boca abajo, aun contenía agua entre sus complicados órganos tomados. (Por este amojosamiento infería que el mecanismo debía estar descompuesto). A renglón seguido me explicó después las exterioridades del objeto, el aspecto general de tal aparato, quedándome como quien dice, al final, en ayunas. En su enrevesada jerga, intentó explicarme las partes. Tiene, decía, dos vidrios redondos como espejuelos en el fondo, más abajo una porción de piecitas de cobre y otras de acero como tuercas y ocho ganchitos á cada costado y dos chapitas con letras en inglés...

Se volvió á callar.

Hacía rato que veníamos divisando un estrafalario vehículo que avanzaba hacia nosotros. Cuando llegamos á estar á tiro de fusil, observé que se trataba de un carretón en el más avanzado punto de la vejez; era tirado por dos caballos, dos sacos de huesos, uno de ellos en que montaba el conductor tenía el cuello una pronunciada talpa. Verdad que guardaban con el desvencijado rodado, así macilentos, en la última miseria orgánica, una relación muy digna. No existía el contraste. Los arneses decían muy á las claras sus tradicionales servicios. En las desgarraduras del cuero de las colleras, asomaba la cebada seca que los rellenaba. Las bandas, en los espacios entre vara y vara, eran llenados por una encañizada de chala amarillenta, siendo á la vez reforzada por una trama de cuerdas y varillas de membrillero. El conductor era un muchacho de unos quince años, con cara de genuino bobalicón *ad nativitate*, pálido, anémico, huesoso y trapiento; como para mantenerse mejor en la silla, se prendía con los dedos mayores de sus pies descalzos y mugrientos en el asa de las estriberas.

El sombrero y demás piezas del vestido con los remiendos formaban una curiosa gradación de colores primitivos descompuestos en cambiantes que pasaban del ala de mosca, al verde botella, del sepia al de paja marchita, del color ratón, al del polvillo á rapé. ¿Qué llevas ahí? ¿Seguro que son sandías? le dijo Morales. El muchacho al comprender que se dirigían á él—hizo detener los gachos jamelgos—llagados en el cuerpo por el roce de los arreos. Con voz enflautada, todavía no hirquitallada, respondió humildemente: «No llevamos nada». En seguida se limpió el moco. Era cierto, dentro del carretón, sólo había una bolsa de arpillera y un madero carcomido por el agua del océano y cargado de anatifas y anemonas de mar, arrugados.

¿Y don Yorda? volvió á preguntarle mi acompañante.—Viene ahí atrás.

Carlos H. Mata.

(Continuará).

ESTROFAS

LEÍDAS EN LA VELADA INAUGURAL DE LA EXPOSICIÓN ORGANIZADA POR LA «SOCIEDAD AGRÍCOLA» Y EL «ATENEO AREQUIPA»

Aún está de pie la cruz
en la cumbre del Calvario,
y en el leño solitario,
la Patria, nuevo Jesús.
Aún encrespona el capuz
la lejanía insegura:
no reina un astro en la altura
ni un incendio en el abismo.
Se ansia y busca el patriotismo
y... ¡se encuentra una negrura!
Nada culmina. Miseria
hay bajo el más puro velo:
¿dónde del águila el vuelo
por la superficie etérea?
Vencido por la materia
el ideal ha rodado:
la victoria han alcanzado
las lentejas de Esaú.
¿Cuál de tus hijos, Perú,
se alza y brilla inmaculado?
A veces el desconsuelo
apodérase del alma:
se mira, y no hay una palma
que denuncie un arroyuelo.
Crece, se expande el anhelo,
y... la realidad no toca:
volando el ave se aloca,
sin arribar á la estrella.
Falta el hombre, hecho centella,
tiene el ala fuerza poca.
Sí, Patria: ¿dónde está el hombre
que, como un faro, se encumbre,

que revele con su lumbre
ruta ignorada, sin nombre?
¿Do el que á los pueblos asombre
y á la América te imponga?
No se alza aún .... Se prolonga
la era infecunda ¡era triste!
Ya ningún Pardo subsiste,
Moisés que avante se ponga.
Y el desmayo no es sociego
que torne el vigor al alma.
En un cadáver no hay calma:
falta de la vida el fuego.
Siempre el aluvión es riego
y podredumbre, la charca...
Ya el nivel del cieno abarca
de horizonte en horizonte:
¿no habrá un arménico monte,
ni una salvadora arca?
Ah, sí!... Ya los contemplamos
Burlar la sucia marea:
¡salve al trabajo, que crea!
¡salve al obrero, sin amos!
De una floración de ramos
llena el trabajo al desierto,
y del pobre arenal muerto
saca la arteria de vida
¡Ve á él, nación abatida,
Con el corazón abierto!
Es hora ya... Todo agite
su aliento, de vida oleada:
¡te alzará él transfigurada
en el Tabor del desquite!
Que el músculo se ejercite
en la fecunda tarea
y que alce el vuelo la idea,
Como águila real, muy alto.
¡Ceda la valla al asalto!
¡la lobreguez, á la tea!
Que, seguro de su vuelo,
se eleve al azul el Arte,
y ondee su albo estandarte
en un ámbito de cielo;
cubra de lirios el suelo
la ensoñante poesía;
y recree la armonía
de la música sonora,
y de color una aurora
se esparza en la tela fría
Que la Industria eleve al cielo
sus blancos airones de humo
y arranque el dorado grumo
de las entrañas del suelo;
que el vapor, en raudo vuelo,
la opulencia traiga y lleve,
y el alambre—rayo breve—
la inquietud de las ideas.
De otras razas las preseas
den á nuestra alma relieve.
Y que la tierra morena,
removida por la azada,
brinde la espiga dorada
y la poma de miel llena;
que en la misma entraña plena
del bosque virgen, sonoro
se alce del trabajo el coro;
que ofrezca ya la montaña
los dones de su maraña,
de sus torrentes el oro.
Es hora ya .... Noble fiesta
de trabajo nos exalta;
es una aurora que salta
de entre una noche funesta.
Como en variada floresta.
ya muchas gemas apuntan:
si trabajo y paz se juntan,
romperán en flor y fruto.
En denso cielo de luto
ya algunas chispas despuntan.
Y bien! De una vez comience
del nuevo ideal la era:
despliéguese su bandera,
su ascua fulgurante inciense.
Vamos á él... Se condense
nuestro brío en su conquista:
ya no seamos la arista
que el viento arrastre ó el río.
Suceda el carácter frío
á la explosión imprevista.

Vamos á él... Él redime
de la traición del destino:
es una mentira el sino
para el carácter sublime.
El trabajo vida imprime
en la misma arca mortuoria
y en la más fúnebre historia
traza páginas de luz:
lábaro hace de la cruz,
de escombros saca la gloria.
El trabajo en su crisol,
restaurar puede los dones
de nuestros viejos blasones
que brillaron como un sol;
pintar puede un arrebol
en nuestro oscuro presente,
y en nuestra calma silente
vibrar un ritmo sonoro:
¡sacar la falena de oro
de larva gris, inluciente!

Que él impere. Y si es sombrío
el hoy, cual denso nublado,
de un porvenir sonrosado
deslumbrará el atavío.
Impere él... Y el desvarío
no alzará llama tras llama,
nunca incendiará su flama
de la honda paz el estambre.
¡No explosionará ya el hambre
del que oprime y del que clama!
Salve al trabajo!... De frente
marcha, Patria, á sus torneos:
armada con sus arreos,
encárate al siglo veinte.
Y, así armada, de repente
puedes en el Morro alzarte;
mas ¡ay! si á tu almo estandarte
el trabajo no incorpora,
de alguna sierpe traidora
las fauces pueden tragarte...

Francisco Mostajo.
Peruano.

Arequipa, 1900.

SECCIÓN MILITAR

RECUERDOS DE LA GUERRA

(Conclusión)

Sólo podía imaginarse el carácter de la pelea, por las prolongadas descargas de fusilería por un lado y el fuego graneado por otro, á la vez que por el ruido formidable que á intervalos se oía hacia un flanco, producido por las columnas de caballería que avanzaban resueltas para romper las líneas enemigas.

Hacía tres horas que el combate había comenzado. El adversario superior en número y en buenas posiciones luchaba con verdadero denuedo, logrando alcanzar alguna ventaja sobre nuestras fuerzas.

En la imposibilidad de poder reaccionar y contrarrestar el empuje enérgico de las líneas contrarias, el coronel, que con un valor frío y sereno contemplaba con satisfacción á su bizarra tropa batirse como leones, ordenó al clarín que tocara retirada, como único medio de poder salvar el resto de su pequeña columna que había cubierto de gloria al pabellón de la patria, en medio de esa admirable derrota.

Los soldados creciendo en ardor bélico, no habían oído la retirada tocada por el clarín de órdenes por repetidas veces, y hubo necesidad de exponer las vidas de los oficiales que, colocándose delante de los fusiles de sus propios soldados, obligaban á éstos á suspender el fuego é iniciar al mismo tiempo la retirada en orden, prestándose mutua protección las fracciones que abandonaban el terreno que habían disputado al enemigo.

La infantería en este orden, retrocedía en dirección de las caballadas para montarlas, movimiento que se efectuó con rapidez, merced á la caballería que concentrada ya, protegía con sus fuegos de á caballo, á nuestros soldados fatigados y desalentados.

Triste fué la retirada. En el campo quedaban los muertos y heridos, sin amparo, abandonados á la suerte, por decirlo así, después de haber cumplido como buenos su deber.

Los nombres de los héroes de ese día sus camaradas los recuerdan, lo mismo que los de aquellos que en medio de la contienda, recibieron la palma del martirio.

Al poco tiempo los trabajos de pacificación iniciados por un grupo de patriotas, tuvieron un feliz éxito, devolviendo la tranquilidad al país y el consuelo á las familias.

. . . .

En uno de los últimos días del año de tan funesta recordación, encontróse un soldado de nuestro batallón mientras paseaba por las calles de la ciudad, con un antiguo conocido, pariente de un camarada de cuerpo, quien sorprendido le dijo: « Ola, cuánto me alegro verlo con salud. » « Igualmente », contestó el soldado.

« ¿ Qué sabe de mi sobrino ? » preguntó el primero.

El interrogado que había sido un inseparable amigo del cual le pedía noticias, bajó la vista, y dos gruesas lágrimas surcaron sus mejillas y contestó: « murió en el combate, después de batirse como un león, á mi lado ».

Pedro Pérez,
Subteniente.

Montevideo, Julio 9 de 1900.

NOTAS DE REDACCIÓN

En el número próximo publicaremos un juicio crítico de nuestro director, Julio Herrera y Reissig, sobre « Huerto Cerrado », la última obra de Juan Zorrilla de San Martín.

Llamamos la atención de nuestros lectores sobre la hermosísima poesía de Pedro J. Naón, uno de los primeros poetas de la República Argentina, y quizá el más delicado de la América del Sur.

« Agua-fuerte », que así se titula la diamantina filigrana con que nos ha obsequiado el distinguido escritor, muestra la etérea inspiración de un soñador excelso, aristocrático, original y misterioso, tan artífice como Rubén Darío y menos vago que Lugones.

La sensibilidad de Naón está fuera de toda medida. Su sentimentalismo es suyo y nada más. Nadie lo ha podido imitar. Sus alas de pájaro exótico, nunca rozan el suelo y diríase que están hechas de perfumes y rayos de luna. Su imaginación, á la par que poderosa, es extrañamente fantástica.

Sus estrofas ríen, cantan ó suspiran suavemente. Nunca llegan al sollozo, al grito ó á la convulsión.

Es ya un gran poeta en América del Sur, y con Jaimes Freyre, Ortiz y Lugones, marcha á la vanguardia de los cruzados modernistas, distinguiéndose, lo repetimos, por esa infinita delicadeza y esa media luz melancólica de que están llenos sus versos.

También llamamos la atención sobre la hermosa página de Francisco G. Vallarino, «La Marsellesa», que luce un estilo realmente delicado y ebúrneo, revelando el talento analizador y poético de este distinguido intelectual, vinculado á nosotros por el más estrecho lazo de amistad.

Es digno de mención especial—el hermoso cuento de Juan Picón Olaondo—« Las golondrinas ». Brillan en esa página regiamente descriptiva, un estilo de maestro naturalista, y un colorido lleno de esplendente vivacidad, que recuerdan al agudo observador y al poeta de imaginación feliz que se compenetra con la naturaleza y la hace hablar maravillosamente.